INSTITUTO SUPERIOR DEL PROFESORADO. N-3
INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO GEOGRAFICO.

PROFESORA: LAURA ROSALIA VARELA
PERIODO LECTIVO 2009

LEER LOS SIGUIENTES TEXTOS:

- ESPACIO Y METODO MILTON SANTOS
- PODER Y ESPACIO JUAN EUGENIO SÁNCHEZ
- ESPACIO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS JOAN-EUGENI SÁNCHEZ
- UN ESPACIO PARA EL ESPACIO SOCIAL DEBATES Y PERSPECTIVAS CONTEMPORÁNEAS EDGAR NOVOA TORRES
- LAS NUEVAS FUNCIONES DEL ESTADO FREDERICK C. TURNER Y ALEJANDRO L. CORBACHO
- MAPAS COGNITIVOS. QUÉ SON Y CÓMO EXPLORARLOS. CONSTANCIO DE CASTRO AGUIRRE
- GLOBALIZACIÓN Y DUALIZACIÓN EN EL ESPACIO URBANO
- FORMACIÓN DE LA CIUDAD GLOBAL Y EL RE-ESCALAMIENTO DEL ESPACIO DEL ESTADO EN LA EUROPA OCCIDENTAL POST-FORDISTA ** CHRIS BENNER
- LA CIUDAD MULTICULTURAL JORDI BORJA Y MANUEL CASTELLS,
- LA CIUDAD DE LA NUEVA ECONOMIA: MANUEL CASTELLS

ESTABLECER UNA SINTESIS DE CADA UNO.
BUSCAR UN EJE CONECTOR ENTRE LOS TEXTOS PRESENTADOS.
ELABORAR UNA APROXIMACION AL CONCEPTO DE ESPACIO GEOGRAFICO.
CUAL ES EL CONTEXTO DONDE SE DESARROLLO EL ESTADO Y LA CIUDAD GLOBAL?

ESPACIO Y METODO
Milton Santos

ÍNDICE

NOTA SOBRE EL AUTOR Y SOBRE ESTE NÚMERO
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE ESPACIO
EL ESPACIO Y SUS ELEMENTOS: CUESTIONES DE MÉTODO
Qué es un elemento del espacio
Los elementos del espacio: enumeración y funciones
Los elementos del espacio: su reductibilidad
Los elementos del espacio: las interacciones
De concepto a la realidad empírica
Los elementos como variables
El necesario esfuerzo de clasificación
El examen de las variables desde el ángulo de las técnicas y de la organización: la cuestión del lugar
El espacio como un sistema de sistemas o como un sistema de estructuras
Elementos y estructuras
Una observación adicional: las cuestiones prácticas
DIMENSIÓN TEMPORAL Y SISTEMAS ESPACIALES EN EL TERCER MUNDO
La dimensión temporal
Los fundamentos de una periodización
Los periodos históricos
El período científico-técnico actual
Las transformaciones del espacio
Modernización y polarización
El espacio como un sistema: el espacio derivado
ESPACIO Y CAPITAL: EL MEDIO CIENTÍFICO-TÉCNICO
Del medio técnico al medio científico-técnico
Trabajo intelectual, unificación del trabajo y organización del espacio
Fases en la producción del espacio productivo: la fase actual
Unificación del capital y ordenación espacial
El espacio «conocido»
La expansión del capital fijo
La expansión del medio científico-técnico y las desarticulaciones resultantes
La cuestión de la federación
La clases invisibles
Aculturación
La urbanización y la ciudad
Problemas de análisis
El análisis en función de las instancias de la sociedad
El análisis desde el punto de vista de la estructura, del proceso, de la función y de la forma
BIBLIOGRAFIA

NOTA SOBRE EL AUTOR Y SOBRE ESTE NÚMERO

Milton de Almeida Santos nació en Bahía (Brasil) en 1926. Realizó sus estudios en la universidad de Bahía y presentó su tesis doctoral en la universidad de Estrasburgo (1958). En una carrera profesional tan brillante como productiva se ha distinguido como docente, como investigador y como técnico.

Como profesor ejerció cargos en la Universidad Católica de Bahia (1954-60), Universidad Estatal de Bahía (1961-64) y en las universidades de Toulouse (1964-67), Burdeos (1967-68), París-Sorbona (1968-71), Toronto (1972-73), Columbia (1974), y Río de Janeiro (1979-84), siendo en la actualidad catedrático de la universidad de São Paulo. Ha sido también profesor visitante o colaborador de otras instituciones universitarias como la Escuela de Geografía de la Universidad de los Andes, en Mérida (Venezuela), del Institut d'Etudes du Developpement Economique et

Social de la Universidad de París, e investigador en el Departement of Urban Studies and Planning del Massachusetts Institute of Tecnology.

Como técnico ha trabajado en varios países del África tropical (Senegal, Costa de Marfil, Dahomey, Ghana, Togo, Guinea-Bissau), del Mediterráneo (Túnez, Argelia) y de América (Cuba, México, Colombia, Venezuela).

Milton Santos es, sin duda, el más distinguido geógrafo brasileño actual y uno de los investigadores iberoamericanos más importantes a nivel internacional. Ha escrito hasta hoy 33 libros y un número muy elevado de artículos científicos y de memorias de investigación.

Entre sus aportaciones al campo de la geografía urbana se destacan tres libros, que son ya clásicos sobre esta temática:

- *Les villes du Tiers Monde*, Géographie Économique et sociale, tomo X, París, Ed. Génin, 1971, 423 págs.
- *Geografía y economía urbana en los países subdesarrollados*, Barcelona, Ed. Oikos-Tau, 1973, 288 págs.
- *The Shared Space: the two circuits of the urban economy and its spatial repercussions*, Londres, Methuen, 1979, 266 págs.

Ha publicado también conocidos estudios críticos sobre los problemas de los países subdesarrollados:

- *Croissance démographique et consommation alimentaire dans les pays sous-développés*; I, *Les données de base*; II, *Milieux géographiques et alimentation*, París, Centre de Documentation Universitaire, 1967, 320 + 341 págs.
- *Aspects de la géographie et de l'économie urbaine des pays sous-développés*. 2 fasc. (100 e 92 p), París, Centre de Documentation Universitaire, 1969, 2 fasc. (100 + 92 págs.).
- *L'Espace partagé*, París, Éditions Librairies Technique M.Th.Génin, 1975, 405 págs.

Finalmente, ha realizado también contribuciones teóricas y críticas sobre diversos aspectos del pensamiento geográfico:

- *Por una geografía nova*, São Paulo, Hucitec-Edusp, 1978, 236 págs. (2.ª edición: 1980). Trad. francesa (*Pour une géographie moderne*, Paris, Editions Publisud, 1985).
- *Economia espacial: críticas e alternativas*, Sáo Paulo, Hucitec, 1978, 167 págs.
- *Espaço e sociedade*, Petropolis, Ed. Vozes, 1979 (2.ª edición, 1982).
- *Pensando o espaço do homen*, Sáo Paulo, Hucitec, 1982, 68 págs.
- *Espaço e Método*, São Paulo, Livraria-editora Nobel, 1985, 88 págs.

El presente número es una traducción parcial del texto *Espaço e Método*. De la obra original en portugués han sido traducidos el texto introductorio y los tres primeros capítulos. La bibliografía, que en la versión original aparece dividida por capítulos, se ha agrupado aquí al final del texto. La traducción ha sido realizada por Luis Urteaga, Profesor Titular de Geografía Humana en la Universidad de Barcelona (Estudio General de Lérida).

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE ESPACIO

El propio *concepto de espacio*, tal como nosotros lo hemos propuesto en otros lugares (Santos, 1978 y 1979), parece ser una de las fuentes de duda más frecuentes entre los estudiosos del tema. Entre las cuestiones paralelas a la discusión principal surgen muy frecuentemente algunas que podríamos resumir del siguiente modo: ¿qué caracteriza, particularmente, el estudio de la sociedad a través de la categoría espacio? ¿cómo considerar, en la teoría y en la práctica, los ingredientes sociales y «naturales» que componen el espacio para describirlo, definirlo, interpretarlo y, finalmente, *encontrar* lo espacial? ¿qué caracteriza el análisis del espacio? ¿cómo pasar del sistema productivo al espacio? ¿cómo abordar el problema de la periodización, de la difusión de las variables y el significado de las «localizaciones»?

La respuesta es sin duda ardua, en la medida que el vocablo *espacio* se presta a una variedad de acepciones... a las que venimos a añadir una más. Resulta también ardua en la medida que sugerimos que el espacio así definido sea considerado como un *factor* de la evolución social, y no solamente como una condición. Intentemos, sin embargo, dar respuesta a las diversas cuestiones.

Consideramos el espacio como una instancia de la sociedad, al mismo nivel que la instancia económica y la instancia cultural-ideológica. Esto significa que, en tanto que instancia, el espacio *contiene* y está *contenido* por las demás instancias, del mismo modo que cada una de ellas lo contiene y es por ellas contenida. La economía *está* en el espacio, así como el espacio está en la economía. Lo mismo ocurre con lo político-institucional y con lo culturalideológico. Eso quiere decir que la esencia del espacio es social. En ese caso, el espacio no puede estar formado únicamente por las cosas, los objetos geográficos, naturales o artificiales, cuyo conjunto nos ofrece la naturaleza. El espacio es todo eso más la sociedad: cada fracción de la

naturaleza abriga una fracción de la sociedad actual. Tenemos así, por una parte, un conjunto de objetos geográficos distribuidos sobre un territorio, su *configuración geográfica* o su *configuración espacial*, y el modo como esos objetos se muestran ante nuestros ojos, en su continuidad visible, esto es, el paisaje; por otra parte, lo que da vida a esos objetos, su principio activo, es decir, todos los procesos sociales representativos de una sociedad en un momento dado. Esos *procesos*, resueltos en *funciones*, se realizan a través de *formas*. Estas formas pueden no ser originariamente geográficas, pero terminan por adquirir una expresión territorial. En realidad, sin las formas, la sociedad, a través de las funciones y procesos, no se realizaría. De ahí que el espacio contenga a las demás instancias. Está también contenido en ellas, en la medida que los procesos específicos *incluyen* el espacio, sea el proceso económico, sea el proceso institucional, sea el proceso ideológico.

Un elemento de discusión aducido frecuentemente tiene que ver con el hecho de que, al definir el contexto, podríamos estar incluyendo dos veces la misma categoría o instancia. Por ejemplo, cuando definimos el espacio como la suma del *paisaje* (o, mejor aún, de la *configuración geográfica*) y de la *sociedad*. Pero eso, justamente, indica la imbricación entre las instancias. Como las formas geográficas contienen fracciones de lo social, no son solamente formas, sino *formas-contenido*. Por esto, están siempre cambiando de significado, en la medida que el movimiento social les atribuye, en cada momento, fracciones diferentes del todo social. Puede decirse que la forma, en su cualidad de forma-contenido, está siendo permanentemente alterada, y que el contenido adquiere una nueva dimensión al encajarse en la forma. La *acción*, que es inherente a la *función*, está en armonía con la forma que la contiene: así, los *procesos* sólo adquieren plena significación cuando se materializan.

El movimiento dialéctico entre forma y contenido que preside el espacio, es igualmente el movimiento dialéctico del todo social, aprehendido en y a través de la realidad geográfica. Cada *localización* es, pues, un momento del inmenso movimiento del mundo, aprehendido en un punto geográfico, un lugar. Por eso mismo, gracias al movimiento social, cada lugar está siempre cambiando de significado: en cada instante las fracciones de la sociedad que incorpora no son las mismas.

No debe confundirse *localización* y *lugar*. El lugar puede ser el mismo, las localizaciones cambian. El lugar es un objeto o conjunto de objetos. La localización es un haz de fuerzas sociales ejerciéndose en un lugar.

Además, como una misma variable cambia de valor según el período histórico (sinónimo de *áreas temporales de significación*, o, aún, de los *modos de producción* y sus *momentos*), el análisis, cualquiera que sea, exige una *periodización*, so pena de errar frecuentemente en nuestro esfuerzo interpretativo. Tal periodización es tanto más simple cuanto mayor sea la extensión territorial del estudio (los modos de producción existen a escala mundial), y tanto más compleja y susceptible de subdivisiones cuanto más reducida es la dimensión del territorio. Cuanto *más pequeño* es el lugar examinado, tanto mayor es el número de niveles y determinaciones externas que inciden sobre él. De ahí la complejidad del estudio de lo *más pequeño*.

Además cada lugar tiene, en cada momento, un papel propio en el proceso productivo. Este, como es sabido, está formado de producción propiamente dicha, circulación, distribución y consumo.

Sólo la producción propiamente dicha tiene relación directa con el lugar, y de él adquiere una parte de las condiciones de su realización. El estudio de un sistema productivo debe considerar ésto, tanto si nos referimos al dominio agrícola o al dominio industrial. Sin embargo, los demás procesos se dan según un juego de factores que interesa a todas las otras fracciones del espacio. Por eso mismo, además, el propio *proceso directo de producción* es afectado por los demás (circulación, distribución y consumo), justificando los cambios de localización de los establecimientos productivos.

Como los circuitos productivos se dan en el espacio de forma desagregada, aunque no desarticulada, la importancia que tiene cada uno de aquellos procesos, en cada momento histórico y para cada caso particular, ayuda a comprender la organización del espacio.

Por ejemplo, la tendencia a la urbanización en nuestros días, e incluso su perfil, ha sido explicada por la importancia adquirida por el consumo, por la distribución y por la circulación, al mismo tiempo que el trabajo intelectual adquiere una mayor presencia en detrimiento del trabajo manual. Por otra parte, la propia segmentación tradicional del proceso productivo (producción propiamente dicha, circulación, distribución, consumo) debería ser corregida para incluir, en lugar destacado, como ramos autonomizados del proceso productivo propiamente dicho, la *investigación*, el *control*, la *coordinación*, la *previsión*, paralelamente a la

mercadotecnia y a la *propaganda*. Ahora bien, la organización actual del espacio y la llamada jerarquía entre lugares debe mucho, en su realidad y en su explicación, a estos nuevos eslabones del sistema productivo.

Volvamos a las cuestiones iniciales: ¿contienen al espacio?; ¿el espacio los contiene?; ¿no son éstas preguntas que se resuelven por su propio enunciado, frente al análisis de lo real? En realidad, éste solamente puede ser aprehendido si separamos, analíticamente, lo que aparece como característicamente formal, de su contenido social. Debiendo este último ser objeto de una *clasificación lo más rigurosa posible*, que permita considerar la multiplicidad de combinaciones. Cuanto más ajustada sea esa clasificación, más fecundo será el análisis y la síntesis.

La selección de variables no puede ser, todavía, aleatoria, pero debe considerar el fenómeno estudiado y su significación en un momento dado, de manera que las instancias económica, institucional, cultural y espacial sean adecuadamente tenidas en cuenta.

EL ESPACIO Y SUS ELEMENTOS: CUESTIONES DE MÉTODO

El espacio debe ser considerado como una totalidad, a modo de la propia sociedad que le da vida. Considerarlo así es una regla de método cuya práctica exige que se encuentre, paralelamente, a través del análisis, la posibilidad de dividirlo en partes. Ahora bien, el análisis es una forma de segmentación del todo que permite, al final, la reconstrucción de ese todo. La división analítica del espacio puede ser operada según diversos criterios. El que vamos a privilegiar aquí, a través de lo que llamamos «los elementos del espacio», es solamente una de esas diversas posibilidades.

Qué es un elemento del espacio

Antes incluso de tratar de definir lo que es un elemento del espacio valdría la pena, tal vez, discutir la propia noción de elemento. Según los teóricos, los elementos serían la «base de toda deducción»; «principios obvios, luminosamente obvios, admitidos por todos los hombres» (Bertrand Rusell, 1945). Esta definición equipara elemento a categoría. Tomando la expresión categoría en el sentido de verdad eterna, presente en todos los tiempos, en todos los lugares, y de la cual se parte para la comprensión de las cosas en un momento dado, siempre que se tomen en consideración los cambios históricos. Según Rusell, en el caso de los elementos esa posición habría sido aceptada a lo largo de la Edad Media, e incluso más tarde, como en el caso de Descartes.

Leibniz considera que su propiedad esencial es la fuerza, y no la extensión. Los elementos dispondrían, en tal caso, de una inercia por la cual pueden permanecer en sus propios lugares, en tanto que, el mismo tiempo, existen fuerzas que intentan dislocarlos, o penetrar en ellos. De ese modo, siendo espaciales (por el hecho de que disponen de *extensión*), los elementos también están dotados de una estructura interna, mediante la cual participan de la vida del todo del que son parte y que les confiere un comportamiento diferente (para cada cual), como reacción al propio juego de las fuerzas que los comprenden. La definición de elemento sería pues, más allá de la sugestión de Harvey (1969), algo más que «la unidad básica de un sistema en términos primitivos que, desde un punto de vista matemático, no necesita definición, de la misma forma que la concepción de punto en Geometría».

Los elementos del espacio: enumeración y funciones

Los elementos del espacio serían los siguientes: los hombres, las empresas, las instituciones, el llamado medio ecológico y las infraestructuras.

Los hombres son elementos del espacio, sea en la condición de suministradores de trabajo, sea en la de candidatos a ello; trátese de jóvenes, o de parados. La verdad es que tanto los jóvenes, como los que ocasionalmente se encuentran sin empleo o los que ya están jubilados, no participan directamente de la producción, pero el simple hecho de estar presentes en el lugar tiene como consecuencia la demanda de un cierto tipo de trabajo para otros. Esos diversos tipos de trabajo y de demanda son la base de una clasificación del elemento humano en la caracterización de un espacio dado.

La demanda de cada individuo como miembro de la sociedad es satisfecha en parte por las empresas y en parte por las instituciones. Las empresas tienen como función esencial la producción de bienes, servicios e ideas. Por su parte, las instituciones producen normas, órdenes y legitimaciones.

El medio ecológico es el conjunto de complejos territoriales que constituyen la base física del trabajo humano. Las infraestructuras son el trabajo humano materializado y localizado en forma de casas, plantaciones, caminos, etc.

Los elementos del espacio: su reductibilidad

La simple enumeración de las funciones que afectan a cada uno de los elementos del espacio muestra que esto son, en cierta forma, intercambiables y reducibles unos a otros. Esta intercambiabilidad y reductibilidad aumentan, en realidad, con el desarrollo histórico; como resultado lógico de la complejidad creciente en todos los niveles de la vida. De este modo, los hombres también pueden ser considerados como empresas (el vendedor de la fuerza de trabajo), o como instituciones (por ejemplo en el caso del ciudadano); del mismo modo que las instituciones aparecen como compañías y éstas como instituciones. Este último es el caso de las compañías transnacionales o de las grandes corporaciones, que no sólo se imponen reglas internas de funcionamiento, sino que intervienen en la creación de normas sociales a un nivel más amplio que el de su acción directa, compitiendo con las instituciones, e incluso con el Estado. La fijación del precio de las mercancías por los monopolios les confiere una atribución que es propia de las entidades de derecho público, en la medida que interfieren en la economía de cada ciudadano y de cada familia, e incluso de otras empresas, compitiendo con el Estado en el control de la economía.

En el momento actual las funciones de las compañías y de las instituciones aparecen entrelazadas y confundidas, en la medida en que las empresas, directa o indirectamente, también producen normas; y las instituciones son, como el Estado, productoras de bienes y servicios.

Al mismo tiempo que los elementos del espacio se hacen más intercambiables, las relaciones entre ellos se vuelven también más íntimas y mucho más extensas. De este modo, la noción de espacio como totalidad se impone de forma más evidente; y por el hecho de que resulta más intrincada, se hace más exigente su análisis.

Los elementos del espacio: las interacciones

El estudio de las interacciones entre los diversos elementos del espacio es un dato fundamental del análisis. En la medida que *función es acción*, la interacción supone interdependencia funcional entre los elementos. A través del estudio de las interacciones recuperamos la totalidad social, esto es, el espacio como un todo, e, igualmente, la sociedad como un todo. Pues cada acción no constituye un dato independiente, sino un resultado del propio proceso social.

Hablando de lo que anteriormente se llamaba región urbana, el geógrafo P. Haggett (1965) dice que en Geografía Humana la región nodal sugiere un conjunto de objetos (ciudades, aldeas, haciendas, etc.) relacionados a través de flujos circulatorios (dinero, mercancías, emigrantes) y de la energía que satisface las necesidades biológicas y sociales de la comunidad. Ahora bien, esas necesidades son todas satisfechas a través del acto de producir. Es de ese modo como se definen las formas de producir y paralelamente las de consumir, las normas relativas a la división de la sociedad en clases, y la red de relaciones existentes. Es también así como se definen las inversiones que deben realizarse. Tales inversiones, cuya tendencia a darse en forma de capital fijo es cada vez mayor, modifican el medio ecológico a través de sistemas de ingeniería que se superponen unos a otros, total o parcialmente, modificando el propio medio y adaptándose a las condiciones emergentes de la producción. De esa forma, se opera una evolución concurrente del hombre y de lo que podría llamarse la «naturaleza», mediante la acción de las instituciones y de las empresas.

Cabría preguntarse aquí si es válida la distinción, que hemos realizado al comienzo, entre el medio ecológico y las infraestructuras, como elementos del espacio. En la medida que las infraestructuras se integran en el medio ecológico, volviéndose una parte del mismo, ¿no sería incorrecto considerarlos como elementos distintos? Además, en cada momento de la evolución de la sociedad el hombre encuentra un medio de trabajo ya construido sobre el cual opera, y la distinción entre lo que se llamaría *natural* y *no natural* se vuelve artificial.

La expresión medio ecológico no tiene la misma significación que se atribuye a *naturaleza salvaje* o *naturaleza cósmica*, como en ocasiones se tiende a admitir El medio ecológico ya es *medio modificado*, y cada vez más *medio técnico*. De esa forma, lo que en realidad se produce es una adición al medio de nuevas obras de los hombres, la creación de un nuevo entorno a partir del que ya existía: lo que se acostumbra a llamar «naturaleza primera» por contraposición a «segunda naturaleza» *ya es segunda naturaleza*. La primera naturaleza, como sinónimo de «mundo natural», sólo existió hasta el momento inmediatamente anterior en el que el hombre se transformó en ser social, a través de la producción social. A partir de ese momento, todo lo que consideramos como primera naturaleza fue transformado. Ese proceso de transformación, continuo y progresivo, constituye un cambio cualitativo fundamental de nuestro tiempo. Y en la medida que el trabajo humano tiene como base la ciencia y la técnica, se transformó por ello mismo en tecnología históricamente acumulada.

De concepto a la realidad empírica

Cuando decimos que los elementos del espacio son los hombres, las empresas, las instituciones, el soporte ecológico, las infraestructuras, estamos considerando cada elemento como un concepto.

La expresión concepto denota generalmente una abstracción extraida de la observación de hechos particulares. Sin embargo, debido a que cada hecho particular o cada cosa particular sólo tienen significado a partir del conjunto en que están incluidos, esa cosa o ese hecho terminan siendo lo abstracto, mientras que lo real pasa a ser el concepto. No obstante, el concepto solamente es real en la medida en que es actual. Esto quiere decir que las expresiones hombre, empresa, institución, soporte ecológico, infraestructura, sólo pueden ser entendidas a la luz de su historia y del presente.

A lo largo de la historia toda variable está sometida a evolución constante. Por ejemplo, la variable demográfica está sujeta a cambios e incluso a revoluciones. Si consideramos la realidad demográfica bajo el aspecto del crecimiento natural o bajo el de las migraciones, en cada momento de la historia varían sus condiciones respectivas. Así, en el curso de la historia humana pueden contemplarse diversas revoluciones demográficas, cada una con su significado específico. Del mismo modo, las formas y los tipos de migraciones varían, así como su significado respectivo.

Si tomamos algún otro ejemplo, como el de la energía, en cada fase su utilización asume diversas formas, desde el uso exclusivo de la energía animal, hasta el descubrimiento de técnicas para dominar las fuentes naturales de energía. Pasamos, después, de una fase en que la energía utilizada es la energía mecánica o inanimada, como en el caso del motor de explosión, al uso de la energía cinética y, más recientemente, de la energía nuclear. El mismo razonamiento se aplica a cualquier otra variable.

Lo que interesa es el hecho de que en cada momento histórico cada elemento cambia su papel y su posición en el sistema temporal y en el sistema espacial y, en cada momento, el valor de cada uno debe ser tomado de su relación con los demás elementos y con el todo.

Desde este punto de vista, podemos repetir la expresión de Kuhn (1962) cuando dice que los elementos o variables «son estados o condiciones de las cosas, pero no las cosas mismas». Y añade: «En sistemas que comprenden personas, no es la persona lo que constituye un elemento, sino sus estados de hambre, de deseo, de compañerismo, de información o algún otro rasgo relevante para el sistema».

Los elementos como variables

Lo dicho hasta ahora permite pensar que los elementos del espacio están sometidos a variaciones cuantitativas y cualitativas. De ese modo, los elementos del espacio deben ser considerados como variables. Esto significa, como su nombre indica, que cambian de valor según el movimiento de la historia. Si ese valor nace de las cualidades nuevas que adquieren, también representa en sí mismo una cantidad. Pero la expresión real de cada cantidad viene dada como resultado de las necesidades sociales y de su gradación en un momento dado. Por esto mismo, la cuantificación correspondiente a cada elemento no puede ser realizada de modo apriorístico, es decir, antes de captar su valor cualitativo. En este caso, como en cualquier otro, la cuantificación sólo puede darse *a posteriori*. Esto es tanto más verdadero cuanto que cada elemento del espacio tiene un valor diferente según el lugar en que se encuentra.

La especificidad del lugar puede ser entendida también como una valoración específica (ligada al lugar) de cada variable. Por ejemplo, dos fábricas montadas al mismo tiempo por una misma compañía, dotadas de los mismos recursos técnicos, pero localizadas en diferentes lugares, dan a sus propietarios resultados diferentes. Desde el punto de vista puramente material esos resultados pueden ser los mismos, por ejemplo, una cierta cantidad producida. Pero el coste de los factores de producción, como la mano de obra, el agua o la energía, puede variar, así como también la posibilidad de distribuir los bienes producidos. Por otra parte, aunque dos empresas, propietarias de dos fábricas similares, dispongan del mismo poder económico y político, la localización diferenciada constituye un dato que provoca la diferenciación de los resultados. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con los individuos. Hombres que tuvieran la misma formación y aún las mismas capacidades, pero situados en lugares distintos, no tendrían la misma condición como productores, como consumidores e incluso como ciudadanos.

De este modo, cada lugar confiere a cada elemento constituyente del espacio un valor particular. En un mismo lugar, cada elemento está siempre cambiando de valor, porque, de un modo u otro, cada elemento del espacio -hombres, empresas, instituciones, medio- entra en relación con los demás, y esas relaciones vienen dictadas en buena medida por las

condiciones del lugar. Su evolución conjunta en un lugar adquiere características propias, aunque esté subordinada al movimiento del todo, es decir, del conjunto de los lugares.

Además, esta **especifidad** del lugar, que se acentúa con la evolución propia de las variables localizadas, es lo que permite hablar de un espacio concreto. Así, si bien cada elemento del espacio mantiene el mismo nombre, su contenido y significación están siempre cambiando. Cabe, entonces, hablar de la mutabilidad del significado de una variable, y ésto constituye una regla de método fundamental. El valor de la variable no está en función de sí misma, sino de su papel en el interior de un conjunto. Cuando éste cambia de significado, de contenido, de reglas o de leyes, también cambia el valor de cada variable.

La cuestión no es, pues, examinar causalidades, sino contextos. La causalidad pondría en juego las relaciones entre elementos, aunque esas relaciones fuesen multilaterales. El contexto implica el movimiento del todo. En otras palabras, si estudiamos al mismo tiempo diversas relaciones bilaterales, como, por ejemplo, entre hombres y naturaleza, o entre empresas y hombres (capital y trabajo), o entre compañías y Estado (poder económico y poder político), o entre el Estado v los ciudadanos, estaremos haciendo un análisis

multivariable y considerando, al mismo tiempo, que cada variable tiene un valor por sí misma; eso, sin embargo, de hecho no ocurre. Solamente a través del movimiento del conjunto, es decir, del todo, o del contexto, podremos valorar correctamente cada parte y analizarla, para, en seguida, reconocer concretamente ese todo. Esa tarea supone un esfuerzo de clasificación.

El necesario esfuerzo de clasificación

Cuando nos referimos a hombres, estamos englobando en esa expresión lo que se podría llamar población o fracción de una población. Sabemos, sin embargo, que una población está formada por personas que pueden clasificarse según su edad, sexo, raza, nivel de instrucción, nivel salarial, clase, etc. Las características de la población permiten su conocimiento más sistemático, y lo mismo ocurre con las empresas que pueden ser individuales o colectivas, y estas últimas sociedades anónimas, limitadas o cooperativas, corporaciones nacionales o firmas multinacionales. Y así sucesivamente.

Ahora bien, cada una de esas parcelas o fracciones de un determinado elemento conformador de espacio ejerce una función diferente y mantiene también relaciones específicas con otras fracciones de los demás elementos. Por ejemplo, en una sociedad avanzada, los niños y los ancianos merecen la protección del Estado, en tanto que los adultos están llamados a trabajar, como un derecho y un deber.

Así, las relaciones de cada tipo de individuos con el Estado no son las mismas. Las relaciones de cada tipo de empresas con el Estado tampoco son idénticas. Del mismo modo, en cada momento histórico los valores atribuidos a una profesión o a un grupo de edad, a un nivel de instrucción o a una raza, no son los mismos. Si considerásemos la población como un todo, las empresas como un todo, nuestro análisis no consideraría las múltiples posibilidades de interacción. Al contrario, cuanto más sistemática sea la clasificación tanto más claras aparecerán las relaciones sociales y, en consecuencia, las llamadas relaciones espaciales.

El exámen de las variables desde el ángulo de las técnicas y de la organización: la cuestión del lugar

En cada época los elementos o variables son portadores (o están mediatizados) por una tecnología específica y por una cierta combinación de componentes del capital y del trabajo.

Las técnicas son también variables, dado que cambian a través del tiempo. Sólo aparentemente forman un continuo. Si bien, nominalmente, sus funciones son las mismas, su eficiencia es variable. En función de las técnicas utilizadas y de los diversos componentes del capital movilizados, puede hablarse de una edad de los elementos o de una edad de las variables. De este modo, cada variable tendría una edad determinada. Su grado de modernidad sólo puede ser comparable dentro del sistema como un todo, sea del sistema local en ciertos casos, sea M sistema nacional, o aún, en otros, del sistema internacional.

Un primer dato a tener en cuenta es que la evolución técnica y la del capital no se efectúa paralelamente para todas las variables. Tampoco esa evolución se efectúa del mismo modo en todos los lugares. Cada lugar contempla una combinación de variables de edades diferentes. Cada lugar está marcado por una combinación técnica diferente y por una combinación distinta de los componentes del capital, lo que atribuye a cada cual una estructura técnica propia, específica, y una estructura del capital propia, específica; a las cuales corresponde una estructura propia, específica, del trabaJo. Como resultado, cada lugar es una combinación particular de diferentes modos de producción o modos de producción concretos. En cada lugar, las variables A, B, C.... no tienen la misma posición en el aparente continuo, porque están marcadas por cualidades diversas. Esto resulta del hecho de que cada lugar es una

combinación de técnicas cualitativamente diferentes, individualmente dotadas de un tiempo específico; de ahí las diferencias entre lugares. Por eso mismo, la Geografía puede ser considerada como una verdadera *filosofía de las técnicas*. Decir que a partir de las técnicas y de su uso el geógrafo debe filosofar no equivale, sin embargo, a decir que todo depende de la tecnología, ni en la realidad ni en su explicación.

La presencia de combinaciones particulares de capital y de trabajo son una forma de distribución de la sociedad global en el espacio, que atribuye a cada unidad técnica un valor particular en cada lugar, conforme ya vimos anteriormente.

Recordemos, igualmente, que las variables o elementos están ligados entre sí por una organización. Tal organización es, en ocasiones, puramente local, pero puede funcionar a diferentes escalas, según sus diversos elementos o fracciones.

La organización se definiría como el conjunto de normas que rigen las relaciones de cada variable con las demás, dentro y fuera de un área. En su calidad de normas, esto es, de reglamentación, externa pues al movimiento espontáneo, su duración efectiva no es la misma que la de su potencialidad funciona¡.

La organización existe, exactamente, para prolongar la vigencia de una función dada, atribuyéndole una continuidad y regularidad que sean favorables a los detentadores del control de la organización. Esto se produce a través de diversos instrumentos de efecto compensatorio que, frente a la evolución propia de los conjuntos locales de variables, ejercen un papel regulador, privilegiando un cierto número de agentes sociales. La organización, por consiguiente, tiene un papel de estructuración compulsiva, frecuentemente contraria a las tendencias del propio dinamismo. Si la organización siguiese inmediatamente la evolución propiamente estructura¡, constituiría una especie de cemento moldeable, deshaciéndose bajo el impacto de una nueva variable, para rehacerse cada vez que una nueva combinación se configurase. En la medida que la organización se convierte en norma, impuesta al funcionamiento de las variables, este cemento se vuelve rígido.

En la medida en que la economía se vuelve más compleja, se anudan relaciones entre variables, no sólo localmente, sino a escalas espaciales cada vez más pequeñas. El más pequeño lugar, en la porción más apartada del territorio tiene, actualmente, relaciones directas o indirectas con otros lugares de donde llegan materias primas, capital, mano de obra, recursos diversos y órdenes. De ese modo, el papel regulador de las funciones locales tiende a escapar, total o parcialmente, menos o más, a lo que aún se podría llamar sociedad local, para caer en manos de centros de decisión lejanos y extraños a las finalidades propias de la sociedad local.

El espacio como un sistema de sistemas o como un sistema de estructuras

Cuando analizamos un espacio dado, si pensamos sólo en sus elementos, en la naturaleza de esos elementos o en sus posibles clases, no sobrepasamos el dominio de la abstracción. Solamente la relación que existe entre las cosas es lo que nos permite realmente conocerlas y definirlas. Los hechos aislados son abstracciones y lo que les da concreción es la relación que mantienen entre sí.

Karel Kosik (1967, pág. 61) escribió que «la interdependencia y la mediación de la parte y del todo significan, al mismo tiempo, que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente separados del conjunto y que únicamente por su participación en el conjunto correspondiente adquieren veracidad y concreción. Del mismo modo, el conjunto en el cual los elementos no están diferenciados y determinados es un conjunto abstracto y vacío».

Los diversos elementos del espacio están en relación unos con otros: hombres y empresas, hombres e instituciones, empresas e instituciones, hombres e infraestructuras, etc. Pero, como ya observamos, estas relaciones no son solamente bilaterales, una a una, sino relaciones generalizadas. Por eso, y también por el hecho de que esas relaciones no se producen entre las cosas en si o por sí mismas, sino entre sus cualidades y atributos, es por lo que puede decirse que forman un *verdadero sistema*.

Tal sistema está dirigido por el modo de producción dominante en sus manifestaciones a la escala del espacio de referencia. Esto nos sitúa ante el problema histórico.

Puede hablarse también de la existencia de subsistemas, formados por los elementos de los modos de producción particulares. El *sistema* está dirigido por reglas propias al modo de producción dominante en su adaptación al medio local. Estaremos, entonces, frente a un sistema menor o correspondiente a un subespacio, y a un sistema mayor que lo comprende, correspondiente al espacio. Cada sistema funciona en relación al sistema mayor como un elemento, en cuanto que él mismo es, en sí, un sistema. En el caso de que el subsistema a que nos referimos se desdoble en subsistemas, se repite la misma relación; apareciendo cada uno de los subsistemas como un elemento propio, al mismo tiempo que es también un sistema si se

consideran sus propias subdivisiones posibles. Y cada sistema o subsistema está formado de variables que, todas ellas, disponen de fuerza propia en la estructuración del espacio, pero cuya acción está, de hecho, combinada con la acción de las demás variables.
Las relaciones entre los elementos o variables son de dos naturalezas: relaciones simples y relaciones globales. También puede decirse, como hace David Harvey (1969, pág. 455) que estas son: seriales, paralelas y en *feedback*. Las relaciones seriales son sobre todo relaciones de causa-efecto, en la medida que un elemento es causa de una modificación en el otro y así sucesivamente, hasta que el primero sea también afectado. Lo que se origina es una verdadera serie de acciones. Existe también el caso de acciones resultantes de la acción de un elemento, por ejemplo: *aq* afecta una relación preexistente*ai-aj*. En ese caso se habla de relación paralela. Existe asimismo otro tipo de relaciones, estudiadas más recientemente por la cibernética, por ejemplo, la relación *ai-ai*, en la cual el movimiento y las modificaciones de cada elemento (o de cada variable o sistema) se dan a partir de su propia estructura interna.
En los dos primeros casos, las acciones son externas, y en el tercero los cambios se producen por la simple existencia de la variable: existir es cambiar. En el primero de los casos citados, siguiendo a D. Harvey, se trata de una relación simple, es decir, una relación de causa efecto, mientras que las relaciones paralelas y de *feedback* serían relaciones globales.
La verdad es que sea cual sea la forma de la acción entre las variables, o dentro de ellas, no puede perderse de vista el conjunto, el contexto. Las acciones entre las diversas variables están subordinadas al todo y a sus movimientos. Si una variable actúa sobre otra, sobre un conjunto de éstas, o sufre una evolución interna, origina al menos dos resultados prácticos, que son igualmente elementos constitutivos del método.
En primer lugar, cuando una variable modifica su movimiento, esto repercute inmediatamente sobre el todo, modificándolo, originando otro, aunque, en cualquier caso, este constituya una totalidad. Se sale de una totalidad para llegar a otra, que también se modificará. Es por esto que, a partir de ese impacto «individual» o de una serie de impactos «individuales», el todo termina por actuar sobre el conjunto de los elementos que lo forman, modificándolos. Ello permite afirmar que en realidad no hay relación directa entre elementos dentro del sistema, excepto desde un punto de vista puramente mecánico o material. El valor real, es decir, el significado de esa relación, viene dado únicamente por el todo. Del mismo modo que las relaciones entre las partes están condicionadas por el todo, otro tanto ocurre con las relaciones entre los elementos del espacio.
De este modo, la noción de causa-efecto, que permite una simplificación de las relaciones entre elementos, es insuficiente para comprender y valorar el movimiento real. Así, puede decirse que cada variable dispone de dos modalidades de «valor»: una que nace de sus características propias, técnicas o técnico-funcionales; y otro que viene dado por las características sistémicas, esto es, por el hecho de que cada elemento o variable puede ser abordado desde un punto de vista sistémico. Estas características sistémicas son, en general, condicionadas por el modo de producción y, en particular, por las condiciones propias de la actividad correspondiente al lugar. Ambas condiciones están definidas para cada formación económico-social, según sus lugares geográficos y sus momentos históricos.

Elementos y estructuras

Hasta aquí hemos propuesto una definición del espacio corno sistema. Aún así, ese modelo de espacio como sistema viene siendo duramente criticado por el hecho de que la definición tradicional de sistema resulta inadecuada. En realidad, si los elementos del espacio son sistemas (del mismo modo que el espacio), son también verdaderas estructuras. En este caso, el espacio es un sistema complejo, un sistema de estructuras, sometido, en su evolución, a la evolución de sus propias estructuras.
Tal vez no sea superfluo insistir en el hecho de que cada estructura evoluciona cuando el espacio total evoluciona, y que la evolución de cada estructura en particular afecta a la totalidad. Una estructura, siguiendo a François Perroux (1969, pág. 371), se define por una «red de relaciones, una serie de proporciones entre flujos y stocks de unidades elementales y de combinaciones objetivamente significativas de esas unidades». Esto pone en evidencia la noción de desigualdad de volúmenes o de desigualdad de fuerza funcional de cada elemento. En otras palabras, una diferencia en la capacidad de crear stocks y de crear flujos. Tales desigualdades en el interior de la estructura, incluso sin suponer obligatoriamente las nociones de jerarquía y de dominación, crean condiciones dialécticas con un principio de cambio.
El espacio está en evolución permanente. Tal evolución resulta de la acción de factores externos y de factores internos. Una nueva carretera, la llegada de nuevos capitales o la imposición de nuevas reglas (precio, moneda, impuestos, etc.) provocan cambios espaciales,

del mismo modo que la evolución «normal» de las propias estructuras, es decir, su evolución interna, conduce igualmente a evolución. En un caso y en otro, el movimiento de cambio se debe a modificaciones en los modos de producción concretos.

Las estructuras del espacio están formadas de elementos homólogos y de elementos no homólogos. Entre las primeras están las estructuras demográficas, económicas, financieras, esto es, estructuras de la misma clase que, desde un punto de vista analítico, pueden considerarse como estructuras simples. Las estructuras no homólogas, es decir, formadas de diferentes clases, interaccionan para formar estructuras complejas. La estructura espacial es algo así: una combinación localizada de una estructura demográfica específica, de una estructura de producción específica, de una estructura de renta específica, de una estructura de consumo específica, de una estructura de clases específica y de un conjunto específico de técnicas productivas y organizativas utilizadas por aquellas estructuras y que definen las relaciones entre los recursos presentes.

La realidad social, lo mismo que el espacio, resulta de la interacción entre todas esas estructuras. Puede decirse también que las estructuras de elementos homólogos mantienen entre ellas lazos jerárquicos, mientras que las estructuras de elementos heterogéneos mantienen lazos relacionales. La totalidad social está formada por la unión de esos datos contradictorios, del mismo modo que lo está el espacio total.

Las estructuras y los sistemas espaciales, al igual que todas las demás estructuras y sistemas, evolucionan siguiendo tres principios: 1) el principio de acción externa, responsable de la evolución exógena del sistema; 2) el intercambio entre subsistemas (o subestructuras), que permite hablar de una evolución interna del todo, una evolución endógena; y 3) una evolución particular en cada parte o elemento del sistema tomado aisladamente, evolución que es igualmente interna y endógena. Existiría así, un tipo de evolución por acción externa y otros dos por acción interna al sistema, debiéndose el último de ellos al movimiento íntimo, propio de cada parte del sistema.

No obstante, no debe perderse de vista el hecho de que la acción externa solamente se ejerce a través de los datos internos. En ese caso, al cambiar las características propias de cada elemento, su intercambio o su forma de recepción o reacción a los impulsos externos nunca será la misma. La acción externa o exógena es simplemente un detonador, un vector que provoca dentro del sistema un nuevo impulso, pero que por sí mismo no reúne las condiciones para hacer eficaz ese impulso.

El mismo impulso externo tiene una repercusión diferente según el sistema en que encaje. Por ejemplo, una cierta cantidad de crédito atribuido a una actividad económica en todo un país no tendrá las mismas repercusiones en todos los lugares; el aumento o disminución del precio unitario de un bien tampoco repercute del mismo modo en todas partes. Lo mismo puede decirse de la apertura de una carretera o de su mejora. Las diferencias en el resultado aqui sugeridas vienen dadas por las condiciones locales propias, que actúan como un modificador del impacto externo.

En este sentido podemos repetir la opinión de Godelier (1966), para quien «todo sistema y toda estructura deben ser descritos como realidades "rnixtas" y contradictorias de objetos y de relaciones que no pueden existir separadamente, esto es, de modo que su contradicción no excluye su unidad». Esta forma de ver el sistema o la estructura espacial, a partir de la cual los elementos son considerados como estructuras, lleva también a admitir que cada lugar no es más que una fracción del espacio total.

Vimos, algunas líneas atrás, que el vector externo sólo adquiere un valor específico como consecuencia de las condiciones de su impacto, pero también sabemos que el llamado movimiento interno de las estructuras o las relaciones entre ellas no son independientes de leyes más generales. Por esa razón cada lugar constituye en realidad una fracción del espacio total, pues sólo ese espacio total es el objeto de la totalidad de las relaciones ejercidas dentro de una sociedad en un momento dado. Cada lugar es objeto de sólo algunas de esas relaciones «actuales» de una sociedad dada y, a través de sus movimientos propios, solamente participa de una parte del movimiento social total.

El movimiento que estamos intentando explicitar nos lleva a admitir que el espacio total, que escapa a nuestra comprensión empírica y llega a nuestro entendimiento sobre todo como concepto, es lo que constituye lo *real*; en tanto que las partes del espacio, que nos parecen tanto más concretas cuanto menores son, constituyen lo *abstracto*, en la medida en que su valor sistémico no está en la cosa tal como la vemos, sino en su valor relativo dentro de un sistema más amplio.

Cuando nos referimos, por ejemplo, a aquella casa o a aquel edificio, a aquella manzana, a aquel barrio, son todos datos concretos -concretos por su existencia-, pero, en realidad, todos son abstractos, si no buscamos comprender su valor actual en función de las condiciones actuales de la sociedad. Casa, edificio, manzana, barrio, están siempre cambiando de valor relativo dentro del área donde se sitúan, cambio que no es homogéneo para todos y cuya explicación se encuentra fuera de cada uno de esos objetos y sólo puede ser encontrada en la totalidad de las relaciones que configuran un área mucho más vasta. Lo mismo acontece con los hombres, las empresas o las instituciones.

La noción de estructura aplicada al estudio del espacio tiene esta otra ventaja. A través de la noción de sistema analizamos los elementos, sus predicados y las relaciones entre tales elementos y tales predicados. Cuando la preocupación tiene que ver con las estructuras, sabemos que esa noción de predicado está unida a cada elemento (aquí subestructura), como sabíamos antes que su verdadera definición depende siempre de una estructura más amplia, en la cual se inserta.

Una observación adicional: las cuestiones prácticas

Un esquema de método, por más lógicamente construido que esté, encontrará dificultades en su realización. Un esquema de método pretende ser, también, una hipótesis de trabajo aplicable: 1) por un equipo de investigadores; 2) a una realidad concreta; 3) realidad que es reconocible, en un momento dado, mediante un cierto número de fenómenos. Cada uno de estos elementos constituye una limitación práctica: la complejidad o dinamismo de la realidad a analizarse; el número y la representatividad de los datos disponibles; la constitución del equipo de trabajo, su formación anterior, profesional y teórica, su disponibilidad para la aceptación del tema y del esquema propuestos. Todo esto sin considerar otros factores reconocidos universalmente por todos aquellos que tienen ya alguna experiencia como investigadores.

En cuanto a la formación del equipo de trabajo y la correspondiente distribución de las tareas, la división del trabajo constituye un aspecto crítico, en la medida que solamente será válida -permitiendo alcanzar plenamente los objetivos buscados- si lo dividido a efectos prácticos del análisis, puede ser reconstruido más tarde, de modo que permita una definición aceptable de la realidad y el reconocimiento de sus procesos fundamentales. Es evidente que el resultado depende, igualmente, de la compenetración previa del grupo de trabajo; siendo esta una tarea activa cuyo requerimiento de base es la comprensión de los objetos de estudio y de los objetivos de éste.

Sólo a partir de esa premisa las tareas individuales pueden ser entendidas. Si se escogiese el camino contrario, la síntesis no se haría *jamás*, fuera cual fuera el tiempo dedicado a la investigación de los datos y al reconocimiento de los hechos. Tal compenetración debe partir, también, de la idea de que el objeto de análisis es el .cur *presente*, siendo todo análisis histórico, simplemente, el soporte indispensable para la comprensión de su génesis. En este caso, es importante considerar que no se trata de efectuar una prospección arqueológica que sea una finalidad en sí misma. Se trata de un medio. Esto no nos dispensa de buscar una comprensión global y en profundidad; pero el tema de referencia no es una excursión al pasado como dato autónomo en la investigación, sino como recurso para definir el presente en vías de realizarse (el presente ya completado pertenece al dominio del pasado), permitiendo penetrar el *proceso* y, mediante él, la aprensión de las tendencias que pueden permitir vislumbrar el *futuro* y sus líneas de fuerza.

DIMENSIÓN TEMPORAL Y SISTEMAS ESPACIALES EN EL TERCER MUNDO

Existe acuerdo, en general, sobre la importancia de la dimensión temporal en la consideración analítica del espacio (T. Hagerstrand, 1967). En los países desarrollados las innovaciones experimentaban, desde hace largo tiempo, una extensa difusión. Tales innovaciones dejaron profundas huellas en el espacio, hoy ya más o menos indistintas y entremezcladas. En los países subdesarrollados tan sólo recientemente las innovaciones alcanzaron amplia difusión. Anteriormente eran el privilegio de unos pocos puntos en ciertas regiones, y solamente afectaban a una pequeña minoría de privilegiados. Por eso mismo el estudio concreto de la difusión de innovaciones como proceso espacial es del mayor interés para los países subdesarrollados (P. Gould 1969, pág. 20 y P. Haggett, 1970, pág. 56).

La dimensión temporal

La introducción de la dimensión temporal en el estudio de la organización del espacio implica consideraciones de una dimensión muy amplia, esto es, de escala mundial. El comportamiento de los subespacios del mundo subdesarrollado está generalmente determinado por las necesidades de las naciones que se hallan en el centro del sistema mundial. La dimensión histórica o temporal es así necesaria para ir más allá del nivel de análisis ecológico y

corográfico. La situación actual depende, en buena medida, de influencias impuestas. Algunos elementos ceden su lugar, completa o parcialmente, a otros de su misma clase, aunque más modernos; otros elementos resisten a la modernización; en muchos casos, elementos de diferentes períodos coexisten. Algunos elementos pueden desaparecer completamente sin sucesión, y elementos completamente nuevos pueden llegar a establecerse. El espacio, considerado como un mosaico de diferentes épocas, sintetiza, por una parte, la evolución de la sociedad, y, por otra, explica situaciones que se presentan en la actualidad.

Sin embargo, no se puede hacer una interpretación válida de los sistemas locales desde la escala local. Los eventos a escala mundial, sean los de hoy o los de antaño, contribuyen más al entendimiento de los subespacios que los fenómenos locales. Estos últimos no son más que el resultado, directo o indirecto, de fuerzas cuya gestación ocurre a distancia. Esto no impide, no obstante, que los subespacios estén dotados también de una relativa autonomía,

que procede del peso de la inercia, es decir, de las fuerzas producidas o articuladas localmente, aunque sea como resultado de influencias externas, activas en períodos precedentes.

La noción de espacio es así inseparable de la idea de sistema temporal. En cada momento de la historia¡ local, regional, nacional o mundial, la acción de las diversas variables depende de las condiciones del sistema temporal correspondiente.

Sin embargo, el recurso a las realidades del pasado para explicar el presente no siempre ha significado que se aprehendiese correctamente la noción del tiempo en el estudio del espacio. Si un elemento no es considerado como un dato dentro del sistema a que pertenece (o al cual pertenecía en la época de su presentación), no se está utilizando un enfoque espacio-temporal. La mera referencia a una situación histórica o la búsqueda de explicaciones parciales concernientes a uno u otro de los elementos del conjunto no son suficientes.

La mayoría de los estudios espaciales resultan deficientes precisamente debido a esta debilidad (J. Friedmann, 1968). Estos estudios tienden con frecuencia a representar situaciones actuales como si fuesen un resultado de sus propias condiciones en el pasado.

Ese procedimiento no es adecuado. Primero, porque el significado de la misma variable cambia con el transcurso del tiempo, es decir, con la historia del lugar. Segundo, porque desde el punto de vista espacial*, desde el punto de vista del lugar -que es el que nos interesa primordialmente-, la sucesión de sistemas es más importante que la de los elementos aislados. El espacio es el resultado de la territorialización de un conjunto de variables, de su interacción localizada, y no de los efectos de una variable aislada. Aislada, una variable carece enteramente de significado, como carece de él fuera del sistema al cual pertenece. Cuando no pasa por el inevitable proceso de interacción localizada, pierde sus atributos específicos para crear algo nuevo.

La elaboración y reelaboración de los subespacios -su formación y evolución- se dan como un proceso químico. El espacio así formado extrae su especificidad justamente de un cierto tipo de combinación. Su propia continuidad es una consecuencia de la dependencia de cada combinación respecto a las precedentes (Santos, 1971 y 1978).

* Desde nuestro punto de vista, la unidad espacial de estudio es el Estado, debido a sus funciones de intermediario entre las "fuerzas externas", y los datos internos. Por debajo de esa escala -la escala macroespacial- debe hablarse de subespacios, a las escalas mesoespacial y microespacial.

Los fundamentos de una periodización

A escala mundial, puede decirse que cada sistema temporal coincide con un período histórico. La sucesión de los sistemas coincide con la de las innovaciones. De este modo, habría cinco períodos:

1) el período del comercio en gran escala (a partir de finales del siglo XV hasta 1620 más o menos);
2) el período manufacturero (1620-1750);
3) el período de la Revolución Industrial (1750-1870);
4) el período industrial (1870-1945);
5) el período tecnológico.

Los períodos 1, 4 y 5, es decir, los períodos de la modernización comercial, de la modernización de la industria y de sus bases, y el de la revolución tecnológica, causaron la más profunda transformación espacial en los países subdesarrollados.

Sin duda alguna, esta selección de períodos, o de sistemas de modernización, es fruto de un criterio «arbitrario». Braudel nos informa que las periodificaciones históricas son un dato

tomado de la realidad exterior y obedecen a los objetivos del investigador (F. Braudel, 1958, pág. 488).
En este caso, el objetivo es encontrar, a través de la Historia, secciones de tiempo en las que, dirigido por una variable significativa, un conjunto de variables mantienen un cierto equilibrio, un cierto tipo de relaciones. Cada uno de estos períodos representa, en el centro del sistema, un conjunto coherente de formas de acción sobre los países de la periferia. La evolución de los países periféricos toma entonces, en cada etapa, caminos similares.
Entendida desde este punto de vista, esa periodización es capaz de explicar la historia y las formas de colonización, la distribución espacial de los colonizadores, la dispersión de las razas y lenguas, la distribución de los tipos de cultivo y de las formas de organización agrícola, los sistemas demográficos, las formas de urbanización y de articulación del espacio, así como los grados de desarrollo y dependencia. La periodización también ofrece las claves para entender las diferencias, de lugar a lugar, en el mundo subdesarrollado.
El esquema que sigue está basado en el desarrollo, a escala mundial, de los sistemas espacio-temporales a través de los cinco períodos citados y de su relación con las olas de innovación o modernización en los países subdesarrollados. Tiene el propósito de sugerir cómo las explicaciones geográficas pueden alcanzarse mediante un enfoque espacio-temporal. Sin embargo, el lector debe ser consciente de que, en un trabajo de estas características, sólo se pueden incluir proposiciones y no propiamente soluciones, que solamente pueden definirse a partir del estudio de casos concretos.
Los periodos históricos
Para algunos, la historia a la que están ligados los países subdesarrollados comienza con las conquistas árabes (S. Alonso, 1972, pág. 329). Sin embargo, la influencia árabe estaba limitada por los medios de transporte de que disponían; principalmente el transporte terrestre a lomo de animales, el cual limitaba el intercambio y hacía difíciles los contactos. Eso explica la formación de virtuales colonias comerciales en los países sujetos a la influencia árabe, con las ciudades actuando como instrumentos de relación entre los espacios conquistados y la nación conquistadora. El comercio realizado de ese modo se apoyaba sobre todo en el excedente de producción agrícola, cuya estructura, no obstante, no tenía capacidad de transformar.
Desde este punto de vista, el sistema caracterizado por el dominio árabe y el sistema feudal europeo serían parecidos, ya que la agricultura tenía, en ambos casos, un importante papel y el comercio, instrumento de la relación de dependencia entre los países del centro y de la periferia, no podía transformar cualitativamente la agricultura. Una diferencia, en comparación con la Edad Media europea, es que mientras ésta no pudo generar un centro de dispersión de las innovaciones, el mundo árabe tuvo éxito en esa empresa. En una época en la que el transporte era tan rudimentario, la posición geográfica era importante. Antes de la invención de medios de transporte más rápidos, los polos mundiales debían tener una localización coincidente con la del centro de gravedad geográfico. De este modo, resulta difícil imaginar a Europa ejerciendo ese papel antes del descubrimiento de las grandes rutas de navegación.
Llegamos así a nuestro primer período; y no es casual que, en él, los polos se encuentren en el Atlántico, esto es, España y Portugal, A ese período corresponde el aumento de la capacidad de transporte y de comercio, que substituyen a la agricultura como factor esencial del sistema. El comercio ampliado induce una manufactura más intensiva y es el responsable de la creación, en América, de «espacios derivados», por medio de los cultivos de la caña de azúcar, de tabaco y posteriormente, del algodón, cuya producción comienza a tener efectos sobre los beneficios obtenidos por los diferentes países europeos (G. Domenach-Chich, 1972, página 389).
El comercio se convierte en el motor de la agricultura, y también de los transportes y asegura, más tarde, el cambio de jerarquía producido en favor de Holanda, cuando ese país sobrepasó a España y Portugal en lo que concierne a la velocidad y capacidad de los navíos, así como en la organización comercial y política. Hasta entonces -en el caso de Portugal y España- había una dicotomía entre las variables-fuerza y las variables-soporte, que acabó siendo fatal para la supremacía ibérica.
Muchos otros países europeos utilizaban diversas modalidades de comercio, o simplemente se apropiaban de las mercancías durante su transporte marítimo. Eso explica la existencia de flotas en diversos países de Europa, una parte de las cuales estaba consagrada a operaciones de piratería, que juntamente con el comercio legal contribuían al enriquecimiento de sus respectivas ciudades.
Las ciudades así enriquecidas podían, con mayores medios, dedicarse a una actividad que permitirá la emergencia del segundo período, el de la manufactura. Ésta se organizó, sobre

todo, alrededor del mar del Norte y del Báltico, de tal manera que España y Portugal, que habían sido los polos del sistema en la fase precedente, acabaron por encontrarse en la periferia del nuevo sistema, aunque conservasen relaciones privilegiadas con América.
La llegada, con la industrialización, del tercer período, provocó un cambio brutal de la situación. En las etapas precedentes la materia prima era local. Debido a que la urbanización y la industrialización estaban acompañadas por un aumento de la productividad en las áreas rurales, la producción nacional de artículos de consumo era suficiente para el consumo interno. De cualquier modo, el transporte internacional no era, todavía, un transporte de masa, capaz de conducir materias primas o alimentos desde sitios muy distantes.
El cuarto período, con la segunda revolución industrial, corresponde a la aplicación de nuevas tecnologías y nuevas formas de organización, no solo a la producción material, sino también en cuanto a la energía y el transporte (J. Masini, 1970), permitiendo una mayor disociación de producción y consumo. As¡, en Europa, el ímpetu de la urbanización y la despoblación de las zonas rurales no constituyen un problema para el abastecimiento de las crecientes poblaciones urbanas. Era posible ya importar desde largas distancias los alimentos necesarios para la población trabajadora de las ciudades.
Si el cultivo en América de la caña de azúcar o de tabaco nació de las necesidades del comercio, durante el primer período, el cultivo del trigo o la cría de ganado en Argentina, Uruguay, Sur del Brasil, Australia y Nueva Zelanda, fueron la respuesta a las necesidades de la industria. Esta respuesta, que es la cuestión dominante del período, da a la industria una cierta autonomía en comparación con los otros elementos del sistema. La demanda de tecnología precede o acompaña la respectiva oferta; existe una especie de confusión o coexistencia entre la actividad de producción y la de innovación. Esta situación es contemporánea de la concentración de la producción en unos pocos países, como consecuencia del pacto colonia¡. El desarrollo del propio pacto es una consecuencia de la diferencia de nivel tecnológico entre los países situados en el centro del sistema económico mundial, es decir, los países de Europa Occidental que lo controlaban.
Inglaterra se convirtió en la mayor potencia de la época porque poseía entonces la tecnología más avanzada, que le permitía una mayor acumulación de capital, mucho mayor que la de los otros. Este hecho es importante, ya que industrialización y capitalismo estaban convirtiéndose en sinónimos.
Para continuar vendiendo -que era vital para el sistema- los otros países se verán obligados a buscar mercados privilegiados, especie de subsistemas políticos formados por colonias; espacio cuya división fue realizada según la ley del más fuerte. La distribución de tierras en África es una consecuencia directa de las diferencias de poder industrial entre países europeos. El *status* jurídico y político mediante el cual cada potencia europea podía ejercer su denominación sobre las colonias distantes está también ligado a este factor (R. Bonnain-Moerdijk, 1972, pág. 409).
Esta es la razón por la cual un país como Bélgica, por ejemplo, no conservó privilegios comerciales en el Congo Belga, hoy Zaire, que era, por otra parte, propiedad «personal» del rey. Tal situación explicará, más adelante, la precoz industrialización del Zaire en comparación con otros países africanos. El hecho de que Bélgica no pudiese imponer tarifas preferentes en sus relaciones comerciales en el Congo Belga estimuló al capital belga a invertir allí. Otros países colonizadores se valieron de la fuerza para dictar los términos de sus relaciones con sus colonias.
La posesión de un imperio colonial da al país dominante el control total de los precios dentro del correspondiente subsistema y eso tiene repercusiones sobre la economía: el control político permite, entre otras cosas, mantener salarios bajos y precios igualmente bajos para las materias primas; ambos para el beneficio del país dominante, que es capaz, aún, de sacar beneficio de las oscilaciones coyunturales. Estas ventajas representan a largo plazo una desventaja, ya que los Estados colonizadores de Europa pudieron, hasta cierto punto, despreocuparse *intramuros* de los progresos tecnológicos. Sin embargo, el hecho de que no pudiesen desinteresarse del progreso realizado *extramuros* ayuda a comprender las guerras de este siglo. Era indispensable protegerse contra los países cuyos precios de producción pudiesen, a largo plazo, constituir una amenaza para un mercado menos protegido. El ejemplo de los Estados Unidos, que, poco a poco, ingresa en los mercados europeos y latinoamericanos, es muy significativo como para ser olvidado. Sería, además, instructivo verificar hasta qué punto las diferencias de nivel tecnológico entre países fueron responsables de las guerras desde 1870.
El período científico-técnico actual

El quinto período es el período tecnológico. Este es el período de la gran industria y del capitalismo de las grandes corporaciones, servidas por medios de comunicación extremadamente extendidos y rápidos (F. Álvarez, 1970 y 1971). El período comienza con el fin de la Segunda Guerra Mundial. La tecnología constituye su fuerza autónoma y todas las otras variables del sistema están, de un modo u otro, subordinadas a ella, en términos de su operación, evolución y posibilidades de difusión.

La tecnología de la comunicación permite innovaciones que aparecen, no sólo juntas y asociadas, sino también para ser propagadas en su conjunto. Esto es peculiar a la naturaleza del sistema, en oposición a lo que sucedía anteriormente, cuando la propagación de diferentes variables no estaba necesariamente encadenada.

Por esta razón se puede hablar de la «invención del método de la invención», por el hecho de que las innovaciones son en gran parte una consecuencia de una técnica que se alimenta a sí misma. Esa técnica, cuya realización se hizo relativamente independiente, es llamada investigación.

La tecnología aparece como una condición esencial para el «crecimiento». Los países que poseen la tecnología más avanzada son también los países más desarrollados; las industrias o actividades servidas por una tecnología desarrollada están así dotadas de un mayor dinamismo.

La investigación de mejor nivel se concentra en los polos del sistema, en los países más desarrollados. Los países industrializados gastan 2/3 de sus recursos para investigación en las industrias más avanzadas, y sólo 1/3 en las industrias poco dinámicas. Para los países subdesarrollados en general, cerca del 40 % de sus recursos están orientados hacia industrias que están casi estancadas, y menos de 1/3 para industrias desarrolladas. Considerando que las industrias más modernas requieren un esfuerzo de investigación mucho mayor que las intermedias o las casi estancadas, se puede, de este modo, notar la diferencia de situación entre los países desarrollados y subdesarrollados.

Es verdad que estos últimos siempre tienen la posibilidad de comprar patentes. Esto, sin embargo, es sólo una forma de usar sus reservas de moneda o de endeudarse por medio de enormes pagos de tecnología. De cualquier modo no es suficiente importar los resultados de una investigación básica: debe continuarse más allá del estado de investigación pura, hasta el de investigación aplicada, cuyo costo es considerablemente más alto.

Este período se distingue claramente del anterior en que la industria es rápidamente sustituida por la gran industria como motor principal de producción, y que la tecnología se convierte en factor autónomo, en lugar de la propia industria.

Este período es también aquel en el cual las fuerzas externas creadas en los polos -actualmente los Estados Unidos y la Unión Soviética- experimentan nuevos apoyos o renuevan otros. Estos -transporte aéreo, comunicaciones a gran distancia, propaganda, nuevos medios de control de los mecanismos económicos (A. Bouchouchi, 1970 y 1971), posibilidades de concentración de la información, nuevas técnicas monetarias-, juntamente con la revolución del consumo que reposa también en las mismas bases, constituyen las nuevas condiciones de la organización espacial en todo el mundo.

Por medio de las comunicaciones, el período afecta a la humanidad entera y a todas las áreas de la Tierra. Son muy raros en esta fase de la historia los espacios que escapan temporalmente a las fuerzas dominantes. Las nuevas técnicas, principalmente aquellas para procesar y explotar innovaciones, entrañan, como nunca se había producido antes, la posibilidad de disociación geográfica de las actividades.

A este fenómeno pueden añadirse muchos otros: la creación de nuevas colonias periféricas en el mundo subdesarrollado; las nuevas formas de industrialización, como la internacionalización de la división del trabajo; y la llegada de capital y de tecnología de los países adelantados para usar una fuerza de trabajo barata allí donde ésta habita, es decir, en los países dependientes.

Este período está caracterizado asimismo por las empresas multinacionales que se imponen en el mapa económico del mundo, al mismo tiempo que despierta el nacionalismo que toma a menudo la forma de nuevos estados. **Trácese**, en este sentido, un paralelo entre la asamblea de pocas docenas de países en la Sociedad de Naciones de La Haya y el gran número de estados que hoy forman las Naciones Unidas.

Con todo -y este es un elemento característico de este período-, las grandes corporaciones son, frecuentemente, más poderosas que los Estados. El conjunto de las condiciones características del período ofrece a las grandes empresas un poder antes inimaginable.

Las dificultades encontradas por los países del Tercer Mundo para escapar de la dominación proceden en parte de esto. Más aún, como muestra Meyer (1972, pág. 329), «el desarrollo de

nuevas técnicas de procesar y explorar la información hace posible un aumento de la concentración del poder y, en consecuencia, un impacto más irresistible de las fuerzas externas; en ese proceso, la multiplicación de estructuras financieras con dimensiones internacionales desempeña un papel decisivo».

Las transformaciones del espacio

Existe una marcada diferencia entre los sistemas 1, 2, 3, 4 y el sistema 5. En el último, todos los espacios son alcanzados inmediatamente por un cierto número de innovaciones. Desde nuestro punto de vista, este es el factor más importante en la historia del mundo actual y en la historia del Tercer Mundo.

Esta instantaneidad y universalidad en la propagación de ciertas innovaciones desmantela la anterior organización del espacio. Constituye, sobre todo, un factor de dispersión que se opone de modo muy claro a los factores de concentración conocidos en los períodos anteriores.

Ciertamente la organización del espacio puede definirse como el resultado del equilibrio entre los factores de dispersión y de concentración en un momento dado en la historia del espacio. En el período presente, los factores de concentración son esencialmente el tamaño de las empresas, la indivisibilidad de las inversiones y las «economías» y externalidades urbanas y de aglomeración necesarias para implantarlas. Todo esto contribuye a la concentración, en unos pocos puntos privilegiados del espacio, de las condiciones para la realización de las actividades más importantes.

Por otra parte, los factores de dispersión están representados por las condiciones de difusión de la información y de los modelos de consumo. La información generalizada es difundida del mismo modo que los modelos de consumo importados desde los países hegemónicos.

Como resultado, estos modelos son servidos por los nuevos canales de información, por los modernos medios de transporte y por la creciente modernización de la economía, que constituyen otros tantos elementos de dispersión.

Pueden aparecer excepciones para las reglas descritas; por ejemplo, las actividades de producción que aparecen fuera de los centros urbanos ya establecidos y en respuesta a las nuevas necesidades tecnológicas, como las ciudades mineras o los enclaves (G. Coutsinas, 1972, pág. 379). Son excepciones que no pueden invalidar la regia.

En virtud de los elementos de dispersión así detectados, existen, actualmente, tendencias a la urbanización interior (M. Santos, 1968), que puede ser espontánea, como en el caso de las ciudades nacidas en una intersección de caminos o en los límites de las zonas pioneras; o intencional, como en el caso de las ciudades administrativas, industriales y mineras.

La dialéctica de los factores de concentración y de difusión es responsable de los grandes movimientos migratorios que se producen en las regiones subdesarrolladas. Las migraciones aparecen, en primer lugar, como una reacción de defensa de los grupos cuyo espacio original fue invadido por técnicas que estos asimilaron sólo parcialmente, o no asimilaron del todo. Las migraciones también pueden ser vistas como vehículo de esas nuevas técnicas. Su importancia depende del tipo de tecnología importada o impuesta y, por lo tanto, de las condiciones históricas de su realización.

Los dos aspectos fundamentales de la urbanización (C. Paix, 1971 y 1972, pág. 269), la macrocefalia y las pequeñas ciudades, son una consecuencia de la doble tendencia por una parte a la concentración, y por otra a la dispersión.

Hasta el período anterior, las innovaciones alcanzaron solamente unas pocas áreas y a unos pocos individuos. La sociedad y el espacio de los países subdesarrollados estaban así muy poco afectados por las innovaciones emanadas de los polos y cuya transferencia selectiva era conseguida por la acumulación, en un mismo punto, de innovaciones transferidas y por la relativa dispersión de las innovaciones «inducidas». Sin embargo, los espacios afectados por innovaciones «inducidas» y por innovaciones «transferidas» estaban obligatoriamente en contacto. El desarrollo de todos estos espacios no era homogéneo entre los países, ni dentro de un mismo país. Las condiciones del impacto también cambiaban con el tiempo, porque las variables del crecimiento cambian con las «innovaciones».

Podría preguntarse asimismo si en los períodos precedentes la contigüidad no era, también, una condición para la difusión. Hoy en día, gracias a las nuevas posibilidades de difusión inmediata y, sobre todo, general de las innovaciones, la contigüidad dejó de ser una condición imperativa; esto no deja de tener consecuencias para la organización del espacio.

Durante los períodos anteriores, los países industriales orientaban en los países subdesarrollados la creación de innovaciones inducidas que respondían a las necesidades de los países adelantados, pero cuyas aplicaciones se encontraban muchas veces en los propios países subdesarrollados. Las innovaciones incorporadas (J. R. Lasuén, 1970) eran la

consecuencia, directa o indirecta, pero siempre limitada y localizada, de las contribuciones de innovaciones inducidas. La posibilidad de importar innovaciones incorporadas estaba condicionada, en parte, por la capacidad de crear innovaciones inducidas.

Debido al avance registrado por los transportes y comunicaciones, la instalación de innovaciones inducidas ya no depende, en el período presente, del papel de los centros existentes en el propio país. Por otra parte, estos centros pueden recibir innovaciones incorporadas independientemente de la creación o de la expansión del área de las innovaciones inducidas. El aumento de la importancia de las innovaciones incorporadas en los países de destino dejó de tener como condición una expansión preliminar o paralela de las innovaciones inducidas.

Los progresos en los transportes y comunicaciones ejercen un efecto liberador de las modernizaciones originadas en los polos externos, las cuales ya no necesitan establecerse en puntos dotados previamente con anteriores innovaciones. Los ejemplos de metrópolis político-administrativas y de ciudades salidas de la nada son muy numerosos como para ser mencionados. Lo que resta de la teoría de los polos de crecimiento pertenece ya a la historia.

Modernización y polarización

En cada período, el sistema procura imponer modernizaciones características, operación que procede del centro hacia la periferia. No se trata de una operación al azar. Los espacios afectados son aquellos que responden, en un momento dado, a las necesidades de crecimiento o de funcionamiento del sistema, en relación a su centro.

Los cambios de período implican cambios de métodos: la difusión está caracterizada y es controlada por un proceso diferente en cada fase. Por otra parte, el papel de los factores particulares es diferente en las distintas fases de la difusión (L. Brown, 1968, pág. 34). Cada modernización a escala mundial (1,2,3,4,5) representa un juego diferente de posibilidades para los países capaces de adoptarla; no se podría hablar de la existencia de una agricultura que requiera fertilizantes químicos antes de que la industria química se hubiese desarrollado o establecido en algún punto del globo.

Las innovaciones crean nuevas actividades al responder a las nuevas necesidades. Las nuevas actividades se benefician de las nuevas posibilidades, sin embargo la modernización local puede representar simplemente la adaptación de actividades ya existentes a un nuevo grado de modernización. Sin duda, son posibles combinaciones diferentes entre estas dos hipótesis. El hecho de que en cada momento no todos los lugares sean capaces de recibir todas las innovaciones explica por que: 1) ciertos espacios no son objeto de todas las innovaciones; 2) existen demoras, desfases, en la aparición de esta o aquella variable moderna o innovadora; y esto ocurre a diferentes escalas.

Los resultados están en estrecha relación con los intereses del sistema a escala mundial y también a escala local, regional o nacional. A través de esto podemos, tal vez, explicar las llamadas diferencia del desarrollo; por ahí será viable explicar las diferencias de modernización entre continentes y países, y, del mismo modo, en el interior de los países. El hecho de que existan atrasos temporales en el establecimiento de variables modernas explica las diferencias de situación dentro de los países.

¿Qué ocurre cuando una innovación (1,2,3,4,5), habiendo alcanzado un primer punto o zona, solamente se propaga con un gran desfase a los otros puntos? Esta es la esencia del problema de los polos secundarios o subordinados. Es claro que el mecanismo no es solamente válido a escala mundial, sino también a escala nacional, regional o local. El punto que recibe un haz de innovaciones correspondiente a una modernización está en posición de influir sobre aquellos que no la poseen (B. Kayser, 1964, pág. 334) y esto más aun cuando ese haz está formado por las variables más dinámicas del sistema dominante.

La difusión de innovaciones es así responsable de las notables diferencias dentro de cada país, con la creación de polos internos. La modernización siempre va acompañada por una especialización de funciones que da origen a una jerarquía funcional.

Ciertamente, los puntos del área que acogieron las innovaciones o sus más importantes efectos son también los más capaces de recibir otras innovaciones. Esto da origen a lugares privilegiados, con una tendencia polar.

A nivel mundial, el emisor (o el centro) está representado por el país o países que, en un momento dado, tienen el privilegio de las combinaciones más efectivas de las nuevas variables alrededor de la variable clave. Ese lugar es el centro del sistema mundial. En otros niveles, comenzando por el país, el punto o la zona que primero consigue la más efectiva combinación de variables constituye un lugar potencialmente más abierto a las influencias del centro. Existe

así una variedad y una gradación de sistemas dominantes, de sistemas dominados y de espacios representativos de esos sistemas.

El espacio como un sistema: el espacio derivado

Todo lo que vimos anteriormente muestra que la formación de un espacio supone una acumulación de acciones localizadas en diferentes momentos, Esto entraña un problema teórico, el de transferir las relaciones de tiempo dentro de las relaciones de espacio. Es evidente, como señala D. Harvey (1967, pág. 213), que si no tenemos éxito al explicar los sistemas espaciales (Chisholm, 1967) con un mínimo de teoría, no podemos pasar del nivel de la descripción pura y simple.

Un sistema puede ser definido como una sucesión de situaciones de una población en un estado de interacción permanente. siendo cada situación una función de las situaciones precedentes (R. L. Meyer, 1965, pág. 2; y O. Dollfus, 1970, pág. 4). Un análisis de sistemas que considere esta diacronía requiere la utilización de dimensiones temporales en el estudio del espacio, estando este último considerado como un subproducto del tiempo. Así, la estructura espacial, por sí misma, es suficiente como objeto de estudio. Esta es la razón por la que debemos considerar las estructuras espacio-temporales.

No se puede alcanzar ese objetivo sin comprender el comportamiento de cada variable significativa a través de los períodos históricos que afectan a la génesis del espacio que se está estudiando. Sin duda, este espacio ya tenía una historia antes del primer impacto de las fuerzas externas elaboradas a niveles espaciales más elevados, incluyendo el nivel mundial. Si deseamos, no obstante, ir más allá del caso particular, es la acción de esas influencias, desde el momento en que actúan a escala que sobrepasa lo local, la región, el país o aún el continente, lo que debemos fijar como objeto de análisis.

Nuestro problema será, entonces, el de comprender debidamente los mecanismos de transcripción. espacial de los sistemas temporales. Si el impacto de un sistema temporal sobre una porción de espacio no fuese duradero (J. O. M. Broek, 1967, pág. 105), cada sistema temporal podría imprimir por completo sus propias huellas en la porción de espacio considerada. Sin embargo, dado que la acción de un sistema temporal deja siempre rastros, la situación es otra. Frecuentemente se está en presencia de superposiciones, excepto en el caso de espacios vírgenes, tocados por primera vez por impacto modernizador cuyo origen son fuerzas externas.

Más allá de eso, un subespacio es el teatro de acción de sistemas contemporáneos, aunque a diferentes escalas. Esas escalas también corresponden a prioridades en el proceso de innovación.

La consecuencia de una modernización es generar un efecto de especialización, es decir, una posibilidad de dominación. La especialización da origen a una polarización. Los subespacios más modernizados y más especializados adquieren así la posición de un polo de difusión frente a los otros subespacios. Convirtiéndose, de esa forma, en el objeto de impactos de varios orígenes, de diversos órdenes y significados. El subsistema corresponde a un subesapcio dado y dependiente de varios sistemas de categoría más alta: estos últimos pueden estar ligados entre sí por lazos de dependencia o pueden simplemente coexistir. De cualquier manera, el subsistema situado en el escalón inferior depende de ellos. Existe así, una especie de jerarquización de espacios y sistemas correspondientes.

Actualmente, considerando que en cada sistema existe una combinación de variables de diferentes escalas y períodos de tiempo, cada sistema transmite elementos datados diferentemente. Más aun, el subespacio receptor es selectivo. No son recibidas todas las variables «modernas» y las variables recibidas no son necesariamente de la misma generación. Aquí se encuentra el fundamento no solamente de la diferenciación de los paisajes de la superficie del globo, sino también del comportamiento de los subespacios, de su tendencia a mantener relaciones, y aquí también estriba la razón de su individualidad y de su definición particular.

ESPACIO Y CAPITAL: EL MEDIO CIENTÍFICO-TÉCNICO

Desde que la producción se hizo social puede hablarse de medio técnico. Ese medio técnico viene sufriendo transformaciones sucesivas y, según los períodos, de diferente intensidad en las diversas partes del mundo. En aquellos países 0 regiones donde estaban disponibles técnicas más avanzadas y podían ser aplicadas a la transformación de la naturaleza, encontramos también un medio técnico más complejo.

Del medio técnico al medio científico-técnico

A lo largo de la historia se han sucedido diversas civilizaciones que, en distintos lugares, mostraron una notable capacidad de dominio de la naturaleza a través de las técnicas que

descubrieron y perfeccionaron. Tal sucesión no implica necesariamente herencia, sino, frecuentemente, recreación. Se trató de una sucesión sin continuidad, ni relación de dependencia.

Con el sistema capitalista comienza el proceso de unificación de las técnicas, aunque, según los lugares, la diversidad de su uso continuase siendo llamativa. El hecho de que los intereses de capital fuesen haciéndose paulatinamente más universales condujo igualmente a que el perfeccionamiento técnico pudiese ser más rápido, y el uso de técnicas prestadas más extendido.

Sin embargo, sólo recientemente se puede hablar de un medio científico-técnico, contemporáneo del período homónimo de la civilización humana. Ese período coincide con el desarrollo de la ciencia de las técnicas, es decir, de la tecnología, y, del mismo modo, con la posibilidad de aplicar la ciencia al proceso productivo. Es en ese período, también, cuando toda la naturaleza es objeto de utilización directa o indirecta, activa o pasiva, económica o simplemente política. También se caracteriza este período por la expansión y predominio del trabajo intelectual, y por una circulación del capital a escala mundial; circulación (movimiento de cosas, valores, ideas) que adquiere una papel fundamental. Estos dos elementos, conjuntamente, permiten la aceleración de la acumulación, de la cual, además, son fruto. Una acumulación. hay que recordar, que opera ya a escala mundial. Se da ahora una concentración mayor de la economía, con la presencia de empresas de grandes dimensiones, llevando la producción a depender cada vez más de capitales fijos de gran volumen y, también, a una dependencia mayor del trabajo respecto al capital; al mismo tiempo, la ciencia, es decir, el conocimiento, se hace una fuerza productiva directa.

Trabajo intelectual, unificación del trabajo y organización del espacio

Llegamos de este modo a una fase, prevista por Marx hace más de un siglo, en la que el factor dominante es el *trabajo intelectual* universal; al mismo tiempo en que son menos numerosos los poseedores de los medios de producción, cuyo tamaño actual no se podía sospechar hace sólo algunos decenios.

Merced al trabajo intelectual conocemos la expansión y transformación cualitativa del fenómeno de terciarización de la economía y del empleo, que conduce, entre otros resultados, a una urbanización creciente, tanto más concentrada cuanto que los capitales, en forma de instrumentos de trabajo, son fijos y voluminosos.

Sin embargo, el predominio del trabajo intelectual acelera igualmente el proceso de unificación del trabajo. Por unificación del trabajo debe entenderse el hecho de que más y más gentes deben, para poder producir, estar reunidas bajo una dirección única, aunque no aparente. Las grandes ciudades son el ejemplo límite de esa masificación de los instrumentos de trabajo y de capital fijo. Jamás podrían funcionar si no dispusieran de recursos organizativos en gran escala, como los que les son ofrecidos, por ejemplo, por la cibernética, disciplina del conocimiento humano que corresponde a un alto grado de desarrollo científico.

En cuanto al otro elemento importante del período científico-técnico, la aceleración de la circulación de bienes y de personas, se debe igualmente a las posibilidades abiertas por la aplicación de la ciencia a la producción. Las compañías transnacionales producen, cada vez con mayor frecuencia, partes de su producto final en diversos países y son, de ese modo, un acelerador de la circulación. También gracias a estas empresas aumentó recientemente la necesidad de exportar e importar; una necesidad común a todos los países.

Por otra parte, dentro de cada país existe la tendencia a una especialización cada vez mayor de las áreas productivas. Esto está ligado a la necesidad de mayor rentabilidad del capital, sin embargo no sería posible si todos los tipos de producción, incluyendo la agrícola o la agropecuaria, no fuesen hoy dependientes, en diferentes medidas, del saber científico y técnico.

Es necesario añadir que el movimiento lleva a los capitales fijos a tener una importancia mucho mayor que antes, de modo que se da un aumento paralelo de «fijos» y de «flujos».

A medida que la economía se hace espacialmente selectiva dentro de cada país, y complementaria entre países, los instrumentos de trabajo son cada vez mayores y los capitales fijos y los correspondientes son forzosamente más numerosos y densos. Conocemos, así, una evolución que, partiendo del capitalismo mercantil, llega a nuestro mundo científico-técnico; durante la cual el uso del espacio sufre una evolución constante, que se acelera en menos de medio siglo, justamente después de la difusión de los métodos de producción científica.

Fases en la producción del espacio productivo: la fase actual

En la fase del capitalismo mercantil se da una expansión del área de especialización de la producción, expansión concomitante con las necesidades de la circulación. Estas crean

ciudades y redes urbanas, pero el espacio productivo aún está estrechamente relacionado con las posibilidades ofrecidas directamente por el medio natural. Esto no significa que el medio natural fuese determinante. Lugares que disponían de condiciones naturales semejantes no fueron explotados al mismo tiempo, ni sirvieron de base al mismo tipo de producción. Las áreas que desde el punto de vista del comercio presentaban unas mejores condiciones para su ocupación y que no interesaban a los centros de poder económico, no sufrieron transformaciones fundamentales de la naturaleza, porque el hombre aún no disponía de medios suficientes.

Ya en la fase del imperialismo, los progresos mecánicos fueron grandes y aumentaron las posibilidades de sobreponerse a los elementos naturales: se construyeron ferrocarriles y después carreteras, se construyeron puertos, se crearon canales de comunicación a distancia a través de cable submarino, y, más tarde, del telégrafo sin hilo; todo eso permitió una cierta liberación de las contingencias naturales, aunque, en cada país, se beneficiaron sobre todo algunos puntos privilegiados del espacio. Paralelamente, en los países subdesarrollados podía reconocerse una separación más nítida entre espacios de producción, es decir, campos cultivados, zonas mineras, etc., y espacios de consumo, representados especialmente por las ciudades, sobre todo las mayores.

Sin embargo, en la fase actual, todos los espacios son espacios de producción y de consumo y la economía industrial (¿o post-industrial?) ocupa prácticamente todo el espacio productivo, urbano o rural. Por otra parte, alcanzado un nuevo umbral en la división internacional del trabajo, todos los lugares participan de ella, sea por la producción sea por el consumo.

Gracias a las nuevas condiciones el espacio se mundializa, al mismo tiempo que aumenta el número de estados y los territorios respectivos son dotados de una especificidad aún más nítida. Al mismo tiempo que los espacios productivos conocen una especialización más indiscutible, las disparidades regionales alcanzan una nueva categoría, estando cada vez menos presididas por las condiciones del aprovechamiento directo de las condiciones naturales y cada vez más por las posibilidades de aplicación de la ciencia y de la técnica a la producción y a la circulación general.

Podemos hablar de una nueva forma de urbanización y de nuevas jerarquías urbanas, en función de que la circulación entre las ciudades afecta a elementos distintos de los del período anterior. Hoy, la circulación de órdenes, de plusvalía, de información, pasa al primer plano y se ciñe a una jerarquía calcada sobre necesidades que son propias de la ciudad o de regiones agrícolas circundantes, pero que reflejan relaciones menos «naturales». Antes, la circulación era casi únicamente de productos. La producción local destinada a la industria y a la población de ciudades mayores, dentro o fuera del país, constituía lo esencial de la actividad urbana y presidía su comercio. Ahora, gracias al desarrollo de los transportes, buena parte de ese comercio puede hacerse directamente, en dirección a las grandes ciudades; sin embargo, según los casos, la actividad productiva incorpora una demanda importante de asesoramiento industrial, financiero, jurídico, etc., que dota a las ciudades de un nuevo contenido. Esa tendencia es tanto más nítida cuanto mayor es la cantidad de capital fijo añadido a la producción. Por el hecho de que aumentar el capital fijo significa reducir la cantidad de trabajo necesario, eso también significa que la producción necesita, en mayor número, de inputs científicos.

Unificación del capital y ordenación espacial

El hecho de que la economía se haga tan dependiente de la circulación facilita el proceso de unificación del capital. Hablar hoy de un capital immobiliario distinto del capital mercantil, del capital industrial o del capital bancario (a los que deberíamos añadir el capital tecnológico) puede pecar de exageración. En realidad, la aceleración de la circulación del capital y la terciarización de la economía conducirán a que los bancos pasen a tener un papel fundamental en la captación y en la redistribución de los capitales.

Cuando hablamos de concentración de la economía estamos refiriéndonos tácitamente a una necesidad mayor de capitales indivisibles, en la medida en que los instrumentos de trabajo aumentaron de volumen y se hicieron relativamente más caros y menos accesibles, por tanto, menos disponibles que antes. En esas circunstancias se reduce el número de inversores, porque al mismo tiempo que son apartados de la producción están obligados a buscar otras aplicaciones, hechas, además, a través de la institución bancaria, en sus hoy múltiples subáreas. Por otra parte, quien desea hacerse inversor y no dispone de la masa de recursos necesaria para la adquisición de los nuevos instrumentos de trabajo, queda también obligado a recorrir a un banco.

El banco tiene, pues, un papel selectivo fundamental. En primer lugar, paga de modo diferente a sus diversos acreedores y, en segundo lugar, cobra también de forma diferente a los deudores. La verdad es que también escoge, según las condiciones estructurales y coyunturales, los sectores de inversión, así como los deudores potenciales. Todo esto se realiza con la masa de dinero de las empresas y del público que el banco tiene a su disposición, de tal forma que, al hacerse capital productivo, es cuando el capital bancario adquiere la denominación de capital inmobiliario o mercantil o industrial. En el pasado era posible distinguir estos tipos de capital, pues no alcanzaban el mismo grado de imbricación e interdependencia. Pero hoy es prácticamente imposible desconocer la unicidad del capital bajo las diversas denominaciones que adquiere según su uso. La capitalización generalizada de la economía, privilegiando el papel centralizador de los bancos, provoca que esas diversas denominaciones sean únicamente funcionales y lleva a que las proporciones correspondientes a cada una de ellas constituyan, por eso mismo, un dato administrativo, aunque la estructura de la actividad económica ejerza una influencia decisiva.

El espacio «conocido»

Otro aspecto de la definición del espacio nace, en la fase actual, del hecho de que su uso supone una aplicación de principios científicos, manifestados a través de las diversas etapas de la actividad agrícola, comercial, industrial, etc. El uso del espacio se hizo más capitalista.

Podemos igualmente decir que, merced a la ciencia y la tecnología, el espacio resulta «conocido»; es decir, disponer de un inventario. de las posibilidades capitalistas de su utilización es cada vez más posible y más necesario como un prerequisito a la instalación de actividades productivas, tanto en la ciudad como en el campo. La localización de un supermercado, de un centro comercial, de una fábrica, está precedida de estudios de viabilidad que tienen en cuenta no sólo la coyuntura económica sino también las facilidades ofrecidas por cada lugar dentro del espacio. Otro tanto ocurre con la actividad agropecuaria, en la que, en virtud del uso cada vez más frecuente de mejoras, el inversor potencia¡ desea conocer de antemano que recursos de capital son necesarios para que un producto dado sea, allí, realmente rentable.

La expansión del capital fijo

El proceso de evolución del medio técnico corresponde pues, a un incremento en el uso de capital fijo. Existe, también, una necesidad mayor de capital circulante, ya que las exigencias científicas y técnicas dan lugar a: 1) la necesidad cada vez mayor de adelantos de capital para satisfacer gastos como la preparación y el propio funcionamiento de la actividad; 2) a una reducción del número de personas empleadas directamente en la producción; 3) a una terciarización más amplia y aceleración que, en virtud de la ampliación de las funciones de investigación, dirección, mercadotecnia, etc., lleva al crecimiento del sector terciario superior (llamado también cuaternario), conduce a la expansión del terciario banal, merced a la ampliación del comercio y de los transportes, y también al aumento de los terciarios primitivos o, en otras palabras, del subempleo, ya que la tendencia a la cientifización del trabajo, a su organización sistemática y a su tecnificación se produce en todos los sectores productivos.

La expansión del medio científico-técnico y las desarticulaciones resultantes

La evolución milenaria del medio técnico llevó a un proceso en el que uno de los extremos está representado por la confusión geográfica entre la producción, la circulación, la distribución y el consumo. En el otro extremo, esas cuatro instancias de la producción están geográficamente disociadas y aparentemente desarticuladas. Es la fase actual.

En las comunidades primitivas, que durante mucho tiempo fueron consideradas como autosuficientes, el territorio respectivo era el territorio de la producción y del consumo del grupo, así como el de la circulación y distribución de los productos. La «apertura» de esas áreas a la influencia de un comercio externo fue llevando a una disociación progresiva, no solamente desde un punto de vista geográfico, sino también económico-institucional, de las cuatro instancias productivas. Parte del producto local era consumido en tierras distantes, así como parte del consumo local procedía de otras áreas. De esa forma, las condiciones de circulación y distribución se hacían cada vez más independientes de las condiciones propiamente locales y cada vez más dependientes de un nexo que escapaba a la comunidad. Esa dirección externa del proceso productivo alcanza su clímax en la fase científico-técnico actual, en la medida que la economía se mundializa y está presidida por firmas multinacionales cuya voluntad de lucro hace que busquen en fracciones del espacio localizadas en diversos países el valor de uso que, mediante su estrategia y su poder, transforman en valor de cambio. Esto es aun más sensible en los países subdesarrollados, tanto por razones históricas como por razones actuales. Entre los motivos actuales, está el control del conocimiento científico por

los países del centro, así como la aplicación de nuevos conocimientos, tanto científicos como técnicos u organizativos, generados en los países de la periferia. Como esa sabido, merced a la forma de organización de las empresas y de su intercambio, muchos descubrimientos realizados en países subdesarrollados son valorizados en los países avanzados, cuyas empresas venden, más tarde, estos descubrimientos, o las técnicas reelaboradas o solamente retocadas. Entre las razones históricas, está la dependencia original de los países subdesarrollados actuales, que se vio agravada en la medida en que la evolución económica llevó a una reproducción ampliada de las condiciones de dependencia original.

De este modo, la expansión dentro de los países subdesarrollados de las áreas organizadas según las leyes de la ciencia y de la técnica (desarrollada en buena medida con recursos públicos) constituye un factor de atracción de capitales foráneos cada vez mayor. De tal modo que, por una parte, la nación entera está abocada a financiar los crecientes beneficios de las compañías extranjeras, al mismo tiempo que el propio estado encuentra dificultades para la gestión de los negocios.

Una compañía multinacional organiza su producción en diversos países en función de su propio juego de intereses, creando aquí, ampliando allí, e incluso suspendiendo su actividad en las áreas ocasionalmente consideradas como menos interesadas. En la medida en que esas compañías se hacen capaces de influir en la fijación de los precios independientemente de las posibilidades locales, el gobierno de cada país se va haciendo cada vez más impotente para administrar el resto de la economía aun no sometida a la jurisdicción de esas firmas, toda vez que, como hemos visto anteriormente, la economía tomada como un todo es absolutamente interdependiente.

La cuestión de la federación

Podemos también considerar la transformación del medio técnico en medio científico-técnico desde el punto de vista de las diversas áreas de un país. Resulta a veces difícil discernir entre causas y efectos, sin embargo, a la expansión geográfica del llamado medio científico-técnico corresponde una concentración de la economía nacional que, a su vez, supone o exige un poder mayor del gobierno central. De tal forma que los gobiernos provinciales quedan sin capacidad de tomar iniciativas, y se vuelven, a veces, enteramente dependientes del nivel gubernamental que dispone de recursos.

Como cada nivel de organización, sea cual sea su dominio, corresponde a intereses distintos y a veces conflictivos, el ejercicio de las atribuciones de un gobierno central en la remodelación del territorio o en el cambio de uso de sus diversas partes, puede acarrear para los niveles inferiores de gobierno (regional o municipal según los casos) problemas que resultan insuperables y cuya solución exige, de nuevo, que ese nivel administrativo se dirija al gobierno central. El hecho de que éste, como expusimos hace poco, tenga sus propias finalidades, provoca que la atención a las demandas de los gobiernos regionales o municipales sea a veces imposible, a veces parcial, a veces extemporánea y, de cualquier forma, origen de distorsiones.

La clases invisibles

La expansión del medio científico-técnico conduce también a que la necesidad de grandes capitales se haga mayor, lo que genera en muchos casos una separación geográfica entre el inversor y el medio ambiente donde la inversión se realiza, con las múltiples consecuencias de esa separación. La primera de ellas es la propia dirección de la actividad que, de forma semejante a lo que ocurre con las transnacionales en el dominio internacional, crea dentro del país posibilidades de elección de comportamientos extraños al lugar de la producción y a la unidad políticoadministrativa en que ésta se inserta.

Hemos visto ya casos de industrias que, localizadas en el nordeste del Brasil, cerraron sus puertas porque no interesaba al inversor mantenerlas en funcionamiento. Hemos visto, también, el cambio de toda la organización agrícola de un área, como consecuencia de la llegada de capitales foráneos. Estas transformaciones van acompañadas de otras Migraciones forzadas

Normalmente la expansión del llamado capital científico-técnico lleva a la expulsión de un gran número de residentes tradicionales, y a la llegada de mano de obra procedente de otras áreas. En la medida que las exigencias de la producción son diferentes de las de la producción tradicional, y teniendo en cuenta que el inversor precisa de un control político más estrecho de esa mano de obra, el inversor está obligado, o prefiere, trasladar mano de obra procedente de fuera. Sea cual sea el caso, se produce una dislocación: primero del mercado de trabajo, y, a continuación, una dislocación geográfica al conducir a los trabajadores o propietarios hasta entonces presentes en el área a emigrar a otras zonas. Esa emigración se da como

consecuencia de la incapacidad financiera de continuar siendo propietarios o inversores, o de la incapacidad técnica para ejercer las nuevas funciones.

Aculturación

Es indispensable resaltar que otras actividades también conocen paralelamente el mismo impacto, toda vez que el aumento de densidad del capital tiene un gran poder de contagio en las áreas agrícolas, arrastrando en el mismo movimiento a las áreas vecinas y a las actividades complementarias. Eso conduce, a veces muy rápidamente, a una tercera consecuencia importante: la tendencia a la «aculturación» del área. La substitución de personas, la introducción de nuevas formas de hacer, la alteración de los equilibrios sociales de poder, generan desequilibrios de los que resulta, por una parte, la migración de los liderazgos locales tradicionales y la quiebra de hábitos y tradiciones, y, por otra parte, la transformación de las formas de relación generadas lentamente durante largo tiempo, que se ven, de repente, sustituidas por nuevas formas de relación cuya raíz es extraña y cuya adaptación al lugar tiene un fundamento puramente mercantil. Esto significa que hay un doble proceso de alienación, tal vez menos sensible para los que llegan, en virtud de sus objetivos o por el hecho de que ya están habituados a un estilo de vida menos vinculado a un sólo lugar. A diferencia de los otros, los que están llegando vienen ya con un empleo, o con la esperanza de obtenerlo. Para los que salen la situación es más dramática. Son apartados de una posición social, política o profesional cuya estabilidad se consolidó a lo largo del tiempo (e incluso por herencia) y cuya existencia tenía una cierta comunión con las condiciones del área a la cual estaban íntimamente vinculados y de la que se ven, de una hora para otra, obligados a un éxodo que los sitúa ante un nuevo espacio, una nueva economía, una nueva sociedad, donde tendrán grandes dificultades para desempeñar un nuevo papel.

La urbanización y la ciudad

Una cuarta consecuencia es la transformación de las condiciones de la organización urbana y de la vida urbana misma, En la medida que la economía se altera profundamente, así como la sociedad, y en la medida también en que los tipos de relaciones económicas y de todo orden cambian substancial mente, las ciudades se hacen rápidamente *otra cosa* en relación a lo que eran antes. De este modo, el espacio correspondiente a la provincia, así como el espacio regional, conocen, de repente, nuevas formas de articulación; del mismo modo que las relaciones interurbanas pasan a tener una naturaleza completamente distinta de la que antes se conocía.

Problemas de análisis

El análisis de estos cambios, que son tanto espaciales como económicos, culturales y políticos, puede hacerse, como sugeríamos antes, desde el punto de vista de las diversas instancias de la producción. Es decir, de la producción propiamente dicha, de la circulación, de la distribución y del consumo. Pero también puede tomar como parámetro otras categorías, por ejemplo, las estructuras consagradas de la sociedad, o sea, la estructura política, la estructura económica. la estructura cultural-ideológica, a las cuales añadimos lo que llamamos la estructura espacial. El análisis puede también adoptar como punto de partida otra serie de categorías: la estructura, el proceso, la función y la forma.

El análisis en función de las instancias de la sociedad

Si partimos de la formación económico-social y de sus instancias constitutivas, verificaremos, a lo largo del tiempo histórico. una creciente desarticulación geográfica entre las mismas. El centro de dirección económica puede no ser el mismo que el centro de dirección institucional o cultural-ideológico. En el caso de la comunidad de países, y volviéndonos a referir a la cuestión de los Países subdesarrollados, cuanto más cargado está el espacio de capital fijo y de un nexo técnico-científico, tanto más fácil parece su penetración por elementos económicos más complejos, por una ideología extraña a la historia local y por una dirección política distante. El nivel local de cada una de esas instancias no cambia de modo paralelo, pero la evolución de todas ellas es más rápida que en las fases anteriores.

Es posible así que a una economía altamente capitalista no le corresponda inmediatamente la distorsión de la dirección política de la sociedad local, o una perdida de identidad cultura¡. El proceso, sin embargo, tiende a ser completo y la estructura espacial, modificada parcialmente para acoger y atribuir rentabilidad a las nuevas condiciones del capital especulativo, acaba por conocer modificaciones que afectan a una superficie mayor.

El análisis desde el punto de vista de la estructura, del proceso, de la función y de la forma

Aun aquí se verifica el mismo fenómeno de desarticulación geográfica. Ciertamente, la estructura a la que nos referimos es la estructura de la nación como un todo, pero en la medida en que un territorio está menos integrado políticamente, económicamente, o por los medios de

transporte y comunicaciones, cada lugar es alcanzado con desfases por las determinaciones de la estructura global.

Cuando un área es incorporada a las formas técnico-científicas de (re)organización espacial y así destinada a incorporar fracciones de capital que exigen una rentabilidad mayor y, por consiguiente, una circulación más rápida de los productos, tal área es dotada obligatoriamente de los medios de transporte y comunicación que la vinculan a los centros neurálgicos del país. De este modo, los efectos de las determinaciones de la estructura global se hacen sentir con menor desfase.

Los procesos de todo orden (económicos, institucionales, culturales), que inciden sobre el área en cuestión, proceden, de ese modo, de todos los niveles de decisión. De la misma forma, las funciones ejercidas por el área corresponden igualmente a esos diversos niveles. Si un subespacio, a pesar de estar inserto en el contexto global de la nación, podía escapar de algún modo al peso de la totalidad de las determinaciones más generales y valorar las determinaciones de naturaleza local o regional, a partir de la organización científico-técnica del espacio éste pasa a ser el teatro de una multiplicidad de acciones, cuyo origen y cuyo nivel es diverso. Esto lleva también a que las formas locales, o sea, los objetos creados para permitir la producción económica, las formas generadas para hacer posible la vida institucional y cultural, se vuelvan extremadamente precarias, subordinadas a cambios rápidos y profundos. Esto ocurre tanto en la organización de la red de transportes, que debe readaptarse rápidamente, como en el plano urbano, que debe ser modificado con prontitud para atender al nuevo tipo de demanda representado por una nueva estructura profesional o por exigencia de orden cultural; y ello sin hablar de las relaciones sociales, creadoras de nuevas formas de convivencia. Del mismo modo, la propia administración pública debe reorientarse. Podríamos añadir un gran número de ejemplos, desde la frecuencia de los viajes hasta la estructura del consumo.

En la medida que todo esto está subordinado a un juego de relaciones en el que las variables proceden, sobre todo, de centros de decisión cuyos objetivos no son coincidentes y que están situados en diversos puntos del país, e incluso fuera del mismo, la sociedad local se ve sometida a tensiones mucho más numerosas y frecuentes.

Volver al principio de la página

BIBLIOGRAFIA

ALONSO, Sara: *Pôles d'influence et espaces dépendants*, «Revue Tiers Monde», n.º 50, 1972.

ÁLVAREZ, Fausto: *Documents de travail du groupe de recherche «Analyse régionale et aménagement de l'espace»*, París, IEDES, 1970 y 1971.

BONNAIN-MOERDIJK, Rolande: *La colonisation, «force externe»*, «Revue Tiers Monde», vol. XIII, n.º 50, 1972.

BOUCHOUCHI, Annick: *Documents de travaíl du groupe de recherche «Analyse régionale et aménagement de l'espace»*, París, 1 EDES, 1970 y 1971.

BRAUDEL, Fernand: *Historia y Ciencias Sociales: la larga duración*, «Cuadernos Americanos», año XVII n.º 6, 1958.

BROEK, Jan O. M.: *Geografía, su ámbito y su trascendencia*, México, Uteha, 1967.

BROWN, Lawrence: *Diffusion Process and Location*, Filadelfia, Regional Science Research Institute, 1968.

CHISHOLM, Michael: *General Systems Theory and Geography*, «Transactions. institute of British Geographers», n.º 42, diciembre 1967, págs. 45-52.

COUTSINAS, Georges: *«Forces externes» et structuration de l'espace dans les pays sous-développés: le rôle des produits miniers*, «Revue Tiers Monde», n.º 50, 1972.

DOLLFUS, Olivier: *L'espace géographique*, Paris, P.U.F., 1970; (Trad. cast.: *El espacio geográfico*, Barcelona, OikosTau, 1976, 125 págs.)

DOMENACH-CHICH, Genevieve: *Domination coloniale et transformations du secteur agrícole des pays sousdéveloppés*, «Revue Tiers Monde», vol. XIII, n.º 50, 1972.

FRIEDIVIANN, John: *An Information Model of Urbanization*, «Urban Affairs Quarterley», diciembre 1968.

GODELIER, Maurice: *Systeme, structure et contradiction dans le capital*, «Temps Modernes», n.º 246, noviembre 1966.

GOULD, Peter: *Methodological developments since the fifties*, Progress in Geography», vol. I, 1969.

HAGERSTRAND, Torsten: *Innovation Diffusion as a Spatial Process*, (1953), Chicago, University of Chicago Press, 1967, 334 págs.

HAGGETT, Peter: *Locational Analysis in Human Geography*, Londres, Arnold, 1965; (Trad. cast.: *Análisis locacional en la Geografía humana*, Barcelona, Gustavo Gil¡, 1976, 434 págs.)
HARVEY, David: *The problem of theory construction in Geography*, «Journal of Regional Science», vol. 7, n.º 2, 1967.
HARVEY, David: *Explanation in Geography*, Londres, Arnold, 1969; (Trad. cast.: *Teorías, leyes y modelos de Geografía*, Madrid, Alianza Universidad, 1983, 499 págs.).
KAYSER, Bernard: *Géographie active de la région*, en *Géographie active*, Paris, P.U.F., 1964. (Trad. cast. GEORGE, P: *Geografía activa*, Barcelona, Ariel, 1967, págs. 324-414.)
KOSIK, Karel: *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1967.
KUHN, Thomas, S.: *The structure of scientific revolutions*, Chicago, University of Chicago, 1962; (Trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 320 págs.)
LASUEN, José Ramón: *Tecnología y desarrollo. Reflexiones sobre el caso de América Latina*, «Seminario sobre Desarrollo Regional», Caracas, CEA-CICAP, 1970.
MASINI, Jean: *Documents de travail du groupe de recherche «Analyse régionale et aménagement de l'espace*, Paris, IEDES, 1970.
MEIER, Richard L.: *A Communications Theory of Urban Growth*, Cambridge, (Mass.), MIT Press, 1965.
MEYER, Eric: *Pôles d'influence et espaces dépendants*, «Revue Tiers Monde», vol. XIII, n.º 50, 1972.
PAIX, Catherine: *L'urbanisation: statistiques et réalités*, «Revue Tiers Monde», abril-junio 1971, tomo XII.
PAIX, Catherine: *Approche théorique de l'urbanisation dans les pays sous-développés*, «Revue Tiers Monde», n.º 50, 1972.
PERROUX, François: *L'économie du XX siècle*, Paris, P.U.F., 1969.
RUSSEL, Bertrand: *A history of western philosophy, and its connexions with political and social circunstances from the earliest times to present day*, Nueva York, Simon and Schuster, 1945.
SANTOS, Milton: *Croissance nationale et nouvelle organisation urbaine au Brésil*, «Annales de Geographie», 1968.
SANTOS, Milton: *Le métier de Géographe*, Paris, OPHRYS 1971; (Trad. portuguesa: *O trabalho do géograto no Terceiro Mundo*, Sao Paulo, HUCITEC, 1978.
ANTOS, Milton: *Por uma Geografía nova*, Sao Paulo, HUCITEC, 1978. (Trad. francesa: P*our une géographie Moderne*, Paris, Publisud, 1985).
SANTOS, Milton: *Espaço e Sociedade*, Petrópolis, Vozes, 1979.

ESPACIO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Joan-Eugeni Sánchez

ÍNDICE

El espacio y el cambio técnico
Las nuevas tecnologías con efectos espaciales
Efectos de las nuevas tecnologías sobre los factores geográficos
Las relaciones de poder en el espacio
Los tipos de espacio
El espacio económico
El espacio vivencial
La escala espacial de los microespacios a los macroespacios
La matriz de análisis de efectos-condiciones
Un ejemplo de aplicación de la matriz: el teletrabajo
Algunos interrogantes
Bibliografía
Notas

EL ESPACIO Y EL CAMBIO TÉCNICO[1]

La situación actual de innovación tecnológica, y el tipo de tecnologías que se están desarrollando, introduce una relación nueva con el espacio con implicaciones de orden social y territorial aún hoy no totalmente definidas y poco estudiadas. La constante y progresiva implantación de las nuevas tecnologías genera, y generará cada vez más, un conjunto de interrelaciones globales con el espacio.

Las nuevas tecnologías se están configurando como uno de los ámbitos más dinámicos de actuación humana de este final del siglo XX; pero no podemos olvidar que toda actividad humana se desarrolla en y con el espacio geográfico, del que nos aprovechamos, sobre el cual incidimos, pero que a su vez también nos impone condicionantes.

Parece pues apropiado y significativo preguntarse por la relación que pueda establecerse entre ambos niveles, espacio y nuevas tecnologías, máxime en este momento en que la preocupación por el desarrollo, la difusión y los efectos de las nuevas tecnologías sobre la vida del hombre reclama la atención de todos.

Las nuevas tecnologías y el espacio

El problema de la relación entre espacio y nuevas tecnologías ha interesado a los estudiosos (véase por ejemplo la bibliografía contenida en Molini, 1986). Pero, en general, sus aproximaciones al tema se han efectuado desde unas perspectivas en cierta forma parciales.

Una línea de estudios ha centrado la atención en considerar las transformaciones que tendrán lugar sobre los espacios productivos en cuanto se difundan las nuevas tecnologías de la producción, ya que se preve que éstas, al transformar los procesos productivos, afectarán de forma importante a la división espacial e internacional del trabajo y de la producción; en esta línea el interés se centra, sobre todo, en el espacio productivo industrial (Mason, 1984; Amin, 1986; Markusen, 1986; Chapman, 1987; Hamilton, 1987; Knaap, 1987). Como una concreción del planteamiento anterior, se ha prestado también atención a los efectos de las nuevas tecnologías sobre el espacio considerado como espacio económico, derivándose de esta consideración los efectos sobre el desarrollo regional (Cross, 1981; Slowe, 1981; Castells, 1985; Daniels, 1985; Johnson, 1986; Keekle, 1986; Molini, 1986; Sthöhr, 1987; Mella, 1987; Bellet, 1987; Knaap, 1987). Un tercer enfoque de análisis engloba los estudios sobre distribución y difusión de nuevas tecnologías en el territorio (García Ferrando, 1976; Brotchie, 1987; Chapman, 1987; Molini, 1987; Ruiz, 1987). Por último, un cuarto enfoque, no claramente definido como geográfico, pero que contiene amplias implicaciones espaciales, sería el relacionado con lo que se ha dado en llamar la sociedad de la información[2] (Martin, 1978; Laver, 1980; Reese, 1982; Schiller, 1984; Castilla, 1986; Meyer, 1986; Arroyo, 1987; Bakis, 1987; Brotchie, 1987; Gouedard-Comte, 1987; Pelou, 1987; Lanza, 1988).

En general en muchos de estos análisis, como por otro lado es habitual, el espacio aparece de forma indirecta o parcial, no en su globalidad y como un todo, sino como algo que ésta allí y que existe, pero que no se le considera una variable suficientemente significativa en sí misma como para introducirla en el estudio.

En nuestra línea de pensamiento, creemos que es un error olvidar o relegar a un papel subordinado el espacio, en la medida en que pensamos que debe considerársele como una instancia, junto con la económica, la político-institucional y la ideológico-cultural,

en la articulación de toda sociedad (Santos, 1985) y por ello con un importante papel en la explicación de los procesos sociales.

Una propuesta metodológica de análisis de efectos y condiciones espaciales de las nuevas tecnologías

El enfoque del presente trabajo es de signo metodológico. Se trata de ofrecer una propuesta metodológica para el análisis de los efectos y condiciones que en relación con el espacio geográfico tienen, o pueden tener, la incorporación de nuevas tecnologías.

Para ello se propone un *modelo de análisis* que permita analizar sistemáticamente los condicionantes territoriales y las relaciones espaciales que pueden derivarse de la incorporación social de las nuevas tecnologías.

El modelo debería servir para abordar el estudio de los efectos espaciales que cabe esperar de cualquier incorporación técnica, así como de guía en el vaciado de la literatura existente, directa o indirectamente referida a la presentación de los efectos y condiciones espaciales de las nuevas tecnologías.

Como hemos defendido en otro momento (especialmente Sánchez, 1984), pensamos que cualquier transformación social debe tener su correlato en una coherente adecuación de la estructura espacial, sin la cual no es factible el mantenimiento de la estructura social. En cierto sentido, equivale a la necesaria coherencia entre fondo y forma. De ahí la importancia de considerar al espacio como una variable significativa en el estudio de las relaciones sociales.

En base a este principio, y a través del seguimiento de la *concreción espacial de los efectos,* se puede llegar a valorar la coherencia de las propuestas que se formulan de incorporación de nuevas tecnologías, ya que éstas deberán configurar una articulación espacial coherente para que puedan producirse y mantenerse.

Ello obliga a analizar la coherencia espacial de las consecuencias socio-económicas globales, y no sólo de las ligadas técnicamente a la incorporación de nuevas tecnologías individualizadas. El modelo que se propone pretende servir de guía analítica en este propósito globalizador a través del estudio de los efectos como proceso; efectos directos, derivados e indirectos, en un planteamiento de tipo sistémico.

Para mostrar más concretamente el 'funcionamiento' del modelo expondremos, más adelante, un ejemplo a través de su aplicación a una de las transformaciones que se pronostican: *el teletrabajo.*

Doble dirección de las relaciones entre espacio y nuevas tecnologías

La relación entre espacio y nuevas tecnologías debe abordarse desde una doble perspectiva. Por un lado las nuevas tecnologías ejercen una clara incidencia sobre el espacio, siendo el territorio un aspecto sobre el que actuar[3]. Pero no debemos olvidar, como lo olvidan frecuentemente los estudiosos, que también el espacio, en sí mismo, se muestra como un condicionante (no confundir con un planteamiento idiográfico), ya que, mientras en ocasiones se buscará el espacio idóneo para el desarrollo de las nuevas tecnologías, en otros momentos lo que se pretenderá, a través de ellas, será aprovecharse o enfrentarse con él, para solventar problemáticas del propio espacio; en este sentido el espacio en general, o el territorio en particular según el ámbito espacial al que se actúe, impone en sí mismo unos condicionantes según las características del medio físico y en cuanto características como espacio social históricamente producido.

Por tanto no se tratará sólo de unos *efectos (o* impactos) desde fuera, sino también de la existencia de unos *condicionantes* desde dentro, como pueden ser las condiciones de localización que el propio territorio-lugar imponga. Queda relativizado de este modo, el concepto de *impacto* que habitualmente se utiliza; éste ofrece la imagen de que los procesos son unidireccionales;desde las nuevas tecnologías hacia y sobre la sociedad y el territorio, cuando en realidad es birrelacional, ya que el espacio aparece, cuanto

menos, como condicionante; se trataría de una influencia en cierta medida pasiva, pero influencia al fin y al cabo, a la que habrán de adaptarse las estrategias.
Pero tampoco cabe olvidar que las nuevas tecnologías y el espacio se relacionan a otro doble nivel. Como espacio económico? productivo, desde luego, pero también como espacio global de la vida humana, tanto en sus relaciones político-institucionales generales, como en el normalmente olvidado ámbito del espacio de la vida cotidiana, aquel en el que se refleja para cada individuo su calidad de vida en particular.

Consideración sobre el significado de efecto

Centrémonos ahora en considerar el significado de efecto (o impacto) de las nuevas tecnologías sobre el espacio y la sociedad.
Un efecto espacial será aquel tipo de incidencia que una, o unas, nuevas tecnologías generarán sobre el espacio geográfico (como espacio social o como medio físico aún no actuado por el hombre, caso por ejemplo del espacio interplanetario). En la actualidad, esta posibilidad de generar incidencias sobre el espacio geográfico viene propiciada por la extensión, precisamente, de nuevas tecnologías, ya que ellas son las que potencian, en términos generales, unas nuevas formas de actuación social. Con lo que se harán más evidentes los factores de tipo económico implícitos en el propio desarrollo de las nuevas tecnologías.
Por ejemplo, se habla constantemente de empresas multinacionales, de internacionalización, de transferencia tecnológica, de difusión de conocimientos, o de mundialización de las relaciones políticas, sociales y económicas. Un repaso a los medios de comunicación de amplia difusión nos lleva a tener que asumir este tipo de vocabulario. ¿Qué significados podemos atribuirle? Entre otros, significa que nos hallamos en un momento en el cual las relaciones sociales han superado totalmente los ámbitos cerrados o constritos, para tomar una dimensión planetaria.
¿Qué es una multinacional? Es aquel tipo de empresa que comporta una actuación productiva, no sólo comercial, que tiene como área de actuación precisamente el Planeta, en cuanto potencialidad de poder actuar en cualquier punto del mismo, asumiéndolo como espacio productivo ligado a un único centro de decisión. Y ésto con independencia de las divisiones geopolíticas y, en gran medida, con independencia también de la ideología de los regímenes políticos imperantes en los lugares de localización productiva. Ello ha consolidado el proceso de internacionalización de la producción, y no sólo del comercio, a escala planetaria. El planeta Tierra deviene un espacio único subdividido en subespacios o regiones: la nueva región geográfica de las multinacionales puede ser el continente o el subcontinente, por encima de los estados. Así, por ejemplo, una huelga que se produzca en una factoría puede tener repercusiones inmediatas en el resto de factorías localizadas en otros estados, con lo que las políticas estatales se verán alteradas por acontecimientos que se producen en el seno de otro estado, sin que ellos hayan participado directamente ni en las causas, ni en el proceso que los han motivado. El mercado productivo es mundial, lo que repercute a su vez en las balanzas comerciales y de pagos. Las decisiones de especialización productiva interna de la empresa multinacional llevan a que se compren a sí mismas productos producidos en otros países, lo que altera las balanzas comerciales, aún cuando después se vea compensado en la balanza de pagos por transferencia de capitales o de beneficios.
Así la dimensión física de nuestro espacio cotidiano tendrá una extensión de hasta algunos kilómetros de radio, pero en cambio, nuestro espacio mental cotidiano, nuestro espacio de información y, para algunos, el espacio de actuación se sitúa o puede situarse a escala mundial.
La coherencia necesaria entre los cambios en las dinámicas social y territorial

Como se ha señalado más arriba, una premisa básica en el análisis espacial es la necesidad de una coherencia entre las diversas instancias en un territorio. De ello se derivará que la aplicación de las nuevas tecnologías haga necesaria la coherencia entre las necesidades estructurales de la propia nueva tecnologia, la estructura productiva, la estructura social de su implantación y la adecuación estructural del espacio, del mismo modo que el funcionamiento económico de una sociedad requiere una estructura social adecuada. Es decir, a varios niveles encontramos la necesidad de que exista coherencia entre los diversos ámbitos o instancias de la sociedad, de forma tal que si esta coherencia se produce el proceso podrá funcionar adecuadamente;con independencia de que nos guste o no. Mientras que si no se alcanza dicha coherencia, la consecuencia lógica será la aparición del conflicto social.

Con el espacio ocurre lo mismo. Si no se alcanza una coherencia o concordancia estructural entre espacio y nueva tecnología difícilmente será viable o permanente su implantación, generándose una situación de conflicto.

Por ello se presupone que deberá producirse un doble proceso de adecuación, según el cual las nuevas tecnologías, en el momento en que se vayan implantando y difundiendo, tendrán efectos sobre el espacio de reacondicionamiento, de reestructuración y de rearticulación, adaptándolo a las nuevas exigencias que ellas mismas impongan; al tiempo que también el propio espacio, en sus características particulares como lugar concreto, obligarán a las nuevas tecnologías que quieran implantarse o servirse de él, a adaptarse. Por ello, será preciso que en su proceso de implantación, las nuevas tecnologías se apliquen o penetren bajo formas distintas en función de la adecuación del principio general a cada lugar o territorio como espacio social concreto y particular, en tanto que medio físico y que espacio social producido, sobre el que se pretende intervenir.

El desarrollo técnico

Introduzcamos ahora la consideración del papel de lo que se denomina *desarrollo técnico,* o desarrollo de las fuerzas productivas, por cuanto representa un concepto más amplio que el de nueva tecnología.

El desarrollo técnico ha permitido aumentar la capacidad productiva del trabajo, incidiendo sobre la cantidad de trabajo humano directo necesario para la producción de una mercancía (productividad). Pero también ha permitido remodelar el tipo de recursos a emplear, con repercusiones sobre los espacios productores de primeras materias. Ello obliga a poner cada vez mayor énfasis en lo que podemos denominar *recursos técnicos* frente a los clásicos recursos humanos y de capital. Se puede hablar cada vez menos, como la hacían los clásicos, de solamente tierra, trabajo y capital, al verse progresivamente potenciada la importancia del factor técnico.

Un aspecto substancial del factor técnico, o recursos técnicos, es su relación con los recursos humanos. Por un lado está ligado a la capacidad de los individuos, ya que son ellos los que descubren y desarrollan las innovaciones técnicas. Pero, una vez desarrolladas, creadas o producidas, se independizan de ellos, adquiriendo un carácter autónomo que permite ser apropiadas por otros individuos y ser aplicadas a su vez por otras personas, sólo con la condición de que éstas posean en sí mismas, como fuerza de trabajo, la capacidad y cualificación correspondiente a las exigencias de aplicación del nuevo proceso técnico. Una fórmula magistral, el diseño de un prototipo o un programa informático, una vez creados, se independizan del creador y pueden ser utilizados y aplicados por cualquier otra persona que conozca los principios o la tecnología básica en la que se apoyan.

Así pues, no sólo es importante el control de los recursos humanos, de los recursos físicos y de los de capital, sino que, cada vez más, es importante el control sobre los recursos técnicos. Con ello también el control sobre su difusión.

Efectos espaciales directos, derivados e indirectos

Al considerar el proceso de incorporación de nuevas tecnologías puede efectuarse una primera lectura en base a los efectos directos que sobre el territorio pueden tener. Pero no es suficiente quedarse a este nivel de lectura, por ser excesivamente superficial, ya que pueden ser tanto o más importantes los efectos derivados o los indirectos. En términos sistémicos vemos que son especialmente importantes los efectos de *feed-back, o* realimentación, que se producen con la implantación de cada nueva tecnología, de forma que una modificación engendra un cambio que incide sobre otras dimensiones espaciales o sociales, los cuales, a su vez, repercuten nuevamente sobre el territorio, y así sucesivamente, generando un bucle helicoidal de realimentación.

Por ello, junto a los efectos directos deberemos prestar una gran atención analítica a los efectos derivados ligados a la propia tecnología, o a los efectos indirectos que se producirán como consecuencia de los derivados, en la medida en que éstos pueden ser efectos no previstos, con repercusiones fuera de control y cuyas consecuencias habrá que analizar. Intentaremos mostrarlo en el ejemplo que se propondrá.

Lo que estamos apuntando es el proceso, en cierta medida autónomo, de interdependencia entre los efectos concretos sobre el espacio y los condicionantes subsiguientes que ofrecerá el propio territorio. No se trata, por tanto, de un feed-back en sentido estricto, en el que el sistema se adecua a sus propios resultados, sino de un proceso de interdependencia entre incorporación de nuevas tecnologías, necesidades espaciales que exige esta incorporación y readecuación del sistema, lo que generará el proceso sistémico de adecuación social y territorial.

Innovación tecnológica y relaciones de poder en el espacio.

¿Cómo y quiénes conducen todo el proceso?

El modelo propone reconocer los efectos espaciales de las relaciones de poder ligadas a la implantación y efectos de nuevas tecnologías. Pero no deberán olvidarse a los agentes últimos que dinamizan el proceso. Y ello para contextualizar convenientemente la nueva situación.

Creemos que el desarrollo técnico sigue los mismos principios y objetivos sociales que imperan en la sociedad en la que se desarrollan. En otros momentos (Sánchez, 1981) hemos defendido que el principio motor de la articulación social era la apropiación-gestión del excedente, cualquiera que fuese la sociedad histórica que se tomase en consideración. No existen indicios de que el desarrollo de nuevas tecnologías siga o vaya a seguir otros principios.

Antes al contrario, el propio coste económico de su desarrollo e implantación, y la fuerte incidencia sobre los procesos económico-productivos parecen reforzar aún más este objetivo.

Lo que significa, en base a los criterios de coherencia estructural antes apuntados, que el desarrollo y la implantación de nuevas tecnologías forzará hacia cambios importantes de las estructuras sociales.

Nos centraremos en las exigencias ligadas a la reformulación de los aspectos espaciales. Por ello dejaremos de lado cuestiones del tipo: ¿cómo se toman las decisiones de innovación y en qué campos?; ¿por qué se aplican en un lugar y bajo que formas?; ¿cuáles son los objetivos mediatos de su implantación?; ¿qué intereses entran en juego?; ¿en qué relaciones de poder interterritoriales e intraterritoriales se apoya la difusión de nuevas tecnologías?; ¿ cómo reaccionan las diversas fuerzas en juego?. Y un sin fin de otras cuestiones esenciales sobre el quién, el por qué, el dónde, el cómo o el cuándo del

desarrollo de las nuevas tecnologías, cuestiones que no podrán dejar de plantearse seriamente en un futuro análisis global de este proceso.

LAS NUEVAS TECNOLOGIAS CON EFECTOS ESPACIALES

Efectuemos una rápida presentación de las nuevas tecnologías que previsiblemente implicarán alguna forma de efecto espacial. Se trata de un tema en el que existe amplio acuerdo entre los diversos autores, ya que el ámbito de lo que se consideran actualmente como nuevas tecnologías aparece en la bibliografía existente ampliamente consensuado. (Ros, 1986, Castells, 1986, Castilla, 1986).

Microelectrónica

En primer lugar puede situarse a la microelectrónica, siendo en cierta forma el ámbito que ha motivado la existencia de una nueva revolución tecnológica. Ella es la que ha posibilitado la incorporación de la electrónica a un sin fin de actividades, pero sobre todo el desarrollo de la informática, a través de un proceso de miniaturizaci6n, de potenciación y de creciente complejidad de los circuitos.

Por tanto, no hay que pensar solamente en la microelectrónica como base de los 'chips', o microprocesadores, y de la informática, sino que hemos de pensar en la microelectrónica aplicada a numerosos campos, como puede ser la optoelectrónica, dentro de la cual el láser o la fibra óptica serán áreas de desarrollo importantes y de gran trascendencia, así como la base de las tecnologías de la información que llevan hacia la sociedad de la información.

Informática

La informática basa su importancia en ser el campo de las nuevas tecnologías que ha revolucionado los procesos, y sobre todo la cantidad y la velocidad, de tratamiento de la información.

Citemos dos líneas de aplicación en las que puede ser especialmente importante su papel de intervención sobre el espacio. Una es lo que se empieza a denominar productiva, entendida como la aplicación de la informática al proceso de producción. Complementariamente a ella se desarrolla la burótica u ofimática en cuanto aplicación específica a los procesos de trabajo de oficina o burocráticos. Una importante derivación es la robótica, que trataremos de forma específica a continuación.

Son aplicaciones concretas de la productica el CAM («Computer Aided Manufacture»), producción asistida por ordenador; el CIM («Computer Integrated Manufacturing»), fabricación integrada por ordenador; el CAD («Computer Aided Design»), diseño asistido por ordenador; el control de procesos y de calidad, o la incorporación de sistemas expertos. A ello hay que añadir la posibilidad de su extensión mediante redes de ordenadores.

La segunda línea a la que nos referimos es la inteligencia artificial, de la cual se derivan posibilidades de aplicación tales como los ya citados sistemas expertos, entendidos como aquellos programas informáticos en base a un conjunto de variables interrelacionadas, de forma tal que aportando valores específicos a dichas variables el sistema experto establece un diagnóstico o toma una decisión de actuación que transmite a un sistema acoplado a él.

Automática, robótica

El interés y las realizaciones en el campo de la automática son muy anteriores a las nuevas tecnologías. Existen autómatas desde hace siglos, siendo el reloj mecánico un ejemplo de ello. También es antiguo el interés por producir muñecos mecánicos que reprodujesen los movimientos humanos o animales. Pero la aparición de la electrónica, de la microelectrónica y el desarrollo de la informática han abierto un campo de posibilidades casi ilimitadas al desarrollo de la automática y, en particular, a la robótica.

Hoy se sustituyen o complementan los automatismos mecánicos o neumáticos por procesos controlados por ordenador. Pero además pueden ser dirigidos por sistemas expertos, con amplia capacidad de autoanálisis y autorregulación en función de los cambios que se produzcan en las variables que configura dicho sistema experto. Esta vía abre el campo a la incorporación de procesos flexibles, de los que carecía el autómata mecánico clásico.

En el ámbito de la producción se están introduciendo cada vez mayor número de robots y de sistemas automatizados, mediante los cuales la producción se efectúa con una considerable disminución de trabajo humano y bajo controles centralizados y cada vez más informatizados, aprovechándose de las capacidades de autocontrol. Al mismo tiempo, se incorporan también una de las más interesantes posibilidades, cual es la de autorrealización. No solamente se controlan procesos, sino que se interviene directamente en el proceso de producción directa manipulando objetos materiales, sea en una cadena de producción de automóviles, sea entregando dinero a través de un cajero automático, sea, cosa que gusta mucho citar a ciertos `futurólogos', construyendo nuevos robots.

La conexión a redes abre una posibilidades hasta hace poco impensables de intervención y actuación espacial.

Comunicaciones y tecnologías del transporte

Debemos entender este ámbito como aquellas técnicas y realizaciones destinadas al desplazamiento de objetos materiales, con masa y volumen apreciables. La innovación técnica no hace más que aumentar sin cesar la capacidad de volumen y masa de transporte *y* disminuir el tiempo *y* los costes.

No podemos decir que el campo de la ingeniería civil y de las obras públicas haya sufrido una 'revolución' reciente, sino que han seguido un constante proceso de avance tecnológico. Lo que si son espectaculares son las realizaciones que se consiguen. Desde edificios de decenas de pisos de altura, a puentes o túneles de gran longitud, pasando por el mundo de la aeronáutica, los grandes buques petroleros o los trenes de alta velocidad, que no hacen más que acortar las distancias relativas al desplazamiento de personas o objetos de índole material, empequeñeciendo de esta forma el espacio relativo del Planeta.

Telecomunicaciones

Las telecomunicaciones han sido el medio esencial a través del cual se ha trastocado la relación espacio-tiempo. Y ello por la posibilidad abierta, con el uso de ondas eléctricas y electromagnéticas, para la transmisión de información, de recepción prácticamente instantáneamente y, en el caso de las ondas electromagnéticas, en todas direcciones, incluso a distancias interplanetarias; en este caso la recepción deja de ser instantánea para adaptarse a las grandes distancias que deben cubrirse, superiores a unidades de 300.000 kilómetros.

A partir del momento, ya lejano, en que el hombre supo comunicarse a través de mensajes escritos, fue capaz de hacer ejecutar ordenes a distancia, pero para ello debía valerse de otros hombres dispuestos a trasladarlas (correos o mensajeros) y a ejecutarlas físicamente. La primera incorporación de la electricidad como soporte de la información, con el telégrafo y el teléfono, significó la posibilidad de eliminación del mensajero, sustituido ahora por ondas eléctricas a través de un hilo conductor, consiguiéndose, lo que fue más importante, la práctica *instantaneidad* en la comunicación. Se vencía así la fricción del espacio, aunque con estas técnicas sea necesario todavía un canal en forma de red. El salto a las ondas electromagnéticas elimina la construcción del canal, y la comunicación se difunde en todas direcciones, con lo que solamente se requiere un medio emisor y unos receptores, que pueden ser en

número ilimitado, lo que posibilita la recepción de la misma información desde cualquier punto en el espacio en el que se disponga de un receptor, con la sola condición de que hasta él alcancen las ondas electromagnéticas emitidas.
El espacio terrestre, pero también el interplanetario, se configuran bajo unas nuevas dimensiones en cuanto espacios de información y espacios de comunicación. De ello se derivarán algunas de las transformaciones aparentes más importantes en la relación de las nuevas tecnologías con el espacio, dada la espectacularidad de los cambios introducidos. Comunicaciones telefónicas instantáneas y radiocomunicaciones a las que se incorporan espectacularmente los satélites de comunicaciones.
Pero también comunicaciones de datos, sean éstos a partir de bases de datos preexistentes o creados ex novo a partir de los propios medios, como es la teledetección o los satélites de reconocimiento.
Todo ello a través de redes internacionalizadas o bajo la creación de redes internas o locales de muy diversa extensión.

Telemática, telepresencia

El encuentro entre telecomunicaciones e informática, todas ellas basadas en principios eléctricos, abre unos campos insospechados y antes desconocidos, a los que podemos considerar como verdadera nueva tecnología.
Por ejemplo, abren el campo a la telemática como posibilidad de actuación física a distancia y a tiempo real (en el mismo instante en que se produce la orden), lo que, a su vez, significa abrir el camino a la telepresencia en donde la actuación a distancia no requiere de otras personas como intermediarios, sino que con el único soporte de máquinas, utillajes y energía se nos ofrece la posibilidad de ejecutar a tiempo real acciones físicas materiales a distancia sin nuestra presencia directa en el lugar de la actuación.
Hasta la aparición de la telemática el hombre sólo podía ejecutar actuaciones mecánicas en los puntos en que estuviese físicamente presente, con la condición de que, además, pudiese acceder con su cuerpo. Ahora deja de ser necesaria dicha presencia física para que, a tiempo real o tiempo diferido, podamos ejecutar una acción físico-mecánica sin estar presentes o sin intervenir directamente.
Se abre la posibilidad de alcanzar en cierta grado el 'don de la ubicuidad' en la medida en que podemos actuar a distancia, no sólo mediante órdenes, cosa que acabamos de ver que ya se sabía hacer desde antiguo, sino ahora *directamente*.
Las aplicaciones de estas nuevas tecnologías han sido tan rápidas que se nos han hecho ya familiares y cotidianas. Desde algo ya tan usual como *programar* un vídeo *o accionarlo* con un mando a distancia, *o recoger* muestras de suelo en otro planeta sirviéndose de un vehículo adecuado bajo *control remoto*[4].

Láser

La importancia del láser se presenta en el ámbito instrumental en el sentido de que es un medio de potenciación de muchas de las otras tecnologías en numerosas aplicaciones, en campos que van desde la defensa hasta los videodiscos, pasando por las telecomunicaciones, la energía, la industria, la instrumentación científica, la informática, la construcción y las obras públicas, la medicina, la química industrial, las artes gráficas o el armamento. Abre el camino a lo que se denomina fotónica, con amplias posibilidades de aplicación en el campo de la transmisión.

Biotecnología

Se trata de un ámbito de las nuevas tecnologías de una trascendencia espacial importante. La biotecnología clásica, basada en la fermentación, ha dado paso a una biotecnología moderna basada en tecnologías para el desarrollo de nuevos microorganismos industriales, en la biología molecular y en la biología celular.

Citemos como técnicas destacadas la ingeniería genética, con aplicaciones al incremento de la productividad de organismos industriales en uso o al desarrollo de nuevos productos, mediante sustitución de materias primas no renovables por materias primas renovables o por aumento de la capacidad de biodegradación de sustancias tóxicas en el medio ambiente; la fusión celular y sus aplicaciones a la producción de anticuerpos o al desarrollo de nuevos híbridos vegetales; así como el campo de las tecnologías para el desarrollo de nuevos procesos (Ros, 1986).

De entre las muchas posibilidades que se ofrecen, destacaremos aquí como espacialmente significativas aquellas que dan lugar a la agrotecnología.

A través de la *agrotecnología* se ofrece la posibilidad de aplicar la biotecnología a la producción de alimentos y especies animadas. La estructura clásica de la agricultura, connatural a la vida humana desde la revolución neolítica, puede verse así afectada de forma sensible y básica a través de las nuevas tecnologías.

Lo que sigue se plantea en un cierto tono extremo, como muestra de posibilidades que se abren, no tanto como realidad inmediata ni siquiera necesaria; pero de hecho no hay que olvidar que en agricultura la incorporación tecnológica ha permitido llegar a grandes incrementos, tanto de rendimiento como de productividad. Esto hace factible el que un corto número de personas pudiesen, si se quisiese, alimentar a toda la población. Conviene recordar que un país tan importante como exportador de productos agrarios, como son los EE.UU., sólo ocupa un escaso 2% de su población activa, o que en Europa, los excedentes agrarios son uno de los problemas dentro de la CEE, con la consiguiente aplicación de políticas restrictivas a la producción.

Toda la historia de la agricultura es una permanente aplicación de tecnología a la producción de alimentos. La propia esencia de la agricultura es un hecho técnico, como también lo son la mecanización, el regadío, los abonos artificiales, o el cultivo en invernaderos.

La biotecnología ofrece la posibilidad de incorporar nuevas especies, antes inexistentes, mediante unos procesos en los que incluso el *suelo*, clásicamente medio de producción imprescindible, llega a ser sustituido por otros medios, como sucede en los cultivos hidropónicos sobre soportes del tipo del serrín o tierras de mala calidad. El valor de calidad del suelo como medio de producción ya no es imprescindible, puesto que se pueden compensar por aportaciones artificiales, incluso en medios cerrados. La idea bucólica que aún subsiste en una cierta concepción respecto al medio agrícola; un medio físico, unos campos, unas construcciones, un quehacer del agricultor, un 'modo' de vida, ..; puede pasar a ser sustituida por un nuevo modelo espacial, y también social, de agricultura: unas construcciones 'industriales' (no confundir con la agroindustria), unas instalaciones también de signo y visión industrial (tuberías, silos, depósitos, instalaciones, ...), y unos agricultores de bata blanca, en un medio esterilizado *y* con libreta *y* ordenador en la mano. Muy visible ya es todo ello en la ganadería, donde la informática permite la aplicación de sistemas expertos sobre un sistema cerrado, cual lo es la vaca en cuanto productora de leche o de carne, en medios ambientes también cerrados, controlando rendimientos, estados, o ciclos. Así como la inseminación artificial, las modificaciones celulares y la introducción de nuevas especies, o la aplicación de irradiaciones electromagnéticas para la conservación de alimentos. Digamos que un aspecto tan básico a la geografía, como había sido lo agrario, se esta viendo trastrocado en su forma, en su paisaje, en su proceso, en su modo de vida, a través de las nuevas tecnologías. Recordemos que no entramos aquí en la extensión y la velocidad de incorporación de las mismas, sino en las posibilidades que se nos ofrecen. Es un ámbito que podrá recibir, y esta recibiendo ya, un efecto espacial evidente y acusado a través de las nuevas tecnologías, las cuales, al tocar en la esencia del proceso,

afectan a la forma, y con ella al espacio. El suelo deja de ser básico para poder pasar a ser secundario, no sólo en invernaderos, sino bajo una nueva capacidad de crear espacio, abriendo la posibilidad de aumentar la superficie, lo que antes sólo estaba reservado a los procesos industriales y de servicios. Aparece hoy como factible, por ejemplo, efectuar cultivos sobre bandejas y en medios cerrados, con lo que no sería difícil imaginar un edificio de pisos destinado a la producción agrícola , en forma de `fábrica agrícola', por ejemplo, de endivias o tomates, como de hecho ya existen `fábricas' de leche o de carne. (García Manrique, 1984) La superficie deja de quedar condicionada a la extensión de la superficie del planeta y, más en concreto, a aquellas zonas en las que confluyen factores adecuados de calidad del suelo y de clima, es decir de una biosfera adecuada, para pasar a poder crear suelo y disponerlo en 'vertical'. La tierra que era componente esencial de la tríada de la economía clásica, deja de ser lo que era para pasar a ser otra cosa: solamente soporte.

En el ámbito de la pesca también se abre amplias posibilidades en base a la extensión de la acuicultura y a la ampliación de su campo de aplicación a nuevas especies.

Tecnología de los materiales

Este capítulo de las nuevas tecnologías es especialmente relevante en cuanto afecta al espacio como recurso.

A lo largo de la historia los materiales han jugado un papel primordial, hasta el extremo de que éstos han llegado a servir para denominar etapas históricas de la vida del hombre sobre el planeta: edad de la piedra, edad del bronce, edad del hierro.

Consecuentemente, el espacio como recurso ha sido un factor esencial. La propia geografía económica clásica ponía un especial énfasis en los recursos físicos y, por tanto, en la localización de los espacios de recursos como condicionantes del asentamiento humano.

Los nuevos materiales derivados del silicio configuran el grueso del ámbito de las nuevas tecnologías de los materiales[5]. Si ello es así, podrá significar un cambio importante en la estructura territorial de los recursos sobre el planeta, al permitir utilizar un recurso ampliamente difundido y en cantidades prácticamente ilimitadas (Dunogues, 1988). Quedará replanteada la problemática de la limitación y escasez de recursos así como el papel que desempeñan los países que basan su economía en la explotación de recursos físicos, especialmente los de tipo metálico.

Entre las aplicaciones actualmente en difusión, la fibra óptica aplicada al campo de las telecomunicaciones ha revolucionando la cantidad y calidad de transmisión de información, al tiempo que se presenta con capacidad para reducir los costes, tanto de construcción como de funcionamiento.

A los nuevos materiales cerámicos se les abren perspectivas de aplicación muy superiores a las de los metales clásicos y también con reducción de costes, sobre todo de obtención de la priera materia. Sin olvidar sus ventajas sobre los tratamientos de los materiales convencionales, ofreciendo grandes posibilidades ante la corrosión química, la resistencia mecánica, o la temperatura.

Tecnologías energéticas

Por último citaremos las tecnologías energéticas. En este ámbito es de importancia espacial concreta el desarrollo del conjunto de las energías renovables, en base al aprovechamiento de la energía solar en todas sus formas 'vivas', es decir, aquellas que provienen, en el momento de la acción, del Sol bajo las distintas formas en que se transforma en un momento y en un lugar dados: energía eólica, energía hidráulica, energía maremotriz, etc. También deben reconocerse las posibilidades en el aprovechamiento de la energía geotérmica, o del aprovechamiento de energía mineral

como energía atómica, campo de una verdadera nueva tecnología. O la viabilidad de aprovechar materiales fósiles residuales o residuos humanos.
Un aspecto importante de estas posibilidades es que muchas de ellas pueden incidir sobre las relaciones de poder en una estructura especialmente 'cerrada' como es en la actualidad toda aquella ligada a la producción *y* distribución de energía; petróleo *y* electricidad; que se ha configurado de forma ampliamente centralizadas en unidades productivas de gran potencia y concentración. En teoría al menos, se ofrecen unas importantes posibilidades hacia la descentralización y 'miniaturización' en la producción de energía.
En la medida en que, paralelamente, se puedan articular unidades productivas de bajo consumo energético, se abre el campo para la incorporación de unidades de producción de energía de baja potencia, relocalizadas espacialmente en las proximidades de los centros de consumo y desligadas de las redes generales centralizadas en manos de las grandes compañías. Es lo que Francisco Ros denomina «tendencia a economías basadas en el diseño normalizado y la modulización de las instalaciones frente a las economías de escala.» (Ros, 1986, 187)

EFECTO DE LAS NUEVAS TECNOLOGIAS SOBRE LOS FACTORES GEOGRAFICOS

La situación derivada de la progresiva implantación de nuevas tecnologías tiene como consecuencia efectos sobre el espacio. Se trata ahora de considerar aquellos aspectos geográficos globales que pueden verse manipulados y modificados por la incorporación de las nuevas tecnologías que estamos considerando. Presentemos una somera aproximación de aquellos efectos que consideramos en este momento como los más importantes y significativos.
La relación espacio-tiempo
En primer lugar podemos situar la incidencia en la relación *espacio-tiempo,* y en lo que tiene de relación tiempo-distancia derivada de la incorporación del conocimiento técnico[6]. Relación que se ha visto profundamente modificada y en algunos casos invertida.
Aún cuando predominantemente las dimensiones espaciales se han medido con unidades basadas en magnitudes geométricas, no era extraño encontrar casos en los que la medida del espacio se efectuase con criterios de tiempo. Así se decía que algo se hallaba a una distancia de una o varias jornadas, o que una superficie era de x jornales (de trabajo). En ambos casos la unidad se correspondía con lo que podía hacer un hombre durante el lapso de tiempo de una día. Son unidades de tiempo aplicadas a la medida del espacio. La relación espacio-tiempo aparecía como una relación rígida o fijada, en la que el movimiento o la actuación sobre él estaba condicionada al tiempo. El espacio oponía una dificultad, ofrecía una resistividad a la movilidad, lo que llevaba a medirlo en cuanto tiempo necesario para superarla. El tiempo sería la forma de constatación del esfuerzo humano necesario para vencer la oposición del territorio, medido en consumo de tiempo.
En la actualidad son innumerables las situaciones en que esa relación se ha visto modificada e incluso subvertida: el tiempo se hace instantáneo a escala planetaria, anulándose la resistencia del espacio concreto. Este efecto se constata sobre todo ante la incorporación de las telecomunicaciones. Ellas permiten la instantaneidad al apoyarse en un medio de transporte que se desplaza a la fabulosa velocidad de la luz, a aquellos 300.000 kilómetros por segundo que aprendimos en nuestra edad escolar. Velocidad que, en relación a la dimensión del espacio planetario le hace aparecer como un espacio instantáneo[7]. Solamente se precisa la existencia de los medios técnicos de

comunicación. Con ello, toda actividad que se apoye en el uso de información elimina potencialmente la resistividad del espacio. La distancia ha desaparecido virtualmente.
Pero significa también un cambio en la consideración y capacidad de aprovechamiento social de la resistividad clásica del espacio en relación a las fricciones territoriales y sobre la diferenciación y división espacial; lo que afecta al valor de las escalas de actuación y de análisis, como se verá más adelante;. Aspectos éstos en íntima relación con las relaciones de poder sobre el espacio.

La función del espacio

Para plantearse los cambios sobre la función del espacio consideremos analíticamente cuatro tipos de función básica, y sobre ellos proyectemos, a grandes rasgos, la incidencia e interrelación que pueden tener las diversas tecnologías.
Se trata de considerar al *espacio como factor*, es decir, la forma en que el espacio condiciona e interviene en las relaciones sociales, especialmente las económicas, y cómo este tipo de intervenciones genéricas toma cuerpo en cada lugar (medio) concreto.
Un primer tipo de función se centra en la idea de *espacio soporte*, en tanto que sostén de todas las relaciones *y* actividades humanas y sociales. Este tipo de función se aprecia claramente a través de las actuaciones que pretenden desarrollarse fuera de la superficie de la litosfera, ya que se ven precisadas a construir, *ante todo*, soportes para la actuación humana, como lo son las plataformas espaciales, los barcos o los aviones y dirigibles. Esta necesidad estaba clara en la formulación de Jean Brunhes (1964). Una vez creado el espacio soporte, sobre él se desarrollan las actividades humanas, como fin último, pero, insistamos, las cuales no es posible realizar sin la existencia previa de un espacio soporte.
Una segunda función corresponde al *medio geográfico como conjunto*, el cual, en su especificidad dentro de los campos de variabilidad que configuran al espacio (confusión cara a los partidarios de la concepción idiográfica), impone su papel de factor condicionante a la actuación humana. A las características del medio; físico y social deberá adaptarse la aplicación de las nuevas tecnologías, para aprovecharse de, o para incidir sobre, él. En su seno debemos aislar una tercera función, la que corresponde al *espacio como recurso*, entendido como aquello que extraemos o aprovechamos del espacio geográfico para nuestro uso y que puede recibir valoraciones sociales distintas en cada época.
Por último cabe considerar una cuarta función: el *espacio como medio de producción.* Es decir el espacio interviniendo directamente en el proceso productivo y sin el cual éste no existiría. El espacio agrario es el ejemplo clásico de espacio medio de producción; no nos interesa aquí en cuanto soporte de la actividad agraria, sino que se trata de la existencia de un suelo (que podrá hacerse extensivo a la hidrosfera) y de una biosfera adecuadas para la reproducción de especies vivas, vegetales o animales, según las características propias de cada espacio medio productivo.
Desde la óptica de las funciones debe destacarse que cada punto del espacio, y en cada momento determinado, solamente puede atribuírsele una única función. Se trata de lo que denominaremos como *principio de polifuncionalidad potencial y monofuncionalidad efectiva.* Según ello, cada punto del espacio tiene una función; bien como espacio productivo, o como espacio residencial, o como espacio de ocio, o como espacio sanitario,...; pero no puede asumir más que una al mismo tiempo, si acaso de formas sucesivas o alternativas en el tiempo, pero no dos funciones en el mismo punto y en el mismo instante.
Dado que para asumir una función es imprescindible la adecuación espacial, deberá efectuarse una producción de espacio de remodelaje en función de las nuevas

tecnologías que se implanten, lo cual puede tener importantes efectos de transformación.

La movilidad espacial

Otro factor geográfico que presenta un amplio campo de variabilidad ligado a las nuevas tecnologías es la movilidad. Si nos planteamos los cambios en la relación espacio-tiempo antes citada, veremos que el factor esencial de transformación es la movilidad absoluta o instantánea en la transmisión de la información. Esta puede desplazarse instantáneamente y en múltiples direcciones, tantas cuantas permita el canal de transmisión, que en el caso de ciertas ondas electromagnéticas emitidas en el medio atmosférico son infinitas, asumiendo la ya señalada especie de ubicuidad, ya que en el mismo instante se hallan a disposición de receptores potenciales en infinitos puntos del espacio, sin que las múltiples recepciones simultáneas sean excluyentes entre sí.

También ha aumentado enormemente, como se ha visto, las posibilidades de movilidad de los bienes y objetos materiales ligada a mejoras técnicas en los transportes, tanto en cantidad de peso y volumen, como en velocidad y distancia, al tiempo que con reducción en los costes globales.

La localización y la relocalización

Una consecuencia importante de la implantación de las nuevas tecnologías será la que afecta a la localización de las distintas actividades humanas, y a la posibilidad de relocalización de las mismas, en base a los nuevos avances tecnológicos.

Una de las más destacadas incidencias apreciables de la aplicación de nuevas tecnologías se sitúa sin duda en el ámbito de la localización, tanto productiva, como de los servicios, así como sobre el asentamiento de la población.

Las condiciones de localización se guiarán por nuevos parámetros de movilidad de los factores, debidos al cambio de velocidad y/o de medios que alteran la relación espacio-tiempo, así como por la modificación del peso cualitativo de los mismos en los procesos productivos y sociales.

La producción del espacio

Como consecuencia de todas las transformaciones espaciales previsibles, y en la medida en que todo cambio comporta una modificación de función, se hace imprescindible una nueva producción de espacio, de forma tal que se consiga la adecuación entre forma espacial y función, tal como se ha señalado al tratar de la funcionalización. Si la producción de espacio implica intervención de recursos productivos; es decir, humanos, técnicos y de capital; sobre el espacio, de ello se derivarán efectos indirectos o diferidos, que no son más que formas de multiplicación de la incidencia de las nuevas tecnologías sobre el espacio.

La división espacial

Históricamente el espacio terrestre ha sido dividido por el hombre bajo formas muy diversas y cambiantes, atendiendo a circunstancias políticas, a procesos económicos, u a otros factores.

La *división geopolítica* en estados es una de ellas. Pero éstos no siempre han asumido los mismos límites ni la misma forma. Ciertas circunstancias, o el propio proceso histórico, pueden evidenciar una inadecuación entre dimensión y función, lo que llevaría a la necesidad de adecuar la una a la otra. Este sería, por ejemplo, el caso del proceso de constitución del Mercado Común Europeo, en donde se parte de lo que se considera una inadecuación en cuanto a extensión del mercado, como se reconoce en el propio nombre: Unas técnicas de fabricación que producen en masa requieren un mercado de masas; en términos de competencia y costes aparece como favorable una extensión de los mercados y a ello se dirigió el Mercado Común como nueva organización y división del espacio.

En los ámbitos de la *división espacial del trabajo y de la producción* se apunta, por ejemplo, la posibilidad de que los espacios rurales se puedan transformar en espacios rural-terciarios. A otra escala es frecuente oír hablar de nuevo orden internacional o de nueva *división internacional del trabajo.* Ello significa que se está pensando en una previsible, o ya en proceso de realización, reformulación del espacio a escala internacional basada en una nueva organización espacial del trabajo y de la producción a escala mundial.

La empresa multinacional clásica, tal como se la entiende, ha conllevado la división de la producción en múltiples factorías, integradas entre sí tanto horizontal como verticalmente; y distribuidas potencialmente a lo largo de todo el planeta en base a dos grandes objetivos de reducción de costes: en función de la proximidad a los mercados de consumo reduciendo costes de transporte, o en función de la existencia de mercados de trabajo potenciales a bajo coste.

El resultado ha quedado claramente reflejado en las clásicas curvas de evolución de la población activa por sectores por países, en las que se nos muestra que a medida que se entra en un proceso de desarrollo económico decrece la población activa primaria, crece para decrecer seguidamente la población activa industrial y crece constantemente la de los servicios. Apuntando como síntoma de que se avanza por el buen camino cuando se entra en la etapa de inflexión en la curva de ocupación industrial. Al margen de otras consideraciones en el análisis de este modelo, y del significado que normalmente sirve de base explicativa, y que sería discutible, cabe plantearse un nuevo tipo de cuestiones, y por tanto de evolución futura, que pueden derivarse de la incorporación de nuevas tecnologías.

En efecto, la inflexión en la curva de industrialización; medida por el porcentaje de población activa trabajando en la industria, hacia la industrialización no constituye en realidad una menor industrialización real, ya que en nuestros hogares cada día se dispone de más aparatos producidos por la industria, lo que significa es que el sector industrial, en su conjunto, cada día produce más. Lo que sucede es que en muchos casos ha cambiado la localización de las unidades de producción final, y desde donde la mercancía es distribuida al mercado, así con también ha cambiado la forma de producir, teniendo en cuenta que la productividad ha aumentado en base a la incorporación de procesos seriados, automatizados y robotizados.

En este sentido, los países industrializados más avanzados han procedido, sobre todo durante los últimos cuarenta años, a una relocalización progresiva de sus nuevas factorías que asumen la fase final de fabricación del producto, hacia aquellos países que reunían los requisitos de localización óptima respecto a los mercados y/o a la existencia de fuerza de trabajo barata. Así países como España en Europa, o el conjunto del sudeste asiático han sido bases territoriales de asentamiento de filiales de empresas multinacionales. Desde estos nuevos territorios, donde se fabrica el producto final, es desde donde se exportará hacia los países consumidores, que pueden ser los propios países propietarios de la industria. Ello explica que países como Estados Unidos sean exportadores de capitales e importadores de mercancías, muchas de las cuales son productos producidos por sus propias empresas en otros territorios. Por ello, Estados Unidos ha disminuido en términos relativos su papel como productor industrial, por cuando ha desplazado la producción final de bienes industriales en su territorio para pasar a producirlos en otros estados a través de las filiales de sus empresas multinacionales[8].

¿Cómo podrán afectar las nuevas tecnologías al actual orden en la división internacional de la producción?. Pues a través de una aparente paradoja como es conseguir la reindustrialización de los paises desarrollados[9]. Se cree que la robotización puede hacer

retornar la producción directa al interior de los paises propietarios, o acercarla a los mercados de compradores, ya que si los salarios—los bajos salarios; fueron el determinante de la relocalización, la robotización hace disminuir grandemente el peso de los salarios de producción directa al desplazar por máquinas robotizadas el trabajo humano directo ante un similar, o incluso más barato, coste de instalación cerca de los centros de fabricación de instalaciones de alta tecnología[10]. Lo que contaría ahora sería el trabajo de i + d (investigación + desarrollo), y éste sí que se sitúa dentro de los paises propietarios de los medios de producción, o en otras áreas desarrollados con capacidad similar[11].

A pesar de todo, de cumplirse estos pronósticos, las cosas no serán como antes, ya que los paises de `nueva industrialización', como se denomina a los paises receptores de la fase final del producto durante esta etapa, han creado unas infraestructuras y unas actitudes entre sus habitantes y entre el bloque dominante autóctono, que podrán ser aprovechadas hacia el futuro aún cuando se deslocalicen factorías de empresas multinacionales. La situación es compleja, sin que las perspectivas estén definidas, pero se pueden avanzar situaciones como ésta con viabilidad de futuro en su planteamiento particular, el cual se configurará finalmente en su relación con todas las otras circunstancias que rodearán a los nuevos procesos.

Lo que, de cualquier forma, se puede prever es una nueva división internacional de la producción en base a una nueva organización técnica del proceso productivo.

La articulación y la jerarquización del espacio

Las transformaciones generales pueden implicar cambios en la articulación y jerarquización del espacio. Esto será más evidente si se producen cambios en la estructura social, la cual exige, a su vez,cambios en la estructura espacial en base al principio de coherencia.

Un aspecto ligado a la articulación y jerarquización del espacio se halla relacionado con las posibilidades, a veces contradictorias, que se ofrecen a través de las nuevas tecnologías tanto respecto a los procesos de *centralización-descentralización,* como a los de *concentración-desconcentración.*

En el campo de la información en sentido amplio se descentralizan, ante todo, los usuarios, ya que individualmente se puede acceder a muchos puntos de información (bases de datos, teletexto, vidoetexto, TV vía satélite,...). Ello permite no depender exclusivamente de una fuente de información, cualquiera que sea su ámbito; de hecho podemos estar conectados con información de base mundial. En contrapartida, se concentran los emisores de información. El coste de creación y mantenimiento de una base de datos que deberá operar a escala mundial es extraordinario, lo que hace que se reduzcan a unas pocas. De la misma forma, el coste de transmisión, y su componente infraestructural, también obliga a esta concentración, al quedar restringido, por ejemplo, a unos pocos estados o empresas el poder disponer o servirse de los satélites de comunicaciones. Por esta vía se hace efectivo el proceso de concentración sobre *qué* se trasmitirá a través de ellos, ya que no todo el mundo, aunque sea un emisor potencial, podrá acceder a los nuevos canales de comunicación.

Pero, al mismo tiempo, se rompen, en cierta medida, los pronósticos que preveían que toda la información se recibiría a través de unos escasos canales, en especial de N. El vídeo permite una desconexión opcional respecto a los canales masivos. Lo que parece producirse tendencialmente es una polarización por los extremos. Las grandes compañías se concentran por un extremo y, por el otro, las propias nuevas tecnologías permiten la existencia de otros centros de emisión muy flexibles y de pequeña dimensión y, por tanto también, de reducido campo de acción. A escala mundial estos segundos tendrán escasa influencia, pero a escala individual representa la opcionalidad

de desconectarse de los grandes sistemas. Se da así la posibilidad de que aparezcan múltiples centros de información de pequeña dimensión. Como, por ejemplo, confeccionar un periódico o revista de alta calidad de presentación aprovechándose de las posibilidades que ofrece la informática (autoedición), ya que con un ordenador, una impresora de calidad y programas de edición altamente sofisticados, todos ellos actualmente al alcance individual, se puede conseguir un alto grado de especialización y calidad[12]. Ello permite esa `desconexión' respecto a los órganos de comunicación convencionales. De hecho una realidad entre nosotros es ya la existencia de pequeñas unidades de producción de información no convencional como son las televisiones y las emisoras radiofónicas de ámbito local.

Es decir, se abre una doble tendencia. Las grandes redes mundiales se concentran; los grandes bancos de datos son cada vez más costosos lo que hace que puedan subsistir pocos; lo mismo que con las grandes cadenas de noticias o con la concentración de la prensa y la edición. Pero, por el extremo opuesto, aumentan las posibilidades de autonomización a través de la creación de*submundos* de información, que pueden alcanzar dimensión mundial a través de los que podríamos llamar suma de las partes, es decir, por suma de pequeños núcleos interconectados entre sí aprovechándose de las redes de telecomunicación infraestructurales, al igual que lo hacen los radioaficionados.

En contrapartida a la potenciación de los medios, aumenta la *vulnerabilidad y fragilidad del sistema.* La enorme concentración de información en unos pocos puntos, y sobre unos sistemas de soporte magnético, los hacen muy vulnerables, tanto por su concentración espacial, como por el tipo de soporte, el magnético, de la información. Vulnerables al sabotaje, vulnerables al terrorismo, vulnerables a la autodestrucción o a la penetración desde el exterior del sistema a través de la redes de intercomunicación. Por ejemplo los ya famosos *hackers o* piratas informáticos (Bustamante, 1988) o el «virus informático».

Pero no sólo se detecta la vulnerabilidad en el campo de las aplicaciones de la informática. Puede citarse también el propio funcionamiento de las ciudades, en las cuales un fallo en el suministro eléctrico, los famosos los apagones, hacen inservibles todos los sofisticados medios de funcionamiento. Lo mismo puede ocurrir en ámbitos territoriales más amplios.

LAS RELACIONES DE PODER EN EL ESPACIO

Las relaciones de poder tienen efectos sociales clave que se extienden en el espacio y sobre el territorio (Sánchez, 1981). Esta clara importancia territorializadora justifica considerar a las relaciones de poder como un campo específico en el modelo sobre el que estamos trabajando.

La toma de decisiones, la gestión, el dominio, la apropiación y el conflicto configurarían los elementos más importantes de este campo dentro de las instancia económica, política o social en su vertiente espacial.

Para constatar la importancia que sobre el espacio tienen los actos y las relaciones de poder mostraremos algunos ejemplos de efectos previsibles, derivados de las actuaciones en cada uno de estas instancias, lo que agruparemos bajo los conceptos de dominio económico, dominio político y dominio social.

Dominio económico

La base económica de las relaciones de poder: el excedente

Una pregunta clave, habitualmente obviada, consiste en saber si la incorporación de nueva tecnología implicará una reformulación de las relaciones de poder en el espacio o si éstas continuarán estando basadas en la apropiación/gestión del excedente.

La primera pregunta que deberemos formularnos en cuanto apliquemos el modelo, será sobre *quiénes y en qué condiciones producirán, gestionarán y se apropiarán del excedente* en el nuevo proceso, tanto individual, como *territorialmente.*

La división, diferenciación y jerarquización del espacio ha sido una baza importante en la dinámica política y empresarial de todos los modelos socio-políticos hasta ahora existentes, y no existen indicios, sino todo lo contrario, de que vaya a cambiar. Esta temática se concretará en preguntarse por el *modelo territorial* que se producirá paralelamente a la implantación de las nuevas tecnologías.

Sin entrar ahora en una amplia discusión de este tema, lo que aparece con claridad es que el excedente se producirá bajo un modelo de altas productividades en donde aumentará el capital fijo en base a grandes inversiones en tecnología, con sustitución de fuerza de trabajo y cambios en los tipos de cualificación.

Desarrollo desigual

La dinámica diferencial en el desarrollo de los distintos territorio nos proporciona un ejemplo de los efectos de las nuevas tecnologías sobre la organización del trabajo y de sus posibles repercusiones sobre el conjunto social.

El proceso de cualificación-descualificación individual que se había constatado en el interior de una sociedad (Freyssenet, 1977; Sánchez, 1980), puede reproducirse ahora sobre bases territoriales.

Por otro lado, la capacidad de implantación de nuevas tecnologías se apoya en la disponibilidad de los recursos económicos necesarios. Una problemática central implícita en el desarrollo de las nuevas tecnologías es el gran volumen de inversión en instalaciones de partida que se requieren para la puesta en marcha de cualquier proceso productivo, sobre todo en el ámbito de la producción de bienes o mercancías.

A escala de *la empresa* se constata la paradoja de que se está en un mundo altamente competitivo, pero en el que el grado de concentración empresarial es cada vez mayor. La competencia se establece entre una pocas empresas siendo cada vez más difícil, lo que no significa que imposible, entrar individualmente en el sector si no se disponen de fuertes recursos de capital que apoyen esta entrada. La aparición de la fórmula de capital riesgo es una de las soluciones que momentáneamente se ha encontrado para hacer frente a este proceso. Una capacidad técnica potencial, que alguien posee, y unos recursos de capital que están esperando para enontrar ámbitos de inversión más rentable, y que se arriesgan a invertir es esta nueva idea o proyecto que promete altas tasas de beneficio.

Donde queda más abierto el campo a la penetración de nuevos agentes dentro de la estructura empresarial es en el punto en que, en la relación recursos técnicos-recursos de capital, es dominante la importancia de los recursos técnicos ligados a la creatividad técnico-científica. Y ello por cuanto es más decisiva la capacidad individual de desarrollo de altas tecnologías que los medios necesarios para incorporarlas[13].

Como experiencia territorializadora tuvo su inicio en el famoso Silicon Valley, del que se ha derivado un modelo de especialización territorial en los ya numerosos parques tecnológicos, existentes o en proyecto, donde se intenta configurar un medio sinergético propicio. En ellos se da cabida a la filosofía de las 'incubadoras de empresas' como modelo de organización socio-empresarial para apoyar aquellas iniciativas individuales ligadas al desarrollo de una idea de alta innovación puntual. Estas incubadoras de empresas se configuran como centros embrionarios de actividades que concentran actividades de desarrollo de alta tecnología[14].

Donde aparece, en cambio, difícil la penetración individual que no disponga de recursos económicos iniciales fuertes es en los sectores de la producción material de base tecnológica clásica como podría ser, por ejemplo, en la industria automovilística.

Reflexionemos ahora a *escala de naciones o* de territorios amplios. En la medida en que uno de los ámbitos de aplicación más importantes de nuevas tecnologías son aquellos relacionados con la manipulación de información, ligada a su vez a la capacidad de trasmitirla, resulta que uno de los elementos esenciales de la nueva situación será la existencia de aquella red de intercomunicación de la que antes hemos hablado. En España no resulta difícil imaginar su posibilidad y su existencia porque, en mayor o menor grado, de mejor o peor calidad, nos encontramos en un medio en el que ya existe esta red. Pero, ¿qué ocurre en aquellas zonas que en la actualidad no disponen de dicha red?, áreas en la práctica muy amplias a escala mundial. Esta es una problemática tanto más grave si se tiene en cuenta que las redes que se requieren para la aplicación de nuevas tecnologías son de un elevado grado de sofisticación y, por tanto, muy costosas.

Para que éstas puedan extenderse es precisa una primera inversión en infraestructura de comunicaciones, que para ser rentable requiere unos mercados, los cuales en general sólo se dan cuando la red ya está creada. Siguiendo con el ejemplo de España, existe ya un mínimo mercado, el ligado a la red telefónica, que puede ser capaz de soportar un cambio de la propia red para adecuarla a las nuevas tecnologías. Pero allí donde dicha red todavía no existe, crearla sin la existencia del mercado puede ser prohibitivo. En este sentido puede ocurrir como en la etapa de la construcción de la red de ferrocarriles. A los paises que no estuvieron en condiciones de establecerla en `su momento', cuando su construcción fue fuente de beneficios empresariales, les ha sido difícil, o no han podido, llegar a construirla. Ahora puede ser el momento de las redes de comunicación, pero no todos los territorios -léase naciones; están en condiciones de asumirla, lo cual puede ser fuente de ese otro grado de diferenciación espacial del que hablábamos más arriba.

Previamente a la implantación social de la telemática, o similares, debe existir la infraestructura, y ésta, para un inversor, ha de ser rentable a corto plazo para que esté dispuesto a participar en su construcción. Pero también en cada punto terminal de esta red han de hallarse instalaciones y medios progresivamente más sofisticados y costosos, que exigen nuevas inversiones, para permitir la producción, el tratamiento y la trasmisión de la información.

Por esta vía es por donde puede producirse uno de los desfases entre unos territorios y otros, que de lugar al aumento de los ahora ya existentes desequilibrios territoriales a las distintas escalas geopolíticas, por un proceso de «cualificación-descualificación» tecnológica de sus sistemas productivos globales y, muy importante, de las infraestructuras tecnológicas territoriales.

Territorialmente hablando, el proceso aparece en su fase actual, como de reconversión en el interior de las zonas ya desarrolladas e industrializadas[15]. Aún cuando no cabe dejar de lado para su análisis lo que realmente puede significar el proceso que siguen algunos de los países del sudeste asiático. El significado global sería la perpetuación y aún más, el reforzamiento de la estructura anterior. Este mecanismo se puede perpetuar a escala mundial entre los paises industrializados-desarrollados y aquellos subdesarrollados de base primaria (agrícola o de primeras materias). Con el agravante de que los desequilibrios dentro de una nación son menos acusados que entre naciones ya que entre éstas no existen mecanismos reequilibradores o compensadores, como pueden establecerse en el interior de una nación.

A pesar de todo, habrá que analizar a fondo estos procesos y sus consecuencias ya que algunos autores creen, por el contrario, que la incorporación de las nuevas tecnologías permitirá la desaparición de las diferencias a escala mundial (Masuda, 1980).

Nuevo orden económico internacional

Aunque se diga con frecuencia que Europa es una zona rezagada, lo cierto es que no deja de formar parte del bloque dominante territorialmente considerado, conjuntamente con EE.UU., Japón, Canadá, Australia o la URSS. La importancia de la existencia de este bloque es que conformará un área interconectada en la cual la introducción de las nuevas tecnologías será efectiva, y dentro de la cual se producirá el mayor grado de interactividad en el uso y manipulación de información.

En esta área desarrollada está ya creada la infraestructura de comunicaciones necesaria, y en ella se efectuará la inversión de recursos que las nuevas tecnologías exigen para su implantación tanto colectiva como individualmente. Por ejemplo, la difusión de la informática en las empresas y de los ordenadores a nivel individual y familiar.

En contraste, ¿cómo es imaginable pensar en la difusión de las nuevas tecnologías en un país como Etiopía, tanto a nivel infraestructural como a nivel individual?

Se apunta la consolidación de la autosuficiencia de los paises desarrollados, respecto al resto del mundo no desarrollado, en la medida en que pierda peso el papel de los recursos naturales clásicos, cambien las condiciones de producción —disminuyendo la participación de trabajo de baja cualificación como aportación masiva al proceso productivo industrial; y se modifique el ciclo de los productos.

Se reforzaría así una división mundial en dos bloques, según se tenga acceso o no a las nuevas tecnologías.

Dominio político

El Estado. Potenciación del papel del Estado

En la medida en que el volumen mínimo de las infraestructuras de investigación (i + d) y de producción precisan de unas inversiones progresivamente mayores, el Estado, por su capacidad de disponer de grandes volúmenes de recursos, se ve cada vez más implicado en el proceso.

La experiencia que hasta ahora se puede recoger muestra que el papel del Estado ha sido decisivo en la potenciación, tanto de la investigación de base en el desarrollo de las nuevas tecnologías, como por el soporte económico-empresarial efectuado para mantener a empresas nacionales con capacidad de participación en el proceso de concentración y gigantismo que permita su competencia a escala mundial.

En este punto las políticas han sido muy diversas, casi tantas como estados han intervenido en el proceso. Pero lo que aparece como constante es siempre la intervención estatal.

Curiosamente, en un momento en que se potencia ideológicamente el papel de la iniciativa privada y se enfatiza el predominio que se dice ha de tener el sector privado frente al público; de lo que han dado muestras las políticas conservadoras en boga; más se necesita también que el sector público desempeñe un papel activo para potenciar al sector interior y para dar soporte, en el verdadero sentido de la palabra, a la iniciativa privada en su competencia exterior[16].

El Estado refuerza así su poder como aparato, aportando soporte político internacional, financiación, e incluso incentivando a la iniciativa privada.

Y el Estado asume el compromiso y la obligación de tener que ser el dinamizador de esta situación. Cuando el Estado no asume o renuncia a ese papel, la actividad privada aparece incapaz de llevar adelante, por sí sola, esta dinámica tecnológicamente innovadora.

Sociedad civil y sociedad militar. Militarización y nuevas tecnologías

Una de las formas fundamentales en que el Estado ha tomado la iniciativa que se acaba de señalar ha sido promoviendo y financiando proyectos militares de alto contenido tecnológico. Podemos situar en la Segunda Guerra Mundial el inició de esta inversión

militar en alta tecnología, que culminó con la primera explosión atómica. A continuación le sigue unas políticas armamentistas consecuentes con la Guerra Fría, la carrera espacial o el último proyecto de «guerra de las galaxias». Ello otorga un papel importante; en la base y de alguna forma camuflado; al poder militar en los procesos generales de investigación *y*, por tanto, en lo *qué* se debe investigar, para lo cual se dispondrá de dinero, y en lo *qué no* se debe investigar, para lo cual no se dispondrá de recursos económicos". No es por tanto una investigación neutra, aunque en muchos casos pueda ser básica. No confundir una cosa con la otra (Laurent, 1983; Sánchez, 1985)[18].

Dominio social

Incremento de los desequilibrios sociales y territoriales

La contradicción que aparece en el ámbito social es que mientras que se puede producir, y se produce, mucho más con menos tiempo, lo producido no se distribuye de forma equilibrada, ni social ni territorialmente.

La geografía económica agraria muestra un ejemplo claro. Por un lado existen excedentes de producción agraria y por el otro existe hambre en muchas zonas del mundo. Es decir, existe un desequilibrio en la distribución, que no es únicamente un problema `técnico' de capacidad de distribución, sino un problema político-económico de forma de distribuir ligada a un tipo concreto de modelo social.

De igual forma, se nos dice que en los países desarrollados la economía en su conjunto mejora, pero por otro lado no disminuyen las tasas de paro, como forma de desequilibrio en el reparto del tiempo de trabajo entre la sociedad. El problema del paro no se soluciona. ¿Por qué?. Porque no es un hecho coyuntural, sino estructural de transformación social. Hasta que no se alcance un nuevo modelo de organización en la producción social no se podrá alcanzar una solución en la empresa y en el puesto de trabajo. No es descabellado prever que nos hallemos ante la necesidad de que se avance, sin que seamos conscientes de ello y sin controlar claramente el proceso, hacia un cambio en el modo de producción. Cambio forzado por las necesidades de coherencia que impondrán el desarrollo de las fuerzas productivas, que implican un nuevo modelo tecnológico basado en la introducción de nuevas tecnologías. En él se incluiría un nuevo modelo de distribución del tiempo de trabajo, paralelamente a la reformulación de los procesos de trabajo, tanto globales como en el puesto de trabajo[19].

Un campo de conflicto: la relación trabajo y sociedad

El ámbito de la producción se presenta sometido a una importante reformulación social ligado a los cambios esperados en los procesos de trabajo: nuevas formas de trabajar dentro de la empresa, nuevas formas de localización en relación a las empresas y nuevos tipos de actividad.

Todo proceso de innovación técnica, por lo menos tal como hasta ahora históricamente se ha producido , ha conllevado un periodo de tránsito de un modelo al siguiente, con problemas de readaptación que han llegado a incidir en las relaciones sociales, creando una serie de conflictos más o menos violentos que, a fin de cuentas, han llevado a un nuevo modelo social, en general a un nuevo modo de producción si entendemos los cambios técnicos con las suficiente profundidad como para que representasen un efectivo desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta misma situación se reproduce ahora bajo la `nueva revolución científico-técnica'[20].

El debate sobre las consecuencias en el mercado de trabajo y sus efectos en el desempleo, los conflictos en el lugar de trabajo, la crisis del sector industrial clásico, el efecto sobre la sociedad, o los pactos entre empresarios, sindicatos y el Estado para ralentizar la introducción de nuevas tecnologías, todo ello son aspectos a estudiar y

analizar sobre lo que el desarrollo de las fuerzas productivas representará para la sociedad actual, y los conflictos que se derivarán.

LOS TIPOS DE ESPACIO

Planteémonos a continuación los *tipos de espacio, o* ámbitos espaciales, sobre los que tendrán repercusiones las nuevas tecnologías al servirse de los mecanismos geográficos antes anunciados, como pueden ser la movilidad diferencial o la refuncionalización del territorio.

El espacio económico

Hemos partido de la hipótesis de que continúan vigentes, como patrones básicos de actuación en el conjunto social, la producción, la gestión y la apropiación de valor y de excedente. Por ello, un tipo esencial de espacio a considerar es el *espacio económico.*

En primer lugar en su función como *espacio productivo.* Aquí será preciso considerar separadamente los sectores y ramas de actividad económica, ya que los efecto-condiciones que podemos esperar serán distintos. Como consecuencia derivada se verán igualmente afectados los mecanismos de distribución y los consiguientes *espacios de distribución, espacios de intercambio y espacios de consumo. Y,* en íntima relación con todos ellos, el *mercado de trabajo* como lugar en el cual un conjunto de recursos humanos están a disposición, se ofrecen, al sistema productivo, configurando un mercado de oferta de recursos humanos[21].

Sobre las distintas funciones del espacio económico se constata ya activamente la incidencia de las nuevas tecnologías.

Así como el interés despertado entre los estudiosos por el análisis de algunos de sus aspectos particulares.

Por nuestra parte, creemos que no debe dejarse de lado el estudio de ninguno de los tipos de espacio económico citados, pues el conjunto de todos ellos forman un todo que abarca a casi todo el ámbito terrestre. Al tiempo que las repercusiones socio espaciales sobre todos ellos serán de gran magnitud, como apuntaremos a continuación.

El espacio productivo

Los investigadores sociales que han tratado de los efectos espaciales de las nuevas tecnologías se han interesado hasta ahora, de forma casi exclusiva, por la etapa productiva en la incorporación de nueva tecnología. Prácticamente toda la literatura que aborda ésta temática lo hace sobre la base de estudiar, fundamentalmente, el efecto sobre el proceso productivo industrial, secundariamente sobre los servicios, y aún menos sobre el sector primario. Ello es lógico si tenemos en cuenta que la toma de conciencia de este efecto ha coincidido con la denominada crisis del petróleo, de consecuencias fuertemente constatables sobre la actividad industrial y sobre las áreas industriales y su entorno regional[22].

La importancia que pueda tener la reestructuración de la producción sobre la relocalización de las unidades productivas y sobre la creación de nuevas empresas en nuevos territorios es de una importancia espacial manifiesta, ya que en torno a ella se articula una parte muy importante de la actividad humana.

Como difícilmente coinciden en un punto del espacio de forma espontánea todos los factores productivos, una nueva localización comporta el tener que desplazar hasta ella alguno de los recursos productivos necesarios. En la medida en que la nueva localización se base en aprovechar los recursos humanos contenidos en un territorio, y si no existen los otros tipos de recurso en la zona, deberán organizarse los circuitos de importación, de forma que ahora se desplacen hasta ese lugar las primeras materias, o los recursos de capital y técnicos.

Recordemos que lo que se ha estado aprovechando de los denominados países de nueva industrialización ha sido un mercado potencial de trabajo de bajo coste, no un espacio

de recursos físicos. Pasar de producir en los EE.UU. a producir, por parte de la misma empresa multinacional, en Taiwán por ejemplo, significa modificar los flujos de distribución de primeras materias hacia el nuevo espacio productivo. Los circuitos de primeras materias serán otros. No es que cambie el centro de gravedad de la economía mundial, sino que cambian de lugar los puntos de localización de la producción física de mercancías y desde donde se efectuará la distribución del bien o servicio. Hacia ellos deberán dirigirse los productos primarios necesarios (sean energéticos, de primeras materia o de productos semielaborados).

Lo que puede implicar una redefinición de los circuitos de transporte y comunicaciones, con la necesidad de construir nuevas vías de comunicación y nuevos enclaves de enlace, pero, al mismo tiempo, con la perdida de utilización de partes del circuito hasta ese momento vigente.

No sólo la industria y los servicios se ven afectados por la incorporación de nuevas tecnologías. Un sector tan clásico como el primario también sufre los efectos de la innovación tecnológica. En este caso no serán tan importantes los aspectos de relocalización como los de refuncionalización de las propia actividad primaria en los mismos territorios, así como la incorporación de nuevos territorios ahora aprovechables bajo la implantación de las nuevas tecnologías.

Por ejemplo, en agricultura debe articularse, valorarse y considerarse, la incidencia espacial directa, la derivada o la indirecta de efectos como: la introducción de la agricultura 'artificial', el cambio en el espacio como medio de producción, el paso a una agricultura de proceso industrial, la desfactorización del clima y, por tanto, la desestacionalización, el aprovechamiento de suelos no fértiles, la ocupación intensiva del territorio, los recursos humanos ocupados permanentemente y no estacionalmente, el espacio residencial concentrado, la tendencia a la urbanización como efecto de la concentración y la producción de espacio por creación de espacio; construcción potencial en vertical, o nuevas necesidades de inputs desde sectores productivos —bioquímica, química, nuevo tipo de máquinas e instalaciones.

Lo mismo debe decirse respecto a la ganadería por estabulación. Se puede invertir el concepto de espacio productivo: de espacio medio de producción de forraje, al que debía desplazarse el ganado; pastoreo, trashumancia, se pasa a necesitar espacio de tipología industrial como soporte de la estabulación, sin necesitarse la función del espacio como medio de producción, ya que los productos de alimentación del ganado se pueden importaran de áreas exteriores. Ello conlleva un cambio en el sentido de la movilidad de los factores: sedentarización del ganado y desplazamiento de forraje. En la planta de estabulación se aplica el criterio de intensificación del rendimiento territorial, ya que todo ello, junto a la mecanización y automatización del proceso permite obtener una gran producción de valor sobre un territorio muy pequeño en términos relativos. Se consigue, paralelamente, la desestacionalización del ciclo productivo al desligar la alimentación del ganado de los campos de pastoreo. Por último observamos una disminución de los recursos humanos necesarios, aún aumentando la producción total final.

De hecho se trata de la industrialización de la actividad agraria, en la cual sólo queda el animal o el vegetal, pero donde se ha transformado el proceso agrario en un proceso técnico de base industrial.

Este campo de variabilidad del modelo, en su relación con los otros campos deberá permitir aislar y configurar todos estos cambios, de fuertes consecuencias territoriales, para todos y cada uno de los sectores y ramas de actividad económica.

Similares reflexiones deben extenderse al ya citado sector industrial *y* sobre los crecientes *y* progresivamente diversificados servicios.

Elespacio de distribución y de intercambio

En el espacio de distribución las tecnologías del transporte nos permiten trasladar elevados volúmenes o pesos a grandes distancias, con disminución de tiempo y de costes relativos. Las condiciones sociales que se han dado durante las últimas décadas, aprovechándose de los mercados de trabajo baratos de ciertas áreas menos desarrolladas, lo han sido en base ala posibilidad de trasladar tanto las primeras materias como las mercancías allí producidas, hacia los mercados de consumo, situados preferentemente en los países desarrollados, a un bajo coste de transporte y sin que encareciese el precio final.

El circuito global estará configurado por tres tipos de circulaciones. La de productos primarios y semielaborados, la de las órdenes ligadas a la gestión global de las empresas y la orientada hacia los espacios de consumo, a los cuales deberán dirigirse los productos acabados.

Por tanto se trata del establecimiento de una doble red. Una red de transporte de objetos *y* mercancías *y* una red de comunicación de órdenes e información.

El espacio de consumo y reproducción

¿De qué forma, y a través de qué mecanismos, cada individuo, o cada unidad familiar, accede a los recursos necesarios para su reproducción?

En las sociedades industrializadas ello se efectúa, bien participando en los beneficios de las sociedades empresariales, bien por intermedio de un salario o de un sueldo, o mediante unas formas sociales de subvención, como pueden ser los subsidios a la desocupación o las pensiones, en aplicación de alguna fórmula de redistribución, a través de los impuestos, entre el trabajo y el no trabajo[23].

El interrogante que se plantea es si este modelo podrá mantenerse a largo plazo, en la medida en que es fuente de conflictos sociales que pueden llegar a ser graves.

El dilema es éste: O bien cambia el concepto de *ocupación* del tiempo disponible, con lo que habría variado el concepto de trabajo, o bien cambia la manera de distribuir el tiempo de trabajo. También puede producirse alguna otra forma de cambio. Lo que aparece como impensable es el mantenimiento, o aún la ampliación, del tiempo de no trabajo, por aumento de la productividad, concentrado en unos grupos sociales tendencialmente marginales. Este punto enlaza con la otra cara del problema que es el mercado de trabajo.

El espacio del excedente

La localización relativa entre lugar de producción, lugar de consumo *y* lugar de decisión, *y* lugares y formas de reinversión, configura el circuito espacial del excedente.

Las posibilidades que se abren a la relocalización, y el nuevo orden económico internacional apuntado, deben aparecer en el modelo para que, de esta forma, se alcance una visión global de los efectos espaciales reales en su globalidad derivados de la implantación de nuevas tecnologías.

El mercado de trabajo

En este sentido, y en la situación actual, una de las preguntas ampliamente formulada es: ¿crearán las nuevas tecnologías paro, o no?. Lo que resulta cierto es que la incorporación de las nuevas tecnologías incide esencialmente sobre la *productividad*, consiguiéndose importantísimos aumentos.

Es decir, disminuye la cantidad necesaria de trabajo; en cuanto aportación de esfuerzo humano, para producir una unidad de producto.

La automatización y robotización de los procesos de fabricación industrial conlleva la sustitución de los trabajadores, en los procesos productivos seriados o en cadena, por autómatas, en base a la utilización de nuevas tecnologías como el láser, la soldadura automática por puntos, procesos de transferencia, accionamiento de herramientas, etc. A

través ellos se introducen unos cambios importantes en los procesos de trabajo. De manera similar se recompone el trabajo burocrático en oficinas, bancos y en los servicios en general.
El problema se sitúa en cómo se distribuye socialmente el tiempo de trabajo necesario. Ello significa que se verá modificada, cada vez más, la relación entre tiempo de trabajo (remunerado) y tiempo de no-trabajo (no remunerado).
En términos de estructura social ligada a la estructura productiva, vemos que el modelo clásico vigente es el de ocupar a tiempo completo a los individuos necesarios, mientras que la fuerza de trabajo disponible, y cada vez más no-necesaria, pasa a engrosar las filas del desempleo formal. Constátese la gran dificultad real que existe para reducir la jornada general de trabajo aún cuando aumente el desempleo. Considerado el trabajo socialmente necesario como masa de tiempo-trabajo, ésta disminuye para dar satisfacción a las mismas necesidades sociales, y aún se consigue ampliar la oferta de bienes y servicios. La pregunta se centra en cómo se distribuye y se distribuirá esta masa de tiempo-trabajo entre el conjunto social. No es difícil intuir la necesidad de una reformulación estructural del modelo vigente que deberá abrir caminos a una nueva forma de estructura social.
La situación es: dado que las necesidades vitales tienen unos límites, se requiere menos tiempo-trabajo para producir lo *necesario;* ello permite disponer socialmente de más tiempo para producir cosas *no necesarias,* sean bienes materiales o servicios. ¿ Hasta que punto el crecimiento de los servicios, *que no necesitan ser consumidos para la realización del acto económico,* serán el refugio del capital para mantener la creación de un valor de cambio que *genere* el excedente apropiable?

El espacio vivencial

La *residencia o vivienda es* un espacio social. La localización de la residencia, el *espacio residencial,* es otro tipo de espacio social a considerar. En el área o lugar residencial se inscribe la residencia como vivienda, siendo espacios funcionalmente distintos aunque complementarios. Fijémonos que habitualmente, y hasta hoy, al cambiar de lugar de residencia no podemos llevarnos con nosotros la vivienda, sino que deberá producirse otra en el nuevo asentamiento.
La reformulación de las condiciones de trabajo por la incorporación de nuevas tecnologías al proceso de producción tendrán su correspondiente efecto sobre el *espacio de trabajo* en cuanto lugar físico en el que ejecutamos una tarea productiva. En el ejemplo que seguirá se verá claro como este tipo de espacio podría cambiar significativamente. Con la difusión de la burótica uno de los espacios de la vida cotidiana que pueden verse afectados es el espacio de trabajo en la medida en que se modifiquen las condiciones de trabajo. La informática permite también el teletrabajo, con la posibilidad de desplazamiento del puesto de trabajo, y por tanto del *lugar* de trabajo, desde la empresa convencional al propio domicilio. Si esto es así, la incorporación del puesto de trabajo al espacio de residencia tendría como efecto derivado incidir sobre la vivienda al cambiar la función de una de sus partes, con otros efectos derivados e indirectos de muy variado signo, como aumentar el interés por una autosuficiencia energética.
Otro efecto o consecuencia sería la incidencia sobre las formas de convivencia, de la que surgirán nuevos *espacios de convivencia.*
Los *espacios de consumo* pueden verse ampliamente modificados con tecnologías del tipo de la telecompra, como forma de utilización de los mecanismos de telepresencia en los que se pueden visualizar todas las variables del objeto a adquirir: precio, forma, variedades..., lo que repercutiría también sobre los *espacios de distribución.* El mismo efecto tienen la tarjeta de crédito *y* el dinero electrónico, que transforma las formas y los

espacios de consumo y modifica la relación espacio-tiempo ante la posibilidad de poder disponer de dinero, en forma física o en forma electrónica, prácticamente en todos los sitios, incluso a escala planetaria, y en todo momento.

Dentro de los *espacios de servicios* es especialmente significativo el *espacio educativo.* Se plantea que la incorporación de la informática al mundo educativo no sólo podrá cambiar las formas de enseñar, sino también los lugares. Por ejemplo, se proponen sistemas interactivos, de hecho ya existentes, a través de los cuales el desplazamiento del alumnado, y del profesorado, por ejemplo universitario, no será preciso en los volúmenes y cadencias clásicos, al transformarse, aunque sea parcialmente, la relación directa profesor-alumno de nuestras aulas actuales por una relación telemática a tiempo diferido y a tiempo real de forma interactiva.

Por su parte la televisión, el vídeo, los telejuegos, los viajes, los lugares de ocio,... aportan profundas posibilidades de reformulación de los *espacios de ocio.*

Insistamos, una vez más, en que muchas de las nuevas tecnologías no son tan nuevas, o ya hemos vivido su introducción.

Muchos de los aspectos que se han insinuado hasta aquí ya los habíamos vivido; otros se han incorporado recientemente a nuestra vida cotidiana. Lo que nos falta por conocer todavía son los efectos globales que tendrán todos ellos juntos y cuál será el modelo social-territorial que se configurará globalmente una vez desarrolladas de forma importante y conjunta todas las nuevas tecnologías. Recordemos que la hipótesis o premisa general de la que partimos se apoya en la necesaria coherencia entre estructura social y estructura espacial y, por tanto, que un cambio en la estructura social necesitará de un cambio coherente en la estructura espacial. En la medida en que presuponemos que las nuevas tecnologías requerirán de una coherencia social, incitadora de cambio social, hará preciso igualmente el cambio espacial.

LA ESCALA ESPACIAL. DE LOS MICROESPACIOS A LOS MACROESPACIOS

Examinemos ahora los ámbitos espaciales siguiendo el recorrido de las escalas, desde la vivencial a la planetaria. Aquí podremos preguntarnos por los cambios en la organización y articulación del territorio.

La escala vivencial

La primera escala que podemos considerar es la escala vivencial, la cual, aún cuando no representa una escala de dimensiones territoriales definidas, enmarca las formas de actuación individual y las relaciones directas del hombre con el medio en su vida cotidiana. Su importancia se sitúa en que nos permite considerar los cambios en la localización y en la propia dimensión de los espacios de la vida cotidiana, y cómo se verán afectados por el desarrollo de las nuevas tecnologías.

La escala local

Por ejemplo, si realmente llega a implantarse el teletrabajo, ello invalidaría una parte de la necesidad actual de que el lugar de trabajo y el lugar de residencia deben estar próximos para que permitan los desplazamientos pendulares diarios. Se podrían establecer localizaciones a una distancia idónea para un movimiento pendular digamos semanal. Ello posibilitaría que el lugar de residencia-trabajo pudiese situarse en un ámbito rural o periurbano, cosa con la que dice soñar casi todo el mundo. El que se habría visto afectado en ese caso sería el espacio local.

Si se desplaza el lugar de residencia, se desplaza con él una gran parte de las necesidades ligadas a los espacios cotidianos, con lo que los ámbitos rurales deberán readaptarse para asumir las nuevas necesidades que se les vienen encima. Pero entonces la ciudad, al perder parte de su actividad cotidiana, perdería, se nos dice también, parte de los problemas actuales derivados de la forma de organización del trabajo en las que

los desplazamientos residencia-trabajo se concentran dentro de un escaso margen horario. Con lo que se pronostica la desaparición de los atascos, rebajándose el nivel de necesidades para el control de la circulación: menos agentes, o menor sofisticación en la señalización. La ciudad pasaría a ser otra cosa, el espacio urbano se vería profundamente modificado.

Desde otro punto de vista, y enfrentándose todavía a los problemas actuales de las grandes ciudades, éstas están haciendo un esfuerzo importante por modernizarse tecnológicamente. Por ejemplo, Barcelona 92, no sería sólo el clásico esfuerzo de remodelación urbanística derivada de la organización de un gran acontecimiento multitudinario (sin despreciar sin embargo este aspecto), sino también un esfuerzo de adecuación tecnológica, de incorporación de las nuevas tecnologías de gestión y de organización de la ciudad; entre otras cosas, con un énfasis primordial (aunque no explicitado) por integrarse en la red mundial de comunicaciones, en lo que ha dado en llamarse la autopista del siglo XXI, para no quedar descolgada del sistema mundial de ciudades. Cabe pensar, razonablemente, que la nueva diferenciación entre ciudades se apoyará, en un grado importante, en una carrera por modernizar tecnológicamente la ciudad. Las potencialidades de una ciudad dotada tecnológicamente, frente a una que no lo esté, serán claramente distintas. Con ello vemos como el espacio local, urbano o rural, será previsiblemente uno de los más afectados por nuevas tecnologías. Y no tanto en una forma visible, del tipo de si los autobuses se desplazarán más o menos deprisa, sino en una forma `invisible' a través de las potencialidades que ofrezcan, por ejemplo, para que pueda localizarse en ellas centros direccionales.

Las escalas regional y nacional

En el ámbito de los espacios regionales y nacionales son de suma importancia los cambios en la relación espacio-tiempo. Ciertas divisiones geoadministrativas que existen, basadas en el momento de su establecimiento por ejemplo en la accesibilidad a un núcleo central en función de la posibilidad de ida y retorno en una jornada, han devenido obsoletas con la extensión masiva del automóvil y con la ampliación y modernización de la red de carreteras[24].

La escala planetaria

Como ejemplo de actuación a escala de espacio planetario se puede citar, como dijimos, a las empresas multinacionales. También se constatan los esfuerzos que en diversas partes del mundo se hacen por conseguir alianzas entre estados, no sólo de tipo político, sino estructurales, cuyo ejemplo más acabado es la CEE, o las diversas tentativas de unificación política; paises del Magreb, cono sur americano. Nos damos cuenta de que a escala mundial la dimensión, llamémosle operativa del espacio por encima de la dimensión físico-geométrica constante, está sufriendo cambios significativos. Es a través de esta escala por donde han penetrado en numerosos casos, y se han difundido, las nuevas tecnologías.

La escala interplanetaria

Pero no hay que olvidar la cada vez más importante escala interplanetaria como escala a través de la cual se ha efectuado una parte importante del desarrollo de las nuevas tecnologías. La carrera espacial entre los EEUU y la URRS ha sido y es motor y campo de experimentación y de aplicación de numerosas nuevas tecnologías. Los materiales, la microelectrónica, la biotecnología y la biomedicina, la telemática, o la telepresencia son algunos de estos campos. La guerra de las galaxias, las plataformas espaciales y los satélites, continúan abriendo camino en este sentido. Pensemos en concreto en los satélites, sean de comunicación, de reconocimiento o meteorológicos, y en su evidente efecto sobre la actuación del hombre a escala planetaria e interplanetaria.

LA MATRIZ DE ANALISIS DE EFECTOS-CONDICIONES [25]

El objetivo básico del presente trabajo es la presentación de un modelo de análisis de los efectos-condicionantes entre nuevas tecnologías y espacio, en todas aquellas situaciones de nueva tecnología que impliquen interrelación espacial, estableciendo un modelo particular para cada caso, de los efectos directos, derivados e indirectos que se producirán: a) como condición para que la nueva tecnología pueda implantarse en el territorio considerado; b) como efecto sobre el territorio y c) en la imbricación dialéctica de ambos efectos y sus derivaciones e implicaciones.

El modelo se apoya en una matriz de análisis que sirva de herramienta de investigación en este propósito globalizador a través del estudio particular de los efectos, como proceso, incorporados a un planteamiento de base sistémica.

La matriz se ha configurado sobre cinco campos de variabilidad. Uno correspondiente a las *nuevas tecnologías,* otro sobre las *relaciones espaciales de poder afectadas y* los otros tres referidos a los *aspectos espaciales.*

El primer *campo espacial se* destina a los *elementos geográficos afectados,* el segundo a los *tipos de espacio afectados y* el tercero según la *escala espacial a* la que se actúe o que se vea afectada.

La aplicación de la matriz es simple. Se parte del campo de variabilidad de las nuevas tecnologías, tomando en consideración una nueva tecnología o algún aspecto específico de ella. Por ejemplo, podemos preguntarnos por las implicaciones espaciales de la agrotecnología en sentido general, o bien interesarnos por algún desarrollo específico de la misma, como podría ser los cultivos hidropónicos. Desde este punto de observación, la matriz nos ofrece una guía para preguntarnos por los diversos efectos espaciales posibles o probables, así como para ir situando las respuestas que seamos capaces de dar, dentro de un medio estructurado.

Seguidamente se pasaría a indagar sobre el factor, o más probablemente factores, geográficos que entran en juego como efecto de la incorporación de esta nueva tecnología, enmarcándolos en el contexto de relaciones de poder que guían o se ven implicadas en esta actuación concreta. A continuación, se explorarían analíticamente tanto el tipo de espacio afectado, sea de ámbito económico o de ámbito vivencial, como la escala o escalas a las que se plantea la incorporación de la nueva tecnología que se está estudiando.

Este primer trayecto analítico que se habría acabado de recorrer recogería los *efectos directos, y* abriría el camino ala consideración de los *efectos derivados y* de los *efectos indirectos.* Es decir, aquellos que si bien no aparecen como directamente relacionados con la incorporación de la nueva tecnología será también preciso que se produzcan para que pueda consolidarse, así como los que, a más o menos corto plazo, se verán afectados por las transformaciones sucesivas que se irán produciendo. Por ejemplo, los cultivos hidropónicos requerirán la producción de un nuevo espacio productivo, distinto al de la agricultura clásica; ello significa que incidirá sobre el tipo de actividades profesionales que deberán encontrarse en sus proximidades; por ejemplo servicios de mantenimiento electro-mecánicos, con lo que en el entorno pueden verse potenciadas estas actividades de tipo industrial en medios rurales. Pero, al mismo tiempo, puede significar el paso de una explotación extensiva del territorio a una superintensiva, lo que podría provocar una mayor concentración de la población. Este aumento de la población repercutiría, indirectamente, en un aumento de las necesidades de servicios para los trabajadores y sus familias.

El incremento de servicios, por su parte, requerirá suelo donde instalarse, y tendría, desde el punto de vista que se está analizando, la categoría de efecto indirecto, mientras que las instalaciones de mantenimiento industrial lo serían como efecto derivado, sin el

cual no podrían funcionar, aún cuando no participasen directamente de las necesidades exigidas por la nueva tecnología implantada.
Cada campo de variabilidad propuesto se desglosa en su correspondiente conjunto de variables, lo que dará lugar a la *matriz de análisis.* En base a la presunción de que se da un proceso sistémico de interacción entre campos de variabilidad y variables, estructuraremos la que hemos dado en llamar *matriz operativa, y* que no es más que una presentación secuencial de la matriz básica, sobre la que se pueden ir acumulando los sucesivos efectos, derivados e indirectos, a partir de los directamente ejercidos por la nueva tecnología analizada.
Presentemos a continuación la configuración de la matriz y el diagrama secuencial de la matriz operativa.
Campos de variabilidad de la matriz

Nuevas tecnologías

Podemos sintetizarlas en la siguiente clasificación general, ampliable evidentemente a medida que se aplique en un análisis particularizado o que vayan apareciendo nuevas tecnologías:

1. Microelectrónica
Microprocesadores
Optoelectrónica
2. Informática
Prodúctica
Burótica u ofimática
Inteligencia artificial
Sistemas expertos
3. Automática, robótica
4. Comunicaciones y tecnología del transporte
5. Telecomunicaciones
6. Telemática, telepresencia
7. Láser
8. Biotecnología
Agrotecnología
9. Tecnología de los materiales
10. Tecnologías energéticas

Elementos geográficos
1. Relaciones espacio-tiempo
2. Función del espacio
Espacio como soporte
Espacio como medio
Espacio como recurso
Espacio como medio de producción
3. Movilidad espacial
4. Localización y relocalización
Localización productiva
Localización de los servicios
Asentamiento de la población
5. Producción de espacio
6. División espacial
7. Articulación del espacio Concentración / dispersión
8. Jerarquización del espacio
Centralización / descentralización

Tipos de espacio
1. Espacio productivo
Por sectores
2. Espacio de distribución e intercambio
3. Espacio de consumo y reproducción
4. Espacio del excedente
5. Mercado de trabajo
10. Espacio vivencial
11. Vivienda
12. Espacio de residencia
13. Espacio de trabajo
14. Espacios convivenciales
15. Espacios de consumo
16. Espacios de servicios

Según la escala
1. Escala vivencial

Relaciones espaciales de poder
1. Dominio económico
2. Dominio político
3. Dominio social

2. Escala local
3. Escala regional
4. Escala nacional
5. Escala planetaria
6. Escala interplanetaria

MATRIZ DE ANÁLISIS

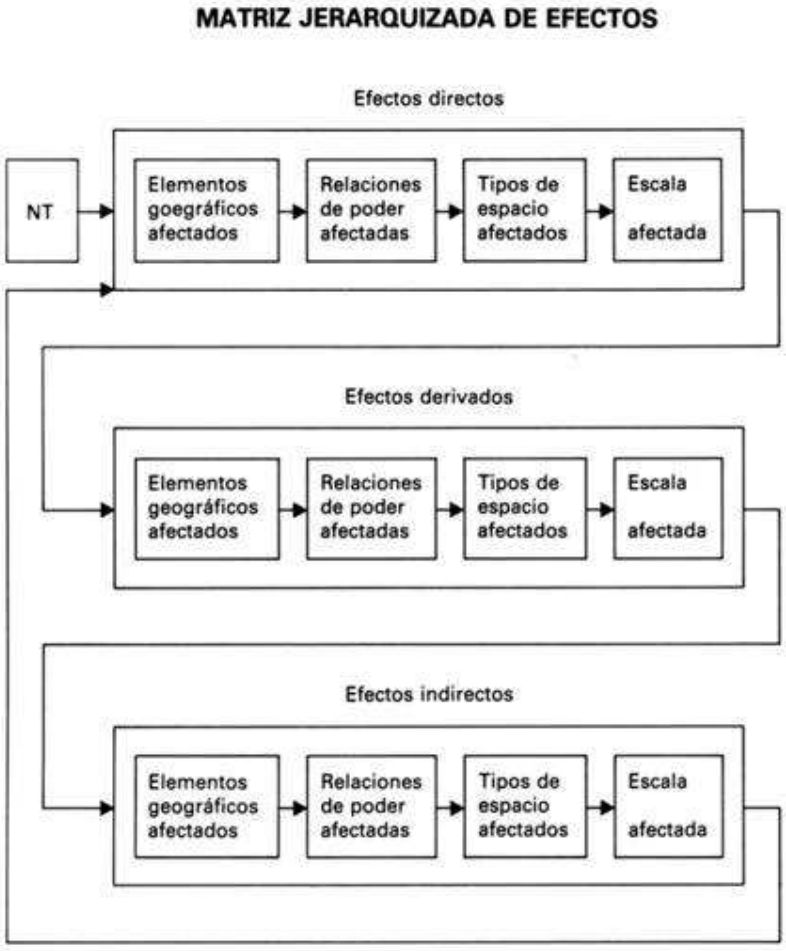
Tecnología:_____

Elementos geográficos afectados	Relaciones espaciales de poder afectadas	Tipos de espacio afectados	Escala afectada
Relaciones espacio-tiempo	Dominio económico	Espacio productivo	Vivencial
Espacio como soporte	Dominio político	Espacio de distribución e intercambio	Local
Espacio como medio	Dominio espacial	Espacio de consumo y reproducción	Regional
Espacio como recurso		Espacio del excedente excedente	Nacional
Espacio como medio de producción		Mercado de trabajo	Planetaria
Movilidad espacial		Espacio vivencial	Interpla-
Localización productiva		Espacio de residencia	netaria
Localización de los servicios		Espacio de trabajo	
Asentamiento de la población		Espacios convivenciales	
Producción de espacio		Espacios de consumo	
División espacial		Espacios de servicios	
Articulación del espacio		Espacio educativo	
Jerarquización del espacio		Espacios de ocio	

La matriz operativa se rige por un diagrama jerarquizado, de la forma que muestra el organigrama de la *matriz secuencia) de efectos.*

Organizando secuencialmente la matriz de efectos queda configurada la *matriz operativa,* la cual se puede ir repitiendo en un gran bucle sistémico, siguiendo la secuencia jerarquizada de efectos; directo, derivado e indirecto. El bucle se repetirá hasta que a través del análisis se alcance, bien alguna forma de equilibrio dinámico, o bien una situación de conflicto.

La matriz se aplicaría, en primer lugar, al análisis de cada nueva tecnología aisladamente. Una vez se disponga de los efectos de cada una de ellas, podrá formularse la secuencia de condiciones-efectos previsibles ante la introducción de diversas nuevas tecnologías en un territorio determinado.



UN EJEMPLO DE APLICACIÓN DE LA MATRIZ: EL TELETRABAJO

Siguiendo la bibliografía existente, u hojeando la prensa diaria, se constata que aparece con cierta asiduidad el tema del teletrabajo, o posibilidad de trabajar en el domicilio mediante la teleconexión a un sistema central localizado en una empresa[26].

Tomemos este tema para efectuar una primera aplicación de la matriz. La exposición que sigue es un desarrollo simplificado para no extendernos más allá del espacio de que disponemos.

La aplicación de las posibilidades del teletrabajo se efectúa en un marco en el que continúa subsistiendo la empresa, se mantiene una organización del trabajo interrelacionado dentro del organigrama empresarial, y ello se produce a tiempo real. Lo que es nuevo es la posibilidad de no hallarse físicamente presente en el recinto de la

empresa, aún cuando se esté incidiendo durante el proceso de trabajo dentro del contexto global productivo.

La posibilidad del teletrabajo se apoya en la existencia de un equipo informático central en la empresa, de un terminal de ordenador en el domicilio y un enlace de transmisiones interterritoriales uniendo la empresa y el domicilio; ahora nuevo lugar de trabajo. Es importante la existencia de interactividad ya que así se puede acceder al terminal del puesto de trabajo desde la empresa para transmitir ordenes, instrucciones, o cualquier otro tipo de incidencia y poder establecer diálogo (interactividad) entre los dos extremos del sistema (Mayo, 1987; TIME, 1987).

Como se desprende de lo dicho, el teletrabajo se relaciona con la manipulación de información, mientras que el trabajo a domicilio clásico se refería a la producción de mercancías.

Lo que aquí nos interesa es analizar los efectos-condiciones espaciales que puede ocasionar el teletrabajo. Es decir, cómo el espacio debería reorganizarse para que fuese factible la difusión de ésta nueva forma de organización de la producción y qué condiciones previas debería reunir un espacio para que se pudiese implantar el proceso.

En la hipótesis de trabajo se ha plateado la necesidad de coherencia entre estructura social y estructura espacial. Aquí tenemos un ejemplo. Técnicamente es ya factible que numerosas tareas se puedan efectuar por teletrabajo. En esencia, todas aquellas partes de la producción que manipulen información: existen ordenadores adecuados, programas, sistemas de redes informáticas y, lo que sería más difícil de imaginar, existe ya la red de interconexión entre infinidad de puntos en el espacio terrestre ya que el sistema se apoya en las redes de comunicación telefónica y éstas están ampliamente difundidas como hemos comentado con anterioridad. Entonces, la mayor o menor lentitud en la difusión del sistema se halla, sobre todo, en las exigencias que impone de una nueva forma de organización empresarial. Todo lo que son tareas de análisis o control financieros y contables, periodismo o muchos trabajos editoriales, por poner unos ejemplos, no precisan de la presencia física del trabajador. Lo que hace falta para poder implantarlo es que el sistema empresarial asuma una nueva forma de organización, que cambie la estructura orgánica, que modifique las relaciones jerárquicas en la empresa, que valore de forma distinta el proceso de trabajo, que introduzca otras formas de control; es decir, primero tiene que adaptarse la empresa, como organización social, a las nuevas tecnologías, y sólo después se planteará la necesidad de articular un espacio coherente a cada nueva tecnología, como el que a continuación estudiaremos.

Comencemos por los efectos directos, para después pasar a los derivados e indirectos. El efecto directo esencial es el cambio sobre la localización productiva. La idea básica se apoya en que ahora se puede cambiar el lugar del puesto de trabajo. Imaginemos al contable de una cooperativa agraria convenientemente informatizada. Desde su puesto de trabajo, detrás de un terminal del ordenador, él tiene acceso a toda la información a su vez contenida en el ordenador central. Incluso existe la posibilidad de relacionarse directamente con las entidades bancarias a través del telebanco.

Si decidiese establecer su lugar de trabajo en su domicilio, ello es factible ya que la telemática le permite acceder a la misma información desde el nuevo lugar de trabajo en su domicilio con sólo disponer de una línea telefónica. De hecho se trata solamente de *alargar* la conexión de su terminal de ordenador.

Así ahora puede pasar a vivir, teóricamente, en el lugar que quiera, conservando una cierta accesibilidad que le permita efectuar visitas periódicas o esporádicas a la empresa para mantener reuniones generales, o para resolver algún asunto cara a cara. Puede desplazarse a vivir a un pueblo todavía más pequeño, o bien trasladarse a la ciudad más próxima.

Imaginemos que disponía de una residencia secundaria en una encantadora urbanización. Ahora se le abre la posibilidad de alcanzar el sueño de su vida, que era poder vivir todo el año en ella, ya que hasta allí alcanza también la red telefónica.
Incluso la red mundial de comunicación alámbrica, más o menos tupida, que podría ser lo más difícil de imaginar, resulta que ya existe; posiblemente deba cambiar la calidad de muchos tramos de ella, pero lo más difícil, su existencia, se da ya.
El efecto espacial directo se ha producido: el contable ya está en condiciones técnicas de alcanzar su objetivo y trasladarse de lugar. Pero ¿terminan aquí los efectos espaciales?
Pues no. Y podríamos decir que no han hecho más que empezar, ya que este sólo es el primer efecto causal, el efecto directo: en cuanto reformulación del espacio productivo.
Preguntémonos bajo que condiciones podrá llevar a término su deseo, es decir, cuáles serán los nuevos espacios derivados de la decisión anterior. Aparecerán de esta forma toda una serie de impactos o efectos espaciales derivados o diferidos de una mayor trascendencia espacial que la propia causa o motivación. También podremos preguntarnos qué pasará con los espacios complementarios de la situación anterior. Digamos que se producirán un doble mecanismo de efectos espaciales: los nuevos que será preciso producir ylas modificaciones sobre el uso *y* funcionamiento de los hasta entonces existentes.
Comencemos por los nuevos espacios. Un primer efecto derivado será el cambio de residencia habitual. De hecho se ha escogido o aceptado el teletrabajo precisamente para poder cambiar de lugar de residencia. En el ejemplo anterior aparentemente ello no implicaba ninguna modificación espacial, pues ya disponía de esta residencia construida; de lo contrario, lo primero que tendría que haber hecho seria comparar, alquilar o construir una vivienda y aquí el efecto ya empieza a ser importante. Aún cuando disponga de una residencia secundaria, tendrá que introducir modificaciones en este nuevo espacio cotidiano, ya que no es lo mismo residir durante el verano que vivir todo el año. Y ante todo, tendrá que pensar donde ubica el puesto de trabajo para que éste sea funcional, para lo cual previsiblemente se deberá destinar una habitación aislada en la que instalar todas las máquinas necesarias[27].
No es difícil imaginar a nuestro contable como padre de familia, lo cual representa que ahora serán él y su familia los que residirán permanentemente en la nueva vivienda habitual. Es decir, a los miembros activos de cada familia les acompaña aquella población complementaria necesaria para la reproducción de la colectividad. ¿Qué necesidades se les presentarán? La compra diaria, el colegio de los niños, los médicos para hacer frente a las enfermedades normales, cubrir los tiempos de ocio y tantos otros aspectos de la vida cotidiana. Por tanto nuevos espacios cotidianos: espacios de consumo, espacios educativos, espacios sanitarios y asistenciales, espacios de ocio y un largo etcétera[28].
En esencia se tratará de la remodelación de la localización de la actividad productiva si se han de satisfacer las necesidades de nuestro hombre y de los que con él se trasladen. De hecho deberá replantearse la localización o la forma de oferta de los servicios. Observamos como los cambios en el espacio cotidiano que acabamos de apuntar remodelan el espacio productivo de los servicios, en tanto que nueva localización de sus instalaciones: necesidad de recursos humanos para atenderlos, y éstos, a su vez, llevando tras de sí a la población complementaria, lo cual puede reforzar el propio proceso, amplificando los efectos bajo la forma de un feed-back, o bucle de realimentación, positivo.
Incidencia sobre los espacios de distribución al cambiar la localización del consumidor. Así como también se modifica la movilidad relacionada con el nuevo espacio de residencia habitual, como nuevo efecto.

Toda esta secuencia de remodelación espacial habrá incidido desde el primer momento sobre el proceso de producción de espacio.
Por su parte, algunos efectos previsibles sobre el espacio preexistente pueden ser: Cambia el espacio de transporte, menor consumo de gasolina, menor tiempo destinado al desplazamiento diario; posibles efectos sobre el tráfico urbano y periurbano o interurbano, efectos sobre la congestión de la circulación....
Desde una visión global, nos encontramos en la actualidad con una estructuración espacial del trabajo en la cual aparecen áreas rurales, áreas industriales, áreas industriales y de servicios y áreas de servicios digamos de consumo, también en algunos casos se da la combinación rural-industrial. Lo que a través del teletrabajo parece posibilitarse es una nueva recombinación de áreas rurales y de servicios ligados a la producción; no al consumo, como actualmente lo son las zonas turísticas[29].
Ello plantearía un medio rural con dos tipos de estructuras de trabajo desarrollándose en su seno. Por un lado el clásico trabajo primario; agrícola, forestal, ganadero o pesquero; y por otro un trabajo terciario, altamente tecnificado y complejo, en donde nuevas construcciones, o la readaptación de antiguas edificaciones rurales, se convierten en espacio productivo-residencial. El nuevo modelo no es el de terciarización de consumo de fin de semana, o de vacaciones, cuando se ocupan las residencias secundarias, sino que el nuevo modelo es productivo residencial en base a unos trabajos de categoría terciaria y permanentes a lo largo de todo el año.
Las exigencias de la nueva población terciaria, acompañada de la población complementaria que representa la unidad familiar, pasan a ejercer un nuevo tipo de exigencias espaciales, precisamente porque ahora deberán satisfacer todas sus necesidades familiares en un nuevo ámbito territorial, el cual, para que se esté dispuesto a llevar a cabo el cambio de asentamiento, deberá ofrecerles los servicios mínimos que precisan. Por su procedencia, y por su tipo de trabajo, las exigencias de ésta nueva población activa en el ámbito rural, en base a personas ocupadas en actividades de servicios productivos, será culturalmente muy distinta a la que clásicamente ha demandado el mundo rural, igual que será distinta a la que ha demandado la población 'turística' que usaba de aquel espacio rural como espacio de ocio de forma estacional.

ALGUNOS INTERROGANTES

Nuestro intento en las páginas precedentes ha sido el de ofrecer un instrumento de análisis aplicable, con un cierta dosis de imaginación, tanto a la reinterpretación, con perspectiva y visión espacial, de lo que hasta ahora se ha dicho sobre el efecto o impacto de nuevas tecnologías, como para poder plantear y analizar situaciones concretas ligadas a la incorporación de nuevas tecnologías en ámbitos espaciales diversos.
Por su propia naturaleza, el instrumento no pretende resolver los juicios de valor o de intenciones que se hallan contenidas en las decisiones de implantación, sino sólo aportar una cierta perspectiva metodológica en la relación causa-efecto sobre las decisiones que se vayan tomando y sobre las consecuencias que puedan ser previsibles a priori.
En una perspectiva valorativa, surgen nuevos interrogantes: ¿qué puede ocurrir en el futuro?; ¿las nuevas tecnologías son buenas o malas?; ¿el efecto espacial será positivo o negativo?
Podemos pensar que pasará como siempre a lo largo de la historia, que dependerá de nosotros, dependerá de los hombres. Y en particular, como en cualquier otra situación, de la aplicación que se le de. La incorporación de cada nuevo saber, y en especial de cada nueva tecnología, ha mostrado un elevado grado de ambivalencia o ambigüedad. Han sido positivas o negativas según el destino y la aplicación que se le ha dado. La dinamita sirve tanto para abrir túneles y carreteras como para matar a las personas

conscientemente. En si misma no es buena o mala, lo es el uso que el hombre le ha dado. (Véase Remy, 1972). Cabe pensar que los efectos sobre el espacio serán muy importantes. Más importantes de lo que se ha considerado hasta ahora, sobre todo porque afectan a ámbitos no suficientemente considerados por los estudios hasta ahora conocidos. Pero es previsible que sus efectos se harán sentir con lentitud, en función del grado de reacción social que generen.

Se desconoce la nueva sociedad que saldrá del desarrollo de las fuerzas productivas derivadas de la implantación de nuevas tecnologías. Se constatan problemas e inconvenientes que provendrán de ello, como el aumento, posiblemente circunstancial, del paro tal como ahora es valorado. Y por eso, y para no desestabilizar las estructuras sociales vigente, con un gran respeto y temor al cambio y a lo que pueda pasar, se están introduciendo una serie de controles importantes a su difusión, sobre todo en su vertiente productiva[30].

Pero los cambios espaciales serán importantes porque la esencia de su papel anterior, que se basaba como hemos visto en un nivel de resistividad `tecnológica' determinado, ha quedado profundamente tocado al cambiar radicalmente las relaciones espacio-tiempo o la movilidad. De igual forma se verá afectado en cuanto espacio de recursos. Por tanto, las necesidades de organización, las posibilidades de organización, las dimensiones de la organización y la reformulación de la función de cada punto del espacio puede verse replanteada de arriba a abajo.

¿Cómo será la nueva articulación del espacio? En cierta medida será el resultado de lo que todos juntos hagamos, o dejemos de hacer.

NOTAS

1.- El presente trabajo se basa en los materiales de preparación de un curso de Doctorado del Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona, impartido durante el año académico 1987-88, bajo la denominación "Metodología de análisis del impacto espacial de la nuevas tecnologías".

2.- Este es uno de los campos que ha llamado más poderosamente la atención, posiblemente por la novedad implícita en las tecnologías en las que se apoya y por el efecto social masivo que comportan. Tampoco sería de extrañar que hubiese actuado en el mismo sentido el gran volumen de recursos económicos implicados en el tema, con la importante parte de consumo que conllevan.

3.- Quede claro que al hablar de espacio nos referirnos al espacio geográfico en el sentido amplio de la palabra. Se considerará al espacio como espacio geográfico, no sólo como territorio en tanto en cuanto superficie, sino como el conjunto global del ámbito o medio en el que la humanidad se mueve, y que cumple el requisito de ser accesible a la actividad e intervención humana. Es decir, el espacio geográfico es aquel espacio físico accesible al hombre. Esta definición asume, en principio, que el espacio interplanetario se incorpora también como espacio geográfico para el hombre, en la medida en que éste va abriendo caminos de accesibilidad más allá de los límites físicos del propio Planeta.

4.- Minsky et alt., 1985. Un aparato de video con mando a distancia reune en él la aplicación de la robótica, con sistema experto incorporado, y de la telemática. Es un robot en cuanto ha sido programando, además como sistema experto, para ejecutar un conjunto de operaciones mecánicas y eléctricas en tiempo diferido al incorporarles unos parámetros concretos a unas variables determinadas —tiempo, programa, orden—. Se aplica la telemática en cuanto se consiguen unos procesos mecánicos —de puesta en marcha, de paro— sin que se ejecuten físicamente, y sólo pulsando los botones de un emisor en donde no hay correspondencia mecánica entre estos movimientos y los movimientos de accionamiento físico del aparato, y ello a tiempo real.

5.- Quién sabe si no nos hallamos en los albores de una nueva etapa histórica de los materiales que se llegue a denominar 'edad del silicio'.
6.- Una cosa que puede decirse es que las nuevas tecnologías son nuevas relativamente, ya que la gran mayoría de las así denominadas son tecnologías algunas de ellas iniciadas en el siglo pasado, mientras que otras se introdujeron alrededor del periodo de la segunda guerra mundial.
7.- Teniendo en cuenta que el perímetro del Ecuador mide 40.700 km, una emisión electromagnética a la velocidad de 300.000 km por segundo tarda menos de un séptimo de segundo en cubrir toda la superficie del Planeta.
8.- España es un país fuertemente industrial, y ¿cuántos productos industriales genuinamente españoles consumimos? No es lo mismo 'producido en España' que `producto español', y de estos últimos bien pocos hay.
9.- Vernon (1977) apuntaba ya otra vertiente de esta posibilidad cuando decía que las ventajas de oportunidad que representaban la localización en áreas territoriales aprovechándose de los bajos salarios desaparecería en cuanto la competencia incorporase la misma estrategia. Pero ahora se trata de una nueva situación, no de estrategia empresarial sobre los costes por factores de oportunidad, sino de estrategia empresarial sobre los costes en función de la incorporación tecnológica.
10.- Ver R.U. Ayres, La sociedad automatizada, en: Minsky, 1985, págs. 212 ss.
11.- Un ejemplo paradigmático que resume muy bien esta situación queda reflejado en un anuncio de automóviles de una marca que se basaba en este eslogan: "Un coche americano con tecnología alemana".
12.- Aspecto apuntado entre otros por Toffler (1980).
13.- El caso que en la actualidad se presenta como paradigma es el de la empresa Appel, ejemplo seguido por otras individuos que han sabido capitalizar su capacidad técnica personal para penetrar en el ámbito de la producción material de componentes que incorporan alta tecnología.
14.- La mayoría de parques tecnológicos que se han desarrollado con posterioridad tienen como finalidad el intento de mantener o de relanzar un área territorial como medida de política territorial. Fundamentalmente se promueve la localización en ellos de departamentos de i + d (investigación + desarrollo) de empresas ya consolidadas. Se espera que de ello se derive un relanzamiento de la actividad económica en el área. Ver entre otros muchos trabajos: Nouvelle Industrialisation, ..., 1987.
15.- En cierta forma como lo que está sucediendo en España. Un proceso de reconversión, implica que se parte de la forma como ya estaban articulados en su especialización los diversos territorios. Se considera que la forma más eficaz de actuar, disminuyendo tanto los costes económicos como los sociales, es la de reindustrializar las áreas ya industrializadas, hacia donde, por tanto, se concentraran todos los recursos disponibles. Estos territorios, al final del proceso, se habrán distanciado todavía más, con lo que los desequilibrios estructurales serán todavía más grandes que antes de iniciarse el proceso. Las áreas reconvertidas cabe suponer que dispondrán de una estructura y de una infraestructura puesta al día, mientras que sobre las áreas que no eran industriales no se habrá actuado más que marginalmente ya que —se justificará—, los recursos globales eran escaso y había que acudir allí donde las necesidades eran mayores, y éstas lo eran allí donde ya existían masas importante de población, precisamente generadas en su gran mayoría por los procesos de concentración humana urbana como producto del proceso de concentración de la producción industrial. No nos atrevemos a criticar aquí este proceso ni su justificación en términos de costos/beneficios sociales. Sólo nos ha servido para constatar, a través de un pequeño ejemplo, el modelo que puede seguirse a escala mundial con la 'reconversión' que se ira

derivando de la incorporación progresiva de nuevas tecnologías al proceso productivo en su conjunto. Tampoco queremos entrar aquí a considerar si el concepto de desequilibrio territorial es exactamente esto, tal como lo plantea la bibliografía 'antidesequilibrio' en boga. De hecho a través del ejemplo se constata que una no-política territorial es una forma de política territorial ya que al final del proceso habrá quedado configurada una forma de articulación del territorio concreta que no se habrá producido al azar, sino guiada por unos principios, aún cuando estuviesen excluidos conscientemente los motivos territoriales. No se ha producido una remodelación, una reordenación que pudiese buscar o propiciar un reequilibrio, aprovechándose precisamente de la fase de crisis de las áreas industriales clásicas a las que se acusaba de desequilibradoras.

16.- Un planteamiento ultraliberal, como el de la etapa Reagan, ha sido el impulsor y financiador de proyectos como la guerra de las galaxias, donde esta comprometida toda la nueva tecnología. La realización será privada, pero el proyecto es estatal, al igual que lo ha sido la carrera espacial, o la política armamentista. Japón, potenciando y encaminando la creación de holdings empresariales de gran volumen y alto nivel de competitividad, estableciendo políticas comerciales proteccionistas. Francia, encaminando su política industrial a la creación de una empresa de signo paraestatal, en la que se concentran todos los esfuerzos en los sectores punta, como puede ser el caso de Thompson, o promoviendo una política de 'grandeur' que permite proyectos de la envergadura tecnológica corno participar en la carrera espacial o en el potencial militar atómico. Brasil, donde el Estado promueve la autarquía informática aprovechándose de la propia magnitud de su mercado interno. No interesa aquí analizar si son buenas o malas políticas, sólo que son políticas emanadas desde el Estado.

17.- La física de altas..., 1988.

18.- Una información publicada en la prensa española pone a nuestro alcance un ejemplo próximo a nosotros sobre el papel del Estado y de lo militar en el proceso tecnológico. Hemos podido leer: "La decisión del gobierno sobre la definitiva participación española en el Avión de Combate Europeo —el proyecto tecnológico más ambicioso abordado hasta ahora en Europa— marcará el futuro tecnológico de España, repercutirá en la política exterior e influirá en cómo será el Ejército del Aire de la próxima década. (...) Supone el intento europeo más fuerte por hacer frente a las multinacionales aeronáuticas estadounidenses, que en los últimos años han logrado vender centenares de cazas en Europa, lo que ha repercutido negativamente en el desarrollo tecnológico del Viejo Continente. Hoy, ningún país, salvo las dos superpotencias, puede abordar en solitario el coste de producción de un cazabombardero avanzado. (...) El Ministerio de Defensa ha pedido un mayor esfuerzo a las más de 30 industrias españolas interesadas en participar de modo que el retorno tecnológico para España pueda suponer que esa participación sea equiparable al 13 % de las inversiones totales que se realicen en el proyecto, ya que el Gobierno se ha comprometido a aportar ese porcentaje, lo que supondrá un desembolso de 600.000 millones de pesetas." ("El País", 8-X-1988). Los subrayados son nuestros.

19.- Véanse las formulaciones de Masuda, 1980 y Gorz, 1983.

20.- Los historiadores acostumbran a explicar el maquinismo —que de hecho representa el punto final para la consolidación del modo de producción capitalista--, como un conjunto de conflictos sociales en los que se hacia evidente un rechazo, a veces violento, de los nuevos medios productivos, es decir, de las máquinas, como paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas. La destrucción de maquinaria es un intento de mantenimiento de las formas de producir bajo el modelo artesanal. Una consecuencia del maquinismo fue la sustitución de oficios, de conocimientos, de saberes, es decir, de

formas de hacer y de producir, y una progresiva incorporación de máquinas, lo que permitió el salto de la manufactura a la industria, comportando el cambio en el modo de producir y, de hecho, el cambio en la estructura social.
21.- Aún cuando el mercado de trabajo es una figura eminentemente capitalista, en esta aproximación global al efecto de la nueva tecnología consideraremos al conjunto de los recursos humanos como configurando un mercado de trabajo, sea cual sea el modo de producción dominante.
22.- Al ser mayor el ahorro, en términos de retribución de la fuerza de trabajo allí ocupada, que los costes de transporte adicionales por la lejanía de la localización excéntrica de la producción.
23. Entendiendo como trabajo no cualquier actividad encaminada a la consecución de un bien o servicio, sino cuando esta actividad es remunerada; y el no-trabajo como tiempo a disposición del individuo para realizar aquellas actividades que el desee, pero que no estarán directamente remuneradas, aún cuando pueda producir bienes o servicios dentro de este tiempo. Por ejemplo: se considera trabajo cuidar un enfermo en su domicilio a cambio de una remuneración; no se considera trabajo si los mismos cuidados son efectuados por un familiar 'gratuitamente'. Lo mismo podría decirse de un grifo reparado por un fontanero o bajo la forma de 'bricollage'.
24.- Este sería el caso de la división comarcal de Cataluña. El mantenimiento en la actualidad de los mismos límites obedece claramente a un cambio en los criterios. Si antes podían estar basados en una operatividad funcional-administrativa de cada comarca con una capital que asumía funciones descentralizadoras, ahora aparece como función de unos criterios electoralistas de distribución del voto según el criterio rural-conservador, urbano-progresista. De otra forma: el mismo criterio espacio-tiempo representaría en la actualidad una superficie mucho mayor.
25.- En el marco del curso de doctorado citado en la nota 1 se aplicó la matriz, sobre la que se han efectuado ciertas modificaciones que no afectan a su estructura básica, al análisis de las obras: Castilla et alt., 1986; Laurent, 1983; Masuda, 1980; Minsky et alt., 1985; Toffler, 1980; y el vídeo "The information society" producido en 1983 por la televisión australiana. El interés de los resultados obtenidos son los que me han animado a su publicación.
26.- El trabajo a domicilio se ha practicado siempre, incluido el periodo de la revolución industrial. Aún cuando el teletrabajo signifique la conexión permanente con la empresa y también sea distinto el tipo de trabajo a ejecutar, no estará de más releer la bibliografía clásica sobre el tema del trabajo a domicilio.
27.- Se habla de que en un futuro los arquitectos tendrán que replantearse la forma de diseñar las viviendas, las cuales de hecho serán el envoltorio de todo un complejo de sofisticada nuevas tecnologías, empezando por poder ser el lugar de trabajo. Laver, 1980; Gras, 1988.
28.- Se cita al teletrabajo como una de las causas del descenso de la población de Nueva York.
29.- Cabe matizar la idea de servicio de producción y servicio de consumo. Servicio de producción se aplicaría a aquella parte del proceso productivo que se integra en la producción de bienes y servicios que no se consumen in situ, es decir, integradas en un producto que se venderá o comercializará potencialmente en cualquier parte, como por ejemplo un diseñador industrial, o un contable, o un publicista, integrados en una empresa industrial, o agraria o de servicios. Por servicios de consumo quiere significarse aquella actividad que está destinada a que en aquel lugar se pueda disponer de unos servicios que serán consumidos in situ por el cliente, como puede ser la oferta turística o sanitaria.

30.- En un país como la R. F. Alemana, puntero respecto a innovación tecnológica, se ha establecido ya un pacto social a través del cual la implantación de nuevas tecnologías productivas será el resultado de transacciones entre los 'agentes sociales', en los que los sindicatos harán el papel de 'moderadores' -de hecho retardadores-, del desarrollo de las fuerzas productivas en base a conservar los puestos de trabajo, o que su sustitución sea lo menos traumática posible, para no violentar los mercados de trabajo y evitar crisis y conflictos sociales.

BIBLIOGRAFÍA

AMIN, A., GODDARD, J.B. (eds.), 1986, *Technological change, industrial restructuring and regional development,* London, Allen & Unwin.

ARROYO ILERA, Fernando 1987-8 *Telecomunicaciones, espacio geográfico y ordenación del territorio,* «Telos», n. 12, págs. 14-22.

BAKIS, Henry, 1987, *Géopolitique de l'information,* Paris, PUF.

BELLET, M., BOUREILLE, B., 1987, Polos robóticos regionales: Una forma de descentralización de la política industrial como factor de potenciación del desarrollo regional, «Estudios Territoriales», n. 23, págs. 45-56.

BROTCHIE, J.F., HALL, P., NEWTON, P.W., 1987, *The spatial im pact of technological change,* London, Croom Helm. BRUNHES, Jean, *Geografía Humana,* Barcelona, Ed. Juventud, 3a. ed., 1964.

BUSTAMANTE, J., 1988, *Los piratas de la sociedad tecnológica,* «Nuevo Siglo», n. 1, págs. 139-145.

CASTELLS, M. (ed.) 1985, *High technology, space and society,* Beverley Hill, Sage Pub.

CASTELLS, M. et alt., 1986, *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España,* Madrid, Alianza Ed., 2 vols.

CASTILLA, A. et alt. (eds.), 1986, *El desafio de los 90,* Madrid, Fundesco.

CROSS, M., 1981, *New firm formation and regional development,* Farnborough, Gower.

CHAPMAN, K., HUMPHRYS. G. (eds.), 1987, *Technical change and industrial policy,* Oxford, Basil Blackwell.

DANIELS, P.W., 1985, *Service industries. A geographical appraisal,* London, Methuen.

DUNOGUES, Jacques, 1988, *El silicio orgánico,* «Mundo Científico», n. 82, págs. 712-720.

FISICA, 1988, La física de altas energías en Estados Unidos: demasiado cara para los civiles, «Mundo Científico», n. 82, pág. 775. FREYSSENET, Michel, 1977, La division capitaliste du travail, Paris, Ed. Savelli.

GARCIA FERRANDO, Manuel, 1976, *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura española,* Madrid, Min. de Agricultura.

GARCIA MANRIQUE, Eusebio, 1984, *Los nuevos paisajes agrarios. Los cultivos «forzados»,* Barcelona, VIII Coloquio de Geógrafos Españoles, págs. 99-132.

GORZ, André, 1983, *Los caminos de paraiso. Para comprender la crisis y salir de ella por la izquierda,* Barcelona, Ed. Laia, 1986.

GOUEDARD-COMTE, O., BONNEPART, C.P., 1987, *Nouvelles technologies de communication et organisation spatiale des fir-mes: Une approche systemique,* «NETCOM», v. 1, n. 2, págs. 248-290.

GRAS I ALCOVERRO, Joan Francesc, 1988, *Edificis intel.ligents,* «Tecno 2000», n. 13, págs. 5-12.

HAMILTON, F.E.I., 1987, *Industrial change in advanced economies,* New Hampshire, Croom Helm.
JOHNSON, Peter, 1986, *New firms. An economic perspective,* Lon-don, Allen & Unwin.
KEEKLE, D., WEVER, E., 1986, *News firms and regional developement in Europe,* London, Croom Helm.
KNAAP, B. van der, WEVER, E., 1987, *New technology and regional development,* London, Croom Helm.
LANZA DEMATTEIS, Carla, 1988, *Effetti dell'introduzione delle reti telematiche sull'organizzazione delle imprese e del territorio,* «Rivista Geografia Italiana», n. 95, págs. 151-176.
LAURENT, Eric, 1983, *El «chip» y los gigantes. De la revolución informática a la guerra de la información,* Madrid, Fundesco, 1985.
LAVER, Murray, 1980, *Los ordenadores y el cambio social,* Madrid, Fundesco/Tecnos, 1982.
MARKUSEN, A., HALL., P., GLASMEIER, A., 1986, *High tech Ame-rica. The what, how, where and why of the sunrise industries,* Boston, Allen & Unwin.
MARTIN, James, 1978, *La sociedad interconectada,* Madrid, Fundesco, 1980.
MASON, C.M., 1984, *The impact of factories (book review essay),* «Progress Human Geography», v. 8, n. 1, págs. 131-136.
MASUDA, Yoneji, 1980, *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial,* Madrid, Fundesco/Tecnos, 1984.
MAYO, J.A., 1987, *Teletrabajo' en casa. La revolución pendiente del sistema productivo tarda en llegar a España,* «El País-Futuro», 20-XII.
MELLA MARQUES, Xosé Ma., 1987, *La investigación y el desarro-Ilo tecnológico en España: Un análisis regional,* «Estudios Territoriales», n. 23, págs. 57-78.
MEYER, P.B., 1986, *Computer-controlled manufacture and the spatial distribution of production,* «Area», v. 18, n. 3, págs. 209-213.
MINSKY, M. et alt., 1985, *Robótica. La última frontera de la alta tecnología,* Barcelona, Ed. Planeta, 1986.
MOLINI FERNANDEZ, Fernando, 1986, Comentarios críticos y bibliografía sobre el impacto de las nuevas tecnologías en el *desarrollo regional,* «Ciudad y Territorio», VII-IX, págs. 115-125.
MOLINI, F., CASTANYER, J., 1987, *Planeamiento territorial. Administración pública y nuevas tecnologías,* «Estudios Territoriales», n. 23, págs. 17-27.
NOUVELLE INDUSTRIALISATION, 1987, *Nouvelle industrialisation —Nouvelle urbanisation. Villes et technopoles,* Toulouse, Collo-que International.
PELOU, P., VUILLEMIN, A., 1987, *Innovation et nouvelles technologies de l'information,* Paris, La Documentation Français.REESE, J. et alt., *El impacto social de las modernas tecnologías de información,* Madrid, Fundesco, 1982.
REMY, Jean, 1972, *Utilización del espacio, innovación tecnológica y estructura social,* Barcelona, Los Libros De La Frontera, 1974, págs. 31-78.
ROS, F. (ed.), 1986, *Los países industrializados ante las nuevas tecnologías,* Madrid, Fundesco, 2 vols.
RUIZ, Gumersindo, 1987, Difusión y aplicación de tecnología teórica y práctica, «Estudios Territoriales», n. 23, págs. 79-91. SANCHEZ, Joan-Eugeni, HOMS, Oriol, 1980, Descualificación y sobrecualificación de la fuerza de trabajo: Presentación de un debate, «Sociología del Trabajo», n. 2, págs. 11-28. SANCHEZ, Joan-Eugeni, 1981, La geografía y el espacio social del poder, Barcelona, Los Libros De La Frontera.

SANCHEZ, Joan-Eugeni, 1984, *La coherencia entre cambio social y transformaciones espaciales,* «Geo Crítica», n. 51, págs. 5-55.
SANCHEZ, Joan-Eugeni, 1985*, Excedente y guerra en una perspectiva geográfica,* «Geotopiques», Genéve/Lausanne, págs. 76-92. Versión revisada en «Eria», págs. 139-147.
SANTOS, Milton, 1985, *Espacio y método,* «Geo Crítica», 1986, n. 65, págs. 5-53.
SCHILLER, Herbert I., 1984, *Información y economía en tiempo de crisis,* Madrid, Fundesco/Tecnos, 1986.
SLOWE, P.M., 1981, *The advance factory in regional development,* Alsershot, Gower.
STHÓHR, Walter B., 1987, *Innovación regional tecnológica e institucional. La política japonesa en relación a las tecnólopis,* «Estudios Territoriales», *n. 23, págs. 29-43.*
TIME 1987*, Hogar, dulce hogar. Cada día son más las personas que trabajan en su propia casa,* «EI País-Negocios», n. 104, *pág.* 24.
TOFFLER, Alvin, 1980, *La tercera ola,* Barcelona, Plaza & Janés, 1982.
VERNON, Raymond, 1977, *Tormenta sobre las multinacionales,* México, F.C.E., 1980.

Un espacio para el espacio social

Debates y perspectivas contemporáneas

Edgar Novoa Torres

Introducción

La categoría de espacio social o espacialidad viene siendo tema de debate teórico y académico en todas las disciplinas de las ciencias sociales (antropología, psicología, sociología, ciencia política, economía), en la mayoría de los casos por fuera de los parámetros y horizontes hasta ahora trazados por la geografía. Así mismo, se ha convertido en un componente y un desafío para las luchas y reivindicaciones sociales, para la acción social organizada en general y sus prácticas económicas, políticas, sociales, culturales o ecológicas. Sin embargo, en la confrontación académica se la ha tendido a oscurecer como una variable independiente y autónoma con leyes y principios propios, o se la ha diluido como un mero reflejo de la antagónica dinámica socio-histórica, desvalorizando la importancia sobre el sentido y alcance que adquiere lo espacial en las actuales transformaciones.

En la interfaz entre lo social y lo espacial se presenta un fructífero debate alrededor de la categoría de espacio social, en donde se transcienden todos los límites y fronteras disciplinarias y se abre un horizonte amplio para el análisis y la interpretación, que la misma acción política y social de los diferentes actores exige para el desarrollo y la puesta en marcha de sus proyectos o estrategias. En este sentido, en los últimos años se ha venido consolidado en el pensamiento crítico un fuerte movimiento de *reafirmación del espacio en las ciencias sociales*.

El monopolio del análisis de la dimensión espacial detentado hasta hace poco por la geografía –al que consideraba su campo exclusivo de estudio–, ha sido objeto de escrutinio por otras disciplinas interesadas, y sobre todo necesitadas, de la compresión de la variable espacial al abordar el análisis socio-histórico. Al mismo tiempo, la geografía ha tenido que reconocer sus limitaciones a la hora de explicar la dinámica actual de las transformaciones de los grupos y sociedades humanas, buscando llenar el vacío que la acecha con los aportes de las demás disciplinas sociales. El círculo se cierra por el importante papel que la espacialidad juega hoy en todos los lugares y las escalas geográficas, en donde, además, el lenguaje utilizado para su interpretación o análisis apenas es un pálido reflejo de la dinámica que la subyace: globalización, localización, glocalización, descentralización, deslocalización, impactos territoriales, horizontes, cartografía, mapeo, territorialización, desterritorialización, etc.

Con el propósito de ir llenando el vacío que nos embarga frente a la compresión y análisis de esa fenomenología espacial actual, el presente documento realiza de manera selectiva un recorrido por las diversas discusiones contemporáneas sobre el concepto de espacio social o espacialidad que en el ámbito de la geografía se han dado en Europa Occidental y Estados Unidos. Es selectiva en tanto no pretende ser una presentación de todas las corrientes geográficas y sus diferentes matices, intereses e inquietudes particulares. De otra parte, como

el lector tendrá oportunidad de constatarlo, se enfatiza la relación entre las formas espaciales, las prácticas sociales y las transformaciones socio-históricas, como eje central para el análisis y el estudio de las visiones escogidas como paradigmáticas en ese terreno.

El presente escrito busca hacer la genealogía de la categoría de espacio social alrededor de los elementos ya enunciados, para sopesar su sentido y alcances, comprenderla de la mejor manera y darle un uso más adecuado en el análisis socio-histórico. Se busca valorizar la espacialidad no sólo en la discusión académica sino además proporcionar herramientas para la acción política y social organizada, que cada vez más encuentra que su "localización" material y física hace una diferencia; y que hay diferencias que se producen en ese "lugar". No se trata de hacer de la espacialidad una categoría omnicomprensiva y explicativa del desenvolvimiento socio-histórico de las sociedades, sino de desarrollar las herramientas teóricas más adecuadas para una mejor compresión de su dinámica, que contribuya a complementarlo y enriquecerlo.

1. La geografía y el espacio social

Las últimas décadas han sido pródigas para la geografía en intensos debates caracterizados por interminables discusiones ontológicas y epistemológicas acerca de cuál debería ser su objeto y método de análisis. Este fenómeno ha sido interpretado como la consecuencia directa de su particular interés disciplinario por explicar las relaciones entre los individuos, o los grupos, con su medio ambiente (entorno, paisaje, territorio o espacio), que la ubican en la borrosa frontera entre las disciplinas naturales y las sociales o humanas; aspecto que ha abonado el terreno para la indefinición y la consecuente búsqueda: una conflictiva y nunca acabada construcción del objeto y método de análisis. Sin embargo, más allá, y a pesar de esas ambigüedades, se ha avanzado un largo trecho en la conceptualizacion y el desarrollo de categorías, métodos y técnicas de investigación para el análisis y la compresión de la variable espacial respecto de la dinámica socio-histórica de las sociedades.

Del mismo modo en que la geografía ha buscado en las demás disciplinas sociales elementos básicos para la comprensión de los distintos elementos antropo-socio-históricos que tipifican el devenir de los grupos sociales, así mismo las demás disciplinas sociales han venido reconociendo la importancia que posee la variable espacial para la comprensión y estudio de la dinámica socio-histórica. En este sentido, nuestro interés particular al efectuar el recorrido crítico de las principales corrientes geográficas que expresan los profundos cambios espaciales ocurridos en los países de Europa Occidental y los Estados Unidos, es el de obtener la cartografía del concepto de espacio social. Sin embargo, como lo veremos a medida que nos internemos en nuestro recorrido, es difícil limitarse exclusivamente a la genealogía reciente del concepto de espacio social (espacialidad), sin adentrarse en los diferentes elementos que componen el análisis socio-GEO-histórico de dichas sociedades; elementos tales como el problema de las escalas geográficas, la profunda y permanente diferenciación espacial, las relaciones sociales antagónicas de poder, elementos todos co-constitutivos y determinantes para la compresión de la producción de la espacialidad.

1.1. El análisis sistémico espacial

1.2.

El enfoque espacialista sistémico se consolidó a partir de los años mil novecientos sesenta en los Estados Unidos y en cada una de las tradiciones geográficas nacionales de Europa Occidental, siendo la escuela francesa la que más recientemente ha retomado y profundizado sus principios teóricos y metodológicos, conservando sus rasgos fundamentales: el uso de las técnicas cuantitativas, el manejo de modelos (estadísticos, matemáticos, gráficos), la utilización de conceptos y principios sacados de las ciencias físicas o naturales aplicados a la dinámica espacial de la sociedad, y el interés declarado en la búsqueda de leyes o principios espaciales en la dinámica social. En esta medida, y no obstante los diferentes matices que presentan los autores, no sólo comparten estos principios metodológicos, sino que la concepción de espacio social inmóvil, neutral y eterno –tomada de la física en sus diferentes versiones–, permea todas las propuestas. En Francia, el núcleo duro de la geografía sistémica se encuentra, desde la década de los años ochenta, alrededor de la revista *L'Espace Géographique,* y se ha plasmado especialmente en la obra de Roger Brunet.

El desarrollo del análisis de sistemas y la introducción de modelos cuantitativos en el análisis social contribuyeron de manera decisiva –de acuerdo con los sistémicos– a sentar las bases para que la geografía pudiera ser considerada como una disciplina científica, la cual se encontrada enfrascada en interminables debates acerca de su naturaleza y objeto de análisis. La primera tarea fue la de declarar la unidad irreducible de la geografía: *l'aveuglante unité de la*

géographie, una geografía sin adjetivos pura y simple. De una parte, superando las largas discusiones acerca del carácter social o físico de la geografía, y de otra, reafirmando las permanentes interacciones entre lo social y lo espacial. En efecto, gracias al análisis de sistemas, el interaccionismo sistémico permanente cerraba la discusión sobre lo físico o lo humano de la geografía, la existencia de una geografía física y una geografía humana con objetos específicos de análisis. Lo físico y lo humano se encuentran, entonces, como sistemas separados pero en constante relación en la producción espacial. De la misma manera, no existiría ninguna preeminencia entre el hecho social y el hecho espacial, que también buscaba poner en entredicho la unidad de análisis de la geografía. Sistemas autónomos e independientes, lo espacial y lo social sé retroalimentan permanentemente.

El análisis de sistemas se presenta, pues, como la herramienta metodológica más útil y versátil para proclamar la unidad anhelada. A través del análisis de sistemas se lograba mantener la irreductibilidad esencial del sistema físico-natural y el sistema social, en una unidad dinámica y abierta de interacción sistémica. Por otra parte, la teoría general de sistemas permitía pensar y describir también la interacción permanente de las variables sociedad / espacio, reafirmando el análisis geográfico en esencia sistémico, teniendo en cuenta el precedente de los métodos utilizados por la geografía física para el análisis geomorfológico de la corteza terrestre. En este sentido, para poder valorizar el peso que posee el espacio en la interacción con la sociedad, éste debería ser considerado como un sistema autónomo e independiente –aunque producto social– que posee leyes o principios propios que deben ser estudiados: "La expresión 'sistema espacial' no es, entonces, errónea: es preciso reconocer la autonomía del espacio... 'El espacio y el sistema no se separan', escribe Roger Brunet. Diríamos más bien que el espacio es un sistema" (Baudelle & Pichemel, 1986, p. 87).

La rigurosidad y la verificabilidad formal de los métodos cuantitativos estadísticos y matemáticos de base empírica, utilizados a gran escala dentro del análisis sistémico, proporcionaron un referente importante para la sistematización de datos y la formalización de modelos espaciales; punto esencial alrededor del cual se podía abrir el debate y la confrontación académica y disciplinaria, elementos básicos para sentar las bases de una geografía científica, de acuerdo con el análisis sistémico espacial. Al mismo tiempo, los modelos surgidos de los ejercicios estadísticos y matemáticos van a proporcionar un lenguaje que por analogía se aplica al análisis espacial. Posteriormente, a medida que el trabajo se adelantaba y las discusiones producían sus frutos, la conceptualización se enriquece, retomando conceptos de las ciencias físicas y naturales, consolidando la geografía como una disciplina científica.

El análisis sistémico espacial se centra en una visión empírica del espacio tomada de la física newtoniana:

No defino el tiempo, el espacio, el lugar y el movimiento como si fuesen bien conocidos por todos. Pero debo señalar que las personas corrientes conciben esas cantidades con base en ninguna noción distinta de la relación que guardan con objetos concretos. De allí surgen ciertos prejuicios que, para eliminarlos, conviene diferenciarlos entre absoluto y relativo, verdadero y aparente, matemático y común...

El espacio absoluto en su naturaleza propia, sin relación con nada externo, sigue siendo siempre similar e inamovible. El espacio relativo es alguna dimensión o medición móvil de los espacios absolutos, que nuestros sentidos determinan según la posición de los cuerpos (Newton, en Smith, 1994, p. 68.

Si bien es cierto que la referencia al espacio absoluto newtoniano PRE-existente –que permanece igual a sí mismo (por lo tanto, eterno e inmóvil)–, proporciona una base ontológica que sustenta la idea del espacio como sistema autónomo e independiente de la naturaleza y la sociedad, y dotado de leyes propias; es gracias al desarrollo de la idea de espacio relativo que se abre la posibilidad de pensar un espacio social o geográfico, en el análisis sistémico espacial.

Conservando el referente absoluto espacial, el análisis concreto está centrado en un conjunto de relaciones y procesos que se refieren al movimiento, comportamiento y composición de la materia y los eventos materiales, que no están directamente influenciados o determinados por las leyes físicas, lo que se denomina espacio relativo, dimensión o medida del espacio que nuestros sentidos establecen por la posición, la localización, la ubicación, la inscripción empírica de los cuerpos u objetos en el espacio.

Desde esta perspectiva, para el análisis sistémico el espacio social como sistema tiene una existencia propia como tal y no es el reflejo o la traducción de otros sistemas (económico, político, social. En tanto sistema es "medio ambiente" –en el sentido de la teoría de sistemas– y

parte de la sociedad, “entrada” y “salida” del sistema social; no se reduce exclusivamente a la superficie terrestre, al medio ambiente, el territorio o lo visible; y es un producto de la acción humana sobre el medio, una expresión integrada de la superficie o extensión terrestre, los lugares, las relaciones y las estructuras que se crean y sus interrelaciones.

Un espacio es ante todo una extensión, pero provista de un conjunto de elementos (los lugares) y de relaciones entre éstos (los caminos y los ríos. Esto de por sí ya describe una estructura. El espacio se define precisamente por su estructura y por su extensión. La imagen clásica es la comarca, que se expresa originalmente contra (latín: contra), es decir, por su diferencia (Brunet, 1986, p. 303.

La extensión es el soporte, PRE-existente y no producido (el espacio físico-ambiental), y la estructura es la manifestación espacial, el espacio producido de la interacción entre la sociedad y el medio físico-natural que permite el funcionamiento de la sociedad y su reproducción.

El espacio geográfico sistémico no se puede desligar de su ontología fisicalista. Así, lo que aparece como determinante para el análisis es la inscripción empírica de los objetos, actividades o procesos en el espacio. No es el espacio en sí mismo considerado el objeto de análisis, sino que:

La característica espacial, aquella que resulta más significativa para la geografía, subraya que el objeto se debe expresar en la extensión y materializarse visualmente en los paisajes que se pueden percibir en la superficie de la Tierra. Es preciso no cometer ciertos errores: la geografía no es ni el estudio del espacio ni el estudio de los lugares, sino el de la organización espacial. La dimensión espacial es un atributo y una cualidad indispensable para caracterizar el objeto que tiene una significación geográfica, pero no constituye el objeto de la geografía (Christofoletti, 1989, pp. 228, 229.

La organización espacial es siempre particular y su análisis y observación empírica ha permitido inferir tipos, clases recurrentes, que en algunas oportunidades se encuentran en una pureza relativa y se han podido representar por medio de modelos (los famosos modelos de la economía clásica y neoclásica espacial de Von Thunen, Christaller, Losch, Weber, Alonzo).

Se trata, pues, de indagar sobre lo que hay detrás de las formas espaciales, investigar las relaciones que puedan tener con otras formas, establecer su lógica social, en donde el tratamiento de datos, los modelos cuantitativos (estadísticos y matemáticos), de simulación, y los enunciados o principios teóricos propios del análisis espacial se imponen como regla. Se busca despejar lo que es común para establecer principios o leyes, para construir modelos que permitan apreciar la diferencia estableciendo las racionalidades implícitas en la organización del espacio. La modelización (estadística, matemática, gráfica) es un elemento central en el análisis espacial sistémico, pues está siempre presente. La exigencia teórica y la práctica experimental se encuentran en la modelización matemática de la dinámica de los sistemas gracias a la topología que ella facilita (distancia, red, posición relativa, estructura, gravitación); expresiones globales de limitantes espaciales, necesarias para el análisis de la dinámica social (Auriac, 1986, p. 79)[6].

Por más complejas que puedan ser las formas o estructuras espaciales, estas se derivan de un número reducido de tipos, de la misma manera que corresponden a lógicas sociales igualmente elementales (tales como acciones de identificación, medición, polarización, organización), de las cuales se retienen sus rasgos físicos, lo que permite establecer las leyes o principios espaciales:

las acciones sobre el espacio, por desordenadas que parezcan, no se realizan sin reglas, ya sean deliberadas o involuntarias. El espacio tiene sus leyes que evidentemente no son independientes de la acción humana, sino que tienen, por el contrario, su lógica social. Las más radicales se refieren al espaciamento, la distancia y la gravitación, y están ligadas (Brunet, 1989, p. 96.

Los modelos inferidos de la organización del espacio son limitados, puesto que denominan relación a la combinación de ciertas unidades geométricas elementales del análisis espacial, en cuyas formas simples se reencuentra la topología espacial básica de puntos, líneas, superficies y direcciones.

El análisis espacial como la producción del espacio no se limita a la organización, sino que también se refiere a la diferenciación; la superficie terrestre como soporte está sujeta a un proceso permanente de organización / diferenciación, proceso central para la reproducción sistémica. De esta manera se producen lugares, habitados o no, materializados o no, relaciones entre ellos, conjuntos de lugares o espacios que pertenecen a una misma estructura, productos del azar o, en algunos casos, como un proyecto conjunto, un plan de organización espacial.

En un momento determinado puede suceder que un cierto tipo de lugares, caminos y espacios conformen un conjunto dotado de una cierta coherencia, cuya variación interna es inferior a la variación externa, de tal manera que dicho conjunto pueda ser reconocido como una estructura (región) en la que se despliega un sistema particular que amerita ser estudiado aparte; de esta forma se introduce sobre nuevas bases el análisis regional. Existe otro tipo de espacios cuya definición es completamente diferente, basados en principios claves como: finalidad (concebidos y delimitados para fines precisos); la completad (cubren la totalidad de la extensión, sin sombra, vacío o indecisión); la centralidad (disponen de un lugar central respecto del sistema englobante); la jerarquía (son organizados de acuerdo con una jerarquía de niveles inferiores y superiores); la equivalencia (todas las mallas se encuentran en un mismo nivel) (Brunet, 1986, pp. 307, 308. De estos espacios se puede afirmar que hacen referencia no sólo a las divisiones político-administrativas, sino que también se refieren a las mallas creadas por las fuerzas del mercado en un momento determinado.

El espacio mundial está recorrido por una multiplicidad de campos, conjuntos de espacios y lugares signados por unas mismas características o estructuras, por unas mismas fuerzas, unos dados otros construidos socialmente; la mayor parte de ellos poseen un núcleo y ejes, arterias y nervios, centros y periferias. En este sentido, el análisis sistémico espacial es una herramienta metodológica versátil, que se puede aplicar a cualquier objeto geográfico, forma u organización espacial de importancia desde el sistema mundo hasta el análisis de la vida cotidiana de las personas individualmente consideradas, pasando por las demás escalas geográficas de importancia (la nacional, la regional, la local. La escala representa un elemento determinante para la comprensión y análisis geográfico sistémico, cada escala exige una aproximación metodológica diferente, lo importante es encontrar las herramientas más adecuadas para establecer lo esencial de la organización espacial en el nivel o escala que se esté considerando, “la escala es una de las claves de explicación en la geografía, y garantiza coherencia mental y restitución física” (Ferras, p. 407.

La visión sistémica del espacio está íntimamente relacionada con una ontología natural en donde una forma específica de espacio se presenta como dada, el espacio newtoniano estructurado esencialmente a partir de los principios euclidianos (compuesto por dos o tres dimensiones, en donde la principal característica de la materia es ser extensa, ocupar un espacio), un espacio físico PRE-existente eterno e independiente en donde los actos, eventos o procesos humanos se inscriben, se ubican y deben ser investigados de acuerdo con los principios de la mecánica que rige dicho espacio, en el marco de sus propiedades físicas. Más aún, a pesar de los esfuerzos por reconocer y comprender otro tipo de física (newtoniana) o de geometría (Riemann), esto no altera la ontología fisicalista racionalista que permea toda la propuesta metodológica sistémica y su terreno específico (el carácter absoluto o relativo del espacio físico y sus propiedades), solamente la reafirma y profundiza, eso sí aumentando el bagaje categorial interpretativo y explicativo de la morfología espacial social. En este sentido, más que el espacio considerado en sí mismo es la inscripción material, la ubicación, la posición de los objetos, los procesos en el espacio, el objeto de análisis de la visión sistémica.

Consecuente con su empirismo, en la aproximación sistémica espacial la “mirada” aparece como determinante puesto que se trata del estudio de la disposición de las cosas o procesos en el espacio, enfatizando al mismo tiempo el carácter racional del análisis:

La importancia acordada a los ‘cuerpos’ y la constante repetición de la palabra hacen pensar forzosamente en el espacio ‘concreto’ que plantean los defensores de la geografía... el interés exclusivo que la demostración cartesiana otorga a lo ‘visual’.. En el caso de la figura de un cuerpo que se torna escurridiza a medida que las manos se acercan, el ‘contacto’ en sí se hace imposible: la vista sola reconoce en él ‘una sustancia que tiene extensión’.. El universo de los geógrafos es también un universo material, sustantivado, poblado de ‘cuerpos’ reales o virtuales (la sustancia espacial que puede ser desplazada para alojar un cuerpo nuevo. Como el de Descartes, se infiere de la vista, es un ‘espacio-paisaje’. Tanto el uno como el otro racionalizan una de las formas de experiencia corriente: explícitamente el uno, implícitamente los otros (Sautter, 1985, p. 195.

El referente del espacio físico (absoluto o relativo), siempre estará presente en la propuesta sistémica como base ontológica, lo que permite erigir al espacio como sistema autónomo regido por principios o leyes propias, independiente del tiempo. Sin embargo, esa misma ontología va a delimitar la propuesta analítica e interpretativa. Metodológicamente se parte de las formas espaciales dadas como “datos”, como productos naturales, y se busca establecer las transformaciones ocurridas en un determinado lapso de tiempo, esto es, se lleva a cabo un análisis espacio-causal estático comparativo. Esto quiere decir que se pueden inferir algunos

aspectos acerca de los procesos que produjeron los cambios de esas formas espaciales o lugares, basados en el hecho de que las formas consideradas en sí mismas no poseen una historicidad propia y determinante por su dinámica y propiedades internas y sus permanentes determinaciones externas; lo que es lo mismo que decir que son espacios encerrados en sí mismos que contienen una historicidad pero que no evolucionan históricamente. Los cambios y procesos son vistos, de otro lado, como causalidad temporal estática propia de las interacciones; El permanente flujo circular de los efectos de acción y retroacción (inputs/outputs) entre las cosas o sistemas, lo que reproduce una forma mecánica y causal de pensamiento propia del análisis de las ciencias naturales (Harvey, 1997, p. 49.

La diferenciación del espacio y el tiempo como dimensiones separadas y autónomas, lleva a una interpretación temporo-causal discontinua y estática de las formas, eventos o hechos espaciales. Se da por sentado, se toman como dadas las formas espaciales, la existencia de los espacios y sus escalas, los cuales no se consideran en proceso permanente de constitución, modificación o transformación, en donde la diferenciación espacial se reduce a una narrativa temporal evolutiva lineal (enunciación de etapas del desarrollo. Así mismo, se tiende también a des-espacio-temporalizar el contenido y propiedades de las relaciones entre los procesos, sistemas o cosas envueltas en las transformaciones, que son co-constitutivas de la permanente producción del espacio. El análisis sistémico espacial conlleva un:

Fetichismo espacial en el que el espacio se percibe como atemporal y, por consiguiente, inmune al cambio histórico... *territorialismo metodológico* que analiza todas las formas y escalas espaciales como unidades geográficas auto contenidas y territorialmente limitadas. En su conjunto, estos supuestos producen un modelo internalista de desarrollo social en el que la territorialidad hace las veces de contenedor estático, atemporal del historicismo (Brenner, 1999, pp. 45-46).

Con las características y propiedades del espacio sistémico las relaciones entre naturaleza / espacio son reducidas a un interaccionismo que reifica la autonomía y externalidad de cada uno de los elementos. Existe una distinción ateórica entre un espacio 'artificial' (producido) y un espacio 'natural' (no producido. Esta distinción es ateórica porque si la ciudad es un producto material de la formación social, lo mismo ocurre con un bosque ubicado entre las ciudades, una montaña o un mar: elementos 'naturales' que no son transformados, sino que son 'dejados así' por esta formación social específica... Ni la montaña, ni el mar –incluso 'dejados así', es decir no transformados– constituyen un elemento puramente natural, exterior a (y para) la formación social que acondiciona su territorio. Esta formación social produce todo su espacio (Beuningen, p. 265.

Esa diferenciación espacio / naturaleza conlleva también imprecisiones conceptuales en su interpretación. La naturaleza debe diferenciarse del espacio sistémico, que es extensión –naturaleza– y estructura, o forma espacial; ella hace parte del espacio sistémico, es un límite a su proceso de organización / diferenciación que debe ser tenida en cuenta para el análisis, pero no es equivalente al espacio sistémico. De otro lado, el espacio sistémico no obstante, de ser un producto social no toca o transforma su referente ontológico, el espacio-abstracto físico (absoluto o relativo) que permanece en esencia pura, siempre igual a sí mismo, inmóvil y eterno, a pesar de la acción humana; y de otro, es externo, autónomo a la naturaleza física. Así, el espacio social sistémico es una representación abstracta del espacio físico (absoluto o relativo); sin embargo, la conceptualización,

Ha tenido que afrontar la aparente contradicción entre espacio físico y social, y la diferenciación interna del espacio natural y el espacio físico en general. Cuanto más intentan los geógrafos identificar dentro del espacio natural absoluto los patrones y procesos socialmente relativos y socialmente determinados de la ubicación económica, más problemática se convierte la relación entre el espacio natural y el social, y más ambiguo se vuelve el significado del espacio físico (Smith, Neil, 1991, p. 75.

El isomorfismo que se efectúa entre el espacio físico (absoluto o relativo) y el espacio social sistémico (cada vez más entendido como el espacio relativo y sus propiedades y formas de representación) para el análisis, alimenta la ambigüedad y confusión semántica del concepto de espacio social, y además nos presenta un panorama empobrecido donde se imponen las características y propiedades de la mecánica que lo rige, en el análisis espacial de la acción social. Siempre existe como referente universal un espacio abstracto, continente PRE-existente, vacío, neutro, eterno, compuesto de dos o tres dimensiones, que es fijo; y reducido a una topología geométrico-matemática y sus respectivas propiedades. El espesor social se reduce a la relación y convergencia estadística y gráfica de puntos, líneas, áreas y superficies

que producen las estructuras espaciales. En su batalla por superar el determinismo ambiental o geográfico, el análisis sistémico espacial instaura un nuevo determinismo, el geométrico.

Por otra parte, el ejercicio de espacialización se constituye en toda una morfología o física social, en la medida en que detrás del ejercicio geográfico de modelización, la acción humana es considerada como expresión de un número reducido de actos humanos (habitar, organizar, gestionar, negociar, etc.), los cuales recogen y expresan el espesor social que existe detrás de las estructuras espaciales], y expresan las regularidades del sistema bajo análisis.

También formulo la hipótesis de que los fundamentos de las acciones humanas son limitados, a semejanza de las formas que producen, lo cual sin embargo basta para producir una infinita variedad de objetos y sujetos particulares; De que es, por lo tanto, interesante establecer algunas relaciones entre unas y otras, pues con un poco de razón se puede ir desenmarañando esta complejidad, de una manera que permite a la vez una cierta adhesión interindividual y un campo de acciones posibles en lo real (Brunet, 1996, p. 26.

Este ejercicio de morfología física, reduce la discontinuidad radical permanente que la acción social comunica constantemente a todo el conjunto relacional social, a ser un elemento previsible más dentro del flujo circular de los efectos de acción y retracción que contribuyen a sostener el equilibrio sistémico. Esto conlleva, por otro lado, a reducir la política a una función sistémica de organización o equilibrio[20], o a efectos producidos por las interacciones internas entre sistemas y subsistemas que estructuran los modelos[21]. No sólo sé funcionaliza la producción y reproducción antagónica del orden social al equilibrio sistémico, sino que al mismo tiempo lo convierte en un objeto de intervención técnica,

Los conceptos de la teoría sistémica revelan un interés colectivo en el control técnico; ...esta relación extradiscursiva no es una compulsión incidental sino una necesidad estructural; y... esto tiene unas consecuencias prácticas ineludibles que se presentan como conceptos analíticos abstractos cuya validez está determinada por un llamado a un cálculo lógico correspondientemente abstracto (Gregory, 1980, p. 328.

El análisis sistémico espacial está interesado en asignarle un lugar a la geografía y en legitimar el quehacer geográfico. En este sentido, plantea un elemento esencial para la comprensión y análisis de la variable espacial: la pregunta sobre la localización, la inscripción de las cosas, objetos o relaciones en el espacio. Sin embargo, debido a sus limitaciones ontológicas y epistemológicas, la investigación se reduce a las apariencias empíricas del proceso de localización físico-material; es necesario, entonces, rescatar toda la consistencia socio-geo-histórica que la "localización espacial" posee como presupuesto, medio y producto de múltiples determinaciones. A pesar de sus limitaciones analíticas e interpretativas –en la relación espacio / tiempo– el lugar de la acción social en las transformaciones espaciales, así como el de la política como elemento central en dicho proceso, es imposible soslayar la importancia que dicho cuestionamiento representa frente a la dinámica socio-GEO-histórica. Más allá de las apariencias empíricas, es necesario ahondar en el análisis de las relaciones entre las formas espaciales y los procesos sociales de la dinámica socio-histórica. Paradójicamente, las mismas limitaciones del análisis espacial sistémico se han traducido en un altísimo grado de sistematización de los datos espaciales que proporcionan una riquísima base empírica para nuevas lecturas y aproximaciones.

1. 2. Geografía humanística o el sentido del lugar

La primera respuesta a la avanzada espacialista sistémica se presentó a finales de los años mil novecientos sesenta, y se consolidó en los años setenta, alrededor de la llamada geografía humanística, en donde sobresalieron autores como Anne Buttimer, David Ley, Edward Relph, Marwyn Samuels, Yi-Fu Tuan. Los humanistas buscaban establecer unas nuevas bases filosóficas, ontológicas y epistemológicas para la geografía, más allá del paradigma categorial sistémico que establecía una separación entre los hechos y los valores, el sujeto y el objeto; lo que había conducido, según los humanistas, a una separación entre las formas espaciales y los procesos sociales.

El positivismo metodológico sistémico enfatizaba el conocimiento objetivo, lo que implicaba concentrarse en los hechos puros dejando de lado aquellos elementos que impidieran u oscurecieran su aprehensión. Se desvalorizaba la acción social y los actores, pues lo subjetivo era mirado como algo metafísico, irracional, imposible de conocimiento, y lo mental era considerado como un psicologuismo desprovisto de interés o reducido a la explicación simplista del esquema estímulo / respuesta de la psicología comportamentalista. Se exigía una precisión ajena al mundo cotidiano de la acción humana, caracterizada por múltiples valores y por su ambigüedad de sentido. Estos principios fueron los que llevaron a la geografía, según los humanistas, a una separación entre las formas espaciales y los procesos sociales, reduciendo

el análisis de las formas espaciales a una morfología fisicalista, en donde la acción humana era subsumida en la objetividad de los modelos espaciales, en un determinismo geométrico.

La fenomenología[23] y el existencialismo[24] sirvió de base filosófica, ontológica y epistemológica al proyecto humanista, a pesar de las diferencias que se encontraban en la fusión de las dos corrientes. Mas allá de los diferentes énfasis, los humanistas comparten elementos mínimos que los distinguen en el análisis de lo espacial:

· El antropocentrismo (el hombre como la medida y el centro de todas las cosas), el hombre como producto y productor de su mundo hace que se lleve a un primer plano del análisis la intención humana, los valores, el sentido, la conciencia humana, aplicados al mismo investigador también. Así mismo, la búsqueda se centra no sobre los objetos considerados en sí mismos sino sobre el conocimiento del hombre acerca de dichos objetos y sus relaciones; ningún objeto está libre de un sujeto (*no object is free of a subject*), ya sea en el pensamiento o en la acción todo fenómeno es parte del conocimiento humano.

· El reconocimiento del mundo vivido (*life-world*), la experiencia humana cotidiana como fuente esencial de conocimiento, universo de experiencias dentro del cual el mundo vivido geográfico hace parte y es identificable, la comprensión del hombre en el mundo (*man-in-the-world*)[26].

· El holismo epistemológico para mirar las relaciones entre el hombre y su entorno, opuesto a todo análisis que separe artificialmente los fenómenos del contexto; así la síntesis que se plantea no es funcional sino dialéctica, no es abstracta sino contextual. En este mismo sentido, toda construcción social (formas geográficas, conocimiento) debe ser considerada como el producto de los valores de la sociedad y la época en que son gestados (Ley & Samuels, 1978, p. 11.

· La ínter subjetividad como elemento central de la síntesis dialéctica. Toda acción humana es intencional y propositiva, cuyo valor y sentido deben ser establecidos. Sin embargo, toda experiencia es de naturaleza social, esencialmente, producto de relaciones intersubjetivas, pues compartimos contextos cargados de sentido que determinan nuestra percepción y conciencia; todo individuo posee una historia y una geografía.

Sobre la base de dichos principios, un primer elemento que resalta inmediatamente en la propuesta humanista es la consideración de todo espacio como espacio intencional. Sin sentido, valores e intenciones, el espacio se convertiría en una dimensión pura, una mera abstracción del mundo humano. La conciencia del tiempo y del espacio es siempre parcial y se encuentra mediada por los intereses de cada momento, producto de las relaciones intersubjetivas y los constreñimientos propios de la acción humana. El espacio es, pues, un continuó dinámico en donde la experiencia vive, se mueve y busca sentido; es un horizonte vivido a través del cual las cosas y las personas son percibidas y valoradas, y en donde adquieren sentido. El espacio está definido por los afectos, los sentimientos, las intenciones, los fines humanos. El *ser-en-el-mundo* se define como siempre "ahí" o "en un lugar", donde el lugar es determinado por los lazos emocionales, afectivos del hombre. La distancia del espacio existencial no es cuantificable, medidle objetivamente, sino gracias a la importancia del lugar como centro, fuente de sentido.

Para los humanistas, "las ideas de 'espacio' y 'lugar' se requieren una a la otra para su definición" (Tuan, 1977, p. 6).. En la experiencia el sentido del espacio surge con el del lugar. De esta forma, el lugar se convierte en el fundamento del conocimiento geográfico, por lo tanto, es un elemento central para el análisis de lo espacial saber cómo un simple espacio se convierte en lugar, en un conjunto de características (sentido, valores, intenciones, conciencia) que merecen ser analizadas en sí mismas.

El espacio es un centro de significado construido por la experiencia. El lugar se conoce no sólo a través de los ojos y la mente sino también a través de los modos de experiencia más pasivos y directos, que resisten la objetificación. Conocer un lugar plenamente significa comprenderlo de una manera abstracta y también conocerlo como una persona conoce a otra. En un nivel teórico elevado, los lugares son puntos en un sistema espacial. En el extremo opuesto, son sentimientos viscerales fuertes (Tuan, 1975, p. 152.

Sin embargo, no hay que establecer y entender el sentido del lugar sólo a través de la experiencia inconsciente, también es igualmente importante tratar de entender el sentido inconsciente del desarraigo: un entorno que no posee un lugar significativo y la actitud correspondiente que no le reconoce ningún significado al lugar, puesto que, "si un lugar carece de significado sin un sujeto, así también una persona desplazada de su propio lugar es un hombre de identidad incierta" (Lay, 1976, p. 507). El lugar no puede ser entendido completamente desde un punto de vista científico como un conjunto de hechos, objetos y

eventos, el conocimiento del lugar debe emprender una tarea de comprensión de los sentimientos, valores y sentido que le otorgan sus moradores.

El espacio vivido no posee fronteras definidas, el lugar puede ser tan pequeño como una esquina o tan grande como la Tierra misma, en todo caso un lugar no es una cosa sino una imagen, una intención, pequeños mundos cargados de valor y de sentido. Cada lugar debe ser visto como un contexto relacional, pues determina de manera dialéctica la acción humana, el lugar actúa sobre el individuo o los grupos. En el lugar ocurre la síntesis dialéctica que une el medio ambiente, las intenciones humanas y los factores ínter subjetivos; en el lugar ocurre la síntesis entre forma espacial/proceso social, valor/hecho, sujeto/objeto.

Las herramientas metodológicas utilizadas por los humanistas para el logro de sus objetivos fueron bastante eclécticas:

Ni la fenomenología ni el existencialismo pueden aportar una solución fácil para los problemas epistemológicos que afronta la ciencia en la actualidad, ni ofrecen un procedimiento operacional claro para guiar al investigador empírico. Sin embargo, si se los entiende como perspectivas, que apuntan a la exploración de nuevas facetas de la investigación geográfica, entonces nuestro reconocimiento de ellos podría ser un desarrollo valioso y oportuno" (Buttimer, 1979, p. 278.

Todo lugar posee una biografía que es necesario recuperar, entender, explicar; por lo tanto, todo método que sirva para comprender los fines, propósitos, sentidos y valores que los hombres asignan a su relación con el entorno y al lugar como fuente de sentido se considera válido. Se trata de reconstruir el paisaje a través de los ojos de sus ocupantes, a la luz de las condiciones intersubjetivas e históricas que lo han acompañado.

Los humanistas le critican a la geografía sistémica su concepción reducida del espacio. El espacio vivido producto de la experiencia humana, cargado de valores y sentido, debe ser diferenciado del espacio representado, de esta manera el espacio geométrico aparece como una más de las formas de representación del espacio. Así, los humanistas, además de plantear la posibilidad de pensar diferentes concepciones del espacio social accesibles al análisis geográfico, enfatizan igualmente su fundamento y naturaleza social sacando la discusión del ontologismo fisicalista sistémico, y proponiendo un nuevo horizonte de búsqueda para el análisis espacial de la dinámica socio-GEO-histórica de las sociedades (Buttimer, 1969. El análisis sistémico, al menoscabar el valor y lugar de lo subjetivo, no es el mejor camino para progresar en el análisis de las relaciones entre los hechos espaciales y los procesos sociales, en donde, según los humanistas, se debe pasar de las preguntas sobre la forma a las preguntas sobre el sentido y la intención.

La síntesis dialéctica que busca la propuesta humanística para el análisis espacial se inicia planteando una superación de la visión dualista del tiempo y el espacio como dimensiones separadas, autónomas e independientes propuesta por el análisis sistémico:

La noción de 'distancia' implica no sólo 'cerca' y 'lejos' sino también las nociones temporales de pasado, presente y futuro. La distancia es una intuición espacio-temporal. 'Aquí' es 'ahora', 'allá' es 'entonces'. Y así como 'aquí' no es únicamente un punto en el espacio, 'ahora' no es únicamente un punto en el tiempo. 'Aquí' implica 'allá', 'ahora' y 'entonces' están tanto en el pasado como en el futuro" (Tuan, 1974, p. 216.

Así, en el mundo vivido de la experiencia humana el tiempo y el espacio se confunden, son inseparables, lo que además no supondría la supremacía de uno sobre el otro. Sin embargo, los humanistas no se pueden desprender de su ontología antropocéntrica.

En las obras clásicas del existencialismo y la fenomenología, esta tensión dialéctica entre la realidad de la alienación y la necesidad de superarla tiende a estar arraigada en el tiempo, en la temporalidad del devenir, y por consiguiente en la 'formación biográfica' y en la construcción de la historia (Soja, 1989, p. 133.

Es la historia, el tiempo, el *becoming* (devenir) se impone sobre el *being-in-the world*. La relación dual se mantiene: espacio = *being*, tiempo = *becoming*, dando necesariamente una singular importancia al *becoming*, con el hombre como centro de la ontología. Su historicidad, su devenir se impone sobre su estar o su ser y, al mismo tiempo, la diferencia entre el espacio y el tiempo se mantiene como intuiciones separadas y diferentes, autónomas.

La alienación existencial del hombre frente al mundo y frente a sí mismo, de acuerdo con los humanistas, se materializa primero en la duración, en el paso del tiempo, en él prima la temporalización de la existencia, el hecho de ser y el hecho de situarse; localizarse posiciona al ser en su mundo vivido, proceso en donde se establecen las relaciones sujeto/objeto, ser y naturaleza, historia humana y geografía humana. De esta manera se mantiene la dualidad tiempo / espacio, y el lugar –que se propone como el punto la síntesis– no la realiza tampoco:

Una vez tiene lugar el ser, ¿cómo debe entenderse la relación entre lugar y ser? ¿Cómo esferas separadas? ¿Cómo interdependencias? ¿Cómo configuradas completamente por la materialidad del lugar? Sugiero que ésta es la interrogación ontológica de la cual se deriva toda la teoría social (Soja, 1989, p. 135.

En el análisis concreto, esta dualidad se hace mucho más evidente en la relación identidad / lugar. Ambos conceptos están íntimamente ligados. Tanto la identidad de los ocupantes del lugar como el lugar mismo se miran de manera estática, "delimitada", sustancializada, esencialista. La identidad sé reifica, se mira como anclada, encerrada en un lugar, un lugar cargado de sentido y fuente del mismo. La producción de la identidad social como construcción permanente y abierta, producto de relaciones sociales antagónicas, se inmoviliza, se fija, se limita en torno al lugar: "si percibimos el mundo como un proceso de cambio constante, no podremos desarrollar ningún sentido de lugar" (Tuan, 1977, p. 179. De la misma manera, el lugar se mira con una identidad propia *in situ*, cargado de sentido, productor de sentido, soslayando la permanente creación de lugares y su continua interrelación, en donde las múltiples "capas" internas son parte de las relaciones externas. Los humanistas van a dejar planteada, sin desarrollarla, la tensión entre espacio y lugar, sus relaciones y diferencias, lo que actualmente es motivo de largos e intensos debates (Taylor, 1999.

La dialéctica entre el mundo y el pensamiento está siempre presente pero termina por resolverse del lado de la abstracción del pensamiento. Los humanistas mantienen una diferenciación entre naturaleza humana y naturaleza física, una naturaleza interna y otra externa. La naturaleza interna comprende las pasiones de los hombres y la externa el medio ambiente físico natural en donde los hombres viven. Por esta vía, es a partir de la naturaleza interna, más explícitamente del pensamiento, que ese dualismo se puede sobrepasar; sólo en la unidad del pensamiento se puede experimentar dicha unidad.

Es importante entender que la discusión sobre la naturaleza humana se disuelve en la nada si por alguna razón se niega la externalidad de la naturaleza. Para que la 'naturaleza humana' cumpla su función ideológica debe existir una naturaleza separada con sus propios poderes inviolables, pues es en esta naturaleza que se fundamenta la discusión sobre la naturaleza humana. Ahora bien, para mantener este poderoso concepto ideológico en toda su frágil contradicción, existe una curiosa y reveladora omisión en el concepto de naturaleza. Por definición, la naturaleza externa excluye la actividad humana, pero la naturaleza universal también excluye la actividad humana salvo en el sentido más abstracto de que el trabajo es necesario y dignificado... es un exorcismo de la actividad social de la naturaleza universal, para atenuar la contradicción entre naturaleza externa y naturaleza universal (Smith, 1990, p. 16.

Se mantiene la concepción de una naturaleza universal y externa, que ya habíamos anotado para el análisis sistémico espacial, en este caso excluyendo la acción social de la producción social de la naturaleza y resolviendo por la vía idealista la unidad naturaleza / sociedad.

La síntesis dialéctica entre forma espacial / procesos sociales, ubicada en el lugar, tampoco logra sus intenciones. La dinámica socio-GEO-histórica, contingente y abierta, se ve empobrecida en el análisis de la ínter subjetividad social, la cual se reduce a un relacionismo simbólico subjetivo de interacciones entre los hombres, y de éstos con el paisaje. El proceso de representación subjetiva se pierde en una maraña simbólica cultural o lingüística y la posibilidad de producción relacional de sentido a través de la interpretación del mundo vivido, mistifica la materialidad contextual antagónica que lo acompaña. Así, la producción del lugar se diluye en un cierto aire de idealidad compartida, sin conflicto o antagonismos producto de relaciones intersubjetivas simplificadas, donde el ejercicio del poder o la dominación en la producción y reproducción de la realidad material desaparece. Se reduce, así, la construcción de sentido de la acción social a un subjetivismo etéreo o a un intersubjetivismo ideal, debido a que la materialidad socio-geo-histórica se limita a unas relaciones sociales empobrecidas y reificadas.

El intento de trascender la dicotomía subjetivo-objetivo es sólo parcialmente exitoso, porque aunque la fenomenología nos puede encantar con recuentos de experiencias individuales y culturales, también nos frustrará debido a su incapacidad para transmitir coherentemente la objetividad brutal de mucha experiencia cotidiana. Dice muy poco sobre la creación social y la manipulación de la realidad" (Smith 1979, p. 367) [33].

En una actitud subjetivista exacerbada, los humanistas, al responder al objetivismo positivista, paradójicamente tratan la subjetividad precariamente, debido a que su interés central está focalizado en la comprensión e interpretación del sentido oculto de la acción social localizada, esto es, en el sentido del sentido. De esta manera, la subjetividad se encara en la naturaleza e interpretación de las relaciones entre el hombre y su mundo vivido, en la

comunión de sentido, en lo que sucede entre el individualismo trascendente y la intersubjetividad simbólica, donde el (los) sujeto(s) se convierten en un(os) sujeto(s) constituido(s), ideal(es), neutral(es), ahistórico(s)[34]. El proceso de subjetivación ubicado en una relación trascendente del hombre con el mundo, se centra en un interaccionismo simbólico (una especie de estructura cultural y/o lingüística a interpretar), donde el sentido no se encuentra en el sujeto o actor, pero tampoco se puede encontrar en la experiencia directa, pues no se revela por la simple reflexión o interpretación, sino que es un producto intersubjetivo reducido a ser un producto lingüístico o simbólico. Implícitamente se constituye la dicotomía percepción/contexto, enfatizando la interpretación perceptual sobre las condiciones contextuales del sentido, reforzando la dicotomía. La tarea del geógrafo se torna, pues, difícil ya que debe transmitir, o comunicar, ese sentido porque, si cada conocedor se despoja sucesivamente de los juicios *a priori*, esto significará la suspensión progresiva del lenguaje *a priori*; el conocimiento fenomenológico es incomunicable porque tiene que negar la convención social de la comunicación. El problema se deriva de la dicotomía entre mente interior y comportamiento exterior; el ser interno verdadero está oculto por un mundo social exterior y falso. El fenomenólogo actúan como el arqueólogo, excavando cada vez más hondo en las profundidades internas; pero el arqueo-fenomenólogo nunca puede estar seguro de si encontró el ser verdadero, especialmente porque de por sí es el ser ya enterrado (falso) el que hace la excavación, utilizando herramientas provistas por el mundo vivido (Pile, 1993, p. 124).

Por esta vía, la geografía humanista ayuda a perpetuar la dualidad y separación entre el sujeto y el mundo exterior en las estructuras mentales o simbólicas, dejando de lado los contextos socio-históricos específicos.

La propuesta humanista invierte el orden de prioridades de la relación objeto/sujeto en el análisis espacial, pero perpetúa la dualidad. Es, entonces, la subjetivación del objeto, del lugar, lo que se impone, aspecto que hace que el interés de síntesis objeto/sujeto se haga no del lado del objeto sino del sujeto, pasando de un objeto-problema a un sujeto-problema, a la búsqueda o el rescate de las intenciones y valores que están detrás de las acciones de los sujetos respecto del lugar, tanto de sus ocupantes como del sujeto cognocente[35]. De la misma manera que la propuesta sistémica se encuentra limitada por la ontología fisicalista del espacio, los humanistas también ven limitado su enfoque por el antropocentrismo ontológico, el cual se reduce a un intersubjetivismo simbólico ideal en el análisis y a la interpretación espacial del *ser-en -el-mundo*[36].

De hecho, las salidas al *impasse* humanista vistas desde su interior son variadas: el retorno a los fundamentos de la fenomenología clásica para pasar de la fenomenología geográfica a la geografía fenomenológica (Pickles, 1985); una reconstrucción materialista, dejando de lado los principios del idealismo transcendental fenomenológico, que condujo a centrarse en los problemas de la percepción y el sentido, dejando de lado la cuestión de los contextos (Ley, 1981); finalmente, la propuesta de Entrinkin (1977) de reconocer el trabajo humanista como un criticismo científico y pasar a una reconstrucción filosófica a través de la propuesta neo-kantiana de Ernst Cassirer.

La propuesta humanista abre terrenos bastante fértiles para la compresión de lo espacial, más aún de las relaciones entre prácticas sociales/espacio social. La ruptura con la ontología fisicalista sistémica es de una importancia capital en el estudio del espacio social, en la relación de las formas espaciales y los procesos sociales. Más allá de las áridas discusiones sobre la naturaleza absoluta o relativa del espacio social, éste adquiere un estatus propio cuyo fundamento y naturaleza son producto de la dinámica socio-histórica, en donde la relación espacio/tiempo adquiere una connotación completamente distinta. El tema de las representaciones sociales del espacio abre, para la interpretación espacial de la acción social, un horizonte que ha venido siendo trabajado en profundidad como elemento material constitutivo y constituyente en la permanente producción del espacio y del sentido de las prácticas espaciales. La influencia de la representación simbólica del espacio social en los individuos o grupos sociales, su sentido, deben hacer parte integrante de las relaciones entre la acción social y la espacialidad. Evidentemente, hay que darle un contenido mucho más materialista a las relaciones intersubjetivas productoras de sentido, en contextos definidos históricamente, y enfatizar la importancia de los contextos socio-históricos. Así mismo, los humanistas van a resaltar en la discusión contemporánea de la geografía el tema del lugar como objeto de análisis, lo que propone al mismo tiempo nuevas bases para el debate sobre la diferenciación del espacio.

2. Lo social y lo espacial: más allá de una síntesis ideal

El reconocimiento de la categoría de espacio social en el ámbito de la geografía no ha sido una tarea fácil. En la propuesta sistémica espacial, el concepto no va mas allá de ser una alusión metafórica que se disuelve en el espesor geométrico de los modelos (matemáticos, gráficos y estadísticos), del espacio absoluto (o relativo), del continente preestablecido, vacío, fijo, autónomo, eterno. El "fisicalismo" establece un estrecho marco para el análisis del espacio social, llevándolo a un determinismo geométrico, a una colección de "objetos", que reduce la acción social a un agregado de conductas individuales, despolitizando completamente la conflictiva y antagónica producción del espacio social. Paradójicamente es una visión espacial del mundo, pero de un espacio ahistórico en sí mismo, eterno, inmóvil, delimitado por escalas o niveles fijos reducidos a un problema de medida[37].

En su crítica a la tradición positivista espacial desarrollada en el análisis sistémico, la geografía humanista apenas entreabre ciertas posibilidades de conceptualización al centrar las relaciones entre formas espaciales/procesos sociales, en el aspecto subjetivo. Como vimos, se presenta como una fractura respecto de la visión fisicalista espacial, pues abre el debate contemporáneo sobre la necesidad de conceptualizar y entender el espacio social enfatizando su naturaleza y fundamento social. Sin embargo, el análisis humanista del espacio representado viene en últimas a complementar en cierta medida el análisis sistémico. Al espacio objetivo geométrico sistémico se suma un espacio subjetivo, inconsistente, etéreo, susceptible de todas las interpretaciones, espacio polisémico que considera el espacio objetivo como una más de las posibilidades de representación. Por otro lado, allí también se diluye el espesor social, la antagónica materialidad socio-histórica, se reduce a un intersubjetivismo simbólico o lingüístico de un mundo vivido ideal[38]..

La crítica de la economía espacial neoclásica y sus diferentes vertientes, así como del cada vez más importante proceso de modelización urbana y regional, abre otro frente importantísimo para la construcción de la categoría de espacio social. La llamada "geografía radical" desarrolló desde finales de los años mil novecientos sesenta todo un bagaje conceptual, teórico y metodológico para la compresión y estudio del espacio social. Por esta vía se consolidó el análisis crítico de la economía política de la espacialidad capitalista, sentando las bases de lo que se ha denominado desde entonces el materialismo histórico-geográfico.

La confrontación entre geografía y materialismo histórico, cuando finalmente se produjo, abrió caminos completamente nuevos para entender la geografía histórica de la ocupación humana de la superficie de la Tierra. También puso de relieve lo que Marx llamó 'los puntos débiles del materialismo abstracto de la ciencia natural, un materialismo que excluye la historia y sus procesos', y que inevitablemente llevó a quienes percibían la unidad de la geografía como una unidad de método a 'concepciones abstractas e ideológicas' del mundo (Harvey, 1989, p. 214).

Sin embargo, el frente más sobresaliente que posiciona el espacio social en el debate académico y la propuesta política, es la misma materialidad socio-geo-histórica. Las luchas y conflictos urbanos que desde finales de los años sesenta y durante la década de los setenta emergen tanto en el Sur como en el Norte, y que ponen en evidencia y motivan la necesidad de desarrollar herramientas adecuadas para el análisis de la relación acción social/espacialidad/transformaciones socio-históricas.

Las diferencias conceptuales que enfrentaban a Henri Lefebvre y Manuel Castell a propósito de la cuestión urbana durante los años setenta, abrieron la discusión sobre el lugar que debía ocupar el espacio social en el pensamiento crítico materialista, así como su naturaleza y características[39]. Se iniciaba así el lento y largo camino por el reconocimiento de la importancia, el valor y la necesidad creciente de lo espacial en la dinámica socio-histórica. De este modo, durante la década de los setenta la geografía radical va a girar alrededor de lo que se denominó el fetichismo espacial en sus múltiples manifestaciones (véase nota 18), la crítica de la economía espacial clásica y neoclásica, así como la introducción de la revolución cuantitativa y la aplicación del análisis de sistemas en el estudio de la dinámica urbana y regional; además del intersubjetivismo simbólico del enfoque humanista fenomenológico[40].

El argumento central de la geografía radical durante los años setenta criticaba duramente el análisis y la existencia de procesos espaciales puros y, por lo tanto, la posibilidad de hablar de principios o leyes espaciales cuyo contenido y sustancia fueran exclusiva y esencialmente espaciales. En ese sentido, se reconocía que lo espacial era una construcción social. No hay procesos espaciales puros, existen procesos sociales particulares en el espacio; por lo tanto, se niega la importancia dada a la organización espacial de las "cosas" en sí mismas, a la distancia como elemento central del análisis espacial y sobre todo al análisis aislado de las características geográficas específicas de los lugares. El argumento crítico sostenía que las

distintas configuraciones espaciales eran causa no de los procesos sociales específicos de cada una de ellas, sino de procesos sociales comunes y generalizables a todos los lugares. Sin embargo, por esta vía el análisis espacial se reducía al estudio de los resultados, a la constatación de las diferentes variaciones y especificidades espaciales producto de esas tendencias homogéneas de los procesos sociales; la espacialidad se veía como un mero producto, como reflejo de las tendencias generales del proceso de acumulación (Massey, 1985, p. 10).

Por otra parte, este argumento también se convirtió en un problema en el campo mismo de la geografía radical y en el desarrollo de una mirada crítica sobre el espacio social, generando interminables debates acerca del fantasma del fetichismo espacial, que se traslucía en todo intento por introducir la variable espacial en el análisis socio-histórico[41].

En un primer momento se intentó instaurar una dialéctica espacial para integrar el espacio al análisis crítico socio-histórico. Se miraban los procesos sociales y las formas espaciales como dos componentes de una misma unidad dialéctica. Obviamente la naturaleza y la dirección del cambio en las relaciones espaciales están determinadas sobre todo por los momentos de su proceso social 'originador' y 'receptor'. Sin embargo, perderíamos una dimensión completa del entendimiento si no les concediéramos a las relaciones espaciales una posición relativamente autónoma, una historia en parte propia con una dialéctica en parte propia" (Peet, 1981, p. 108).

Sin embargo, a la hora de mostrar cómo funcionaba esa "dialéctica", de explicar cómo se establecían las relaciones espacio/sociedad, la respuesta permanecía en la ambigüedad del lenguaje: por reflejo, como expresión, como manifestación, como input... Se terminaba por sostener la existencia de una dialéctica específica para cada uno de los elementos (el social y el espacial), para poder legitimar su separación. Se partía de la base de una dualidad espacio/sociedad que le otorgaba al espacio una autonomía relativa, una existencia separada que en realidad no posee y que se busca sintetizar idealmente en la conceptualización[42].

Otra vía utilizada para integrar la variable espacial al pensamiento crítico fue la consideración del espacio como espacio relativo. Por esta vía el espacio sólo puede existir como relación entre objetos que poseen sustancia. El espacio en sí mismo no tiene, no posee sustancia, por lo tanto, es a través de los objetos que se establecen las relaciones espaciales: sin objetos no hay relación espacial. No hay un espacio absoluto que posea sus propias leyes y produzca sus propios efectos, existe un espacio relativo, existen relaciones espaciales entre los objetos; más específicamente entre los poderes causales que poseen y que entran en juego gracias a la relación establecida. Por esta vía se establece una relación entre lo social y lo espacial, se introduce un estatus causal de los fenómenos sociales en la interpretación espacial,

siguiendo la visión relativista del espacio, las relaciones espaciales sólo pueden ser un efecto contingente. La manera o circunstancia en que funciona un poder causal dependerá contingentemente de cómo interactúa con otros poderes y otros objetos. Las relaciones espaciales entre objetos –entre otras cosas– determinarán qué poderes y objetos interactúan. Por consiguiente, las relaciones espaciales tienen un efecto contingente. No causan el cambio pero pueden ser cruciales en cuanto a la ocurrencia del cambio y en la manera en que ocurra. Éste es el tipo de diferencia que plantea el espacio (Duncan, 1989, p. 133).

Así, al espacio social se le otorgaba una capacidad causal contingente (el tiempo es el mundo de la necesidad de lo teórico y el espacio el de la contingencia de lo empírico) en la estructuración material socio-histórica, a pesar de reafirmar la necesidad de introducir el espacio en el análisis socio-histórico.

La teoría social abstracta sólo tiene que considerar el espacio en la medida en que estén implicadas propiedades necesarias de los objetos, y esto no significa una gran cantidad. Debe reconocer que toda la materia tiene una extensión espacial y que, por consiguiente, los procesos no tienen lugar en la cabeza de un alfiler y que dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar (relativo) al mismo tiempo... en una discusión abstracta sobre renta podemos observar que incluso si la gente no necesita la tierra por la tierra en sí o sus minerales, sí la necesita como lugar para desarrollar sus actividades espacialmente extendidas, y que quizás también necesiten que sea accesible a ciertos otros objetos si van a hacer ciertas cosas (Sayer, 1985, p. 54).

La causalidad pertenece esencialmente a los objetos del proceso social específico y su poderes que, en cierta medida, son aespaciales (tanto los objetos como el proceso) en sí mismos. El espacio entra como marco contingente dependiendo de las propiedades de los poderes causales de los objetos en donde se desarrolle la acción; se impone una temporo-causalidad teórica y una espacio-causalidad empírica. Es sólo a través de una investigación

empírica profunda y, en cada caso, específica, como se van a encontrar las relaciones entre lo espacial y lo social, el espacio y la sociedad; lo que reduce la aseveración de sus relaciones íntimas a ser una mera observación de principios[43]. Por otra lado, si bien es cierto que se reafirmaba la producción social del espacio, la discusión sobre el carácter absoluto o relativo del espacio contribuyó a exacerbar la calificación de fetichismo espacial de todo intento de interpretación y análisis socio-espacial.

Un debate que valorizó en gran medida la categoría de espacio social fue la consideración del problema del desarrollo desigual[44]. Después de los intensos debates sobre el subdesarrollo, la dependencia, el intercambio desigual, de los años sesenta y setenta, se inició una tarea de interpretación y análisis de las diferentes realidades nacionales de los países desarrollados, en torno al reacomodamiento de lo urbano y lo regional frente a la crisis. Sobre todo el trabajo empírico contribuyó al reconocimiento de las dinámicas internas, específicas de cada lugar, respecto de la tendencia general de homogeneización, rescatando de esta suerte la variable espacial.

Las discusiones sobre el nuevo despliegue espacial de las actividades productivas, respecto de las diferentes configuraciones intra-nacionales, arrojaba conclusiones interesantes sobre las profundas relaciones espacio/sociedad. Las relaciones no eran unívocas de lo social a lo espacial, sino que lo espacial estaba íntimamente ligado a la lógica social.

Esta nueva distribución de la actividad económica, producida por la evolución de una nueva división del trabajo, se traslapará y combinará con el patrón producido en períodos anteriores por diferentes formas de división espacial. La combinación de capas sucesivas producirá efectos que en sí varían en el espacio, contribuyendo a una nueva forma y distribución geográfica de la desigualdad en las condiciones de producción, como base para la siguiente ronda de inversión. Por lo tanto, una división espacial del trabajo no es equivalente a una 'regionalización'. Por el contrario, se sugiere que la estructura social y económica de una área local dada es un resultado complejo de la combinación de la sucesión de roles de esa área dentro de la división del trabajo espacial, nacional e internacional más amplia... existe probablemente un grado creciente de acuerdo en que el análisis debe partir de la acumulación y no de las regiones (Massey, 1978, pp. 115, 116).

De esta manera, las formas espaciales –en este caso la región– no son explicadas en sí mismas, a través de sus factores estrictamente espaciales, o de su historia interna particular y exclusiva, sino de manera relacional dinámica, gracias a la comprensión de las constantes transformaciones socio-económicas, por medio del continuo proceso de cambio interior/determinaciones exteriores, visto como una superposición de "capas" en permanente cambio e interrelación, y en donde lo espacial posee su parte de determinación. En este sentido material, el espacio es considerado no sólo como una construcción social, sino que además se le otorga una capacidad material estructurante sobre la dinámica socio-histórica: transformaciones espaciales y transformaciones sociales son integrales y determinantes en los dos sentidos.

Poco a poco se va perfilando una respuesta cada vez más clara para posicionar al espacio social respecto de la tradición fisicalista espacial y el subjetivismo humanista, así como también en el ámbito del análisis crítico. En efecto, de un lado se trata de reafirmar la producción social del espacio y, de otro, salir del laberinto del fetichismo espacial.

El espacio contextual reviste un gran interés filosófico en cuanto genera debate en torno a sus propiedades absolutas y relativas, su carácter como 'contenedor' de vida humana, su geometría objetificable y su esencia fenomenológica. Sin embargo, es una base inapropiada y engañosa para analizar el significado concreto y subjetivo de la espacialidad humana. Tal vez el espacio en sí se dé primordialmente, pero la organización, el uso y el significado del espacio son un producto de la traducción, transformación y experiencia sociales. El espacio socialmente producido es una estructura creada comparable a otras construcciones sociales que resultan de la transformación de las condiciones determinadas inherentes a la vida en la Tierra, a semejanza de la manera en que la historia humana representa una transformación social del tiempo y la temporalidad (Soja, 1980, p. 210).

La consideración de las relaciones socio-espaciales como constitutivas y constituyentes de la realidad, como elementos co-constitutivos de la materialidad socio-histórica, medios y producto de la acción social, reafirma la necesidad de conceptualizar la espacialidad social dentro del marco estrictamente socio-histórico, como producto social. Por otro lado, la espacialidad social no se debe considerar como un elemento separado autónomo, con sus propias leyes de transformación, o como un simple reflejo de la estructura de clases, las

relaciones sociales o el modo de producción: las relaciones sociales son simultáneamente sociales y espaciales.

La evidencia empírica y las discusiones teórico-metodológicas de la crisis y reestructuración económica, iniciadas a finales de los años sesenta, y sus claras evidencias espaciales durante la década de los ochenta, en parte discutidas alrededor del desarrollo desigual, vienen a completar la afirmación simplista de los años setenta, que consideraba el espacio como producción social, que lo social también es espacialmente construido, y eso representa una diferencia. En otras palabras, y en su formulación más amplia, la sociedad necesariamente se construye espacialmente, y ese hecho –la organización espacial de la sociedad– representa una diferencia en cuanto a la manera en que funciona (Massey, 1992, p. 70).

La dinámica del proceso de reestructuración económica y de reforma política abrió nuevos horizontes, se hizo evidente, entonces, que no se debía subvalorar el rol que jugaban ciertas características espaciales tales como las *geography matters*[45].

El espacio social es un presupuesto, un medio y un producto para el proceso de producción y reproducción social, por lo tanto no puede ser entendido como un simple continente PRE-existente neutral, eterno e inmóvil. El espacio social es un elemento co-constitutivo, continuamente construido, deconstruido y reconstruido a través de sus diferentes escalas o niveles, en los distintos lugares en constante transformación. A través de la producción de una configuración espacial (medio ambiente urbano construido, aglomeraciones industriales, infraestructura vial y de transporte, redes de comunicación, instituciones estatales reguladoras), el capital puede acelerar su proceso y expander su lógica, *aniquilar el espacio con el tiempo*. Pero, al mismo tiempo, esa misma base físico-material necesaria para la aceleración y expansión capitalista tiene que ser continuamente reconfigurada, diferenciada, transformada y, en algunos casos, destruida generando una incesante tensión.

El capitalismo busca permanentemente crear un paisaje social y físico a su propia imagen y de acuerdo con sus propias necesidades en un momento particular del tiempo, e igualmente menoscaba, perturba e incluso destruye ese mismo paisaje en un momento posterior. Las contradicciones internas del capitalismo se expresan mediante la configuración y desconfiguración incesantes del paisaje geográfico. Ésta es la melodía con la que la geografía histórica del capitalismo debe bailar sin parar (Harvey, 1985, p. 150)..

No obstante las evidencias alcanzadas en el análisis espacial crítico, los logros no son un proceso lineal progresivo, de la misma manera que en la dinámica socio-geo-histórica: avances, retrocesos, rupturas y mutaciones comparten la escena. El despliegue de la lógica homogeneizante del proceso de reestructuración económica y los esfuerzos de reterritorialización de la reforma política van a presentar una expresión socio-espacial multivaria: aumento de la exclusión social, disolución o reafirmaron de la identidad cultural y política; ruptura o creación de nuevos lazos de ayuda, comunicación y solidaridad social; desaparición o despliegue de nuevas estrategias económicas de producción; quiebre o aparición de novedosas formas de expresión social y organización política. A la lógica desterritorialización/reterritorialización que el capital y el Estado agencian, se superpone una lógica de desterritorialización/re-territorialización de la acción social organizada en todas las escalas geográficas.

Las profundas transformaciones que se manifiestan en el debate sobre la crisis, la reestructuración económica, la reforma política y las resistencias sociales, van a consolidar y a fortalecer el análisis y el debate acerca del espacio social en los acercamientos socio-geo-históricos críticos, en cuyo centro se encuentra el actual proceso de globalización. Se incrementa, así, el estudio empírico, se supera el debate sobre el fetichismo espacial, conduciendo paulatinamente el debate hacia el problema de las relaciones entre las formas espaciales y la acción social de la dinámica socio-histórica, espacio social y subjetividad. En el horizonte se delinean nuevos esfuerzos para enriquecer el análisis socio-histórico –gracias a la consideración del espacio social–, que deben ser tenidos en cuenta no solamente en la discusión académica, prolífica por cierto, sino, además, para la transformación política y social de nuestra realidad.

BIBLIOGRAFÍA

Auriac, Franck, Brunet, Roger, eds. (1986), *Espaces, jeux et enjeux*, Paris, Fondation Diderot, Fayard.

Auriac, Franck (1986), " Du spatial et du social : de la géographie aujourd'hui ", en Auriac, Franck, *et al., op. cit.*

Bailly, Antoine, Ferras, Robert, Pumain, Denise (1992), *Encyclopédie de géographie*, Paris, Económica.

Baudelle, Guy, Pinchemel, Philippe (1986), " De l'analyse systemique de l'espace au systeme spatial en geographie ", en Auriac, *et al., op.cit.*

Besse, Jean-Marc (1995), "L'espace de l'age classique, entre relativite et representation", en *L'Espace Géographique,* No. 4.

Beuningen, Van Cor (1979), " Le marxisme et l'espace chez Paul Claval. Quelques reflexions critiques pour une géographie marxiste ", en *L'Espace Géographique*, No. 4.

Brunet, Roger (1997), *Champs & contrechamps. Raisons de géographe*, Paris, Belin.

Brunet, Roger (1996), " Les sentiers de la géographie : un peu d'air dans le coin du bois ", en *L'Espace Géographique*, No. 1.

Brunet, Roger (1995), " La géographie, science des territoires et des réseaux ", en *Cahiers de Géographie du Quebec*, Vol. 39, No. 108.

Brunet, Roger (1989), " L'aveuglante unité de la géographie ", en *L'Espace Géographique,* No. 2.

Brunet, Roger (1986), " L'espace, règles du jeu ", en Auriac, Franck, *et al., op. cit.*

Brunet, Roger (1980), " La composition des modèles dans l'analyse spatiale ", en *L'Espace Géographique*, No. 4.

Buttimer, Anne (1979), " Le temps, l'espace et le monde vecu ", en *L'Espace Géographique*, No. 4.

Buttimer, Anne (1976), "Grasping the Dynamism of Lifeworld", en *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 66, No. 2.

Buttimer, Anne (1969), "Social Space in Interdisciplinary Perspective", en *Geographical Review* 59.

Christofoletti, Antonio (1989), " Panorama du concept d'organisation spatiale ", en *L'Espace Géographique*, No. 3.

Duncan, Simon (1989), "Uneven Development and the Difference that Space Makes", en *Geoforum*, Vol. 20, No. 2.

De Koninck, Rodolphe (1978), " Contre l'idealisme en géographie ", en *Cahiers de Géographie du Quebec*, Vol. 22, No. 56.

Dollfus, Olivier, Duran-Dastes (1975), "Some Remarks on the Notions of 'Structure' and 'System' in Geography", en *Geoforum*, Vol. 6, No. 2.

Dollfus, Olivier (1992), " Géopolitique du système monde ", en Bailly, Antoine, *et al., op. cit.*

Entrinkin, Nicholas (1977), "Geography Spatial Perspective and the Philosophy of Ernst Cassirer", en *Canadian Geographer*, XXI, 3.

Entrinkin, Nicholas (1976), "Contemporary Humanism in Geography", en *Annals of the Association of Human Geography*, Vol. 66, No. 4.

Ferras, Robert (1992), " Niveaux géographiques et échelles spatiales ", en Bailly, Antoine, *et al., op. cit.*

Gregory, Derek, Urry, John, eds. (1985), *Social Relations and Spatial Structures*, London, Macmillan.

Gregory, Derek (1980), "The Ideology of Control: System Theory and Geography", en *Social Geografie* 71, No. 6.

Harvey, David (1989), "From Models to Marx: Notes on the Project to 'Remodel' Contemporary Geography", en Macmillan, Bill, *op. cit.*

Harvey, David (1985), "The Geopolitics of Capitalism", en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Harvey, David (1973), *Social Justice and the City,* Great Britain, Edward Arnold.

Harvey, Milton, E & Holly, Brian, P. (1981), *Themes in Geographic Thought*, London, Croom Helm.

Ley, David (1981), "Cultural/Humanistic Geography", en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 2.

Ley, David, Samuels, M., eds. (1978), *Humanistic Geography. Prospects and Problems*, London, Croom Helm.

Ley, David, Samuels, M. (1978), "Introduction: Contexts of Modern Humanism in Geography ", en Ley, David, *et al., op. cit.*

Ley, David (1976), “Social Geography and the Taken-for-Granted World”, en *Transactions Institute of British Geographers*, Vol. 2, No. 4.

Levy, Jacques (1986), “ L’espace et le politique : quelles rencontres ? ”, en Auriac, Franck, *et al., op.cit.*

Livingstone, R. T. (1981), “Immanuel Kant, Subjectivism, and Human Geography: A Preliminary Investigation”, en *Transactions Institute of British Geograhy*.

Macmillan, Bill, ed. (1989), *Remodelling Geography*, Oxford, Basil Blackwell.

Massey, Doreen (1994), *Space, Place and Gender*, Cambridge, Polity Press.

Massey, Doreen (1985), “New Directions in Space”, en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Massey, Doreen (1978), “Regionalism, some Current Issues”, *Capital and Class* 6.

Peet, Richard (1981), “Spatial Dialectics and Marxist Geography”, en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 1.

Pickles, John (1985), *Phenomenology, Science and Geography. Spatiality and the Human Sciences*, Great Britain, Cambridge University Press.

Pile, Steve (1993), “Human Agency and Human Geography Revisited: A Critique of ‘New Models’ of the Self”, en *Transactions of the Institute of Brithish Geographers*, Vol. 18, No. 1.

Pivetau, Jean-Luc (1989), “ L’espace au coeur des processus et des structures ”, en *L’Espace Géographique*, No. 2.

Pumain, Denise (1997), “ Pour un théorie evolutive des villes ”, en *L’Espace Géographique*, No. 2.

Relp, Edward (1981), “Phenomenology”, en Harvey, Milton, *et al., op. cit.*

Sautter, Gilles (1985), “ La géographie comme ideologie ”, en *Cahiers de Géographie du Quebec*, Vol. 29, No. 77.

Samuels, Marwyn (1981), “An Existencial Geography”, en Harvey, Milton, *et al., op. cit.*

Samuels, Marwyn (1978), “Existentialism and Human Geography”, en Ley, David, *et al., op. cit.*

Sayer, Andrew (1985), “The Difference that Space Makes”, en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Sayer, Andrew (1979), “Philosophical Bases of the Critique of Urban Modelling: A Reply to Wilson”, en *Environment and Planning,* Vol. 11.

Simonsen, Kirsten (1996), “What Kind of Space in what Kind of Social Theory ?”, en *Progress in Human Geography*, Vol. 20, No. 4.

Smith, Neil (1991), *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Great Britain, Basil Blackwell.

Smith, Neil (1986), “On the Necessity of Uneven Development”, en *International Journal of Urban and Regional Reseach*, Vol. 10, No. 1.

Smith, Neil (1981), “Degeneracy in Theory and Practice: Spatial Interactionism and Radical Eclecticism”, en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 1.

Smith, Neil (1979), “Geography, Science and Post-Positivist Modes of Explanation”, en *Progress in Human Geography,* Vol. 3, No. 3.

Soja, Edward (1989*), Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, London, Verso.

Soja, Edward (1985), “The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Retheorisation”, en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Soja, Edward (1980), “The Socio-Spatial Dialectic”, en *Annals of American Geographers*, Vol. 70, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1977), *Space and Place*, London, Arnold.

Tuan, Yi-Fu (1976), “Humanistic Geography”, en *Annals of the Association of American Geographers,* Vol. 66, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1975), “Place: An Experiential Perspective”, en *The Geographical Review*, Vol. LXV, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1974), “Space and Place: Humanist Perspective”, en *Progress in Human Geography*, Vol. 6.

[1] Profesor asistente, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

[2] “Sistemas análogos, no sistemas idénticos. Existe toda la libertad contingente y creadora del hombre entre los dos dominos. Pero lo que en los sistemas sociales es proyecto –proyectos y posibilidades múltiples– tiene su contraparte en los sistemas físicos: el retorno al equilibrio. Aquí, ‘todo sucede como si...’ los fenómenos observados tendieran a un *steady state*, y allá, se trata ya sea de sistemas verdaderamente finalizados e intencionales de tipo ‘teleológico’, ya sea

de sistemas inconscientes y no intencionales de tipo 'teleconómico'. Yo colocaría la unidad de la geografía en esta serie de convergencias sistémicas. Evidentemente, no confunden a nadie' (Piveteau, 1989, p. 102).

[3] "La geografía aprende las reglas de esos trabajos y esos juegos de territorio. Como en todo juego, los jugadores tienen costumbres, jugadas, esquemas, regularidades y recurrencias. Tienen sus propias racionalidades, que se confunden y se contradicen. Los geógrafos se han esforzado por poner de manifiesto las prácticas fundadoras de la diferenciación y la organización del espacio, e incluso las leyes. Conocen la importancia de un istmo o de un estrecho, los que significan una marca o un límite: hoy en día, en la historia, o en la prospectiva de los territorios. Constatan que la producción del espacio, más allá de la extrema complejidad y de la apariencia aleatoria de sus formas, tiene reglas sencillas que responden a necesidades elementales: habitar, explotar, intercambiar, protegerse, etc. Las implicaciones de las distancias, de la gravitación y de los relevos, los fenómenos de agregación y de segregación, los efectos de interfaz, los lugares de sinapsis, de convergencia y de bifurcación han sido mejor analizados desde que los geógrafos se han familiarizado con el comercio de los lugares. Además, son ámbitos que tienen la ventaja de ofrecer por un lado la riqueza tornasolada de lo real singular, y por el otro las perspectivas de la comparación razonada. Autorizan y exigen la medición, el estudio comparativo, la modelización, alguna teoría, hipótesis de trabajo y verificaciones. La geografía comienza a salir del marasmo de lo irrefutable, quiero pensar que está en camino de 'popperización'" (Brunet, 1995, p. 479).

[4] "La separación entre el espacio relativo y el espacio absoluto suministró así el medio por el cual se podía separar un espacio social de un espacio físico, definiéndose este espacio social en relación, no con una primera naturaleza independiente y externa, sino más bien con una segunda naturaleza humanamente producida. Así como el espacio relativo de Newton es una subserie del espacio absoluto, el espacio social surgió como una subserie diferenciada del espacio físico" (Smith, 1991, p. 71).

[5] Es importante delimitar esta noción de estructura en el análisis espacial sistémico: "Una 'estructura geográfica' sería una porción de espacio, con su propia individualidad, que sostiene un sistema, y cuya evolución está regida por un sistema interno o por sistemas vecinos o circundantes... son porciones homogéneas de espacio. Pero esa homogeneidad no siempre es fisionómica, es decir, no siempre aparece debido a una repetición regular de varios elementos que se relacionan unos con otros, sino que está regida por un sistema... tenía su propio escenario territorial, y por ende una localización, tiene un 'sitio' y una 'posición' definidos por las relaciones que mantiene con otras estructuras. Son 'unidades taxonómicas', es decir unidades sistemáticas que se pueden clasificar con respecto a otras" (Dollfus, Durand-Dastes, 1977, p. 85). De esta manera, "la palabra Gestalt significa a la vez forma, estructura y organización... espacial. En general, sería mejor reservar, como la mayor parte de los diccionarios, la idea de forma para la apariencia, para la manifestación exterior de los fenómenos, y la idea de estructura para sus relaciones internas" (Brunet, 1980, p. 254). En esta visión fisicalista la estructura se define por los principios de organización / relación, donde prevalece la idea de objetos o cosas naturalmente separadas e individualmente consideradas, que sumados componen un todo relacionado. Por otro lado, sistema y estructura son inseparables, solamente que corresponden a escalas temporales diferentes..

[6] "Un modelo es siempre una simplificación de la realidad, o más exactamente de la visión que uno tiene de esa realidad. Esta simplificación se hace con un fin operativo: la acción, la predicción o la explicación. Un modelo es, pues, un constructo y una representación. Se aplica a ámbitos muy variados" (Brunet, 1980, p. 254)... Respecto de la geografía: "puedo distinguir dos acepciones del concepto de modelo espacial. En un sentido amplio, se referiría a toda representación simplificada –depurada, si se prefiere– de un comportamiento espacial. Es, por ejemplo, el caso del modelo de gravedad,... F = aD-b.

En un sentido más restringuido, incluso más concreto, un modelo espacial es una representación directa del espacio en sí, o más exactamente de los ordenamientos espaciales: formas, organizaciones o estructuras. Todo mapa topográfico o temático es ya un modelo de ese tipo... éste no aparece –en el mejor de los casos– sino mediante una construcción intelectual, de un trabajo a partir del mapa, y, en general, de muchos otros datos" (Brunet, 1980, p. 255).

[7] Es posible y necesario establecer dichas formas simplificadas; en este sentido, Roger Brunet ha desarrollado toda una propuesta: "uno observa que existen situaciones y mecanismos elementales –de base, fundamentales– que organizan los ordenamientos espaciales elementales. No se trata, por lo demás, de elementos concretos, sino de abstracciones, de 'situaciones': una organización aureolar, un gradiente, una radial, son constructos, no objetos reales. Cuando hablamos aquí de elementos, no se trata de los objetos materiales que componen, por ejemplo, una ciudad o el límite de un municipio.

Es por esto que hay que dar un nombre a esas estructuras elementales, que son 'formas fuertes' en el sentido gestaltiano; propongo llamarlas coremas" (Brunet, 1980, p. 258).

[8] "El lugar es asimilable a un punto en el mapa, sea cual fuere la escala. Está circunscrito y es localizable, diferente de los demás. Puede estar habitado o no. Se le 'dice' o no... Por consiguiente, cada lugar tiene una posición y unos atributos: sociales, demográficos, económicos, culturales, jurídicos, físicos. De hecho, también tiene posiciones... marca varios subconjuntos del conjunto mundial, varios lugares de lugares.

Los lugares están asociados o separados por líneas, que trazan redes. Los caminos enlazan los lugares. Están materializados o no, pero siempre balizados. Pueden ser o no ser directos. Incluyen relevos, para reactivar la energía consumida... Tienen equipos que forman sinapsis, para asegurar los intercambios al final de la ruta... A veces son estaciones de mando que aseguran la regulación de los flujos... p. 302... Las fronteras separan y a la vez unen los lugares. Pueden ser barreras o riberas e 'interfaces' " (Brunet, 1986, p. 303).

[9] "El sistema Mundo es un sistema geográfico. Allí se encuentran los elementos de los sistemas geográficos: campos (estados, áreas de mercado, culturas) que se entrelazan y se traslapan, lo que lleva a privilegiar el concepto de 'jerarquía imbricada' que rige las relaciones entre el sistema Mundo y los subsistemas que lo consituyen. Esta 'jerarquía imbricada' es la base de los fenómenos de auto-organización que marcan su dinámica, de la irreversibilidad de su historia como de su complejificación creciente.

El sistema Mundo ofrece una singularidad mayor: a diferencia de otros sistemas espaciales, puede considerarse como un sistema cerrado" (Dollfus, 1992, p. 690).

[10] "De allí se desprende una cierta cantidad de niveles de organización espacial de los cuales dan cuenta las escalas. La escala no es otra cosa que una relación entre la realidad y su interpretación. Puede ser

–según ese doble aspecto que la caracteriza en lo esencial– la transcripción de un espacio en un mapa, o el grado consideración de un fenómeno, no importa cuál sea pero especialmente geográfico, para presentarlo, representarlo o estudiarlo" (Ferras, 1992, p. 403).

[11] En un reciente intento de re-interpretación del espacio en la época clásica, como relativización y representación, éste se explica como un espacio de trabajo (espacio del método), un espacio del pensamiento físico y matemático que busca imponer el orden en la variedad, establecer lo invariable en el cambio y la identidad en la diferencia; por esto el espacio se re-interpreta como espacio de la puesta en marcha del método: "La noción de dimensión lleva así a la noción de método. El espacio moderno como espacio de la relatividad es el espacio del método... el método es sinónimo de orden. Porque ese orden debe ser comprendido en dos niveles: el orden es ante todo el orden de las cosas; también es el orden de las operaciones del espíritu. Orden objetivo, orden subjetivo. Sin embargo, habría que agregar que el orden de las cosas y el orden de las operaciones del espíritu son simultáneos, o más bien coinciden. Es el mismo orden que debe comprenderse en un doble movimiento. El orden de las cosas, o mejor de los objetos, es el orden de las operaciones del espíritu. Y simétricamente el orden del espíritu se realiza, se efectúa en el ordenamiento de las cosas. No existe un método distinto del ejercicio concreto del pensamiento de las cosas. La racionalidad es simultáneamente una experiencia espiritual que se constituye en una realidad objetiva que se instituye...

Descartes efectúa una especie de 'desrealización' del mundo que es, de hecho, una liberación o un reconocimiento científico del poder que posee el penamiento teórico para simular lo real, reconfigurarlo, incluso recrearlo...

La ciencia puede dar forma al mundo. Desde el punto de vista de su exigencia metódica, se puede establecer la identidad del Ser y del Pensamiento. Lo que permite esa identidad es el orden. Y el orden es el espacio" (Besse, 1995, p. 301). Permaneciendo en lo relativo del espacio fisico, este aparece al mismo tiempo como dimensión-método del orden y representación.

[12] "Si la organización y la interacción espaciales, geométricamente concebidas, son fundamentales, y si la ontología de la naturaleza material y el espacio newtoniano en la que se predican no se cuestiona, entonces el modelado de dichos espacios es un ejercicio de física social... Por otra parte, si estas implicaciones se rechazan, es necesario incorporar elementos del comportamiento y el entendimiento humanos –percepción, cognición, preferencia– en el proceso de modelar el comportamiento espacial. Pero cuando esto también tiene lugar sin repensar las afirmaciones iniciales sobre espacio e interacción, inevitablemente surgen problemas epistemológicos" (Pickles, 1985, pp. 30-31).

[13] Como en todo problema planteado al análisis sistémico espacial, éste siempre se intenta resolver por el carácter y propiedades relativas del espacio físico: "los modelos dinámicos que formalizan las ciudades como sistemas auto-organizados han utilizado hasta ahora la representación de un espacio absoluto, en el cual los objetos ciudades se localizan y son unidos entre sí por flujos (inmateriales, de personas y de información) para formar un sistema. Para pasar de una teoría dinámica a una teoría evolutiva, es necesario concebir un espacio relativo, que sea definido por estas relaciones y estos flujos. Es entonces cuando hay que distinguir los dos niveles de observación del fenómeno que son la ciudad y los sistemas de ciudades. Por una parte, los dos niveles de observación del hecho urbano corresponden a dos tipos de territorios, cuyas escalas son diferentes, y por otra parte la formación y la historia de los sistemas de ciudades se esclarecen por las transformaciones de este espacio relativo" (Pumain, 1997, p. 28).

[14] La consideración de un espacio relativo no implica la espacialidad de las relaciones y los procesos sociales envueltos en las transformaciones socio-geo-históricas y sigue diferenciando una dimensión histórica de una espacial: "la organización espacial de las relaciones sociales, y la interpretación de esa organización espacial, tienen más efectos que el impacto de los procesos relacionados con la localidad. Los datos de distancia, *betweenness*, desigualdad, nucleación, copresencia, distanciamiento tiempo-espacio, escenarios, movilidad y movilidad diferencial, todos afectan la manera en que funcionan las relaciones sociales especificadas. 'La geografía importa' no significa únicamente 'la localidad importa'; sino que tiene implicaciones mucho más amplias" (Massey, 1994, p. 132).

[15] Los sistémicos miran la naturaleza como universal y externa a la sociedad. La naturaleza es una cosa, un mundo de objetos extra humanos externo y autónomo a la sociedad, por fuera de ella. Además, es universal, pues en cierta medida los hombres y su comportamiento poseen algo de natural, pues la especie humana se ubica dentro de otras especies en la naturaleza. "Estas dos concepciones de la naturaleza están interrelacionadas y al mismo tiempo son mutuamente contradictorias. De hecho, incluso podríamos sugerir que cada una depende de la otra en el sentido de que sin una naturaleza externa no hay necesidad de enfatizar la universalidad de la naturaleza... este dualismo conceptual de la naturaleza es problemático. ¿Existen efectivamente dos naturalezas en la realidad? De no ser así, ¿el dualismo es simplemente una realidad única? ...El concepto de naturaleza es un producto social... este concepto tiene una función social y política clara" (Smith, 1991, pp. 14, 15).

[16] Es lo que se denomina "fetichismo espacial", donde las relaciones sociales entre grupos o clases se miran como relaciones entre objetos o estructuras geográficas, no importa la escala o el nivel (local, regional, nacional, mundial). Se presenta una autonomización y substancialización del espacio frente a la dinámica y la materialidad socio-histórica, otorgándole una autonomía y características propias que se expresan en principios o leyes que se pueden modelizar geométrica o gráficamente.

[17] Más aún, "No podemos esperar que el tipo de geometría apropiado para discutir un tipo de proceso sea adecuado para tratar otro proceso. La elección de una geometría apropiada es esencialmente un problema empírico, y tenemos que demostrar (ya sea mediante una aplicación exitosa o por el estudio de isomorfismos estructurales) cómo tipos particulares de experiencia perceptual pueden ser incluidos válidamente en una geometría particular. En general, los filósofos del espacios dicen que no podemos elegir una geometría apropiada independientemente de ningún proceso, porque es el proceso el que define la naturaleza del sistema coordinado que debemos utilizar para su análisis" (Reichenbach, 1958, p. 6, en Harvey, 1973, p. 30).

[18] Consecuente con sus principios básicos, el análisis sistémico espacial se convierte en una morfología social, en una física social: "La física social trata a las personas y sus acciones como análogas al flujo de partículas físicas; como entidades independientes regidas por leyes con el mismo estatus epistemológico que las leyes físicas. La ingeniería social está orientada a metas, en donde las metas proveen la estructura para las acciones, los comportamientos y su evaluación, y en donde el propósito es identificar estrategias instrumentales efectivas" (Pickles, 1985, p. 32).

[19] Evidentemente, resulta más importante la categorización de los "coremas" que la comprensión o interpretación de la acción social: "Siete figuras bastan para describir los modelos que representan los coremas y sus conjuntos: el área, el punto, la línea (que une, que pone en contacto o que separa), el flujo, el pasaje, el más y el menos (variación, polarización, etc.), el gradiente. Una tabla de cuatro veces siete entradas permite cubrir básicamente todos los coremas de base; las cuatro columnas representan los tres signos elementales (punto, línea, superficie) y su composición (red), y las filas representan los siete campos fundamentales de la organización del espacio (mallaje, cuadrícula, gravitación, contacto, tropismo, dinámica, jerarquía)" (Brunet, 1997, p. 202).

[20] Se imponen el equilibrio y el consenso como elementos centrales de lo político en el análisis sistémico. "Lo político se desprende entonces como función de regulación global que realiza a escala de la sociedad arbitrajes entre

las otras funciones, económicas y sociológicas. Lo político comienza desde que existe legitimidad social, real o virtual, desde que existe la pretensión de organizar las divisiones de la sociedad de tal manera que, en un sistema de finalidades dado, su unidad se encuentre adecuada" (Levy, 1986, p. 225).

[21] "El predominio de un principio, en el conjunto de estos coremas, es tal que creo que puede fundamentar la organización de ese inventario: es precisamente el del principio... de dominación... Tengo únicamente la intuición de que las estrategias de dominación y de apropiación del espacio (en los dos sentidos de la palabra) son esenciales. No cuento con los medios para decidir si son determinantes o... dominantes" (Brunet, 1980, p. 258).

[22] Como lo resume David Ley, la propuesta humanística buscaba una refundación de la geografía afianzando un tipo de geografía "social", "cultural", o "humanística", en donde: "El primer paso en una reformulación es una descripción radical de las cosas mismas que reconozca la presencia omnipresente de lo subjetivo, así como de lo objetivo, en todas las áreas del comportamiento: lo informal, lo científico, lo institucional. El segundo es adoptar un soporte filosófico que abarque tanto objeto como sujeto, hecho y valor. La fenomenología les devuelve a estos dualismos perturbadores la unidad que tienen en el mundo cotidiano; de hecho, es exactamente este campo de experiencia que se da por sentado lo que constituye su punto de referencia constante. El tercer paso es el reconocimiento de que el mundo vivido no es un lugar solitario sino un lugar de co-creyentes; la intersubjetividad es la base de un modelo social del hombre. Como cuarto paso, el lugar se debe percibir en cuanto relación, como una amalgama de hecho y valor, que comprende tanto la objetividad del mapa como la subjetividad de la experiencia" (Ley, 1976, p. 509).

[23] Como enfoque filosófico, la fenomenología es una forma radical de examinar los fenómenos de nuestra conciencia o experiencia considerándolos como la fuente de conocimiento más importante; es una forma de pensar que se revela en sí misma como una forma de ser. Es una crítica de las apariencias, a lo que se da por sentado (*taken-for-granted*) como válido. Se trata de una búsqueda para retornar las cosas mismas sin presupuestos de ninguna índole, suspendiendo el conjunto de afirmaciones implicadas en los datos de la vida cotidiana, para lograr captar sus esencias más profundas, por encima o más allá del mundo contingente de la existencia, y para cambiar nuestra propia vida clarificando su sentido y nuestras actitudes. En este sentido, respecto de la fenomenología, el proyecto humanista va a retomar su preocupación por los fundamentos del conocimiento que conducen a la intuición directa del hombre sobre su experiencia vivida, sus acciones que son intencionales y propositivas, que poseen sentido, cuya interpretación requiere el conocimiento de las motivaciones y percepciones del actor y su definición situacional, tanto como del sujeto cognocente o investigador. Así, en tanto cuerpo formal de conocimiento, la geografía posee un fundamento fenomenológico, conceptos como espacio, paisaje, región, ciudad, poseen sentido para nosotros porque los podemos referir a nuestra experiencia directa en el mundo, ese mundo PRE-intelectual o mundo vivido lo experimentamos no como un conjunto de objetos aparte de nuestras vidas, sino, por el contrario, como un conjunto de sentido con el cual establecemos interrelaciones dinámicas y que nos preocupa, como parte esencial de nuestro estar en el mundo (Relph, 1981).

[24] El existencialismo es una filosofía materialista que busca restaurar la experiencia inmediata sobre el mundo del conocimiento y, por lo tanto, cerrar la brecha que separa lo subjetivo y lo objetivo, el idealismo y el materialismo, la esencia y la existencia, proclamando que la existencia está primero que la esencia. En términos geográficos, el existencialismo propone una ontología espacial del hombre al considerar el lazo fundamental entre el hombre y su situación como una experiencia eminentemente geográfica; ser humano, en términos existencialistas, es crear espacio. Así, todo análisis geográfico debe comenzar por lo subjetivo, es decir, por los autores de las formas geográficas para tratar de establecer las relaciones que éstos, individualmente o en grupos, establecen con sus entornos como objetos de su interés y cuidado; la biografía de los autores es la historia de las formas (Samuels, 1981).

[25] "A Husserl le interesa el fundamento *a priori* del conocimiento, mientras que a los existencialistas les interesa la cuestión sobre la naturaleza del 'ser' y el entendimiento de la existencia humana. Rechazan la búsqueda de Husserl de esencias *a priori*, argumentando que dichas esencias van más allá del mundo de la existencia humana, al campo de lo trascendental. Por abstraer las contingencias de la existencia, a Husserl se le percibe como idealista, una posición que el existencialismo rechaza...

[Los existencialistas] rechazan las filosofías que ignoran hechos básicos de la existencia o la participación humanas, y que ignoran muchas de las formas en que el hombre conoce el mundo, como a través de su presencia física, sus sentimientos o sus emociones" (Entrinkin, 1976, p. 621). Esta tensión siempre se expresará en las propuestas de los humanistas.

[26] "El mundo vivido, en una perspectiva geográfica, se podría considerar como el substrato latente de la experiencia. El comportamiento en el espacio y el tiempo podría equipararse a los movimientos de superficie de un témpano de hielo, cuya profundidad sólo podemos intuir vagamente. Ya sea que se hable de una experiencia individual o colectiva, se pueden dilucidar patrones evidentes de movimiento y actividad consciente al explorar el dinamismo y las tensiones de sus soportes dados" (Buttimer, 1976, p. 287).

[27] "Las acciones son intencionales, tienen un significado, pero el acceso a éste requiere conocimiento de los motivos y la percepción del actor, de la definición de su situación.

Los significados casi nunca son del todo privados, sino invariablemente se comparten y refuerzan en la acción de grupos de pares... el hombre fenomenológico es declaradamente social. Su mundo vivido es un mundo intersubjetivo de significados compartidos, de congéneres con quienes establece relaciones plurales cara a cara... El grupo social no es, desde luego, autónomo en su toma de decisiones, pues incide en él en diversos grados la sociedad en general. A algunos hombres, la estructura macrosocial no les permite un amplio rango de acción" (Ley, 1976, p. 505).

[28] Los existencialistas van a proponer una ontología espacial de la existencia humana: "Lo que la distancia necesita (desprendimiento) la relación lo cumple (pertenencia), de modo que 'la distancia provee la situación humana, (mientras que) la relación hace que el hombre sea en esa situación' (Buber, 1957). Como consecuencia, (1) por definición no existe la subjetividad pura (relación sin distancia) en una conciencia humana, pero (2) la objetividad pura (distancia sin relación) o carece de significado o es contraria a la historia humana. El hombre es ontológicamente el ser espacial por excelencia, porque está existencialmente ligado al encuentro con distancia. De modo similar, en la medida en que el fenómeno 'espacio' es humano en sus orígienes o propagación, así también la espacialidad siempre es un reflejo de la dialéctica de distancia y relación. Por esta razón el significado de espacio es 'existencial', es decir una función del encuentro humano con la distancia y su realización en la relación" (Samuels, 1981, p. 119). Las características de dicho espacio son dos: "La primera de éstas es subjetiva en la medida en que pone énfasis en la asignación de lugar. La segunda es objetiva en la medida en que pone énfasis en la situación de asignación... 'Espacio parcial' frente a 'situación de referencia'" (Samuels, 1978, p. 31).

Los fenomenólogos también van a plantear una ontología antropocéntrica espacial. “Lo esencial en la existencia humana es habitar (Whnen), es decir vivir en estado de diálogo con todo su entorno” (Buttimer, 1979, p. 247). Más aún, “tanto el espacio como el tiempo son orientados y estructurados por el ser con propósito. Ni la idea de espacio ni la de tiempo necesitan llegar al nivel de la conciencia cuando lo que yo quiero está a la mano, como tomar un lápiz de mi escritorio, es una parte indisoluble de la experiencia del movimiento del brazo” (Tuan, 1974, p. 216).

[29] En la ontología existencial espacial, el lugar posee una centralidad determinante, como quedó anotado: “según lo replanteó Sartre en la ontología existencial, ‘la realidad humana es el ser que hace que el lugar se vuelva objetos’.. Esto significa que ‘llegar a existir... es extender mi distancia de las cosas y con esto hacer que las cosas ‘estén allí’”.

Por esta razón el emplazamiento o la asignación de espacio siempre es una referencia a algo que hace alguien. La realidad (existencia) de cosas en su lugar está confirmada por, y depende de, la realidad (existencia) de la proyección de alguien. Esta referencia hacia y desde es el vínculo entre el objeto y el sujeto, entre la distancia y la relación. El ‘lugar’ siempre es un acto de referenciación, y los ‘lugares’ no son ni más ni menos que los puntos de referencia en la proyección de alguien (Samuels, 1978, p. 30).

[30] “Es usual suponer que el espacio geométrico es la realidad objetiva, y que los espacios personales y culturales son distorsiones. De hecho, sabemos únicamente que el espacio geométrico es un espacio cultural, un complejo constructo humano cuya adopción nos ha permitido controlar la naturaleza hasta un grado antes imposible” (Tuan, 1976, p. 215).

[31] Por esta misma vía se introduce la idea kantiana de espacio –otra variante de la concepción absoluta del espacio–, quien consideraba el espacio y el tiempo como tipos de intuición que dan forma a todas las sensaciones. Es través de la intuición espacial del sujeto que la experiencia externa alcanza su forma. El espacio es impuesto por el sujeto que percibe en el acto de percepción, no derivado de la percepción. Kant consideraba los postulados de la geometría euclidiana como *a priori*, es decir, derivados de nuestra experiencia del mundo, así el espacio kantiano es euclidiano y absoluto, aunque no en el sentido de una cosa: “El espacio es sólo la forma de la intuición externa, y no un objeto real que se pueda percibir externamente, ni es una correlación de fenómenos, sino la forma de los fenómenos mismos. El espacio, por lo tanto, no puede existir absolutamente (por sí mismo) como algo que determina la existencia de las cosas, porque no es un objeto sino sólo la forma de los objetos posibles. Por consiguiente, las cosas, como fenomenales, pueden de hecho determinar espacio, es decir, impartir realidad a uno u otro de sus predicados (cantidad y relación); pero el espacio, por otro lado, como algo que existe por sí mismo, no puede determinar la realidad de las cosas en lo que respecta a cantidad o forma, porque no es algo real en sí mismo” (Kant, en Entrinkin, 1977, p. 215).

[32] “No tenemos que escoger entre un enfoque en el espacio o el lugar. El resultado es que no existe un paradigma humano contemporáneo al cual ajustarse, es decir, nadie ha podido definir un nuevo núcleo para la disciplina. Aunque a algunos les inquieta la fragmentación resultante, a mí me gusta ver este asunto desde el ángulo contrario: si no hay núcleo, significa que no hay periferia” (Taylor, 1999, p. 8).

[33] Por ejemplo, para Tuan lo político se reduce a la demarcación, o delimitación, en cualquier escala del lugar. “La política crea lugar haciéndolo visible. El hogar tiene límites que tienen que ser defendidos contra la intrusión de extraños. El hogar es un lugar porque comprende espacio y por consiguiente crea un ‘interior’ y un ‘exterior’ (Tuan, 1975, p. 163). Exactamente lo mismo sucede en cualquier escala del lugar. Se supone que al interior del lugar no existe el antagonismo o el conflicto, sino que se crea en la delimitación, en la confrontación con las amenazas externas, lo que es una visión bastante reducida de lo político y la política, en general, y de una política del lugar.

[34] Es a través de las relaciones simbólicas intersubjetivas que se intenta responder el problema de los actores o sujetos sociales. “La intersubjetividad, el compartir contextos de significado, insinúa nuestra naturaleza social: que somos individuos entre otros que piensan de manera similar a quienes atendemos selectivamente y con quienes nos relacionamos selectivamente. La vida social es una consecuencia de distanciarse de ciertas relaciones y establecer relaciones con otros con quienes compartimos aspectos de biografía y de intereses particulares” (Ley, 1978, p. 50).

[35] Como lo recalca la mejor crítica interna del análisis fenomenológico hecha a los humanistas: “En primer lugar, se desconfía o se rechaza la ciencia empírica porque las afirmaciones del positivismo y las propiedades de la ciencia positiva se confunden. En segundo lugar, la relación íntima entre la fenomenología y la ciencia no se ha entendido. Como resultado, el proyecto entero de Husserl se ha tratado sólo de manera caricaturesca y, por consiguiente, para el empírico parece no tener sentido: el método fenomenológico parece no fundamentarse en un propósito; la filosofía, la ciencia fenomenológica y la ciencia empírica no se pueden entender claramente en sus interconexiones necesarias ni distinguirse en sus diferencias esenciales, el mundo vivido no guarda relación con el proyecto para el cual fue la culminación y el fundamento último, aunque problemático. En consecuencia, el desarrollo teórico de esta perspectiva se ha limitado desde el comienzo a una crítica del cientismo, el positivismo o el empirismo naturalista; tampoco se ha buscado una alternativa científica a la ciencia reduccionista. Sólo poniendo énfasis en las humanidades y entendiendo el mundo vivido de una manera cándida puede continuar cualquier investigación formal como tal” (Pickles, 1985, p. 8).

[36] “Así, aunque muchos rechazan y han rechazado el marco de categorías particular que el mismo Kant expuso, su idea general, según la cual sólo podemos darle sentido al mundo si le imponemos alguna estructura originada en la mente, ha sido ampliamente aceptada. Este énfasis en la estructuración epistémica del mundo por el actor humano, la esencia del legado de Kant, constituye el tema común que, en la práctica, ha sido extraído de la diversidad de filosofías humanísticas a las cuales se han remitido los geógrafos de orientación subjetivista en su intento por trascender la dicotomía inherente a las relaciones sujeto-objeto. Esto simplemente se debe a que, al intentar combinar el realismo empírico y el idealismo trascendental, la filosofía kantiana se basa en la tensión dialéctica entre lo interno y lo externo.

Sin embargo, esta oposición o contraste es a su vez sólo posible cuando un objeto empírico independiente del yo también se postula, porque el yo encuentra posible volverse consciente de sus propios estados cambiantes sólo en la medida en que los refiera a un objeto perdurable en el espacio. Dicho de otra manera, la forma misma de la intuición espacial lleva en sí la referencia necesaria, y la existencia objetiva, a una realidad en el espacio” (Livingstone, 1981, p. 370).

[37] Soja describe esa mirada sobre la espacialidad social, como una miopía crónica: “una cierta miopía ha distorsionado persistentemente la teorización espacial desde hace siglos, al crear una ilusión de opacidad, una interpretación miope de la espacialidad que se ha concentrado en las apariencias de superficie inmediatas, sin poder ver más allá de éstas. Por consiguiente, la espacialidad se interpreta como una colección de cosas, como apariciones sustantivas que en último término pueden estar ligadas a la causación social pero que se pueden explicar primordialmente como cosas en sí mismas” (Soja, 1985, p. 100).

[38] De la misma manera, Soja encuentra en esa mirada del espacio social otra enfermedad “visual” bastante corriente, la hipermetropía: “Mientras la miopía empirista no puede ver la producción social de espacialidad detrás de la

opacidad de las apariencias objetivas, una ilusión de transparencia hipermétrope ve a través de la espacialidad concreta de la vida social al proyectar su producción al idealismo con propósito y al pensamiento reflexivo inmaterializado. La visión se distorsiona no porque el punto focal esté demasiado al frente de la retina, sino porque está demasiado detrás. La producción de espacialidad se representa como cognición y diseño mental, y una subjetividad ideacional ilusoria sustituida por un objetivismo sensorial igualmente ilusorio. La espacialidad se reduce a un constructo mental, una manera de pensar, un proceso ideacional en el que la imagen toma prioridad epistemológica sobre la sustancia tangible o el proceso generativo. El espacio social se funde en el espacio mental, en representaciones de la espacialidad en vez de en su realidad social material" (Soja, 1985, p. 102).

[39] La cuestión planteada en la discusión sobre el urbanismo, según Harvey, era "si la organización del espacio (en la discusión sobre el urbanismo) era (1) una estructura separada con sus propias leyes de transformación y construcción internas o (2) la expresión de una serie de relaciones incrustadas en una estructura más amplia (como las relaciones de producción)" (Harvey, 1973, p. 304). Esta interpretación del problema se generalizó durante la década de los setenta, llegando a ser una de las causales de la implantación de cierta ortodoxia que veía en todo análisis espacial de la literatura radical sobre los problemas urbanos y regionales, el fantasma del fetichismo.

[40] "Un rasgo particularmente llamativo de la geografía, que no obstante es la disciplina que dispone de instrumentos más prosaicos para el estudio del hombre social, ha sido, a nivel explicativo, una incesante fuga hacia una u otra forma de idealismo. La geografía ha descrito masivamente el paisaje. Cuando ha buscado explicar, es a éste, el paisaje, que se aferra. Hecho esto, ha desempeñado su papel: colocar a los hombres y a las relaciones que se establecen entre ellos detrás de ese paisaje" (De Koninck, 1978, p. 127).

[41] Como lo plantea Soja, el anti-espacialismo que encuentra el fantasma del fetichismo espacial en todas partes, no es exclusivo del pensamiento radical, es parte de la profunda historia occidental: "Siguen existiendo barreras poderosas y persistentes que impiden la aceptación de una interpretación materialista de la espacialidad y un materialismo histórico-geográfico asertivo específicamente dirigido a entender y cambiar la espacialización capitalista. La tradición marxista, si no más generalmente postiluminista del historicismo, que reduce la espacialidad ya sea al sitio estable y no problemático de la acción histórica o a la fuente de la falsa conciencia, es una mistificación de las relaciones sociales fundamentales. El historicismo bloquea la visión tanto de la objetividad material del espacio como una fuerza estructuradora en la sociedad como la subjetividad ideacional del espacio como una parte progresivamente activa de la conciencia colectiva... La espacialidad, como la praxis de crear geografía humana, aún tiende a ser relegada a una sombra epifenomenal, como el contenedor que refleja la historia" (Soja, 1989, p. 130).

[42] "Lo que nos lleva a esta fragmentación de lo dialéctico, tipificada en la noción de la dialéctica espacial, es la aceptación acrítica del positivismo tradicional y otras categorías filosóficas de la división del mundo: espacio y tiempo, mente y materia, economía y cultura, historia y geografía, etc. De una manera nada dialéctica, estas abstracciones se definen filosóficamente y la realidad se ordena para acomodarlas... El propósito de la dialéctica no es aceptar las diferentes casillas y forzar una dialéctica separada en cada una, sino derruir las paredes artificiales en favor de un entendimiento más sintético e integrado de la realidad" (Smith, 1981, p. 113).

[43] "El modelo de pensamiento es, entonces, que los poderes causales o los procesos sociales tendrán diferentes resultados dependiendo de los lugares en donde actúen, y de los otros poderes y objetos que encuentren en esos lugares. El espacio es diferencia... Se reduce a las diferentes condiciones en las que están funcionando los procesos sociales, influyendo en el resultado de los procesos pero por fuera de la dinámica en sí misma" (Simonsen, 1996, pp. 500, 501).

[44] "El desarrollo desigual no es un proceso ajeno que se manifieste en bloques geográficos estáticos, sino que más bien es la lucha continua de fuerzas contrarias en busca de diferenciación e igualación. El equilibrio de estas fuerzas cambia según el ritmo cambiante de la acumulación, lo cual no sólo hace posible sino probable que ciertas áreas subdesarrolladas experimenten desarrollo. El verdadero interrogante es si este desarrollo será permanente o tan sólo temporal, y si la respuesta a esta pregunta será diferente para diferentes escalas espaciales" (Smith, 1986, p. 99).

[45] Puesto en términos más explícitos: "La secuencia 'cambio de producción-cambio espacial' ignora el impacto crucial de oportunidades locacionales espacialmente organizadas (o la falta de ellas), y el uso de la distancia y la separación espacial mismas. Cada uno de ellos puede tener un impacto en lo que le sucede a la producción. El uso de los cambios locativos por el capital como parte de una estrategia más amplia para debilitar la resistencia de los trabajadores es bien conocido. También puede (quizás de modo más interesante aunque es más difícil de 'demostrar') funcionar en sentido opuesto, de manera que la inmovilización espacial de ciertos elementos del capital sea parte de lo que condiciona la introducción de cambios en la organización de la producción... No es posible pasar simplemente de la producción a la locación. La organización espacial también ejerce impacto en la producción" (Massey, 1985, p. 14).

INSTITUTO SUPERIOR DEL PROFESORADO. N-3
INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO GEOGRAFICO.

PROFESORA: LAURA ROSALIA VARELA
PERIODO LECTIVO 2005

PROFESORA DE GEOGRAFIA.
POSTITULO EN CONDUCCION EDUCATIVA.
POSTITULO EN POLITICA Y GESTION INSTIUCIONAL EN EDUCACION.
2004

EVOLUCION DEL CAPITALISMO:

Capitalismo mercantil	**Capitalismo competitivo**	**Capitalismo monopólico**	**Capitalismo global**
Debilidad de los recursos productivos y división del trabajo: • Carácter incipiente de la tecnología disponible. • Tierra y trabajo humano factores de producción esenciales, por su posesión y control resultaban claves del poder económico social. • Escaso desarrollo de la infraestructura. Economías de auto - subsistencia. Agricultura de subsistencia. Régimen demográfico primitivo. Actividades de transformación: Talleres artesanos y familiares. Sistema de trabajo a domicilio.	**Revolución industrial:** Mutación laboral, social y cultural.	**Modelo productivo fordista:** **Segunda revolución industrial**.	**Tercera revolución industrial**. Sociedad informacional.
	Un nuevo contexto: Aumento de la capacidad productiva. Revolución en el transporte. Concentración empresarial. Fragmentación de tareas asociadas a la mecanización. Especialización funcional de los territorios.	Cambios tecnológicos y producción en serie: • Modificación de la base energética: • Racionalización del trabajo: Taylorismo. Fordismo. • Inversión de capital en grandes centros productivos, concentración empresarial.	Reestructuración productiva, revolución tecnológica y desregulación: Generación y difusión de nuevas tecnologías de la información. Funcionamiento interdependiente. Reorganización de los mapas económicos. Cuestionamiento de la intervención del estado.
	Industrialización y crecimiento urbano: • Agricultura de mercado. • Focos de atracción: Industrias de cabeceras. Puntos de ruptura de carga. Industria ligera	Nuevos división del trabajo e intervención del estado: Tareas integradas verticalmente, con trabajadores especializados. Expansión de la clase media. Regulación institucional: políticas keynesianas y social demócratas.	Estrategias empresariales y reorganización espacial. Esfuerzo de innovación. Creciente división y especialización de tareas. Relocalización de los centros de trabajo. • Impacto territorial. • Desarrollo desigual. Tendencias de localización
Ciudades comerciales y enclaves financieros: • Comercio ambulante,		Reorganización espacial de las actividades productivas: Economías de	

mercados periódicos. • Tiendas especializadas. • Ferias. • Bolsas (ciudades portuarias)		aglomeración. Formación de las áreas metropolitanas. Ejes de crecimiento.	

.

LAS NUEVAS FUNCIONES DEL ESTADO

FREDERICK C. TURNER Y ALEJANDRO L. CORBACHO

NOTA BIOGRÁFICA

Frederick Turner es catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de San Andrés, Argentina, y ex presidente de la Asociación Mundial de Investigaciones sobre la Opinión Pública. Dirección electrónica: turner@udesa.edu.ar. Su obra más reciente es *Opinión pública y elecciones en América* (que ha codirigido junto a Friedrich Welsch 2000).
Alejandro Corbacho es candidato al doctorado en Ciencias Políticas por la Universidad de Connecticut, Storrs Connecticut 06268, EE.UU. Ha colaborado en *Desarrollo Económico* y en varios volúmenes publicados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina

A finales del siglo XX, era creencia común que el Estado nación estaba siendo despojado gradualmente de sus funciones y responsabilidades. En los años ochenta y noventa, en muchos países de Europa y América, la privatización traspasó empresas que eran propiedad del Estado al sector privado. Países como Nueva Zelandia redujeron radicalmente las prestaciones del Estado de bienestar, e incluso China, dirigida todavía por el Partido Comunista, estableció zonas industriales expansivas y prometió el mantenimiento del régimen de libre empresa a Hong Kong. El colapso de determinados Estados como la Unión Soviética o Yugoslavia puso de manifiesto que, por lo menos algunos gobiernos, eran incapaces de seguir coordinando las tareas que hasta entonces les incumbían. Ante esos acontecimientos, se recrudeció el discurso exacerbadamente partidista de los partidos de derechas, según el cual el sector privado es intrínsecamente más eficaz que las autoridades estatales en lo que hace a la prestación de servicios de todo tipo, desde las pensiones de vejez a la administración de las cárceles.

Ahora bien, desde una perspectiva más pragmática, tales afirmaciones son manifiestamente exageradas. Según un amplio análisis de *The Economist*, si se calcula atendiendo al porcentaje del producto interno bruto que corresponde a los sectores público y privado, en realidad la intervención del Estado aumentó en relación con la del sector privado en varios países durante el periodo a que nos referimos. Entre 1980 y 1996, por ejemplo, el gasto público, en porcentaje del PIB, aumentó en Alemania, Austria, Canadá, España, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Noruega, Suecia y Suiza (“The future of the State”, 1997, 8). Aunque, desde luego, la privatización prosiguió en esos países, estuvo compensada con creces por la nueva actividad del Estado.

Lo anterior nos lleva naturalmente a preguntarnos qué funciones pueden asumir mejor las autoridades estatales al iniciarse el nuevo siglo y un nuevo milenio. ¿Cómo pueden desempeñar los gobiernos nacionales sus funciones tradicionales con más eficacia? ¿Qué nuevas tareas les aguardan y cómo compaginarlas con las actividades, cada vez más numerosas y además cambiantes del sector privado? ¿Cuál sería la mejor manera de relacionarse el Estado nación con otros niveles de gobierno, desde las administraciones municipales a la labor que llevan a cabo las Naciones Unidas en el plano internacional, pasando, por ejemplo, por las zonas francas? Hoy en día, es imposible prever con precisión cómo cambiará la actividad del Estado en los años próximos, lo mismo que hubiese sido vano tratar de hacerlo a principios de siglo, a pesar de lo cual sigue siendo utilísimo analizar de manera sistemática estas cuestiones, pues sólo así las posibles innovaciones e iniciativas aparecen con más claridad.

Las nuevas maneras de desempeñar funciones tradicionales

En los próximos decenios, el Estado desempeñará distintas funciones tradicionales, y podrá hacerlo con mayor o menor eficacia según las políticas que sus dirigentes políticos y los

administradores públicos decidan aplicar. Algo de suma importancia es que las autoridades nacionales seguirán asumiendo las amplias y diversas misiones que sus ciudadanos deseen que desempeñen. Así, por ejemplo, deben regular el sector privado, garantizar por lo menos un nivel de vida mínimo a sus ciudadanos más necesitados y fijar lo más claramente posible metas que permitan medir y evaluar la eficiencia de los organismos públicos. Los legisladores y gobernantes deberán afrontar además aspectos controvertidos de la política pública, como el fomento conjugado del crecimiento económico y la justa distribución de la riqueza; la cuestión, en potencia explosiva, de la migración, y cómo propiciar ocupaciones idóneas del tiempo libre. Además, se verán arrastrados inevitablemente al espinoso terreno del fomento de los valores sociales y del empleo de la coerción contra algunos ciudadanos por mor de la seguridad de otros. La intervención en estos campos sigue siendo tan esencial para satisfacer las necesidades básicas de los seres humanos que, en el siglo XXI, es probable que los viejos sueños anarquistas de unas sociedades sin Estado permanezcan tan alejados de las realidades políticas cotidianas como lo estaban en el siglo inmediatamente anterior.

En primer lugar, quienes desean desmantelar el Estado de bienestar deben apechar con el hecho de que los electorados de las democracias occidentales quieren que prosigan los programas de protección social, tanto si hablamos de las clases medias como de las trabajadoras, lo cual es desde luego lógico, pues las prestaciones del Estado de bienestar - desde los transportes subvencionados a las pensiones estatales- benefician generosamente a las clases medias. El apoyo de éstas se ha puesto claramente de manifiesto en un estudio reciente de Bean y Papadakis de las actitudes reinantes en Alemania, Australia, Estados Unidos, Italia, Noruega y el Reino Unido en 1985 y 1990. Estos autores llegan a la conclusión (1998, pág. 231) de que "las clases medias siguen adheridas moralmente al Estado de bienestar", y añaden que "aunque las elites políticas de muchos países llevan tiempo insistiendo en los problemas con que se tropieza para satisfacer expectativas cada vez mayores, y por consiguiente para financiar el Estado de bienestar, y a pesar de los argumentos acerca de los esfuerzos necesarios para reducir el ámbito de actuación del Estado y sustituirlo por una organización cuyo motor sea la lógica de los mercados..., en la mayoría de la gente no ha influido excesivamente la ´experiencia del mercado´". Si los Estados son democracias electorales, y ya que la mayoría de sus ciudadanos desean los beneficios del Estado de bienestar, sería insensato creer que se puede acabar de un plumazo con esos programas. En lugar de propugnar el desmantelamiento de los programas oficiales, más les valdría a quienes critican el Estado de bienestar proponer otras políticas consistentes en reformular los programas o en alcanzar sus objetivos más eficientemente.

Una de esas políticas es la privatización selectiva de las industrias estatales, que es posible llevar a cabo justamente porque el Estado es fuerte, es decir, porque la reglamentación oficial implantada a principios del siglo XX ha puesto freno a los excesos del capitalismo sin trabas, gracias a lo cual puede haber un control privado de un amplio segmento de la actividad industrial. Como ha escrito Inglehart (1997, pág. 216), "un motivo esencial de la actual prosperidad del capitalismo es que ya había efectuado una serie de reformas, graduales pero masivas por su acumulación, que instauraron cierto grado de necesitadísima regulación oficial de la economía y la sociedad y amplias instituciones de protección social a cargo del Estado". En un futuro próximo, no se desmantelará esta regulación, ni tampoco la mayoría de estas instituciones, algunas de las cuales, de hecho, puede que ganen en importancia, mas, en aquellos terrenos en que el sector privado puede actuar con más eficacia y la reglamentación oficial puede proteger los intereses de los consumidores, sigue siendo una alternativa atractiva el traspasar determinadas industrias del control estatal al privado.

Mediante la privatización selectiva, los dirigentes políticos pueden optar por fomentar el bienestar de sus ciudadanos más necesitados por conducto de administraciones más o menos amplias. Como señala Margalit (1996, págs. 236 y 237), las autoridades pueden contratar directamente personal de enfermería y asistentes sociales que presten asistencia a los inválidos y desempleados, o bien pueden efectuar pagos a estas personas para que obtengan directamente los servicios que precisen en el sector privado. En este segundo caso, la administración del Estado será mucho menor.

Sea cual fuere la magnitud del sector y de la administración públicos que queden, las autoridades estatales deberán mostrarse cada vez más abiertas a colaborar con un amplio abanico de grupos organizados, de dentro y fuera de sus fronteras. Según observa Clough (1999, págs. 16 y 18), las autoridades deben colaborar cada vez más intensamente con los grupos que representan los distintos intereses de la sociedad civil y pueden obtener los mejores resultados si son "incluyentes y capaces de colaborar y de adaptarse"; y, como añade

Wang (1999, págs. 231 y 245), el Estado "necesita a la sociedad para alcanzar sus objetivos", y para ello los dirigentes del Estado deben colaborar con los de la sociedad civil, renunciando a su propia tendencia a controlar las asociaciones cívicas. Entre las tareas que se prestan a un esfuerzo común está toda la gama de los proyectos de desarrollo económico y consolidación de la democracia política, y el contexto de cada proyecto debe conformar los tipos de cooperación más apropiados. Como las asociaciones cívicas han aumentado considerablemente en tamaño e influencia en Africa, Asia, Europa y América en los dos decenios últimos, será colaborando con ellas en lugar de enfrentárseles como los dirigentes de las Estados nación estarán en mejores condiciones de alcanzar las metas que se propongan. Esas metas deben ser lo más claras posibles. Sean cuales fueren las políticas seguidas por las autoridades, las metas deben fijarse pormenorizadamente y habrá que calcular con toda precisión las medidas necesarias para alcanzarlas. Luego, los organismos oficiales deberán aplicar las políticas que consideren más apropiadas para alcanzar esas metas, modificándolas conforme sea preciso, atendiendo a las mejores evaluaciones sistemáticas de los resultados. Así, por ejemplo, si los dirigentes del país deciden procurar a los ciudadanos más empleos y mejor remunerados, los organismos estatales tendrán que colaborar entre sí y con el sector privado para implantar y atraer a industrias que abonen salarios más elevados y cuidar de que los ciudadanos estén mejor instruidos y capacitados para trabajar productivamente en esas industrias (Carr, Littman y Condon, 1995, pág. 313). Cuando las metas están claras, cuando se supervisan y miden periódicamente los resultados y cuando los funcionarios de los organismos públicos tienen la seguridad de que se toma en cuenta su opinión a la hora de aplicar las políticas, es más probable que se alcancen las metas y que los ciudadanos aprecien las funciones de las autoridades.

Más concretamente, un objetivo general de los Estados nación en los decenios venideros deberá ser el promover, en lo posible, el crecimiento económico con una distribución más equitativa de los beneficios que reporte. Lo será, porque, sencillamente, tienen que mejorar el crecimiento y la distribución para satisfacer las necesidades materiales de quienes viven en una pobreza abyecta en todo el mundo y porque las instituciones del sector privado serán mucho más eficaces en lo que hace a aliviar esa pobreza si reciben el apoyo de unas políticas estatales inteligentes. Como escriben Tanzi y Chu (1998, págs. xiv a xvi), "es esencial aumentar la productividad del Estado en todas sus dimensiones", asegurando la estabilidad macroeconómica y las inversiones en infraestructuras y capital humano, más una red de seguridad para las personas más vulnerables. Cuando no se hace esto con eficacia, como en Chiapas en los años noventa, los ciudadanos pueden poner directamente en entredicho la autoridad del Estado, provocando desvíos de los recursos del país mucho mayores que los que hubiesen sido precisos antes para abordar sin enfrentamientos violentos la solución de los factores que causan la pobreza.

Otra cuestión que puede ser explosiva es la de la migración y la concesión de la nacionalidad. Unicamente los Estados la conceden, y la nacionalidad seguirá teniendo gran valor en el siglo próximo. ¿En qué circunstancias la otorgarán los Estados, a quién y a cambio de que? Decimos esto, porque los migrantes adinerados no tienen ningún problema, ya que, aportando entre 300.000 y un millón de dólares en capital para inversiones, ciudadanos de otros países pueden obtener la residencia permanente en Brasil, Suiza o los Estados Unidos. De igual modo, el personal de enfermería o los médicos con experiencia tienen comparativamente pocas dificultades para cambiar de país de residencia o nacionalidad.

Los problemas los tienen quienes desean obtener la nacionalidad de Estados que no los aceptan, las personas que tienen un bajo nivel de formación profesional y que carecen de capitales, quienes a veces pagan cantidades exorbitantes para atravesar ilegalmente fronteras internacionales y las personas expulsadas de sus hogares por conflictos civiles. Cada Estado determinará a quién y en qué condiciones concederá la nacionalidad según sus necesidades de capital humano y las presiones políticas que se ejerzan en su seno, claro está, lo cual influirá en la distribución internacional del capital humano, al llevar a los pudientes y dotados de talento a los países en que su dinero y su talento se puedan invertir con más provecho y privando de esos bienes a los países cuyos habitantes decidan marcharse. Esta situación aumenta la importancia de las políticas que alienten la retención de los ciudadanos mejores y más brillantes en sus países de origen, si bien la movilidad mundial cada vez mayor del capital humano hace que cada día sea más difícil aplicarlas. En el contexto de la autonomía del Estado nación para otorgar la nacionalidad, las cuestiones relativas a la migración acaso lleguen también a ser reguladas más mediante acuerdos internacionales, sobre todo para evitar que surjan conflictos internacionales como los provocados en 1999 por la expulsión por Serbia

de las personas de etnia albanesa de Kosovo y el consiguiente ataque de la OTAN contra Yugoslavia.

En cuanto a la amplia gama de políticas oficiales menos incendiarias, al emplear los fondos estatales habrá que cuidar de que el gasto público aumente menos que el producto interno bruto (PIB) y conceder los beneficios del nuevo gasto público a los segmentos de la población que más los precisen. Si se mantiene el gasto público lo más bajo posible, se reduce el peso de los impuestos y la carga que imponen a la iniciativa individual. Conforme aumenta el PIB, los ingresos en concepto de impuestos también lo hacen y los aumentos consiguientes se pueden emplear en beneficio de diversos grupos de la sociedad. Por tomar sólo un ejemplo, en los quince años últimos se han creado varios hermosos parques nuevos en el Barrio Norte de Buenos Aires, la zona hermosa y cosmopolita de la capital federal en que viven muchos des argentinos más ricos y poderosos. Para ganarse el favor de las personas pudientes, comprendidas las que ocupan altos cargos públicos, conviene, efectivamente, que haya nuevos parques en el Barrio Norte, pero son menos impresionantes desde el punto de vista de la equidad nacional, habida cuenta de los asentamientos ilegales que existen en sus proximidades y de las necesidades más apremiantes de tantísimos ciudadanos del interior del país. En lugar de hacer que las vidas de los privilegiados sean todavía más agradables, las inversiones que aumentasen la capacidad de obtener ingresos de los miembros menos afortunados de la sociedad harían que los beneficios que reportase el Estado se distribuyesen más justamente y a mayor número de personas.

Lo mismo que sucede con la ubicación de los parques o los hospitales, la financiación de las universidades públicas o las decisiones acerca de en qué sectores sociales habrán de recaer los principales beneficios de las políticas oficiales, esas políticas ponen en juego la ética y los valores. En los regímenes políticos representativos, los valores de los dirigentes del Estado corresponden, al menos en cierta medida, a los de los electores. Mas, a su vez, los valores en que se basan las políticas oficiales contribuyen asimismo a conformar los patentes en la sociedad en sentido más general. Soros (1999, págs. 230-235) observa que, además de los valores comerciales del capitalismo mundial, las sociedades exigen de los ciudadanos internalizar y regular su comportamiento conforme a normas de virtud cívica y valores sociales, normas que son beneficiosas para el conjunto de la sociedad, frente al beneficio que únicamente obtienen los distintos ciudadanos y las diferentes empresas. Como así es, va en interés de los Estados y de sus ciudadanos inculcar esos valores, directamente a través de la instrucción e indirectamente mediante la tolerancia o el impulso de los grupos cívicos del sector privado que también promuevan los valores cívicos.

Esa actividad no eliminará nunca la necesidad de que el Estado recurra a la coerción, aunque los teorizadores de la política hayan soñado durante largo tiempo con ello. Como dice Bobbio (1989, pág. 130) de quienes tratan de reducir al mínimo el Estado, "la emancipación definitiva del Estado por parte del no Estado", en el sentido de crear una sociedad "liberada de la necesidad del poder coercitivo". Ahora bien, al iniciarse el milenio, el final de la compulsión estatal sigue siendo un sueño remoto. En el seno de las naciones, sucede sencillamente que las fuerzas de la moral, la religión y la ideología no son más poderosas que el afán de lucro ni la criminalidad de los seres humanos.

Existen, claro está, maneras de amortiguar las consecuencias negativas de la coerción. En ciudades como Nueva York o Buenos Aires, la respuesta a la delincuencia a finales de los años noventa consistió en enviar más policías a las calles. Esas políticas aplacan a los amenazados, los votantes, y a los poderosos, pero, yendo más al fondo de la cuestión, lo que se precisan son políticas que disminuyan la pobreza, aumenten la calidad de la educación e impartan una formación profesional gracias a la cual se encuentre trabajo, a fin de disminuir las presiones en favor de más coerción y más policía. En el futuro inmediato, esas diversas políticas habrán de aplicarse primordialmente por conducto del instrumentos de los Estados nación, por lo que, al respecto, el poder estatal sigue siendo absolutamente necesario.

Las nuevas funciones del estado

Al igual que las autoridades centrales pueden desempeñar funciones tradicionales con más eficacia, están apareciendo nuevas funciones del Estado. La actual mundialización ha suscitado demandas nuevas dirigidas al Estado, ya que los Estados y las empresas que siguen siendo no competitivas económicamente pueden perfectamente hallar que los niveles de vida de las personas que dependen de ellos no están a la altura de los de Estados y empresas más eficientes. Por motivos que atañen a la mayor competitividad mundial, hoy día los Estados se encuentran ante la necesidad, antes nunca experimentada, de maximizar la libertad personal, reducir sus niveles de endeudamiento interno e internacional y limitar la corrupción para

acrecer la legitimidad política. La proliferación de innovaciones institucionales en varios países permite a otros copiarlas, adaptándolas a sus necesidades y circunstancias. esas innovaciones son posibles, por ejemplo, en el terreno de los programas de asistencia a los pobres y los ancianos, financiación de la enseñanza y modificación de las políticas fiscales. Aunque esas reformas no agotan, ni mucho menos, las posibilidades de adaptación del Estado, apuntan en la dirección de las mejoras políticas que es probable que conciban los dirigentes con capacidad de imaginación.

El contexto de la innovación política se ha convertido cada vez más en el de la mundialización, que aumenta las demandas que se plantean al Estado. Así, por ejemplo, en el Mercosur, los Estados han disminuido las barreras arancelarias, gracias a lo cual la producción se concentra donde es más eficiente y aportando a los consumidores el beneficio de importaciones del extranjero más baratas. Es ésta una asignación racional de recursos, pero a breve plazo aumenta el desempleo, y a la larga aventaja a los trabajadores cuya capacidad profesional es más competitiva. Además, cuando un Estado miembro devalúa su moneda, como lo hizo el Brasil en 1999, en otros Estados, como la Argentina, que mantienen la estabilidad de su moneda, se agravan los problemas de producción y desempleo. En este caso, las empresas y los trabajadores argentinos, como los de la industria del automóvil, ejercieron una gran presión sobre el Gobierno del Presidente Carlos Menem para limitar la oleada de importaciones brasileñas más baratas que amenazaban con arrasar el mercado argentino, más reducido. El seguro de desempleo, la conversión profesional y el apoyo a la producción interna y a los sectores exportadores pasaron a ser una estrategia conveniente políticamente para un gobierno como el Menem, pues únicamente a costa de cierto desgaste político resisten los gobiernos a las demandas de expansión de la intervención pública en esos terrenos.

En términos más generales, la mundialización de la producción y de los mercados también plantea la necesidad de que los Estados adopten políticas y actitudes normativas que aumenten su competitividad en los años y decenios venideros. Una de las necesidades más esenciales es la de maximizar la libertad y la creatividad de los seres humanos. La gente valora grandemente la libertad, por lo que ésta es un importante fin en sí mismo para los regímenes políticos. Ahora bien, la libertad también suscita las condiciones necesarias para que la gente -personalmente y como miembros de una sociedad y de un país- aprovechen lo más posible sus cualidades. Como escribe Mayor (1995, pág. 48), la libertad es el contexto idóneo para los nuevos conocimientos, y la obtención de un nuevo saber y su amplia difusión son axiomáticas para la mejora de la condición humana. La represión estatal de las prácticas comerciales desleales sigue siendo necesaria, claro está, pero aún más necesarias son unas políticas que recompensen los descubrimientos científicos, fomenten la innovación empresarial y garanticen a quienes ideen tecnologías inventivas y empresas productivas nuevas que serán premiados generosamente por hacerlo.

Otra medida innovadora para las autoridades es disminuir el nivel de endeudamiento interno e internacional. En muchos países, los empréstitos estatales han disparado la deuda a niveles altos -a veces, extremadamente elevados- con respecto al PIB anual. Los Estados fuertemente endeudados deben emplear recursos considerables tan sólo para no estar en mora en el pago de los intereses, aunque pueden ejercer presión para ampliar el periodo de reembolso, como hizo el Presidente venezolano Hugo Chavez en 1999. El pago de los intereses de la deuda no reporta ningún beneficio real al país, pero su cancelación aligera los pagos por concepto de intereses en el futuro, permitiendo a las autoridades disminuir los impuestos o aumentar los programas públicos, o ambas cosas a la vez. Cuando existen excedentes presupuestarios y voluntad política de disminuir ese endeudamiento, es muy útil que las autoridades adopten esa medida. Por ejemplo, al haberse previsto que los ingresos fiscales de los Estados Unidos serían muy superiores al costo de los programas públicos durante muchos años en el futuro, en 1999 el Presidente Bill Clinton exhortó a reducciones considerables y sistemáticas de la deuda nacional. El Partido Republicano, en cambio, instó a que se redujesen de inmediato los impuestos y el Partido Demócrata, ejerció presión en favor de un aumento de los programas federales, mas, contando con un notable apoyo de la opinión pública, el Presidente puso el acento en la reducción de la deuda y su cancelación a largo plazo. A los gobiernos les es facilísimo contraer deudas y mucho más difícil disminuir el endeudamiento, pero si los dirigentes políticos pueden contribuir a que los ciudadanos comprendan los beneficios que a largo plazo reporta el hacerlo, se pueden cosechar esos beneficios, al tiempo que aumenta el nivel de comprensión general de las alternativas políticas. Los dirigentes estatales deben además estar deseosos de copiar innovaciones ya ensayadas en otros lugares, examinar qué da buenos resultados en otros países y tratar de adaptar esas

medidas a sus propias culturas y necesidades nacionales. Como subrayan Acuña y Tommasi (1999, págs. 17 y 22), los Estados tienen que "invertir en crear instituciones más eficientes", a fin de fomentar "procesos que vayan en la buena dirección". Las reformas de las instituciones políticas y los procedimientos administrativos ofrecen grandes oportunidades de mejorar la eficiencia de la actuación del Estado, y a sus dirigentes corresponde apreciar cuáles convienen y llegar a un consenso político para aplicarlas y respaldarlas.

Australia y Chile son ejemplos de adaptación institucional en los que conviene meditar. Cuando los Estados Unidos empezaron a aplicar una técnica presupuestaria basada en los resultados, un estudio de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos puso de manifiesto que Australia se encontraba de cinco a diez años por delante de los Estados Unidos en el empleo de patrones de medición de resultados. Aunque la diferencia entre el régimen parlamentario australiano y el presidencial estadounidense hacía que la experiencia australiana sólo se pudiese reproducir directamente en los Estados Unidos, buena parte de las lecciones aprendidas en Australia fueron útiles para los Estados Unidos, lo mismo que para otros países que se orientaron hacia ese método (véase Bruel, 1996, págs. 74 a 79). En términos aún más generales, desde luego, hay países que han copiado, en parte al menos, la privatización del régimen de pensiones del que Chile fue adelantado en los años setenta (véase Madrid, en prensa). Observando lo que funciona y lo que no funciona en otros países, los dirigentes pueden disminuir los costos que lleva aparejados la innovación y maximizar su probabilidad de éxito, aplicando en el ámbito de la política pública un pragmatismo que en general redunda en beneficio del interés público.

En ningún terreno apremian más esas innovaciones que en el de las políticas enderezadas a beneficiar a los sectores más necesitados de la población de un país.. Una innovación política que gozó de gran predicamento en los años ochenta y noventa fue la dl crédito sobre el impuesto del rendimiento del trabajo personal, en virtud de la cual los trabajadores que ganan salarios muy bajos no sólo no pagan impuestos, sino que además perciben una subvención estatal que aumenta el nivel de sus ingresos anuales. En otro plan, se propugna la subvención de los puestos de trabajo poco remunerados, a cargo tal vez de un impuesto sobre la nómina de los empleados más prósperos, y quienes lo defienden, como Phelps (1997, págs. 103 a 143) afirman que con ello aumentará el incentivo para trabajar, al aumentar las posibilidades de ahorro de la clase trabajadora y evitar que los trabajadores con bajos salarios se conviertan en una clase aparte. Naturalmente, muchos Estados no alcanzan niveles de riqueza total lo bastante elevados como para que esas transferencias de rentas sean factibles económicamente o aceptables políticamente, e incluso en países comparativamente ricos, sigue siendo muy difícil políticamente persuadir a los ciudadanos acomodados a que compartan sus rentas con los menos afortunados. Los nuevos métodos de asistencia a los pobres dependen de los recursos existentes en un país dado y de la voluntad política que haya de emplearlos para prestar ayuda a los desfavorecidos.

Ahora bien, conforme ha aumentado la riqueza de distintos países, la gente ha ido recurriendo cada vez más al Estado en demanda de servicios que antes correspondía prestar a las familias o los ciudadanos. Esta situación se da en todos los planos, comprendido el de las autoridades municipales. Por dar sólo un ejemplo, en muchas partes de los Estados Unidos, los ciudadanos de edad que ya no pueden utilizar los transportes públicos o privados piden a los ayuntamientos que les faciliten transporte para acudir a citas con los servicios médicos y poder cumplir otros compromisos ineludibles. Los ayuntamientos facilitan furgonetas o abonan taxis para quienes ya no pueden conducir un automóvil o utilizar los autobuses o metros subterráneos públicos. Se parte de la base de que esos "ciudadanos de la tercera edad" han hecho una aportación a la aportación durante su edad activa y que la comunidad, a su vez, debe ayudarles cuando ya no puedan valerse por sí mismos. Los jubilados no sólo perciben un ingreso del régimen federal de seguridad social y prestaciones médicas federales a partir de los 65 años de edad, sino que además sus ayuntamientos les ayudan materialmente a desplazarse cuando tienen que hacerlo.

Esta situación tiene varias consecuencias: si los ayuntamientos atienden las necesidades especiales de transporte de los ciudadanos ancianos, éstos dependen menos de sus familiares, que pueden vivir a miles de kilómetros y no poder ocuparse de sus necesidades cotidianas. Hace un siglo, para desplazarse, había que valerse de los propios recursos, de la familia o de amigos, pero hoy en día las autoridades pueden prestar ese servicio, y a menudo lo hacen. Los ciudadanos ancianos lo solicitan y los ayuntamientos cuentan con ingresos fiscales para acceder a ello. Además, los ciudadanos ancianos de los Estados Unidos y algunos países más poseen más poder político en muchas localidades que los votantes más

jóvenes, porque votan en porcentajes más elevados y porque aumenta ininterrumpidamente el número de personas mayores de 55 años. Por todo ello, las tendencias hacia sociedades formadas por personas de más edad y con más medios aumentan la de los ciudadanos a recurrir a las autoridades en lugar de a sus familias para subvenir a sus necesidades básicas. Estas circunstancias plantean asimismo peliagudos problemas de equidad. En los países más ricos, los ciudadanos de las localidades con más medios pueden demandar esos servicios municipales más amplios, en tanto que los de las localidades menos ricas, más pequeñas y más aisladas geográficamente no pueden hacerlo. Están especialmente desfavorecidos los que habitan en localidades pobres, los que carecen de familia, amigos o instituciones religiosas en que apoyarse y quienes no han contribuido a un régimen de seguridad social o no han preparado de algún otro modo su jubilación. En el mundo en general, claro está, muchos ciudadanos que no pueden poseer automóviles propios, o ni siquiera bicicletas, durante su vida laboral, no pueden esperar tampoco, desde luego, "viajes gratuitos" a cargo de sus ayuntamientos. Esas personas siguen recurriendo a la familia o los amigos cuando tienen que desplazarse, y este hecho es -además de las tradiciones históricas y culturales- uno de los motivos de que la familia y los amigos sigan siendo elementos esenciales de las culturas de Asia, Africa y América Latina.

Contrastan con las políticas oficiales hacia los ancianos las relativas a los jóvenes, en particular los nuevos planteamientos de la enseñanza que pueden beneficiar a los alumnos y a la sociedad en general en los decenios venideros. Es útil analizar y comparar las orientaciones respecto de la enseñanza de algunos dirigentes, entre ellos Bill Clinton, Presidente de los Estados Unidos, en los ocho años últimos del siglo XX. Siendo gobernador de Arkansas, en los años ochenta Clinton se esforzó en aumentar la financiación federal y estatal de la enseñanza en su Estado , sobre todo la dedicada a la enseñanza permanente, profesional y de adultos, por considerar que, estando mejor instruida y más calificada profesionalmente, la gente encontraría mejores puestos de trabajo, sería más productiva y pagaría más impuestos. Al mismo tiempo (Greenberg, 1995, págs. 189 y 201 y 202), Clinton se enfrentó a la burocracia del Ministerio de Educación federal, privó de automóviles oficiales a los administradores federales e instituyó un examen de competencia para los profesores de Arkansas, en aplicación de cuyos resultados se despidió a 1.315 de ellos. Los sindicatos de docentes (de Arkansas y del país) condenaron la actuación del gobernador, pero aquella política correspondía a las necesidades que sentían los ciudadanos y sus hijos, por lo que Clinton fue reelegido por amplio margen y fijó lo que acabaría por ser la orientación de la función de las autoridades, basándose en la cual se presentó por dos veces con éxito al cargo de Presidente del país.

Otro tipo de innovación tiene por objeto aumentar la financiación privada de la enseñanza e instaurar unas políticas fiscales que fomenten las aportaciones del sector privado. En muchos países, se aplican deducciones fiscales a las actividades filantrópicas en los campos de la enseñanza, la sanidad y otros. Yendo un paso más adelante, en el plano provincial en el Canadá y otros países, cada vez que el sector privado hace una donación para actividades educativas, las autoridades aportan la misma cantidad ,o bien una menor pero proporcional. Estas inversiones pueden reportar grandes beneficios a largo plazo. Gracias a las donaciones, aumenta el índice de autofinanciación de las instituciones públicas que, por ejemplo, pueden abonar los sueldos de los profesores y catedráticos con cargo a los intereses de los fondos donados, en lugar de con los ingresos fiscales corrientes, o conceder becas con cargo a esas donaciones a alumnos brillantes que, sin ellas, no podrán seguir estudios de alta calidad. Las donaciones fomentan la filantropía del sector privado, produciendo intereses durante muchas generaciones por los impuestos percibidos en determinado momento. Esta orientación propicia asimismo una sana emulación entre las instituciones públicas y las privadas, aumentando el nivel de instrucción de todo el país y haciendo que los ciudadanos vivan mejor y compitan más eficazmente en la economía mundial.

Por lo expuesto, en los años próximos la filantropía fomentada por el Estado será objeto de admiración y se copiará en países en que no existe esta orientación, conforme vayan comprendiendo la desventaja competitiva que acarrea. Así, por ejemplo, Prins (1999, pág. 14), desde una perspectiva argentina, ha comparado críticamente su país con otros en los que se fomenta más la filantropía. Este autor observa que se calcula la evasión de impuestos en la Argentina en cerca del 37,8% y que en el país se dedica menos del equivalente de 15 dólares al año per cápita a actividades filantrópicas. En los Estados Unidos, en cambio, los ciudadanos aportan 552 dólares al año per cápita y 20 millones de franceses hacen aportaciones habituales a ellas, así como la mitad de los suizos. Ante estas cifras, es difícil impugnar la

conclusión de Prins de que el no haber conseguido alcanzar niveles suficientes de filantropía en la Argentina es una causa esencial de la pobreza social, las limitaciones culturales, la decadencia científica e incluso la emigración del talento intelectual del país.
Sea como fuere, la filantropía fomentada por el Estado sólo es viable en los países en que existen regímenes fiscales dignos de ese nombre y se controla la corrupción de los funcionarios públicos, pues si se puede sobornarlos para no pagar los impuestos, de nada sirve recompensar con créditos fiscales las actividades filantrópicas. La corrupción socava las rentas públicas, desviándolas a usos privados (y a veces a bancos extranjeros), en los que difícilmente redundarán en beneficio público. Según varios estudios minuciosos (véase Dogan, 1997), la confianza de los ciudadanos en las autoridades es escasísima en muchas partes del mundo, y uno de los múltiples motivos de que así sea es que las autoridades no parecen preocuparse de las necesidades de los ciudadanos y los dirigentes del Estado parecen más interesados en su propio bienestar que en el de sus administrados. Allá donde se promulgan y aplican leyes para combatir la corrupción, donde los ciudadanos creen que la mayoría de los demás paga la parte que le corresponde de la carga tributaria, se puede emplear el régimen fiscal para avanzar hacia otras metas de la sociedad, entre ellas una filantropía con objetivos definidos claramente. Como algunos Estados ya aplican esas políticas y otros no lo hacen, la mayor competitividad mundial, tan patente a finales del siglo XX, resulta una vez más, en cierto sentido, beneficiosa. La emulación que propicia empuja a los Estados en que no existen esos códigos fiscales progresistas a promulgarlos, lo cual redunda en beneficio de toda la sociedad al utilizarse, instruir y criar con más eficacia los recursos humanos de que consta.

El estado en el escenario internacional

La conclusión de la guerra fría y el proceso de mundialización no han influido únicamente en la función de los Estados en el sistema internacional, sino también en la estructura estatal internacional. Como han señalado Rourke y Boyer (1998, pág. 38), el lugar preeminente de los Estados en el sistema internacional ha sido puesto en entredicho últimamente desde dos frentes, uno de ellos externo (transnacionalismo o mundialización) y otro interno (fragmentación). Las fuerzas que propician la integración son la revolución de las comunicaciones, el aumento de la interdependencia económica, la velocidad de los desplazamientos y la integración de las ideas (véase Gaddis, 1991, págs. 103 y 104). Enfrente, las rivalidades étnicas amenazan la unidad de los Estados, como ha puesto de manifiesto el dislocamiento de la Unión Soviética, Yugoslavia y algunos Estados africanos. Cabe afirmar con fundamento que fue justamente la debilidad de los Estados lo que provocó los problemas más graves de los años noventa. Falk (1995, págs. 212-215), por ejemplo, afirma que "la seguridad aparece asociada cada vez más con la evitación de crisis de los Estados débiles", que en Estados nación como Bosnia, Somalia y Ruanda fue la fragilidad de esas naciones lo que provocó matanzas generalizadas, dilemas de refugiados e intervenciones extranjeras. Mientras que en los primeros decenios del siglo XX se entendía que el poderío militar de los países más poderosos podía protegerlos, tras el final de la guerra fría se plantea una situación diferente: es menester crear capacidades estatales, como en las políticas que promueven el desarrollo económico y alientan a los distintos grupos étnicos a coexistir pacíficamente. Como esas políticas están al servicio de los Estados poderosos, lo mismo que de los débiles, va en interés de ellos perseguirlas.
Desde la perspectiva de las relaciones internacionales, otra manera de resolver las hostilidades étnicas y los antagonismos históricos entre Estados es crear uniones económicas como la Comunidad Europea, o zonas comerciales como Mercosur en el Cono Sur de América. En estos casos, los Estados de Europa han renunciado a una mayor autonomía que los países del Mercosur, aunque la autonomía nacional se reduce en alguna medida respecto de los países de ambas zonas. Estos ejemplos apuntan a la reducción de la función del Estado como tal, aunque tanto la Comunidad Europea como el Mercosur son asociaciones entre Estados (véase Mann, 1997, págs. 474 y 486). De igual modo, las Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) actúan en nombre de comunidades más amplias, pero extraen sus tropas de los Estados nación. Es probable que el empleo de la fuerza por conducto de las instituciones militares nacionales siga siendo la norma en los primeros decenios del siglo XXI, pero se podrá atemperan sin duda con la diplomacia y políticas multinacionales que reduzcan los conflictos y esfuerzos en los terrenos de la enseñanza, la ciencia y el comercio que hagan hincapié en los beneficios de la cooperación.
Otra tesis acerca de la seguridad afirma que, históricamente, los cambios del entorno internacional de la defensa han influido en la estructura y la eficacia de los Estados, entendiéndose, desde luego, que así seguirá sucediendo en el siglo próximo. Según Desch

(1996, págs. 244 a 247), el Estado nación surgió cuando se exigió de "un aparato gubernamental grande y entrometido que obtuviese los ingresos necesarios para sufragar las fuerzas armadas imponiendo tributos a los campesinos, los artesanos urbanos y los comerciantes". Se parte, pues, del supuesto de que, en los últimos siglos, la inseguridad del entorno internacional ha reforzado los Estados modernos al ampliar su ámbito de actuación y su cohesión. Al haber concluido la guerra fría, se plantea el interrogante de si seguirá vigente esta base temprana de la cohesión estatal y, de ser así, en qué forma. Cabe afirmar, por lo menos, que la manera en que se afrontan las amenazas contra la seguridad seguirá conformando, como hasta ahora, la naturaleza de los Estados y las dimensiones de la comunidad internacional.

Por lo que se refiere a las funciones mundiales de los Estados nación, también es importante qué hacen en su propio territorio. Como señala Pérez Llana (1998, págs. 39 y 40), los Estados seguirán siendo instrumentos esenciales de la regulación y la administración de la interdependencia en el plano internacional, aunque deban renunciar a recursos y prerrogativas en favor de autoridades de ámbito regional, provincias o municipal. El grado de eficacia de las políticas estatales en el desarrollo económico sentará, como hasta ahora, parámetros importantes de su influencia en las relaciones internacionales y contribuirá a fijar los límites de las políticas internas, como las enderezadas a ayudar a sus ciudadanos más necesitados.

Una de las orientaciones más importantes consistirá en mantener el gasto en defensa lo más bajo posible, para disponer de más fondos para la enseñanza, el desarrollo y el bienestar de los ciudadanos. Naturalmente, es dificilísimo calcular cuáles serán realmente los costos de la defensa. En un informe redactado para el Consejo Internacional de Ciencias Sociales en 1987, por ejemplo, Karl Deutsch (1987, pág. 196) calculó que los gastos en armas de la OTAN podrían aumentar en un 6% al año en términos reales, y que en el año 2010 la Unión Soviética gastaría el 18% de su PIB en armamentos. Ni siquiera Deutsch, puede que el principal analista político de su época, previó el derrumbamiento de la Unión Soviética, el final de la guerra fría y las enormes reducciones de los gastos en armamentos que esos hechos provocaron. Ello no obstante, Deutsch tenía en lo fundamental razón al escribir que había que limitar los gastos militares, lo cual sigue siendo igual de cierto en el siglo XXI que en el XX. Para conseguirlo, los países tienen que coordinar sus esfuerzos mediante una diplomacia meditada, para desarrollar el comercio internacional y vincular entre sí sus economías. y hacer hincapié en sus mensajes educativos y culturales en los beneficios que la paz entraña.

Conclusiones

Pese a la privatización de algunas funciones del Estado en muchos países en los años ochenta y noventa, está demostrado que las funciones del Estado están cambiando en lugar de disminuir. Los ciudadanos desean que el estado nación funciones para atender muchas de sus necesidades, y los dirigentes estatales deben responder a esas demandas, habida cuenta sobre todo de que los regímenes políticos se vuelven más receptivos y participativos en muchas partes del mundo. El Estado sigue interviniendo de manera decisiva en el amplio abanico de programas que buscan aguijonear el crecimiento económico, atender las necesidades básicas de los ciudadanos más necesitados, regular el sector privado, conformar las pautas de la migración y la inmigración y garantizar la seguridad de los ciudadanos frente a la delincuencia. En cada uno de estos terrenos, unas iniciativas concretas pueden acrecer la eficacia de las políticas estatales, según las políticas que en los diferentes países se apliquen en la actualidad.

La sana competencia entre el Estado y el sector privado en campos como la financiación de la enseñanza puede beneficiar considerablemente a los ciudadanos a largo plazo, por ejemplo, y los incentivos fiscales pueden ser un elemento importante de esas reorientaciones normativas. Ahora bien, antes de afinar el régimen fiscal, habrá que organizarlo de manera que genere los ingresos necesarios, con una amplia participación y límites reales a la evasión y la corrupción. La eficacia de los regímenes fiscales de los diferentes Estados varía considerablemente, por lo que las reformas más adecuadas en un Estado pueden quedar superar las posibilidades de otros. Si se tiene presente la necesidad de que los países adapten las reformas a los resultados obtenidos con la política que siguen, puede que las principales tareas que se habrán de plantear a los Estados en el siglo próximo sean disminuir los conflictos (internos e internacionales), mejorar el nivel de vida (sobre todo, el de los pobres) y regular el sector privado para maximizar su productividad.

En la esfera internacional, como los Estados siguen buscando la seguridad, las estrategias futuras idóneas consistirán más en la acción colectiva y la diplomacia que en la acumulación gravosa de ejércitos nacionales. Entre las opciones preferibles están la disminución de los

obstáculos al comercio, la reducción del endeudamiento nacional e internacional, la reducción asimismo de las tensiones étnicas y frenar el gasto en defensa. Cada una de estas orientaciones puede arrojar beneficios en la política interna e internacional, pero serán los dirigentes de los Estados nación quienes adoptarán (o rechazarán) esas disposiciones. En este sentido, el Estado nación parece destinado a perder lentamente sus prerrogativas en los próximos decenios.

Así pues, hablando en términos generales, el mejor consejo que cabría dar a propósito de la reforma del Estado sería la reciente advertencia de Acuña y Tommasi (199, pág. 22) de que hay que "desconfiar de los planes: no existen reformas universalmente necesarias". Esta actitud pragmática se dirige a los administradores de la cosa pública lo bastante inteligentes como para apreciar los problemas actuales de sus ciudadanos, lo suficientemente creativos como para hallar soluciones practicables y lo bastante flexibles como para colaborar con los miembros de la sociedad civil en la puesta en práctica de estrategias de reforma. Los rasgos de inteligencia, creatividad y flexibilidad han sido desde hace mucho distintivos de los mejores dirigentes del Estado nación y lo serán en el futuro, conforme sigan evolucionando las funciones del Estado nación.

Traducido del inglés

Referencias

ACUÑA, C. y M. TOMMASI, 1999. “Some Reflections on the Institutional Reforms Required for Latin America.” Inédito.

BEAN, C. y E. PAPADAKIS, 1998. “A Comparison of Mass Attitudes towards the Welfare State in Different Institutional Regimes, 1985-1990,” *International Journal of Public Opinion Research*, 10, págs. 211-236.

BOBBIO, N., 1989. *Democracy and Dictatorship: The Nature and Limits of State Power*, traduc. P. Kennealy. Minneapolis. University of Minnesota Press.

BRUEL, J., 1996. “Borrowing Experiences from Other Countries,” en *New Ideas, Better Government*, comp. por G. Davis y P. Weller. St. Leonards. Allen & Unwin.

CARR, D., I. LITTMAN, y J. CONDON, 1995. *Improvement Driven Government: Public Service for the 21st Century*. Washington,D.C., Coopers & Lybrand.

CLOUGH, M., 1999. “Reflections on Civil Society.” *The Nation*, 22 de febrero.

DESCH, M., 1996. "War and Strong States, Peace and Weak States?" *International Organization*, 50, págs. 237-268.

DEUTSCH, K., 1987. “Peace, Violence and War from the Viewpoint of Cybernetics and Computer Modeling”, en *The Quest for Peace: Transcending Collective Violence and War among Societies, Cultures and States*, comp. por R. Väyrynen. Londres. International Social Science Council and Sage Publications.

DOGAN, M., (comp.), 1997. When People Lose Confidence. Número especial de *Studies in Comparative International Development* 32, págs. 3-160.

FALK, R., 1995. *On Humane Governance: Toward a New Global Politics*. University Park. The Pennsylvania State University Press.

GADDIS, J., 1991. "Toward the Post-Cold War World," *Foreign Affairs* 70, págs. 102-122.

GREENBERG, S., 1995. *Middle Class Dreams: The Politics and Power of the New American Majority*. Nueva York. Times Books.

INGLEHART, R., 1997. *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*. Princeton. Princeton University Press.

MADRID, R., 2000. “Understanding the Wave of Pension Reforms,” *International Social Science Journal*, 163.

MANN, M., 1997. "Has Globalization Ended the Rise of the Nation-state?" *Review of International Political Economy*, 4, págs. 472-496.

MARGALIT, A., 1996. *The Decent Society*. Cambridge. Harvard University Press.

MAYOR, F., 1995. *The New Page*. París. UNESCO.

PÉREZ LLANA, C., 1998. *El regreso de la historia: La política internacional durante la posguerra fría, 1989-1997*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana/Universidad de San Andrés.

PHELPS, E., 1997. *Rewarding Work: How to Restore Participation and Self-Support to Free Enterprise*. Cambridge. Harvard University Press.

PRINS, A., 1999. “Nuestro pobre individualismo”, *La Nación*, 2 de abril.

ROURKE, J. y M. BOYER, 1998. *World Politics: International Politics on the World Stage, Brief*. n.p. Duskin/McGraw-Hill.

SOROS, G., 1999. *La crisis del capitalismo global: La sociedad abierta en peligro*, traduc. F. Chueca. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

TANZI, V., y K. CHU, comps., 1998. *Income Distribution and High-Quality Growth*. Cambridge. MIT Press.
"The Future of the State," 1997. *The Economist*, 20 de septiembre, págs. 1-48.
WANG, X., 1999, "Mutual Empowerment of State and Society: Its Nature, Conditions, Mechanisms, and Limits," *Comparative Politics* 31, págs. 231-249.

LA CIUDAD MULTICULTURAL

JORDI BORJA Y MANUEL CASTELLS,
CON LA COLABORACIÓN DE MIREIA BELIL Y CHRIS BENNER

Nuestro mundo es étnica y culturalmente diverso y las ciudades concentran y expresan dicha diversidad. Frente a la homogeneidad afirmada e impuesta por el Estado a lo largo de la historia, la mayoría de las sociedades civiles se han constituido históricamente a partir de una multiplicidad de etnias y culturas que han resistido generalmente las presiones burocráticas hacia la normalización cultural y la limpieza étnica. Incluso en sociedades, como la japonesa o la española, étnicamente muy homogéneas, las diferencias culturales regionales (o nacionales, en el caso español), marcan territorialmente tradiciones y formas de vida específicas, que se reflejan en patrones de comportamiento diversos y, a veces, en tensiones y conflictos interculturales(1). La gestión de dichas tensiones, la construcción de la convivencia en el respeto de la diferencia son algunos de los retos más importantes que han tenido y tienen todas las sociedades. Y la expresión concentrada de esa diversidad cultural, de las tensiones consiguientes y de la riqueza de posibilidades que también encierra la diversidad se da preferentemente en las ciudades, receptáculo y crisol de culturas, que se combinan en la construcción de un proyecto ciudadano común.
En los últimos años del siglo XX, la globalización de la economía y la aceleración del proceso de urbanización han incrementado la pluralidad étnica y cultural de las ciudades, a través de procesos de migraciones, nacionales a internacionales, que conducen a la interpenetración de poblaciones y formas de vida dispares en el espacio de las principales áreas metropolitanas del mundo. Lo global se localiza, de forma socialmente segmentada y espacialmente segregada, mediante los desplazamientos humanos provocados por la destrucción de viejas formas productivas y la creación de nuevos centros de actividad. La diferenciación territorial de los dos procesos, el de creación y el de destrucción, incrementa el desarrollo desigual entre regiones y entre países, e introduce una diversidad creciente en la estructura social urbana. En este artículo, analizaremos el proceso de formación de la diversidad étnico-cultural en sus nuevas manifestaciones y las consecuencias de dicha diversidad para la gestión de las ciudades.

Globalización, migraciones y urbanización

La aceleración del proceso de urbanización en el mundo se debe en buena medida al incremento de las migraciones rural-urbanas, frecuentemente debidas a la expulsión de mano de obra de la agricultura por la modernización de la misma, siendo asimismo consecuencia de los procesos de industrialización y de crecimiento de la economía informal en las áreas metropolitanas de los países en desarrollo(2). Aunque las estadísticas varían según los países, los cálculos de Findley para una serie de países en vías de desarrollo indican que, en promedio, mientras en 1960-70, la contribución de la emigración rural-urbana al crecimiento urbano fue de 36,6%, en 1975-90, se incrementó al 40% de la nueva población urbana. La contribución al crecimiento metropolitano, en ambos casos, fue aún mayor(3). En casi todos los países, la incorporación a las ciudades de emigrantes de zonas rurales acentúa notablemente la diversidad cultural y, en los países étnicamente diversos, como Estados Unidos o Brasil, la diversidad étnica.

África

La globalización también ha suscitado importantes desplazamientos de población entre países, aunque las migraciones internacionales presentan un patrón complejo que no sigue las visiones estereotipadas de la opinión publica. Así, casi la mitad de los 80 millones de internacionales de todo el mundo están concentrados en África subsahariana y Oriente Medio(4). Unos 35 millones de migrantes se encuentran en el África subsahariana, representando un 8% de su población total. Dichos movimientos migratorios en África son de

dos tipos: por un lado, migraciones de trabajadores, encaminados a los países de mayor dinamismo económico, en particular a Sudáfrica, Costa de Marfil, Gambia y Nigeria. Por otro lado, amplios desplazamientos de refugiados del hambre, la guerra y el genocidio, en el Sahel, en el cuerno de África, en Mozambique, en Ruanda y Burundi, entre otras zonas: tan sólo en 1987 se estimaban en 12,6 millones de personas el numero de desplazados por guerras o catástrofes en África(5). En Asia, Malasia es el país de mayor inmigración, con casi un millón de trabajadores extranjeros, en general procedentes de Indonesia. Japón cuenta también con cerca de un millón de extranjeros recensados y varios miles de trabajadores ilegales cuyo número se está incrementando rápidamente, si bien la mayoría de los extranjeros son coreanos que viven en Japón desde hace varias generaciones. Singapur cuenta con unos 300.000 inmigrantes, lo que representa una alta proporción de su población, y Hong Kong, Corea y Taiwan, con contingentes inferiores a los 100.000 cada uno. Sin embargo, en la medida en que se acentúe el desarrollo de estos países y aumente la presión demográfica en China, India e Indonesia, es de esperar un aumento de las migraciones internacionales, además del incremento de migraciones rurales-urbanas en toda Asia. Así, Japón en 1975 contaba con un inmigración anual de unos 10.000 extranjeros, mientras que en 1990, dicha cifra se había incrementado hasta unos 170.000 por año, la mayoría procedentes de Corea(6).

América Latina

América Latina, tierra de inmigración durante el siglo XX, ha ido convirtiéndose en área de emigración. Así, durante el período 1950-64, la región en su conjunto tuvo un saldo neto de migraciones de + 1,8 millones de personas, mientras que en 1976-85, el saldo fue negativo: -1,6 millones. Los cambios más significativos fueron la reducción drástica de la inmigración en Argentina y el fuerte aumento de emigración en México y América Central, en particular hacia Estados Unidos. Los movimientos inmigratorios latinoamericanos en este fin de siglo proceden generalmente de otros países latinoamericanos. Así, en Uruguay en 1991, del total de extranjeros residentes, el 40% eran de Argentina, el 29% de Brasil y el 11% de Chile. La mayor proporción de población extranjera se da en Venezuela (7,2%), seguida de Argentina (6,8%). En los países más desarrollados, en Europa Occidental y en Estados Unidos, existe entre la población el sentimiento de una llegada sin precedentes de inmigrantes en la última década, de una auténtica invasión en la terminología de algunos medios de comunicación. Sin embargo, los datos muestran una realidad distinta, variable según países y momentos históricos(7). Es cierto que el desarrollo desigual a escala mundial, la globalización económica, cultural y de sistemas de transporte favorecen un intenso trasiego de poblaciones. A ello hay que añadir los éxodos provocados por guerras y catástrofes, así como, en Europa, la presión de poblaciones de los países del Este que ahora disfrutan de la libertad de viajar al tiempo que sufren el impacto de la crisis económica. Pero los controles de inmigración, el reforzamiento de las fronteras entre los países de la OCDE y el resto del mundo, la reducida creación de puestos de trabajo en Europa y la xenofobia creciente en todas las sociedades, representan obstáculos formidables para el trasvase de población que podría resultar de las tendencias aludidas. Veamos pues cual es el perfil real de las migraciones recientes del Sur y el Este al Norte y al Oeste.

Estados Unidos

En Estados Unidos, sociedad formada por oleadas sucesivas de inmigración, se ha producido efectivamente un importante incremento de inmigrantes en números absolutos desde la reforma de la ley de inmigración en 1965, autorizando la inmigración por reunificación familiar. Pero aun así, los actuales niveles de inmigración están muy por detrás de la punta histórica alcanzada entre 1905 y 1914 (año en que llegaron 1,2 millones de inmigrantes a Estados Unidos). Más aun, en términos de proporción de la población, en 1914 esos 1,2 millones eran equivalentes al 1,5% de la población, mientras que el total de inmigrantes de 1992 sólo representó el 0,3% de la población. Ahora bien, lo que ha cambiado substancialmente es la composición étnica de la inmigración, que en lugar de provenir de Europa y Canadá, procede ahora, en su gran mayoría, de México, el Caribe y otros países latinoamericanos y Asia.
Un fenómeno semejante ha tenido lugar en los otros dos países que se caracterizan, junto con Estados Unidos, por tener la mayor proporción de inmigrantes extranjeros en su población, Canadá y Australia. En Canadá, en 1992, más del 40% procedían de Asia, en particular de Hong Kong, y tan sólo un 2,8% del Reino Unido. Vancouver, la tercera ciudad canadiense, ha sido transformada en la ultima década por la llegada de 110.000 chinos de Hong Kong, elevando la proporción de población china al 27% de los residentes de la ciudad. Por cierto,

dicha inmigración ha supuesto un influjo de 4.000 millones de dólares por año en la economía local. En cuanto a Australia, en los años noventa, el 21% de la población nació en el extranjero y el 40% tiene al menos un padre que nació en el extranjero. De los nuevos inmigrantes llegados a Australia en 1992, el 51% procedían de Asia.

Europa

Europa Occidental presenta una panorama diversificado en lo que se refiere a movimientos migratorios. Utilizando como indicador el porcentaje de población residente extranjera sobre la población total y observando su evolución entre 1950 y 1990, podemos constatar, por ejemplo, que Francia e Inglaterra tenían una menor proporción de población extranjera en 1990 que en 1982, mientras que Bélgica y España apenas había variado (de 9,0 a 9,1%, y de 1,1 a 1,1%). Si exceptuamos el caso anómalo de Luxemburgo, el único país europeo cuya población extranjera supera el 10% es Suiza, también un caso especial por el alto grado de internacionalización de su economía. Y la media para el total de la población europea es tan sólo de un 4,5% de extranjeros. Los incrementos significativos durante la década de los ochenta se dieron fundamentalmente en Alemania, Austria, Holanda y Suecia, fundamentalmente debidos al influjo de refugiados del este de Europa. Pero también este influjo parece ser mucho más limitado de lo que temían los países europeos occidentales. Así, por ejemplo, un informe de la Comisión Europea en 1991 estimaba que 25 millones de ciudadanos de Rusia y las repúblicas soviéticas podrían emigrar a Europa occidental antes del año 2000. Y sin embargo, a mediados de los años noventa, se estima que la emigración rusa oscila en torno a las 200.000 personas por año, a pesar de la espantosa crisis económica que vive Rusia. La razón, para quienes conocen los mecanismos de la emigración, es sencilla: los emigrantes de desplazan mediante redes de contacto previamente establecidas. Por eso son las metrópolis coloniales las que reciben las oleadas de inmigrantes de sus antiguas colonias (Francia y el Magreb); o los países que reclutaron deliberadamente mano de obra barata en países seleccionados (Alemania en Turquía y Yugoslavia) los que continuan siendo destino de emigrantes de esos países. En cambio, los rusos y ex-soviéticos, al haber tenido prohibido el viajar durante siete décadas carecían y carecen de redes de apoyo en países de emigración, con la excepción de la minoría judía que es precisamente la que emigra. Así, dejar familia y país lanzándose al vacío de un mundo hostil sin red de apoyo es algo que sólo se decide masivamente cuando una catástrofe obliga a ello (la hambruna, la guerra, el nazismo).

Ahora bien, si los datos señalan que la inmigración en Europa occidental no alcanza proporciones tan masivas como las percibidas en la opinión publica, ¿por qué existe ese sentimiento? Y, ¿por qué la alarma social? Lo que realmente está ocurriendo es la transformación creciente de la composición étnica de las sociedades europeas, a partir de los inmigrantes importados durante el período de alto crecimiento económico en los años sesenta. En efecto, las tasas de fertilidad de los extranjeros son muy superiores a las de los países europeos de residencia (salvo, significativamente, en Luxemburgo y Suiza, en donde la mayoría de extranjeros son de origen europeo). Por razones demográficas el diferencial de fertilidad continuará incrementándose con el paso del tiempo. Esta es la verdadera fuente de tensión social: la creciente diversidad étnica de una Europa que no ha asumido aun dicha diversidad y que sigue hablando de inmigrantes cuando, cada vez más, se trata en realidad de nacionales de origen étnico no-europeo. El incremento de población en el Reino Unido entre 1981 y 1990 fue de tan sólo el 1% para los blancos, mientras que fue del 23% para las minorías étnicas. Aun así, los blancos son 51,847 millones, mientras que las minorías tan sólo representan 2,614 millones. Pero existe una clara conciencia del proceso inevitable de constitución de una sociedad con importantes minorías étnicas, del tipo norteamericano. Algo semejante ocurre en los otros países europeos. Dos tercios de los extranjeros de Francia y tres cuartas partes de los de Alemania y Holanda son de origen no europeo. A ello hay que añadir, en el caso de Francia, la proporción creciente de población de origen no europeo nacida en Francia y que tienen derecho a nacionalidad al alcanzar los 18 años. Puede ocurrir también, como es el caso en Alemania, que la ley niegue el derecho de nacionalidad a quienes nazcan en territorio nacional de padres extranjeros, situación en las que se encuentran centenares de miles de jóvenes turcos que nunca conocieron otra tierra que Alemania. Pero el costo de dicha defensa a ultranza de la nacionalidad autóctona es la creación de una casta permanente de no ciudadanos, poniendo en marcha un mecanismo infernal de hostilidad social.

Un factor adicional es importante en la percepción de una diversidad étnica que va mucho más allá del impacto directo de la inmigración: la concentración espacial de las minorías étnicas en las ciudades, particularmente en las grandes ciudades y en barrios específicos de las grandes

ciudades, en los que llegan a constituir incluso la mayoría de la población. La segregación espacial de la ciudad a partir de características étnicas y culturales de la población no es pues una herencia de un pasado discriminatorio, sino un rasgo de importancia creciente, característico de nuestras sociedades: la era de la información global es también la de la segregación local.

Diversidad étnica, discriminación social y segregación urbana

En todas las sociedades, las minorías étnicas sufren discriminación económica, institucional y cultural, que suele tener como consecuencia su segregación en el espacio de la ciudad. La desigualdad en el ingreso y las prácticas discriminatorias en el mercado de vivienda conducen a la concentración desproporcionada de minorías étnicas en determinadas zonas urbanas al interior de las áreas metropolitanas. Por otro lado, la reacción defensiva y la especificidad cultural refuerzan el patrón de segregación espacial, en la medida en que cada grupo étnico tiende a utilizar su concentración en barrios como forma de protección, ayuda mutua y afirmación de su especificidad. Se produce así un doble proceso de segregación urbana: por un lado, de las minorías étnicas con respecto al grupo étnico dominante; por otro lado, de las distintas minorías étnicas entre ellas. Naturalmente, esta diferenciación espacial hay que entenderla en términos estadísticos y simbólicos, es decir, como concentración desproporcionada de ciertos grupos étnicos en espacios determinados, más que como residencia exclusiva de cada grupo en cada barrio. Incluso en situaciones límite de segregación racial urbana, como fue el régimen del apartheid en Sudáfrica, se puede observar una fuerte diferenciación socio-espacial, en términos de clase, a partir del momento en que se desmantela la segregación obligatoria institucionalmente impuesta.

El modelo de segregación étnica urbana más conocido y más estudiado es el de las ciudades norteamericanas, que persiste a lo largo de la historia de los Estados Unidos y que se ha reforzado en las dos últimas décadas, con la localización de los nuevos inmigrantes en sus correspondientes espacios segregados de minorías étnicas, constituyendo verdaderos enclaves étnicos en las principales áreas metropolitanas y desmintiendo así en la práctica histórica el famoso mito del melting pot que sólo es aplicable (y con limitaciones) a la población de origen europeo(8). Así por ejemplo, en el condado de Los Ángeles, 70 de los 78 municipios existentes en 1970 tenían menos del 10% de residentes pertenecientes a minorías étnicas. En cambio, en 1990 los 88 municipios que para entonces componían el condado tenían más del 10% de minorías étnicas, pero 42 municipios tenían más del 50% de minorías étnicas en su población(9).

La concentración espacial

El completo estudio de Massey y Denton (1993) sobre la segregación racial urbana en las ciudades norteamericanas muestra los altos niveles de segregación entre negros y blancos en todas las grandes ciudades. Para un índice de segregación absoluta de 100, la media es de 68,3, que sube hasta una media del 80,1 para las áreas metropolitanas del norte. Las tres áreas principales se encuentran también entre las más segregadas: Nueva York, con un índice de 82; Los Ángeles, con 81,1; y Chicago con 87,8. También el índice de aislamiento de los negros, que mide la interacción entre los negros y otros grupos negros (100 siendo el nivel de aislamiento absoluto) refleja altos valores, con una media del 63,5, que pasa al 66,1 en las áreas del norte y que llega a registrar en Chicago un índice del 82,8.

La concentración espacial de minorías étnicas desfavorecidas conduce a crear verdaderos agujeros negros de la estructura social urbana, en los que se refuerzan mutuamente la pobreza, el deterioro de la vivienda y los servicios urbanos, los bajos niveles de ocupación, la falta de oportunidades profesionales y la criminalidad. En su estudio sobre segregación y crimen en la América urbana, Massey (1995) concluye que la coincidencia de altos niveles de pobreza de los negros y de altos índices de segregación espacial crean nichos ecológicos en los que se dan altos índices de criminalidad, de violencia y de riesgo de ser víctima de dichos crímenes... A menos que se produzca un movimiento de desegregación, el ciclo de violencia continuará; sin embargo, la perpetuación de la violencia paradójicamente hace la desegregación más difícil porque hace beneficioso para los blancos el aislamiento de los negros. A saber: aislando a los negros en barrios segregados, el resto de la sociedad se aísla con relación al crimen y a otros problemas sociales resultantes del alto índice de pobreza entre los negros. Así, en los años 90 han decaído, en términos generales, los índices de criminalidad en las principales ciudades norteamericanas. Entre 1980 y 1992, la proporción del número de hogares americanos que ha sufrido alguna forma de criminalidad se ha reducido en más de un

tercio, pero al mismo tiempo, la probabilidad para los negros de ser víctimas de un crimen se ha incrementado extraordinariamente. Los adolescentes negros tienen una probabilidad nueve veces más alta que los blancos de ser asesinados: en 1960 morían violentamente 45/100.000, mientras que en 1990 la tasa había pasado a 140/100.000. En su estudio sobre la relación entre segregación de los negros y homicidio de los negros en 125 ciudades, Peterson y Krivo encontraron que la segregación espacial entre blancos y negros era el factor estadísticamente más explicativo de la tasa de homicidios de todas las variables analizadas, mucho más importante que la pobreza, la educación o la edad(10). Se mata a quien se tiene cerca. Y cuando una sociedad, rompiendo con sus tradiciones liberales y con sus leyes de integración racial, adopta la actitud cínica de encerrar a sus minorías raciales empobrecidas en ghettos cada vez más deteriorados, provoca la exasperación de la violencia en dichas zonas. Pero, a partir de ese momento la mayoría étnica está condenada a vivir atrincherada tras la protección de la policía y a destinar a policía y a cárceles un presupuesto tan cuantioso como el de educación, como ya es el caso en el estado de California.

Racismo y segregación

Si bien el racismo y la segregación urbana existen en todas las sociedades, no siempre sus perfiles son tan marcados ni sus consecuencias tan violentas como las que se dan en las ciudades norteamericanas. Así, Brasil es una sociedad multirracial, en la que los negros y mulatos ocupan los niveles más bajos de la escala social(11). Pero, aunque las minorías étnicas también están espacialmente segregadas, tanto entre las regiones del país como al interior de las áreas metropolitanas, el índice de disimilaridad, el cual mide la segregación urbana, es muy inferior al de las áreas metropolitanas norteamericanas. Asimismo, aunque la desigualdad económica está influenciada por el origen étnico, las barreras institucionales y los prejuicios sociales están mucho menos arraigados que en Estados Unidos. Así, dos sociedades con un pasado igualmente esclavista evolucionaron hacia patrones distintos de segregación espacial y discriminación racial, en función de factores culturales, institucionales y económicos que favorecieron la mezcla de razas y la integración social en Brasil y la dificultaron en Estados Unidos: una comparación que invita a analizar la variación histórica de una naturaleza humana que no es inmutable.

Ahora bien, lo que sí parece establecido es la tendencia a la segregación de las minorías étnicas en todas las ciudades y en particular en las ciudades del mundo más desarrollado. Así, conforme las sociedades europeas reciben nuevos grupos de inmigrantes y ven crecer sus minorías étnicas a partir de los grupos establecidos en las tres últimas décadas, se acentúa el patrón de segregación étnica urbana. En el Reino Unido, aunque Londres sólo representa el 4,7% de la población, concentra el 42% de la población de las minorías étnicas. Dichas minorías, concentradas particularmente en algunos distritos, se caracterizan por un menor nivel de educación, mayor tasa de paro y una tasa de actividad económica de tan sólo el 58% comparada con el 80% de los blancos(12). En el distrito londinense de Wandsworth, con unos 260.000 habitantes, se hablan unas 150 lenguas diferentes. A esa diversidad étnico-cultural se une el dudoso privilegio de ser uno de los distritos ingleses con más alto índice de carencias sociales. En Göteborg (Suecia), el 16% de la población es de origen extranjero y tiene concentrada su residencia en el nordeste de la ciudad y en las isla de Hisingen. Zurich, que ha visto aumentar su población de extranjeros (sobre todo turcos y yugoslavos) del 18% en 1980 al 25% en 1990, concentra el 44% de esta población en las zonas industriales de la periferia urbana. En Holanda, los extranjeros son tan sólo un 5% de la población total, pero en Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht dicha proporción oscila entre el 15% y el 20%, mientras que en los barrios antiguos de dichas ciudades sube hasta el 50%. En Bélgica la proporción de extranjeros es del 9%, pero en la ciudad de Anderlecht alcanza el 26% y en el barrio de La Rosee, el más deteriorado, los extranjeros representan el 76% de sus 2.300 habitantes(13). En suma, las ciudades europeas están siguiendo, en buena medida, el camino de segregación urbana de las minorías étnicas característico de las metrópolis norteamericanas, aunque la forma espacial de la segregación urbana es diversa en Europa. Mientras que las banliues francesas configuran ghettos metropolitanos periféricos, las ciudades centro-europeas y británicas tienden a concentrar las minorías en la ciudad central, en un modelo espacial semejante al norteamericano, lo que puede contribuir a la decadencia de los centros urbanos si no se mejoran las condiciones de vida de las minorías étnicas en Europa. Por otra parte, la importancia de las pandillas y el florecimiento de actividades criminales es menos acentuado en Europa que en Norteamérica. Pero si las tendencias a la exclusión social continúan agravándose, parece razonable suponer que situaciones similares conducirán a

consecuencias semejantes, salvedad hecha de las diferencias culturales e institucionales. La ciudad multicultural es una ciudad enriquecida por su diversidad, tal y como señaló Daniel Cohn Bendit en su intervención introductoria al Coloquio de Francfort patrocinado por el Consejo de Europa sobre el multiculturalismo en la ciudad(14). Pero, como también quedó de manifiesto en dicho coloquio, la ciudad segregada es la ciudad de la ruptura de la solidaridad social y, eventualmente, del imperio de la violencia urbana.

Las poblaciones flotantes en las ciudades

La geometría variable de la nueva economía mundial y la intensificación del fenómeno migratorio, tanto rural-urbano como internacional, han generado una nueva categoría de población, entre rural, urbana y metropolitana: población flotante que se desplaza con los flujos económicos y según la permisividad de las instituciones, en busca de su supervivencia, con temporalidades y espacialidades variables, según los países y las circunstancias.

Aunque por su propia naturaleza el fenómeno es de difícil medida, una corriente de investigación cada vez más amplia aporta datos sobre su importancia y sobre las consecuencias que tiene para el funcionamiento y gestión de las ciudades(15).

Tal vez la sociedad en la que la población flotante alcanza mayores dimensiones es China durante la última década. Durante mucho tiempo imperó en China el control de movimientos de población regulado en 1958 en el que cada ciudadano chino estaba registrado como miembro de un hukou (hogar) y clasificado sobre la base de dicha residencia. Bajo dicha regulación un cambio de residencia rural a urbana era extremadamente difícil. Los viajes requerían permiso previo y el sistema de racionamiento obligaba a presentar en las tiendas o restaurantes los cupones asignados al lugar de residencia y trabajo. Así, el sistema hukou fue un método efectivo de controlar la movilidad espacial y reducir la migración rural-urbana(16). Sin embargo, con la liberalización económica de China durante los años ochenta la inmovilidad se hizo disfuncional para la asignación de recursos humanos según una dinámica parcialmente regida por leyes de mercado. Además la privatización y modernización de la agricultura aumentó la productividad y expulsó de la tierra a decenas de millones de campesinos que resultaron ser mano de obra excedente(17). Imposibilitado de atender las necesidades de esta población rural económicamente desplazada, el gobierno chino optó por levantar las restricciones a los movimientos de población y/o aplicarlas menos estrictamente, según las regiones y los momentos de la coyuntura política. El resultado fue la generación de masivas migraciones rural-urbanas en la ultima década, sobre todo hacia las grandes ciudades y hacia los centros industriales exportadores del sur de China. Pero dichas ciudades y regiones, pese a su extraordinario dinamismo económico (de hecho, los centros de más alta tasa de crecimiento económico del mundo en la última década) no pudieron absorber como trabajadores estables a los millones de recién llegados, ni proveerlos con viviendas y servicios urbanos, por lo que muchos de los inmigrantes urbanos viven sin residencia fija o en la periferia rural de las metrópolis, y otros muchos adaptan un patrón de migraciones pendulares estacionales yendo y viniendo entre sus aldeas de origen y los centros metropolitanos(18). Así Guangzhou (Cantón), una ciudad de unos seis millones de habitantes, contabilizaba en 1992, un total de 1,34 millones de residentes temporales a los que se añadían 260.000 turistas diarios. En el conjunto de la provincia de Guandong se estimaban en al menos 6 millones el número de migrantes temporales. En Shanghai, a fines de los 80 había 1,83 millones de flotantes, mientras que en 1993, tras el desarrollo del distrito de industrial de Pudong, se estimaba que un millón más de flotantes habían llegado a Shanghai en ese año. La única encuesta migratoria fiable de la última década, realizada en 1986, estimó que en esa fecha el 3,6% de la población de las 74 ciudades encuestadas eran residentes temporales. Otra estimación a nivel nacional, evalúa el número de flotantes en 1988, entre 50 y 70 millones de personas. Lo que parece indudable es que el fenómeno se ha incrementado. La estación central de ferrocarril de Pekín, construida para 50.000 pasajeros diarios, ve transitar por ella actualmente entre 170.000 y 250.000, según los períodos. El gobierno municipal de Pekín estima que cada incremento de 100.000 visitantes diarios a la ciudad consume 50.000 kilos de grano, 50.000 kilos de verduras, 100.000 kilovatios de electricidad, 24.000 litros de agua y utiliza 730 autobuses públicos. Dicho número de visitantes ocasiona 100.000 kilos de basura y genera 2.300 kilos de desechos de alcantarillado. Las condiciones de vida de esta población flotante son muy inferiores a las de la población permanente(19) y son, a la vez, presa fácil del crimen y refugio de criminales, lo que aumenta los prejuicios contra ellos entre la población residente. Aunque de menor dimensión que en China, el fenómeno de la población flotante es característico de la mayor parte del mundo en desarrollo y en particular de Asia(20). Así en Bangkok, de los emigrantes llegados la ciudad

entre 1975 y 1985, el 25% habían vivido ya en tres ciudades diferentes y el 77% de los encuestados no pensaban quedarse en Bangkok más de un año, mientras que sólo el 12% de los migrantes se habían censado regularmente en su residencia de Bangkok, indicando una existencia a caballo entre sus zonas de origen y los distintos mercados de trabajo urbanos. En Java, el Banco Mundial estimó que en 1984 el 25% de los hogares rurales tenían al menos un miembro de la familia trabajando en un centro urbano durante una parte del año, lo que equivalía al 50% de la población activa urbana. Tendencias similares han sido observadas en Filipinas y Malasia(21). La amplitud del fenómeno, y su difusión en otras áreas del mundo, hace cada vez más inoperante la distinción entre rural y urbano, en la medida en que lo verdaderamente significativo es la trama de relaciones que se establecen entre el dinamismo de las grandes ciudades y los flujos de población que se localizan en distintos momentos en distintos tiempos y con distintas intensidades, según los ritmos de articulación entre economía global y economía local.

En las ciudades de los países desarrollados también se asiste a un incremento de población flotante de un tipo distinto. Así, Guido Martinotti, en un interesante estudio(22) ha insistido en la importancia de poblaciones de visitantes que utilizan la ciudad y sus servicios sin residir en ella. No sólo proviniendo de otras localidades del área metropolitana, sino de otras regiones y otros países. Turistas, viajeros de negocios y consumidores urbanos forman en un día determinado en las principales ciudades europeas, (pero también norteamericanas y sudamericanas) una proporción considerable de los usuarios urbanos que, sin embargo, no aparecen en las estadísticas ni son contabilizados en la base fiscal e institucional de los servicios urbanos que, sin embargo, utilizan intensamente.

Tres son los principales problemas ocasionados por las poblaciones flotantes en la gestión urbana. En primer lugar, su existencia suscita una presión sobre los servicios urbanos mayor de lo que la ciudad puede asumir, a menos de recibir ayudas especiales de los niveles superiores de la administración, en consonancia con su población real y el uso efectivo que se hace de su infraestructura. En segundo lugar, la falta de contabilidad estadística adecuada de dicha población flotante, así como la irregularidad de sus movimientos, impiden una planificación adecuada de los servicios urbanos. En tercer lugar, se crea una distorsión entre las personas presentes en la ciudad y la ciudadanía capaz de asumir los problemas y el gobierno de la ciudad. Ello es negativo tanto para los flotantes, carentes de derechos y, en ocasiones, ilegalizados, como para los residentes que ven rota la solidaridad de la ciudadanía por la existencia de diferencias de status jurídico y de pertenencia comunitaria en el seno de la población real de la ciudad. Así pues, el desarrollo de poblaciones flotantes, directamente relacionado con la globalización de los flujos económicos y de comunicación, constituye una nueva realidad urbana para la que todavía no tienen respuesta las ciudades.

Multiculturalismo y crisis social urbana

En mayo de 1991 se reunieron en Francfort, bajo los auspicios del Consejo de Europa, representantes de distintos gobiernos municipales europeos para tratar las políticas municipales para la integración multicultural de Europa. En la declaración publicada al final de dicha reunión(23) se constataba que los países europeos, como consecuencia de décadas de inmigración y emigración, se habían tornado sociedades multiculturales. Asimismo, en la medida en que los inmigrantes y las minorías étnicas resultantes se concentraban en las grandes ciudades, las políticas de tratamiento de la inmigración y de respeto del multiculturalismo constituían un componente esencial de las nuevas políticas municipales. Concluían afirmando que sólo una Europa genuinamente democrática capaz de llevar adelante una política de multiculturalismo puede ser un factor de estabilidad en el mundo y puede combatir efectivamente los desequilibrios económicos entre el norte y el sur, el este y el oeste, que conducen a la emigración desordenada (p.167). Una constatación similar puede hacerse en la sociedad norteamericana y con relación al mundo en general. Y sin embargo, las reacciones xenófobas en todos los países y el incremento del racismo y el fanatismo religioso en todo el mundo no parecen augurar un fácil tratamiento de la nueva realidad urbana. Los inmigrantes, y las minorías étnicas, aparecen como chivos expiatorios de las crisis económicas y las incertidumbres sociales, según un viejo reflejo históricamente establecido, explotado regularmente por demagogos políticos irresponsables. Aun así, la terca nueva realidad de una economía global interdependiente, de desequilibrios socioeconómicos y de la reproducción de minorías étnicas ya residentes en los países más desarrollados hacen inevitable el multiculturalismo y la plurietnicidad en casi todo el mundo. Incluso Japón, una de las sociedades culturalmente más homogéneas en el mundo, está experimentando un rápido

aumento de su población extranjera, mientras que se asiste al crecimiento de los yoseba (trabajadores ocasionales sin empleo ni residencia fija) y a su localización espacial temporal en ghettos urbanos, como el de Kamagasaki en Osaka. Hay quienes piensan, incluidos los autores de este libro, que la plurietnicidad y la multiculturalidad son fuentes de riqueza económica y cultural para las sociedades urbanas(24). Pero incluso quienes estén alarmados por la desaparición de la homogeneidad social y las tensiones sociales que ello suscita deben aceptar la nueva realidad: nuestras sociedades, en todas las latitudes, son y serán multiculturales, y las ciudades (y sobre todo las grandes ciudades) concentran el mayor nivel de diversidad. Aprender a convivir en esa situación, saber gestionar el intercambio cultural a partir de la diferencia étnica y remediar las desigualdades surgidas de la discriminación son dimensiones esenciales de la nueva política local en las condiciones surgidas de la nueva interdependencia global.

Jordi Borja
Urbanista
Manuel Castells
Profesor de investigación en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC) de Barcelona

Este artículo forma parte del libro de próxima aparición "Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información".
(1). Carlos Alonso Zaldívar y Manuel Castells (1992) "España, fin de siglo", Madrid: Alianza Editorial 1992.
(2). G. Papademetriou y P. Martín (eds) (1991) "The unsettled relationship: labor migration and economic development", Wetsport: Greenwood Press.
UNDIESA (United Nations Department for International Economic and Social Affairs) (1991) "World Urbanization Prospects: Estimates and Projections or urban and rural populations and of urban agglomerations", Nueva York: United Nations.
John Kasarda y Allan Parnell (eds) (1993) "Third World Cities: Problems, Policies and Prospects", Londres: Sage Publications.
(3). Findley, 1993. En Kasarda y Parnell, op. cit.
(4). Duncan Campbell "Foreign investment, labor immobility and the quality of employment", International Labour Review, 2, 1994.
(5). Sharon Stanton Rusell y otros "International Migration and Development in Subsaharan Africa", World Bank Discussion Papers 101-102, Washington DC: World Bank, 1990.
(6).Peter Stalker (1994) "The work of strangers. A survey of international labour migration", Ginebra: International Labour Office.
(7). Peter Stalker, op. cit.
(8). Ed Blakely y William Goldsmith (1992) "Separate societies", Philadelphia: Temple University Press.

LA CIUDAD DE LA NUEVA ECONOMIA:

Manuel Castells
Voy a intentar situar el papel que están cobrando las ciudades en un proceso de cambio histórico, que se caracteriza, de forma descriptiva más que analítica, bajo el término de “Era de la Información”. Para tratar de concretar más esta problemática, que puede ser excesivamente vaga, incluso ideológica, me voy a referir muy específicamente a las condiciones en que se desarrolla lo que se ha dado en llamar “la nueva economía”, centrada a partir de la transformación tecnológica y organizativa, y tras sintetizar cual es esta transformación, trataré de analizar más específicamente cual es el papel de las ciudades en esta nueva economía y, aún más, en la relación, problemática, que se establece entre esta nueva economía y los

procesos sociales e institucionales que están en la base de nuestra convivencia y de nuestra vida.

En primer lugar déjenme resumir qué entendemos por “la nueva economía”. La nueva economía es un término que está consagrado en los medios de comunicación y por tanto, más que intentar siempre redefinirlo, cambiar las palabras y decir “no, no es la nueva economía, es otro tipo de economía”, prefiero, en general, ir con lo que se comunica, ir con la comunicación, pero, darle un contenido preciso y analítico.

¿Qué es concretamente la nueva economía? Para empezar, la nueva economía es la nuestra, es en la que estamos ya. No es el futuro, no es California, no es América,... es la nueva economía que se desarrolla de forma desigual y de forma contradictoria, pero que se desarrolla en todas las áreas del mundo.

La economía del conocimiento

Se caracteriza fundamentalmente por tres grandes rasgos interrelacionados:

Es una economía que está centrada en el conocimiento y en la información como bases de producción, como bases de la productividad y bases de la competitividad, tanto para empresas como para regiones, ciudades y países. Esto se dice pronto pero tiene grandes consecuencias, porque el tratar de cómo se genera productividad quiere decir cómo generamos riqueza, que en el fondo es la base material para lo que luego podamos hacer. Por ejemplo, reforzar el Estado de bienestar y ampliar la protección social en lugar de desmantelarlo. Esto que parece un problema difícil de resolver en una época de crecientes problemas sociales. En el momento en que hay más abundancia, no hemos resuelto los problemas, porque más recursos se pueden utilizar para hacer la guerra en lugar de para hacer el amor, pero por otro lado, sin los recursos, todos los problemas se hacen extremadamente más angustiosos. Por consiguiente, generar fuentes de productividad es un tema absolutamente esencial y, en este sentido, la nueva economía está por fin permitiendo prever la posibilidad de un salto histórico en la relación entre forma de actividad económica y generación de riqueza.

Hablando claro, lo que se esperaba desde hace tiempo, que ya había analizado junto con otros economistas y sociólogos desde hace 5 o 6 años, la idea de que la revolución tecnológico-informacional, a partir de un determinado momento y a partir de una cierta transformación organizativa de empresas y cultural de sociedades, podría empezar a proporcionar el dividendo de productividad, se está observando estadísticamente. Se está observando pese a la debilidad de nuestras categorías estadísticas procedentes de la sociedad industrial. Pero, en estos momentos podemos, sobretodo en Estados Unidos, porque ha habido unos pequeños cambios de categorización estadística que han permitido ya, sólo con estos pequeños cambios, medir algo mejor lo que se estava produciendo. En Estados Unidos, en el año 99 la productividad ha crecido, en promedio, al 2’9%. En los últimos seis meses ha crecido al 5%. Un incremento del 5% de productividad, sobre tasa anualizada, es realmente espectacular; es más del doble de lo que se produjo en los años gloriosos de crecimiento económico de los 60. En Europa, en cambio, la productividad se está manteniendo, en los últimos dos años, entorno a una tasa media de crecimiento, en la Unión Europea, del 1’9%.

Simplemente pasando al promedio anual americano, creo que puede ser más alto: un punto más. Un punto más, en los próximos diez años, quiere decir que cambia todo y que por ejemplo, en Estados Unidos, hoy día, cuando hace 5 o 6 años la discusión era si se quebraba la Seguridad Social o no, en estos momentos la discusión es para que se utilizan los billones de 12 ceros de dólares, si para pagar la deuda nacional, cosa que nunca se había planteado en ningún país en la historia, o para asegurar la Seguridad Social en los próximos 30 años. Eso no impide que 45 millones de americanos no tengan seguro de salud y que un niño americano de cada cinco viva en la pobreza.

Pero ahí entramos en el problema de redistribución social, en el problema de desigualdad y de competitividad individual salvaje. Ahora más que nunca es una sociedad injusta, la sociedad americana, porque precisamente en estos momentos hay la capacidad, puede haber la capacidad de desarrollo de productividad. Este es un tema central para todo el mundo.

Una economía global

En segundo lugar, no insistiré pero hay que mencionarlo, esta economía basada en la productividad generada por conocimiento e información, es una economía global. Global no quiere decir que todo esté globalizado, sino que las actividades económicas dominantes están articuladas globalmente y funcionan cómo una unidad en tiempo real. Y, fundamentalmente, funcionan entorno a dos sistemas de globalización económica: la globalización de los mercados financieros interconectados, en todas partes, por medios electrónicos y, por otro lado, la organización a nivel planetario de la producción de bienes y servicios y de la gestión de estos bienes y servicios.
Les recuerdo para marcar algunas ideas, que cuando se está discutiendo, sobretodo, la internacionalización del comercio es, en realidad, una función de la internacionalización de la producción, o sea, más que exportar, lo que se está haciendo es producir internacionalmente.
Las 53.000 empresas multinacionales y sus 415.000 subsidiarias organizan, en estos momentos, el 25% del producto bruto mundial en términos de producción, representan más o menos un 75% del comercio internacional incluyendo un 40% del comercio mundial que se realiza al interior de firmas y de sus empresas subsidiarias. Por tanto, cuando estamos haciendo grandes batallas sobre el comercio internacional, lo que realmente ha ocurrido es que hemos internacionalizado la producción, y es a través de estos circuitos donde se está generando la articulación económica planetaria. Por eso, el proteccionismo tiene cada vez menos sentido, porque ya están las empresas funcionando de forma transnacional y mucho más, obviamente, en sistemas cómo la Unión Europea.
La tercera característica, indispensablemente ligada a estas otras dos, es el hecho de que es una economía que funciona en redes, en redes descentralizadas dentro de la empresa, en redes entre empresas, y en redes entre las empresas y sus redes de pequeñas y medias empresas subsidiarias. Es esta economía en red la que permite una extraordinaria flexibilidad y adaptabilidad. Es, por tanto, una economía informacional, es una economía global y es una economía organizada en red, y ninguno de esos factores puede funcionar sin el otro. Por tanto, no es sólo una economía del conocimiento, es una economía algo más compleja y eso es lo que se llama la nueva economía.

Internet es una forma de organización
Esta economía tiene una base tecnológica. Esa base tecnológica es tecnologías de información y comunicación de base microelectrónica y tiene una forma central de organización cada vez mayor, que es internet. Internet no es una tecnología, internet es una forma de organización de la actividad. El equivalente de internet en la era industrial es la fábrica: lo que era la fábrica en la gran organización en la era industrial, es internet en la Era de la Información. La nueva economía no es las empresas que hacen internet, no son las empresas electrónicas, son las empresas que funcionan con y a través de internet. Y si quieren les pongo un ejemplo, porque si no parece demasiado abstracto. Podría poner ejemplos más, digamos, cercanos a la realidad catalana o europea, pero prefiero ilustrar las ideas. Quiero tomar un ejemplo de una empresa concreta. Lo mismo que en la forma de organización de la era industrial se tomó como ejemplo, como símbolo en cierto modo, la organización de la producción en la empresa “Ford”, hasta el punto que ciertos economistas acuñaron el término fordismo y postfordismo, etc. No estuve muy de acuerdo con ésta terminología, es demasiada gloria para Ford. En todo caso lo hubiera llamado ford-leninismo, porque Lenin admiraba profundamente el sistema de Henry Ford y organizó la producción soviética en torno al mismo modelo.
Pero si tratamos de hacer el mismo sistema, el mismo ejemplo, hoy día encontraremos una empresa que se llama Cisco Systems. Es una empresa de Silicon Valley, en California, que produce los commutadores y los reuters, que son los sistemas de dirección de los flujos de internet. Para entendernos, es, un poco, la fontanería de internet, son los equipamientos de fontanería de internet. Venden el 80% de estos equipamientos en el mundo. Cisco Systems funciona de la forma siguiente: tienen un webside en que hay una serie de ofertas tecnológicas de productos y de soluciones de ingeniería a estos productos. Las empresas que quieren instalar sus sistemas de internet se van a este webside y expresan, a partir de lo que hay allí, sus necesidades, las necesidades de lo que quieren comprar, que no tiene que ser uno de los productos o la combinación, sino dicen: “éste es el tipo de producto que queremos, con estas características y estas necesidades”, y esa información pasa a los proveedores de Cisco Systems.

Un caso concreto

Cisco es una empresa industrial, manufacturera, fabrica, pero no tiene fábricas. Tiene, en realidad, una fábrica y 29 fábricas, privilegiadas, que no forman parte de Cisco Systems. Estas fábricas van, también, al webside y miran que está pidiéndose en ese día y en esa hora, y con qué características técnicas. Y, entonces, ofrecen productos que se adaptan a la especificación técnica de Cisco Systems, a lo que esas fábricas pueden producir indicando en qué tiempo y con qué costo, resultará lo que los clientes están pidiendo. Y a partir de ahí se realiza la transacción. El 85% de las operaciones de Cisco Systems pasan por el webside y el 50% de las ventas se realizan sin ninguna intervención de los ingenieros de Cisco Systems. Entonces, ¿qué vende Cisco Systems? Vende conocimiento, pero no sólo conocimiento tecnológico, sino conocimiento de aplicación de ingeniería y conocimiento de qué tipo de proveedores existen en el mundo. El webside se actualiza cada día y a veces cada hora. O sea, capacidad de adaptación en base a conocimiento e información.
La empresa Cisco Systems parece una empresa que, en términos de empleo, no es tan grande, tiene 25.000 empleados, tan sólo, la mitad en California, pero cabe subrayar:
Uno: vende el 80% del equipamiento de base de internet.
Dos: La capitalización de Cisco Systems, que fue una empresa que empezó hace 14 años con dos millones de dólares de capital inicial, en estos momentos, es de 310.000 millones de dólares en cotización de la semana pasada, que para darnos una idea, es cinco veces el valor de mercado de General Motors. O, si quieren, en otra estimación, 6 veces el valor de mercado de Boeing.
Se puede decir: “sí, pero están sobreevaluados”. Están sobreevaluados pero con su valor se han comprado 20 empresas en el último año, entonces, la sobreevaluación se convierte en patrimonio real.
Les pongo éste ejemplo porque estoy intentando pasar del modelo “Ford” al modelo Cisco. Y “Ford”, también, “Ford”, cómo saben ustedes, el mes pasado distribuyó créditos a sus empleados, les regaló ordenadores personales, tiempo de internet y cursos de formación para trabajar en internet. “Ford” ahora adopta el modelo Cisco. Éste modelo es el modelo que se está desarrollando en todas las actividades. El señor Martí Parellada nos contaba la existencia del lanzamiento de un nuevo sitio en internet: “todoelmarisco.com”. Perdonen por la publicidad. En el que ustedes organizan su mariscada y ellos se la traen a casa. Y, obviamente, ellos seguro que no producen marisco, como la gente que maneja Amazon no han leído un libro en su vida, probablemente porque estaban demasiado ocupados en construir el webside de internet. Tengo alguna base empírica para poder decir esto.
Permítanme fijar dos ideas:
Una: Este tipo de actividad y de trabajo es generalizado, es de toda la economía y son todas las empresas que están evolucionando en esta dirección. No se trata solamente de que todas utilicen internet, sino de que se organizan entorno a la red de relaciones, que esta electrónicamente conectada y basada en la información.
¿Por qué esa nueva economía es y será mundial y no simplemente norteamericana? Muy sencillo, porque por competencia global, las empresas que no funcionen así serán eliminadas. La comparación con la era industrial es: producir con electricidad o sin electricidad.
Acabo de llegar de Lisboa, de una reunión de la presidencia portuguesa de la Unión Europea y las conclusiones de esa reunión fueron éstas: que Europa entra de lleno en la nueva economía y que el gran desafío, el gran reto, es cómo las instituciones europeas y el modelo social europeo se adaptan, no para servir a la nueva economía, sino para que la nueva economía sirva al modelo social y político europeo. Creo que es el gran reto.
La nueva economía es global pero no todas las instituciones tienen que ser cómo Silicon Valley y no todas las sociedades tienen que ser cómo California, afortunadamente.

El papel de las ciudades
En ese sentido, ¿qué papel juegan las ciudades en medio de esta transformación?, que me parece absolutamente histórica, no en términos ideológicos, sino en términos de lo que estamos observando. Creo que, de entrada, las ciudades van a jugar un doble papel que trataré de detallar.
Esa nueva economía es, por un lado, una economía de extraordinaria capacidad de generación de riqueza, pero es una economía centrada, en estos momentos, en el desarrollo de redes entre individuos y empresas extremadamente competitivas sin ninguna al interés público, al bien común, a lo que sean valores que no puedan ser capitalizados en el mercado. Entonces, mi tesis general, que ahora voy a tratar de analizar en concreto, es que las ciudades son claves tanto como productoras de los procesos de generación de riqueza en el nuevo tipo de

economía, como productoras de la capacidad social de corregir los efectos desintegradores y destructores de una economía de redes sin ninguna referencia a valores sociales más amplios, más colectivos o no medibles en el mercado, como por ejemplo la conservación de la naturaleza o la identidad cultural.

En concreto, ¿qué quiere decir esto? En primer lugar, las ciudades son, empíricamente, los medios de innovación tecnológica y empresarial más importantes. A principios de los 90, junto con otro colega, nos recorrimos el mundo (una paliza y no se crean tan agradable, porque en esos casos lo único que se ven son empresas tecnológicas y aviones y trenes de alta velocidad) y observamos cuales eran, donde estaban realmente los medios de innovación tecnológica. Los medios de innovación tecnológica, casi sin excepción, son grandes áreas metropolitanas con ciudades potentes impulsando esas áreas metropolitanas, empíricamente hablando. No encontramos, ningún caso de un medio de innovación tecnológica o empresarial que se hubiera desarrollado de forma nueva, en pleno desierto, en relación con un proyecto voluntarista de gobierno: simplemente no existen. Existen algunos parques tecnológicos con éxito, pero no medios de innovación realmente generadores de riqueza.

Desde entonces han habido dos de los lugares observados como embriones posibles, que se han desarrollado con mayor nivel de innovación. Uno es Cambridge, en el Reino Unido, y otro es el parque de Hsin-chu , relativamente cercano a Taipei, Pero en realidad Hsin-chu está a 70 Km. de Taipei y es parte de la área metropolitana de Taipei, y Cambridge, por mucho que digan que no, es parte de Londres. Con lo cual, en buena medida, son áreas tecnológicas desarrolladas y ligadas a grandes áreas metropolitanas. Como Silicon Valley es una área metropolitana, que está separada de San Francisco, pero que está ligada a San José, que es más grande que San Francisco. En este momento San José tiene 1.100.000 habitantes y San Francisco 700.000.

El primer elemento es que estos medios de innovación metropolitanos, son esenciales porque, a través de la sinergía que generan, de las redes de empresas, de innovaciones, de capital, atraen continuamente los dos elementos claves del sistema de innovación, que son la capacidad de innovación, es decir, talento, personas con conocimiento e ideas, y atraen capital, sobretodo capital riesgo, que es el capital que permite la innovación.

Por ejemplo, ¿porqué Silicon Valley sigue siendo la punta de la innovación mundial? No por las cosas que hacía en los años 80, sino porque en los años 90 se ha vuelto a renovar. ¿Cómo se ha vuelto a renovar, cuando ya había agotado toda la capacidad de innovación que existía en California? Silicon Valley está importando cientos de miles de ingenieros y técnicos avanzados de China, India, Rusia, Taiwan, etc. El estudio que hicimos en nuestro departamento el año pasado muestra que de las nuevas empresas creadas en Silicon Valley, en los años 90, el 30 % son creadas y dirigidas por chinos o indios. Capital que apuesta sobre el talento y talento que llega desde donde sea.

Esto es un medio de innovación, y un medio de innovación es un centro de atracción, con lo cual observamos que esta economía global tiene nodos, tiene concentración territorial. Estos medios de innovación están territorialmente concentrados. Para hacer algo hoy día en tecnología, hace falta esta capacidad en tecnología y en innovación empresarial, hace falta estar en ciertos medios de innovación que después se articulan a través de redes de telecomunicaciones en el conjunto del mundo.

Hace tres semanas, Newsweek sacó un número especial sobre el desarrollo de la nueva economía en Europa y señaló 14 puntos que son grandes áreas de innovación, y que están convirtiéndose en los centros motores de la nueva economía en Europa. Todas grandes áreas metropolitanas y con Barcelona en el noveno lugar. Madrid no está en la lista. Barcelona, sí: como economía dinámica y uno de los más rápidos desarrollos de empresas internet en Europa, etc. Lo digo para señalar la verificación empírica de que son los medios de innovación territorialmente concentrados en torno a ciudades dinámicas, los que constituyen las fuentes de riqueza en la nueva economía.

El conocimiento está en las personas

Entremos un poco más en por qué es así. Creo que, por un lado, hay la idea de que lo que llamamos conocimiento, información, no es abstracto. Está depositado materialmente en cerebros y los cerebros, generalmente, suelen ir unidos a personas. Por consiguiente, son trabajadores de alta cualificación. Son innovadores capaces de tener ideas y aplicarlas, los que constituyen, realmente, la materia prima de esta nueva economía. Pero desarrollemos la idea. Si lo que importa son personas de alta capacidad intelectual y de conocimiento, ¿cómo se producen estas personas? No se generan por razones genéticas, ¿cierto?

Fundamentalmente, hay tres elementos. El primero es la educación. Pero la educación no es solamente el poner al niño en la escuela o que haya buenas escuelas. La educación, en primer lugar, es que a partir de un desarrollo del sistema educativo, sea una educación capaz de producir gente con autonomía de pensamiento y con capacidad de autoprogramación y de adquisición de conocimientos el resto de su vida. Pero es más, es algo que en Barcelona han desarrollado ya hace tiempo y que es el concepto de ciudad educativa: no es solamente la escuela cómo elemento de educación, sino es la idea del conjunto de una sociedad local, a través de una serie de interacciones, incluyendo actividades culturales, incluyendo relaciones con los medios de comunicación, incluyendo elementos de animación ciudadana. Es el conjunto del sistema de relaciones sociales locales que produce un sistema de información interactiva, que desarrolla la capacidad educativa en un sentido amplio y no simplemente de adquisición de conocimientos.
Un segundo elemento: servicios públicos que funcionen. Michael Cohen señala que por mucho internet que se desarrolle y mucha inversión que haya en las ciudades, si luego los transportes no funcionan o hay inundaciones, internet no resuelve estos problemas. Por consiguiente, la calidad de los servicios públicos y, en concreto, de los servicios públicos municipales, es absolutamente decisiva para que todo lo demás funcione.
En el famoso Silicon Valley acaba de hacerse una encuesta que indica que el 80% de la gente está entusiasmada con su trabajo, con su dinero, con todo esto. Pero el 80% de gente dice que no soporta la vida en Silicon Valley, porque tienen que pasarse tres horas y media al día en los atascos del tráfico, porque no pueden respirar, porque están aislados, porque es el individualismo feroz, porque la familia se hunde. Es decir, una total insatisfacción con todo lo que no es el trabajo y el dinero. Trabajan cada vez más y viven encerrados en su trabajo y comiendo comida china que les traen por internet. Pero, fundamentalmente, el deterioro de todo lo que es colectivo acaba impactando sobre la productividad del trabajo.
Y en tercer lugar, en términos más amplios, no son los servicios públicos sino la calidad de vida, en el sentido amplio. Hay una serie de investigaciones que muestran como la calidad de vida hace dos cosas en los medios de innovación. Por un lado, atrae gente a los medios de innovación, es decir aquellos medios de innovación que ofrecen poca calidad de vida no son capaces de atraer, con respecto a otros, el nuevo talento que es necesario. Y segundo, una vez que se está en un lugar, hay que retener ese talento y, además, hacer posible que ese talento sea capaz de aplicaciones tecnológicas y empresariales no totalmente destructivas y no totalmente neuróticas, que tienen, en buen sentido, una relación directa con la calidad de vida. En términos sintéticos, existe un efecto retroactivo de calidad de vida sobre productividad y de productividad sobre calidad de vida. Es un efecto virtuoso: calidad de vida urbana y metropolitana y su efecto sobre la productividad y la creación de riqueza.

Ciudad y universidad

Otro elemento que es fundamental, en este sentido, es la relación entre ciudad y universidad en la nueva economía. Parece obvio que las universidades son un motor de crecimiento económico, tecnológico y empresarial, pero también, son un factor de creación de ciudad. Hoy día, la universidad no es un elemento más. Es un elemento esencial de la dinamización del tejido urbano, a la vez que un elemento esencial de la producción de mano de obra cualificada, de innovadores y de personas con ideas nuevas. Esta nueva economía no es simplemente de gente que hace electrónica, es de gente que aprende a pensar o enfocar las cosa de forma nueva. Y esto depende de la calidad del sistema de educación universitaria. Por cierto, que, en este sentido, se está imponiendo cada vez más la idea de la importancia de los campus urbanos como elemento, a la vez, de dinamización y de absorción de ideas de un tejido social más amplio que el de la propia universidad. Por campus urbanos quiero decir campus, también.
La idea de universidades con facultades distribuidas en el conjunto de la ciudad, no parece eficaz. Históricamente, se produce así en muchas ciudades y se puede tener una buena universidad en esos términos, pero la dispersión hace que el trabajo interdisciplinario, la fusión de enseñanzas de distinto tipo, tenga mucha mayor dificultad. Es mucho más difícil para los estudiantes tomar materias de distintas facultades, que es un elemento fundamental de la nueva universidad. Es mucho más difícil para los colegas articularse entre ellos.
Por tanto, la noción de campus sigue siendo una noción productiva en términos culturales y de innovación pero, al mismo tiempo, la integración de ese campus en tejidos urbanos densos parece que también es el elemento que se está señalando como de mayor productividad cultural y, a la vez, urbana.

La cuestión de cómo estimular territorialmente esos medios de innovación a los que me he referido antes, parece ir en sentido contrario a los llamados parques tecnológicos. Me explico, porque es un tema que he trabajado bastante y, en particular, en España.
En primer lugar, la mayor parte de parques tecnológicos, de tecnológico tienen poco. Son, generalmente, o bien viejas operaciones de tipo zonas industriales o, en la mayor parte de los casos, operaciones inmobiliarias con un añadido de prestigio ideológico. Pero, más aún, diría que, aparte de esto, que es una crítica que ya se ha hecho muchas veces, hay algo más. Que es que la problemática de parques tecnológicos de los años 80, no es aplicable en el año 2000, incluso ya en los últimos años de los 90, porque en este momento no se trata tanto de hacer hard como de hacer soft. La idea no es poner más fábricas de microelectrónica. No tiene ningún sentido añadir más fábricas de microelectrónica a las que ya existen en los lugares que ya se han especializado en microelectrónica. Dejemos, en cierto modo, que los japoneses hagan microelectrónica o que las grandes empresas multinacionales estén trabajando en microelectrónica en Asia del sudeste.
Lo que hoy día cuenta es la capacidad de acción tecnológica sobre aplicaciones, sobre sistemas de software avanzado y sobre tecnologías de redes de todo tipo: tecnologías de telecomunicaciones. La gran frontera, a la que ya se ha llegado, es el internet móvil. Son los temas de telecomunicaciones y de transmisión y procesamiento electrónico en tecnología móvil. Éste tipo de acción no se soluciona con parques tecnológicos donde se puedan concentrar grandes instalaciones industriales, son medios de innovación intensivos en inteligencia más que intensivos en edificios. Y el tema ahí, consiste en buscar las formas de articulación entre el territorio y estos mecanismos de innovación, mucho más sutiles, mucho más ligados a la dinámica propia de la innovación y, en particular, de la innovación de pequeñas y medias empresas. Y, también para fijar las ideas, dos ejemplos: uno negativo y otro positivo.
El mayor fracaso de desarrollo tecnológico territorial de los último 5 años es el llamado " corredor multimedia" de Kuala Lumpur en Malasia, en donde se han gastado miles y miles de millones de dólares en crear una megaestructura absolutamente futurista para atraer grandes fábricas. Con todos los nombres de la electrónica han creado un consejo consultivo presidido por Bill Gates y en el cual está IBM y están todas las grandes empresas de la microelectrónica. Y, ¿qué han puesto ahí? Fábricas de segundo orden, fábricas que no necesiten en otros lugares, con muy poco valor añadido, relativamente poca creación de empleo, pero sobretodo, nula capacidad de innovación; es aplicación de la innovación que ya existía. Pero, sin embargo, lo que sí se ha conseguido es una operación publicitaria de que el gobierno de Malasia va a ser casi tan importante cómo el de Singapur, que, por su cuenta, ya había desarrollado ésta operación, con mucho más éxito, cuando había que desarrollarla hacía 15 años.
Un ejemplo positivo que es muy polémico, pero quiero explicar el por qué es positivo en mi opinión. Positivo en términos de que ha generado una extraordinaria innovación: el desarrollo de lo que se llama "el barrio multimedia" en San Francisco. El barrio multimedia en San Francisco ha generado, en estos momentos, entorno a las 2.500 empresas pequeñas, muy pequeñas en general, de menos de 10 y 15 personas como promedio. San Francisco y Nueva York, más o menos al mismo nivel, son hoy los dos centros de diseño real de multimedia. El mercado que han desarrollado en el último año oscila entorno a los 35.000 millones de dólares, porque son los que hacen las cosas que luego Hollywood pone en funcionamiento. Pero la tecnología y la concepción está ahí. No es que a mi me guste mucho pero, por ejemplo, todos los efectos especiales de la ultima serie de "La Guerra de las Galaxias" están desarrollados allí. Por tanto, no es alta creación cultural. Pero "La Guerra de las Galaxias generó en publicidad, no en ingresos, 2.500 millones de dólares. En publicidad, simplemente, para poner marcas dentro de la película. Fuera o no un éxito la película, era lo que esas empresas querían introducir cómo publicidad indirecta en el texto de la película.

El caso de San Francisco
Este multimedia en San Francisco se ha generado, en los últimos 10 años, en la zona más deteriorada de la ciudad, una vieja zona industrial bastante destruida que estaba ocupada, fundamentalmente, por dos subculturas: la subcultura sadomasoquista y la subcultura de artistas pobres, que no eran los mismos. Los sadomasoquistas eran más ricos mientras que los artistas, realmente, estaban allí porque necesitaban mucho espacio para hacer sus obras y usaban las viejas naves industriales. Estos artistas, un buen día, fueron contactados por empresas de Silicon Valley que querían entrar a fondo en el multimedia, pero que necesitaban mentes enfebrecidas, no tecnológicas, sino capaces de imaginar cosas rarísimas que

impactaran a la gente, con lo cual se hizo la conexión entre la capacidad artística de creación y la tecnología electrónica más avanzada. De ahí salieron las empresas multimedia. Pero, entonces, ¿qué ocurre? Estos artistas vivían en sus casa en una zona residencial, que había sido industrial y había cambiado la calificación a la residencial para que pudieran vivir allí esta gente, más o menos marginada, pero respetada por el municipio. ¿En qué medida, el municipio, ha contribuido, en los últimos 5 años al desarrollo de esta zona? Han cambiado la ordenanza municipal y han creado una ordenanza mixta de trabajo y residencia en el mismo local, que en el fondo reconstruye el principio de la era industrial y, por tanto, reconstruye lo que era la actividad industrial de esa zona en la prehistoria de San Francisco. Es decir, hace 110 años o 120 años, al principio de la historia de San Francisco. Y a partir de esa recalificación permiten que la nueva industria, las nuevas actividades industriales ligadas a la residencia, se desarrollen en esa área.

Permiten que se recalifiquen los usos pero no permiten que especuladores inmobiliarios entren, compren y echen a estas empresas. Por consiguiente, se aumentan los usos pero se prohibe el utilizar esa recalificación de usos del suelo para un proceso de transformación en viviendas de lujo para los que sean más ricos de estas empresas.

En torno a esto se permitió la ampliación de usos a locales comerciales, a bares, restaurantes, y en estos momentos, se ha generado una extraordinaria actividad urbana en la que, junto al trabajo de innovación, se desarrolla el tejido social de bares, restaurantes, encuentros en la calle, etc., que da vida a este lugar. En este momento, está pasando a ser, después de la industria financiera, la segunda industria más dinámica de la ciudad de San Francisco.

Un último tema de la relación entre política ciudadana y desarrollo de la nueva economía y de las nuevas tecnologías de información: es la idea de mercados locales de tecnología en base a políticas ciudadanas y ambientales que sean intensivas en información y en tratamientos avanzados de información, desde la modernización de servicios públicos, a partir de la introducción inteligente y gradual de internet, hasta la creación de sistemas de participación ciudadana en que, junto a los sistemas tradicionales de tejido social de base, se articulen formas de participación ciudadana interactiva a través de internet, como por ejemplo la experiencia de la ciudad digital en Amsterdam, y políticas ecológicas y de medio ambiente, ya que las políticas ecológicas bien realizadas requieren sistemas de información avanzados. No solamente esto genera una mejora de la gestión local, sino que, además, crea mercados locales, que pueden ser mercados de partida para pequeñas y medianas empresas innovadoras locales, que pueden ser la base del desarrollo futuro.

Una tecnología que se transforma con su uso

Y, concluyo con un tema que me parece, quizá, el más prospectivo. Y es el tema de que las tecnologías de que estamos hablando, la tecnología de información y comunicación interactiva, no es una tecnología tradicional, no es lo mismo que la ingeniería tradicional: es una tecnología que se transforma con su uso. No es una tecnología estática que se utiliza y sigue siendo la misma. El uso transforma la tecnología. Les doy un ejemplo para ilustrar, también, lo que quiero decir: el internet que se pensó originalmente no es el internet que tenemos hoy día. Se habla del origen militar de internet, para defender las comunicaciones contra la posibilidad de un ataque a los centros de comunicaciones. La forma de defenderlas era que no hubiera centros de comunicaciones, que hubiera una red. Así es como los científicos americanos que trabajaban para el Pentágono lo vendieron al Pentágono. Pero el Pentágono nunca los tomó en serio. Ésta es la parte de la historia que se conoce menos. El Pentágono nunca los tomó en serio y ellos nunca quisieron hacer ésta cosa militar que les aburría muchísimo. Pero lo que los científicos sí querían hacer era utilizar una serie de superordenadores que había en el conjunto del país. Sólo había unos pocos. Entonces inventaron un sistema de relación entre éstos superordenadores, que era el sistema internet, para compartir tiempo de superordenador. Ése era el objetivo real que querían hacer. Pero ocurrió que cuando ya tuvieron la posibilidad de compartir tiempo real en los siete superordenadores que había en Estados Unidos, se dieron cuenta que no necesitaban tanto, que, realmente, no tenían nada que hacer con tanto tiempo de ordenador. Entretanto, intentando montar el sistema, descubrieron una aplicación que se convirtió en la base de su trabajo en el futuro y en la base de nuestra vida actual: el correo electrónico. Y ese correo electrónico es lo que realmente fue el primer gran producto que salió del programa internet.

De la misma forma se podrían multiplicar los ejemplos de cómo la utilización, la apropiación de internet por sus usuarios a muchos niveles, ha sido lo que realmente genera nuevos tipos de tecnología y no sólo de usos de esa tecnología. ¿ Esto, qué quiere decir? Que la utilización, a fondo, en una ciudad con políticas innovadoras en términos de servicios públicos, de ecología,

de participación ciudadana, de difusión de la educación, puede llevar a un desarrollo de nuevas aplicaciones y, por tanto, de nuevos usos y de nuevas tecnologías de comunicación, que amplían la gama de utilización de internet, de los usos propiamente comerciales, en los que está basado, en estos momentos, el desarrollo de internet a usos y aplicaciones de un espectro mucho más amplio que, además de generar mercados importantes, también permitirán una utilización de la revolución tecnológica en aras de una mayor calidad de vida.
En ese sentido, el papel de las ciudades en la Era de la Información es ser medios productores de innovación y de riqueza, pero es, aún más, ser medios capaces de integrar la tecnología, la sociedad y la calidad de vida en un sistema interactivo, en un sistema que produzca un círculo virtuoso de mejora, no sólo de la economía y de la tecnología, sino de la sociedad y de la cultura.
Manuel Castells

Universidad de Berkeley (California).
Conferencia pronunciada en el Salón de Ciento del ayuntamiento de Barcelona, el 21 de febrero de 2000, en el acto de clausura del Máster “La ciudad: políticas proyectos y gestión” (http//:www.fbg.ub.es) organizado por la Universidad de Barcelona y dirigido por Jordi Borja.

PODER Y ESPACIO

Juan Eugenio Sánchez

CONTENIDO

Nota sobre el autor
Premisa
Hipótesis
El poder y el espacio
Ciertos factores móviles de la dialéctica de transmisión del poder
Valor geo-social de los componentes «modo de producción y formación social»
División espacial en el modo de producción

Nota sobre el autor

Juan Eugenio Sánchez nació en Sabadell en 1942 y, tras obtener el título de Perito Industrial, se especializó en Sociología, siendo profesor de Sociología y Metodología de la Investigación Social en la Escuela de Periodismo de la Iglesia de Barcelona, desde 1969 hasta su cierre, y profesor de Demografía y Estadística en la Escuela de Trabajo Social de Barcelona entre 1971 y 1976. Realizó los estudios de geografía (1969-1974) ante la necesidad de incorporar la dimensión espacial a los análisis de las relaciones sociales, obteniendo la Licenciatura en Geografía en la Universidad de Barcelona en 1979.

En la actualidad es Jefe de Departamento de Investigación del Instituto de Ciencias de la Educación (ICE) de la Universidad Politécnica de Barcelona. Es también asesor y miembro del consejo de redacción de las revistas «Cuadernos de Pedagogía» (Barcelona) «Sociología del Trabajo» (Madrid-Barcelona). Dentro del campo de la sociología ha prestado especial atención a la sociología del trabajo y de la educación, temas sobre los cuales ha publicado unos veinte trabajos, entre libros y artículos (puede encontrarse la cita de algunos de ellos en la bibliografía de este número).

PODER Y ESPACIO

Juan Eugenio Sánchez

---

1. PREMISA (1)

Si, como creo, debe avanzarse hacia la formulación de una teoría del espacio, deberemos evitar, entre otras cosas, las formulaciones inconcretas y aisladas en sí mismas -sin articulación en ningún proceso de interpretación globala las que nos tiene acostumbrados la geografía,(2) y eludir las definiciones de conceptos que no pueden ser relacionados operativamente con un cierto cuerpo de proposiciones y articulaciones de teoría. De no ser así, corremos el riesgo de quedarnos simplemente a un nivel de clasificación de variables. Pienso que una ciencia se define por un cuerpo de teoría y que ésta es un conjunto de articulaciones lógicas y coherentes de variables que buscan explicar la realidad, no solo describirla.

El objetivo del trabajo se ha centrado pues, en buscar las relaciones que existen en un área determinada de la realidad, el espacio, a fin de ver cuáles son las regularidades que lo informan, las variables que intervienen y el ligamen y la dependencia que existe entre ellas, sea éste nulo, mutuo, dominante o subordinado. Con ello lo que pretendo es adentrarme por el camino de la ciencia entendida como «explicación objetiva y racional del universo»(3) Desde esta óptica, pienso que debe evitarse el «error» positivista que se da en las ciencias humanas (y la geografía considero que lo es), de no aceptar otro método que el inductivo de ir ascendiendo desde los datos individuales aislados hasta la totalidad, ya que por este camino simplemente empirista solamente se llega a conceptos clasificatorios generales y, como máximo, a taxonomías, pero difícilmente a expresar la esencia de las relaciones sociales.

La problemática que se presenta en el campo de la geografía es, ante todo, la de llegar a establecer si ésta manipula variables dependientes o independientes, o más concretamente, si el espacio es una variable explicativa, si lo es sólo en parte o, bien, si es siempre una variable subordinada. Deberá evitarse, no obstante, que la necesidad de un marco conceptual nos haga olvidar la realidad diversa y compleja en la que las variables que intervienen son múltiples y pueden hacer aparecer «contradicciones aparentes» según sea su grado de intervención: «La referencia constante al medio permite escapar a la tentación de la generalización prematura y a la simplificación».(4)

Trataré a continuación de adentrarme en un modelo de análisis de la dimensión espacial de las relaciones sociales lo más real y lo menos formalista posible. Modelo que sea explicativo, y no exclusivamente descriptivo, del papel del espacio en las relaciones sociales globales; es decir, he pretendido efectuar una reflexión de una teoría del espacio apoyada en el ligamen dialéctico entre espacio-tiempo-hombre.

2. HIPOTESIS

El espacio es el campo de la realidad sobre el que trabajaban los geógrafos. Este espacio lo engloba todo -todas las relaciones sociales y humanasy todos los hechos físicos que se hallan a nuestro alcance están contenidos, son, este espacio. El espacio es, pues, la situación física en la que se producen todas las relaciones humanas y sociales. La hipótesis básica del trabajo se asienta en la idea de que es posible establecer una teoría del espacio, lo que presupone la existencia de una serie de regularidades en la articulación del espacio, asimismo de un proceso lógico en el decurso del tiempo de esta articulación y también de la existencia de unas «leyes» espaciales; es decir, de un conjunto de variables interelacionadas de factores, causas, y efectos que permitan comprender la conversión del espacio geográfico en espacio social en cada momento o, lo que es lo mismo, como el espacio geográco se conforma bajo el peso del conjunto de relaciones sociales que comportan una actuación sobre el medio. Esta conformación presenta dos niveles de actuación: parte de un espacio geográfico, tal cual se halla en el inicio de la actuación social, con los condicionantes geofísicos que está implícitos en el marco espacial determinado y, posteriormente, modifica y utiliza estos elementos en términos de relaciones.

El establecer, como premisa, la existencia de regularidades, no implica la introducción de ningún planteamiento original, ya que la geografía como ciencia presupone la existencia de unas constantes y de unas variables que la definen como a tal, y que se plasman en las corrientes y escuelas geográficas.

Por mi parte, pienso que la articulación del espacio es un hecho evidentemente social, y que el elemento conformador de las relaciones sociales lo será a su vez de las relaciones espaciales. En este supuesto, la hipótesis de1 trabajo se asienta sobre el poder como elemento conformador, como la variable independiente, de las relaciones sociales, con lo que el espacio pasará a ser una variable dependiente, subordinada, de las relaciones de poder en la estructura social, en este caso variable material. De esta forma, la articulación del espacio no obedecerá exclusivamente a causas geográficas, sino que estará en relación, dependerá, del poder; es decir, el medio es manipulado por el poder para ponerlo a su servicio en cada momento.

En este contexto, cabe volver a señalar la doble componente que presenta el espacio, como marco físico de las relaciones sociales y, al mismo tiempo, como agente en estas relaciones sociales, en la medida en que el espacio es el conjunto del medio más los hombres que en él se hallan. Las características del medio geo-físico y las de los hombres que lo habitan, serán los elementos que interesan al poder para ser articulados, utilizados y manipulados, integrándolos para su «explotación»,

Es por ello que pienso que lo que tiene interés en estos momentos es plantearse el espacio desde una óptica global para observar, una vez aceptado que el espacio es el

marco de las relaciones sociales, de qué manera su dominio se efectúa mediante unas «leyes» que conforman el espacio mismo, es decir, cómo el hombre actúa sobre el espacio, lo domina y lo modifica, qué normas utiliza para ello y para adaptarlo a sus intereses.(5) Como quien puede imponer su poder es el grupo dominante, de hecho la conclusión a que trato de llegar es la de ver cuáles son las «leyes» que pone a su servicio el bloque dominante.(6)

Avanzando en esta dirección, parto de la idea de que el poder es una abstracción que se manifiesta, como tal poder, a través de mecanismos que inciden sobre el espacio y lo conforman. Uno de estos mecanismos, que considero fundamental, es la división social que, a su vez, se concreta físicamente en la división del trabajo; ésta, basándose en una determinada división social, adopta un nivel de división técnica, que es la que se concreta sobre el espacio en una división espacial adecuada al poder a fin de que éste pueda manifestarse, mantenerse y reproducirse.

3. EL PODER Y EL ESPACIO

Partir de que el poder es el articulador del espacio requiere, en primer lugar, aproximarse a una definición del mismo, a fin de delimitar el contexto en el que se enmarca la hipótesis.

Desde el momento en que el hombre actúa como tal, como ser inteligente, hasta nuestros días, podemos ver cómo el ser humano ha ido ampliando su conocimiento del medio geográfico, al tiempo que su dominio sobre el mismo. Ello significa que un punto capital en la historia de la humanidad es el momento en que el hombre deja de depender del medio y empieza a dominarlo. Cabe situar en la consecución de la agricultura, como medio de dominio sobre la naturaleza, el punto culminante de la afirmación de la especie humana como grupo animal inteligente, ya que la práctica agrícola implica haber descubierto el ciclo de la naturaleza, las posibilidades de su modificación y la adaptación de este ciclo a unos objetivos alejados en el tiempo. Es decir, se trata de un avance esencial en el que el hombre ha aislado dos variables, el tiempo y el espacio mediante la manipulación de los factores geo-físicos.

A partir de ese momento, el hombre podrá desarrollar una de sus características fundamentales, la creación de valor. Si hasta ese estadio el hombre ha satisfecho simplemente su reproducción como especie sin que se haya producido acumulación, excepto la implícita en la propia ampliación de la especie, con la incorporación de la agricultura se posibilita la creación de valor más allá del preciso para su reproducción simple, es decir, la producción de un excedente.

La existencia de un excedente es la que posibilita el que algún miembro de la comunidad pretenda apropiarse del mismo, con lo cual al aprendizaje de los mecanismos de producción se incorpora el aprendizaje de los mecanismos de apropiación, lo que, a su vez, equivale a desarrollar los mecanismos de dominio sobre otros hombres. Este mecanismo se articulará a través de una forma de división social del trabajo basada en la división jerárquica, que dé el poder a un grupo restringido de la comunidad. Las relaciones cooperativas existentes hasta entonces serán sustituidas por unas relaciones de poder que permitan que el excedente se acumule en manos de uno o unos pocos individuos, en lugar de repartirse entre la comunidad.

El poder, en el sentido en que será aplicado en este estudio, ha hecho su aparición. Poder que se definirá por la capacidad de apropiación y/o gestión del excedente por parte de un grupo restringido de la comunidad.

Si hablo de relaciones de poder, si creo que el análisis debe plantearse básicamente en términos de poder, más que en términos de clases, es por partir de la consideración de que éstas -y la lucha de clases- son una forma particular de las relaciones de poder, donde, fundamentalmente, el poder viene ligado a la propiedad privada de los medios de producción. Si la lucha de clases sólo puede darse por definición en una sociedad dividida en clases, nos encontramos ante la limitación de no poder utilizar la hipótesis en sociedades definidas como sin clases. Pienso que las clases son una forma particular de la resultante del poder y que, por tanto, la variable poder es más amplia que la variable clase social y la engloba. Si esto es cierto, tomar las relaciones de poder como variable analítica deberá permitirnos analizar cualquier ámbito territorial, sea en el tiempo, sea en el espacio y esto es precisamente lo que se pretende. Planteado de esta forma, el poder vendrá definido por una doble faceta no excluyente: la de la apropiación del excedente y la de la gestión del mismo. En este sentido asociaré constantemente el poder tanto a la apropiación como a la gestión. La importancia analítica del excedente se centra en que es un factor que se da a lo largo de todo lo que puede considerarse historia de la humanidad en cuanto los grupos superan el estadio del primitivismo autorreproductor simple, e incluso la etapa anterior puede analizarse en términos de no-excedente. Esta constancia histórica y la necesidad de que el excedente sea gestionado, aun cuando no exista apropiación privada, nos brinda un hilo conductor analítico en cuanto a la forma de producir el excedente, de gestionarlo y de su apropiación dentro de cada grupo territorial y, por tanto, de las diversas etapas históricas ligadas a las diversas formas en que esto se ha producido y a los cambios. Poder y excedente como constante histórica pasan a ser el centro de los procesos y cambios históricos y de la práctica de las relaciones sociales.

Llegados aquí, debe buscarse el mecanismo histórico-social que liga ambas factores y que los coloca en el centro de la práctica social. Pienso que en el estadio actual de las ciencias sociales se poseen elementos para la formulación de este mecanismo de articulación social, el cual se sitúa en el análisis de los modos de producción y, por tanto, en su concreción real, las formaciones sociales. Esta formulación parte del supuesto de que a cada modo de producción le corresponde una articulación definida y propia de producción-gestión-apropiación del excedente, lo que equivale a una estructura de poder, a su vez, definida y diferenciada.

Concepto de poder

Nos hallamos ante un término -que comporta un concepto- de amplia utilización pero difícil de aprehender. Dos son las características de su uso. Por un lado, se han efectuado numerosas definiciones, con diversidad de intenciones y matices; por el otro, se utiliza sin una definición explícita, dando por implícito un sentido común a todos los receptores. Ante esta situación, querer definir el concepto de poder es una tarea arriesgada pero que debe afrontarse, cuanto menos delimitando el sentido en el que se aplicará a lo largo de este trabajo, sin que ello represente querer dar una definición definitiva.

Utilizaré el concepto de poder en un sentido próximo al definido por Max Weber cuando asocia poder a obediencia. Dice el autor: «Por poder debe entenderse (...) la probabilidad de que una orden concreta sea obedecida por un determinado grupo de hombres».(7) A pesar de la ambigüedad que el término «probabilidad» incorpora, y que ha estado sometida a diversas críticas, pienso que la relación poder-obediencia es operativa a la hora de analizar las variadas situaciones de poder. Dentro de una relación económica, poi ítica, o social, quien consigue imponer su criterio o sus intereses es quien consigue que los otros lo acepten, lo que comporta una «obediencia». Esto es claro cuando la situación es de tensión o de conflicto de intereses, ya que la consecución por una de las partes de sus objetivos implica que la otra no ha tenido la «fuerza» suficiente como para imponerse y no le queda otra opción que «obedecer», a pesar de que interiormente no lo acepte, ya que no puede evitarlo. Según esto, el concepto de obediencia en sentido amplio, será la aceptación, forzada o voluntaria, de los designios de otro, al no disponer de la «fuerza» suficiente para imponer los suyos.

Esta concepción del poder como capacidad para obtener obediencia no se aleja mucho del sentido que Marx y Engels le dan en *La ideologia alemana* cuando asimilan poder a la «capacidad de imponerse» o a la «capacidad de dominar», lo que comporta, para los que en aquel momento no tienen poder, que han de aceptar el poder del otro por incapacidad de imponerse ellos. De aquí derivarán conceptos como «grupo dominante», «clase dominante», etc.(8)

Para establecerse, ser aceptado y poder mantenerse y reproducirse, Max Weber ve preciso el cumplimiento de una regla general del poder. Dice: «La experiencia muestra que ningún poder puede contentarse con fundamentar su permanencia sobre motivos exclusivamente afectivos o racionales respecto a su valor. Todo poder busca ante todo cultivar y cuidar la fe en su propia legitimidad. Según la *clase* de legitimidad a la que aspira, es fundamentalmente diverso también el tipo de obediencia, el aparato administrativo establecido para su continuidad, el carácter del ejercicio del poder y consecuentemente su eficacia».(9)

¿Cómo se llega a obtener esta legitimación? Marx en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* afirma: «El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social».(10) Este edificio jurídico y político creador de formas de conciencia social será el que tendrá por misión, dentro de la estructura de poder, el lograr la legitimidad que le dé la fuerza para mantener unas relaciones asimétricas en la sociedad. A través de ella el poder ha de asegurar que todas las partes se conformen con los objetivos y las reglas fijadas por él, aceptándolas, aceptando sus decisiones, el control, etc. dentro de esta sociedad y, por tanto, la represión de toda forma de actuación no «legitimada» dentro de la consciencia social.

En *La ídeología alemana* Marx y Engels dicen: «...toda clase que aspire a im. plantar su dominación (...) tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general» (11) Añaden más adelante: «La clase que ejerce el poder *materíal* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante (...) las relaciones que hacen de una determInada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas»; y ponían como ejemplo: «en una época y en un país en que se disputan el poder la corona, la aristocracia y la

burguesía, en que, por tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada ahora como «ley eterna» (12) La división será así uno de los mecanismos más eficaces para conseguir el mantenimiento y la reproducción y que reencontraremos en forma de división social del trabajo en articulaciones básicas estables dentro de cada modo de producción.

En relación con el mantenimiento y reproducción del poder, sabemos que una sociedad no puede mantenerse indefinidamente sobre la base del temor o la coacción. Una de las características del poder es que no es pasivo, sino que es «productor». Foucault reconoce esta característica al poder cuando dice: «Si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que en forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos (...) ».(13) y estos efectos positivos se articulan a través del mecanismo de la legitimación de este poder.

El poder no es ni una institución, ni una estructura, ni cierta potencia personal de la que algunos estén dotados, sino que es una situación estratégica compleja dentro de cada sociedad. Es, en palabras de Poulantzas, «el efecto del conjunto de las estructuras sobre las relaciones de las prácticas de las diversas clases en lucha» lo que equivale a «la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos específicos».(14)

En toda sociedad el poder se ejerce desde unos centros de poder. Desde el punto de vista del espacio creo interesante establecer la consideración de que en el proceso de división-estructuración del espacio, la *ciudad* desempeña el papel de centro de poder de las relaciones espaciales. En la articulación ciudad-espacio, la ciudad asumirá el lugar de centro hegemónico. Una jerarquización se producirá al mismo tiempo entre ellas mismas para asumir la hegemonía geográfica relacionada con el asentamiento del poder. Sobre esta consideración centraré uno de los aspectos importantes del análisis de las relaciones entre poder y articulación del espacio.

Se trata de introducir, como he dicho, como variable analítica las relaciones de producción, entendidas como proceso de apropiación y/o gestión del excedente, apoyándonos, según la propia definición, en que la creación del excedente -en cuanto entremos en la Historia- y la apropiación-gestión privada son dos constantes sea cual sea la forma que asuman las relaciones sociales globales y, en concreto, las relaciones de producción.

4. CIERTOS FACTORES MOVILES DE LA DIALECTlCA DE TRANSMISION DEL PODER

Centrándonos en el modelo de la práctica de la transmisión del poder, puede ser interesante retener ciertos factores que para los objetivos que me propongo son básicos, en la medida en que podemos ligarlos a su «movilidad» en el espacio. Se tratará de observarlos aisladamente, para poder analizar su comportamiento en términos de la hipótesis y en el proceso de reproducción del poder.

Los agruparé en cuatro grandes bloques:

a. División del trabajo
- social-jerárquica
- técnica
- espacial

b. Movilidad de los factores
- inmovilidad del suelo y de las primeras materias
- movilidad relativa de la fuerza de trabajo
- movilidad creciente de los productos intermedios
- movilidad de la ciencia y de la tecnología
- movilidad del capital
- movilidad de las transferencias de excedente

c. Fuerza de trabajo
- reproducción simple y ampliada
- aparato escolar
- cualificación

d. Salario
- salarios diferenciales
- inelasticidad relativa en el espacio

Estos factores se hallan estrechamente vinculados con los elementos que determinan la capacidad productiva del trabajo, con lo que el poder podrá servirse de ella en la consecución de su mantenimiento-reproducción, mediante la creación-apropiación del excedente. Los factores de la capacidad productiva del trabajo que se consideran son: grado de destreza; nivel de progreso técnico; nivel de aplicación del progreso técnico; organización del proceso de producción; volumen de los medios de producción; eficacia de los medios de producción y condiciones naturales.

Las relaciones de dominio-dependencia se sirven de estos factores y los manipulan diferencialmente en el espacio como uno de los mecanismos más eficaces en el proceso de desarrollo-control, de forma tal que, por un lado creen excedente, pero por otro no les permitan la independización(15). Para conseguir la manipulación adecuada de estos factores, es decir, la gestión del poder, hará falta que se estructuren a través de los agentes de poder adecuados.

Efectuemos un recorrido, aunque sea somero, por los mecanismos que he mencionado como utilizables, y utilizados, dentro de las relaciones de poder en el proceso de reproducción.

La división como mecanismo de poder

El sistema social en su conjunto viene determinado en todas las sociedades, por una división social a través de la división del trabajo, distribuyéndose los miembros de la colectividad dentro de la división en términos de relaciones de poder. Si sitúo en primer lugar la *división* es porque considero que es el mecanismo fundamental para articular las relaciones sociales, y porque a través de este proceso de dividir es posible el dominio de unos sobre los otros, y el poder no es más que esto. El funcionamiento del resto de

mecanismos sólo será posible después de haber dividido, nunca antes. Por ello es por lo que considero la división como el mecanismo esencial de todo sistema social al servicio del poder.

Los tres grandes componentes en que se desdobla la división de la sociedad en su articulación son: la división social-jerárquica, la división técnica y la división espacial. Estos tres niveles de actuación permiten una infinidad de combinaciones, las cuales posibilitarán un complejo de situaciones por las que puede actuar el poder, estableciendo unas relaciones por las que se instaure-reproduzca.

La *división social* del trabajo es el hecho característico y distintivo de cada modo de producción. Es el que permite diferenciar un modo de producción de otro, así como detectar la coexistencia en el tiempo y en el espacio de varios de ellos en cada situación determinada (formación social).

A medida que los avances científicos y técnicos se van produciendo, se va necesitando un mayor número de personas que en conjunto lleguen a asimilar todo el trabajo históricamente acumulado, con lo que se requiere un primer nivel de especialización. En la práctica, la división en ramas de producción y en industrias respondería a este nivel horizontal de la *división técnica* del trabajo. En principio nadie discute la necesidad de esta división. Lo que sí es característico de cada modo es la forma en que se produce lo que, simbólicamente, denominaré división vertical, y que no es más que la proyección jerárquica sobre la división del trabajo.

El poder se sirve de la *división del espacio* en el proceso de polarización (reproducción) del mismo. En este sentido, la división espacial del trabajo pasa a ser históricamente uno de los procesos básicos, por cuanto permite *mantener dividida* la división social y técnica. En la actualidad, en lo que hace referencia a la división social, a través del salario se estructuran espacios sociales claramente delimitados.

Cabe resaltar que la organización económica del espacio no depende necesariamente de sus recursos naturales (geo-físicos) sino de los intereses dominantes ya que, por un lado, no se utilizan necesariamente todos los existentes -especialmente los de los países dependientes subdesarrollados- y que, por otro, el proceso de transformación no se realiza, necesariamente, en el lugar de origen de las primeras materias, sino que se transforman en cualquier parte del mundo, allí donde los intereses económicos del poder consideren que les comportará una mayor apropiación global de excedente. En este sentido, la naturaleza solamente es una variable de segundo grado, exclusivamente determinante en el caso de las primeras materias geológicas, marinas y parte de las del suelo (16).

La movilidad de los factores

Con la división social del trabajo exclusivamente, no habría sido posible el dominio del espacio. Además de producirse excedente, es preciso que éste, en el proceso de apropiación, llegue -se desplacehasta las manos de los bloques dominantes. Son necesarios, pues, dos momentos: el de producción de excedente y el de desplazamiento de la parte apropiada -en una u otra forma, bien sea como producto, bien sea en forma monetaria, etc.hasta poder ser usado por el apropiador.

Este desplazamiento, o movilidad del excedente, debe estudiarse conjuntamente con la división ya que, de hecho, son dos aspectos del mismo mecanismo social. Se puede dividir en la medida -o hasta el puntoen que las diferentes partes puedan moverse confluyendo en un resultado único: el producto.

Ahora bien, la movilidad de los diversos factores que intervienen en el proceso social de producción no tiene por qué ser la misma, como de hecho no es. y como toda diferencia es aprovechada por el poder para ponerla a su servicio, también en este caso la diferente movilidad de los factores se articulará para coadyuvar al proceso de apropiación (17).

Históricamente, los progresos en las posibilidades de movilizar los factores -juntamente con la ampliación en las perspectivas de dividirlos- son los que han permitido aumentar los límites geográficos de dominación.

Si diferenciamos los factores productivos según sus posibilidades intrínsecas de movilidad tenemos la siguiente división:

Fijos (inmóviles):
- suelo
- obtención de primeras materias

Movilidad relativa:
- fuerza de trabajo
- capital fijo

Movilidad tendencialmente creciente:
- productos intermedios y materias primas

Móviles:
- energía
- ciencia-tecnología
- moneda-capital financiero
- transferencia del excedente

Según esto, los aspectos más «geográficos» -suelo, primeras materias, fuerza de trabajoson los más inmóviles, mientras que los aspectos técnico-financieros gozan de la máxima libertad de movimientos para desplazarse en el espacio hacia donde mejor puedan ser útiles al proceso de creación-apropiación del excedente (los economistas hablarían de inelasticidad y elasticidad).

Cabe señalar que la movilidad de los factores no es un concepto extraño a la geografía, y más concretamente a la geografía económica. Pero ésta acostumbra a darle un tratamiento «funcional» preguntándose cómo interviene en el proceso de producción en el espacio para la localización de unidades productivas, pero no cuál es el papel que desempeña para mantener las diferencias de poder y su articulación espacial (18).

¿Cómo se articulan estas diferencias de movilidad? En primer lugar la conversión del producto excedente en moneda permite que al excedente apropiado no haya de consumírsele *in situ,* sino que pueda desplazarse al lugar donde el apropiador considere más adecuado para su reproducción. En la actualidad, el mercado de capitales, las

transferencias monetarias, las inversiones extranjeras, los «royalties», las ayudas internacionales, etc. son las formas que adopta esta movilidad. Es comprensible, en este contexto, que las «bolsas de cambio» representen -especia1mente antes de la aparición de las empresas multinacionales cuando todos los movimientos del gran capital pasaban por la bolsa-, la red jerarquizada geográfica del poder y de su articulación espacial (19).

La división técnica adquiere su máximo sentido a partir de la mecanización. Si siempre la división entre trabajo manual y trabajo intelectual ha sido la base de la división social del trabajo, con la industrialización adquiere su máximo nivel de sofisticación ya que el fácil desplazamiento de planes de producción, planos de fabricación, normas de producción, métodos de gestión, etc., confiere a la vertiente del trabajo intelectual una elasticidad espacial capaz de neutralizar a su opuesto dialéctico.(20) El trabajo manual -en el amplio sentido del concepto- está ligado al individuo: sólo en el proceso de producción, desarrollando la fuerza de trabajo, se crea valor. Por el hecho de ser la actividad física del cuerpo humano, liga su movilidad a la de la persona y la hace inseparable del hombre. Esto da su limitación de movilidad a este factor. Moverse significa romper lazos culturales y antropológicos, significa desplazarse él y la fuerza de trabajo que ha de reproducir, significa también encontrar «espacio» dentro de un nuevo medio -espacio físico y espacio social-.(21) Todo esto plantea dificultades. Para el bloque dominante supone, por un lado, tener que dominar el espacio donde se halla la fuerza de trabajo para ponerla a su servicio en la producción de excedente-apropiación de excedente; pero, por otro, le permite mantener espacios diferenciales y diferenciados donde el coste de reproducción de la fuerza de trabajo sea más bajo -consiguiendo unos nive1es de productividad asimilables a los del espacio de origen del poder- que se cree más plusvalía y, consecuentemente, sea posible apropiarse de mayor excedente.(22)

La dependencia respecto a la localización de las materias primas y de las fuentes de energía es cada vez más pequeña. Excepto las primeras materias minerales, que están absolutamente determinadas por los yacimientos, incluso los productos agrícolas pueden ser sometidos a procesos relativos de aclimatación en medios antes inadecuados, o bien introducir regadíos que pueden convertir zonas desérticas en productivas, etc. Pero incluso en este caso, cuanto menos, hace falta ese suelo cultivable, y éste sí que es fijo.

De todo ello podemos deducir que la movilidad de los factores se halla absolutamente ligada y condicionada por las posibilidades y medios de transporte y comunicaciones de cada época histórica.

Si vamos retrocediendo en la historia apreciaremos las diversas fases por las que ha ido pasando la movilidad de los factores y veremos cómo ésta ha sido uno de los mecanismos de transformación histórica de modos de producción (la revolución industrial, por ejemplo).

El espacio, dentro de su inmovilidad global, es el marco total de las relaciones de poder, el soporte de las relaciones de producción y de su división y el escenario de los movimientos sociales y de los factores. En este sentido, pienso que el espacio, por el hecho de ser el marco, el soporte, de las relaciones sociales globales, no posee unas leyes propias -leyes del espaciodeterministas sobre los hombres, sino que es sobre él que se reflejan las leyes sociales del poder, dependientes de las relaciones sociales de producción hegemónlcas dentro de cada área geográfica, de dimensión y de ubicación

variable a lo largo de la historia pero, a largo plazo, progresivamente más amplias. En este sentido, pues, no veo a la geografía como una ciencia con leyes propias conformadoras de la realidad social, sino más bien, como ya he dicho, como el marco de las relaciones de poder que conforman la articulación social del espacio. El espacio no sería así un factor explicativo, una variable independiente.

Estoy, pues, en este aspecto concreto, cerca de P. Claval cuando dice que: «El espacio no es un elemento indiferente y como sobrepuesto al sistema social; forma parte de él y condiciona su funcionamiento, facilita o retrasa los hechos de difusión dirigida que hace aparecer el ejercicio del poder de la autoridad y de la Influencia. Es uno de los instrumentos indispensables a través de los cuales se definen las estructuras jerárquicas y que permite darles cierta flexibilidad (...) se tiene la impresión de que (falta) una reflexión suficiente sobre el papel del espacio en la vida social».(23)

La fuerza de trabajo

El coste de reproducción de la fuerza de trabajo no es una cantidad fija y constante a lo largo del tiempo ni del espacio, sino que se halla ligado al nivel de las necesidades sociales en cada circunstancia. En la medida en que éstas sean más pequeñas, más amplia será la parte disponible para su apropiación a igualdad de desarrollo medio social de la capacidad productiva del trabajo.

Con la industrialización, la división técnica del trabajo permite «modular» las técnicas productivas de forma que e1 tiempo de reproducción en su vertiente profesional (formativa) sea pequeño, buscando la posibilidad de utilizar fuerza de trabajo mínimamente cualificada, por un lado, (24) e impidiendo, o haciendo más lento simultáneamente, el desarrollo de las necesidades sociales dentro de los espacios dependientes, o condicionando el «consumo».

Como veremos a continuación, el mecanismo de fijación de salarios tendrá una incidencia eficaz sobre la reproducción, de forma que ésta sea simple o ampliada, o, introduciendo un nuevo concepto ligado a la división del trabajo, el de reproducción especializada.

En este contexto, el aparato escolar juega un papel importante en la medida en que es el canal de jerarquización social y de transmisión de conocimientos y calificación (transmisión del trabajo históricamente acumulado). Dentro de los mecanismos de reproducción social el sistema educativo no es una variable autónoma, sino subordinada y con unas funciones concretas y predeterminadas al servicio del mantenimiento y reproducción del poder.(25)

El salario en el modo de producción capitalista

A través del salario se estructuran espacios (sociales y geográficos) claramente delimitados como soporte de la división social.(26) Si observamos cómo. dentro de la división social, se reproduce la fuerza de trabajo, vemos que el salario se compone de factores que, valorados de diferente forma, y a conveniencia del capital, dan como resultado una división social jerarquizada en la que se asienta la reproducción.

Entre otros, un factor que se manipula es el del establecimiento de costes de producción-reproducción diferenciales, a los que se hacen corresponder salarios diferenciales, sea a través de la división social o de la división espacial del trabajo. El salario diferencial en el espacio permite los desplazamientos empresariales buscando el máximo excedente. Cabe suponer que este espacio socialmente diferenciado (cartográficamente representable) , en el que se dan necesidades socialmente diferenciadas y que requieren unos salarios de reproducción a su vez diferenciados, deberá ser mantenido por el modo de producción dominante como fuente espacial de explotación.(27)

La estructuración del espacio

Hasta aquí he concebido la articulación del espacio en términos de estructura jerarquizada, donde la jerarquía es uno de los elementos más importantes. Debe analizarse cuáles son los mecanismos que determinan una jerarquía, y es en este sentido que he presentado a la jerarquización como un reflejo del poder. En estos términos es donde cabe observar cuál es la esencia del poder, es decir, qué es lo que otorga poder, qué es lo que debe alcanzarse para tener poder. La Historia, generalmente, nos muestra una cara del poder, el poder político; pero éste no es más que un reflejo externo del poder socialmente considerado, ya que para que se mantenga es preciso que esté «alimentado», función que corresponde al poder económico. Sin éste, el poder político se hallará vacío de «recursos» para organizar y mantener las funciones y aparatos complementarios indispensables para mantenerse y reproducirse.

Dando la vuelta a esta relación, no debe olvidarse que el Estado es la forma bajo la cual los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes, y que esta clase es la económica. A este nivel se da una sobreposición de dos espacios: el político y el económico. Pero debe notarse que el espacio económico lo es en términos de mercado pero no en términos de producción, ya que ésta «se concentra en «núcleos elementales»: el espacio económico de un espacio político (Estado) resulta un mapa puntillístico en el cual la producción se concreta en unos puntos (localizaciones) concretas que se abastecen del resto del espacio según sus necesidades (mercado de fuerza de trabajo, mercado de materias primas) y sobre las que revierten productos acabados (mercado de consumo).

El reflejo básico de la articulación del poder se halla en la división del trabajo. que no es más que la descomposición en fases de las relaciones sociales y técnicas. Es la resu1tante de manipular esta posibilidad lo que se produce a lo largo de la Historia. Lo primero que debe observarse es quién (grupo o clase) es e1 que en cada momento tiene poder para imponer el tipo de división del trabajo en el espacio, sea en su espacio político o entre Estados, y dentro del proceso de producción.

La estructuración del espacio ha de permitirle al poder su producción-reproducción, y tiene como función la apropiación del excedente de las unidades espaciales dominadas a través del proceso producción-intercambio-consumo.

El intercambio desigual se da en una situación concreta en que la reproducción de la fuerza de trabajo es más barata en un espacio que en otro. Esta diferencia. este deslizamiento de costos, no obedece a hechos «naturales» (ligados por ejemplo a las

primeras materias natura1es) sino que se apoya en fórmulas extraeconómicas. (28) El intercambio comprende tanto productos como fuerza de trabajo, de aquí la importancia de los movimientos migratorios, su diferenciación según se produzcan en el interior de un «espacio político» o inter-espacios, su movilidad relativa, etc.

Todo lo que se ha dicho en términos de «norma general» deberá relativizarse en cada espacio a los factores socio-geográficos del medio en cada momento, lo que dará como resultado múltiples variantes en su práctica. Lo que he pretendido. no obstante, era llamar la atención sobre el hecho de que no son las situaciones espaciales casuísticas las que comportan la existencia de una ley del espacio, sino que es el «medio» de transposición -por implantación en un mediode las relaciones de poder globales a la realidad concreta, lo que en una visión superficial puede hacer aparecer situaciones contradictorias con la ley general.(29)

5. VALOR GEO-SOCIAL DE LOS COMPONENTES "MODO DE PRODUCCION" y "FORMACION SOCIAL"

Pienso que nos encontramos ante unos conceptos claves para aplicar en el análisis de la estructuración social del espacio, es decir, en el aspecto de la articulación del espacio que los hombres pueden desarrollar, sobre una base geo-física, sea en las vertientes de asentamiento humano, de dominio sobre la naturaleza (producción agrícola, etc.) , sea en los aspectos de modificación de situaciones físicas (suelo. climatología, regadío, etc.) puestas al servicio del hombre o, mejor dicho, de los grupos dominantes dentro de cada sociedad considerada como global. De aquí que se incorporen a la hipótesis de la cual parto.

El interés analítico de estos conceptos se halla en su posibilidad de que puedan definirse objetivamente, pudiéndose convertir en una herramienta de análisis científico, cumpliendo la condición de que puedan ser replicados por investigadores distintos. A pesar de estas posibilidades, no siempre las definiciones o la amplitud otorgada a estos conceptos han sido ni idénticos ni claramente aceptados por todos. Ello no significa que cada una de estas definiciones no haya pretendido, por parte de quien la proponía, que fuese objetivable. Con ello quiero indicar que la ausencia de una definición unívoca de cada concepto no ha impedido que fuesen aplicables y que no se haya avanzado en su grado de concreción.

De hecho, la dificultad mayor se ha situado en la articulación entre modo de producción y formación social, lo que no ha sido ajeno a las situaciones históricas en que estos conceptos han quedado absorbidos por el dogmatismo.

Creo que para el análisis de la articulación social del espacio, son dos conceptos clave para entenderla y para avanzar más allá de las aportaciones cuantitativo-formalistas del espacio, para alcanzar una interpretación de esta articulación y de las transformaciones que en ella se producen.

Las bases de Marx

En las *Formas que preceden a la producción capitalista* (30) Marx habla de formación económica concebida fundamentalmente como relaciones de propiedad. Al mismo tiempo, las ve *como* formas de producción, ya que «Incluso allí donde sólo hay que *encontrar* y *descubrir*, esto ya muy pronto requiere esfuerzo, trabajo y producción...».(31) Estas relaciones de producción en el marco de una estructura de propiedad determinada, conforman unas relaciones sociales de producción y éstas son las que Marx considera *como* modo de producción. Volvemos a encontrar esta misma denición cuando en el Libro III de *El capital* habla de modo de producción como de «la forma históricamente determinada del proceso social de producción».(32)

La propiedad tiene, en este contexto, un sentido dinámico, lo que nos lleva al núcleo fundamental a partir del momento en que se produce excedente: a la apropiación de este excedente. «La propiedad, en tanto es sólo el comportamiento consciente con las condiciones de producción *como* condiciones *suyas* y en tanto la existencia del productor aparece como una existencia dentro de las condiciones objetivas *a él pertenecientes*, sólo se hace efectiva a través de la producción misma. La apropiación efectiva no ocurre primeramente en la relación pensada con estas condiciones, sino en la relación activa, real, el poner efectivo de éstas como las condiciones de su actividad subjetiva».(33) Desde este punto de vista, la propiedad deja de tener sentido como elemento estático, ya que si no se produce excedente que pueda ser apropiado no hace falta que exista propiedad. La propiedad será la justificación «natural» de la apropiación y «el modo de producción (es) el *proceso efectivo* de la apropiación»(34)

Se cierra el círculo al ver cómo en una formación económica las relaciones de propiedad tienen su sentido en la posibilidad efectiva de apropiación. A partir de esta formulación, Marx en el «Prólogo» abunda en la incidencia general que tendrá el modo de producción sobre las relaciones sociales globales, sobre lo que podemos denominar formación social: el modo de producción de la vida material condiciona el proceso social, político y espiritual de la vida. Así dice «en la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general »(35)

Cabe notar que las relaciones de producción no son todas las relaciones sociales, sino una parte de ellas, las que están en su base, dice Marx. La importancia de Marx se halla en haber sabido aislar las relaciones de producción como estructura de la sociedad, con el valor analítico que ello comporta.

Digamos, por último, que en el modo de producción se hallan sintetizados dos elementos de extrema importancia las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. La dialéctica entre ambos aspectos, en el proceso de reproducción del modo de producción, es el que da lugar al cambio social. Dejémoslo anunciado aquí, sin poderlo desarrollar más, pero en la certidumbre de su importancia.

Pasemos ahora al punto de imbricación entre modos de producción y su concreción en la realidad, lo que se designa como formación social. En la "Introducción» de 1857, en

un conocido parágrafo, Marx establece la idea básica de su formulación: «En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que decide del rango y de la importancia de todas las otras. Es como una luz general en la que se bañan todos los colores modificando sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve».(36)

A este enunciado se le otorga la máxima importancia cientifica, y es considerado como la ley general de las formaciones sociales, la que le permite su constitución objetiva no arbitraria) en determinados modelos. «Dicha ley permite también comprender por qué las relaciones de producción son designadas como «la estructura económica» de la sociedad; vale decir, por qué ellas constituyen siempre una «estructura» o también una totalidad estructural (...). La «estructura» en este caso se configura así en «todas las formas de sociedad» existe *una* producción económica dominante que da sentido a todo el sistema, determinando la relación de sus diversas partes. (...) Este pasaje es el que establece la distinción u oposición contenida en ella entre leyes generales, válidas para cualquier forma de producción y por tanto de sociedad, y las leyes especiales propias de cada formación social particular».(37)

En lo que sigue designaré por *modo de producción* cada uno de los estadios de las relaciones sociales de producción que vienen definidos por un tipo de propiedad de los medios de producción y de forma de apropiación del excedente, con una dialéctica propia entre el desarrollo de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas.(38)

Por *formación social* entiendo la articulación social histórica concretada en el tiempo y en el espacio, de modos de producción caracterizados por un modo predominante.

Interés para la geografía de los conceptos de modo de producción y formación social

En la medida en que pienso que pueden servirnos para adentrarnos en la comprensión e interpretación de los aspectos sociales del espacio, debe dedicarse atención a estos conceptos desde la geografía.

Si el modo de producción se nos presenta como una formulación abstractoreal, basada en las relaciones sociales de producción y, en principio, sin una significación directamente geográfica, no pasa lo mismo con el concepto de formación social. Ésta contiene, en su propia definición, una vertiente geográfica ya que queda delimitada en términos de límites de espacio geográfico. Una formación social es el conjunto de relaciones sociales en un espacio delimitado, lo que significa que debe aislarse un espacio para analizar, dentro de él, los modos de producción existentes -coexistentesy su articulación. Podríamos decir que una formación social se desarrolla en el tiempo, pero se concreta en el espacIo. Algunas definiciones nos lo mostrarán claramente.

Por ejemplo, Guy Dhoquois considera que «una vez dado el tipo general (de un modo de producción), es posible especificarlo en la realidad mostrando sus variedades históricas y geográficas, sus variedades «regionales».(39) René Gallissot ve que las

formacIones sociales «recubren igualmente organizaciones sociales situadas no sólo históricamente, sino también recortadas territorial y políticamente».(40)

Amin nos ofrece otra visión geo-social importante: «El análisis de una formación social concreta debe, pues, organizarse alrededor del modo de generación del excedente característico de esta formación, de las transferencias eventuales de excedente de o hacia otras formaciones, y de la distribución interna de este excedente entre los distintos participantes».(41) Vemos aparecer el factor de dominio del espacio a través de las transferencias de excedente de unas a otras formaciones sociales, por tanto, el dominio de una formación sobre otra. Este aspecto entronca perfectamente con las premisas del presente trabajo.

El geógrafo David Harvey ve desde la geografía la necesidad de incorporar la noción de modo de producción a sus análisis. Así, podemos observar cómo liga esos conceptos, ya que desde su punto de vista "parece muy razonable la afirmación general que indica la existencia de un cierto tipo de relación entre la forma y funcionamiento del urbanismo (y en particular los diversos modos de relación campo-ciudad) y el modo de producción dominante. Por tanto, el problema más importante es el de elucidar su naturaleza. (...) En esta coyuntura pienso que sería útil hacer ciertas observaciones previas sobre la relación entre el urbanismo como *forma social,* .(a ciudad como *forma construida* y el *modo de producción dominante.* En parte la ciudad es un depósito de capital fijo acumulado por una producción previa. Ha sido construido con una tecnología dada y edificada en el contexto de un modo de producción determinado. (...) El urbanismo es una forma social, un modo de vida basado, entre otras cosas, en una cierta división del trabajo y en cierta ordenación jerárquica de las actividades coherente, en líneas generales, con el modo de producción dominante».(42)

La división espacial implícita al modo de producción

En la medida en que la división del trabajo es un factor característico de cada modo de producción, es decir, que cada modo de producción se articula sobre un modelo de división del trabajo, cabe presuponer que la división espacial del trabajo -y esta es mi hipótesistambién estará ligada al modo de producción. Es en este sentido en el que Dos Santos afirma que la «división del trabajo (entre naciones distintas) se realiza en función de intereses de dominación y de explotación».(43)

En contrapartida, y en la medida en que la formación social se asienta sobre un espacio físico, y es por tanto un factor que la condiciona, no será posible ignorar los aspectos geo-físicos que contiene.

En esta formulación debe preverse que la geografía puede aparecer como un elemento explicativo de las formaciones sociales en la medida en que estos aspectos se caracterizaban por estar comprendidos dentro de un marco espacial físicamente delimitado.

El modo de producción, como forma abstracto-real pura de unas relaciones sociales de producción determinadas, debe concretarse en su imbricación con la naturaleza. Sería lo que Marx dice sobre la unidad entre organización social y propiedad tiene su realidad viviente en el *modo* determinado *de la producción* misma, un modo que aparece tanto

como comportamiento de los individuos entre sí cuanto como comportamiento activo determinado de ellos con la naturaleza inorgánica, modo de trabajo determinado».(44) Es decir, en el modo de producción se da una relación directa con la naturaleza, productos agrícolas, primeras materias, etcétera, con lo que las características geo-morfológicas, climáticas, etc., del espacio serán, más allá de los límites en que el hombre pueda modificarlas, condicionantes del modo de producción y se incorporarán a la formación social en su componente de formación económica. Esto da lugar a concreciones diferenciadas de los modos de producción con lo que se obtienen resultados, junto con los procesos históricos, ideológicos, etc., a su vez diferenciados. En esta interpretación de la realidad, de la formación social, pienso que es donde el geógrafo tiene algo que decir. En el fondo, como dicen Bruneau, Durand-Lasserre y Molinie, -consideramos el espacio como el medio natural transformado por los hombres en el curso de la historia ...). Sea cual sea el tipo de sociedad existente y las relaciones que se establezcan entre los hombres, el medio natural desempeña un papel sobre 1a fuerza productiva del trabajo». El desarrollo de las fuerzas productivas viene determinado por la evolución y las transformaciones de las relaciones de producción (modo de producción) y éstas se acompañan de transformaciones en el conjunto de las relaciones sociales, concretando, de la formación social.(45)

6. DIVISION ESPACIAL EN EL MODO DE PRODUCCION

Después de una etapa de la geografía como estudio de las particularidades de cada espacio, en que se cree, según se desprende de concepciones de la geografía como la de Hartshorne que ...no es necesario formular ideas universales, aparte de la ley general de la geografía que dice que todas sus áreas son singulares» (46) y que tiene una de sus plasmaciones concretas en la tradición de los «estudios biográficos regionales»,(47) la geografía llega a darse cuenta de que existen regularidades en la articulación del espacio. Esta nueva etapa corresponde a la tendencia cuantitativa locacional que señala Hagget.(48) El límite que se impone esta tendencia es el de ofrecer una respuesta *formalista* a las regularidades intuidas. Aquí cabría estudiar por qué la influencia de la teoría de la localización económica, en la que ha bebido la geografía -localización agrícola en von Thünen (49) e industrial en A. Weber (50)-, no ha evidenciado, sin embargo, para el geógrafo que en economía las actuaciones están regidas por leyes sociales muy concretas y que, por tanto, hay implícitos unos objetivos previos que la guían según el modo de producción en términos de producción-intercambio-consumo-plusvalía-excedente-apropiación. En este contexto, si la localización llega a adoptar «formas» en el espacio no lo será por formalismos más o menos «cristalográficos o geométricos» sino guiada por causa de la relación coste-beneficio. Si nos quedamos en la «forma» sin llegar a la causa los resultados pueden ser como los que ha obtenido la geografía, donde se evidencia un sentimiento de insatisfacción sobre los resultados alcanzados.

Por ejemplo, sabemos que las ciudades son «funcionales», que existen redes y nudos, que se da una jerarquía, pero ¿cómo se explica?; ¿es obra del azar o del determinismo?; ¿o bien hay alguna ley humano-social implícita? Pienso que es por esta última línea por donde se puede comprender la articulación del espacio. y es a través del concepto de modo de producción que puede explicarse.

Ello no implica rechazar los modelos como instrumentos analíticos, ya que el modo de producción no deja de ser un modelo, pero un modelo que pretende explicar, no sólo describir, y que se entronca en las relaciones humanas.

El espacio histórico

La división del espacio necesariamente ha de ir modificándose a lo largo de la historia en la medida en que el propio espacio histórico-social se modifica. Desde el inicio en que el hombre se relacIona exclusivamente con su entorno inmediato, hasta llegar al estadio actual en el que las relaciones se producen a escala del planeta, se ha tenido que pasar por todo un proceso de ampliación progresiva en esta relación.

Lo que sí aparece como constante es la articulación de unas relaciones de poder que guían todo momento, así como la existencia de un *centro de poder geográfico* para cada unidad básica espacial propia de cada modo de producción, en cada formación social.

Por otro lado, el poder sobre el espacio ha de hallarse adaptado a la «dimensión social» propia de cada momento histórico, de cada modo de producción en general y de cada formación social en lo concreto geográfico, con lo que la división del espacio variará de acuerdo con las etapas de esta dimensión. En este sentido «es a partir del comportamiento de la respectiva formación social como se pueden explicar las modificaciones operadas a través del tiempo en el correspondiente entorno urbano-regional (y) es posible inferir que la estructura de poder dominante de cada sistema es la que determina, de acuerdo con sus fines específicos, el modo como se manifiestan cada una de las dimensiones del sistema económIco-social ».(51)

La división campo-ciudad en el origen de la división espacial

Sabemos que la primera realidad histórica en la división del espacio es la división entre ciudad y campo. Marx y Engels situaban en este hecho el inicio de la Historia. En el momento en que la división social del trabajo supera el estadio d~ la división «natural» del trabajo y se llega a formas claramente particularizadas de propiedad, se da la división y separación entre el trabajo industrial y comercial respecto al trabajo agrícola, entrando ambos bloques en contradicción.

Lo que conviene señalar es la perduración de esta dicotomía como exponente de todas las formaciones sociales a lo largo de la historia, hasta nuestros días. La dialéctica campo-ciudad aparece como un componente básico-elemental de la división del espacio.

En lo que respecta a la ciudad, núcleo dominante de esta relación, a pesar de que ha ido asumiendo formas particulares dentro de cada modo de producción a lo largo de la historia, su función básica ha estado presente en todas las formaciones sociales. Nos hallamos dentro de la relación campo-ciudad en la que el campo queda supeditado a la ciudad en la medida en que el excedente se encamina hacia esta última. Es una relación jerárquica, de dominio, de la ciudad sobre «su» campo.

Podemos preguntarnos por qué se produce esta división. La aparición de la ciudad surge, entre otros factores, de la necesidad que tiene el poder de concentrarse sobre sí mismo, ya que no le conviene estar disperso ni social, ni geográcamente. Buscará asentarse en un punto del espacio, en donde hará falta que disponga de los elementos e instancias de dominio sobre el resto del espacio socio-geográfico que le permita apropiarse del excedente. El poder tiene necesidad de localizarse en un centro de poder en el espacio. De aquí que a lo largo de la historia se haya ubicado a la ciudad hegemónica de cada formación social en el lugar estratégico adecuado al poder.

Gradualidad en el dominio del espacio y en la división espacial

La dimensión geográfica «óptima» a cada modo de producción viene ligada al desarrollo de las fuerzas productivas dentro de ese modo. El espacio que es capaz de asumir el modo de producción concretado en una formación social, es decir, las unidades políticas autónomas en que se concreta, viene delimitado por el nivel del desarrollo de sus fuerzas productivas, entendiendo por tales tanto los aspectos humanos como los técnico-materiales. Por ejemplo, un dominio «mundial» como el que se da actualmente en el caso de los EE.UU., era imposible que se diese, por ejemplo, en la época del antiguo imperio egipcio, visto el limitado desarrollo de las fuerzas productivas de aquel modo de producción, ya que ni conocían todo el espacio terrestre, ni los medios de «comunicación» en su relación tiempo-espacio o en su capacidad técnica, se lo permitían. Por otro lado, al desarrollo de las fuerzas productivas dentro de un modo de producción le corresponde un tipo de división técnica del trabajo, división que a su vez deberá tener su reflejo en una división técnica del espacio. La división de las ramas de producción agrícola que permanecen ligadas al mundo rural y las industriales, comerciales, etc., que se relacionan con el mundo urbano, son un aspecto esencial de este reflejo de la división técnica del trabajo sobre la división técnica del espacio.

Las unidades espaciales sociales, que en nuestro lenguaje corresponden a unidades políticas, van ocupando históricamente espacios territoriales más amplios, y no hablo tanto de extensión de los imperios que puedan haber asumido en su proceso, aunque también se verán afectados, sino del espacio que corresponde a la organización jurídica básica del Estado que se superpone a las unidades sociales de las que he hablado, y que van aumentando su magnitud en el desarrollo desde la tribu, pasando por las «ciudades», los feudos, la nación, los estados...

Al aumento del espacio de las unidades sociales básicas, le corresponderá una articulación político-administrativa adecuada, que requerirá una división espacial tal que se puedan continuar produciendo las dos funciones del poder: la apropiación/gestión del excedente y la reproducción del poder. La subdivisión en provincias con poderes delegados en centros espaciales de poder concentrados en una ciudad en cada una de ellas, sería un ejemplo. Paralelamente al aumento de la extensión territorial, se produce una evolución tendente al incremento de la subdivisión en la división técnica del trabajo.

Niveles dialécticos de división espacial

Se pueden apuntar ciertos momentos posibles de división del espacio, funcionales a las relaciones sociales de producción y a la división del trabajo, que nos permitan aplicarlos a cada circunstancia histórica.

En una primera aproximación, propongo cuatro niveles, dentro de los cuales deberá buscarse cuál es el proceso progresivo de implantación según las etapas históricas:

A. Intra-nacional
1. Dentro de una unidad política (nación o Estado) -campo-ciudad
2. Dentro de la ciudad
Dentro del mundo rural
3. Entre ciudades

B. Inter-nacionales
4. Entre unidades políticas (entre naciones o Estados)

En primer lugar, encontramos un nivel de división dentro de una unidad política. Podemos hablar, en lenguaje actual, de división dentro de una nación o Estado. Aquí se encuentra un subnivel de extrema importancia histórica que, como ya hemos visto, se halla representado por la división entre campo y ciudad. Al mismo tiempo se da la subdivisión dentro de cada espacio social directo, es decir, vinculado inmediata y vitalmente a los hombres, en este sentido ligado a la convivencia y a la ejecución del trabajo: por un lado, la división social de la ciudad o unidad de población; por el otro, la división del espacio circundante, del campo circundante, que puede ser rural o de servicios (para producir productos primarios, en áreas diferenciadas según la proximidad a la ciudad, y para alimentarla, o como zona de recreo -por ejemplo, zonas de caza de los reyes y nobles-). Cuando la amplitud de la unidad territorial dé lugar a la existencia de más de una ciudad, entre éstas se dará una diversificación de funciones (división del trabajo) y una jerarquización social y de poder entre ellas.

A un nivel de espacio total, y recubriendo todos los espacios «nacionales», se ha dado y se mantiene un estadio de división entre unidades políticas delimitadas jurídicamente como autónomas y que, en nuestro lenguaje, serían las divisiones entre naciones y Estados, lo que se denomina división internacional.

Estos cuatro niveles de división espacial evolucionan con la ampliación del espacio histórico, bajo la doble división inter-nacional e intra-nacional.

Si hasta aquí la consideración que he efectuado del espacio nos lo podía hacer aparecer como un todo homogéneo, diferenciado sólo física y morfológicamente, el análisis en términos de división social nos evidenciará la desigualdad, la jerarquización y, por tanto, la subordinación; en una palabra, la dialéctica del poder manipulándole a fin de conseguir sus propósitos. Una unidad política puede aparecer o tratársela como homogénea, pero, internamente, se halla diferenciada, dividida.

Al mismo tiempo, la división espacial contiene un doble componente de importancia analítica en términos de la localización de las personas y de las unidades productivas. Si consideramos la tierra, una industria o un servicio administrativo, etc. como medios físicos de producción, su localización y la jerarquización que se derivan (intra-sectores e

inter-sectores) nos refleja sobre el mapa (y representable cartográficamente) espacios estructurales determinados y funcionalmente diferenciados.

La localización de la población se nos muestra sobre la superficie como conglomerados puntillísticos, en la medida en que la ocupación del espacio por las personas es mínima respecto al espacio total existente. La tierra, como medio de producción, ocupa una máxima superficie del espacio, casi el resto (excepción hecha del mar) (52); contrariamente, la industria ocupa un mínimo espacio, y aún menos la mayoría de los servicios.

La forma de dominio cuantitativo sobre el espacio físico que otorgue poder estará ligada al modo de producción según sea el sector productivo dominante (hegemónico). Un modo de producción asentado sobre la producción agrícola requerirá que la clase dominante controle la propiedad de grandes espacios, mientras que un modo de producción dominante «industrial» desplazará su centro de poder del dominio extensivo del espacio, para situarlo intensivamente en los centros fabriles. En este sentido, el poder pasa cada vez más por los individuos y a través suyo sobre el espacio y menos sobre el espacio en sí mismo; por ejemplo, a nivel inter-nacional, el paso del colonialismo al imperialismo es un reflejo de este hecho. El poder cada vez ocupa menos espacio, pero continúa dominándolo igualmente. Su dominio adopta cada vez más la forma de una red en la que, dentro de la división social, la jerarquización desempeña un papel preponderante.

La jerarquización ha existido siempre, pero a medida que la división fracciona crecientemente, aquélla ocupa un papel más importante como mecanismo social, al tiempo que los espacios son más amplios y requieren mayor número de escalones intermedios de personas para controlarlos. La jerarquización aparece como una necesidad del poder para dominar, de forma que se establezcan los canales adecuados por los que circulen en un sentido las «órdenes», la legitimación, la culturización, etc., y en el otro primordialmente el excedente producido. El espacio se divide socialmente, plasmándose en él la división social del trabajo, preferentemente a través de la división técnica del trabajo. La red jerarquizada que resultará se concretará a través de las localizaciones de la población en núcleos de importancia diferenciada.

La dialéctica hombres-espacio, a pesar de que enfrenta dos elementos sociales no homogéneos, no deja de estar en el centro de la dialéctica del poder, por cuanto son dos factores en el proceso productivo. Uno como materia prima, el otro como fuerza de trabajo.(53) Es en el espacio donde los agentes productivos crean valor, de él extraen la materia prima, sobre él la trabajan, y también en él se reproducen.

Capacidad explicativa del modo de producción como articulador del espacio

Al efectuar un repaso sobre la articulación del espacio ligada a los modos de producción históricamente dominantes, se constata la existencia de unos elementos de uniformidad interna del espacio necesarios a cada modo de producción dominante para imponer su «lógica» y conquistar la hegemonía. Sea cual sea el modo de producción que llegue a convertirse en hegemónico. ha de producirse una forma de articulación del espacio que le sea propia y, a la vez. diferenciada y diferenciadora respecto a los otros modos de producción.

No obstante, se dan unas regularidades espaciales que van más allá de los modos de producción en particular, para asumir una vigencia, al menos hasta ahora, genérica en todos ellos y que en un análisis profundo nos mostraría que el modo de producción no hace más que darle su impronta a esta continuidad, fijando una forma propia para cada aspecto. Vemos como estas regularidades particulares se producen sobre características comunes como:

- jerarquización del espacio al servicio de la apropiación/gestión del excedente
- concentración del poder en un «punto» del espacio
- confrontación campo-ciudad
- esta concentración del poder se localiza en una ciudad que asume el papel de ciudad hegemónica en donde se concreta el poder político y/o económico
- red de dominio basada en ciudades como canal de poder de apropiación
- división social de espacios de residencia, etc.

Lo que aparece claramente es que cuando existe un modo de producción dominante, éste intenta subordinar, para su servicio, al resto de modos de producción vigentes en el espacio social sin tener necesidad de destruirlos, sólo asimilarlos. Lo que hace es conformarlos, con las tensiones que esto pueda ocasionar. Para que un modo de producción se mantenga hegemónico debe ser más «productivo» que los restantes.

Parece claro que el espacio es un hecho importante, y que no es precisamente un aspecto aleatorio. Si así fuese, no se le podría dominar. se nos escaparía siempre de las manos, y la historia no parece mostrarnos esta situación, sino precisamente lo contrario. De acuerdo con el razonamiento desarrollado en este trabajo. pienso que es a través del modo de producción y de los mecanismos implícitos en él, en especial la división del trabajo. como el espacio social adopta unas articulaciones detectables y manipulables por los hombres, en especial por los hombres que asumen el poder.

BIBLIOGRAFIA

He agrupado la bibliografía en cinco grandes bloques: 1) Poder; 2) Espacio; 3) Modo de producción y formación social; 4) División social, técnica y espacial y 5) Factores móviles en el espacio. Para no alargar la ya de por sí extensa bibliografía sólo he indicado una sola vez cada obra en el apartado en que la he considerado más importante.

1. Poder

AA.VV.: *Discussion: La géographie* et *les phénomenes de dominarían,* «L'Espace Géographique», París, nº 3, 1976.
AA.VV.: *Des réponses aux questions de Michel Foucault,* «Hérodote», París, nº 6, 1977.
CAPEL, Horacio: *Capitalismo* y *morfología urbana en España,* Barcelona, Los libros de la Frontera, 1975.
CLAVAL, Paul: *La géographie* et *les phénomenes de dominarían.* «L'Espace Géographique», París, nº 3, 1976.
CLAVAL, Paul: *Espace* et *pourvoir.* París, PUF, 1978.
DOS SANTOS, Theotonio: *Considerazioni sulle societa multinazionali.* «Problemi del Socialismo», Roma, n.O 16-17, VII-X-1973.
DOS SANTOS, Theotonio: *Imperialismo* y *dependencia,* México, Ed. Era, 1978. ERBES-SEGUIN, Sabine: *La sociologie du pouvoir: enjeu d'un débat théorique au Royaume-Uní: a propos de Roderick Martin, «The Socio/ogy* of *power* et *de Steven Lu*ckes, *«Power: a radical view».* París, «Sociologie du

Travail», nº 2, 1978.
FERRAROTTI, Franco: *La sociología del potere,* Bari, Ed. Laterza, 1972.
FOUCAULT, Michel: *Ouestions a Michel Foucault sur la géographie.* «Hérodote», París, nº 1, 1976.
FOUCAULT, Michel: *La voluntad de saber, Historia de la sexualidad.* 1. Madrid, Ed. Siglo XXI, 2ª' ed., 1978.
FOUCAULT, Michel: *Deleuze/Foucault. Un diálogo sobre el poder,* «El Viejo TOPO», Barcelona, nº 6, 111-1977.
FOUCAULT, Michel: *Microfisica del poder,* Madrid, Las ediciones de la piqueta, 1978. FURTADO, Celso: *Desarrollo* y *subdesarrollo,* Buenos Aires, Eudeba, 1972.
GIRANDIN, Jean-Claude: *Sur la theorie marxiste de retar,* «Les Temps Modernes», nº 314-315,1972.
JOURDAIN, Henri: *La politique du pouvoir dans la concurrence interimperialiste,* «Economie et politique», París, nº 185, 1969.
KALMANOVITZ, Salomon: *«Théorie de la Dependanceou «Théorie de l'imperialisme?».* París, «Sociologie du Travail», nº 1, 1975.
LASKI, Harold J.: *Introducción a la política.* Buenos Aires, Siglo Veinte, 1960.
LECOURT, Dominique: *Foucault ¿microfisica del poder* o *metafísica?* «El Viejo TOPO», Barcelona, nº 22, VII-1978.
LENIN, V. l.: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo.* Buenos Aires, Ed. Ateneo, 1974.
LlPIETZ, Alain: *Le capital* et *son espace.* París, F. Maspero, 1977.
LOJKINE, Jean: *Le marxisme, l'état et la question urbaine.* París, P.U.F., 1977.
LUXEMBURG, Rosa: *La acumulación del capital,* en *El imperialismo* y *la acumulación de capital,* Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975.
MARX, K. y ENGELS, F.: *La ideología alemana,* Montevideo, E. Pueblos Unidos/Barcelona, Ed. Grijalbo, 1974.
MARX, K.: *Introducción general* a *la critica de la economia politica* (1857). Madrid, Miguel Castellote Ed., 1976.
MARX, K.: *El capital. Critica de la economia politica,* 3 vols., México, F.C.E., 1973.
POULANTZAS, Nicos: *Hegemonia* y *dominación en el estado moderno.* Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975.
POULANTZAS, Nicos: *Poder politico* y *clases sociales en el estado capitalista.* Madrid, Siglo XXI Ed., 1976.
POULANTZAS, Nicos: *Las clases sociales en el capitalismo actual.* Madrid, Siglo XXI Ed., 1977.
POULANTZAS, Nicos: *Estado, poder* y *socialismo.* Madrid, Siglo XXI Ed., 1979.
ROFMAN, Alejandro Boris: *Dependencia, estructura de poder* y *formación regional en América Latina.* Buenos Aires, Siglo XXI Ed., 1974.
SALAMA, Pierre: *El proceso de subdesarrollo. Ensayo sobre los límites de la acumulación nacional de capital en las economías semi-industrializadas,* México, Ediciones ERA, 1976.
SALVATANI, M. y BECCALLI, B.: *Divisione del lavoro, capitalismo, socialismo, utopía.* cQuaderni Piacentini», Piacenza, nº 40, 1970.
WEBER, Max: *Economia* y *sociedad,* México, F.C.E., 1964.

2. Espacio

AA.VV.: *Imperialismo* e *urbanizzazione in America Latina.* «Problemi del Socialismo», Roma, nº 13/14, 1973.
AA. VV.: *Urbanismo* y *práctica política,* Barcelona, Los libros de la frontera, 1974.
ACKERMAN, Edward: *Las fronteras de la investigación geográfica,* «Geo-Crítica», nº 3. Ed. de la Universidad de Barcelona, 1976.
BAILLY, Antoine S.: *La organización urbana. Teorias* y *modelos,* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1978.
BAILLY, Antoine S. y RAClNE, Jean-Bernard: *Les géographes ont-ils jamais trouvé le nord? Questions* a *la géographie.* «L'Espace Géographique», París, nº 1, 1978.
BEGHIN, Hubert: *Une introduction* a *f'analyse de l'Espace,* «L'Espace Géographique», París, nº 1, 1978.
BEZERT, B. y VERLAQUE, Ch.: *L'espace industriel,* París, Masson, 1978.
BLEITRACH, Danielle: *Région métropolitaine* et *appareils hégémoniques locaux,* «Espaces et societés», París, nº 20-21,1977.
CAMPBELL, John S.: *Reacciones libertarias ante los puntos de vista marxistas: Comentario* a *David Harvey* en *Geografía* y *teoria revolucionaria,* «Geo-Crítica», nº 5. Ed. de la Universidad de Barcelona, 1976.
CAPEL, Horacio: *Estructura funcional de las ciudades españolas en 1950.* «Revista de Geografía»,

Barcelona, nº 2, vol. 11, 1968.
CAPEL, Horacio: *El modelo de la base económica urbana,* «Revista de Geografía», Barcelona, nº 1-2, vol. 111, 1969.
CAPEL, Horacio: *De las funciones urbanas* a *las dimensiones básicas de los sistemas urbanos,* «Revista de Geografía», Barcelona, nº 2, vol. VI, 1972.
CAPEL, Horacio: *La definición de lo urbano,* «Estudios Geográficos». Madrid, nº 138-199, 1979.
CASTELLS, Manuel: *Problemas de investigación en sociologia urbana.* Madrid, Siglo XXI, Ed., 1975.
CASTELLS, Manuel: *La cuestión urbana,* Madrid, Siglo XXI, Ed., 1974.
CERO: *Una interpretación marxista de los fenómenos espaciales:* «*La cuestión urbana*», «Zona Abierta», Madrid, nº 1, 1974.
CHORLEY, Richard J. y HAGGETT, Peter: *La geografia* y *los modelos socio-económicos.* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1971.
CHORLEY, Richard J.: *Nuevas tendencias en geografia,* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1975.
CLAVAL, Paul: *Régions, Nations, Grands espaces,* París, Ed. M. Th. Genin, 1968.
CLAVAL, Paul: *Le marxisme et f'espace.* .L'Espace Géographique», París, nº 3, 1977.
COLE, John P. y KING, Cuchlaine, A. M.: Q*uantitative Geography. Techniques and Theories in Geography.* Londres, John Wiley & Sons Ltd., 1968.
COLLECTIF DE CHERCHEURS DE BORDEAUX: *A propos de f'article de P. Claval. .Le marxisme et l'espace-,* «L'Espace Géographique», París, nº 3,1977
DESTANDAU, Jean-Louis: *Agents économiques-espace économique.* París, -Espaces et sociétés», París, nº 12, vol. 1, 1974.
DOCKES, Pierre: *L 'espace dans la pensée economique du XVI au XV'II siécle,* París, Flammarion, Ed., 1969.
DRESCH, Jean: *Un géographe au déclin des empires,* París, FM/Hérodote, 1979.
ESPACES TEMPS: *Région. Enquete sur un concept au-dessus de tout soupçon.* «Espaces Temps», París, nº10-11,1979.
FOLKE, Steen: *Por qué una geografia radical debe ser marxista,* en *Geografia* y *teoria revolucionaria* (II). «Geo-Crítica», nº 5. Ed. de la Universidad de Barcelona, 1976.
FOURQUET, François y MURARD, Lion: *Los equipamientos del poder. Ciudades, territorios* y *equipamientos colectivos,* Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1978.
GARNIER, Jean-Pierre: *Planificación urbana* y *neocapitalismo,* «Geo-Crítica», nº 6, Ed. de la Universidad de Barcelona, 1976.
GEORGE, Pierre: *Sociologia* y *geografia,* Barcelona, Ed. Península.
HAGGETT, P.: *Análisis locacional en geografia humana,* Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1976.
HARVEY, David: *Urbanismo* y *desigualdad social,* Madrid, Siglo XXI de España Ed., S. A., 1977.
HARVEY, David: *Teoria revolucionaria* y *contrarrevolucionaria en geografia* y *el problema de la formación del ghetto,* en *Geografia* y *teoria revolucionaria* (1). «Geo-Crítica», nº 4, Ed. de la Universidad de Barcelona, 1976.
ISNARD, Hildebert: *L 'espace géographique,* París, P.U.F., 1978.
KAYSER, Bernard: *El espacio rural* y *el nuevo sistema de relaciones ciudad-campo,* «Revista de Geografía», Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona, Barcelona, nº 2, vol. VI, 1972.
LABASSE, Jean: *La organización del espacio,* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1973.
LACOSTE, Yves: *Geografia del subdesarrollo,* Barcelona, Ed. Ariel, 1977.
LACOSTE, Yves: *La géographie ça sert, d'abord, a faire la guerre,* París, F. Maspero, 1976. LAUTIER, François y SCHALCHLI, Thérese: *Nouvelles tendances des espaces du travail,* «Espaces et Sociétes», París, nº 22-23, 1977.
LEFEBVRE, Henri: *De lo rural a lo urbano,* Barcelona, Ed. Península, 1971.
LEFEBVRE, Henri: Le *droit a la ville, Paris,* Ed. Anthropos, 1968.
LEFEBVRE, Henri: *La pensée marxiste et la ville,* París, Casterman, 1972.
LEFEBVRE, Henrí: *Espace et politique,* París, Ed. Anthropos, 1972.
LOJKINE, Jean: *Contribution a une théorie marxiste de f'urbanisation capitaliste,* «Cahiers Internationaux de Sociologie», nº 52, 1972.
MATTSON, Kirk: *Una introducción a la geografia radical,* «Geo-Crítica», nº 13, Ed. de la Universidad de Barcelona, 1978.
MAURICE, Marc: *Travail, mode de vie et espaces sociaux.* -Espaces et societes», París, nº 12, vol. 1974.
McLOUGHLIN, J. Brian: *Planificación urbana* y *regional. Un enfoque de sistemas,* Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1971.
MIOSSEC, Jean-Marie: *Espace et pourvoir. La localisation des forces de décision dans le monde:*

esquisse de géographie politique théorique, «L'Espace Geographique», París, nº 3, 1976.
QUESADA, Santiago: *La teoria de los sistemas* y *la geografía humana,* «Geo-Crítica», nº 15, Ed. de la Universidad de Barcelona, 1978.
R.E.M.I.C.A.: *Sistemas espaciales* y *estructuras regionales,* «Revista de Geografía», Barcelona, n º 1-2, vol. VIII, 1974.
RACINE, J. B. Y REYMOND, H.: *L'analyse quantitative en géographie.* París, P.U.F., 1973.
RACINE, Jean Bernard: *Discurso geográfico* y *discurso ideológico: perspectívas epistemológicas,* «Geo-Crítica», Ed. de la Universidad de Barcelona, 1977.
REMY, Jean y VOYE, Liliane: *La cíudad* y *la urbanización.* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1976.
RICHARDSON, H. W.: *Economía regional. Teoría de la localización, estructuras urbanas* y *crecimiento regional.* Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1973.
RUPPERT, Karl y SCHAFFER, Franz: *Sobre la concepción de la geografía social,* -Geo-Crítica», nº 21. Ed. de la Universidad de Barcelona, 1979.
SAEY, Pieter: *Marx and the students of space,* «L 'Espace géographique», París, nº 1, 1978.
SANCHEZ, Joan-Eugeni: *El desarrollo de las fuerzas productivas: cualificación, organización del trabajo* y *formación.* Ponencia presentada al coloquio sobre «Movimiento obrero y organización del trabajo en España». Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, 1978, «Sociología del Trabajo», Madrid/Barcelona nº 1, 1979.
SOCIOLOGIE DU TRAVAIL: nº 2, monográfico dedicado a *Marxísme et sociologie urbaine.*
TAYLOR, Peter L.: *El debate cuantitativo en la geografia británica,* «Geo-Crítica», nº 10. Ed. de la Universidad de 'Barcelona, 1977.
THIBAULT, André: *La structure économique des espaces locaux en France: dépendance et domination,* «L'Espace Géographique», París, nº 4, 1976.
VIEILLE, Paul: *L'espace global du capitalisme d'organisation,* «Espaces et societés», París, nº 12, V-74.
VILA VALENTI, Joan: *¿Una nueva geografía?* «Revista de Geografía», Barcelona, nº 1-2, vol. V, 1971.
WIRTH, Eugen: *La geografia social alemana en su concepción teórica* y *en su relación con la sociología* y *la «Geographie des Menschen»,* «Geo-Crítica», nº 22. Ed. de la Universidad de Barcelona, 1979.

3. Modo de producción y formación social

AA. VV.: *El concepto de ~formación económico-social»,* México, Cuadernos de pasado y presente, 2ª ed., 1976.
AA. VV.: *Modos de producción en América Latina,* México, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI Ed., 1977.
AA. VV.: *La transición del feudalismo al capitalismo,* Madrid, Ed. Ayuso, 1975.
ALTHUSSER, Louis: *Escritos.* Barcelona, Ed. Laia.
ALTHUSSER, Louis, BALlBAR Etienne: *Para leer El Capital,* México, Siglo XXI Ed., 14ª ed., 1977.
AMIN, Samir: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico.* Barcelona, Ed. Fontanella, 1975.
ANDERSON, Perry: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo,* Madrid, Siglo XXI Ed. 1979.
ARRIGHI, Giovanni: *Rapporti Ira struttura coloniale* e *struttura di classe ne//'analisi del sottosviluppo,* «Problemi del Socialismo», nº 10, Roma, VII-VIII-72.
ASSADOURIAN, Carlos Sempat: *Modi di produzione, capitalismo* e *sottosviluppo in America Latina,* «Problemi del socialismo», Roma, nº 9, 1972.
BARTRA, Roger: *El modo de producción asiático. Problemas de la historia de los paises coloniales,* México, Ed. Era, 1969.
BRUNEAU, Michel; DURAND-LASSERVE, Alain y Molinie, MARIE: *La Thailande analyse d'un espace national,* «L'Espace Géographique», París, nº 3, 1977.
CASTELLS, Manuel: *Sociología del espacio industrial.* Madrid, Ed. Ayuso, 1977. CÓRDOVA, Armando: *-11 capitalismo sottosviluppato» di Andre Gunder Frank,* «Problemi del Socialismo», Roma, nº 10, VII-VIII-72.
DHOUQUOIS, Georges: *Modo di produzione* e *formazione economico sociale,* «Crítica Marxista», Roma, nº 4, 1971.
DOBB, Maurice: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.* Buenos Aires, Siglo XXI, Ed., 1972.
FERNANDEZ DE CASTRO I, y GOYTRE, A.: *Clases sociales en España en el umbral de los años 70.* Madrid, Siglo XXI Ed., 1974.
FOOSAERT, Robert: *La societé. Tome* 1. *Una théorie générale; Tome* 2. *Les structures économiques,* París, Ed. du Seuil, 1977.
FRANK, André Gunder: *Capitalismo* y *subdesarrollo en América Latina,* Buenos Aires, Siglo XXI Ed.,

1974.
GALLlSSOT, René: *Formazione «economica», «economico-sociale», «sociale», «socio-politica»* , «Crítica Marxista», Roma, nº 4, 1971.
GERMANI, Gino: *Urbanizzazione* e *modernizzazione.* Bolonia, II Mulino, 1975.
GLUCKSMANN, Christine: *Modo di produzione, formazione economico-sociale, teoría della transizione,* Roma, «Crítica Marxista», nº 4, 1971.
GODELlER-MARX-ENGELS: *Sobre el modo de producción asiático,* Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1977.
GODELlER, Maurice: *Economia, fetichismo* y *religión en las sociedades primitivas.* Madrid-México, Siglo XXI Ed., 1978.
GRASSA, Gianfranco La: *Modo di produzione, rapporti di produzione* e *formazione economico-sociale.* «Crítica Marxista», Roma, nº 4, 1972.
HARVEY, David: *L'economie politique de /'urbanisation aux Etats-Unis,* «Espaces et sociétés», París, nº 17-18, 1976.
HERZOG, Philippe: *I concetti di modo di produzione* e *formazione economico-sociale per /'analisi del'lmperialismo,* «Crítica Marxista», Roma, nº 4, 1971.
HINDESS, Barry y HIRST, Paul Q.: *Los modos de producción pre-capitalistas,* Barcelona, Ed. Península, 1979.
LACLAU, Ernesto: *Feudalismo* e *capitalismo in America Latina,* «Problemi del Socialismo», Roma, nº 5-6, 1972.
LEVV, Jacques: *Pour une problématique. Région et formation économique et sociale,* «Espaces Temps», París, nº 10-11, 1979.
LUPORINI, Cesare: *Dialéctica marxista* e *historicismo.* Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1969.
LUPORINI, Cesare: *Marx secondo Marx,* «Crítica Marxista», Roma, 2-3, 1972.
MANDEL, E.: *La historia del capitalismo* y *las leyes de movimiento del capitalIsmo.* Ponencia presentada al Congreso de Tilburg: *El capitalismo de los años 70,* 1970.
MARX, K.: *Formas que preceden* a *la producción capitalista,* publicado bajo el título *Formas económicas precapitalistas,* México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1976.
MELOTTl , Umberto: *Marx* e *il terzo mondo. Per uno scherma multilineare del/a conzecione marxiana del/o sviluppo storico,* Milán, II Saggiatore, 1972.

4. División social, técnica y espacial

AA. VV.: *La crisis del imperialismo,* Barcelona, Ed. Fontanella, 1975.
AA. VV.: *La división capitalista del trabajo,* Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 2ª ed., 1974.
AA. VV.: *Industrialización* y *tercer mundo,* Barcelona, Ed. Anagrama, 1976.
BAUDELOT, Ch.; ESTABLER, R. y MALEMORT, J.: *La petite bourgeoisie en France,* París, F. Maspero, 1975.
CALLON, Michel: *Les firmes multinationa/es: un théatre d'ombres,* «Sociologie du travail», París, nº 2, 1974.
EMMANUEL, Arghiri: *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales,* Madrid, Siglo XXI Ed., 1973.
FREYSSENET, Michel: *La division capitaliste du travail,* París, Ed. Savelli, 1977.
GORZ, André (ed.): *Critique de la division du travail,* París, Ed. du Seuil, 1973.
GRUPPO DI STUDIO IBM: *Capitale imperialistico* e *proletariato moderno,* Milán, Sapere Edizioni, 1971.
GUASTINI, Ricardo: *Classi* e *nazioni nel/'era del/'imperialismo: lo cambio ineguale,* «Problemi del Socialismo», Roma, nº 4, VII-VIII, 1971.
LAURENT, Serge: *Les transformations en cours dans les classes et couches sociales,* «Economie et politique», París, nº 185, 1969.
MANDEL, Ernest: *Concentración* y *centralización internacionales del capital,* «Zona abierta», Madrid, nº 1, 1974.
MUÑOZ, C. y LAZARO, L.: *El desarrollo desigual en España,* «Zona Abierta», Madrid, nº 6, 1976.
PALLOIX, Christian: *Las firmas multinacionales* y *el proceso de internacionalización,* Madrid, Siglo XXI Ed., 1975.
PALLOIX, Christian: *La internacionalización del capital,* Madrid, Blume-Hermann, 1978.
PRASCA, Maria Teresa: *Tendenze al/a ricomposizione di un mercato unico mondiale,* «Critica Marxista», Roma, nº 6, 1972.
PUGES ROMAGOSA, Antoni: *Dinámica de la especialización industrial en Cataluña,* Barcelona, Servicio de Estudios de la Banca Mas Sardá, 1977.

SACRISTAN, Manuel: *Lezioni su /'universita* e *la divisione del lavoro,* «Critica Marxista», Roma, nº 5-6, 1971.
SANCHEZ, Joan-Eugeni y CASANELLES, Eusebi: *La planificación educativa frente al sistema productivo* en ARANGUREN et alto *La planificación educativa,* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1975.
SANCHEZ, Joan-Eugeni: *División del trabajo, subdesarrollo industrial* y *reproducción profesional,* «Cuadernos de Pedagogía», Barcelona, nº11, 1975.
SANTOS, Milton: *L'espace partage, les deux circuits de /'economie urbaine des pays sous-développées,* París, M-Th Genin, 1975.
SUNKEL, Osvaldo: *Capitalismo transnazionale* e *desintegrazione nazionale,* «Problemi del Socialismo» Roma, nº 13-14, I-IV, 1973.
SMITH, Adam: *Investigación sobre la naturaleza* y *causas de la riqueza de las naciones,* México, F.C.E., 1958.
VERNON, Raymond: *Future of the Multinational* Entreprise en C.P. KLlNDLEBER (comp.): *The International Corporation,* A *symposium.* Cambridge, The Mit Press, 1970.

5. Factores móviles en el espacio

AA. VV.: *Un debat sur L'échange inégal: salaires, sous-développement, imperialisme,* París, F. Maspero, 1975.
AA. VV.: *Imperialismo* y *comercio internacional. El intercambio desigual,* Madrid, Siglo XX Ed., 3.. ed., 1973.
AMIN, Samir: *La acumulación a escala mundial. Critica de la teoria del subdesarrollo,* Madrid, Siglo XXI Ed., 1974.
AMIN, Samir: *Imperialismo* y *desarrollo desigual,* Barcelona, Ed. Fontanella, 1976.
CHISHOLM, Michael: *Geografia* y *economia,* Barcelona, Oikos-Tau, S.A. Ed., 1969.
DOBB, Maurice: *Salarios,* F.C.E., México, 1927.
EMMA, Rosanna y ROSTAN, Marco: *Educación* y *mercado de trabajo,* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1974.
FERNANDEZ DE CASTRO, Ignacio: *La fuerza de trabajo en España,* Madrid, Edicusa, 1973.
GAUDEMAR, Jean-Paul de *Mobilité du travail et accumulation du capital,* París, F. Maspero, 1976.
GEORGE, Pierre: *Geografia activa,* Barcelona, Ed. Ariel, 1967.
GEORGE, Pierre: *Geografia económica,* Barcelona, Ed. Ariel, reimp., 1977.
KAYSER, Bernard: *Migraciones obreras* y *mercado de trabajo.* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1974.
KUKSBERG, Bernardo: *Administración, subdesarrollo* y *estrangulamiento tecnológico. Elementos para una sociología del subdesarrollo tecnológico latino americano.* Buenos Aires, Paidos, 1973.
LECAILLON, Jacques y GERMIDIS, Dimitrios: *Las desigualdades de ingresos* y *su función en la dinámica del desarrollo,* «Rev. Int. del Trabajo», Ginebra, vol. 94, nº 1, VII-VIII, 1976.
LLOYD, P. E. Y DICKEN, P.: *Location in space.* A *theoretical approachs to economic geography,* Londres, Harper & Rox, Publisher, 1977.
RANVAL, Pierre: *Hierarchie des salaires et lutte des classes,* París, Les Editions du Cerf, 1972.
RICARDO, David: *Principios de economia politica* y *tributaria,* México, F.C.E.
ROYEN, William Van y BENGTSON, Nels A.: *Fundamentals of economic geography,* Englewood Cliffs, Prentice-Hall Inc., 1964.
SANCHEZ, Joan-Eugeni, ESTIVILL, Jordi, HOMS, Oriol y PONS, Ignaci: *Apuntes sobre el trabajo en España,* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1973.
SANCHEZ, Joan-Eugeni: *Aproximación sociológica al alumnado de Formación Profesional,* Barcelona, ICE-UPB, 1973.
SANCHEZ, Joan Eugeni: *Evolución de las fuerzas productivas en España,* apéndice en Emma R., ROSTAN, M.: *Educación* y *mercado de trabajo,* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1974.
SANCHEZ, Joan-Eugeni: *Empresa, cualificación* y *formación,* ICE-UPB, Barcelona, 1979.

NOTAS

1. El presente trabajo recoge parte de las ideas desarrolladas en la Tesis de Licenciatura presentada en el Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona bajo el título *Poder i articulació de I'espai* (Universidad de Barcelona, septiembre 1979, 296 páginas) y dirigida por el profesor Horacio Capel, al que debo agradecer el interés demostrado en todo momento.

2. En esta crítica entrarían, por ejemplo, los planteamientos de Claval, Ruppert y Schaffer (véase sobre estos últimos «Geo-Crítica», nº 21).

3. Eli de GORTARI: *Introducción* a *la lógica dialéctica,* México, F.C.E., 2ª' ed., 1959, pág. 11.

4. M. BRUNEAU, A. DURAND-LASSERVE, M. MOLlNtE: *La Thailande. Analyse d'un espace national,* «L'Espace Géographique» París, nº 3, 1977, pág. 192.

5. «La dominación no puede comprenderse si se elimina la dimensión espacial», P. CLAVAL: *Quelques reflexions complémentaires sur la domination, «L'Espace Géographique»,* París, nº 3, 1976, pág. 156.

6. -Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época», MARX y ENGELS: *La ideo/ogia alemana,* Montevideo/Barcelona, E. Pueblo Unido/Ed. Grijalbo, 1974, pág. 50.

7. Max WEBER: *Economía* y *socíedad,* Los tipos de poder, 1922.

8. MARX y ENGELS: *La ideologia alemana,* op.. cit., pág. 53.

9. Max WEBER: *Economía* y *sociedad,* op. cit.

10. K. MARX: *Prólogo a la «Contribución a la crítica de la economía política».* Madrid, M. Castellote, Ed., 1976, pág. 63-64.

11. MARX y ENGELS: *La ideología alemana,* op. cit., pág. 35.

12. Idem., págs. 50-51.

13. M. FOUCAULT: *Microfisica del poder,* Madrid, Las ediciones de la piqueta, 1978, págs. 106-107.

14. N. POULANTZAS: *Poder político* y *clases sociales en el Estado capitalista,* Madrid, Siglo XXI, Ed., 1976, pág. 43.

15. Es preciso que no lleguen, en expresión claramente economicista, a la situación en que se pudiese producir el .despegue» de las unidades espaciales dependientes.

16. La organización del espacio es uno de los aspectos estudiados por los geógrafos, por ejemplo por George, Chisholm, Claval, McLoughlin, Labasse, Haggett, Lloyd y Dicken, etc.

17. M. CHISHOLM: *Geografia* y *economia,* Barcelona, Oikos-Tau, Ed., 1969

18. P. E. LLOYD y P. DICKEN: *Location in espace.* A *theoretical approach to economic geography,* Londres, Harpe & Rox, Publisher, 1977, págs. 217-238.

19. Palloix y otros autores hablan cada vez más de la *internacionalización del capital.*

20. Ch. PALLOIX: *Las firmas multinacionales* y *el proceso de internacionalización,* Madrid, Siglo XXI Ed., 1975. Especialmente interesante en este aspecto es la obra del GRUPO DI STUDIO IBM, *Capitale imperialistico* e *proletariato moderno,* Milán, Sapere Ed., 1971. También B. KLlKSBERG: *Administración, subdesarrollo* y *estrangulamiento tecnológico. Introducción al caso latinoamericano,* Buenos Aires, Paidos, 2ª ed., 1972.

21. Joan-Eugeni SANCHEZ: *Movilidad de la mano de obra en España,* en *Apuntes sobre el trabajo en España,* Barcelona, Ed. Nova Terra, 1973, págs. 52-70; y también en *La movilidad geográfica relacionada con la Formación Profesional* en *Aproximación sociológica al alumnado de Formación Profesional,* ICE-UPB, Barcelona, 1973, págs. 51-63. También Jean-Paul de GAUDEMAR: *Mobilité du travail et accumulation du capital,* París, F. Maspero, 1976.

22. Las tesis de Frank, Amin, Emmanuel, etc., se basan en esta situación.

23. P. CLAVAL: *La géographie* et *les phénomenes de domination,* París, «L'Espace Géographique», nº 3, 1976, pág. 153.

24. En mi trabajo *Empresa, cualificación* y *formación* he llegado a la misma conclusión que Freyssenet para Cataluña; se da incluso la tendencia a que al modernizarse el aparato productivo. aumenta la proporción de peones y subalternos proporcionalmente ocupados, y se pasa de un 7 % en el' textil al 8 % en el metal, aumentando a un 14 % dentro del sector químico. También he tratado este aspecto en *El desarrollo de las fuerzas productivas* «Sociología del Trabajo», Madrid-Barcelona, nº 1, 1979, págs. 45.73.

25. Para no extenderme en estos aspectos me remito a mis trabajos: *Aproximación sociológica al alumnado de Formación Profesional, La planificación educativa frente al sistema productivo, División del trabajo, Subdesarrollo industrial* y *reproducción profesional, Educación, empresa* y *empleo, Educación* y *mercado de trabajo.*

26. Joan-Eugeni SANCHEZ: *Apuntes sobre el trabajo en España,* op. cit.

27. Pese a su importancia no es posible extenderse más ampliamente en este aspecto. Véase A. EMMANUEL: *El intercambio desigual,* Madrid, Siglo XXI Ed., 1973, las reflexiones de Ch. BATTELHEIM en la misma obra, y las distintas aportaciones de EMMANUEL, SOMAINI, SALUATI, BOGGIO, en *Un debat sur l'échange inégal: salaires, sous-développement, imperialisme,* París, F. Maspero, 1975. Por mi parte ha tratado este tipo de problemas en *División del trabajo, subdesarrollo* y *reproducción profesional, El desarrollo de las fuerzas productivas: cualificación, organización del trabajo* y *formación, Empresa, cualificación* y *formación.*

28. A. CORDOVA: 1/ *capitalismo sottosviluppato de Andre Gunder Frank,* Roma, «Problemi del Socialismo», 1972, nº 10, VII-VIII.

29. No debe extrañarnos ya que un autor importante como David Harvey especialmente sensible a este tipo de problemas, no llega a distinguir con claridad la permanencia de la -ley general» y confunde la aplicación práctica en cada situación con una nueva ley. D. HARVEY: *Urbanismo* y *desigualdad social.* Madrid, Siglo XXI, Ed., 1977, páginas 142 y ss.

30. K. MARX: *Formas que preceden* a *la producción capitalista,* publicado bajo el título, *Formas económicas precapitalistas,* México, Cuadernos Pasado y Presente, 1976. Introducción de Hobsbawn.

31. Idem., págs. 71.

32. K. MARX: *El Capital,* México, F.C.E., vol. III, 8ª reimpresión, 1973, pág. 758.

33. K. MARX: *Formas...,* op. cit., pág. 73.

34. Idem.

35. K. MARX: *Prólogo* a *la Contribución* a *la critica de la economia politica,* Madrid. M. Castellote Ed., 1976, págs. 63-64.

36. K. MARX: *Introducción de* 1857, ídem, pág. 49-50.

37. C. LUPORINI: *Dialéctica marxista e historicismo,* Córdoba, Cuadernos Pasado y Presente, 1969, pág. 29. Luporini usa la expresión formación económico-social y explica en su trabajo los defectos *de* traducción del original de Marx que han llevado a la vulgarización de esta expresión

38. Para profundizar en estos conceptos remito a la bibliografía.

39. Guy DHOUQUOIS: *Modo di produzione e formazione economico sociale,* Roma, «Crítica Marxista», nº 4,1971, pág. 187.

40. Rene GALLISSOT: *Contra el fetichismo,* en AA.W. *El concepto de «formación económico-socia/»,* Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, pág. 178.

41. Samir AMIN: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico,* Barcelona, Ed. Fontanella, 1975, pág. 15.

42. David HARVEY: *Urbanismo* y *desigualdad social,* op. cit., págs. 213 y 215.

43. T. DOS SANTOS: *Imperialismo* y *dependencia,* México, Ed. Era, 1978, pág. 64.

44. K. MARX: *Formas...,* op. cit., pág. 74.

45. BRUNEAU, DURAND.LASSERVE, MOUNIE: *La Thailandie,* op. cit., págs. 179-181.

46. R. HARTSHORNE: *The nature* ot *geography:* a *critical survey* of *current thought in the light* of *the past,* 1939, citado en P. Haggett.

47. P. HAGGETT: *Analisis locacional en la geografía humana,* Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1976, pág. 8.

48. Idem., págs. 20-21.

49. Joan H. Van THONEN: *Der Isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaf und Nationalökonomie,* 1875.

50. Alfred WEBER, *Ober den Standort der Industrien.* 1909.

51. Alejandro Boris ROFMAN: *Dependencia, estructura de poder* y *formación regional en America Latina,* Buenos Aires, Siglo XXI Ed., 1974, pág. 141.

52. De aquí que ciertas corrientes económicas le otorgasen tanto valor, situándola en el centro de su pensamiento (fisiócratas).

53. Es interesante observar cómo en las luchas políticas a veces se aproximan estos dos elementos. Está próxima a nosotros, y aún vigente, la discusión entre la primacía del número de hombres o de la extensión espacial, a la hora de definir la articulación de los votos en las democracias formales. Es en este nivel donde se produce la discusión sobre las comarcas o la densidad de población a la hora de repartir los votos. El Senado, como cámara territorial, el Congreso como cámara de población. La comarca como unidad (una comarca -un» voto) independiente del número de habitantes, contra una persona un voto.

MAPAS COGNITIVOS. QUÉ SON Y CÓMO EXPLORARLOS.

Constancio de Castro Aguirre

Este pretende ser un trabajo de doble propósito: de esclarecimiento conceptual primero y de allanamiento de métodos después para realizar una exploración. Primero vamos a exponer el abundante, a veces excesivo, uso de la denominación "mapas cognitivos" y trataremos de delimitar una noción precisa. Limpiaremos de hojarasca el ámbito del concepto para quedarnos con la estructura desnuda y recia. Después introduciremos al lector en una búsqueda de datos adecuados para que él por sí mismo lleve a cabo la exploración empírica oportuna y pueda felizmente arribar a un mapa cognitivo de su propio entorno urbano.

I. ¿Qué son o en qué consisten los mapas cognitivos?

El actual despliegue de investigación en torno a los mapas cognitivos, como veremos, está en manos de gente muy diversa, entre los que no abundan los geógrafos. Abunda más gente de areas tales como Inteligencia Artificial o Psicología Cognitiva y de vez en cuando asoman los geógrafos. Ante tantas coincidencias de interés resulta obvio preguntarse qué pueden tener en común todos ellos. Quizás, aproximando una respuesta, podemos vislumbrar una preocupación por acercarse a situaciones reales del vivir cotidiano, rompiendo las estrecheces del laboratorio ficticio. Un lugar común de interés podría ser efectivamente el de entender cómo nuestra mente nos guía en esa parcela del vivir cotidiano que resultan ser los desplazamientos urbanos. Huyendo de las afirmaciones gratuitas le vamos a mostrar al lector evidencias de lo que afirmamos. Por ejemplo, en 1996 se publica el siguiente título *The Construction of Cognitive Maps* (Juval Portugali, ed., Kluwer, Dordrecht, Netherlands, 1996). El compilador es un profesor de Geografía en la Universidad de Tel Aviv quien ha reunido el trabajo de 24 colaboradores; de ellos ocho geógrafos, es decir, la tercera parte. Una preocupación recorre el espinazo de toda la obra, a saber, cómo manejamos la información espacial en la resolución de los desplazamientos. A manera de digresión apuntemos una cuestión que brota ante tal acontecimiento editorial. Se nos ocurre que un libro como éste es muy difícil que se produzca en nuestro ámbito hispanohablante. De hecho hace ya bastantes años que, en lo que respecta a estos temas, vivimos los hispanohablantes de prestado. Pero lo que parece más llamativo es que el distanciamiento se profundiza con los años de manera acelerada. En los años 70 y 80 era hasta cierto punto asequible la iniciativa de los temas perceptuales para los geógrafos españoles. En el día de hoy se ha abierto una brecha de incomunicación de tal magnitud que me temo hayamos perdido usos conceptuales y vocabularios comunes con la proa de los investigadores.

Entran en escena los mapas mentales

En 1966 Peter Gould, geógrafo en la Universidad del Estado de Pennsylvania, sorprendió al mundo entero con su hallazgo de los mapas mentales (*On Mental Maps*; Michigan InterUniversity Community of Mathematical Geographers, 1966) Se extendió el hallazgo por los ambitos anglosajones de la geografía como lo atestigua la inmediata publicación en Penguin de *Mental Maps* (P. Gould & R. White, 1974). Esta publicación, para la que Peter Gould se asocia con un joven geógrafo de origen canadiense y que realiza su tesis doctoral en Bristol, difunde datos obtenidos en el Reino Unido. Veamos cómo se extiende el mismo procedimiento de representación utilizado sobre el mapa de Estados Unidos al mapa del Reino Unido. Se trata de una técnica de isolineas, la misma que estamos acostumbrados a ver en un mapa de temperaturas o de presiones atmosféricas. Sobre el dibujo que representa el espacio norteamericano o británico se superponen unas isolineas que en este caso no conllevan valores de temperatura o presión atmosférica sino valores de preferencia puestos de manifiesto por algún grupo de ciudadanos.

La onda expansiva de estas novedades no tarda en llegar a nuestras fronteras. Pronto asimilamos la técnica y en consecuencia aparecen en nuestro suelo estudios sobre preferencias geográficas y representaciones del mismo tenor que los referidos (J. Estébanez, *Problemas de interpretación y valoración de los mapas mentales*; Anales de Geografía de la Universidad Complutense, 1981, 15-40). En realidad, como veremos después, este primer lanzamiento de los mapas mentales constituye un mal antecedente que ha entorpecido la posterior evolución de la geografía perceptual y cognitiva. Las investigaciones actuales, que buscan perfilar el mapa cognitivo del espacio urbano en que nos movemos, no son tan sencillas como pudieran sugerir los mapas de isolineas preferenciales; más bien al contrario, vienen acompañadas de un utillaje extremadamente elaborado. Al geógrafo español le cuesta asimilar una tarea que rebasa sus habituales rutinas de trabajo. Nos hacemos por tanto a la idea de que vamos a emprender un camino erizado de dificultades. La primera dificultad es terminológica; se hace necesario depurar los usos terminológicos que han proliferado con un exceso de libertad y ambigüedad.

La percepción como retaguardia del comportamiento

Cuando irrumpe sobre la geografía el gran movimiento de Percepción y Comportamiento Ambiental, de profunda raiz norteamericana, se va a producir un deslizamiento de la noción de mapas mentales a la noción de mapas cognitivos. A partir del lanzamiento de un pequeño cuaderno de investigaciones en la Universidad de Chicago encabezadas por David Lowenthal (*Environmental Perception and Behavior*; University of Chicago, Dept of Geography, Research Paper nº 10, 1967) la corriente tomará un incremento muy apreciable a lo largo de toda la

década del 70. Se produce un alud de trabajos bajo la invocación de mapas cognitivos según cabe rastrear de las reseñas anuales que la revista Professional Geographer efectúa acerca de tesis y disertaciones celebradas en Universidades norteamericanas. Tambien es digno de señalarse que el mapa cognitivo comienza a ser un tópico irrenunciable en los manuales y textos escolares introductorios y de ningún modo es desdeñable que la British Open University lo incluya dentro de su curriculum.

Por supuesto el mapa cognitivo ha tenido un mal antecedente en los mapas mentales, tal como señalábamos más arriba. El mapa cognitivo alude a un *mapa dentro de la mente*, cosa que no lo hacía el mapa mental. El mapa mental utilizaba el material consuetudinario de mapas de un pais con la inclusión de regiones o provincias. Estas, las distintas regiones, se constituían en objeto de preferencia y recibían en consecuencia un mayor o menor espaldarazo de parte del público encuestado. El espaldarazo otorgado se traducía finalmente a isolineas. El mapa de isolineas dista mucho de ser un *mapa dentro de la mente*. Es decir, el mapa cognitivo alude a una interioridad mental y quiere reflejarlo de una manera fidedigna. Veamos este planteamiento trasladado a una situación real. Pensemos por un momento en ese hombre común que diariamente se desplaza en un ámbito urbano. Todos los días realiza desplazamientos de ida y vuelta habituales, repetitivos; de vez en cuando también acomete algún que otro desplazamiento menos habitual. Nos interesan sobre todo los desplazamientos peatonales por su espontaneidad de iniciativas en adoptar recorridos. Observémosle al individuo cuando acude peatonalmente a una cita. Nos llama la atención su seguridad. Es un individuo que se conoce la ciudad; por lo menos conoce bien ese ámbito que le es familiar. Dentro de ese ámbito podría incluso acudir a múltiples citas realizando recorridos muy distintos.

Preguntémonos ahora ¿es que tiene un plano urbano grabado en su mente? Nos sorprenderá el hecho de que nunca haya manejado un plano de la ciudad dentro de ese ámbito de familiaridad. Es más, si le mostramos un plano es posible que tenga dificultades en manejarlo correctamente. ¿Qué es lo que guarda en su mente que le conduce tan certeramente a cualquier punto de cita? Pues bien, eso que desconocemos por el momento qué forma y estructura adopta en la memoria, es lo que llamamos un mapa cognitivo. La situación descrita no puede ser más común; refleja un hecho cotidiano que le acontece al habitante urbano en cualquier ciudad del mundo.

El nuevo impulso que recibe la geografía se traduce en tomar nota pormenorizada y registrar los comportamientos en el espacio urbano. Por supuesto no se trata de detenerse en una mera descripción de los comportamientos. Estos mantienen un doble juego: por un lado obedecen a una plataforma perceptual que los inspira y por otro contribuyen en un proceso de retroalimentación a robustecer el esquema perceptual. Es lo que se constata en la publicación que compilaron Kevin Cox y Reg Golledge (*Behavioral Problems in Geography Revisited*; Methuen, New York, 1981). El mérito principal de este volumen, que recoge la riada de iniciativas en la década del 70, reside en su carácter de anuncio y anticipación. A través de sus páginas se atisba sin duda algo que va a ser un fenómeno inundatorio en nuestros días, a saber, la explosión de las ciencias cognitivas. Hoy los mapas cognitivos plantean cómo se engendra en la interioridad mental la representación del mundo exterior. Acudiendo al hombre común de la calle, tal como lo hemos descrito en párrafos anteriores, nos preguntamos cómo surge y qué estructura adopta su representación cognitiva del ámbito urbano cotidiano.

En los días que corren, como puede evidenciarse por la publicación de J. Portugali (Kluwer, 1996), la problemática de los mapas cognitivos sigue viva. Hemos afirmado en párrafos anteriores que los estudiosos dedicados a los mapas cognitivos son de múltiples procedencias; hemos aludido expresamente al campo de la Inteligencia Artificial y de la Psicología Cognitiva además de la Geografía. Esto nos conduce irremediablemente a ver en el paisaje del concepto una infinita policromía de disciplinas. Hoy son además de los geógrafos, los planificadores y arquitectos urbanistas, los sociólogos urbanos, los antropólogos, los hombres de marketing, los neurólogos, los científicos cognitivos, los psicólogos ambientales quienes se interesan por los mapas cognitivos y nos dejan en innumerables escritos sus matices y su enfoque sobre el concepto.

Desentrañando el contenido geográfico de los mapas cognitivos

En estas páginas dirigidas a geógrafos vamos a atenernos a un criterio de observación, tal como se practica en los trabajos de campo. Desvelaremos por tanto en el concepto de mapa cognitivo una hipótesis que brota ante la observación: si observamos que el hombre común de la ciudad se desplaza con seguridad desde un punto considerado como origen a un punto establecido como destino y si esta observación se repite en múltiples desplazamientos, ello nos da pie a adoptar la hipótesis de que posee un conocimiento espacial interiorizado. En otras

palabras decimos que *el mapa cognitivo es o consiste en un dispositivo mental que nos orienta a diario en nuestra navegación urbana.* Aclararemos el uso de algunos términos en esta definición. Decimos "dispositivo mental" indicando con ello un cúmulo de información espacial acerca del medio que nos permite resolver problemas espaciales cotidianos. ¿Cuáles son esos problemas? Ni más ni menos los que se nos plantean cada vez que se nos fija una cita o decidimos acudir al dentista, al médico etc; ello implica que hemos de realizar un desplazamiento, es decir, debemos movernos en una u otra dirección para llegar al punto deseado. La palabra clave es aquí "orientación". A partir de un punto cualquiera en que nos encontramos adoptamos una orientación determinada. Usamos también el término "navegación" para indicar que nuestros movimientos en el espacio urbano han de tomar un determinado rumbo, porque nos movemos con la idea de llegar a un determinado lugar. Al adoptar esta definición ahuyentamos ambiguedades tales como las que se producen ante el uso indiscriminado de "mapa cognitivo", "mapa mental", "esquema mental", "imagen mental", etc

El uso del vocablo "mapa", cuando hablamos de mapas cognitivos, es quizá fuente de equívocos. En la definición que más arriba hemos adoptado hablábamos de un "dispositivo mental" entendido a la manera de un cúmulo de información. Existen distintas significaciones que podemos dar al vocablo "mapa" y que resumimos a continuación. Nos dejamos guiar en este sendero de precisiones por una publicación reciente del Journal of Environmental Psychology (Robert M. Kitchin, *Cognitive Maps: What Are They and Why Study Them?*; Journal of Environmental Psychology, 1994, 14, pags. 1-19). Del conjunto de interpretaciones adoptadas en esta publicación nos permitimos presentar una síntesis en las dos categorías siguientes:

Se alude explicitamente a un mapa cartográfico

Se alude a una construcción hipotética

La primera interpretación fue sugerida por el trabajo de neurólogos tales como J. O'Keefe y J. Nadel (*The Hipocampus as a Cognitive Map*; Oxford, Clarendom Press, 1978). En las pags. 62-101 puede encontrar el lector una abundante argumentación a favor de esta vía interpretativa. Una región de nuestro cerebro, conocida como hipocampo, se constituye en sede de nuestras percepciones espaciales. Los psicólogos que han trabajado en la percepción espacial lo han hecho tradicionalmente en diseños de laboratorio. De esta manera introducían objetos en el campo visual, sometían estos objetos a rotaciones diversas, etc para estudiar las correspondencias de la imagen visual con el objeto. Los autores aquí citados asumían que, al igual que ocurre con objetos aislados, también el entorno espacial en que nos movemos queda reflejado en sus tres dimensiones en una imagen visual. En todas estas operaciones mentales el hipocampo es responsable de las imágenes espaciales.

La segunda vía interpretativa recoge las restantes versiones las cuales en definitiva asumen un papel analógico o metafórico del mapa cognitivo; cabe incluso aquí la versión según la cual el término "mapa" es utilizado para apoyar una construcción hipotética que nace para explicar algunos hechos de observación, como vamos a ver. El tema que nos ocupa, el de la captación perceptual de un entorno ambiental, trasciende a la percepción de objetos aislados. Es así como nace un nuevo concepto de percepción espacial al considerar que ese entorno se capta en visiones sucesivas, las cuales se van empalmando en la medida en que nos desplazamos a través del susodicho entorno. Es decir no existe una captación global del entorno como sucede con objetos aislados. En otras palabras, cuanto percibimos a través de un desplazamiento no se resuelve en una visión panorámica del conjunto de percepciones sino en una operación integradora de las percepciones a través del tiempo. ¿Qué significa "integradora"? Si nos trasladamos nuevamente al peatón urbano, el recorrido que éste efectúa para alcanzar una meta o punto de llegada no sería posible si no asumiésemos la posesión de una información concerniente al entorno en que se desplaza. Ahora bien, esa información no se posee a la manera de un plano como quien domina todo el escenario de los recorridos a vista de pájaro. En el desplazamiento se manejan unos hitos orientativos (los *landmarcks* de los que hablaba Lynch). Estos puntos se van empalmando mediante recorridos configurando una sucesión y todos ellos reunidos dan como producto el desplazamiento. En eso consiste la "integración" de los hitos orientativos, a saber, en ser sucesivamente conectados mediante recorridos. De ahí que tenga importancia distinguir entre percibir objetos aislados o percibir un entorno urbano; es más, la misma distinción puede trazarse entre percibir un entorno que se domina en un golpe de vista (una habitación) o percibir el entorno urbano que constituye el escenario de un desplazamiento. Esta distinción conduce a muchos investigadores a hablar de espacios en micro o macro escala. El uso del término escala no alude al uso habitual en la cartografía; en

este caso más bien se refiere al mecanismo de percibir puesto en juego. El mecanismo consiste en manejar un golpe de vista (espacio en micro escala) o por el contrario en manejar visiones que se van empalmando en una sucesión temporal (espacio en macro escala).
Queda por tanto descartada la interpretación literal de la voz "mapa" cuando hablamos de mapa cognitivo. El mapa cognitivo es o consiste en información espacial, pero de ningún modo se trata de una información desplegada sobre un plano. Es información que guía al peatón urbano pero no es una información gráficamente dibujada. Es información que sirve a su poseedor para la resolución de múltiples problemas espaciales; por consiguiente es una información que posibilita la adopción de múltiples orientaciones en un entorno urbano. Esa información, que tiene su asiento en la mente, genera y establece relaciones en el espacio en que nos movemos y por ello recibe la denominación de "mapa cognitivo". Como lectura ilustrativa recomendamos B. Kuipers, *The "Map in the Head" Metaphor* (Environment and Behavior; 1982, 14, pags. 202-220)

II. La exploración de los mapas cognitivos. Fundamentos para iniciar una búsqueda de datos

El mapa cognitivo se nos plantea a partir de aquí a la manera de una búsqueda geográfica. Nos lanzamos al trabajo de campo, es decir, a la búsqueda de datos. Después vendrá la representación. Por lo que se ha dicho en las páginas precedentes, una cosa ha debido de quedar clara: el territorio que investigamos pertenece al reino mental del habitante urbano. El entorno urbano adquiere esa rara doblez, según la cual mantiene su presencia arquitectónica y a la vez se instala en la interioridad mental. Más que de un territorio propiamente dicho lo que buscamos es cómo se configura la información sobre el territorio. Esa información no está a la vista y se esconde entre los innumerables pliegues de unos archivos mentales. La gran pregunta que se nos viene encima, cuando intentamos romper la caparazón de los mapas cognitivos, es precisamente ¿cómo vamos a acceder a un archivo mental?
Sobre la importancia del mapa cognitivo no vamos a extendernos. El geógrafo siempre ha vivido de las observaciones que encontraba a su paso por la tierra. Tenia un sometimiento absoluto a lo que pudieran ver sus ojos y en la representación buscaba un dibujo visual que reprodujera los objetos vistos; así es como nacían los mapas y los planos como una reproducción que en su máxima expresión se acercara a la fotografía. Ahora le venimos a decir a ese mismo geógrafo que nos explique la conducta espacial de la gente. Y si nos situamos en el medio urbano, que es el regazo territorial de las mayorías, le pedimos que nos explique cómo es la visión mental que tiene la gente para andar y desenvolverse con seguridad en el medio urbano. Esa visión mental poco tiene que ver con la fotografía; ni siquiera nos sirve como explicación el plano urbano porque sospechamos, más aún, sabemos con certeza que el plano urbano no es la guía mental que utiliza el habitante común de la ciudad.

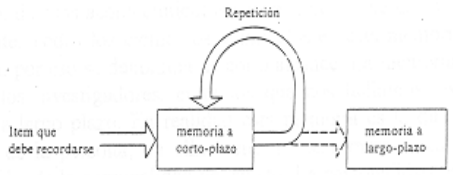
Dato individual frente a dato colectivo

Acudimos por tanto a indagar las interioridades de la mente para sacar a la luz esa información que sirve de guía en los desplazamientos urbanos. Los geógrafos nos hemos auxiliado con frecuencia de multitud de disciplinas; la economía, la estadística, la sociología. Pocas veces, posiblemente nunca, habíamos penetrado en los ámbitos de la psicología. De la mano de psicólogos vamos a indagar las interioridades mentales y nos vamos a encontrar con la sorpresa de que hay otros especialistas en la misma pesquisa. Será conveniente por tanto que nos revistamos de una nueva disposición de ánimo y entremos en un diálogo enriquecedor con gentes que poseen enfoques y perspectivas que nos resultan extrañas.
El dato que buscamos no se encuentra en los archivos de censos, con los que tanto nos hemos familiarizado. Los habitantes urbanos que en un momento dado dieron sus respuestas al padrón no revelaban nada de lo que ahora buscamos, a saber, cómo se mueven, cuál es la secreta guía que adoptan en sus múltiples desplazamientos en el entorno. Una primera característica del dato que buscamos es su pertenencia a la conducta individual de los sujetos. Las averiguaciones del geógrafo, cuando incidían sobre la vida urbana, siempre habían tratado de extraer un rastro colectivo. La conducta individual dejaba paso a una conducta colectiva. La colectividad como enjambre acudiendo a las compras, a los institutos educativos, a los servicios de salud En este momento estamos atrapados por la memoria individual, la única que puede satisfacer nuestras preguntas acerca de cómo se resuelven los movimientos que cada individuo realiza en el entorno urbano de familiaridad. Significa esto que hemos de prestar atención esmerada al individuo para una toma de datos adecuada. Más adelante veremos cómo pueden sumarse los datos individuales, en qué condiciones, con qué objetivos delineados y con qué presupuestos asumidos. De momento nuestras consideraciones giran en

torno al interrogatorio individual; cómo ha de ser planteado y cuáles son las formas espúreas a evitar, muy frecuentes por cierto.

La memoria geográfica

Puesto que se trata de rastrear huellas en la memoria, y muy especificamente en la memoria de los escenarios urbanos, haremos bien en acudir a los investigadores que han trabajado sobre la memoria. Estos nos dicen por ejemplo algo sobre la estructura general de la memoria. Nos hablan de la *memoria multialmacén* para indicarnos que no se trata de un cajón de sastre o un desván de objetos amontonados. La estructura multialmacén establece tres estancias; una primera, de carácter sensorial, dotada de muy escasa permanencia, apenas unas fracciones de segundo. La denominación más generalizada para las dos restantes estancias ha sido de *memoria a corto plazo* y *memoria a largo plazo.* La memoria que invade nuestra vida diaria es la que llamamos a largo plazo; de ella se alimenta nuestra conducta cotidiana. Las cosas que incesantemente aprendemos y que nos es útil recordar pertenecen a la memoria a largo plazo. Existen multitud de circunstancias en las que, sin advertirlo, ponemos en juego la memoria a largo plazo. Por ejemplo, en ese comportamiento habitual y cotidiano de leer un periódico acudimos a la memoria del léxico, a la memoria de personajes, a la memoria de instituciones, etc sin advertirlo y gracias a ello se nos hace inteligible y comprensible la página periodística. Otro tanto pudiéramos decir del programa radiofónico o televisivo, en donde tendríamos que añadir a las memorias anteriores una memoria de los sonidos y fonemas con los que activamos la memoria del léxico. La siguiente ilustración procede de unos especialistas en Psicología Cognitiva, que han dedicado una buena parte de su trabajo a investigar cómo la mente humana procesa información:



Tomado de P.Lindsay & D.Norman, *Introducción a la Psicología Cognitiva* (Tecnos, 1983, pag. 365)

La ilustración pone de manifiesto dos asentamientos de la memoria, uno más bien transitorio y otro consolidado y duradero. Nada se dice en la ilustración acerca de la primera estancia, antesala más bien, de la memoria propiamente dicha, la cual constituye un almacén de información sensorial. El almacén de información sensorial consiste en esa primera impresión, fugacísima, que recibimos del mundo extramental. Como mera impresión en la capa sensorial de nuestro organismo sufre una caducidad vertiginosa entre una y cinco décimas de segundo. Constituye el pórtico de entrada en la memoria y no se puede llamar propiamente memoria, porque la información sensorial de que se nutre no ha sido trasladada a los códigos de la memoria. Estamos pronunciando la palabra clave: *códigos de la memoria*. La memoria efectivamente se alimenta de códigos, mediante los cuales hacemos una interpretación de lo que eran meras señales sensoriales. Por ejemplo, recibimos una impresión de sonidos; como tales señales acústicas no serían gran cosa si no se tradujeran a números unas veces, a fonemas y vocablos otras. La memoria descifra la señal recibida, unas veces como objeto aritmético otras como palabra perteneciente al caudal del lenguaje.

La ilustración anteriormente expuesta habla de una memoria inmediata, a corto plazo, producida mediante un mecanismo de repetición. Se da por ejemplo cuando queremos memorizar un número de teléfono y lo repetimos maquinalmente hasta lograr su asentamiento en la memoria. Los acontecimientos que acaban de ocurrir ocupan esta memoria como recinto transitorio; de esos acontecimientos solemos decir que están aún presentes en la mente. Todos los elementos archivados en esta memoria tienen vida transitoria; por eso se denomina de corto alcance. La memoria que interesa hurgar a los investigadores, entre los que nos hallamos, es la memoria profunda a largo plazo. En realidad esta memoria es la que edifica el

yo profundo de la persona; en ella viene a encontrarse el cañamazo de la construcción de la personalidad del sujeto. La personalidad es un producto de la memoria; no hay personalidad sin memoria. Merced a la memoria adquieren continuidad los sucesos y acontecimientos enhebrándose con los hilos de la personalidad. Este sentido constructivo de la memoria alienta también en la memoria geográfica. Lejos por tanto de una concepción según la cual la memoria es un agregado de sucesos en donde resultaría difícil ver un orden, la memoria geográfica adquiere un crecimiento vertebrado que viene a resultar el crecimiento de la personalidad. De ella fluyen como de un manantial ciertas predisposiciones mentales por las que nos adaptamos a los eventos cotidianos. En esta concepción medular de la personalidad humana entronca la memoria geográfica; la memoria geográfica en definitiva se disuelve en la memoria del sujeto, ella permite al sujeto situarse en el espacio geográfico y resolver los movimientos espaciales oportunos.

De todo lo que acabamos de decir dos características de singular trascendencia vienen a revestir la memoria geográfica. Es una memoria siempre *abierta* a recibir elementos de información, pero asimismo puede que algunos elementos no sobrepasen los recintos transitorios de la memoria a corto plazo. Cuando los elementos de información penetran la estancia a largo plazo van a adquirir una *estructura propia y autóctona*; he ahí la segunda característica. Es decir la memoria construye su propia organización y ello lo hace siguiendo una dinámica de salvaguardar la identidad personal. La memoria geográfica según esto no es meramente receptiva, no se limita a reflejar vistas y panoramas. Así se entenderá plenamente el valor de la palabra escenario cuando la aplicamos a los escenarios urbanos; es decir, las piezas del entorno urbano adquieren una organización de escenario para el comportamiento del sujeto. Ese valor de escenario es el que conserva la memoria y el que en todo momento ha de constituirse en búsqueda del investigador.

El peatón urbano construye su propia memoria

Tratemos de volver la mirada al hombre urbano que centra nuestras búsquedas. Inmerso en un mundo que repetidamente se ha caracterizado de sobreestimulación, sufre hasta el agobio sus consecuencias. Posee sin duda una captación sensorial del entorno en que se moviliza; pero esta captación sucumbe y desaparece en fracciones de segundo. Cuando sigue recordando el anuncio luminoso en un determinado punto, ha dejado de ser una sensación volátil y se ha convertido en una categoría susceptible de reconocimiento. Es decir, ha entrado en las dependencias de la memoria y se ha convertido en huella susceptible de búsqueda. Al igual que el anuncio luminoso otros puntos se van sedimentando en la memoria; son puntos que ha ido encontrando en el ir y venir cotidiano. Toda esta suma de puntos se conserva agazapada en los más profundos estratos de la memoria, la memoria profunda a largo plazo.

Cuando inicia un desplazamiento viene en su apoyo la memoria urbana; lo mismo ocurre en la lectura de una página cuando viene en nuestro apoyo la memoria de los símbolos fonéticos y del léxico. Esa memoria urbana acude con una gran flexibilidad de adaptación a cada caso; es decir, de la memoria total emergen aquellos puntos que sirven para hilvanar un recorrido, justamente el recorrido preciso que urge resolver en ese momento. Estamos aludiendo de manera más o menos velada a un *escenario de desplazamientos*. Vamos más allá de la mera presencia de elementos geográficos; vamos tras un valor significativo que envuelve un mensaje de orientación no en todos pero sí en algunos elementos de esa geografía urbana. ¿Cómo se produce esa selección de elementos geográficos? Actúa aquí el mismo principio que gobierna toda la actividad perceptual. No se percibe todo cuanto se encuentra a nuestro paso, sino sólo determinados elementos que en este caso se constituyen en hitos urbanos componiendo el itinerario orientativo que precisa el peatón urbano. Es este carácter selectivo de la percepción el responsable de fijar un escenario de desplazamientos.

Ahora bien, el investigador ha de tener presente que los que estamos llamando hitos encubren una doble realidad, una realidad física y otra mental o psicológica. En cuanto piezas de la geografía urbana son comunes a todos los sujetos; en cuanto tales hitos, dotados de un mensaje de orientación, son pertenencias de la interioridad subjetiva. Cuando los hitos alcanzan un valor colectivo es porque un colectivo de sujetos los acepta como tales signos de orientación, pero no por el simple hecho de su presencia física accesible a todo el mundo. Esta doblez de los elementos geográficos no ha sido suficientemente subrayada en la elaboración de mapas cognitivos, con el consiguiente impacto que ello acarrea a los estudios de geografía urbana en los días actuales. Cuando la búsqueda del geógrafo acude a una visión panorámica del conjunto urbano de desplazamientos, está asumiendo el plano geométrico a vista de pájaro y a la vez olvidando el comportamiento de una memoria viva tal como actúa en el peatón.

Es decir los hitos urbanos componen el itinerario del peatón urbano. No vamos a adoptar supuestos excesivos e innecesarios, asumiendo una visión panorámica de los hitos urbanos más propia de una geometría que de una memoria viva. Es la memoria viva la que ayuda al sujeto a resolver sus comportamientos espaciales prestándole hitos orientativos, es decir, recomponiendo para cada caso el escenario adecuado de orientación. En definitiva, el escenario es una composición muy individual del sujeto como lo es su memoria. Los hitos encubren una doble realidad; en cuanto piezas de la geografía urbana son comunes a todos los sujetos; en cuanto tales hitos, dotados de un mensaje de orientación, son pertenencias de la interioridad subjetiva.

La insistencia en dibujar el mapa cognitivo a la manera de un plano

Puestos a rebuscar en la memoria se nos ocurre a los geógrafos que el camino obvio es preguntar a los sujetos lo que recuerdan. Tratándose de geografía sigue pareciendo obvio que dibujar es una manera de traer el recuerdo ante los ojos. De ahí que algunos piden a sus encuestados que les dibujen el plano urbano por donde acostumbran transitar. Intentan así componer el mapa cognitivo. En una reciente publicación *Análisis Urbano de Petrer: Estructura Urbana y Ciudad Percibida* (Univ Alicante, 1994) sus autores Gabino Ponce, Juan Manuel Dávila y María del Rosario Navalón estampan los párrafos siguientes:

Aunque el mapa mental auténtico es el que se lleva y utiliza en la cabeza, para estudiarlo hay que trasladarlo al papel, proceso suficientemente preciso como para mantener sus características principales. Para ello se pidió a personas de Petrer que dibujasen de memoria un mapa sencillo del barrio o ciudad, con los elementos que cada cual considerase más importantes (pag. 63)

El tipo de percepción del espacio geográfico que tiene una cierta persona puede analizarse no sólo con el mapa mental que dibuje, ya acabado, sino también viendo el método que sigue para dibujarlo, en esencia dos de ellos: el método global y el itinerante. El método global es el más avanzado y refleja una mentalidad más cartográfica y un sentido de la orientación más desarrollado: se suele empezar por trazar el marco general de la zona en cuestión y se va rellenando con sus elementos principales, cuidando de que las posiciones relativas, proporciones generales, etc., sean correctas. Aunque puede haber un cierto grado de error en la ubicación de algunos elementos, las proporciones distancias y ángulos del conjunto son bastante correctas, por lo que el mapa tiene una baja distorsión espacial. En cambio el método itinerante es más primitivo y carece de visión del conjunto. El mapa se dibuja siguiendo uno o más itinerarios normalmente yendo de un lugar muy conocido a otro siguiendo una serie de referencias secuenciales, como quien va viajando por la ciudad. Al depender de las referencias a lo largo del itinerario y carecer de una imagen del conjunto, la orientación original se puede perder durante el trayecto, haciendo imposible "cerrar" el itinerario volver al principio por otro camino -. El resultado es, por lo tanto, un mapa mental con una gran distorsión espacial. Evidentemente esos dos métodos representan dos extremos de una escala continua que corresponde a los diferentes grados de orientación o apreciación espacial de un cierto grupo de personas. (pag. 63)

Los párrafos que reproducimos seguramente representan el modo habitual con que los geógrafos españoles e hispanohablantes enfocamos e investigamos los mapas cognitivos. Nos llaman la atención varios puntos. Uno es el de invocar los mapas cognitivos bajo la etiqueta de mapas mentales, aspecto este sobre el que hemos hablado bastante. Más allá de las apetencias terminológicas, la legibilidad visual de la ciudad, a la que se confiesan maniatados los autores siguiendo la tradición de Lynch, resulta estar fuera de la corriente de investigación acumulada a lo largo de tres décadas. Desde 1960, momento en que lanza Lynch su obra (Kevin Lynch, *The Image of the City*; MIT Press, Boston, 1960) hasta 1992 en que sale a la luz el número monográfico de Geoforum (*Geography, Environment and Cognition*; Geoforum, Pergamon Press, Oxford, 1992, vol. 23, nº 2) existe un cúmulo de investigaciones y la puesta en marcha de métodos consiguientes sobre la materia que los estudiosos españoles quieren pasar por alto. Nos detenemos en la fecha de 1992 en atención a la fecha de publicación del *Análisis Urbano de Petrer.*

De todos modos, en esta y otras publicaciones españolas de los últimos años se perfila un mismo esquema de trabajo investigador. Nos referimos a J. Boira (*La Ciudad de Valencia y su Imagen Pública*; Univ. De Valencia, 1992) así como A. García Ballesteros y J. Bosque Sendra (*El Espacio Subjetivo de Segovia*; Univ. Complutense, Madrid, 1989). Ese esquema consiste en adoptar el plano urbano como el rastro o huella mental que se trasluce en la percepción urbana de los habitantes. A partir de ahí parece obvio que el sujeto investigado, en cuanto habitante urbano, pueda trasladar mediante un dibujo a la superficie del papel la imagen urbana

interiorizada. Esta posición no parece muy circunspecta con respecto a la caracterización que hemos hecho de la memoria geográfica. Ciertamente a los geógrafos nos ha resultado lejana y ajena la exploración de los mapas cognitivos con el utillaje propio de unas ciencias cognitivas. Si queremos seguir los derroteros que nos marca la investigación multidisciplinar de enfoque cognitivo, se hace necesario depurar los métodos, adoptar muchas cautelas y mantener una aséptica neutralidad cuando queremos introducirnos en los recintos de la memoria.

La estrategia de investigación y su influencia contaminante

Si oimos a los investigadores, por ejemplo a Timothy McNamara *(Memory's View of Space*; en The Psychology of Learning and Motivation, vol. 27, 1991, pags. 147-186, Academic Press, New York) haremos bien en diferenciar los elementos que pertenecen a una estrategia de búsqueda de aquellos otros elementos fruto de la búsqueda propiamente dicha. La estrategia de búsqueda que el investigador lanza sobre la memoria del sujeto puede utilizar ciertos elementos con una intención provocadora y rastreadora, pero al final de su tarea corre el peligro de que no pueda diferenciar estos elementos de estrategia respecto de las piezas desenterradas del subsuelo de la memoria. La colaboración que podamos solicitar del sujeto investigado es absolutamente inoperante, porque éste carece de una frontera perceptible a su propia introspección que le permita conocer cuando traspasa el umbral de la memoria a corto plazo para adentrarse en la memoria a largo plazo. En este caso los elementos de estrategia que introduce el investigador constituyen material de la memoria a corto plazo. Tenemos la impresión de que las tareas experimentales desarrolladas en los diseños antes mencionados de Petrer, de Segovia y de Valencia no son cuidadosas de este riesgo e introducen fácilmente un factor de contaminación. Ateniéndonos a la experiencia directa del peatón parece evidente que cada desplazamiento asume de facto una determinada orientación; pero nos cabe la duda de que la suma de los desplazamientos efectuados contribuya a atesorar en la memoria a largo plazo una perspectiva a vista de pájaro sobre el terreno de desplazamientos. El procedimiento del investigador, cuando obliga a los sujetos a dibujar sobre el papel el entorno de desplazamientos, está induciendo una imagen visual que conlleva la perspectiva a vista de pájaro. Esta perspectiva hay que verla dentro de la estrategia del investigador, pero de ningún modo debe confundirse con piezas desenterradas de la memoria profunda a largo plazo. En el párrafo transcrito de los investigadores de Petrer parece admitirse que algunos sujetos sólo sean capaces, como allí se dice, de un *método itinerante* en el dibujo del croquis urbano. Los investigadores parecen acercarse a la posición que estamos propugnando y que consiste en aceptar una visión secuencial de hitos orientativos a lo largo de un recorrido, sin que ello suponga una visión panorámica del conjunto urbano a vista de pájaro.

No se puede poner en duda que tanto planos como mapas y cartografía de cualquier país y ciudad sean objetos visuales susceptibles de ser expuestos a la percepción de los sujetos. Cuando esto se da tendríamos una investigación distinta desde el momento en que quisiéramos fundir la experiencia visual del plano con la experiencia directa de peatón. Prevemos no obstante que ese proceso de fusión no es mecánico; supone más bien un proceso de lectura en paralelo sobre dos realidades. Una sigue siendo la realidad geográfica a la que el sujeto tiene acceso mediante sus sentidos y su movimiento de peatón; la otra realidad es o consiste en una geometría visual, sobre la cual el sujeto no hace una lectura sensorial sino una lectura de formas geométricas. La fusión de ambas lecturas no es gratuita y obedece a una operación sembrada de dificultades que suele llamarse *homomorfismo*. De momento hacemos hincapié en la experiencia peatonal por ser esta dominante y a veces exclusiva en amplias mayorías de la población tratándose de ámbitos de familiaridad cotidiana.

El hecho de que el paisaje urbano sea un producto de la ingeniería y arquitectura humana y que para ello se haya supeditado enteramente a un diseño de geometría euclidea parece haber contribuido a la confusión del geógrafo. Inadvertidamente se nos ha deslizado el plano de fabricación de la ciudad desde la mente del arquitecto a la mente del ciudadano común que habita la ciudad. Sin embargo la memoria del peatón muestra una autonomía vigorosa, que no parece compaginarse con tales supuestos. En este mismo sentido podríamos aducir muchas semejanzas con otros ámbitos de investigación sobre la memoria. Observamos un paralelismo elocuente con ámbitos de la lingüística, concretamente en la memoria del léxico y vocabulario. Al igual que los planos del arquitecto describen la faz urbana, así tambien los diccionarios se han compuesto para describir el vocabnulario. No obstante la memoria del léxico tiene una autonomía y una estructura propias en las interioridades de la mente. Merece este asunto un poco de atención.

Digresión acerca de la memoria del léxico.

Recomendamos la lectura de Jean Aitchison, *Words in the Mind; An Introduction to the Mental Lexicon*; Blackwell, Oxford, 1990. Un adulto educado en la enseñanza media posee un extenso vocabulario que puede incluso rondar las 250.000 voces. La autora describe un experimento que se repite con parecidos resultados en todas las areas linguisticas. Si se le presenta a cualquier sujeto un repertorio de voces, en donde se mezclan vocablos del léxico común con voces carentes de sentido, el sujeto llega a efectuar una discriminación correcta en una mayoría abrumadora del repertorio. Pero hay además una circunstancia muy significativa. La ejecución del experimento consiste en ir pronunciando las voces del repertorio, exigiéndole al sujeto que pulse un botón tan pronto como oiga la voz que carece de sentido. Resulta que el tiempo que necesita el sujeto en pulsar el botón suele ser de fracciones de segundo. Esdecir, la memoria del léxico es además de extensísima muy bien organizada y se adecúa a las demandas del sujeto con prontitud y eficiencia.

Los linguistas, como se dice en el libro citado, han practicado numerosos experimentos para intentar una penetración en la memoria del léxico. Se trata de un tema en perpetuo desafío a la imaginación de los investigadores, quienes con rara unanimidad descartan cualquier semejanza de la memoria léxica con los diccionarios. Habría que añadir además dos notas que sitúan a la memoria humana en el mundo de las realidades vivientes muy por encima de toda realidad instrumental y fabricada. En primer término, el léxico de la memoria es una función en permanente actividad evolutiva, mientras dura la vida del sujeto; cambian las palabras a veces su revestimiento fonético, a veces su significado; mueren o languidecen unas y aparecen otras nuevas con vigor enseñoreando los usos sociales. En segundo término, ese léxico atesora una riqueza de matices y connotaciones que le otorga el roce cotidiano entre los hablantes. Los diccionarios, como instrumentos fabricados que son, se alejan de estas características hasta el punto de que les resulta impracticable perseguir todos los meandros de la lengua viva. ¿Qué nos parecería, después de lo expuesto, que investigáramos la memoria del léxico exigiendo a los sujetos investigados que nos reprodujeran la ordenación alfabética de un diccionario?. Sin duda también las páginas de un diccionario son objetos visuales que pueden memorizarse; pero no por ello se adoptan como vía para penetrar en la trama peculiar de la memoria del vocabulario. En definitiva, trayendo las conclusiones de la digresión linguística a nuestros cauces, la memoria que contraemos en la experiencia de movilizarnos a través del entorno urbano no tiene por qué vincularse y someterse al plano dibujado de la ciudad. Cometeríamos la misma torpeza del investigador de la memoria léxica al quererla encuadrar y someterla a las estrecheces del diccionario.

Una propuesta para rastrear la memoria geográfica

Tras haber hecho una revisión detallada de los esquemas de trabajo habituales entre los geógrafos, nos queda la sensación de que hemos tenido un acercamiento muy tosco a la memoria geográfica. Es hora por tanto de afinar el punto de mira y lanzar una propuesta alternativa. En el camino exploratorio que hemos emprendido se nos yergue un principio que nos ahuyenta de los caminos errados. Helo aquí: la memoria geográfica, como toda la memoria, es impenetrable a la introspección. No tiene sentido por tanto intentar siquiera que los sujetos experimentales se sumerjan buceando en las aguas profundas de su memoria para que nos traigan elementos de información.

De otro lado parece insostenible que a partir de nada intentemos hacer una búsqueda. A partir de nada quiere decir sin ningún elemento incipiente que dé pié a la búsqueda. ¿Cómo podemos, rechazando la introspección, iniciar una búsqueda en algo como la memoria que es una pertenencia de la interioridad subjetiva?. Si la memoria es un mecanismo cognitivo (es lo que estamos asumiendo cuando hablamos de mapa cognitivo) lo que procede es ponerla en marcha. En otras palabras lo que tenemos que intentar es ver actuando a la memoria geográfica. Es la observación del comportamiento la que nos va a conducir a las estancias de la memoria. Si hemos definido el mapa cognitivo como "un dispositivo mental que nos orienta a diario en la navegación urbana" vamos a fijar nuestra atención en ese comportamiento de navegar. ¿Cómo navega el peatón en el ámbito urbano que le es propio y familiar?

Descartamos por el momento los ámbitos desconocidos, puesto que en ellos por definición la memoria no juega papel alguno. Mirando al recinto de familiaridad, anotamos en el comportamiento de los sujetos la adopción de hitos orientativos que contribuyen a hacer la navegación un comportamiento enrumbado y seguro. Es decir, hemos de levantar esa especie de trama subyacente que hace de la navegación un comportamiento despejado de incertidumbres. La trama no es otra que la que nos proporcionan los hitos orientativos conectados en sucesión. Los itinerarios que adopta el sujeto llevan por tanto plasmada una

trama o red de proximidades. He ahí en síntesis la técnica que proponemos para una búsqueda de datos. Los pasos que se plantean en esta propuesta son los siguientes:
Delimitar el ámbito de entorno familiar
Recoger un repertorio de hitos orientativos
Desplazamientos recientemente efectuados (por vía de narración)
Proyectar desplazamientos no acometidos por el sujeto
Observación participante en la realización de desplazamientos
Obtención de datos colectivos
Por supuesto esta es una mera enunciación de tareas. Conlleva sin duda procedimientos, que no se han expuesto. A continuación, a modo de apéndice, se expone una Guía de Procedimientos con el pormenor necesario.
También es importante declarar que con lo dicho hasta aquí queda cubierta la fase de obtención de datos. El trabajo no se detiene ahí sino que prosigue hacia el logro de una representación. Se trata de una nueva fase que reclama a su vez una fundamentación como la que hemos expuesto en la obtención de datos. La pregunta básica que debe ser satisfecha es la siguiente: ¿Cómo puede exteriorizarse la estructura interiorizada de la memoria geográfica? Será objeto de un nuevo trabajo.

A modo de apéndice: Guia de Procedimientos

La obtención de datos, según hemos visto, ha de ser necesariamente muy cuidadosa y plena de cautelas. A través de este manual exponemos unos procedimientos que toman en cuenta las advertencias cautelares que se desprenden de los fundamentos expuestos. De todos modos es conveniente insistir en que sirven como pauta, no como cauce único, dejando la puerta abierta a procedimientos diversos que aquí no se describen.

El mapa cognitivo limitado a la experiencia peatonal.

El habitante urbano de nuestros días tiene a su disposición abundantes servicios de transporte público. Surgen en consecuencia las lineas de transporte con una cobertura que se extiende por todos o la mayoría de ámbitos urbanos. Se llaman lineas por el hecho de dejarse dibujar mediante un trazado lineal desde una estación de origen a una estación de destino final, señalando las paradas conectadas en sucesión. Este sencillo expediente es ni más ni menos una expresión matemática que recibe el nombre de *grafo*. El residente urbano utiliza estas lineas de transporte, pero ello no le impide practicar a su vez la movilización peatonal. Habría que añadir al transporte colectivo el desplazamiento en automóvil individual para considerarlos a todos ellos formas de movilización que proporcionan una percepción muy fragmentaria y pobre del medio urbano. El transporte automotor no se mueve con libertad por todos los vericuetos urbanos; está sometido rígidamente a una regulación de tráfico. Es decir, el automóvil no puede adoptar cualquier dirección a conveniencia del conductor. Por consiguiente los datos que alimentan nuestro análisis tendrán como única fuente al peatón, al que transita a pie sin estar sujeto a direcciones prohibidas. Entendemos que es la fuente por excelencia de la estimulación sensorial; si añadimos a eso la experiencia motriz de caminar a pie, todo ello nutre al sujeto de una percepción plena del medio urbano.
El contacto del peatón con el medio urbano varía de un lugar a otro, según sea más o menos extensa la superficie urbana construida. En las grandes metrópolis han de abundar los transportes de automotor, ya sea de ferrocarril subterráneo o de autobuses de superficie. Cuanto más extensa sea la ciudad más difícil se le hace al habitante de la misma dominarla enteramente a paso de peatón. Por eso decimos que el ámbito de dominio peatonal se recorta a zonas según los intereses y modos de vida del sujeto. Pocas son las ciudades que cabe dominar enteramente a pie, es decir, que podamos acudir a cualquier punto desde cualquier origen. Todo ello implica que el mapa cognitivo del sujeto, propiamente hablando, se limita con frecuencia a zonas reducidas de la extensión urbana.

Los recorridos a pie: marco temporal de referencia.

Ante cualquier colectivo o grupo de sujetos la primera indagación tiene carácter individual. Son los datos pertenecientes a la memoria personal los que vamos a indagar. Más adelante veremos la forma de agregar los datos individuales para obtener la representación de un colectivo. La preparación de un cuestionario adecuado nos introduce en ciertas dificultades. Como primer acercamiento es posible que creamos conveniente obtener una idea sobre la importancia de tales recorridos. *¿Acostumbra hacer <u>muchos o pocos</u> recorridos a pie?* Nos encontramos con la dificultad de establecer una pauta objetiva; es decir, mucho o poco dejado a merced de los sujetos no permite ningún parangón. Lo que para un sujeto constituyen muchos recorridos quizás no lo sea así para otro sujeto. Conviene por tanto establecer alguna medida de referencia universal. *¿Cuántas veces al día?.* Sugerimos una mayor precisión: *¿Qué*

recorridos efectuó en el día de ayer?. La pregunta concretada al día de ayer tiene por objeto acercar la memoria, traerla a un primer plano de atención. No vale lo mismo plantear la cuestión de manera generalizada (por ejemplo, *¿qué recorridos suele efectuar?*), sin ninguna precisión ni concreción temporal. Ante tales cuestiones no se revela la memoria de hechos acaecidos sino una actitud o predisposición mental, la cual sabemos que no refleja la contumacia de los hechos. Lo que habíamos iniciado como una búsqueda sobre la importancia de los recorridos parece mejor encuadrarlo en una memoria concretada a un marco de referencia muy inmediato.

Por las mismas razones hurgar en la memoria hacia atrás resulta arriesgado para la búsqueda de comportamientos intrascendentes. Aunque sea de paso, no estará de más insistir en este carácter de intrascendente que reviste la memoria geográfica que queremos registrar. Para cualquier sujeto lo que resulta trascendente en los recorridos efectuados es justamente el objetivo o propósito del recorrido. Descendiendo a un caso concreto, el sujeto pone el énfasis del recuerdo en que hizo el recorrido hacia la clínica del dentista y sitúa en un último plano de atención el escenario del recorrido. En conclusión, no parece conveniente ir muy atrás en la memoria de lo acontecido; es mejor indagar en los acontecimientos más inmediatos *(¿Qué recorridos efectuó en el día de ayer?*). Ello nos obliga a plantear una búsqueda hacia delante; es decir, con vistas a una secuencia de semanas venideras. No quiere decir esto plantear un interrogatorio de pronósticos, sino *ir recogiendo durante algunas semanas la memoria acerca del recorrido en el día de ayer.* Se obtiene de esta manera para cada sujeto un repertorio que nos dará una medida del alcance y extensión de los recorridos sobre la totalidad del area urbana. Es decir, obtendremos el material suficiente para determinar las zonas urbanas afectadas por el mapa cognitivo del sujeto.

Planes de desplazamiento. Observación participada.

Los procedimientos que se han puesto en juego proporcionan sin duda un abundante arsenal de datos en lo que respecta a los escenarios en que se mueve el sujeto. No obstante podemos seguir profundizando en la memoria geográfica proponiendo planes y no meramente recuerdos. La memoria es un recurso humano con el que contamos para mirar hacia el futuro; la memoria nos permite dibujar expectativas y hacer planes. Esto que resulta elemental para la dinámica de adaptación personal ante los acontecimientos puede aplicarse también a los escenarios geográficos. La memoria del escenario geográfico es algo que se pone en marcha cada vez que el sujeto actúa en el medio urbano con un plan o un propósito de acudir a determinados puntos. Es una memoria sumergida, algo parecido a la memoria del léxico. Es difícil intentar siquiera reconstruir en un momento dado cuánto es el léxico que guardamos en la memoria, porque no está sobrenadando en nuestra conciencia. Pero es evidente que ponemos en marcha la memoria del léxico cuando leemos una página. Lo mismo sucede cuando hacemos un plan de movernos en el medio urbano; la memoria geográfica vendrá en nuestro auxilio. Lo que hace falta es que esos planes tengan visos de realidad, es decir, que sean perfectamente asumibles en la conducta cotidiana del sujeto. Así por ejemplo, tratándose de jóvenes pueden tomarse como planes aceptables acudir a tiendas de ropa deportiva, acudir a una fiesta de compañeros, ir al dentista, ir al estreno de una película, ir a un acontecimiento musical, etc

La confección de planes elaborada por el investigador y aceptada por el sujeto pasa a su puesta en práctica. Aquí se introduce una novedad: *el experimentador acompaña al sujeto en la ejecución de estos planes.* El investigador instruirá previamente al sujeto para que vaya exteriorizando todo lo que le sirve de guía en el discurrir de su recorrido, aun los detalles que le parezcan nimios. De este modo el experimentador podrá anotar todas las vicisitudes del desplazamiento, sobre todo aquellos aspectos que resulten decisivos para marcar la ruta. No todo lo que se encuentra en derredor tiene el mismo valor. Actúa aquí el mismo principio que se aplica en la conducta perceptual; la estimulación sensorial que se suscita de parte del medio externo es inagotable, pero el organismo humano es muy exigente en seleccionar aquellos estímulos que sirven a los propósitos que tiene planteados en su actual conducta.

En los planes propuestos deben distinguirse los que tienen *un solo punto de meta* de aquellos otros que implican *varios puntos de meta*. Por ejemplo, no es lo mismo acudir al dentista que acudir a distintas tiendas. Será importante observar y tomar nota en este último caso de la iniciativa propuesta por el sujeto sobre el itinerario a seguir. El itinerario tiene el valor de ser estrictamente personal, de acuerdo a los intereses del sujeto; no es un itinerario forzado o planteado desde fuera. Sin entrar a considerar los motivos que mueven al sujeto a establecer una secuencia de puntos, lo que interesa es comprobar cómo el sujeto ejecuta el desplazamiento entre esos puntos.

La definición del escenario geográfico.

Importa resaltar que lo que estamos denominando escenario geográfico no es sin más un agregado de elementos espaciales. La alineación de edificios configurando una calle no constituye por sí solo un escenario. El escenario cobra un alto significado para los comportamientos personales; por ello el escenario no queda configurado por la sola acumulación de elementos geográficos. El escenario es o se constituye por un marco de familiaridades los cuales sirven de guía al comportamiento espacial. Es decir, el comportamiento espacial se va construyendo al abrigo de esos puntos o elementos de familiaridad. Decimos entonces con propiedad que el escenario se constituye por un conjunto de elementos que al comportamiento le confieren raices en donde sustentar la seguridad de orientación. Esto y no otra cosa quiere decir que ciertos elementos del entorno le sirven al peatón de guía y referencia. Cuando el individuo se encuentra perdido, carece de escenario, no reconoce nada de lo que tiene en su entorno. En resumen, distinguimos geografía de escenario geográfico. El carácter de escenario no fue, a nuestro juicio, suficientemente destacado por Lynch; tampoco era ese su cometido.

Cuando Lynch proponía su conocida clasificación de elementos característicos de la trama urbana (sendas, bordes, barrios, nodos, hitos) propugnaba sin duda una mayor iniciativa del habitante urbano sobre el diseñador urbanista. Pero no se le ocultaba que lo propuesto se limitaba a una panorámica visual. Según propias palabras en el prefacio que antepuso a su famosa publicación:

Este es un libro sobre la apariencia o fachada exterior de las ciudades; se pregunta si esta apariencia resulta o no relevante y si en definitiva puede ser modificada. El paisaje urbano, entre sus múltiples roles, tiene también el de algo que ha de verse, recordarse y causar deleite. Da forma visual a la ciudad constituye un tipo especial de problema de diseño (K. Lynch, *La imagen de la ciudad*; Infinito, Bs. Aires, 1966, pag. V)

Lo que aquí estamos buscando no son simplemente elementos visuales. Hablamos de escenarios urbanos y con ello queremos significar la búsqueda dentro del entorno físico de todo aquello que constituye una referencia para comportarse en el desplazamiento. Por supuesto que la visualidad juega un papel importante en este manejo de referencias pero ella sola sin más no resuelve el comportamiento espacial. Para que un elemento se constituya en valor significativo de orientación entra en juego el comportamiento del sujeto con una carga valorativa. Es por tanto el sujeto quien interpreta y adopta para sí un valor de referencia en el elemento geográfico; a veces un rasgo que le parece cómico, a veces un recuerdo emocional etc son factores decisivos en la adopción de referencias. He ahí por qué nos parece insuficiente la clasificación propuesta por Lynch, a pesar de que haya recibido una amplia aceptación de los geógrafos.

Nueva nomenclatura para elementos de referencia en la conducta del peatón.

Existen multitud de elementos en el entorno espacial, pero importa sobre todo precisar la función de que se revisten ante el peatón. Hay elementos que sirven de *señales* al peatón; son los que pudiéramos llamar *hitos orientativos.* Estos se encuentran a veces dentro de la ruta y en ocasiones fuera de la misma. Así por ejemplo el pico montañoso que aparece en el horizonte. Sin duda es un hito orientador, es decir, una señal que nos ayuda a enrumbar nuestra ruta. Esto habia sido advertido por Lynch. Pero lo que nos diferencia de Lynch es que en el valor orientativo de estos hitos no siempre prevalece su carácter visual. De ahí que su registro personal sea tan importante. De persona a persona pueden cambiar los *hitos orientativos* aun en el mismo desplazamiento.

Las *encrucijadas* se presentan a menudo en el recorrido. Constituyen puntos clave para la toma de decisión; se trata de puntos que abren ante sí un abanico de vías a seguir. El peatón deberá decidirse por una de ellas. El espacio urbano está lleno de *encrucijadas*; suelen ser habitualmente plazas adornadas de monumentos que perviven en la memoria popular. Tales lugares se contemplan sin duda como puntos de referencia, es decir, como *hitos orientadores*, pero asimismo plantean una toma de decisión ante la multiplicidad de vías abiertas. La conducta del peatón en estos puntos adopta *señales* muy personales que le sirven de orientación y le facilitan la toma de decisión. La observación participada es muy deseable en las *encrucijadas*, ya que el investigador acompañante interrogará al sujeto qué es lo que le ayuda a tomar la decisión de la vía a seguir. Estos detalles suelen obviarse en la narración de los sujetos acerca de recorridos efectuados.

Un nuevo elemento que en los últimos años se ha introducido en el análisis de los mapas cognitivos es el de *puntos de anclaje*. Mencionamos el trabajo seminal de los profesores del Departamento de Geografía en la Universidad de California en Sta. Bárbara, H. Couclelis, R. Golledge, N. Gale y W. Tobler*, Exploring the Anchor Point Hypothesis of Spatial Cognition*

(Journal of Environmental Psychology, 1987, 7, 99-122). El anclaje puede envolver valor de orientación, pero significa en sí mismo algo distinto. La metáfora marinera nos muestra un valor de asidero y permanencia. Eso es ni más ni menos lo que en el amplio paisaje urbano significan los puntos de anclaje; son puntos en donde el sujeto permanece anclado durante algún tiempo. Son tales el lugar de residencia, la escuela, el trabajo, el club, etc Por esta razón los puntos de anclaje constituyen para cada sujeto el origen y punto de partida para sus desplazamientos. En torno a los puntos de anclaje brotan areas de irradiación; son las zonas de recorrido peatonal que aparecen como enclaves en la totalidad de la superficie urbana. Este carácter de enclaves confiere al mapa cognitivo de los sujetos una peculiar estructura. Resaltan las zonas de familiaridad, es decir las zonas dominadas por los *puntos de anclaje*, a manera de islotes sobre la totalidad de la extensión urbana. Puede resultar de aquí que un determinado punto le resulte familiar al sujeto, aun cuando se ubique fuera de la zona de irradiación del actual punto de anclaje en donde se halla situado. El acudir a un lugar determinado en la ciudad puede significar salir de un area familiar, cruzar un area menos familiar o incluso desconocida y penetrar por fin en una nueva zona de familiaridad. Para este tipo de desplazamientos es posible que los sujetos se ayuden de un transporte colectivo. De esta manera se combina el desplazamiento peatonal con un desplazamiento automotor. El desplazamiento automotor no se recoge en la encuesta con el pormenor exigido al desplazamiento peatonal. Interesa únicamente recoger las estaciones de entrada y llegada que se han utilizado en la ruta del transporte.

¿Cuándo agregar datos de comportamiento espacial?

Hasta aquí hemos hablado de conductas individuales y hemos dados pistas para recoger información que atañe a la conducta de cada sujeto individualmente considerado. ¿Sería válido agregar sin más los datos referentes a varios sujetos?. Seguramente el investigador que nos haya seguido hasta aquí echa en falta que le digamos algo válido para un colectivo de sujetos. Lo que sucede es que el mero hecho de pertenecer a una localidad urbana no nos legitima para sumar o agregar los datos. Puede incluso ocurrir que las zonas de familiaridad de dos o más sujetos sean distintas. Difícilmente aprobaríamos en ese caso la agregación de datos. Tenemos pues aquí un primer criterio para la agregación: los sujetos en cuestión han de ofrecer *unas mismas zonas de familiaridad* dentro de la totalidad urbana.

Hay otro criterio que puede añadirse a este. Cuando hemos expuesto el concepto de puntos de anclaje determinábamos que en ellos cabe señalar un punto de arranque o partida para el desplazamiento. Las zonas de familiaridad son areas de cierta extensión; los puntos de anclaje son puntos delimitados dentro de esas areas. Por tanto el punto de anclaje es una condición más restrictiva que la zona de familiaridad. Si nos atenemos a esta última exigencia de *un anclaje común* tendremos una manera de agregar a los sujetos. Los comportamientos de desplazamiento pueden estudiarse en el grupo de sujetos observando los hitos orientativos que señalan. Puede y debe desarrollarse una estadística atendiendo a la frecuencia mayor o menor de los hitos orientativos. De la misma manera podrá definirse el orden que manifiesta la secuencia de los hitos hacia una meta común. Es decir, dado el mismo punto de arranque y puesto como meta un mismo punto para el grupo de sujetos, pueden surgir distintos itinerarios. Estos, los itinerarios, admiten tambien un grado de mayor a menor frecuencia. Tanto los hitos individualmente considerados como los itinerarios, los cuales se componen de secuencias de hitos adoptadas hacia la consecución de una meta, son observaciones estadísticas sometidas a mayor o menor frecuentación en el colectivo.

BIBLIOGRAFIA

AITCHISON, J.*Words in the Mind: Introduction to the Mental Lexicon*. Blackwell, Oxford, 1990

BOIRA, J. *La ciudad de Valencia y su imagen pública*. Universidad de Valencia, 1992

CASTRO, C. de La búsqueda de datos para mapas cognitivos. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Madrid, 1997, 17, 27-38

COUCLELIS H., GOLLEDGE R., GALE N. & TOBLER W. Exploring the Anchor Point Hypothesis of Spatial Cognition. *Journal of Environmental Psychology*, 1987, 7, 99-122

COX K. & GOLLEDGE R.*Behavioral Problems in Geography Revisited*. Methuen, N. York, 1981

ESTEBANEZ J. Problemas de interpretación y valoración de los mapas mentales. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Madrid, 1981, 15-40

GARCIA BALLESTEROS A. & BOSQUE SENDRA J. *El espacio subjetivo de Segovia*. Universidad complutense, Madrid, 1989

GOULD P. *On Mental Maps*. Michigan InterUniversity Community of Mathematical Geographers, Ann Arbor, Michigan, 1966.

GOULD P. & WHITE R. *Mental Maps*. Penguin, London, 1974.

KITCHIN R. M. Cognitive Maps: What Are They and Why Study Them. *Journal of Environmental*, 1994.
KUIPERS B. The "Map in the Head" Metaphor. *Environment and Behavior*, 1982, 14, 202-220
LINDSAY P. & NORMAN D. *Introducción a la psicología cognitiva*. Tecnos, Madrid, 1983
LOWENTHAL D.*Environmental Perception and Behavior*. University of Chicago, Dept. of Geography, Research Paper nº 10, 1967
LYNCH K.*The Image of the City*. MIT Press, Boston, 1960
McNAMARA T.Memory's View of Space. En *The Psychology of Learning and Motivation*, 1991, vol. 27, 147-186, Academic Press, N. York
O'KEEFE J. & NADEL J.*The Hipocampus as a Cognitive Map*. Clarendon Press, Oxford

GLOBALIZACIÓN Y DUALIZACIÓN EN EL ESPACIO URBANO

El nuevo paisaje urbano metropolitano de las ciuades europeas, permite visualizar la coexistencia de diversos procesos socio-económicos, de espacios construidos y reconstruidos en sucesivas etapas. La globalización produce y acelera la reconstrucción urbana en función de lógicas cada vez más externas a la sociedad local. Los centros urbanos se van convirtiendo progresivamente en nodos conectados con lo global. La ciudad metropolitana está ahora habitada por flujos globales de capital y por sectores sociales dependientes de las conexiones mundiales.

Los procesos de exclusión social más intensos se manifiestan en una dualidad intrametropolitana, y en distintos espacios del mismo sistema metropolitano existen, sin mayor relación entre sí, las funciones de mayor valor y las más degradadas, los grupos y organizaciones que gestionan la información y la riqueza, y las personas y grupos socialmente excluídos. Este proceso de dualización existe en todas las metrópolis, aunque con diferente intensidad, porque es consustancial a la lógica del nuevo modelo de desarrollo teconológico y económico.

La tendencia a la dualización la podemos constatar en algunas de las grandes actuaciones infraestructurales de comunicación y promoción económica, diseñadas en función de la competitividad internacional dejando "fuera de juego" a zonas enteras del territorio urbano. En todo caso, una parte de la población queda fuera de las comunicaciones globales y de las actividades competitivas. En unos casos han sido expulsados de la actividad económica y en otros, nunca han entrado en ella. Cuando estos sectores se concentran en ciertas áreas, se producen los círculos viciosos de la marginación y guetización.

El espacio de flujos sustituye el territorio visible y el urbanismo pierde su función integradora. La nueva ciudad metropolitana tiende a la discontinuidad, a la especialización de unas zonas y a la marginación de otras y al debilitamiento de áreas tradicionales de centralidad y de fuerte carga simbólica. Incluso el poder político acepta esta discontinuidad. Se protege y promueve ciertas áreas y se abandona u oculta otra parte.

LA CIUDAD DE LOS LUGARES Y LA CIUDAD DE LOS FLUJOS

Uno de los mecanismos principales que configuran la nueva economía es el predominio del espacio de los flujos sobre el espacio de los lugares. Las ciudades pueden, y deben, reconstruir las relaciones entre los flujos y los lugares, entre lo local y global y las nuevas estrategias urbanas deben apuntar centralmente a esta reconstrucción.

Esta dinámica entre flujos y lugares está en el centro de la nueva problemática de la segregación urbana y de la exclusión social. Si actuamos solo en función de una lógica de lugares, de reconstrucción de espacios visibles, las posibilidades de éxito son escasas. Entendemos por proyecto de ciudad o estrategia urbana la respuesta a los principales desafíos que hoy tiene planteados una metrópolis europea. Principalmente, la promoción de la base económica, las infraestructuras urbanas, la calidad de vida y la integración social. Es muy difícil que cualquier de estos factores sea abordado de manera aislada, aunque pueda haber diferentes ritmos en las respuestas y condicionantes de diversa índole, un proyecto de ciudad debe estructurarse en torno a este conjunto de factores. Porque cualquier de ellos, incide en las soluciones que se propongan para los demás.

Los guetos de población pobre son muchas veces el resultado, y tienen su origen, en operaciones de vivienda pública que adolecen de un error de concepción urbana. Se parte del supuesto que producir viviendas y asegurar en el mejor de los casos una urbanización y unos servicios mínimos (transporte, escuela) ya es producir un trozo de ciudad y atribuir condición de ciudadanía. El error es triple: a) producir barrios monofuncionales y socialmente homogéneos,

b) No vincular estas operaciones a las dinámicas económicas e infraestructurales que contribuirán a la inserción, c) No dotar a los barrios de calidad urbana de algún atributo de centralidad o de visibilidad social.

Las políticas de transformación de los barrios segregados habrán de prestar especial atención al nuevo contexto y a los nuevos fenómenos urbanos. Apuntamos algunas de estos factores:

La ilusión del espacio visible. El barrio no es lo que parece

Como ya hemos manifestado, el diseño de políticas urbanas de lucha contra la segregación espacial y la exclusión social, debe tratar, simultáneamente, con un espacio de "lugares" y con un espacio de "flujos". El abordaje, en exclusiva del espacio como lugar (visible y localizado) conduce a los fracasos de muchas actuaciones de renovación de zonas residencias deprimidas. En todo caso, deberíamos preguntarnos, ¿cuál es la población del barrio? ¿La que duerme, la que trabaja, o la que lo usa puntualmente para algunas actividades? En todo caso, el espacio al configurarse también como espacio de flujos, nos exige otra lectura, de geometría variable, donde la movilidad, los nuevos hábitos ciudadanos, los nuevos grupos sociales con intereses singulares, ya no permiten definir los espacios solamente en clave de lugares.

La definición de la identidad territorial es algo realmente complejo. Depende si nos referimos a una comunidad de residentes, a una comunidad de relaciones de vecindad, de relaciones laborales o de actividades productivas y comerciales. Nos interesa aquí estudiar la identidad en términos de interacción y cooperación en un territorio urbano complejo.

El problema es que el territorio urbano, tal como se ha manifestado anteriormente, es, simultáneamente, un espacio de flujos y un espacio de lugares. Las nuevas tecnologías de la información provocan una importancia creciente de los flujos. Pero, a pesar de ello, la inmensa mayoría de la gente, vive en lugares, y por tanto, percibe su espacio en virtud de ellos. Un barrio es un lugar cuya forma, función y significado se contienen dentro de las fronteras de la contigüidad física.

Pero, a su vez, los lugares no conllevan una identidad territorial per se, aunque puedan contribuir a construirlas. Desde los lugares se pueden construir historias o trayectorias caracterizadas por ser espacios de interacción social, y de interacción de los actores con su entorno territorial. El lugar es un espacio que, por sus cualidades, es singular, diferente a otros lugares.

En la sociedad de la información la identidad ya no se construye solamente desde los espacios de los lugares. Lo global no acecha ni amenaza como algo externo, sino que se encuentra instalado en el espacio de la propia vida de los individuos y de las organizaciones. Más aún, configura una buena parte de lo propio, la propia vida es el lugar de lo local-global.

La vida de las personas ya no es algo ligado exclusivamente al lugar, una vida asentada y sedentaria. Las nuevas tecnologías son medios para franquear el tiempo y el espacio, anulan las distancias, crean proximidades en la distancia y distancias en la proximidad. Vivir en un único lugar no significa ya vivir con los demás y vivir con los demás no significa ya vivir en un único lugar. Se disuelve así, en parte, la interdependencia entre lugar y comunidad.

Las zonas urbanas segregadas. Lugares heterogéneos y espacios de conflicto

La diferenciación social y las nuevas articulaciones de estos espacios con la aglomeración metropolitana, están generando espacios con un alto potencial de conflicto interno y externo. En primer lugar, a los hipotéticos intereses comunes motivados por la contigüidad vecinal y residencial, se le contraponen intereses diversificados, fruto de la presencia de grupos sociales muy diferenciados entre sí.

En este contexto, hay que destacar el incremento de la inmigración extracomunitaria que, mayoritariamente, se aloja en los barrios segregados. La presencia de minorías étnicas tiene diversas facetas. Por una parte, los nuevos residentes inmigrantes provienen de culturas muy diferentes y provocan un choque cultural con una población local que, ya de por sí, se encuentra en una situación desfavorecida. Por otro, se confunden las realidades con las percepciones sobre la misma realidad, fruto de los valores sociales dominantes.

Pero la creciente presencia de minorías étnicas, concentradas en estos espacios urbanos segregados, se suma a otros fenómenos de diferenciación social. La presencia de jóvenes con trayectorias sociales, laborales y culturales muy diferenciadas con respecto a los grupos residentes clásicos. Así, los hábitos culturales, de uso del tiempo, el abandono escolar y, en algunos casos, las actitudes incívicas, son también focos evidentes de conflicto.

La necesidad de un nuevo enfoque de la gobernabilidad

Lo que hay que subrayar es que, gobernar es cada vez menos producir bienes y servicios y cada vez más garantizar que los actores se comporten conforme a unas reglas de juego que incentivan su comportamiento eficaz frente a los retos y oportunidades de la sociedad.
Es evidente que, para el impulso al desarrollo urbano en el contexto actual, los gobiernos locales deberían ir más allá de la simple gestión eficaz de los bienes públicos y ser capaces de actuar como líderes de la gobernabilidad, catalizadores del proceso de aprendizaje y de adaptación social.
El liderazgo es un componente vital para generar cambios. En nuestras actuales sociedades sometidas a fuertes y permanentes mutaciones, las nuevas reglas exigen desprenderse de viejos modos de comportamiento y de pensamiento. El gran desafío para los líderes locales actuales puede formularse con la pregunta siguiente: ¿Cómo puede una sociedad y un territorio heterogéneo, con diferentes actores portadores de diversos intereses en conflicto en la que ningún grupo puede forzar a los demás a cooperar, encontrar vías para avanzar hacia acuerdos y pactos más equitativos y eficaces?
La nueva gobernabilidad afecta a un conjunto de dimensiones que apuntamos a continuación:
¨ La necesidad de un esfuerzo de innovación democrática, que deberá ser liderado por los gobiernos locales, en el sentido de reconstruir el concepto de ciudadanía, adaptado a los nuevos tiempos y a las nueva composición social de los barrios segregados.
¨ La necesidad de un esfuerzo de reconstrucción de la vida cívica. En muchos de estos barrios la vida cívica y el espacio público (de la ciudadanía) se encuentran indefensos y abandonados .En parte, debido al deterioro de los comportamientos cívicos y del respecto a la convivencia social y a la tolerancia.
¨ Promover nuevos planteamientos en torno a la participación ciudadana y a la cooperación de las autoridades públicas con las organizaciones ciudadanas. En los barrios en dificultades predomina una gran desconfianza recíproca.

Los límites de la acción pública
Las administraciones públicas asumen que los problemas de marginación urbana y exclusión social es un asunto de su exclusiva competencia y, más aún, parten del supuesto que, mediante la intensificación de sus acciones y de la aplicación de más recursos, se irán encontrando las soluciones a los problemas mencionados.
La idea que aquí se apunta es que las políticas públicas, por sí mismas, no pueden dar solución a problemas de esta naturaleza. Y ello no se debe exclusivamente a un problema de ineficacia, sino a una dificultad vinculada a la propia naturaleza de los problemas a abordar.
Entre otras razones:
- La dificultad del sector público para tratar problemáticas altamente diferenciadas y complejas y que para interpretarlas y reconocerlas, se hace necesario establecer formas diferentes de cooperación con los grupos sociales concernidos y con las organizaciones locales.
- La tendencia del sector público a actuar de forma sectorializada y abordar la realidad desde el ángulo o perspectiva de cada servicio. Por tanto, una gran dificultad de abordar de forma integrada y global la problemática urbana y de exclusión social.
- Las prácticas más generalizadas de la política social, reproducen todavía un enfoque de victimización de la población desfavorecida y, por el contrario, no valoran las potencialidades de las personas.
- La cuestión de las competencias y atribuciones de las instituciones públicas que impiden actuaciones compartidas entre diferentes instituciones o entre gobiernos locales, cuando el territorio de la exclusión, en muchos casos, no respeta la geografía administrativa.
La exclusión social y económica
Lo que caracteriza de manera principal a los barrios desfavorecidos es la exclusión social y el desempleo. Diversas causas, no siempre fácil de diferenciar, se juntan para provocar un círculo perverso que condena a las personas a vivir en "los márgenes", sin mayores posibilidades de romper con esta situación. Sucede a menudo que las personas que consiguen salir de esta situación tienden a abandonar estos barrios, con lo cual, se produce y reproduce una selección social negativa. Más aún, la llegada de nuevos excluidos, que buscan un lugar de residencia de bajo coste, refuerza el ciclo de declive.
La complejidad de la situación exige soluciones renovadas y, sobre todo, un esfuerzo persistente y a largo plazo. En todo caso, apuntamos algunos aspectos básicos:
- El refuerzo de las capacidades, recursos y motivaciones de las personas en situación de exclusión, y para ello hay que establecer programas de inserción en función de necesidades-potencialidades.

- La potenciación de los llamados servicios de proximidad y nuevos yacimientos de empleo. Es decir, de actividades intensivas en trabajo, no sujetas a las exigencias de competitividad y altas cualificaciones. El impulso a los servicios de proximidad, tiene una doble dimensión: el empleo de las personas que se implican pero, también, la extensión de servicios necesarios a la nueva estructura social: envejecimiento, cuidado de los niños, medio ambiente, transportes, etc., es decir, aquellas actividades que permiten estructurar el tejido social e incrementar la calidad de vida local.
- La exclusión y el desempleo están íntimamente relacionadas con facetas diversas de la vida de las personas y es imprescindible un abordaje global de las mismas: el fracaso escolar, la cultura de la dependencia, la descalificación profesional, el aislamiento de los circuitos del mercado de trabajo y de los recursos de la ciudad.

En las diferentes dimensiones que hemos analizado, y de cara a las opciones de renovación que hemos apuntado, resulta esencial constatar un fuerte déficit del llamado capital social, es decir de la predisposición a la interacción social y al tejido de lazos de confianza que activen la cooperación y el trabajo en común entre instituciones, organizaciones sociales y la población en general. El capital social ha sido identificado como un factor más de desarrollo y que es posible activar a partir de acciones que favorezcan la interacción, el cumplimiento de los acuerdos y las acciones coordinadas.

En síntesis, un cierto pesimismo reinante en cuanto a la eficacia futura de las soluciones a los problemas urbanos, expresa, básicamente, la ausencia de una visión de la ciudad del futuro, y desconfianza sobre la posibilidad de concretar una estrategia de esa naturaleza. No podemos liquidar la cuestión de los barrios desfavorecidos con el pretexto de que ello es inevitable y que va en paralelo al crecimiento y a la evolución de nuestras sociedades. La existencia (y el desarrollo) de áreas urbanas en dificultades da pie, a menudo, al sentimiento que las ciudades son víctimas de fuerzas que ellas no pueden gestionar. El fenómeno, por el contrario, no tiene nada de inevitable, sino que es sensible a la acción de los poderes públicos y de los ciudadanos.

Fernando Barreiro Cavestany

Nota biográfica

Néstor García Canclini es antropólogo y director del programa de Estudios en Cultura Urbana de la Universidad Autónoma Metropolitana (Ap. Postal 55-536, C.P. 09340, México DF). Publicó veinte libros sobre estudios culturales, globalización e imaginario urbano. Fue profesor en las universidades de Stanford, Austin, Barcelona, Buenos Aires y Sao Paulo. Su libro *Hybrid Cultures* (1995) obtuvo el premio Iberoamericano Book Award de la Latin American Association como mejor libro sobre América Latina.

Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica

Néstor García Canclini

Al terminar el siglo XX, la antropología parece una disciplina dispuesta a abarcarlo todo. Desde hace varias décadas trascendió el estudio de pueblos campesinos no europeos o no occidentales, en los que se especializó al comenzar su historia como disciplina. Ha desarrollado investigaciones sobre las metrópolis, se fue ocupando de todo tipo de sociedades complejas, tradicionales y modernas, de ciudades y redes transnacionales. Autores posmodernos muestran incluso que el estilo antropológico de conocer tiene algo peculiar que revelarnos sobre las formas de multiculturalidad que proliferan en la globalización.

Hasta cierto punto, otras disciplinas -como la demografía y la economía- se arriesgan también a ser omnipresentes y omnisapientes al querer explicar con un solo paradigma el universo entero. Pero los antropólogos pretendemos, además, ocuparnos de lo macro y lo microsocial, decir al mismo tiempo cómo articular conocimientos cuantitativos y cualitativos. Una de las zonas donde esta capacidad abarcativa resulta más problemática es la ciudad.

Hay una manera de valorar el trabajo antropológico sobre lo urbano, que descartaré en este texto: consistiría en reseñar las contribuciones realizadas por la antropología durante su historia al conocimiento de ciudades específicas y a la elaboración de la teoría urbana. Tres razones me hacen preferir otro camino. La primera es que esta tarea enciclopédica, que requiere muchas más páginas que las del presente artículo, ha sido cumplida por varios libros en las últimas décadas (Eames y Goode 1973, Hannerz 1992, Kenny y Kertzer 1983, Signorelli 1996, Southall 1973), y por volúmenes colectivos de revistas en varias lenguas (por ejemplo, *Ethnologie française*, 1982; *La ricerca folklorica*, 1989; *Urban Life*, varios números; *Urban Anthropology*, 1991; *Revista internacional de ciencias sociales, 1996*). En el balance

organizado por Kemper y Kratct en *Urban Anthropology*, que abarca casi exclusivamente lo producido en Estados Unidos, se registraban a principios de esta década 885 antropólogos urbanos, incluyendo arqueólogos, lingüistas y antropólogos físicos; aunque el mismo informe indica que el 70% de los investigadores son antropólogos sociales. (Kemper y Kratct,1991). Esta es una de las razones por la cual restringiré a esta "subdisciplina" el análisis del presente texto.

En segundo lugar, debemos reconocer que, si bien desde el siglo XIX la bibliografía antropológica ofrece muchos estudios sobre ciudades, con frecuencia cuando los antropólogos hablan de ellas en verdad estaban hablando de otra cosa. Aunque se ocupen de Luanshya, o Ibadan, de Mérida o Sao Paulo, en muchas investigaciones lo principal que se busca averiguar es cómo se realizan los contactos culturales en una situación colonial o las migraciones durante la industrialización, cuáles son las condiciones de trabajo o de consumo, qué queda de las tradiciones bajo la expansión moderna.

Pese a las tempranas contribuciones de la Escuela de Chicago en los años veinte, cuando se constituyó la ciudad en objeto específico de investigación para sociólogos y antropólogos, sólo episódicamente la antropología la tomó como núcleo del análisis social. Apenas en las tres últimas décadas lo urbano se convirtió en un campo plenamente legítimo de investigación para esta disciplina, con los requisitos que esto supone, o sea especialistas de primer nivel que se dediquen a explorarlo, reconocimiento cabal en planes de estudio de grado y posgrado, financiamiento para trabajo de campo, reuniones científicas y revistas especializadas (Kemper y Kratct 1991).

La tercera motivación para no tratar la confrontación actual de la antropología con la ciudad bajo el formato de una revisión histórica, es que los desafíos que implica este trabajo están cambiando notoriamente en el tiempo de las conurbaciones, la globalización y las integraciones transnacionales. Lo que se entiende por ciudad y por investigación antropológica es hoy muy distinto de lo que concibieron Robert Redfield, las Escuelas de Chicago y Manchester, e incluso antropólogos más recientes. Basta pensar en cómo ha cambiado el significado y la importancia de lo urbano desde 1900, cuando sólo cuatro por ciento de la población mundial vivía en ciudades, hasta la actualidad, en que la mitad de los habitantes se hallan urbanizados (Gmelch-Zenner, 1996: 188). En ciertas zonas periféricas que han sido objeto predilecto de la antigua antropología, como América Latina, un setenta por ciento de las personas reside en conglomerados urbanos. Como esta expansión de las ciudades se debe en buena parte a la migración de campesinos e indígenas, esos conjuntos sociales a los que clásicamente se dedicaban los antropólogos ahora se encuentran en las urbes. En ellas se reproducen y cambian sus tradiciones, se desenvuelven los intercambios más complejos de la multietnicidad y la multiculturalidad.

Viejos temas en nuevos contextos

No es casual que un alto número de estudios de antropología urbana se consagre a los migrantes y a los llamados sectores marginales. Al tratar de conocer estas transformaciones de los destinatarios habituales de la investigación antropológica, se advirtieron los nuevos desafíos que las ciudades contemporáneas colocaban a los conceptos y técnicas elaborados por esta disciplina al estudiar comunidades pequeñas, indígenas o campesinas. Debe reconocerse al estilo etnográfico el haber ofrecido aportes cualitativos originales sobre relaciones interétnicas e interculturales, que otras disciplinas subordinan a las visiones macrosociales. Sin embargo, las estrategias de aproximación de los antropólogos inhibieron durante mucho tiempo la construcción de una antropología urbana, o sea una visión de conjunto sobre el significado de la vida en ciudad. Se ha practicado menos "una antropología de la ciudad que una antropología en la ciudad"..."La ciudad es, por lo tanto, más el lugar de investigación que su objeto" (Durham, 1986: 13). De todas maneras, esta es una cuestión difícil de resolver tanto para la antropología como para otras disciplinas. ¿Acaso es posible abarcar con un sólo concepto -el de cultura urbana- la diversidad de manifestaciones que la ciudad engendra? ¿Existe realmente un fenómeno unificado y distintivo del espacio urbano, incluso en aglomeraciones tan complejas y heterogéneas como Nueva York, Beijing y la ciudad de México, o sería preferible hablar de varios tipos de cultura dentro de la ciudad? En tal caso ¿las delimitaciones deben hacerse siguiendo criterios de clase social, de organización del espacio u otros?.

Al mismo tiempo, así como las cuestiones urbanas fueron reconformando el proyecto de la antropología, ésta viene mostrando la fecundidad de sus instrumentos conceptuales y metodológicos para encarar aspectos clave de las ciudades contemporáneas que interesan al

conjunto de las ciencias sociales. Voy a referirme a tres: la heterogeneidad multicultural, la segregación intercultural y social, y la desurbanización.

La heterogeneidad o diversidad sociocultural, desde siempre tema clave de la antropología, aparece hoy como uno de los asuntos más "desestructuradores" de la modelización clásica propuesta en las teorías urbanas. La dificultad para definir qué se entiende por ciudad deriva, en parte, de la variedad histórica de ciudades (industriales y administrativas, capitales políticas y ciudades de servicios, ciudades puertos y turísticas), pero esa complejidad se agudiza en grandes urbes que ni siquiera pueden reducirse a esas caracterizaciones monofuncionales. Varios autores sostienen que justamente la copresencia de muchas funciones y actividades es algo distintivo de la estructura urbana actual (Castells, 1995; Signorelli, 1996). Más aún: esta flexibilidad en el desempeño de varias funciones se radicaliza en la medida en que la deslocalización de la producción diluye la correspondencia histórica entre ciertas ciudades y ciertos tipos de producción. Lancashire no es ya sinónimo mundial de la industria textil, ni Sheffield y Pittsburgh de siderurgia. Las manufacturas y los equipos electrónicos más avanzados pueden producirse tanto en las ciudades globales del primer mundo como en las de Brasil, México y el sudeste asiático (Castells 1974, Hall 1996, Sassen 1991).

La diversidad contenida en una ciudad suele ser resultado de distintas etapas de su desarrollo. Milán, México y París hacen coexistir por lo menos testimonios de los siguientes períodos: a) monumentos que les dan carácter de ciudades históricas con interés artístico y turístico; b) un desarrollo industrial que reorganizó -de distinto modo en cada caso- su uso del territorio; y c) una reciente arquitectura transnacional, posindustrial (de empresas financieras e informáticas) que ha reordenado la apropiación del espacio, los desplazamientos y hábitos urbanos, así como la inserción de dichas ciudades en redes supranacionales. La convivencia de estos diversos períodos en la actualidad genera una *heterogeneidad multitemporal* en la que ocurren procesos de *hibridación*, conflictos y transacciones interculturales muy densas (García Canclini, 1995 a, b).

Esa heterogeneidad e hibridación provocadas por la contigüidad de construcciones y modos de organizar el espacio iniciados en distintas etapas históricas, se multiplica con la coexistencia de migrantes de zonas diversas del mismo país y de otras sociedades. Estos migrantes incorporan a las grandes ciudades lenguas, comportamientos y estructuras espaciales surgidos en culturas diferentes. Se observa este proceso con rasgos semejantes en las metrópolis y en los países periféricos, anulando hasta cierto punto las diferencias que el evolucionismo marcaba en otro tiempo entre ciudades de regiones desarrolladas y subdesarrolladas.

La vecindad de los nativos con muchos otros hace explotar las idiosincracias urbanas tradicionales tanto en Lima como en Nueva York, en Buenos Aires como en Berlín. El acercamiento súbito, y a veces violento, entre lo moderno y lo arcaico, entre científicos sociales y pueblos exóticos, nos permite decir que la antropología urbana está siendo decisiva para completar la liberación de los antropólogos de la sensación de pertenecer a un universo distinto de sus objetos de estudio; también les permite a algunos investigadores atenuar la culpa por interferir en culturas extrañas y desalienta los subterfugios evolucionistas con que se trataba de restaurar esa distancia mediante una mirada "sabia". Los antropólogos urbanos, aun teniendo diferencias étnicas, de clase o nacionales con nuestros observados, estamos expuestos a las mismas o parecidas influencias socioespaciales, publicitarias y televisivas.

Si bien la planificación macrosocial, la estandarización inmobiliaria y vial, y en general el desarrollo unificado del mercado capitalista tienden a hacer de las ciudades dispositivos de homogenización , esos tres factores no impiden que la fuerza de la diversidad emerja o se expanda. Pero la "explosión" diferencialista no sólo es un proceso real; también se presenta como ideología urbanística. Desde los años setenta, las corrientes posmodernas que impactaron a la antropología y el urbanismo propician la diferencia, la multiplicidad y la descentralización como condiciones de una urbanidad democrática. Sin embargo, esta tendencia debe valorarse de maneras distintas en las metrópolis y en los países periféricos. Ante todo, debemos hacer esta distinción por razones político-económicas. No es lo mismo el crecimiento de la autogestión y la pluralidad luego de un período de planificación, durante el cual se reguló la expansión urbana y la satisfacción de necesidades básicas (como en casi todas las ciudades europeas) que el crecimiento caótico de intentos de supervivencia basados en la escasez, la expansión errática, el uso depredador del suelo, el agua y el aire (habituales en Asia, África y América Latina).

Una segunda distinción tiene que ver con la escala. En países que entraron al siglo XX con tasas bajas de natalidad, con ciudades planificadas y gobiernos democráticos, las digresiones, la desviación y la pérdida de poder de los órdenes totalizadores pueden ser parte de una *lógica*

descentralizadora. En cambio, en ciudades como Caracas, Lima o Sao Paulo la diseminación -generada por el estallido demográfico, la invasión popular o especulativa del suelo, con formas poco democráticas de representación y administración del espacio urbano- aparece como la multiplicación de un desorden siempre a punto de explotar.

En el primer tipo de casos el debilitamiento de las estructuras planificadas puede ser un avance liberalizador. En tanto, en la mayoría de las ciudades de países periféricos la ideología descentralizadora logra, a menudo, sólo reproducir aglomeraciones ingobernables, que por eso a veces "fomentan" la perpetuación de un gobierno autoritario y centralizado, reticente a que los ciudadanos elijan y decidan. Los estudios sobre movimientos sociales suelen considerar esta desestructuración de las ciudades como estímulo para la organización de grupos populares, juveniles, ecologistas, etc. a fin de construir alternativas al (des)orden hegemónico. Otros sectores ven la descentralización como agravamiento del caos, expansión de las bandas, terror urbano, acoso sexual, o como simple ocasión para que los poderes empresariales y aun las asociaciones de vecinos se apropien de espacios públicos y excluyan o descriminen a los demás. "El ejercicio local de la democracia puede, por lo tanto, producir resultados antidemocráticos" (Holston y Appadurai, 1996: 252).

En muchas ciudades africanas, asiáticas y latinoamericanas es evidente que la debilidad reguladora no aumenta la libertad sino la inseguridad y la injusticia. La condición posmoderna suele significar en estos países la exasperación de las contradicciones de la modernidad: la desaparición de lo poco que se había logrado de urbano, el agotamiento de la vida pública y la búsqueda privada de alternativas no a un tipo de ciudad sino a la vida urbana entendida como tumulto "estresante". El abandono de políticas públicas unificadas, junto al agravamiento del desempleo y la violencia generan -como demuestran los estudios de Mike Davis sobre Los Ángeles y de Teresa P.R.Caldeira sobre Sao Paulo- segregación espacial: quienes pueden se encierran en "enclaves fortificados". En vez de trabajar con los conflictos que suscita la interculturalidad, se propicia la separación entre los grupos mediante muros, rejas y dispositivos electrónicos de seguridad. Estudios antropológicos recientes muestran el peso que tienen en la construcción de las segregaciones urbanas, junto a las barreras físicas, los cambios en hábitos y rituales, las obsesivas conversaciones sobre la inseguridad que tienden a polarizar lo bueno y lo malo, a establecer distancias y muros simbólicos que refuerzan los de carácter físico (Caldeira 1996).

En investigaciones sobre los cambios en las prácticas de consumo cultural de la ciudad de México registramos un proceso de desurbanización, en el sentido en que en los últimos años disminuye el uso recreativo de los espacios públicos. Esto se debe en parte a la inseguridad, y también a la tendencia impulsada por los medios electrónicos de comunicación a preferir la cultura a domicilio llevada hasta los hogares por la radio, la televisión y el video en vez de la asistencia a cines, teatros y espectáculos deportivos que requieren atravesar largas distancias y lugares peligrosos de la urbe. Recluirse en la casa o salir los fines de semana de la ciudad son algo más que modos de librarse un poco de la violencia, el cansancio y la contaminación: son formas de declarar que la ciudad es incorregible (García Canclini, 1995).

A nivel político, la democratización del gobierno y la participación de los ciudadanos es quizá lo único que puede revertir parcialmente esta tendencia al enclaustramiento en lo privado de la mayoría, y controlar la voracidad de los intereses privados inmobiliarios, industriales y turísticos que afectan el desarrollo equilibrado de las urbes. Pero ¿de qué modo la democratización de las decisiones públicas y la expansión de una ciudadanía responsable (Perulli, 1995) permitirían rehabilitar el mundo público, o sea hacer viable una intervención mejor repartida de las fuerzas sociales que rehaga el mapa de la ciudad, el sentido global de la sociabilidad urbana? De no ocurrir esto, el riesgo es la ingobernabilidad: que el potenciamiento explosivo de las tendencias desintegradoras y destructivas suscite mayor autoritarismo y represión.

Varios estudios de los años noventa ven estos desafíos de las ciudades grandes y medianas como una oportunidad para revitalizar la participación y la organización ciudadanas. Cuando los Estados-nación pierden capacidad de movilizar al pueblo, las ciudades resurgen como escenarios estratégicos para el avance de nuevas formas de ciudadanía con referentes más "concretos" y manejables que los de las abstracciones nacionales. Además, los centros urbanos, especialmente las megalópolis, se constituyen como soportes de la participación en los flujos transnacionales de bienes, ideas, imágenes y personas. Lo que se escapa del ejercicio ciudadano en las decisiones supranacionales pareciera recuperarse, en cierta medida, en las arenas locales vinculadas a los lugares de residencia, trabajo y consumo (Dagnino 1994, Ortiz 1994). Quienes ahora se sienten, más que ciudadanos de una nación, "espectadores que votan", reencuentran modos de reubicar la imaginación (Holston y Appadurai 1996 192-195).

La redefinición de las ciudades

En verdad, la antropología no está sola ante la reformulación necesaria de su proyecto disciplinario por estos cambios de la multiculturalidad y la segregación, de lo local y lo global, que se manifiestan con particular fuerza en las grandes urbes. Las incertidumbres acerca de qué es una ciudad y cómo estudiarla, compartidas por otras ciencias sociales, exigen reorientar el conjunto de los estudios urbanos. Estos estudios son, por eso mismo, una ocasión propicia para examinar las condiciones actuales del trabajo inter o transdisciplinario, las condiciones teóricas y metodológicas en las que los saberes parciales pueden articularse.

Una lectura de la historia de las teorías urbanas, en este siglo, que tomara en cuenta los cambios ocurridos en las ciudades nos haría verlas como intentos fallidos o insatisfactorios. Más que soluciones o respuestas estabilizadas, hallamos una sucesión de aproximaciones que dejan muchos problemas irresueltos y tienen serias dificultades para prever las transformaciones y adaptarse a ellas.

Recordemos, por ejemplo, las investigaciones que han tratado de definir qué son las ciudades oponiéndolas a lo rural, o sea concibiéndolas como lo que no es el campo. Este enfoque, muy usado en la primera mitad del siglo, llevó a enfrentar en forma demasiado tajante el campo como lugar de las relaciones comunitarias, primarias, a la ciudad, que sería el lugar de las relaciones asociadas de tipo secundario, donde habría mayor segmentación de los roles y una multiplicidad de pertenencias. En varios países en proceso de industrialización esta tendencia fue utilizada hasta los años sesenta y setenta. Teóricos destacados, como Gino Germani, desarrollaron este enfoque en estudios sobre América Latina, especialmente sobre Argentina. Este autor hablaba de la ciudad como núcleo de la modernidad, el lugar donde sería posible desprenderse de las relaciones de pertenencia obligadas, primarias, de los contactos intensos de tipo personal, familiar y barrial propios de los pequeños pueblos, y pasar al anonimato de las relaciones electivas, donde se segmentan los roles, que él considaraba desde su particular herencia funcionalista.

Entre las muchas críticas que se han hecho a esta oposición tajante entre lo rural y lo urbano, me gustaría recordar que esa distinción se queda en aspectos exteriores. Es una diferenciación descriptiva, que no explica las diferencias estructurales ni tampoco las coincidencias frecuentes entre lo que ocurre en el campo, o en pequeñas poblaciones, y lo que ocurre en las ciudades. Por ejemplo, cómo lo rural está dividido por conflictos internos a causa de la penetración de las ciudades. O, a la inversa, en las ciudades africanas, asiáticas y latinoamericanas, muchas veces se dice que son ciudades "invadidas" por el campo. Se ve a grupos familiares circulando aún en carros con caballos, usos de calles que parecen propios de campesinos, como si nunca fuera a pasar un coche, es decir, intersecciones entre lo rural y lo urbano que no puden comprenderse en términos de simple oposición.

Un segundo tipo de definición que tiene una larga trayectoria, desde la Escuela de Chicago, se basa en los criterios geográfico-espaciales. Wirth definía la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos. Una de las principales críticas a esta caracterización geográfico-espacial es que no da cuenta de los procesos históricos y sociales que engendraron las estructuras urbanas, la dimensión, la densidad y la heterogeneidad (Castells 1974).

En tercer lugar ha habido criterios específicamente económicos para definir qué es una ciudad, como resultado del desarrollo industrial y de la concentración capitalista. En efecto, la ciudad ha propiciado una mayor racionalización de la vida social y ha organizado del modo más eficaz, hasta cierta época, la reproducción de la fuerza de trabajo al concentrar la producción y el consumo masivos. Pero este enfoque económico suele desarrollarse dejando fuera los aspectos culturales, la experiencia cotidiana del habitar y las representaciones que los habitantes nos hacemos de las ciudades.

Algunos autores que conceptualizaron las experiencias y representaciones urbanas, como Antonio Mela, quien lo hace a partir de la teoría de Jürgen Habermas, señalan dos características que definirían a la ciudad. Una es la densidad de interacción y la otra es la aceleración del intercambio de mensajes. Mela aclara que no son sólo fenómenos cuantitativos, pues ambos influyen, a veces contradictoriamente, sobre la calidad de la vida en la ciudad. El aumento de códigos comunicativos exige adquirir nuevas competencias, específicamente urbanas, como lo percibe cualquier migrante que llega a la ciudad y se siente desubicado, tiene dificultades para situarse en la densidad de interacciones y la aceleración de intercambio de mensajes. Cuando se comienza a ver esta problemática en los estudios urbanos, con las migraciones de mediados de siglo, se coloca el problema de quiénes pueden usar la ciudad.

Esta línea de análisis, que trata de poner (Mela, 1989) la problemática urbana como una tensión entre racionalización espacial y expresividad, ha llevado a pensar a las sociedades urbanas en términos lingüísticos. Han sido, sobre todo, los estudios semióticos los que destacaron estas dimensiones, pero también la antropología considera ahora a las ciudades no sólo como un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, sino también como lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización, o con las pretensiones de racionalizar la vida social. La industrialización de la cultura a través de comunicaciones electrónicas ha vuelto más evidente esta dimensión semántica y comunicacional del habitar.

Si pretendieramos arribar a una teoría de validez universal sobre lo urbano, debiéramos decir que, en cierto modo, todas estas teorías son fallidas. No dan *una* respuesta satisfactoria, ofrecen múltiples aproximaciones de las cuales no podemos prescindir, que hoy coexisten como partes de lo verosímil, de lo que nos parece que puede proporcionar cierto sentido a la vida urbana. Pero la suma de todas estas definiciones no se articula fácilmente, no permite acceder a una definición unitaria, satisfactoria, más o menos operacional, para seguir investigando las ciudades. Esta incertidumbre acerca de la definición de lo urbano se vuelve aún más vertiginosa cuando llegamos a las megaciudades.

Megalópolis: crisis y resurgimiento

Hace sólo medio siglo las megalópolis eran excepciones. En 1950 sólo dos ciudades en el mundo, Nueva York y Londres, superaban los ocho millones de habitantes. En 1970 ya había once de tales urbes, cinco de ellas en el llamado tercer mundo , tres en América Latina y dos en Asia. Para el año 2.015, según las proyecciones de las Naciones Unidas, habrá 33 megaciudades, 21 de las cuales se hallarán en Asia. Estas megalópolis impresionan tanto por su desaforado crecimiento como por su compleja multiculturalidad, que desdibujan su sentido histórico y contribuyen a poner en crisis las definiciones con que se pretende abarcarlas.

¿Qué es una megaciudad? Los estudios realizados en los últimos años en ciudades como Los Ángeles, México y Sao Paulo, conducen a reformular la noción habitual en la bibliografía especializada, que usa ese término para referirse a la etapa en la que una gran concentración urbana integra otras ciudades próximas y conforma una red de asentamientos interconectados. Sin duda, esta caracterización *espacial* es aplicable a la capital mexicana (Ward 1991), que en 1940 tenía 1.644.921 habitantes y actualmente supera los 17 millones. Sabemos que entre los principales procesos que generaron esta expansión se hallan las migraciones multitudinarias de otras zonas del país y la incorporación a la zona metropolitana de 27 municipios aledaños. Pero en estos mismos cincuenta años en que la mancha urbana se extendió hasta ocupar 1500 kms. cuadrados, volviendo impracticable la interacción entre sus partes y evaporando las imagen física de conjunto, los medios de comunicación se expandieron masivamente, establecieron y distribuyen imágenes que re-conectan las partes diseminadas. La misma política económica de modernización industrial que desbordó la urbe promovió paralelamente nuevas redes audiovisuales que reorganizan las prácticas de información y entretenimiento, y recomponen el sentido de la metrópoli. ¿Qué conclusión podemos extraer del hecho ya citado: mientras la expansión demográfica y territorial desalienta a la mayoría de los habitantes, ubicada en la periferia, para asistir a los cines, teatros y salones de baile concentrados en el centro, la radio y la televión llevan la cultura al 95 por ciento de los hogares? Esta reorganización de las prácticas urbanas sugiere que la caracterización *socioespacial* de la megalópolis debe ser completada con una redefinición *sociocomunicacional*, que dé cuenta del papel re-estructurador de los medios en el desarrollo de la ciudad.

La hipótesis central de esta reconceptualización es que la megalópolis, además de integrar grandes contingentes poblacionales conurbándolos física y geográficamente, los conecta con las experiencias macrourbanas a través de las redes de comunicación masiva. Por supuesto, la conexión mediática de ciudades medianas y pequeñas, el hecho de que la oferta televisiva e informática puede recibirse ya en toda su amplitud también en conjuntos de 10,000 habitantes, evidencia que esta no es una característica exclusiva de las megaciudades. No obstante, urbes desestructuradas por su extraordinaria expansión territorial y su ubicación estratégica en redes mundiales, como México, Los Ángeles y Sao Paulo, estimulan a pensar en qué sentido esta multiplicación de enlaces mediáticos adquiere un significado particular cuando se vincula con una historia de expansión demográfica y espacial, y con una compleja y diseminada oferta cultural propia de grandes ciudades.

Algunos investigadores urbanos han examinado este desdoblamiento de las ciudades a propósito de los efectos de las tecnologías de información sobre las transformaciones del espacio. Manuel Castells habla de "ciudad informacional" y de "espacio de flujos" para designar

la manera en que los usos territoriales pasan a depender de la circulación de capitales, imágenes, informaciones estratégicas y programas tecnológicos. Pese al énfasis en este último aspecto, Castells sigue reconociendo la importancia de los territorios para que los grupos afirmen sus identidades, se movilicen a fin de conseguir lo que demandan y restauren "el poco control" y sentido que logran en el trabajo. "La gente vive en lugares, el poder domina mediante flujos"(Castells, 1995: 485).

Prefiero no hablar de espacio de flujos sino de *sistema* de flujos, porque la noción de espacio corresponde mejor al aspecto físico, y los flujos, aunque hacen apariciones aquí y allá, actúan la mayor parte del tiempo a través de redes invisibles. También me incomoda la escisión entre los lugares donde la gente vive y los flujos que la dominan. Pero sin duda son incovenientes menores en el marco de la enorme contribución hecha por Castells para redefinir el sentido de la ciudad a la luz de las nuevas condiciones establecidas por el desarrollo tecnológico.

La bibliografía actual plantea este carácter dual de lo urbano -espacial, y a la vez comunicacional- en dos sentidos: por una parte, en relación con los sistemas informacionales y su impacto en las relaciones capital-trabajo, que son los objetivos principales de los estudios de Castells y de otros urbanistas recientes (Peter Hall, Saskia Sassen); por otra, en conexión con los nuevos diagramas y usos socioculturales urbanos generados por las industrias comunicacionales (García Canclini, Martín Barbero).

Objeto y método: qué diferencia a los antropólogos

Cabe preguntar qué distingue lo que dice la antropología de la ciudades de lo que pueden conocer otras disciplinas como la sociología, el urbanismo y la semiótica. Algunos autores sostienen que la producción antropológica del saber sigue teniendo su especifidad en la obtención de datos mediante contacto directo con grupos pequeños de personas. Reconocen que el estudiar en ciudades ha modificado la duración del trabajo de campo, la convivencia constante y cercana con los grupos observados y entrevistados, y que los nuevos recursos tecnológicos (desde las grabadoras y las filmadoras portátiles hasta las encuestas computarizadas) pueden ayudar a conseguir información en escalas más apropiadas para la vida urbana. Pero afirman que la observación de campo y la entrevista etnográfica siguen siendo los recursos específicos de la investigación antropológica. A diferencia de la sociología, que construye a partir de cuadros y estadísticas grandes mapas de las estructuras y los comportamientos urbanos, el trabajo antropológico cualitativo y prolongado facilitaría lecturas densas de las interacciones sociales.

Varios antropólogos señalan que, al disminuir la convivencia del investigador con la población que estudia y no compartir plenamente sus condiciones de existencia (pobreza, violencia, dificultades para sobrevivir), existe el riesgo de buscar "en la interacción simbólica la identificación con los valores y aspiraciones de la población que estudia" (Durham 1986). Esto explicaría la sobrestimación de los aspectos culturales en la vida urbana y del análisis del discurso o de los procesos simbólicos en mucha investigaciones. Sin duda, tanto en los países centrales como en los periféricos la dedicación de los antropólogos a estudiar las ciudades fue decisiva para que se preste atención a los aspectos culturales, que habían sido -y son aún- descuidados en los trabajos de demógrafos, economistas y sociólogos, que nos precedieron en la investigación urbana. Pero ni la tradición de la antropología como disciplina ni el carácter, indisolublemente económico y simbólico, de los procesos urbanos justifica que se limite la exploración antropológica a la dimensión cultural. El crecimiento de las ciudades y el reordenamiento (o el desorden) de la vida urbana están asociados a cambios económicos, tecnológicos y simbólicos cuyo entrelazamiento obliga a sostener el estilo clásico antropológico que considera conjuntamente esas diversas dimensiones de los procesos sociales. Así se hace en los años ochenta y noventa en investigaciones sobre el significado económico y cultural de los movimientos sociales urbanos y de la condición obrera, de la desindustrialización neoliberal, de los mercados informales y las estrategias de sobrevivencia, (Arias 1996, Dagnino 1994, Adler Lomnitz 1994, Sevilla-Aguilar 1996, Silva Tellez 1994, Valenzuela 1988). Cito sólo a autores brasileños y mexicanos, en parte para limitar a algunos ejemplos la vasta bibliografía sobre el tema y porque son los dos países latinoamericanos en los que se está trabajando con más consistencia cómo se combinan aspectos económicos, políticos y culturales, al estudiar el significado de las formas de residencia en relación con los comportamientos laborales, la vida familiar y la condición de género en la participación sindical y ciudadana. Desde luego, esta posición puede hallarse también en antropólogos de las metrópolis, entre ellos algunos de los ya citados.

Pero, salvo excepciones, dichas investigaciones son más de antropología *en* la ciudad que de antropología *de* la ciudad. En el conjunto de la disciplina, permanece aún como horizonte por

alcanzar la realización de estudios que interrelacionen lo micro y lo macrosocial, lo cualitativo y lo cuantitativo en una teorización integral de las ciudades. Sólo es posible captar la complejidad de lo urbano si se comprenden las experiencias de comunidades, tribus y barrios como parte de las estructuras y redes que organizan el conjunto de cada ciudad (Holston y Appadurai 1996, Hannerz 1992).

Una posición distinta sitúa la diferencia antropológica no tanto en el objeto como en el método. Mientras el sociólogo habla de la ciudad, el antropólogo deja hablar a la ciudad: sus observaciones minuciosas y entrevistas en profundidad, su modo de estar con la gente, buscan escuchar lo que la ciudad tiene que decir. Esta dedicación a la elocuencia de los actos comunes ha sido metodológicamente fecunda. Desde el punto de vista epistemológico, sin embargo, despierta dudas. ¿Qué confianza se le puede tener a lo que los pobladores dicen acerca de cómo viven? ¿Quién habla cuando un sujeto interpreta su experiencia: el individuo, la familia, el barrio o la clase a los cuales pertenece? Ante cualquier problema urbano -el transporte, la contaminación o el comercio ambulante- encontramos tal diversidad de opiniones y aun de informes que es difícil distinguir entre lo real y lo imaginario (Silva 1992).

En pocos lugares se necesitan tanto como en una gran ciudad las críticas epistemológicas al sentido común y al lenguaje ordinario. No podemos registrar las divergentes voces de los informantes sin preguntarnos si *saben* lo que están diciendo. Precisamente el hecho de haber vivido con intensidad una experiencia oscurece las motivaciones inconscientes por las cuales se actúa, hace recortar los hechos para construir las versiones que a cada uno conviene. Un trabajo etnográfico aislado sobre la fragmentación de la ciudad y de sus discursos suele caer en dos trampas: reproducir en descripciones monográficas la fragmentación urbana sin explicarla o simular que se la sutura optando por la "explicación" de los informantes más débiles. El populismo metodológico de cierta antropología se vuelve entonces el aliado "científico" del populismo político.

No se trata de conceder al antropólogo o al urbanista que ven la ciudad globalmente un privilegio epistemológico. El debate posmoderno sobre los textos antropológicos llevó a pensar que tampoco los antropólogos sabemos muy bien de qué estamos hablando cuando hacemos etnografía. Las polémicas entre Robert Redfield y Oscar Lewis sobre Tepoztlán, por ejemplo, sugieren que tal vez no hablaban de la misma ciudad, o que sus obras, además de testimoniar "haber estado allí", según la sospecha de Clifford Geertz, son intentos de encontrar un lugar ente los que "están aquí", en las universidades y los simposios.

Estas tres maneras de recuperar las tradiciones del estudio antropológico -la reivindicación de la etnografía, la integración de lo socioeconómico y lo simbólico, y el "método" de dejar expresarse a las teorías "nativas"- pueden enriquecer la investigación urbana. Pero este estilo de trabajo debe trascender las comunidades locales y parciales para participar en la redefinición de las ciudades y de su lugar en las redes transnacionales. No tenemos por qué retraernos como antropólogos en la ilusoria autonomía de los barrios, o de las "comunidades", y callar lo que nuestra disciplina puede decir sobre la ciudad en conjunto ¿Por qué no reinventar nuestra profesión en las megaciudades en vez de repetir una concepción aldeana de la estructura y los procesos sociales? ¿No es necesario para estudiar apropiadamente lo urbano, ocuparse de las nuevas formas de identidad que se organizan en las redes comunicacionales masivas, en los ritos multidinarios y en el acceso a los bienes urbanos que nos hacen participar en "comunidades" internacionales de consumidores? Algunos investigadores estamos tratando de demostrar que la antropología puede iluminar las nuevas modalidades de multiculturalidad e interculturalidad que se generan en los intercambios migratorios turísticos (Valene L. Smith 1989), de comunicación y consumo desterritorializados (Renato Ortiz 1994, García Canclini 1995a, b). Dentro de las tendencias homogenizadoras resaltadas por las investigaciones económicas y sociológicas, los antropólogos podemos discernir cómo los grupos construyen perfiles peculiares en distintas sociedades nacionales, y sobre todo en esos escenarios que son las grandes ciudades.

En esta perspectiva, lo que mejor distinguirá a los antropólogos es la antigua preocupación de esta disciplina por lo otro y los otros. Pero lo otro ya no es lo territorialmente lejano y ajeno, sino la multiculturalidad constitutiva de la ciudad en que habitamos. Lo otro lo lleva el propio antropólogo dentro en tanto participa de varias culturas locales y se descentra en las transnacionales (Augé 1994). Los problemas actuales de una antropología urbana no consisten sólo en entender cómo concilia la gente la velocidad de la urbe globalizada con el ritmo lento del territorio propio. Nuestra tarea es también explicar cómo la aparente mayor comunicación y racionalidad de la globalización suscita formas nuevas de racismo y exclusión. Las reacciones fundamentalistas que hoy se exasperan en las grandes ciudades, sean Los Ángeles o México,

Berlín o Lima, hacen pensar que los antropólogos no podemos contentarnos con ser apologistas de la diferencia. Se trata de imaginar cómo el uso de la información internacional y la simultánea necesidad de pertenencia y arraigo local pueden coexistir, sin jerarquías discriminatorias, en una multiculturalidad democrática.

Una conclusión de esta redefinición de la antropología al trabajar en medio de la indefinición de las ciudades sería que no es deseable que los antropólogos repitamos la tendencia de esta profesión a ocuparse de lo que se va extinguiendo. La tentación se potencia debido a que en las megalópolis se multiplican los textos literarios, periodísticos y científicos que hablan del fin de la ciudad e.g. Chombart de Louwe 1982. Las alarmas desatadas por el desbordamiento demográfico, los embotellamientos automovilísticos, la contaminación del aire y el agua, excitan el lado melancólico de la antropología, o sea la propensión a estudiar el presente añorando las pequeñas comunidades premodernas.

Se trata más bien de discernir entre lo que efectivamente agoniza en ciudades medias y grandes por el reordenamiento económico, tecnológico y sociocultural -no sólo urbano, sino mundial- y las nuevas formas de urbanidad. La antropología urbana es, en este sentido, una de las partes de la disciplina con mayores posibilidades de demostrar que no es sólo capaz de complacerse en lo fugitivo sino de desentrañar las promesas y dar elementos para tomar decisiones en los dilemas del cambio de siglo.

Referencias

ADLER LOMNITZ, L. 1994. *Redes sociales, cultura y podeer: ensayos de antropología latinoamericana* FLACSO/Miguel Ángel Porrúa ed., México.

ARIAS, P. 1996. "La antropología urbana ayer y hoy" en *Ciudades 31*, julio-septiembre, RNIU, México.

AUGÉ, M. 1994. *Le sens des autres.Actualité de L´antropologie*. Fayard, París.

CALDEIRA, T.P.R. 1996 *"*Un nouveau modèle de ségrégation spatiale: les murs de Sao Paulo" en *Revue internationale des sciences sociales.* Villes de l´avenir: la gestion des transformations sociales*.* Núm. 147, marzo. UNESCO/ÉRÈS.

CASTELLS, M. 1974. *La cuestión urbana*. Siglo XXI, México.

CASTELLS, M. 1995. *La ciudad informacional*. Alianza, Madrid.

CHOMBART DE LAUWE P.H.., IMBERT M. (ed.) 1982. *La banlieu aujuord´hui.* L´Harmattan, Paris.

DAGNINO, E. (org.). 1994. *Os anos 90: política e sociedade no Brasil* Brasiliense, Sao Paulo.

DAVIS, M.1992. *City of Quartz: excavating the future in Los Ángeles.* First Vantage Books Edition, New York.

DURHAM, E. R. 1986 . "A pesquisa antropológica com populacoes urbanos. problemas e perspectivas" en Ruth Cardoso (org.) *A aventura antropológica. Teoría e pesquisa.* Paz e Terra, Rio de Janeiro.

EAMES, E. y GOODE J. G. 1973*. Anthropology of the city.* Englewood Cliffs, N.J., Pretice-Hall Inc.

ESTRADA, M. R. NIETO, E. NIVÓN y M. RODRÍGUEZ (compiladores). 1993. *Antropología y ciudad*. CIESAS/UAM-I, México.

Ethnologie francaise*.* 1982. *L´ ethnologie urbaine,* XII,2.

GARCÍA CANCLINI, N. 1995a. H*ybrid Cultures: strategies for entering and leaving modernity*. Foreword by Renato Rosaldo, University of Minnesota Press, Minneapolis, Londres.

GARCÍA CANCLINI, N. 1995b. *Consumidores y ciudadanos.Conflictos multiculturales de la globalización.* Grijalbo, México. Fortcoming University of Minnesota Press.

GMELCH, G. y W. P. ZENNER. 1996. *Urban Life. Readings in Urban Anthropology.* Third edition. Waveland Press, Illinois.

GEERTZ, C. 1987. *Work and Lives. The Anthropologist as Author*. Stanford University Press, Stanford.

GOODE G. 1989*.* "Il paradigma elusivo. L´anthropologia urbana in América", in A. Signorelli (a cura di), *Antropologia urbana. Progettare de abitare: le contraddizzioni dell´urban planning*. Numero monografico de *La ricerca folklorica*, 20, pp. 75-82

HALL, P. 1996. "La ville planétaire" en *Revue internationale des sciences sociales.* Villes de l´avenir: la gestion des transformations sociales*.* Núm.147, marzo. UNESCO/ÉRÈS.

HANNERZ, U. 1992. *Cultural Complexity. Studies in the Social Organization of Meaning.* Columbia University Press, New York.

HOLSTON, J. 1995. "Spaces of Insurgent Citizenship." *Planning Theory* 13 : 35-51.

HOLSTON, J. y A. APPADURAI. 1996. "Cities and Citizenship", *Public Culture.* 19, University of Chicago.

KENNY M., KERTZER D. (eds.) 1983. *Urban Life in Mediterranean Europe*. Urbana, University of Illinois Press.
KEMPER, R.V. and B. KRATCT (ed.) 1991. *Urban anthropology and Studies of cultural systems and world economic developmet.* Vol. 20, number 3.
MELA, A. 1989. "Ciudad, comunicación, formas de racionalidad", *Dia-logos de la comunicación*, 23 Lima. pp. 10-16
ORTIZ, R. 1994. *Cultura e mundializaçao*. Brasiliense, Sao Paulo.
PERULLI, P. 1995. *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades.* Alianza Universidad, Madrid.
ROLLWAGEN, J. 1980. "Cities in a World System. Toward an Evolutionary Perspective in the Study of Urban Anthropology" in: T. Collins (de.), *Cities in a Larger Context,* University of Georgia Press, Atlanta.
SASSEN, S. 1991. *The Global City*. Princeton University Press, New York, London, Tokio.
SEVILLA, A. y M.A. AGUILAR (coord). 1996. *Estudios recientes sobre cultura urbana en México.* Plaza y Valdés/INAH, México.
SIGNORELLI, A.1996. *Antropologia urbana. Introduzione alla ricerca in Italia.* Guerini Studio, Milano.
SILVA, A. 1992. *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
SILVA TELLEZ, V. 1994. "Sociedade civil e a construçao de espaços públicos", en E. Dagnino, 1994 . *Os anos 90: política e sociedade no Brasil*, Sao Paulo: Brasiliense, pp. 91-102.
SMITH, V. L. 1989*. Anfitriones e invitados. Antropología del turismo.* Edymion, Madrid.
SOUTHALL, A. (ed.). 1973. *Urban Anthropology: Cross Cultural Studies of Urbanization.* Oxford University Press, New York.
VALENZUELA, J.M. 1988. ¡*A la brava ése!. Cholos, punks, chavos banda.* El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
WARD, P. 1991. *México: una megaciudad*. Alianza/CNCA, México.

Ecología y costes de producción capitalistas:
No hay salida

Immanuel Wallerstein

---

* Trabajo presentado por el profesor Wallerstein en las jornadas PEWS XXI, "The Global Environment and the World-System," Universidad of California, Santa Cruz, 3 a 5 de abril, 1997. Publicado en Iniciativa Socialista, número 50, otoño 1998

Casi todo el mundo acepta hoy que durante los últimos 30 años se ha producido una grave degradación del entorno natural en que vivimos, *a forteriori* si hablamos de los últimos cien o quinientos años. Así es, a pesar de los frecuentes e importantes inventos tecnológicos y de una expansión del conocimiento científico que podrían habernos hecho creer que conducirían hacia una consecuencia totalmente opuesta. Uno de los resultados de esto es que actualmente, a diferencia de lo que ocurría hace 30, 100 o 500 años, la ecología se ha convertido en un problema político importante en muchas partes del mundo. Incluso, existen movimientos políticos razonablemente significativos organizados esencialmente en torno a la defensa del medio ambiente para impedir una mayor degradación e intentar revertir la situación en la medida en que sea posible.

Evidentemente, la gravedad atribuida a este problema contemporáneo oscila entre la opinión de aquellos que creen inminente el día del *juicio final* y la de quienes consideran que puede estar cercana una solución técnica. Creo que la mayoría de las personas tienen una postura situada entre esas dos opiniones extremas. Yo no estoy en posición adecuada para hablar de este tema desde un punto de vista científico, pero aceptaré como plausible esa apreciación intermedia y me dedicaré a analizar la relevancia de este asunto para la economía política del sistema-mundo.

Por supuesto, el universo se encuentra en un incesante cambio, por lo que el mero hecho de que las cosas ya no sean como eran antes es tan banal que no merece que se le preste ninguna atención. Además, dentro de esta constante turbulencia hay modelos de renovación estructural, a los que llamamos *vida*. Los fenómenos vivos, u orgánicos, tienen comienzo y fin para cada existencia individual, pero en el proceso se produce procreación, de forma que las especies tienden a conservarse. Pero esta renovación cíclica nunca es perfecta, y, por lo tanto, la ecología global nunca se mantiene estática. Por otra parte, todos los fenómenos vivos ingieren de alguna forma productos procedentes del exterior, entre los que se encuentran la

mayoría de las veces otros fenómenos vivos, y la proporción predador/presa no es nunca perfecta, por lo que el medio biológico está en constante evolución.
Más aún, los venenos también son fenómenos naturales y juegan un papel en el equilibrio ecológico desde mucho antes de que los seres humanos entraran en juego. El que hoy sepamos mucha más química y biología que nuestros antepasados quizá nos haga más conscientes de la presencia de toxinas en nuestro medio ambiente, aunque también podría no ser así, ya que actualmente estamos enterándonos de cuan sofisticados eran los pueblos pre-alfabetizados en lo que se refería a toxinas y antitoxinas. Nosotros aprendemos todas estas cosas en la escuela y en la enseñanza secundaria, así como en la simple observación de la vida cotidiana. No obstante, frecuentemente tendemos a despreciar estas obvias limitaciones cuando hablamos de la política relacionada con los temas ecológicos.
Plantearse estos problemas sólo tiene sentido si creemos que en los últimos años ha ocurrido algo especial o adicional, aumentando el peligro, y si, al mismo tiempo, creemos que es posible hacer algo frente a ese peligro incrementado. Generalmente, el planteamiento de los verdes y de otros movimientos ecologistas incluye ambos aspectos: nivel creciente de peligro (por ejemplo, agujeros en la capa de ozono, efecto invernadero, fusiones atómicas) y soluciones potenciales.
Como dije, estoy dispuesto a tomar como punto de partida la suposición de que resulta razonable plantearse que estamos ante una amenaza creciente, que requiere alguna reacción urgente. Sin embargo, a fin de reaccionar con inteligencia frente a esa amenaza, debemos hacernos dos preguntas: ¿quién está en peligro?, ¿por qué existe esta mayor amenaza? A su vez, la pregunta "peligro para quién" tiene dos componentes: *quién* entre los seres humanos y *quién* entre los seres vivos. La primera pregunta saca a relucir la comparación entre las actitudes del Norte y del Sur frente a los problemas ecológicos. La segunda afecta a la ecología profunda. Pero ambas preguntas implican, de hecho, aspectos relativos a la naturaleza de la civilización capitalista y al funcionamiento de la economía-mundo capitalista, lo que significa que antes de poder dar respuesta al "quién está en peligro" debemos analizar mejor cuál es la fuente del peligro.
Comencemos recordando dos aspectos elementales del capitalismo histórico. Uno es bien conocido: el capitalismo es un sistema que tiene una necesidad imperiosa de expansión en términos de producción total y en términos geográficos, a fin de mantener su objetivo principal, la acumulación incesante. El segundo aspecto se toma en cuenta menos frecuentemente. Para los capitalistas, sobre todo para los grandes capitalistas, un elemento esencial en la acumulación de capital es dejar sin pagar sus cuentas. Esto es lo que yo llamo *los trapos sucios* [dirty secret] del capitalismo.
Permítanme desarrollar estos dos aspectos. El primero, la expansión constante de la economía-mundo capitalista, es admitido por todos. Los defensores del capitalismo venden esto como una de sus grandes virtudes. Sin embargo, las personas comprometidas con los problemas ecológicos lo presentan como uno de sus grandes vicios, y, en particular, frecuentemente cuestionan uno de los puntales ideológicos de esta expansión, la afirmación del derecho (en realidad, deber) de los seres humanos "a conquistar la naturaleza." Ahora bien, ciertamente, ni la expansión ni la conquista de la naturaleza eran desconocidas antes de los inicios de la economía-mundo capitalista durante el siglo XVI. Pero, al igual que muchos otros fenómenos sociales anteriores a esta época, en los sistemas históricos precedentes no tenían prioridad existencial. Lo que el capitalismo histórico hizo fue poner en primer plano ambos temas (la expansión real y su justificación ideológica), permitiendo a los capitalistas pasar por alto las objeciones sociales a este terrible dúo.
Ésta es la verdadera diferencia entre el capitalismo histórico y los sistemas históricos previos. Todos los valores de la civilización capitalista son milenarios, pero también lo son otros valores contradictorios. Como capitalismo histórico entendemos un sistema en el que las instituciones que se construyeron posibilitan que los valores capitalistas tomen prioridad, de forma que la economía-mundo en su conjunto tomó el camino de la mercantilización de todas las cosas haciendo de la acumulación incesante de capital su objeto propio.
Evidentemente, el efecto de esto no se experimenta en un día o incluso en un siglo. La expansión tiene un efecto acumulativo. Lleva tiempo derribar los árboles. Los árboles de Irlanda fueron cortados todos durante el Siglo XVII. Pero había otros árboles en otros lugares. Hoy, hablamos de la selva amazónica como de la última extensión realmente poblada de árboles, y parece que está desapareciendo rápidamente. Lleva tiempo verter toxinas en los ríos o en la atmósfera. Hace sólo 50 años, el *smog* era una palabra reciente, inventada para describir las inusitadas condiciones de Los Ángeles. Estaba pensada para describir la vida en

una localidad que mostró una cruel desatención hacia la calidad de vida y la cultura. Hoy, el *smog* está en todos los lados, e infecta Atenas y París. Y la economía-mundo capitalista sigue expandiéndose con una imprudente velocidad. Incluso en la actual onda descendente (Kondratieff-B), oímos hablar de notables tasas de crecimiento en el Este y el Sudeste de Asia. ¿Qué podemos esperar de la siguiente onda ascendente Kondratieff-A?

Además, la democratización del mundo, y ha habido una democratización, ha implicado que esta expansión siga siendo increíblemente popular en muchas partes del mundo. Probablemente, es más popular que nunca lo haya sido. Hay más personas reclamando sus derechos, y éstos incluyen, muy destacadamente, el derecho a un trozo del pastel. Pero un trozo del pastel para un porcentaje grande de la población mundial exige necesariamente más producción, sin mencionar el hecho de que esa población mundial sigue creciendo todavía. Así que no son solamente los capitalistas quienes quieren la expansión, sino también mucha gente corriente. Esto no impide que mucha de esta misma gente quiera también detener la degradación del medio ambiente en el mundo. Pero esto simplemente prueba que estamos metidos en otra contradicción de este sistema histórico. Mucha gente quiere tener más árboles y más bienes materiales, y gran parte de ella se limita a separar en sus mentes ambas demandas.

Desde el punto de vista de los capitalistas, como sabemos, el objetivo de la producción creciente es obtener ganancias. Haciendo una distinción que no creo que esté anticuada, esto implica una producción para el cambio y no una producción para el uso.

Las ganancias obtenidas en una única operación son iguales al margen existente entre el precio de venta y el coste total de producción, es decir, el coste de todo aquello que es necesario para colocar ese producto en el punto de venta. Por supuesto, las ganancias reales sobre la totalidad de las operaciones realizadas por un capitalista se calculan multiplicando este margen por la cantidad de operaciones de venta realizadas. Por tanto, el "mercado" limita los precios de venta, en cierta medida, porque si el precio aumenta demasiado puede ocurrir que las ganancias totales obtenidas al vender sean menores que con precios más bajos.

¿Pero qué cosas limitan los costes totales? En esto, juega un papel importante el precio del trabajo, que, evidentemente, incluye el precio del trabajo incorporado en los diferentes *inputs.* Sin embargo, el precio establecido en el mercado de trabajo no depende exclusivamente de la relación entre oferta y demanda, sino también del poder negociador del movimiento obrero. Éste es un tema complicado, pues son muchos los factores que influyen sobre la fuerza de ese poder negociador. Lo que puede decirse es que, a lo largo de la historia de la economía-mundo capitalista, ese poder de negociación ha aumentado como tendencia secular, a pesar de las subidas y bajadas propias de sus ritmos cíclicos. Hoy, a la entrada del Siglo XXI, esta fuerza está a punto de iniciar un movimiento singular ascendente, a causa de la desruralización del mundo.

La desruralización es crucial para el precio del trabajo. En términos de poder negociador, hay diferentes tipos de *ejército laboral de reserva*. El grupo más débil ha sido siempre el formado por personas residentes en áreas rurales y que se trasladan por primera vez a áreas urbanas para buscar un trabajo asalariado. En general, para estas personas el salario urbano, incluso si es extremadamente bajo respecto a los estándares mundiales o locales, suele ser económicamente más ventajoso que la permanencia en las áreas rurales. Probablemente, harán falta veinte o treinta años para que estas personas modifiquen su sistema económico de referencia y lleguen a ser totalmente conscientes de su poder potencial en un puesto de trabajo urbano, comenzando a comprometerse en algún tipo de acción sindical para tratar de obtener salarios más altos. Las personas residentes desde hace largo tiempo en áreas urbanas reclaman, en líneas generales, niveles salariales más altos para aceptar un trabajo asalariado, incluso si carecen de empleo en la economía formal y viven en terribles condiciones insalubres. Esto se debe a que ya han aprendido a obtener, a través de fuentes alternativas propias del centro urbano, un nivel mínimo de ingresos que es más alto que el ofrecido a los inmigrantes rurales recién llegados.

Así, aunque queda todavía un enorme *ejército laboral de reserva* en el sistema-mundo, la rápida desruralización del sistema provoca un rápido aumento del precio medio del trabajo, lo que, a su vez, implica que tasa media de ganancia debe ir bajando necesariamente. Esta disminución de la tasa de ganancia hace mucho más importante la reducción de otros costes no laborales. Pero, por supuesto, todos los *inputs* que intervienen en la producción son afectados por el incremento de los costes laborales. Aunque las innovaciones técnicas pueden continuar reduciendo el coste de algunos *inputs* y los gobiernos pueden continuar instituyendo y defendiendo posiciones monopolísticas de algunas empresas, facilitando así el

mantenimiento de precios de venta elevados, no por ello deja de ser absolutamente crucial para los capitalistas seguir descargando sobre otros parte de sus costes.
Evidentemente, esos "otros" son el Estado o, si no es éste directamente, la "sociedad". Permítanme investigar cómo se hace eso y cómo se paga la factura. Hay dos vías distintas para que los Estados paguen los costes. Los gobiernos pueden aceptar formalmente ese papel, a través de subvenciones de algún tipo. Sin embargo, las subvenciones son cada vez más visibles e impopulares, provocando fuertes protestas de las empresas competidoras y de los contribuyentes. Las subvenciones plantean problemas políticos. Pero hay otro camino, más importante y políticamente menos dificultoso para los gobiernos, porque todo lo que requiere es una no-acción. A lo largo de la historia del capitalismo histórico, los gobiernos han permitido que las empresas no asuman muchos de sus costes, renunciando a requerirles que lo hagan. Los gobiernos hacen esto, en parte, poniendo infraestructuras a su disposición, y, posiblemente en mayor parte, no insistiendo en que una operación productiva debe incluir el coste de restaurar el medio ambiente para que éste sea "preservado".
Hay dos tipos diferentes de operaciones para la preservación del medio ambiente. El primero consiste en limpiar los efectos negativos de una actividad productiva (por ejemplo, combatiendo las toxinas químicas subproducto de la producción, o eliminando los residuos no biodegradables). El segundo tipo consiste en invertir en la renovación de los recursos naturales que han sido utilizados (por ejemplo, replantando árboles). Los movimientos ecologistas han planteado una larga serie de propuestas específicas dirigidas hacia esos objetivos. En general, estas propuestas encuentran una resistencia considerable por parte de las empresas que podrían ser afectadas por ellas, porque estas medidas son muy costosas y, por tanto, llevarían a una reducción de producción.
La verdad es que las empresas tienen esencialmente razón. Estas medidas son, desde luego, demasiado costosas, si se plantea el problema en términos de mantener la actual tasa media de ganancia a nivel mundial. Sí, son extremadamente costosas. Dada la desruralización del mundo y sus ya importantes efectos sobre la acumulación de capital, la puesta en práctica de medidas ecológicas significativas y seriamente llevadas a cabo, podría ser el golpe de gracia a la viabilidad de la economía-mundo capitalista. Por lo tanto, con independencia de las posiciones que sobre estos temas expresen los departamentos de relaciones públicas de determinadas empresas, lo único que podemos esperar de los capitalistas en general es un constante *hacerse el remolón*.
De hecho, estamos ante tres alternativas:
- Una, los gobiernos pueden insistir en que todas las empresas deben internalizar todos los costes, y nos encontraríamos de inmediato con una aguda disminución de beneficios.
- Dos, los gobiernos pueden pagar la factura de las medidas ecológicas (limpieza y restauración más prevención), utilizando impuestos para ello. Pero si se aumentan los impuestos, entonces, o bien se aumentan sobre las empresas, lo que conduciría a la misma reducción de las ganancias, o bien se aumentan sobre el resto de la gente, lo que posiblemente conduciría a una intensa rebelión fiscal.
- Tres, podemos no hacer prácticamente nada, lo que conduciría a las diversas catástrofes ecológicas de las que los movimientos ecologistas nos han alertado.
Hasta ahora, la tercera alternativa es la que ha predominado. En cualquier caso, esto explica por qué digo que "no hay salida", queriendo decir que no hay salida dentro del entramado del sistema histórico existente.
Por supuesto, si bien los gobiernos rechazan la primera alternativa -requerir la internalización de costes-, pueden intentar *comprar tiempo*, que es, precisamente, lo que muchos han hecho. Una de las maneras principales de "comprar tiempo" es intentar desplazar el problema desde los políticamente fuertes hacia los políticamente débiles, esto es, del Norte hacia el Sur, lo que puede hacerse de dos formas. La primera de ellas es descargar todos los residuos en el Sur, comprando un poco de tiempo para el Norte sin afectar a la acumulación mundial. La otra consiste en tratar de imponer al Sur la posposición de su "desarrollo", forzándole a aceptar severas limitaciones a la producción industrial o la utilización de formas de producción ecológicamente más saludables, pero también más caras. Esto plantea inmediatamente la pregunta de quién paga el precio de las restricciones globales y la de si, en cualquier caso, podrán funcionar. Por ejemplo, si China aceptase reducir el uso de combustibles fósiles, ¿cómo afectaría esto a las perspectivas de China como parte en expansión del mercado mundial, y, por tanto, también a las perspectivas de la acumulación de capital? Terminamos volviendo al mismo punto.

Francamente, probablemente sea una suerte que el descargar los problemas sobre el Sur no sea ya una solución real a largo plazo para estos dilemas. Podría decirse que durante los últimos 500 años eso formaba parte del procedimiento establecido. Pero la expansión de la economía-mundo ha sido tan grande, y el consiguiente nivel de degradación tan grave, que no queda espacio para arreglar significativamente la situación exportándola a la periferia. Estamos obligados a volver a los fundamentos. Es un asunto de economía política, en primer lugar, y, por tanto, de opciones morales y políticas.

Los dilemas ambientales que encaramos hoy son resultado directo de la economía-mundo capitalista. Mientras que todos los sistemas históricos anteriores transformaron la ecología, y algunos de ellos llegaron a destruir la posibilidad de mantener en áreas determinadas un equilibrio viable que asegurase la supervivencia del sistema histórico localmente existente, solamente el capitalismo histórico ha llegado a ser una amenaza para la posibilidad de una existencia futura viable de la humanidad, por haber sido el primer sistema histórico que ha englobado toda la Tierra y que ha expandido la producción y la población más allá de todo lo previamente imaginable.

Hemos llegado a esta situación porque en este sistema los capitalistas han conseguido hacer ineficaz la capacidad de otras fuerzas para imponer límites a la actividad de los capitalistas en nombre de valores diferentes al de la acumulación incesante de capital. El problema ha sido, precisamente, Prometeo desencadenado.

Pero Prometeo desencadenado no es algo inherente a la sociedad humana. Este desencadenamiento, del que alardean los defensores del actual sistema, fue él mismo un difícil logro, cuyas ventajas a medio plazo están siendo ahora superadas abrumadoramente por sus desventajas a largo plazo. La economía política de la actual situación consiste en que el capitalismo histórico está, de hecho, en crisis precisamente porque no puede encontrar soluciones razonables a sus dilemas actuales, entre los que la incapacidad para contener la destrucción ecológica es uno de los mayores, aunque no el único.

De este análisis, saco varias conclusiones. La primera es que la legislación reformista tiene límites inherentes. Si la medida del éxito de esa legislación es el grado en que logre disminuir apreciablemente la degradación ambiental mundial en los próximos 10-20 años, yo predeciría que será muy pequeño, pues la oposición política será feroz, dado el impacto que tal legislación tiene sobre la acumulación de capital. Sin embargo, eso no quiere decir que sea inútil realizar esos esfuerzos. Todo lo contrario, muy probablemente. La presión política en favor de tal legislación puede aumentar los dilemas del sistema capitalista. Puede facilitar la cristalización de los verdaderos problemas políticos que están en juego, a condición de que esos problemas se planteen correctamente.

Los empresarios han argumentado esencialmente que la opción es empleos *versus* romanticismo, o humanos *versus* naturaleza. En gran medida, muchas de las personas comprometidas con la problemática ecologista han caído en la trampa, respondiendo de dos maneras diferentes que, a mi entender, son ambas incorrectas. Unos han dicho que "una puntada a tiempo ahorra nueve", sugiriendo que, dentro de la estructura del sistema actual, es formalmente racional para los gobiernos gastar una cantidad *x* ahora para no gastar después cantidades mucho mayores. Esta es una línea argumental que tiene sentido dentro de la estructura de un sistema determinado. Pero acabo de argumentar que, desde el punto de vista de los capitalistas, tal "dar puntadas a tiempo," si son lo suficientemente amplias para detener el daño, no resultan racionales, ya que amenazaría de manera fundamental la posibilidad de una continua acumulación de capital.

También considero políticamente impracticable la segunda respuesta dada a los empresarios, basada en las virtudes de la naturaleza y las maldades de la ciencia. En la práctica, esto se traduce en la defensa de una obscura fauna de la que la mayoría de la gente no ha oído hablar nunca y respecto a la cual se siente indiferente, lo que conduce a que responsabilice de la destrucción de empleo a unos intelectuales de clase media urbana. Así, la atención queda desplazada de los problemas principales, que son y deben seguir siendo dos. El primero es que los capitalistas no pagan su cuenta. El segundo es que la incesante acumulación de capital es un objetivo materialmente irracional, ante el que existe una alternativa básica consistente en sopesar y comparar las ventajas de los diversos factores (incluyendo las de la producción) en términos de racionalidad material colectiva.

Ha habido una desafortunada tendencia a hacer de la ciencia y de la tecnología el enemigo, cuando la verdadera raíz genérica del problema es el capitalismo. Ciertamente, el capitalismo ha utilizado el esplendor del interminable avance tecnológico como una de sus justificaciones. Y ha respaldado una determinada visión de la ciencia -ciencia newtoniana, determinista-,

utilizada como mortaja cultural y aval del argumento político que pretende que los seres humanos deben "conquistar" la naturaleza, que pueden hacerlo y que todos los efectos negativos de la expansión económica podrían ser contrarrestados por el inevitable progreso científico.

Sabemos hoy que esta visión y esta versión de ciencia tienen una aplicabilidad limitada y universal. Esta versión de la ciencia se enfrenta al desafío fundamental planteado desde la propia comunidad científica, en particular desde el amplio grupo dedicado a lo que denominan como "estudios sobre la complejidad". Las ciencias de la complejidad son muy diferentes de la ciencia newtoniana en muy diversos aspectos: rechazo de la posibilidad intrínseca de predicibilidad; afirmación de la normalidad de los sistemas alejados del equilibrio, con sus inevitables bifurcaciones; centralidad de la flecha del tiempo. Pero lo que quizá sea más relevante para el tema que estamos tratando es el énfasis puesto en la creatividad autoconstituyente de los procesos naturales y en la inseparabilidad entre seres humanos y naturaleza, lo que conduce a afirmar que la ciencia es parte integrante de la cultura.

Desaparece la idea de una actividad intelectual desarraigada que aspire a una verdad eterna subyacente a todo lo existente. En su lugar, surge la visión de un mundo de realidad descubrible, pero en el que no puede descubrirse el futuro, porque el futuro está todavía sin crear. El futuro no está inscrito en el presente, aunque pueda estar circunscrito por el pasado.

Me parecen muy claras las implicaciones políticas de esta visión de la ciencia. El presente es siempre toma de decisiones, pero, cómo alguien dijo una vez, aunque nosotros hagamos nuestra propia historia, no la hacemos tal y como la hemos escogido. Pero la hacemos. El presente es siempre toma de decisiones, pero la gama de opciones se expande considerablemente en los períodos que preceden inmediatamente a una bifurcación, cuando el sistema está más alejado del equilibrio, porque en ese momento *inputs* pequeños provocan grandes *outputs* (a diferencia de lo que ocurre cerca del equilibrio, cuando grandes *inputs* producen pequeños *outputs*).

Volvamos ahora al tema de la ecología, al que he situado dentro de la estructura de la economía política del sistema-mundo. He explicado que la fuente de la destrucción ecológica es la necesidad de externalizar costos que sienten los empresarios y, por tanto, la ausencia de incentivos para tomar decisiones ecológicamente sensibles. He explicado también, sin embargo, que este problema es más grave que nunca a causa de la crisis sistémica en que hemos entrado, ya que ésta ha limitado de varias formas las posibilidades de acumulación de capital, quedando la externalización de costes como uno de los principales y más accesibles remedios paliativos. De ahí he deducido que hoy es más difícil que nunca obtener un asentimiento serio de los grupos empresariales a la adopción de medidas para luchar contra la degradación ecológica.

Todo esto puede traducirse en el lenguaje de la complejidad muy fácilmente. Estamos en el período inmediatamente precedente a una bifurcación. El sistema histórico actual está, de hecho, en crisis terminal. El problema que se nos plantea es qué es lo que lo reemplazará. Esta es la discusión política central de los próximos 25-50 años. El tema de la degradación ecológica es un escenario central para esta discusión, aunque no el único. Pienso que todo lo que tenemos que decir es que el debate es sobre la racionalidad material, y que estamos luchando por una solución o por un sistema que sea materialmente racional.

El concepto de racionalidad material presupone que en todas las decisiones sociales hay conflictos entre valores diferentes y entre grupos diferentes que, frecuentemente, hablan en nombre de valores opuestos. Presupone también que no existe ningún sistema que pueda satisfacer simultáneamente todos esos conjuntos de valores, incluso aunque creyésemos que todos ellos se lo merecen. Para ser materialmente racional hay que hacer elecciones que den como resultado una combinación óptima. ¿Pero qué significa óptimo? En parte, podríamos definirlo con el viejo lema de Jeremy Bentham, lo mejor para la mayoría. El problema es que este lema, aunque nos coloca en el camino adecuado (el resultado), tiene muchos puntos débiles.

Por ejemplo, ¿quiénes son la mayoría? El problema ecológico nos hace muy sensibles ante esta pregunta. Está claro que, cuando hablamos de degradación ecológica, no podemos hablar de un único país. Ni siquiera podemos limitarnos a nuestro planeta. También hay que tomar en cuenta la cuestión generacional. Lo mejor para la actual generación podría ser muy nocivo para los intereses de las generaciones futuras. Por otra parte, la generación actual también tiene sus derechos. En realidad, estamos ya en medio de este debate que afecta a personas realmente existentes: ¿qué porcentaje de los gastos sociales dedicar a los niños, a los trabajadores

adultos y a las personas mayores? Si añadimos a los aún no nacidos, no resulta en absoluto fácil llegar a una distribución justa.
Pero precisamente este es el tipo de sistema social alternativo que debemos tratar de construir, un sistema que discuta, sopese y decida colectivamente este tipo de asuntos fundamentales. La producción es importante. Necesitamos usar los árboles como madera y como combustible, también los necesitamos para que den sombra y belleza estética. Y necesitamos seguir teniendo árboles en el futuro para todos estos usos. El argumento tradicional de los empresarios es que esas decisiones sociales se toman mejor por acumulación de decisiones individuales, pues, en su opinión, no existe un mecanismo mejor que permita alcanzar decisiones colectivas. Sin embargo, por plausible que esa línea de razonamiento pueda ser, no justifica una situación en la que una persona toma una decisión que es lucrativa para ella al precio de hacer caer impresionantes costes sobre otros que carecen de la posibilidad de conseguir que sus opiniones, preferencias o intereses sean tomados en cuenta al tomar la decisión. Pero esto es, precisamente, lo que la externalización de costes hace.
¿No hay salida? No hay salida dentro de la estructura del sistema histórico existente. Pero resulta que estamos en el proceso de salir de este sistema. La verdadera pregunta que se nos plantea es la de ¿a dónde llegaremos como resultado de este proceso?. Aquí y ahora debemos levantar el estandarte de la racionalidad material, en torno al cual debemos agruparnos. Una vez que aceptemos la importancia de recorrer el camino de la racionalidad material, debemos ser conscientes de que es un camino largo y arduo. Involucra no solamente un nuevo sistema social, sino también nuevas estructuras de conocimiento, en las que la filosofía y las ciencias no podrán seguir divorciadas, y retornaremos a la epistemología singular en pos del conocimiento utilizada con anterioridad a la creación de la economía-mundo capitalista. Si comenzamos a recorrer este camino, tanto en lo que se refiere al sistema social en que vivimos como en cuanto a las estructuras de conocimiento que usamos para interpretarlo, necesitamos ser muy conscientes de que estamos ante un comienzo, no, de ninguna manera, ante un final. Los comienzos son inciertos, audaces y difíciles, pero ofrecen una promesa, que es lo máximo

El Crepúsculo del Estado-Nación

Una interpretación histórica en el contexto de la globalización

por

Ariel Français

Indice

Los orígenes del Estado-nación *
La crisis del Estado-nación *
El proceso de globalización *
El nuevo orden planetario *
Desafíos para las futuras generaciones *
Bibliografía *

Los orígenes del Estado-nación

El Estado-nación constituye un modo de organización de la sociedad relativamente reciente en la historia de la humanidad. El surgimiento del Estado moderno puede situarse a raíz del Renacimiento, mientras que la conformación del concepto de nación, a pesar de formarse paulatinamente a lo largo de la época contemporánea, sólo se consolida a finales del siglo XVIII. El Estado-nación, propiamente dicho, surgió a principios del siglo XIX y alcanzó su apogeo en el curso del siglo XX. Sin embargo, a pesar de que este concepto tiene una acepción muy amplia y que abarca en el acervo cotidiano cualquier modo de organización estatal, muchos Estados de hoy no se clasifican como Estados-naciones. En una época en la que el Estado-nación está enfrentado a un proceso de debilitamiento, es necesario recordar los orígenes del concepto para comprender los procesos evolutivos en curso.
El Estado-nación se ha conformado en el transcurso de un proceso histórico que se inició en la alta Edad Media y desembocó a mediados del siglo XX, en el modo de organización de la colectividad nacional que conocemos en la actualidad. Para llegar al concepto y a las instituciones que sustentan este modo de organización fue necesario, en primer lugar, disociar las funciones que cumple el Estado, de las personas que ejercen el poder. Con la conformación del Estado moderno, se llegó progresivamente a la conciencia de que el orden político transcendía a las personas de los gobernantes. Así nació el Estado moderno, un Estado que no confunde las instituciones que lo conforman, con las personas que ocupan el poder, y que asume un conjunto de funciones en beneficio de la colectividad.

Paralelamente, fue conformándose el concepto de nación, entendido como la colectividad forjada por la Historia y determinada a compartir un futuro común, la cual es soberana y constituye la única fuente de legitimidad política. Esta conceptualización dio vida al Estado-nación a finales del siglo XVIII y fue el fruto del movimiento de ideas que se desencadenó con el Renacimiento y culminó en el Siglo de las Luces. Con ello se inició un proceso de estructuración institucional de las comunidades nacionales que se propagaría por toda Europa y el continente americano en el transcurso del siglo XIX, y se ampliaría a escala mundial en este siglo, con el acceso a la independencia de las antiguas colonias.

Con las ideas y los conceptos establecidos en el Siglo de las Luces y propagados por la Revolución Francesa, quedaron definidos todos los principios a partir de los cuales se edificarían los Estados-naciones durante los dos siglos siguientes: la percepción de la nación como la colectividad que reúne a todos los que comparten el mismo pasado y una visión común de su futuro; la definición de la nación como la colectividad regida por las mismas leyes y dirigida por el mismo gobierno; la afirmación de que la nación es soberana y única detentora de legitimidad política; y la afirmación de que la ley debe ser la expresión de la voluntad general y no puede existir gobierno legítimo fuera de las leyes de cada nación.

El Estado-nación, sin embargo, no fue solamente el fruto del movimiento de las ideas y la concientización de los pueblos --del Renacimiento hasta el Siglo de las Luces--, sino también el resultado de las luchas por el poder y de las confrontaciones sociales --desde la alta Edad Media hasta nuestros días--, de las cuales el propio Estado fue tanto objeto, como instrumento. De la alianza entre la monarquía y la burguesía --nueva fuerza ascendente a finales de la Edad Media--, resultaron la eliminación del feudalismo y el nacimiento del Estado moderno en las sociedades más avanzadas de la Europa occidental. La burguesía, a su vez, tomó el poder y se separó de la Corona --como en las Provincias Unidas de Holanda, en el siglo XVII, o Estados Unidos tras la guerra de independencia--, controló la monarquía por la vía parlamentaria --en Inglaterra, a partir del siglo XVII--, o la derribó --en Francia con el estallido de la Revolución, a finales del siglo XVIII.

Desde el punto de vista socioeconómico, y retrospectivamente, la Revolución Francesa, con su cortejo de consecuencias a lo largo del siglo XIX, constituye una etapa clave en la historia del mundo contemporáneo, pues marca el acceso al poder de las burguesías nacionales y la reestructuración del Estado en función de los objetivos de aquella clase. Se puede afirmar que al concluir el siglo XIX, casi todas las burguesías nacionales controlaban el aparato del Estado, y que éste había sido reorganizado con el fin de responder a sus aspiraciones y a su proyecto económico. Con la revolución industrial, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, este proyecto se ajustó a las características del nuevo contexto técnico-económico. Ya no se trataba entonces de producir e intercambiar mercancías, basándose en procesos artesanales o semi-industriales, sino de producir en gran escala, a partir de tecnologías nuevas, que requieren una fuerte acumulación de capital, la explotación de nuevas fuentes de energía y la movilización de una mano de obra abundante, aportada por el mundo rural. Se configuraron de este modo las industrias nacionales, al abrigo de dispositivos proteccionistas, así como espacios abiertos a las ambiciones y a las rivalidades comerciales, lo que traerá como consecuencia la creación de los imperios coloniales.

El siglo XIX, por lo tanto, se caracterizó por la hegemonía absoluta de la burguesía en los planos político, económico y social, a pesar de lo cual se generaron revueltas de la clase obrera y reacciones políticas en el ámbito de la sociedad. A principios del siglo XX y confrontado por las protestas sociales de amplias capas de la sociedad y el desafío de la Revolución Rusa, el Estado burgués represivo del siglo pasado tuvo que transformarse paulatinamente en Estado mediador y garante del bienestar en los llamados países de economía liberal, al mismo tiempo que la clase media asumía un protagonismo creciente en la vida política. En los llamados Estados socialistas se implantaron, paralelamente, nuevas formas de administración de la economía y de distribución de los bienes e ingresos. Bajo el impulso del partido único y del Estado, se generó una sociedad sin clases, enmarcada, sin embargo, por los aparatos del partido y del Estado.

Durante todo el proceso de su conformación y hasta el tercer cuarto del siglo XX, el Estado asumió un protagonismo creciente en la gestión de la economía y en la promoción del desarrollo. Entre los siglos XVI y XVIII, los Estados europeos de la costa atlántica desempeñaron un papel determinante en la conquista de nuevos territorios y en la promoción de vastos intercambios comerciales con el llamado Nuevo Continente y el Extremo Oriente. A partir del siglo XIX, con la revolución industrial, la función del Estado cambió: en Europa occidental asumió un papel decisivo en la modificación de los marcos legal e institucional y en

la estructuración de nuevos espacios comerciales. Contrario a muchas ideas prevalecientes, la transformación del capitalismo mercantil en capitalismo industrial no modificó esencialmente el papel del Estado en relación con la economía, sino que sus formas de intervención fueron adaptándose a los nuevos requerimientos del proceso de acumulación.
Con la Revolución Rusa y la gran depresión económica de los años treinta, aparecieron nuevas dimensiones: al desafío planteado por la aparición de un modelo socioeconómico alternativo en la Unión Soviética se añadió, para los países de economía liberal, la necesidad de hallar respuestas a la grave crisis económica que azotó al sistema capitalista. Se indujeron así iniciativas como la del *New Deal* en Estados Unidos y el desarrollo del keynesianismo en la esfera de las políticas económicas. Dichos procesos convergieron, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, en una intervención creciente del Estado en las economías nacionales, lo cual revistió la forma de un control directo del proceso de inversión y de reparto de bienes en las llamadas economías socialistas, y de una gestión indirecta en el proceso de crecimiento y desarrollo económico en las economías llamadas liberales.
El análisis de este proceso permite afirmar que el Estado siempre intervino en la esfera económica, aunque esta intervención revistió formas sensiblemente diferentes según las épocas y los sistemas económicos. Dichos procesos convergieron, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, en una intervención creciente del Estado en la economía que, sin revestir modalidades idénticas, buscó garantizar niveles de protección social y de acceso al bienestar significativamente mayores a los que el mundo había alcanzado en épocas anteriores. Se puede por lo tanto afirmar que el Estado de Bienestar en el mundo occidental y el Estado Tutelar en el llamado campo socialista lograron alcanzar un papel decisivo en la organización de la sociedad, en la promoción del desarrollo y en el arbitraje de los conflictos sociales; funciones todas desafiadas en la actualidad, como lo veremos a continuación.

La crisis del Estado-nación

La crisis del Estado-nación, a la cual asistimos hoy, es un fenómeno relativamente reciente cuya aceleración aumenta a medida que las condiciones que la provocaron se agudizan . En la raíz de este fenómeno se hallan las perturbaciones que afectaron al mundo a partir de los años setenta y las relaciones de fuerzas que fueron conformandose en las esferas del poder y de la ideologia. El primer factor de crisis fue el choque petrolero de principios de los setenta que, en la realidad, ocultó un conjunto de transformaciones aun mas profundas de la economía mundial. Estas transformaciones desencadenaron un proceso de paralización del Estado de Bienestar en el mundo occidental mientras que la internacionalización del capital comenzaba a afectar en su raíz el asentamiento histórico del Estado-nacion. El segundo factor de crisis fue el desplome del llamado campo socialista ,en sus dimensiones política, económica y militar, la cual resulto de la incapacidad de sus dirigentes para instrumentar respuestas a las crecientes contradicciones de las respectivas economías. Estas perturbaciones fueron socavando las funciones que el Estado Tutelar había logrado asumir en aquellas sociedades mientras que se desagregaban las superestructuras plurinacionales impuestas por el poder soviético. El tercer factor de crisis fue la inmensa ofensiva ideológica contra el Estado que desencadenaron los medios políticos, académicos y de prensa más apegados al capitalismo avanzado. Esta ofensiva, que impugna el papel del Estado en todas sus dimensiones, socava los fundamentos políticos, sociales y culturales del Estado-nacion.
La crisis petrolera de 1973 desencadenó desequilibrios comerciales y financieros, un proceso acumulativo de reestructuración de los sistemas energéticos y de los aparatos productivos, una ola de políticas deflacionarias y la explosión del desempleo. Para amortiguar el impacto del aumento del precio del petróleo y reducir su dependencia energética a largo plazo, los países consumidores tuvieron que adoptar políticas de ahorro de energía en gran escala y de sustitución del petróleo con la promoción de fuentes de energía nuevas y alternativas que todavía se implementan. A corto plazo, sin embargo, la respuesta inmediata a la crisis petrolera --más allá de las reestructuraciones y las inversiones requeridas para disminuir la dependencia energética a largo plazo--, fue el desencadenamiento en gran escala de políticas deflacionarias con el objetivo de limitar el desequilibrio de las cuentas externas y frenar la inflación. Por otro lado, la acumulación de petrodólares generada por la crisis indujo otros desequilibrios en la esfera financiera, pues alimentó la contratación de deudas en los países en vías de industrialización. El endeudamiento consecuente afectaría dramáticamente al mundo en desarrollo en la década de los ochenta.
Sin embargo, la crisis del petróleo enmascaró un proceso más profundo: el agotamiento del modo de crecimiento y acumulación prevaleciente hasta entonces en las economías del mundo

occidental. Entre los hechos más significativos y menos analizados de principios de aquella época, figura la saturación de los mercados de consumo de los países occidentales, reflejada en la disminución tendencial del ritmo de crecimiento en la producción de bienes de consumo. El crecimiento experimentado por el mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial, impulsado por el acceso del gran público al automóvil y a los artículos electrodomésticos , entró en crisis a principio de los setenta, cuando la progresión de la demanda alcanzó un nivel muy próximo al ritmo de remplazo.

A partir de los años setenta, por lo tanto, se observó un estancamiento del modo de crecimiento y consumo que se había configurado en los países occidentales al salir de la Segunda Guerra Mundial, y que era resultado de la revolución industrial que venía desarrollándose desde principios del siglo XIX. La relativa saturación de los mercados y la desaparición de las condiciones que habían permitido la expansión continua del consumo y la producción en esos mercados --energía abundante y barata, tecnologías dominadas y amortizadas, y una distribución del ingreso generadora de demanda--, obstaculizaron la continuidad del crecimiento. Por el contrario, la necesidad de proceder a importantes inversiones, tanto para superar la crisis petrolera, como para promover nuevos productos y tecnologías, pesaría cada día más sobre la distribución del ingreso y la remuneración respectiva del capital y del trabajo.

Todo ello generó una inmensa presión sobre los ingresos, en forma de ahorro forzado --directo o indirecto-- para que se produjera un nuevo ciclo de acumulación. También generó entre los grupos industriales y financieros la necesidad de expandir las fronteras del consumo más allá de los mercados occidentales y de restructurarse a escala mundial para aprovechar al máximo las ventajas de localización. Asistimos, por lo tanto, a la desaparición de las condiciones que, en el plano económico, habían permitido el florecimiento del Estado de Bienestar, y a una reestructuración del capital a escala mundial generadora de un nuevo orden planetario. Asistimos, igualmente, a la desaparición de las condiciones que, en el plano político, habían permitido arbitrar los conflictos sociales, y a una redistribución del poder a escala planetaria, mas halla del marco nacional.

Las consecuencias que han tenido las transformaciones en curso sobre el Estado – tal como conformado desde finales de los sesenta-- son múltiples, y afectan directamente su papel de promotor y garante del bienestar. En primer lugar, su capacidad para planificar y promover el desarrollo es afectada por la imprevisibilidad del entorno económico. Las políticas económicas y sociales se reducen a procesos de ajuste y gestión a muy corto plazo, condicionados por la búsqueda de equilibrios financieros y contables. En segundo lugar, el Estado también ha perdido su función de promotor del crecimiento y el empleo, pues ya no puede regular la demanda y la inversión. La imposibilidad de aplicar esquemas keynesianos, tanto a causa del agotamiento del modelo de consumo, como por la tendencia creciente de las empresas a privilegiar las inversiones en tecnología y capital, ahorrando mano de obra, impide cualquier tentativa de regulación de la actividad económica y por restablecer el pleno empleo. En tercer lugar, el Estado ha perdido también sus funciones de redistribución de los ingresos y moderador de las tensiones sociales, por estar obligado a recortar los gastos públicos y desmantelar los sistemas sociales. Los desequilibrios económicos y financieros surgidos en los años setenta y la acentuación del contexto deflacionario en que se ha movido la economía mundial a finales del siglo XX, pesan cada día más sobre la capacidad tributaria de los Estados, lo que resulta en un círculo vicioso de la deuda, del saneamiento financiero y de los recortes sociales. Como consecuencia de este triple proceso, se puede afirmar que el Estado de Bienestar ha entrado en estado de crisis, al no poder mas asumir sus funciones de promotor del desarrollo, regulador de la actividad económica y mediador de las tensiones sociales, al mismo tiempo que el Estado-nación se vuelve obsoleto al no servir mas de soporte para la expansión de un capital en fase de internacionalización acelerada ni de marco institucional para la elaboración de los compromisos sociopoliticos. La crisis del Estado de Bienestar y la crisis del Estado-nacion son así dos caras de un mismo proceso, donde el Estado no puede mas, asumir sus funciones socioeconómicas mientras que se encuentra marginalizado en el contexto de la mundializacion del capital.

Sin embargo, la crisis del Estado-nación no se circunscribe a la forma que logro alcanzar en el mundo occidental, con el Estado de Bienestar, pues, al mismo tiempo, se produce el desplome del Estado Tutelar, que habían conformado los países del llamado campo socialista. El desplome del Estado Tutelar no es ni el fruto de un accidente histórico, ni la prueba de una presunta supremacía de los modelos liberales. Es el resultado de un largo estado de asfixia de las economías de aquellos países y de la incapacidad de sus dirigentes para transformar

sociedades y economías movilizadas, en sistemas pluralistas y flexibles, lo cual culminaría en 1990 con la implosión del campo socialista. Las causas de la asfixia de las economías de tipo soviético deben ser buscadas en la propia atrofia de aquellos sistemas, que nunca consiguieron superar las limitaciones que presidieron su formación.

Al analizar el modelo soviético en sus dimensiones económicas, predomina, sobre todo, el tema de la movilización, el cual explica la conformación y los modos de funcionamiento de este tipo de economía. En la base del proceso radicaba, en particular, el imperativo de movilizar la economía para garantizar la supervivencia de la revolución soviética, lo cual llevó a los líderes del joven proceso revolucionario y, más tarde, a los dirigentes del Estado soviético, a adoptar un sistema de economía de guerra, derivado del propio sistema que Rusia había implantado durante la Primera Guerra Mundial e inspirado por experiencias similares, en particular, la alemana. Cabe resaltar que la cuestión de la propiedad de los medios de producción no reviste gran relevancia para explicar tanto el comportamiento como los resultados de este tipo de economía, a pesar de todos los debates y prejuicios ideológicos que siempre acompañaron este tema. Analizadas desde el punto de vista económico, tanto las nacionalizaciones como las colectivizaciones fueron sólo herramientas dentro de un proceso más abarcador de movilización de la economía dirigido a cumplir determinadas metas de producción, con cuotas de comercialización pre-establecidas, pero sin sanción económica ni medición de su adecuación en relación con el consumo final.

La conformación de este tipo de economía, que poco tiene que ver con la finalidad del socialismo, fue generando, a lo largo de su historia, toda clase de desajustes, caracterizados por la inversión de la competencia hacia los segmentos superiores de la cadena productiva y la generalización de penurias en bienes y mano de obra en todo el sistema económico. Para garantizar los objetivos del desarrollo y controlar, al mismo tiempo, los desequilibrios generados por el propio modo de funcionamiento de la economía, se implantaron, en el transcurso de los años, sistemas de regulación y control tales como la planificación, la priorización, la negociación y la intimidación que, sin resolver la cuestión de la eficiencia económica ni satisfacer la aspiración creciente de la población al consumo de masas, favorecieron el desarrollo del clientelismo y la corrupción.

Confrontado con la presión cada vez mayor de la carrera tecnológica y armamentista durante el período de la Guerra Fría, el sistema soviético se encontró, en la década de los años ochenta, frente a imperativos de inversión desproporcionados con las capacidades y la eficiencia de su economía, los cuales, junto a una demanda interna constantemente insatisfecha, llevaron a la economía al borde de la asfixia. Analizada bajo este ángulo, la *perestroika* constituyó la última y la más ambiciosa de las tentativas de reforma emprendidas en la Unión Soviética para superar sus contradicciones económicas. Su fracaso, provocado por las incidencias políticas y sociales del propio proceso, llevó, a principios de los años noventa, al desplome del Estado Tutelar.

El desplome del Estado Tutelar tuvo inmensas consecuencias en los planos interno y externo. En lo interno, y al igual que en el Estado de Bienestar en el mundo occidental, se desagregaron los sistemas y mecanismos que tenían como fin promover el desarrollo, regular el crecimiento y el empleo, y garantizar tanto el acceso a los servicios básicos como la protección social. En el plano exterior se desintegró el sistema de alianzas y de cooperación que asociaba a los países del llamado campo socialista, y quedó afectado hasta el propio sistema federativo soviético, lo cual abrió un inmenso espacio a la penetración del capital extranjero como consecuencia de la desaparición de las fronteras políticas, económicas y militares que separaban esta parte del mundo de la otra. La desaparición misma del modelo soviético, como la del campo socialista, crearon también un desequilibrio en los procesos que habían llevado a que países del sistema capitalista mitigaran sus excesos con políticas sociales, en el preciso momento en el cual el Estado de Bienestar, en el mundo occidental, ya se revelaba incapaz de continuar asumiendo su papel. Y es precisamente en ese contexto de crisis del Estado de Bienestar en Occidente, y del Estado Tutelar en el Este, cuando se intensifica la ofensiva neoliberal impulsada por los sectores más extrovertidos del capital mundializado.

La gran ofensiva neoliberal, a la cual hemos asistido desde el principio de los años ochenta, tiene raíces más lejanas. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en un ambiente eminentemente favorable al protagonismo económico y social del Estado, aparecen las primeras resistencias al papel asumido por éste, en la forma de una contraofensiva ideológica dirigida contra el Estado y destinada a magnificar las virtudes del mercado. Esta corriente, que se estructuró en torno a ciertas universidades y que fue financiada por poderosas fundaciones vinculadas a intereses económicos norteamericanos, daría vida a la llamada escuela neoliberal.

Su proyecto podría resumirse como la eliminación del Estado en sus dimensiones económicas y sociales, y la liberación total de las llamadas fuerzas del mercado.
No obstante, habría que esperar unos treinta y cinco años para que los partidarios de dicha escuela asumieran un papel protagónico y la ideología sustentada por dicha corriente penetrara significativamente en los círculos del poder político y las técno-estructuras que los rodean. Desde este punto de vista, la llegada al poder del presidente Reagan en Estados Unidos y de la primera ministra Thatcher en el Reino Unido, marca una etapa decisiva, con el desencadenamiento de una serie de políticas y medidas que irían materializando el proyecto neoliberal. A partir de aquellos momentos se instrumentan las políticas de desregulación y desreglamentación inspiradas por los círculos neoliberales, así como las políticas de privatización y de reducción del gasto público, incluidos los llamados programas de ajuste estructural, cuyo propósito es tanto restablecer la solvencia externa de los países endeudados, como desmantelar las políticas y los instrumentos de intervención del Estado.
Sin embargo, el proyecto neoliberal no tiene dimensiones meramente internas, sino internacionales --o globales, para utilizar la propia fraseología de los promotores del nuevo orden mundial. El objetivo implícito del proyecto neoliberal es la creación de un inmenso espacio sin fronteras a escala planetaria, donde podrán circular sin trabas las mercancías y el capital, incluyendo la mano de obra cuando --y sólo cuando-- tal movimiento se revele oportuno. Este proyecto, que hoy casi ha llegado a su estado de maduración, comenzó a formarse a finales de los años cuarenta con los acuerdos del GATT y la puesta en marcha de las negociaciones comerciales dirigidas a desmantelar las barreras aduaneras. Estas negociaciones culminaron en abril de 1994 con los acuerdos de Marrakech, fase final de la última ronda de negociaciones, conocida como la Ronda Uruguay. Asimismo, el campo de las negociaciones fue ampliándose durante estos años bajo el supuesto indiscutido de que la liberalización del intercambio sería un factor de progreso, mientras las medidas proteccionistas constituían un factor de retroceso. Se desmantelaron así, progresivamente, las barreras aduanales y los obstáculos no tarifarios. Se incluyeron posteriormente los servicios, con el desmantelamiento de los monopolios públicos y la desprotección de renglones enteros de las economías, fenómeno que abarcó sectores tan estratégicos o sensibles como las telecomunicaciones y la producción cultural. También, y al margen de cualquier espacio de negociación o debate público, se liberalizaron los movimientos de capital, lo cual privó a las autoridades monetarias de la facultad de controlar tales movimientos, y permitió conformar un inmenso espacio financiero planetario en el que se mueven hoy los fondos especulativos. Para completar este proceso, se iniciaron también negociaciones en el seno de la OCDE para liberalizar las inversiones extranjeras y garantizarlas contra el riesgo político a través del llamado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), el cual no llegó hasta hoy a ser adoptado debido a las oposiciónes que suscitó en diversos sectores. Todo este proceso, que podríamos caracterizar como una sucesión de abandonos deliberados de soberanía en áreas claves de la regulación económica, preparó, respaldó y estructuró la internacionalización del capital y la reestructuración de la economía a escala mundial, a las cuales asistimos hoy.

El proceso de globalización

El proceso de globalización, tal como lo estamos presenciando, encubre una serie de cambios radicales en las esferas económica, social y cultural.
En la primera, asistimos desde los años setenta a una transformación radical del concepto de espacio económico, inducida por el capital internacional, su relocalización a escala planetaria y la reinstrumentación de las relaciones entre actores económicos y entre unidades de producción. La división que aún prevalecía hasta el siglo XIX entre el mundo occidental --mercantil y en vías de industrialización--, y el mundo de las civilizaciones estancadas y de los pueblos indígenas, fue sustituida a principios del siglo siguiente por una oposición Norte – Sur : entre países ricos e industrializados, por una parte, y países pobres y subdesarrollados, por la otra, prevaleciente aún hoy. Las relaciones de dominación y de dependencia que se establecieron entre aquellos grandes espacios --a los cuales se asimilaron los conceptos de centro y periferia-- permanecen groseramente válidas como mecanismo explicativo. Sin embargo, aquella imagen se ha vuelto más compleja en la segunda mitad del siglo XX a partir de la conformación de espacios económicos integrados --o en proceso de integración-- en torno a las grandes metrópolis económicas del Norte, en las cuales se administra hoy la mayor parte de la actividad económica y de la riqueza acumulada. Dichos espacios-que se caracterizan por un alto nivel de intercambios internos y significativas relaciones comerciales, así como por importantes flujos de inversiones internas y recíprocas-, se estructuran hoy

alrededor de los tres polos de la llamada tríada, constituida por Estados Unidos, la Unión Europea y Japón.

No obstante, esta visión groseramente representativa de los mercados y de los intercambios en el ámbito de los espacios macro-económicos no capta la realidad aún más compleja de la organización de la producción y del movimiento del capital al nivel planetario. El proceso de mundialización del capital, que se inició en los setenta y se aceleró a partir de los ochenta, encubre en realidad tres fenómenos: la penetración de los grandes mercados existentes y de los llamados emergentes por la vía de la inversión extranjera directa; la relocalización de amplios segmentos de la cadena productiva en países con bajo costo de mano de obra y débil organización sindical, por la vía de las transferencias de capitales; y, finalmente, la conformación de un vasto mercado financiero a escala planetaria, articulado en torno a una docena de plazas financieras con proyección mundial.

Analizado desde este ángulo, una de las principales consecuencias de la transnacionalización de la producción y la liberalización de los flujos financieros ha sido la desvinculacion de la actividad productiva con los territorios nacionales e, incluso, con las zonas de intercambio comercial y de integración económica conformadas por determinados países. En efecto, si se exceptúan las actividades con fuertes limitaciones de reubicación o con potencial limitado de expansión comercial, la mayoría de los grupos industriales y financieros tienden hoy a organizarse a escala planetaria, creando redes globales de producción y de intercambio que rebasan o se superponen a los espacios nacionales. Sin embargo, dichas redes se estructuran actualmente en torno a centros de mando de nivel planetario con sede en un número limitado de grandes metrópolis norteamericanas, europeas y asiáticas --aunque también en un número limitado de metrópolis del hemisferio Sur--, suministradoras de servicios estratégicos y financieros, y funcionando como nodos en la red global conformada por los grandes grupos industriales y financieros.

Como resultado de esta transnacionalización de la economía, se ha constituido hoy una red global de intercambios económicos y financieros que, a semejanza de la Web, trasciende las fronteras nacionales, se estructura en torno a un número limitado de nodos metropolitanos estratégicos, y sobre la cual los Estados no ejercen más que un control marginal. Pero también se ha reconfigurado el espacio social, siguiendo las líneas de fractura diseñadas por el proceso de transnacionalización, el cual, más allá de la redistribución de las actividades económicas a escala planetaria, redistribuye también la riqueza y el poder, según nuevos parámetros socioeconómicos.

La universalización de la brecha social constituye, como lo veremos seguidamente, el segundo cambio de gran envergadura inducido por el proceso de globalización. Si hasta hace poco tiempo se podía dividir el planeta en mundo desarrollado y mundo subdesarrollado, en Norte globalmente rico y Sur masivamente pobre, en centro dominador y periferia explotada, ya resulta imposible --como en la esfera económica-- emplear los mismos conceptos, por demasiado simplistas e incapaces de representar la realidad social. Si esta dicotomía permanece groseramente válida en el ámbito de los macro-espacios, reflejando los desniveles de acumulación a escala mundial, el proceso mismo de transnacionalización del capital está incidiendo profundamente en la distribución de la riqueza a escala planetaria y en las relaciones de fuerza dentro de cada sociedad.

Así, con la relocalización del capital y las actividades productivas a escala planetaria, se están produciendo cambios en las esferas del empleo y la relación capital-trabajo que afectan profundamente la estratificación social de los países y de los espacios involucrados. Mientras ciertas zonas declinan en términos de actividad económica y de empleo, otras emergen como resultado de las relocalizaciones industriales y de los movimientos de capital. De este modo, nuevas áreas deprimidas y nuevas zonas de prosperidad se constituyen, como resultado de dichos movimientos. La evolución a la cual asistimos no sería tan grave si no ocurriése en un contexto de precarización del empleo y de la protección social en los países industrializados, y de competencia por los más bajos niveles de remuneración y protección social en los países subdesarrollados. Al mismo tiempo, no se ha conseguido promover el desarrollo de inmensos espacios geográficos y de numerosos países y territorios, donde siguen concentrándose una gran parte de la miseria y donde se sitúan también los principales focos de emigración hacia las zonas de mayor desarrollo.

Mientras la regresión y la precarización sociales afectan cada día más a los países industrializados y mientras el mundo subdesarrollado continúa concentrando la gran masa de los miserables, se conforman también islotes de riqueza sobre el telón de la pobreza, como consecuencia de la relocalización del capital y la concentración de los ingresos en

determinadas áreas del planeta. Se materializan así procesos de ascensión social en las zonas beneficiadas, con la conformación de capas privilegiadas y la aparición de una neoburguesía. Sin embargo, la relativa ascensión social que se puede observar en ciertas zonas del mundo --como resultado del proceso de relocalización-- no deja de ser limitada y precaria, y no compensa el masivo retroceso social que se observa en los países de antigua industrialización --como consecuencia de las políticas deflacionarias y de la reestructuración del capital--, ni la eliminación acelerada de las clases medias en los nuevos países industrializados debido a las políticas de ajuste estructural impuestas por las instituciones financieras internacionales. Globalmente, la persistencia de la miseria en amplias partes del mundo y el retroceso generalizado de la clase media y de la clase obrera en todos los países, contrastan con la concentración creciente de riqueza y de poder que se está desarrollando al otro extremo de la pirámide social. Todo ello conlleva una acentuación brutal de las desigualdades y una universalización de la brecha social, tanto en los países industrializados como en los subdesarrollados. La convivencia cada día más conflictiva entre marginalizados y privilegiados, particularmente aguda en el medio urbano --donde estas dos categorías se cruzan cotidianamente--, se presenta ya, quizás, como un reto, sino el mayor de los retos del Tercer Milenio. De hecho, como resultado de la transnacionalización de la actividad económica y de la concentración de las funciones de mando en las grandes metrópolis, se está conformando actualmente, a escala planetaria, un modelo social con características universales, donde una minoría de privilegiados deberá coexistir con un número creciente de marginados.

La tercera, y no menos impresionante, característica del proceso de globalización es la exacerbación de la crisis de la identidad. La desarticulación de las economías nacionales y el retroceso de los mecanismos de protección social que respaldaban la solidaridad nacional socavan la legitimidad del Estado en el mismo momento en que la ofensiva ideológica neoliberal ataca sus fundamentos socio-políticos. Mientras tanto, las referencias culturales de los pueblos --y sus sistemas de valores-- son agredidos por la penetración cultural del modelo dominante y los valores asociados a este modelo.

Se observa, por un lado, un retroceso del Estado --tanto en efectividad como en legitimidad-- en su misión de responder a las inquietudes y a las aspiraciones de los ciudadanos: por una parte, como ya se subrayó, el Estado se revela incapaz de solucionar los llamados problemas globales, pues no logra asumir su papel económico y social, y por la otra, diminuye el compromiso de los ciudadanos en relación con el Estado, que no consigue ya responder a sus aspiraciones de seguridad y bienestar, cuando no cae en el extremo de servir a grupos e intereses ajenos a la nación.

Todo esto socava a su vez las bases del contrato sobre el cual se había conformado el Estado-nación, contrato político y social mediante el cual cada individuo cedía al Estado parte de sus derechos para poder ejercerlos colectivamente como ciudadano en beneficio del interés general. Asistimos, por lo tanto, a un retroceso de la legitimidad del Estado, que se traduce en una pérdida de credibilidad de las instituciones políticas y de la legitimidad de la "clase" política, y cuyas consecuencias son gravísimas para la solución de los problemas políticos y sociales a los cuales se enfrentan los países hoy.

Así se explican el resurgimiento de los peculiarismos provincianos o regionales, la búsqueda *cuasi* instintiva de las raíces culturales y de solidaridad en el ámbito de otras colectividades --locales o asociativas--, el surgimiento o resurgimiento de movimientos autonomistas y sus formas extremas, como el terrorismo y las guerras civiles en varias partes del mundo.

El retroceso del Estado y el compromiso ciudadano no serían tan graves si al mismo tiempo los valores y las referencias culturales que sirven de cemento a la cohesión de cada pueblo no fuesen agredidos por un modelo cultural globalizado, producto de los modos de vida que promueven el capitalismo mundializado y el sistema de valores que lo respalda. Este modelo cultural, promovido por el capitalismo y su principal centro de impulsión --los grandes grupos norteamericanos con proyección transnacional--, agrede hoy, no solamente a las sociedades del mundo occidental, sino también a las del mundo subdesarrollado, y las enfrenta a valores y modelos que destruyen la identidad cultural de cada pueblo, les impone una cultura uniforme y mercantil que glorifica la violencia y el individualismo, y atenta contra los valores de solidaridad y los principios éticos que respaldan la mayoría de las culturas, incluyendo sus dimensiones morales y religiosas.

Así se explica la explosión del integrismo en el mundo islámico, iniciada en Irán, a finales de los setenta, y extendida ahora a varios continentes, incluidos el europeo. El integrismo es el resultado de un rechazo instintivo y violento al modelo de vida promovido por el Occidente, con

sus dimensiones consumistas e individualistas, y percibido como una agresión cultural y ética en sociedades pobres, impregnadas de misticismo.
Así se explica también --en otro contexto y con formas diferentes-- la resistencia que oponen al modelo norteamericano, naciones que conservan todavía una fuerte identidad cultural --Francia en Europa, Japón en Asia, Cuba en América Latina-- y que las lleva a confrontaciones agudas con los intereses y los centros de poder con sede en Estados Unidos.
Como resultado del proceso analizado, se ha exacerbado hoy la crisis de identidad, entendida ésta como la crisis vivida por cada pueblo e, incluso, por cada comunidad unida por valores y referencias comunes, frente a las agresiones del modelo cultural dominante, en el contexto de un retroceso del Estado y del compromiso ciudadano. La exacerbación de la crisis de la identidad provoca dos tipos de reacciones por parte de las comunidades agredidas: la primera es el rechazo, frecuentemente violento, de los valores y referencias culturales promovidos y respaldados por el capitalismo mundializado, y la segunda, corolario de la primera, es un retorno a los valores y referencias tradicionales de las comunidades agredidas o el enclaustramiento en ellos, con frecuentes derivaciones xenófobas.
Así se explica hoy tanto la expansión del integrismo musulmán frente a la penetración de un sistema de valores que niega o destruye la espiritualidad, como la proliferación, en el otro extremo, de la xenofobia y los conflictos étnicos, tanto en países supuestamente civilizados, como en sociedades menos avanzadas. Todo ello tiene como consecuencia una desgregación tanto de la nación --como entidad unida por un pasado y un destino comunes-- como del Estado --en sus formas tanto unitarias como federales o confederadas--, y a una proliferación de los conflictos étnicos y religiosos que caracterizarán sin duda el mundo del Tercer Milenio.

El nuevo orden planetario
Mientras declina el Estado-nación y retroceden los Estados soberanos que constituían la comunidad internacional, toma forma, paulatinamente, un nuevo orden planetario. La creación del nuevo orden, que aún permanece inadvertido al ciudadano común, tiene como corolario la propia descomposición del Estado y es promovida por las fuerzas económicas y sociales emergentes que vienen estructurando el mundo a finales del siglo XX. El nuevo orden planetario, tal como lo analizaremos de inmediato, es ante todo la proyección de nuevos campos de fuerza que no pueden ser comparados ni en naturaleza ni en amplitud con los que modelaron el mundo pasado. Nuevas entidades con vocación o proyección mundial vienen expandiéndose por encima de las fronteras, burlándose de las legislaciones nacionales o apoyándose en los propios aparatos estatales, reorientados para nuevos fines. Sin embargo, la nueva economía mundial y los campos de fuerza que están configurándose no son socialmente neutros. Detrás de los actores económicos y de la maquinaria que los sustenta se perfila una nueva oligarquía planetaria, caracterizada por una visión compartida de sus intereses y el manejo de determinados instrumentos sobre los cuales se asienta su poder. Intentaremos ahora caracterizar a estos nuevos actores, los grupos sociales que se benefician de ellos y los instrumentos que respaldan su poder.
La irrupción de los actores globales constituye, sin duda, uno de los acontecimientos más revolucionarios en la esfera de las relaciones internacionales de finales del siglo XX. Por primera vez en la historia de la humanidad surgen entidades que piensan y actúan en términos globales, es decir, a escala planetaria, fuera de cualquier atadura territorial.
Hasta hace pocos años, no se concebía ni se instrumentaba el poder, político o económico, fuera de un espacio territorial. El territorio constituía la base a partir de la cual tanto los Estados como las empresas asentaban y articulaban sus fuerzas. Y las relaciones internacionales trataban exclusivamente de las relaciones entre Estados, sea bilateral o multilateralmente, inclusive en sus dimensiones económicas.
Con la mundialización del capital, la transnacionalización de las grandes empresas, los progresos en el transporte y las innovaciones en el campo de la informática y las comunicaciones, se está constituyendo en la actualidad un espacio económico único, donde las fronteras físicas y administrativas tienden a disolverse. El proceso de transnacionalización de las grandes empresas, que se inició después de la Segunda Guerra Mundial con la expansión del capital norteamericano y se aceleró, a partir de los setenta, con el desarrollo de las inversiones extranjeras directas, europeas y japonesas, está teniendo como consecuencia la constitución de un espacio único de competencia donde un número cada vez más reducido de grupos gigantescos tratarán de dominar los mercados y, a través de ellos, afirmar su poder económico y social.

Como lo analizamos anteriormente, los factores que propiciaron dicha expansión fueron el agotamiento del modo de crecimiento que había beneficiado al mundo occidental hasta la década de los setenta y la consecuente búsqueda, por parte de las empresas, de una ampliación de las fronteras del consumo y la adopción de modalidades de acumulación basadas en una nueva relación entre el capital y el trabajo. Este proceso fue promovido y respaldado, como lo subrayamos, por las políticas neoliberales diseñadas por ciertos círculos después de la Segunda Guerra Mundial, y que condujeron a una liberalización creciente de los movimientos de mercancías, servicios y capitales, asociada a una privatización sistemática de las economías y a un retroceso orquestado del papel del Estado.

Como resultado de este proceso se está conformando actualmente una economía oligopólica global, sustentada por inmensos grupos industriales y financieros *cuasi* monopólicos, detentores de tecnologías de punta o protegidas, quienes tienden, a través de alianzas y absorciones, a reforzar su dominación en sus respectivos campos de excelencia. Por lo tanto, se están constituyendo a escala planetaria varios campos de fuerza económicos ampliamente desterritorializados, los cuales se superponen a las relaciones interestatales y entrechocan con estas últimas.

Sería, sin embargo, prematuro anunciar el fin del Estado-nación y su sustitución por un Estado al servicio de las transnacionales, debido a que un número aún significativo de Estados con fuerte identidad nacional intentarán probablemente preservar su espacio de actuación y decisión, manteniendo o adaptando sus mecanismos de control y regulación.

No obstante, el escenario más probable es el del debilitamiento de muchos Estados, obligados a conceder ventajas fiscales, laborales y de otra índole cada vez mayores a los grupos transnacionales, y el de una convergencia creciente entre los intereses de dichos grupos y los de las capas dirigentes de sus Estados matrices, lo cual constituye un reflejo, a su vez, de las prevalecientes relaciones de dominación del mundo industrializado sobre el mundo subdesarrollado. Por lo tanto, el escenario más probable es el alineamiento creciente de los aparatos estatales de los países industrializados con los objetivos y ambiciones de los grupos transnacionales --como ya se puede observar en el caso de Estados Unidos, Japón y Europa occidental-- así como una subordinación cada vez más acentuada de los países subdesarrollados a los intereses de dichos grupos.

Sería un error, sin embargo, limitar la esfera de los actores globales al grupo de las transnacionales. Mientras su presencia y poder se imponen a escala planetaria, en otras áreas emergen nuevas fuerzas con objetivos y características muy distintos.

Por un lado, nuevas organizaciones de carácter no gubernamental, con una visión y objetivos planetarios, conforman hoy lo que calificaríamos de ONG globales. Las características y las ambiciones de dichas ONG son, por supuesto, muy diferentes de las que caracterizan a las transnacionales, pues han surgido como respuesta a los grandes desafíos que enfrenta nuestro mundo a finales del segundo milenio en áreas como el medio ambiente, las emergencias complejas y los derechos humanos, para mencionar apenas las de mayor peso. El poder de las ONG globales deriva de su fuerza como proyección organizada de aspiraciones universales y de su capacidad de movilización de los individuos y de la opinión pública. Aunque disponen de recursos que en algunas son relativamente elevados, lo esencial de su poder radica en la movilización de fuerzas morales y aspiraciones universales que, sin actuar directamente sobre la esfera económica, crean obstáculos a la expansión incontrolada de las transnacionales.

En el extremo opuesto, organizaciones de carácter no gubernamental con proyecciones y ambiciones también planetarias, conforman lo que calificaríamos de redes globales, algunas con propósitos criminales y otras de carácter místico.

Entre las redes globales con propósitos criminales se encuentran las del tráfico de drogas y de armas --muchas veces vinculadas--, las del tráfico de las personas --que incluyen a inmigrantes y otras formas modernas de esclavitud--, y todas aquellas involucradas en tráficos ilícitos, como el de los órganos humanos, por ejemplo. Dichas redes, que se relacionan con el crimen organizado y cuya finalidad es lucrativa, pueden revestir, cuando alcanzan cierto grado de organización y de recursos, la forma de transnacionales virtuales. Muchas mantienen vínculos casi orgánicos con las transnacionales, por el canal de las finanzas, el comercio y la inversión, como lo ilustra la cuestión del lavado de dinero.

Entre las redes globales con propósitos místicos se encuentran, con frecuencia creciente, las sectas religiosas. La proliferación y la expansión de dichas sectas a escala mundial, aunque no constituye un fenómeno nuevo, llama hoy la atención. Si sus propósitos son supuestamente confesionales, la organización y modos de operar de muchas se basan en la manipulación de los espíritus o en la intimidación. Utilizan, por lo tanto, la fuerza del misticismo y de los recursos

de sus adeptos, sirviendo a los intereses del círculo de sus dirigentes y hasta desarrollan proyectos con características que rondan la megalomanía y el crimen, como lo ilustró, recientemente, el caso de la secta Verdad Suprema en el Japón.

Finalmente, en la frontera entre la criminalidad y el misticismo se hallan los grupos armados y las organizaciones terroristas internacionales, que derivan su fuerza tanto de la fe en una causa y del rechazo al consumismo occidental y a sus símbolos culturales, como de la revuelta provocada y alimentada por la miseria. Si el propósito de dichos grupos es derribar por la violencia a los que perciben como opresores, y al modelo consumista propagado por las transnacionales y respaldado por la potencia norteamericana, sus métodos se asemejan a los de las redes criminales, con las cuales mantienen vínculos casi orgánicos.

Si la presencia y el peso de todos estos actores sobresale hoy a escala mundial, y marginaliza cada día más el papel del Estado como sujeto y actor de la escena internacional, sin embargo, poco se ha dicho o escrito sobre los nuevos dueños del poder, a los que calificaríamos como la nueva oligarquía planetaria. De hecho, una de las principales cuestiones planteadas por el llamado proceso de globalización, si no la principal y la menos percibida, es la redistribución del poder a escala global, más allá de los Estados y las respectivas sociedades, en lo que actualmente constituye el sistema mundial.

Una lectura socio-política del proceso de globalización que intentára profundizar más allá de sus fundamentos económicos y de sus manifestaciones culturales, mostraría que, en el fondo, lo que está sucediendo es la concentración creciente del poder en manos de ciertos grupos que, sin formar una clase social en el sentido que le daba Marx, constituyen una capa privilegiada y multifacética, aglutinada por intereses comunes y una visión convergente del universo, y portadora, por lo tanto, de una nueva ideología. Estos grupos no se sustentan en los medios de poder que respaldaron el ascenso de la burguesía mercantil, primero, y de la burguesía industrial, después, es decir la acumulación de capital y, a través de esta, el control del aparato del Estado.

El poder de la nueva oligarquía planetaria no se asienta sobre el capital, ni siquiera sobre las finanzas, sino sobre el control, el procesamiento y la manipulación de la información, que constituye actualmente, como lo analizaremos más adelante, el instrumento por excelencia del poder en su nueva configuración. Acceder a la información crítica, a su procesamiento estratégico y a su manipulación social supone, como primer requerimiento, haber tenido acceso a la educación superior, particularmente en aquellas escuelas y universidades con alto grado de selectividad social. También supone el apoyo y la complicidad de los grupos ya asentados en el poder, lo que, de entrada, limita ese acceso a una ínfima parte de la humanidad. Sin embargo, este mismo proceso de selección-cooptación no garantiza el acceso a posiciones privilegiadas ni al poder, donde se concentra, precisamente, la información estratégica. Requiere, como paso siguiente, la eliminación de los competidores, un proceso respaldado por el individualismo promovido por el núcleo norteamericano de la oligarquía planetaria y que redunda, en escala mundial, en un darwinismo social que justifica su legitimidad con la idea de que los ganadores son necesariamente los mejores y que los perdedores no merecen acceder a altas remuneraciones y a puestos de mando.

Bajo este manto ideológico, consonante con el proyecto neoliberal y con la expansión de las transnacionales, se constituyen hoy nuevas capas privilegiadas, detentoras del poder real, que se concentran en los puestos de mando de los sectores más estratégicos del nuevo orden planetario. Estos puestos permiten el control de la actividad de los grandes grupos oligopólicos, incluyendo los que directa o indirectamente influyen en las decisiones estratégicas, como, en particular, los mandatarios del capital financiero. En consonancia o en articulación con esos grupos, están los bancos, fondos y otras instituciones financieras, con sus respectivas cúpulas dirigentes. Y en respaldo e integración con las dos precedentes esferas, se encuentran las industrias de la prensa y las comunicaciones, y la recreativa y sus sustentos telemáticos, que dominan hoy los sistemas de control y manipulación de las mentes. Las oficinas de asesoramiento estratégico, que actúan en las esferas del derecho, el fisco y las finanzas, y los grupos de presión funcionales y estructurados, constituyen otras tantas agrupaciones estrechamente entrelazadas con las primeras.

Paralelamente con el mundo de los negocios, está la esfera del gobierno, con sus diferentes ramificaciones nacionales e internacionales. En esta esfera sólo ciertas posiciones dan acceso al poder y a remuneraciones virtualmente altas, a través de los puentes que se han tendido entre los altos cargos públicos y los puestos de mando del sector privado. El acceso a dichos cargos es severamente filtrado y sus funciones están estrechamente vinculadas al funcionamiento del capitalismo mundializado. Dichos cargos se localizan en las instituciones

públicas más involucradas en el proceso de globalización, en particular, los ministerios de Finanzas y los Bancos Centrales, a escala nacional, y las instituciones de Bretton Woods y la recién creada Organización Mundial del Comercio, en la esfera internacional.
Finalmente, en simbiosis con los dos últimos conglomerados, están las funciones de intermediación entre los nuevos dueños del poder y la población en general. Esas funciones son hoy asumidas por la esfera política: dirigentes y mandatarios que, cada día más, desempeñan un papel de intermediación entre las exigencias del orden neoliberal y las reivindicaciones sociales, entre los intereses de la nueva oligarquía y los de las otras capas sociales, perdiendo, por lo tanto, su función de expresión organizada de las aspiraciones colectivas y de catalizadores de los compromisos sociales.
Al mismo tiempo, y con un protagonismo probablemente superior al de la esfera política, está el mundo de los medios masivos de difusión, constituido por los periodistas estrellas, los promotores de espectáculos y otros actores del universo de las diversiones, quienes cumplen a través de la televisión y de otros soportes, funciones de intermediación de carácter anestésico mediante la manipulación de la opinión pública y el control de los espíritus, a lo cual contribuyen diariamente.
Sería superfluo señalar que al poder al que acceden los beneficiarios del nuevo orden planetario, se añaden niveles elevadísimos de recursos, no solamente en términos de remuneraciones declaradas, sino también en cuanto a ventajas en especie, que se materializan en propiedades, yates y otras gratificaciones, y que contribuyen a la ampliación de la brecha social en proporciones ya alarmantes. Todo ello redunda en un aumento de la corrupción generalizada, como lo ilustra, desde hace algunos años, la multiplicación de los escándalos por malversación o abuso de bienes sociales en la mayoría de los países del mundo occidental.
El nuevo orden planetario sería políticamente insostenible para la oligarquía al mando, si no tuviese hoy los instrumentos que le permiten asentar su poder. Estos son, esencialmente, de tres tipos: el control de la información, el control de las sociedades y el control de los conflictos civiles.
Si bien es cierto, por un lado, que el desarrollo acelerado de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación han permitido un crecimiento exponencial de la información, y virtualmente del conocimiento, no se puede afirmar, sin embargo, como lo propagan ciertas corrientes, que se ha revolucionado el acceso a la información y hasta democratizado el uso que de ella se hace. Si en teoría la telemática ofrece perspectivas ilimitadas de acceso a la información, la realidad es --desde el punto de vista social y político-- muy diferente.
De hecho, sólo acceden a las redes de información --y a la red global que constituye Internet-- los países con infraestructuras de telecomunicaciones desarrolladas, lo que de entrada excluye a la inmensa mayoría de los países subdesarrollados. En el seno mismo de los países industrializados, sólo una fracción reducida de la población tiene por ahora acceso a dichas redes. Suponiendo que se produzca un amplio desarrollo de las nuevas herramientas telemáticas, nada garantiza que la densificación de los sistemas informáticos y de comunicaciones redunde en un mejor acceso de la población a la información. De hecho, lo importante en la información no es su abundancia, sino su relevancia y su criticidad, lo que ningún sistema podrá garantizar nunca. La información relevante y crítica no sale de los bien resguardados círculos del poder. Aunque éstos fuesen penetrados, sería aún necesario saber interpretar la información, lo que implica, necesariamente, formar parte de aquellos círculos habituados a manejarla.
Finalmente, si Marx hubiera analizado la estratificación social del mundo a finales de este siglo probablemente hubiera identificado el control de la información como el instrumento de la dominación. El capital, que constituyó por muchos siglos la base del poder de una burguesía ahora en vías de desaparición, quedó diluido en una nebulosa de formaciones jurídico-financieras, en las que ya no se puede relacionar capital con propiedad, ni identificar la propiedad de los medios de producción con su manejo y control, trátese de grupos productivos, comerciales o financieros, vinculados por una multitud de participaciones y de acuerdos estratégicos, operando cada vez más a escala global. Para todas estas entidades, la variable clave es la información. Ocurre de igual forma en los aparatos estatales y en los organismos internacionales, en los cuales la producción, el acceso, el manejo y la interpretación de la información, forman parte de las herramientas del poder, particularmente en aquellos sectores donde dicha información reviste dimensiones estratégicas.
La faceta opuesta de la información es su proyección y su manipulación, tanto bajo la forma de mensajes como bajo el manto de las imágenes. De hecho, el control de la opinión pública y de los individuos se ejerce hoy a través de dispositivos mediáticos cuya sofisticación y cobertura

no dejan de crecer. Son incorporadas las tecnologías más avanzadas en la esfera de la informática y de las telecomunicaciones y se preparan ya la fusión en gran escala del teléfono con la computadora y el televisor. Paralelamente, las industrias de la información y de la distracción, controladas por inmensos grupos mayoritariamente norteamericanos, promueven el individualismo y el consumismo, que contribuyen a consolidar el poder de las transnacionales y el de la nueva oligarquía. Los valores y los comportamientos propagados hoy por la prensa, la televisión, las producciones cinematográficas, los grandes espectáculos y los multimedia reflejan de forma creciente los objetivos y la ideología de la nueva oligarquía, en un proceso que se agrava en la misma medida en que se expande la fusión-concentración de los grandes grupos mediáticos.

Al control de las mentes se añaden las herramientas de la represión y de la fuerza instrumentada, heredadas del Estado tradicional, a las cuales se va agregando la sofisticación tecnológica y lo que se pudiera calificar como ciencias del control social. Las llamadas prerogativas *regaliennes* (término francés en la historia del derecho que calificaba aquellas prerrogativas básicas del Estado monárquico) siguen presentes en las áreas de la policía, de la justicia y de la defensa, hasta con los mismos símbolos y la parafernalia que las caracterizaban en el pasado, y es probablemente en esta esfera que las funciones del Estado sean todavía las menos afectadas. No obstante, también, en esta área, las funciones del Estado son desafiadas, cada día más, tanto por organizaciones criminales o competidoras --como las mafias, las redes de traficantes o grupos armados con objetivos antagónicos--, como por el propio proceso de privatización promovido por el neoliberalismo, que redunda hoy en la constitución de milicias privadas, ejércitos mercenarios y hasta prisiones privadas.

El Estado, desafiado en sus funciones históricas más básicas -- las de asegurar el orden, aplicar las leyes y defender el territorio--, sigue asumiendo en esta área su papel básico, pero adaptándolo a las exigencias del nuevo orden mundial, a los objetivos de la oligarquía emergente y a las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías. Desde esta perspectiva, el control de la sociedad y de las revueltas sociales --individuales y colectivas—ya no se ejerce a través de la simple represión, sino de mecanismos sofisticados que van desde la identificación genética hasta el procesamiento informático de la vida privada y el control de las personas mediante sistemas electrónicos, a pesar de las resistencias ciudadanas, que todavía se manifiestan para poner coto legalmente a tales procesos.

Frente a la opresión que resulta, en varios grados y formas, de la exclusión social, del desempleo, de la miseria y otras formas de agresión económicas y sociales, los sistemas de control toleran hasta cierto punto las revueltas individuales, pero impiden las colectivas. El caso de la sociedad norteamericana es el más ilustrativo: el sistema incentiva la búsqueda de la huida individual, promueve la apología de la violencia y el darwinismo social, tolera el consumo de drogas y la proliferación de las sectas, mientras reprime a la pequeña delincuencia, encarcela a millones de individuos e impide cualquier resistencia o enfrentamiento al sistema social mediante el control combinado de la información pública y de los instrumentos de represión.

Sin embargo, los instrumentos del control social no permiten resolver los conflictos civiles que se han multiplicado como resultado de la desintegración de varios Estados, de la regresión de otros o del resurgimiento de las exigencias de autonomía en el ámbito de muchas comunidades. En esta esfera se ha impuesto de manera casi natural, la reconversión de las fuerzas armadas en instrumentos de regulación y control de los conflictos civiles, como lo ha ilustrado en los años recientes la multiplicación de las llamadas intervenciones humanitarias -- sea bajo mandatos multilaterales, sea de forma unilateral-- y de las intervenciones de carácter *cuasi* policial, en condiciones muchas veces controversiales.

También le han sido asignadas a las fuerzas armadas nuevas misiones de orden para-policial en áreas como la lucha contra el narcotráfico o contra el terrorismo, una orientación claramente perceptible en el caso de las fuerzas armadas norteamericanas.

Desde este punto de vista, la reorganización de muchos ejércitos nacionales y de alianzas y organizaciones militares --como la OTAN, en particular -, refleja no solamente el fin de la guerra fría y la necesidad de redefinir las misiones de las fuerzas armadas, sino también las presiones de los grupos militar-industriales para preservar sus intereses y el imperativo para las nuevas fuerzas emergentes, y en particular, para la oligarquía planetaria, de asegurar un mínimo de orden en los diferentes continentes frente a la proliferación de los conflictos étnicos y las agresiones de otra índole.

Merece señalar, a este respecto, la prepotencia absoluta de los Estados Unidos en esta esfera. Combinada con el dominio de los medios de información y comunicación --y de otros

instrumentos del control social--, refleja el papel protagónico de los actores y de los intereses transnacionales con base en el sub-continente norteamericano, el cual refleja, a su vez, el liderazgo en esta esfera del núcleo norteamericano de la oligarquía planetaria, a pesar de las divergencias y de los conflictos de intereses que pudieran existir con sectores periféricos de dicha oligarquía en los planos económico, comercial y financiero.

Desafíos para las futuras generaciones

El tercer milenio será, sin duda, un período de enormes desafíos para las generaciones futuras. Los desequilibrios que han ido conformándose a lo largo de este siglo alcanzarán, según toda probabilidad, sus puntos culminantes en el siglo XXI, como fue pronosticado en el estudio realizado por el MIT para el Club de Roma y ha sido anunciado por los disturbios y las calamidades que ya azotan al planeta. El crecimiento exponencial de la población, y su envejecimiento ya previsible, plantean problemas considerables tanto para la satisfacción de sus necesidades básicas como para la preservación del medio ambiente. Las perturbaciones que van afectando el medio natural, como el cambio climático, la destrucción de la capa de ozono y la desertificación, ya provocan desastres naturales, violentos o silenciosos, en varias áreas del planeta. El agotamiento progresivo de los recursos naturales --incluyendo los más vitales, como el agua--, ya enfrenta a la humanidad con el desafío de su propia supervivencia. Mientras tanto, la miseria y la exclusión se propagan en todos los continentes, y la brecha social no cesa de ampliarse, con la concentración creciente de la riqueza en las manos de unos pocos y la expulsión de la clase media hacia los grupos marginados. En cuanto a la tecnología, de la cual se esperaban milagros, contribuye, por el contrario, a la marginalización de la gran mayoría de la humanidad y a la concentración de los ingresos y del poder en favor de una minoría de privilegiados.

Si el futuro de la humanidad depende básicamente de la sustentabilidad de su proceso de desarrollo y de su relación con el medio natural, su supervivencia exige, no obstante, respuestas adecuadas a los problemas sistémicos a los cuales se enfrenta. Todo ello representa un inmenso desafío a la gobernabilidad a escala global, en el preciso momento en el cual el Estado declina, dejando un gran vacío, tanto como marco organizado de la vida en sociedad como de proyección y soporte de las aspiraciones individuales y colectivas. Analizado bajo sus tres principales componentes, el problema de la gobernabilidad plantea los temas de la regulación global, del derecho a la identidad y a la participación ciudadana.

Ninguno de los desafíos globales a los que se enfrenta hoy la humanidad tiene soluciones simples y aisladas. Las razones son de dos órdenes: en primer lugar, porque se trata de problemas sistémicos y, en segundo lugar, porque son todos transfronterizos.

En años recientes, muchos autores han insistido en lo vanidoso de querer entender e, incluso, resolver los problemas a los cuales la humanidad debe dar respuesta con análisis de causalidades directas y con recetas lineales. Se habla mucho de pluri-disciplinaridad, enfoques holísticos y análisis sistémicos, pero muy pocos los practican. En el mundo real, la inmensa mayoría de quienes toman decisiones políticas aplican soluciones directas en las propias esferas de su campo de entendimiento y de actuación, sin tener en cuenta las múltiples interacciones y retroacciones que puedan existir entre un problema y su solución.

A este obstáculo se añade un segundo: la imposibilidad de resolver cualquiera de los referidos problemas a escala nacional, trátese del SIDA, el narcotráfico, la contaminación ambiental, las migraciones, la especulación monetaria o cualquier otro fenómeno con dimensiones globales. Sin embargo, la comunidad internacional ha venido buscando respuestas en la última década, con las recomendaciones surgidas de grandes conferencias internacionales y la adopción de convenciones marco en áreas como las medioambientales, del desarrollo social o de la alimentación, entre otras. Estos eventos han confiado a las Naciones Unidas y a su sistema de organizaciones el mandato de implementarlas, pero con muy pocos recursos y sin la autoridad que pudiera transformar aquellas intenciones en normas y programas que se impongan a todos.

En la esfera de la economía y de las finanzas, la situación es todavía peor. Poco o nada se ha hecho para controlar el proceso de relocalización del capital productivo a escala del planeta, para controlar la circulación del capital financiero y la especulación monetaria, para definir normas y reglas que civilicen el uso del capital humano, y para que se implementen políticas que apunten hacia un crecimiento menos depredatorio, un menor derroche de los recursos naturales y la promoción de la persona humana como sujeto activo de toda sociedad.

Los esfuerzos de las instituciones financieras internacionales y de los foros de coordinación de las políticas económicas y financieras, por el contrario, sólo han apoyado y amplificado las políticas neoliberales surgidas en los años ochenta, con su secuela de desreglamentaciones, privatizaciones, recortes sociales y de plantillas, acelerando así el desmantelamiento del Estado y dejando al mundo abierto a la expansión depredatoria de las grandes transnacionales. Ha llegado, por lo tanto, el momento en que la reconstrucción del Estado a escala global, es decir, mundial, se impone como una necesidad vital.

Reconstruir el Estado a escala global, pensar implícitamente en un gobierno mundial, no deja de ser un gigantesco desafío. En primer lugar, porque tal reto plantea problemas de estructuración y de funcionamiento que en sí mismos --y en tal escala-- son considerables. Pero también, antes que todo, porque dicho reto plantea un problema de legitimidad, que precede a toda construcción jurídica. Como ya hemos recordado, el surgimiento del Estado-nación fue fruto de un largo proceso histórico, y sólo ganó legitimidad cuando los propios ciudadanos se reconocieron en él, a pesar de las luchas internas y de los conflictos sociales que sacudieron y acompañaron su formación. En el contexto de la crisis en que hoy vive el planeta, sólo se puede imaginar un grado similar de legitimidad frente a un gran peligro para la humanidad y frente a amenazas que llevarían a la mayoría de los ciudadanos del planeta a pensar, o esperar, una forma de organización del mundo que garantice la seguridad y la justicia para todos.

Este momento no ha llegado todavía, pero podría llegar en las primeras décadas del Tercer Milenio ante la inminencia del peligro. Y si ese fuera el caso, es muy probable que tal Estado sea confederado, debido no solamente al hecho de que la humanidad está todavía muy lejos de la homogeneidad que supondría un Estado unitario de tipo no autoritario, sino también, porque la reivindicación de la identidad propia se impone hoy más que nunca a todos, como lo analizaremos más adelante.

Llegar a una confederación mundial supondría también un acto fundador o, tal vez, una sucesión de acuerdos y compromisos que llevarían a su constitución. Se puede, en este sentido, imaginar un escenario donde las organizaciones internacionales --Naciones Unidas, en particular-- pudiesen, en el contexto de una sucesión de acuerdos y de consensos, evolucionar, paulatinamente, hacia una forma más estructurada de gobierno mundial.

Quedarían, sin embargo, por precisar los campos de competencia de tal Estado confederado, los cuales habrían de incluir los llamados problemas globales --como la preservación del medio ambiente o la lucha contra la criminalidad transfronteriza, por ejemplo--, así como la prevención y la mediación de los conflictos civiles, cuestiones que ya forman parte del campo de actuación de las referidas organizaciones. A diferencia de las estructuras confederadas, no incluiría la defensa ni las relaciones internacionales, pues hasta ahora no existe evidencia de formas de vida inteligentes en el resto del universo, ni fundamentos para que tales funciones se instituyan a escala del planeta. Sin embargo, una estructura de este tipo no estaría completa si no incluyese las funciones claves del Estado-nación, tanto en sus dimensiones económicas como sociales, que hicieron de éste el promotor del desarrollo, el regulador de la actividad económica y el mediador de los conflictos sociales. Pensar y reconstruir el Estado a escala mundial y con forma confederada sería, por lo tanto, el paso necesario para regular la economía a escala global y garantizar la justicia social a nivel del planeta.

Una evolución tal debería, no obstante, respetar e integrar una de las revindicaciones más críticas del mundo contemporáneo: la del derecho a la identidad. Como lo hemos analizado, esa reivindicación deriva directamente del proceso de globalización. A medida que el Estado-nación ha venido perdiendo su papel tradicional y sus funciones socioeconómicas, y que el contrato social que respaldaba su legitimidad perdió fuerza, ha surgido el problema de la identificación del ciudadano con su propio Estado y una situación de desamparo como consecuencia de la confrontación de los individuos con el mundo globalizado. Al mismo tiempo, el individuo ha perdido sus raíces culturales y los mecanismos de solidaridad que garantizaban su seguridad.

Quedan todavía hoy, y quedarán probablemente mañana, Estados-naciones con fuerte identidad cultural y fuerte integración sociopolítica. Pero la tendencia y la norma son, sin embargo, la desintegración del Estado-nación, como la presenciamos actualmente en todos los continentes. Esta desintegración resulta tanto del cuestionamiento del contrato fundador, como del desmantelamiento de sus diversas funciones. De ella surge la inmensa aspiración de los individuos y los pueblos a reencontrar sus raíces culturales y a reconstruir los mecanismos de solidaridad que se habían delegado al propio Estado, lo cual desencadena, a su vez, procesos

caóticos y muchas veces dramáticos, como lo ilustran los conflictos étnicos, religiosos o simplemente de identidad.

En otras palabras: a medida que el Estado-nación pierde su funcionalidad y su legitimidad –lo cual provoca que los problemas globales sean tratados en el ámbito mundial, en un marco institucional que todavía queda por definir--, se impone como un reto apremiante la necesidad de crear nuevamente espacios de solidaridad y de identificación intranacionales o transfronterizos. Tales espacios existen, pero fueron reprimidos en el transcurso de la formación de los Estados-naciones, dejando comunidades atrofiadas, despojadas de su identidad y de su capacidad organizativa. El resurgimiento de los conflictos que llamaríamos de identidad, resulta, por lo tanto, del renacimiento de las aspiraciones comunitarias frente a un mundo globalizado y a Estados-naciones cuestionados y despojados de gran parte de sus funciones. Este fenómeno no afecta aún a los Estados con fuerte identidad cultural, pero socava las bases de los Estados pluriétnicos y de las naciones artificiales, como lo ilustra, en gran escala, la multiplicación de los conflictos étnicos en el continente africano y los que estallaron en la desaparecida Unión Soviética y en la ex Yugoslavia.

Así pues, resulta necesario tomar en consideración la reivindicación de la identidad y reconocer el derecho a la identidad, implícito en la Carta de las Naciones Unidas, la cual reconoce el derecho de los pueblos a decidir por sí mismos. Este reconocimiento significaría la desaparición de muchos Estados tal y como se formaron en el transcurso de la historia contemporánea --en particular, los Estados artificiales heredados del colonialismo, que se superponen a las comunidades y a las culturas en el continente africano--, y el acceso a la autonomía --o al estatuto de Estado autónomo-- de todos los pueblos que aspiran a auto-gobernarse, incluyendo los pueblos indígenas.

El resultado de este proceso sería la concesión de un estatuto de Estado autónomo a todos los pueblos que lo deseen y, en fin, la transformación de cada pueblo en nación, sin consideración de tamaño, creencia o tradiciones. Consistiría, en definitiva, en eliminar la dicotomía pueblo-nación, reconociendo a cada comunidad unida por lazos culturales y tradiciones antiguas, el derecho de organizarse y de administrar de forma autónoma las funciones que no se delegarían a la confederación mundial: la educación, la cultura, los servicios sociales básicos, la seguridad de los ciudadanos y la administración de la justicia.

Quedaría una cuestión compleja por resolver: la vinculación del pueblo con su tierra --o de la comunidad autónoma con el espacio que ésta administra -- , una cuestión que tiene raíces lejanas, pero aun más complicada por los fenómenos migratorios que tienden, a escala global, a desarticular los lazos de las comunidades humanas con sus territorios. El reconocimiento del derecho a la identidad y, más aún, el derecho de cada pueblo a acceder a la autonomía, exigiría que se constituyeran nuevos Estados autónomos, con sus respectivos territorios y gobiernos. Este reconocimiento debería tener, como corolario, el principio del respeto a los derechos de las minorías, sin el cual la nueva arquitectura política y constitucional sería insostenible. La violencia a la cual asistimos hoy --tanto en ciertos Estados en vías de implosión (los de la ex–Yugoslavia), como dentro de muchos Estados receptores de inmigrantes, con el desarrollo del racismo y de la intolerancia--, ilustra la dificultad y la importancia de tal reto.

Mientras que la solución de las cuestiones globales quedaría en manos de una autoridad confederada, y mientras que se concedería a cada pueblo el derecho de constituirse en entidad autónoma -- siempre que respetara los derechos de las minorías -- sería también necesario promover y garantizar la participación ciudadana. Analizado en términos constitucionales, el principal problema sería el de asegurar la democracia a todos los niveles de gobierno y de administración, garantizando a cada ciudadano una participación efectiva en las decisiones políticas. El reto en esta esfera no sería tanto el de inventar nuevas formas de democracia, sino garantizar una armonía entre las aspiraciones globales y las de la comunidad, asegurar modos de participación efectiva en la vida política y proteger los derechos de las minorías, todo ello a niveles y a una escala sin precedentes en la historia de la humanidad.

Garantizar la satisfacción de las aspiraciones colectivas, a escala planetaria, requeriría, en primer lugar, un consenso sobre los principios a partir de los cuales se formularían las leyes y se designarían los responsables políticos. En un mundo donde ciertos pueblos representan una fracción considerable de la humanidad, y otros una ínfima minoría, no sería aceptable que la adopción de las leyes o la designación de los dirigentes se hiciera siguiendo el principio de la proporcionalidad (ice. número de voces o de representantes proporcional a la población de cada pueblo). Ello consagraría la supremacía de los grandes pueblos y acarrearía, de cierto modo, formas de dominación inaceptables para los pueblos minoritarios. A la inversa, el

principio vigente según el cual cada Estado tiene el mismo peso en las instancias internacionales, y se concede la misma voz a grandes y a micro Estados --y hasta a Estados ficticios o folklóricos--, no es tampoco satisfactorio a escala universal, si se piensa en términos de aspiraciones globales y de equilibrio entre las expectativas de los diferentes pueblos. La solución deberá ser encontrada en un punto intermedio, mediante fórmulas de consenso, mayorías calificadas y minorías con derecho al veto que permitan, en su conjunto, la expresión de las aspiraciones de las mayorías sin oprimir a la minoría, y donde los Estados constituyentes conserven su personalidad y su función de canalización de las aspiraciones de cada pueblo.

En segundo lugar, para que el proyecto de confederación sea viable, y la asamblea de los pueblos --que lógicamente conformaría su órgano principal-- no se transforme en un cuerpo ingobernable, habría probablemente que limitar el derecho a voz deliberativa a aquellos Estados con real representatividad. Paralelamente, y con el propósito de proteger los derechos de las minorías no representadas --tanto en el ámbito confederado, como en el de cada Estado constituyente--, habría que inscribir en los textos constitucionales las garantías necesarias. Todo indica que materializar este proyecto no será fácil, y dependerá del grado de consenso al que se pueda aspirar en el transcurso de las décadas venideras.

En la esfera no institucional, sino de las fuerzas políticas, y de un entorno social que permita una expresión real de las aspiraciones individuales y colectivas, habrá sin duda que fomentar nuevos modos de participación ciudadana, sobre todo a escala global, donde la complejidad de dicha participación revestirá dimensiones no comparables a las que pudieron existir --en el otro extremo y en otra época-- para los ciudadanos de Atenas. El reto en esta esfera será de dos ordenes: constituir contrapesos a la influencia de las transnacionales y reconstruir la democracia sobre bases saneadas. Debido al peso y la influencia que han ganado las transnacionales, a la constitución en su seno y su entorno de una nueva capa dirigente y privilegiada y, finalmente, a la sofisticación cada vez mayor de las herramientas del poder, la constitución de contrapesos a escala global se impone como el camino más creíble para reconstituir espacios ciudadanos. En el mundo de hoy, el ciudadano aislado y limitado a su horizonte nacional carece de las condiciones que le permitirían evaluar las nuevas relaciones de fuerza o formular respuestas capaces de transformar dichas relaciones. Sólo una movilización colectiva y transfronteriza puede crear las condiciones para una respuesta global a cada uno de los retos que enfrenta hoy la humanidad. Sólo organizaciones globales, con agendas universales, pueden constituir contrapesos que impongan la negociación y abran el camino a soluciones alternativas.

La influencia de los Estados es cada día más limitada en lo que concierne a los asuntos globales, pues tienen que conciliar exigencias contradictorias y reflejar de manera creciente los intereses de las grandes transnacionales y de la nueva oligarquía planetaria. Las organizaciones internacionales, por su parte, reflejan las contradicciones y los conflictos de intereses de los Estados que las conforman. En ese sentido, las ofensivas lanzadas y el trabajo realizado por ciertas ONG globales --como Greenpeace, en lo que respecta a la protección del medio ambiente --, indican el camino a seguir. Actualmente se constituye una multitud de organizaciones con vocación global, aunque con diferentes niveles de peso e influencia, las cuales crean canales de expresión ciudadana en los más diversos sectores. Los movimientos y las protestas de los últimos tiempos contra las políticas neoliberales, y cuya proyección rebasa ya las fronteras--como ha sucedido frente a reuniones internacionales como las de la OMC, hasta de manera espectacular con el fracaso de la conferencia de Seattle--expresan las reacciones ciudadanas en esta área. Llama la atención, sin embargo, la debilidad del sindicalismo internacional frente al proceso de marginalización de la fuerza de trabajo, lo cual refleja el retroceso del movimiento sindical en el ámbito nacional y la precarización del trabajo que presenciamos hoy. No obstante, aparecen otros movimientos que asumen un liderazgo en el área laboral, como los que se enfrentan a los abusos a los niños y a las mujeres.

En muchas áreas se observa, pues, un proceso de reconquista del espacio ciudadano, con la formación de contrapesos a escala global. Sin embargo, dicha reconquista sería frágil e incompleta si no se reconstruyese la democracia sobre bases saneadas. En esta esfera, será necesario, sin duda, transformar la vida política para trasladarla del mundo del espectáculo y de los escándalos, al mundo del debate y de la responsabilidad. Como hemos mencionado, el mundo ha atravesado en estos últimos años un proceso de extrema mediatización de la política, transformada en producto comercial para la televisión, la prensa y las publicaciones, mientras los medios se utilizan para manipular a la opinión pública. El " monicagate", entre muchos otros casos, ilustra, claramente, esta tendencia. Paralelamente, los aparatos y los

partidos políticos se han transformado, de canales de la expresión ciudadana que eran antes, en máquinas de la conquista del poder, y aún peor, en empresas proveedoras de empleos, con la profesionalización de los mandatos públicos a la que hemos llegado hoy. A la mediatización de la vida política y a la profesionalización del trabajo político se añaden la pérdida de visión y de capacidad analítica del mundo político y su creciente compromiso con el mundo de los negocios.

El desplome del socialismo real y la ofensiva del neoliberalismo han traído como consecuencia una crisis de las ideologías que ha incidido en toda la vida política. La incapacidad del propio mundo político para descifrar la nueva realidad, y, en particular, para identificar los retos fundamentales del mundo de mañana, ha imposibilitado hasta la fecha cualquier formulación de proyectos alternativos que no sean los de la gestión día a día de la crisis económica y financiera.

Pero, más grave que todo es la convivencia y la ósmosis creciente entre el mundo político, la alta administración y el mundo de los negocios, que han creado el *humus* en el cual se han multiplicado las malversaciones, la corrupción, el abuso de mandatos públicos y el de bienes sociales. La proliferación de los escándalos y de los enjuiciamientos judiciales en las referidas áreas ilustra abundantemente esta tendencia. Todo esto ha redundado en una desafección creciente del ciudadano hacia la política, que va del simple desinterés al disgusto, provocando su alejamiento de la vida política y el creciente abstencionismo en las elecciones, y reforzando la tendencia a la profesionalización y la corrupción del mundo político. Es, por lo tanto, vital, sanear la vida política, comenzando por la reanimación de la reflexión política y de la participación ciudadana, procesos ambos que sólo pueden darse en un marco global, en el cual el ciudadano y el Estado se habrán reconciliado con el propósito de enfrentar los desafíos del Tercer Milenio y de construir un mundo mejor.

Commissariat general du Plan. 1973-1975. Travaux préparatoires au VIe Plan. Rapports et travaux inédits des Commissions et groupes de travail. Paris.

Ferrer, A. 1996. *Historia de la globalización: Orígenes del orden económico mundial*. Fondo de Cultura Económica (Serie de economía). Buenos Aires.

George, S. Aout 1996. "Comment la pensée devint unique". Le Monde Diplomatique. Paris.

Grunberg, I. 1998. "Double jeopardy: Globalization, liberalization and the fiscal squeeze". World Development, Vol.26, No. 4. Elsevier Science, Ltd.

Hobsbawm, E. 1997. *La era de la Revolución, 1789-1848*. Libros de historia (Crítica). Grijalbo Mondadori, S.A. Barcelona.

La crise de l'Etat – Sous la direction de Nicos Poulantzas. 1976. PUF (Politiques). Paris.

Lerda. J.C. Abril,1996. Globalización y pérdida de autonomía de las autoridades fiscales, bancarias y monetarias. Revista de la CEPAL.

Martínez, O.1997. Globalización de la economía mundial: la realidad y el mito. Cuba Socialista 8:37-45. La Habana.

Meadows, D. H., Meadows, D.L, Randers, J, Behrens, W.W, III. 1972. The limits to growth. MIT's report for The Club of Rome's project on the predicament of mankind. Potomac Associates Book. Earth Islands Ltd. London.

Morin, E. 1983. *De la nature de l'URSS: Complexe totalitaire et nouvel empire*. Fayard. Paris.

Morin, E. & Nair. S. 1997. *Une politique de civilisation*. Arlea. Paris.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. 1998 y 1999. Informes sobre el Desarrollo Humano. Ediciones Mundi-Prensa. Madrid.

Sapir, J. 1990. *L'économie mobilisée: Essai sur les économies de type soviétique*. Editions La Découverte. Paris.

Sassen, S. 1996. *La ville globale: New York, Londres, Tokyo*. Descartes Cie. Paris

Strange, S. 1996. *The retreat of the State: The diffusion of power in the world economy*. Cambridge University Press (Cambridge studies in international relations) Cambridge.

INCERTIDUMBRE Y CREATIVIDAD
Immanuel Wallerstein

---

* Conferencia dada en el transcurso del Forum 2000: Inquietudes y esperanzas en el umbral del nuevo milenio, Praga, 3 al 6 de septiembre, 1997. Artículo publicado en Iniciativa Socialista, número 47, diciembre 1997. La traducción al castellano ha sido revisada por Immanuel Wallerstein.

Creo que la primera mitad del siglo XXI será más dificultosa, más perturbadora y, sin embargo, más abierta que todo lo que hemos conocido durante el siglo XX. Digo esto basándome en tres premisas, aunque carezco de tiempo para argumentarlas aquí.

La primera premisa es que los sistemas históricos, como todos los sistemas, tienen vidas finitas. Tienen un comienzo, un largo período de desarrollo y, finalmente, mueren, cuando se alejan del equilibrio y alcanzan puntos de bifurcación.

La segunda premisa es que en esos puntos de bifurcación surgen dos nuevas propiedades: pequeños *inputs* provocan grandes *outputs* (mientras que durante el desarrollo normal se produce lo contrario: grandes *inputs* provocan pequeños *outputs*) y el resultado de tales bifurcaciones es intrínsecamente indeterminado.

La tercera premisa es que el moderno sistema-mundo, como sistema histórico, ha entrado en una crisis terminal, y no resulta verosímil que exista dentro de 50 años. Sin embargo, ya que el resultado es incierto, no sabemos si el sistema (o los sistemas) resultante será mejor o peor que el actual, pero sí sabemos que el período de transición será una terrible etapa llena de turbulencias, ya que los riesgos de la transición son muy altos, los resultados inciertos y muy grande la capacidad de pequeños *inputs* para influir sobre dichos resultados.

Está muy extendida la opinión de que el colapso de los comunismos en 1989 marcó un gran triunfo de liberalismo. Pero, a mi entender, marcó más bien el colapso definitivo del liberalismo en tanto que geocultura definidora de nuestro sistema-mundo. Esencialmente, el liberalismo prometió que las reformas graduales mejorarían las desigualdades del sistema-mundo y reducirían su aguda polarización. La ilusión de que esto era posible dentro de la estructura del moderno sistema-mundo ha sido, de hecho, un gran factor de estabilización, pues legitimaba los Estados ante los ojos de sus poblaciones, a las que prometía un cielo sobre la tierra en un futuro al alcance de la vista.

El colapso de los comunismos, de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo y de la fe en el modelo keynesiano dentro del mundo occidental refleja, a través de esa triple simultaneidad, la cada vez más propagada desilusión popular en la validez y realidad de los programas reformistas.

Pero esta desilusión, por muy merecida que sea, golpea sobre los puntales en que se basa la legitimación popular de los Estados, y, de hecho, deshace cualquier posible razón por la que sus poblaciones debieran tolerar la continua y creciente polarización de nuestro sistema-mundo. Por tanto, preveo que se producirán considerables tumultos, del mismo tipo que los ocurridos durante los años 90, extendiéndose desde las Bosnias y Ruandas de este mundo hacia las regiones más ricas (y consideradas más estables) del planeta, como los Estados Unidos.

Como ya he dicho, estoy exponiendo premisas, de las que ustedes pueden no estar convencidos, ya que no tengo tiempo para argumentarlas (1). Deseo simplemente sacar las conclusiones morales y políticas de mis premisas. La primera conclusión es que el progreso no es inevitable, a diferencia de lo que la Ilustración, en todas sus variantes, predicó. Pero no acepto que sea por ello imposible. El mundo no ha avanzado moralmente en los últimos miles de años, pero podría hacerlo. Podemos movernos en la dirección de lo que Max Weber llamó "la racionalidad sustantiva", esto es, valores racionales y fines racionales, alcanzados colectiva e inteligentemente.

La segunda conclusión es que la creencia en certezas, una premisa fundamental de la modernidad, ciega y mutila. La ciencia moderna, esto es, la ciencia cartesiana-newtoniana, se ha basado en la certeza de certeza. La suposición básica es que existen leyes universales objetivas que gobiernan todos los fenómenos naturales, que estas leyes pueden ser descubiertas por la investigación científica y que, una vez que tales leyes son conocidas, podemos pronosticar perfectamente el futuro y el pasado a partir de cualquier conjunto de valores para las condiciones iniciales.

Frecuentemente, se ha dicho que este concepto de ciencia es mera secularización del pensamiento cristiano, en la que la figura de Dios sería simplemente sustituida por "la

naturaleza", y que la indispensable presunción de certeza se deriva de -y es paralela a- las verdades propias de las creencias religiosas. No quiero comenzar aquí una discusión teológica *per se*, pero me ha llamado siempre la atención el hecho de que la creencia en un Dios omnipotente, opinión común por lo menos a las llamadas religiones occidentales (Judaísmo, Cristianismo e Islam), es de hecho lógica y moralmente incompatible con una creencia en la certeza, o por lo menos en cualquier certeza humana. Ya que si Dios es omnipotente, entonces los seres humanos no pueden limitarle dictando aquello que creen ser verdades eternas, pues entonces Dios no sería omnipotente. Sin duda, al comienzo de la modernidad los científicos, muchos de los cuales eran muy devotos, pudieron pensar que ellos estaban defendiendo tesis en consonancia con la teología imperante, y tampoco cabe duda de que muchos teólogos les daban motivos para pensar así, pero, en definitiva, no es cierto que la creencia en la certeza científica sea un complemento necesario de los sistemas religiosos.

Además, la creencia en la certeza se encuentra ahora sometida a un severo -y yo diría que muy eficaz- ataque procedente de las propias ciencias naturales. Me basta con referirme al último libro de Ilya Prigogine, El fin de las certidumbres [Taurus, 1997, Madrid], en el que sostiene que, incluso en el *sancta sanctorum* de las ciencias naturales -los sistemas dinámicos de la mecánica-, los sistemas son regidos por la flecha del tiempo y se alejan inevitablemente del equilibrio. Estas nuevas perspectivas reciben el nombre de ciencia de la complejidad, en parte porque afirman que las certezas newtonianas siguen siendo válidas solamente en sistemas muy restringidos y simples, pero también porque dicen que el universo manifiesta un desarrollo evolutivo de la complejidad y que la inmensa mayoría de las situaciones no pueden explicarse a partir del equilibrio lineal y de un tiempo reversible.

La tercera conclusión es que en los sistemas sociales humanos, los más complejos del universo -por lo que resultan aún más difíciles de analizar-, la lucha por una buena sociedad es un rasgo permanente. Además, esa lucha toma su mayor significado en los períodos de transición entre un sistema histórico y otro (cuya naturaleza no podemos conocer de antemano). Para decirlo de otro modo: sólo en esos tiempos de transición resulta posible que las presiones del sistema existente hacia la vuelta al equilibrio puedan ser superadas por lo que denominamos *libre albedrío*. Por tanto, un cambio fundamental es posible, aunque nunca es seguro, por lo que corresponde a nuestra responsabilidad moral el actuar racionalmente, de buena fe y con energía en busca de un sistema histórico mejor.

No podemos saber como sería este nuevo sistema histórico en términos estructurales, pero podemos exponer aquellos criterios que serían la base de lo que llamaríamos un sistema histórico sustantivamente racional. Debería ser un sistema ampliamente igualitario y democrático. No sólo no veo ningún conflicto entre ambos objetivos, sino que sostengo que están intrínsecamente vinculados entre sí. Un sistema histórico no puede ser igualitario si no es democrático, porque un sistema no democrático distribuye el poder desigualmente, lo que implica que también distribuirá desigualmente todas las demás cosas. Y no puede ser democrático si no es igualitario, ya que en un sistema desigualitario algunos disponen de más medios materiales que otros, y, por tanto, es inevitable que también tengan más poder político

La cuarta conclusión que extraigo es que la incertidumbre es maravillosa y que la certeza, si fuera real, sería la muerte moral. Si estuviésemos seguros del futuro, no habría apremio moral alguno para hacer cualquier cosa. Seríamos libres para satisfacer cualquier pasión y actuar siguiendo cualquier impulso egoísta, ya que todas las acciones estarían sometidas a una ordenada certeza. Por el contrario, si todo está sin decidir, entonces el futuro está abierto a la creatividad, no sólo a la creatividad meramente humana, sino también a la creatividad de toda la naturaleza. Está abierto a la posibilidad y, por lo tanto, a un mundo mejor.

Pero solamente podemos conseguir un mundo mejor si estamos dispuestos a emplear nuestras energías morales para conseguirlo, y prestos a enfrentarnos con los que, bajo cualquier disfraz y arropados en cualquier excusa, prefieren un mundo desigualitario y no democrático.

NOTAS

Estas tesis se han defendido con alguna extensión en dos libros recientes: Immanuel Wallerstein, Despues del liberalismo (Mexico, Siglo XXI, 1996) y Terence K. Hopkins & I. Wallerstein, coords., The Age of Transition: Trajectory of the World-System , 1945-2025 (Londres: Zed Press, 1996)

LA CONTRAURBANIZACIÓN: UN DEBATE METODOLÓGICO Y CONCEPTUAL SOBRE LA DINÁMICA DE LAS ÁREAS METROPOLITANAS

Mercedes Arroyo
Universidad de Barcelona

La contraurbanización: un debate metodológico y conceptual sobre la dinámica de las áreas metropolitanas (Resumen)
Este artículo se organiza en torno al fenómeno de la contraurbanización y en torno al debate conceptual y metodológico que se suscitó a partir de su definición por el geógrafo norteamericano, Brian Berry, en 1976. La contraurbanización se entiende como un cambio brusco en los modelos de poblamiento urbano en los países fuertemente industrializados y se le han atribuido distintas causas que conducen a diferentes conclusiones. Según el punto de vista que se adopte, la contraurbanización puede considerarse la simple continuación de procesos de urbanización anteriores o, por el contrario, un cambio de sentido en los modelos de poblamiento urbano de consecuencias todavía escasamente estudiadas.
Desde el punto de vista geográfico, se ha introducido una duda razonable sobre las nociones de jerarquía urbana y de centro-periferia, propias de las valoraciones tradicionales de las áreas metropolitanas, que deberían ser sustituidos por el concepto de multipolaridad, vinculado a una estructura urbana menos jerarquizada, propia de una nueva organización territorial basada en sistemas de ciudades.
Palabras clave: contraurbanización/ modelos de poblamiento/ multipolaridad

Hacia los años 1970, se observó en algunas áreas urbanas norteamericanas ciertas irregularidades en el crecimiento de la población respecto a los modelos de asentamientos urbanos propios de los países industrializados.
Por primera vez, y observados en su conjunto, los núcleos centrales de las áreas metropolitanas más antiguas dejaron de atraer efectivos poblacionales e iniciaron un lento declive en el número de sus habitantes mientras que sus periferias residenciales continuaron creciendo. A la vez, otras áreas urbanas no metropolitanas, diversos núcleos urbanos de menor tamaño y aún áreas rurales distantes iniciaron un substancial crecimiento demográfico basado, esencialmente, en los desplazamientos definitivos de población.
Dichas variaciones parecían no obedecer a las mismas condiciones en que se había desarrollado hasta entonces los modelos clásicos de urbanización en los que, como es conocido, se producen sucesivos movimientos de concentración de población, e hicieron suponer que se había producido un cambio en las tendencias de los movimientos migratorios urbanos.
Inicialmente, se creyó que la crisis de los años setenta estaba incidiendo sobre la estructura económica del sistema y que ésta era la causa de que los centros metropolitanos perdiesen población; pero también se observó que otros centros urbanos menores no parecían sentirse afectados por dicha situación. Además, el hecho de que ese fenómeno se hubiese observado en países fuertemente industrializados hizo pensar enseguida que ambas cuestiones -el grado de industrialización y los nuevos movimientos migratorios- podían tener alguna relación.
En lo que sigue, nos proponemos, en primer lugar, exponer algunas características de este proceso, conocido como *counterurbanisation*, -que, con mayor o menor acierto, fue traducido en los países de habla hispana como contraurbanización- y su relación con el proceso de urbanización. En segundo lugar, presentaremos las principales líneas de debate que se suscitaron en torno al nuevo fenómeno y el contexto de la contraurbanización. A continuación, nos detendremos en las relaciones entre los procesos de crecimiento que afectan a las áreas urbanas y el tipo de estructura socioeconómica en distintas épocas y en sus consecuencias poblacionales y territoriales.
Para finalizar la parte teórica de nuestra aportación, efectuaremos algunas consideraciones sobre un posible cambio de enfoque en la valoración de la estructura de las áreas metropolitanas, sobre todo, en referencia a la relación jerárquica centro-periferia y al papel de la planificación urbana.
Por último, realizaremos algunas reflexiones sobre la aplicabilidad de dicho modelo a las áreas metropolitanas de Barcelona y de Madrid y concluiremos con un balance de todo lo expuesto.

El concepto contraurbanización y su relación con el término urbanización

El término *counterurbanisation* fue acuñado por Brian J.L. Berry en 1976[1], y con él pretendía describir un cambio de sentido en el proceso de crecimiento de las ciudades que contaban con una larga historia industrial anterior[2], que implicaba a la vez la salida de contingentes poblacionales de los centros metropolitanos más antiguos y más densamente poblados y el aumento paralelo de otras áreas no metropolitanas, exteriores a los anillos suburbanos de las mismas[3].

Brian Berry partió de las observaciones de Hope Tisdale en 1942[4], que había caracterizado el fenómeno de urbanización como un proceso de concentración de población que actúa de dos maneras: por la multiplicación de puntos de concentración o por el crecimiento del tamaño de concentraciones individuales. Ello implica el paso de un estado de menor concentración a otro de mayor concentración de la población. Antes de seguir adelante, se hace imprescindible definir con más detalle el término urbanización.

El fenómeno de la urbanización se identifica como el proceso de concentración constante de población en áreas urbanas que implica dos tipos de movimientos: unos de carácter centrípeto y otros de carácter centrífugo. Como había señalado Amos Hawley en 1950, los movimientos de carácter centrífugo se habían iniciado ya en el siglo XIX con la atracción de poblaciones rurales a los centros fabriles de las ciudades industrializadas, de manera que los centros urbanos fueron creciendo y centralizando progresivamente mayores volúmenes de población, de capacidad de decisión y de recursos.

Los movimientos de carácter centrífugo, por su parte, suponen que las ciudades en crecimiento absorban paulatinamente territorios vecinos y núcleos de población adyacentes, eliminando la autonomía y heterogeneidad de pueblos y villorrios circundantes en una organización territorial y económica única, el área metropolitana. Más adelante, estos núcleos se habrían encontrado insertados en una organización económica más amplia, la comunidad metropolitana[5] o región metropolitana, cuya formación se vio favorecida por la aparición de medios de comunicación gradualmente más avanzados y progresivamente capaces de alcanzar mayores distancias[6].

Hawley había señalado que si "los movimientos centrípetos hacen posible un desarrollo suficiente del centro para que se mantenga la integración y la coordinación del complejo de relaciones en expansión" en cambio, "los movimientos centrífugos son el proceso por el que nuevos territorios y nuevos grupos de población se incorporan en una organización única"[7].

Estas dos fuerzas -centrípeta y centrífuga- son las que consiguen que en las ciudades industriales se concentren y se organicen los recursos económicos, demográficos y de gestión, de manera que los centros metropolitanos resultantes de la progresiva concentración han podido ejercer un papel centralizador de sus regiones circundantes y desempeñar funciones de centros de innovación y de crecimiento económico gracias a las posibilidades de su mayor oferta de lugares de trabajo; de los adelantos en las técnicas empresariales y gracias, también, al mayor volumen de los capitales disponibles para crear riqueza así como por sus vínculos con los capitales financieros. Las áreas periféricas de esos centros metropolitanos, por su parte, sólo pueden crecer según los requerimientos de los centros metropolitanos.

Esta definición implica el proceso de metropolización y su paralelo de suburbanización, pero es conveniente retenerla, ya que -adelantamos- la contraurbanización supone una dinámica distinta.

Pocos años antes, en 1947, también Robert E. Dickinson se había fijado en ese proceso de concentración propio de las grandes ciudades y también observaría que una de las características principales que definen a las comunidades metropolitanas modernas, si no la principal, radicaba precisamente en la diferenciación de las fuerzas centrípetas y de las fuerzas centrífugas, ambas implícitas en el proceso de industrialización. Las últimas habían modificado la estructura de las comunidades urbanas industriales al permitir que amplias zonas periféricas de las ciudades en crecimiento fuesen pobladas por contingentes importantes de población y que, por medio de la diferenciación territorial de funciones especializadas, -vivienda, industria y comercio- las capitales modernas fuesen "algo más que unidades de poblamiento denso"[8].

Brian Berry partiría precisamente de estas consideraciones sobre el proceso de urbanización para señalar que las diferencias observadas entre el número de habitantes de las áreas metropolitanas y de las áreas no metropolitanas suponían un cambio de tendencia de carácter estructural: no obedecían a una simple perturbación causada por la crisis económica de los años setenta, sino que implicaban un cambio de modelo en los procesos de poblamiento de las grandes áreas urbanas. Para Brian Berry, la "desconcentración acelerada" de las poblaciones residentes en los centros metropolitanos habría dado lugar a la "emergencia de una potente fuerza de contraurbanización"[9] que por sus mismas características se distinguiría de la concentración progresiva, propia de los procesos de urbanización.

Sin embargo, pronto se encontrarían lagunas en esta definición, principalmente, en dos aspectos esenciales.
En primer lugar, sobre el hecho de que se hubiese originado un verdadero cambio en los movimientos de población; en segundo, que se hubiese producido de una manera súbita, lo que Brian Berry denominaría un clean break, es decir, una ruptura desde la tendencia hacia la progresiva concentración, que habría sido sustituida por un nuevo modelo que implicaba la desconcentración de la población y la descentralización, sin relación aparente con los antiguos modelos de poblamiento.
Quedaba por saber, además, si, de existir, ese cambio no era más que una consecuencia lógica del propio crecimiento del sistema urbano o si verdaderamente se habían producido transformaciones que hubiesen alterado las condiciones generales de la estructura social y, con ellas, los modelos de poblamiento.

El debate en torno a la contraurbanización

La diversidad de posiciones metodológicas ante el fenómeno de la contraurbanización es considerable. Desde las que lo estiman como un proceso que debe inscribirse en el mismo desarrollo del capitalismo, como una más de las condiciones de su propia lógica espacial, es decir, como la simple continuación de la suburbanización -la salida definitiva de poblaciones sobrantes [*overspill*] desde las grandes áreas metropolitanas-, a las posiciones desde las que se considera la contraurbanización como algo completamente nuevo, como una ruptura [*clean break*] con el pasado.
Según sus puntos de vista específicos, para algunos autores, la explicación de esa ruptura debe buscarse en los factores que influyen en las decisiones individuales de las poblaciones urbanas, principalmente referidas al atractivo de algunas zonas rurales, al clima o a la existencia de amplios espacios urbanizables en contraste con las ciudades con elevados índices de contaminación atmosférica, de ruidos y con mayor densidad de población[10]. Algunos observan el fenómeno desde un punto de vista multicausal[11], mientras que otros lo definen como resultado de una sola causa[12], en un amplio espectro que se extiende desde la recesión económica de los años 1970 o la crisis energética hasta los cambios tecnológicos que se sucedieron poco después.
Ciertos autores, en fin, no aceptan que el concepto se aplique a las áreas rurales[13]; mientras que otros las incluyen como los espacios propios de la contraurbanización[14]. Y todavía en algunas contribuciones recientes se sostiene que el fenómeno de la contraurbanización se mantiene fluctuante en un movimiento ondulatorio en función de los cambios tecnológicos, de los ciclos económicos y del distinto estado de la tecnología según los países[15]. Esta última explicación sostiene que ya se han producido por lo menos dos períodos contraurbanizadores: alrededor de 1968-75 y en los años finales de la década de los ochenta, y en ambos, en función de los cambios centrados, sobre todo, en el tipo de actividades dominantes en determinados núcleos de población.
En sus primeras consideraciones, Brian Berry había indicado que ese tipo de cambios sucedidos en los poblamientos urbanos se había visto favorecido, sobre todo en Estados Unidos, por la tendencia de su población a "la novedad, el deseo de estar cerca de la naturaleza, el espíritu de frontera, la libertad de movimientos y el deseo de mantener la individualidad en pequeños grupos homogéneos"[16], y éste fue otro de los reparos que se opusieron a las hipótesis de Brian Berry, es decir, si se dejó influir por los conocidos deseos de vivir en áreas de baja densidad por parte de la población norteamericana.
Si el proceso de contraurbanización se observa en términos de preferencias individuales, sólo se puede entender como sinónimo de *overspill* (o expulsión de población sobrante) o, a lo sumo, como expresión de una mejora en las condiciones económicas de algunos estratos sociales privilegiados; lo cual, en consecuencia, difícilmente permite despejar las dudas respecto a los problemas del cambio y a la distinción entre modelo y proceso; no se podía asegurar si se estaba ante una *revolución* en los modelos de poblamiento o ante una simple *evolución* desde tipos de poblamiento de áreas suburbanas a otras gradualmente más alejadas, fuesen éstas rurales o urbanizadas.
De manera que ante sus consideraciones, se alzarían algunas voces en las que se recordaría que en el pasado otros procesos similares habían producido desplazamientos de la población cuando las condiciones económicas lo habían hecho posible. Los diversos movimientos de suburbanización tenían, sobre todo en algunos países de cultura anglosajona, una ya larga tradición.

Por otro lado, algunas publicaciones mostrarían que, efectivamente, en los años setenta se había producido un crecimiento de población en áreas no metropolitanas y aún en áreas rurales. Lo que no se aceptaba tan fácilmente es que fuese algo diferente de procesos de urbanización anteriores[17], ya que podía confundirse con la dinámica que habían seguido algunas ciudades preindustriales en su paso a la industrialización que finalmente había desembocado en la urbanización intensiva.
De modo que si no se tenían en cuenta determinadas cuestiones que daban lugar a algunas diferencias entre ambos procesos, la contraurbanización podía considerarse o bien un movimiento de corto alcance vinculado a la recesión económica de los años setenta -cuestión que descartaría más tarde Berry y a lo que tendremos ocasión de referirnos más adelante- o bien un movimiento relacionado con el desarrollo del ámbito rural, en lo que nos detendremos a continuación.

El desarrollo rural y el rechazo de la gran ciudad
Una de las primeras reacciones a favor de un cambio de tendencia en los modelos de poblamiento está constituida por la construcción teórica de Vining y Strauss quienes, en 1977, sustentarían que la contraurbanización se debía entender como un proceso de revitalización de las áreas rurales en el que debían producirse algunas condiciones indispensables relacionadas con un tipo de vida basado en determinadas características[18]. Para Vining y Strauss, la contraurbanización en sentido estricto debía entenderse a partir de cuatro condiciones.
Primero, que la disminución de población en los centros metropolitanos no fuese únicamente producto de la expulsión de población sobrante desde las áreas metropolitanas, es decir, que no se tratase del ya citado proceso de *overspill* producido, por ejemplo, por el encarecimiento del mercado de la vivienda en las áreas centrales, ni que las preferencias individuales fuesen las causas decisivas de la salida de población desde éstas.
En segundo lugar, que los contingentes de población procedentes de los centros metropolitanos no favoreciesen la creación de nuevas áreas metropolitanas, ya que entonces se volvía a entrar en la dinámica de la concentración propia del proceso de urbanización.
Tercero, que en los nuevos asentamientos dominase el componente rural en oposición al componente urbano, de modo que no se produjese, tampoco, la creación de áreas urbanizadas y Cuarto, que el proceso de contraurbanización no fuese simplemente la consecuencia de la relocalización de formas de vida urbana, sino que ello conllevase, además, un cambio desde un estilo de vida urbano a otro de tipo rural o neo-rural.
De estas cuatro condiciones esenciales, que al mismo tiempo constituyen cuatro restricciones progresivamente más limitadoras para que se produzca el proceso de contraurbanización, el primer nivel se encuentra relacionado con la idea de que los movimientos pendulares de la población desde áreas metropolitanas hacia áreas suburbanas o rurales no se pueden considerar un dato definitivo para mostrar un corte limpio entre dos tipos de tendencias, sino como una mera continuación de los procesos de suburbanización y de descentralización metropolitana, bien establecidos y conocidos con anterioridad.
El segundo nivel de análisis se refiere al hecho de que aunque se haya producido crecimiento en las áreas rurales remotas, ello no implica necesariamente un cambio a largo plazo hacia un nuevo tipo de asentamiento dominado por pequeños núcleos rurales, sino que ese crecimiento podría formar parte de un proceso continuo de declive urbano y de crecimiento rural a través de todo el territorio. Es conocido el papel que desempeñaron las colonias industriales del siglo XIX, sobre todo, para el aprovechamiento de energías naturales; y no por eso dichas colonias adquirieron el rango de centros urbanos.
El tercer rasgo característico de la contraurbanización se debía definir por la contraposición entre dos conceptos: urbano y metropolitano. En su interpretación, Vining y Strauss consideraban la contraurbanización como la antítesis directa de la urbanización, cuya definición geográfica se entiende explícitamente con referencia a las diferencias de proporción de población que vive en áreas urbanas y áreas no urbanas.
Desde esta perspectiva, la contraurbanización sólo puede producirse cuando la proporción de población que vive fuera de áreas urbanas se encuentra en incremento a costa de los habitantes de los centros urbanos. De todos modos, la definición de los asentamientos como rurales o urbanos varía considerablemente según los países, lo cual puede inducir a errores desde el punto de vista estadístico al evaluar el tamaño de una población. Recuérdese el caso, quizás extremo, de Dinamarca, en donde la consideración de asentamiento urbano supone superar los doscientos habitantes.
La cuarta y última condición para calificar la contraurbanización, la más restrictiva de todas, está basada en una combinación de criterios sociológicos y geográficos. En pocas palabras, para ser

un buen "contraurbanita" una persona o una familia no sólo debe tener su residencia habitual en un área rural, sino que también deberá asumir un estilo de vida, si no idéntico al rural tradicional, esencialmente fundamentado en su equivalente moderno[19].
Las contribuciones iniciales de Berry sobre esta cuestión parecen dar soporte a esta perspectiva en tanto que identifica los "sentimientos profundos" respecto a las ventajas asociadas al medio rural observados en la población anglosajona que, según estos dos autores, serían la fuerza de sustentación principal de la contraurbanización. Sin embargo, existen signos evidentes de que una parte del crecimiento de población que tiene lugar en áreas no metropolitanas está contribuyendo a la emergencia de nuevos centros metropolitanos[20].
Hasta aquí, la construcción teórica de Vining y Strauss, en la que se considera la contraurbanización como un proceso de desarrollo del medio rural como tal, ya que, como se ha dicho, si se desarrolla de la manera inversa, es decir, si se produce el crecimiento de áreas urbanas de pequeño tamaño, se vuelve a entrar en la dinámica de la urbanización, y por tanto, en la tendencia a la concentración y a la metropolización, como sucedió en pasadas épocas industriales.
Esta vía de análisis cuenta todavía en la actualidad con algunas aportaciones a las que se ha añadido el rechazo del contexto urbano por parte de los habitantes de las grandes ciudades. Recientemente, Thumerelle ha identificado también esa vuelta al mundo rural por parte de algunos segmentos de las poblaciones urbanas como una respuesta a las "aspiraciones profundas" a habitar en espacios menos densamente poblados que las metrópolis y que los espacios industrializados, de nuevas formas, más ligeras, más móviles, de producción, intercambio y de circulación de la información[21]. Según este autor, la contraurbanización vendría a constituir la versión "postmoderna" de la dispersión residencial que sería, siempre según Thumerelle, "la tendencia natural de la ciudad". Lo cual, por otra parte, está relacionado sólo con los movimientos centrífugos del proceso de urbanización; pero no con los de carácter centrípeto y su tendencia a la concentración.
Ciertamente, el término contraurbanización es engañoso y de hecho, todavía se debate si es apropiado para describir las variaciones en las tendencias migratorias desde los centros metropolitanos; pero entre tanto, se ha llegado a un cierto consenso sobre su significado y se continúa utilizando como elemento descriptivo de las investigaciones en este campo[22].

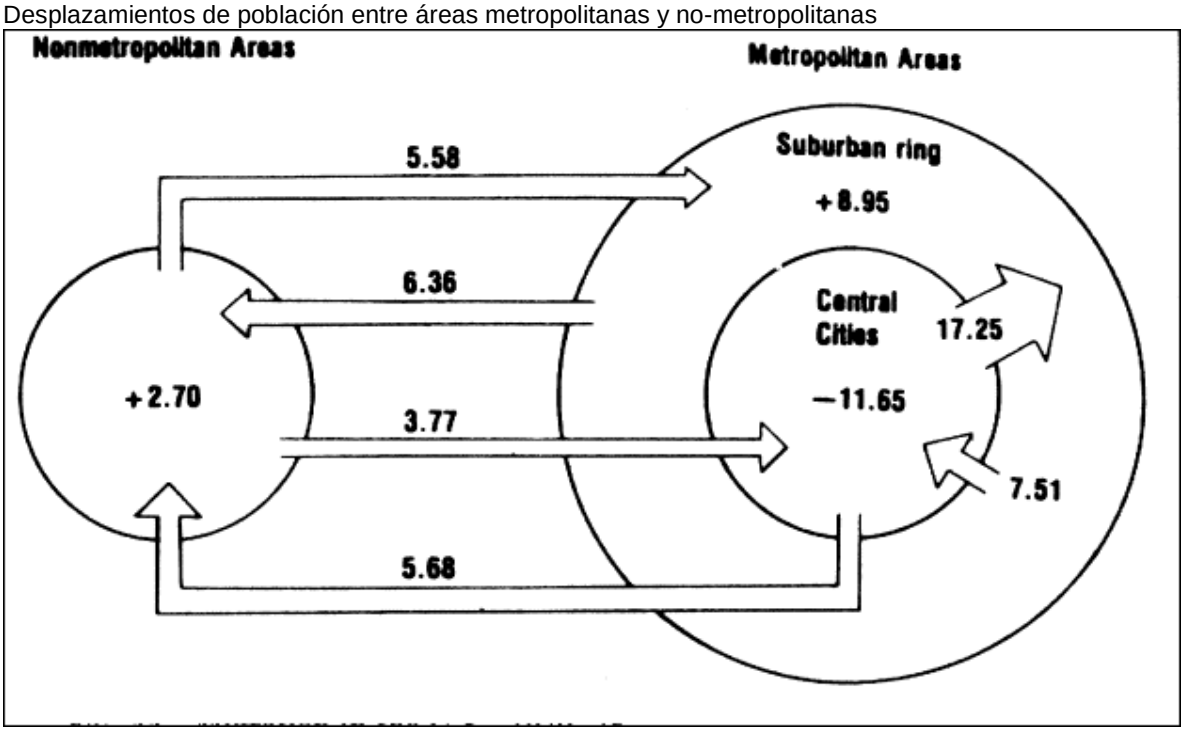
Por su misma ambigüedad, es susceptible de ser interpretado como un crecimiento *contra* la urbanización, en cuyo caso, si es contrario, no es urbano, sino rural, haciendo buena la conocida dicotomía rural-urbano y viceversa. Las confusiones a este respecto -la falsa dicotomía rural-urbano- son innumerables, de manera que la contraurbanización se ha definido últimamente como "un proceso de salida de las ciudades por las poblaciones buscando un marco rural, también alejado, un cambio de hábitat y de modo de vida"[23].
Según estas interpretaciones, la contraurbanización supone un rechazo de la gran ciudad y, sobre todo, de sus rasgos más importantes: densidad, artificialidad y mezcla social, sin distinguirse claramente de la suburbanización y de la periurbanizacion, ya que éstas también extienden el espacio urbano, sin implicar *a priori* ruptura simbólica con la ciudad.
Por el momento, señalaremos que si la contraurbanización se entiende como un proceso de crecimiento al margen y a costa de los centros metropolitanos, con este concepto se está aludiendo a un proceso de desconcentración de población de las áreas metropolitanas que dará lugar a la aparición de núcleos de población o al crecimiento de otros ya existentes, sean éstos rurales o urbanos, lo cual es indiferente, pero con un menor grado de vínculos con el centro.
Por otra parte, se sabe que la localización de las actividades económicas en los países industrializados estuvo hasta épocas recientes limitada por numerosos condicionantes, como el acceso a las energías, los medios de transporte y de comunicación de masas, que, como se ha indicado, centralizaba un área urbana. Pero sabemos que esto en la actualidad también ha dejado de ser cierto en prácticamente todos los sectores productivos y en esa cuestión, que es esencial, nos detendremos enseguida.
La dinámica poblacional de la contraurbanización
Efectivamente, si el término contraurbanización se aborda desde el punto de vista de una dinámica de población decididamente aparte del crecimiento de los centros metropolitanos existentes y a expensas del crecimiento de la población de éstos -como reconocen Vining y Strauss (1977) y afirman categóricamente Hall (1983), o Fielding (1986), entre otros autores-, entonces se entiende mejor que se trata de un proceso *contra* no por ser rural, lo cual es indiferente, sino por el crecimiento de nuevos núcleos al margen de las áreas metropolitanas

más antiguas, debido a que esos núcleos han adquirido nuevas funciones dentro de una división espacial del trabajo diferente y, en consecuencia, se ha visto favorecido el paso desde una organización territorial en términos de estructura jerárquica a un sistema urbano basado en nuevas áreas funcionales incorporadas al proceso productivo.
Mientras que la urbanización habría significado un proceso continuado de concentración de población en núcleos organizados jerárquicamente, la contraurbanización se caracterizaría por lo contrario, por un proceso de *desconcentración* de población determinado por la funcionalidad de distintos núcleos urbanos en crecimiento; por el lugar que éstos ocupan en la división espacial del trabajo y, probablemente, también por una nueva organización territorial menos jerarquizada.
Y seguramente a eso se refiere Berry en una obra posterior [24] cuando alude al reforzamiento de la diferenciación entre el crecimiento de áreas metropolitanas y no metropolitanas y principalmente a los *ritmos* de crecimiento entre ambos tipos de asentamientos, comprobados a partir de 1970.
De modo que, ante las reacciones suscitadas por sus primeras hipótesis de 1976, reelaboró éstas y describió el desarrollo urbano hasta los años 1970 a partir de cuatro secuencias: la primera, la *centralización absoluta*, que se habría producido cuando el crecimiento de la población se concentrase en los centros urbanos a costa del crecimiento del resto de la región; la segunda, la *centralización relativa*, en la que centro y periferia crecen al unísono; la tercera, la *descentralización relativa*, cuando los suburbios crecen más deprisa que el núcleo central y la cuarta, la *descentralización absoluta*, cuando el núcleo central declina y el suburbio crece.
Con estas cuatro secuencias, Brian Berry afinaba sus anteriores observaciones respecto a los procesos de urbanización que ya había señalado Tisdale en 1942 [25], y situaba en la cuarta secuencia la contraurbanización: un proceso de descentralización absoluta que afecta a las áreas metropolitanas, a las áreas urbanas no metropolitanas, a núcleos aislados y a zonas rurales; que da lugar a una organización territorial nueva en la que se combinan áreas de urbanización dispersa y difusa con nuevas polaridades y que afecta a las áreas metropolitanas observadas en su conjunto.
Hasta aquí, hemos reflexionado sobre algunas caracterizaciones del crecimiento de las ciudades y las primeras interpretaciones para justificar el cambio de tendencia en los modelos de poblamiento urbano a partir de las observaciones iniciales de Brian Berry y seguidas por numerosos geógrafos, especialmente del ámbito anglosajón. Ahora examinaremos con mayor detalle las relaciones de la contraurbanización con otros procesos, de carácter social y económico esencialmente, y las diferencias de ésta respecto a otros procesos de desconcentración urbana.

El contexto de la contraurbanización

Apoyado en estadísticas de población, Brian Berry pudo afirmar con seguridad que desde los años setenta, las grandes áreas metropolitanas, observadas en su conjunto, habían crecido en Estados Unidos a un ritmo más lento que las áreas metropolitanas menores y aún que las áreas no metropolitanas. Asimismo, comprobó que las áreas metropolitanas estaban experimentando pérdidas de población que se iba a establecer en áreas no metropolitanas, pérdidas que tenían mucho que ver con el declive de las ciudades centrales.
También observó que los crecimientos de población más rápidos se estaban produciendo en tres tipos distintos de asentamientos: en áreas metropolitanas pequeñas, en zonas situadas fuera de las grandes áreas metropolitanas pero con vínculos pendulares con éstas y en zonas periféricas sin relación directa con el mercado de trabajo de las áreas metropolitanas. Todas estas áreas habían visto crecer los complejos residenciales y los lugares de empleo, en un proceso que habría permitido a la población romper muchos de sus lazos anteriores con el antiguo centro[26] (figura 1).

Figura 1
Desplazamientos de población entre áreas metropolitanas y no-metropolitanas



Fuente: BERRY, B.J.L. *Comparative Urbanisation. Divergent Paths in the Twentieth Century*. London: Mac Millan, 1981, p. 187.

Según esto, la contraurbanización supone un mayor ritmo de crecimiento de algunos lugares menores que no están vinculados a los centros metropolitanos por desplazamientos pendulares y por relaciones jerárquicas [27] , sino por sus relaciones con un proceso de carácter más general en el que han variado las condiciones de producción, y en las que las decisiones inversoras para la creación o destrucción de empleo pueden ser los factores determinantes en la redistribución de la población y en la relación entre migraciones definitivas y tamaño de los núcleos urbanos.

En consecuencia, la definición de la contraurbanización debería excluir específicamente los procesos de suburbanización y de expansión metropolitana [28], ya que ambos procesos -suburbanización y expansión metropolitana- implican una relación de dependencia mucho más fuerte respecto al centro metropolitano que la contraurbanización. Sin embargo, y aunque de naturaleza diferente, las dinámicas de suburbanización y de contraurbanización han favorecido en distinto grado los movimientos de los flujos económicos y de población desde las áreas metropolitanas hacia su exterior, es decir, han potenciado los movimientos de carácter centrífugo.

En el primer caso, bien estudiado y fundamentado teóricamente, ya hemos indicado que, ayudado por la aparición de innovaciones que han favorecido la movilidad pendular, se produce el desplazamiento de población urbana desde los centros metropolitanos hacia áreas rurales próximas o hacia las ciudades que se encuentran sometidas a la presión directa de aquéllos [29]. En esta situación, los vínculos entre el suburbio o los centros menores y el centro urbano son numerosos, jerárquicos y estrechos. Una de las pruebas más evidentes es la de los intercambios pendulares diarios que se producen entre el núcleo central y las periferias en función de las distancias entre el lugar de la vivienda y el lugar del trabajo, a lo que también ha colaborado la elevación del nivel de vida de las clases medias de los países industrializados[30]

En el segundo caso, que es el que nos ocupa, se trata de un proceso de repoblación de áreas distantes de las ciudades centrales -que hasta entonces habían mantenido su papel articulador de la región [31]- sean éstas urbanas o rurales o, por lo menos, alejadas y con escasos vínculos directos con dichas áreas centrales como consecuencia de las variaciones en la estructura socioeconómica.

La contraurbanización, en consecuencia, supera los movimientos pendulares e implica que se haya llegado a un estadio de la sociedad en que al haberse desarrollado los mecanismos de

información y de innovación tecnológica, y al haberse producido las condiciones socioeconómicas necesarias para hacer variar los requerimientos del mercado de trabajo[32], se han generado nuevas formas de poblamiento más descentralizadas y no sólo a escala nacional sino, probablemente, a escala global.
De modo que, descartadas la salida de población sobrante y la revitalización del medio rural como razones de la contraurbanización, queda una tercera vía de debate, que señala como condiciones esenciales las variaciones en el mercado de trabajo que se habrían visto favorecidas por los cambios en la estructura sectorial de la economía.
De manera general, en esta tercera vía de análisis se afirma que las áreas urbanas en crecimiento han debido de experimentar las necesarias reestructuraciones de las actividades económicas[33] para que se hayan establecido unas determinadas condiciones que han favorecido que algunos segmentos de población se desplacen hacia allí, no sólo a vivir, sino más probablemente, a trabajar.
Desde este punto de vista, la contraurbanización está en relación directa sobre todo, con los cambios ocurridos en el mercado laboral y con el grado de desarrollo de la estructura económica.
Primero, de manera esporádica a partir de la Segunda Guerra Mundial y, más recientemente, de forma progresivamente más acelerada como consecuencia de las innovaciones en las técnicas de producción; por la adopción de nuevas técnicas empresariales; por la aparición de las nuevas tecnologías; por la expansión de los nuevos sistemas de comunicación; por el desarrollo de sectores económicos ya existentes y por la emergencia de otros. Éste es el contexto de la contraurbanización y el marco explicativo que se debe observar para conocer el grado de contraurbanización existente en áreas metropolitanas concretas.
En consecuencia, se debe considerar la contraurbanización como el reflejo de la coincidencia de diversas circunstancias que han hecho variar casi todas las condiciones anteriores de producción, a saber: la dispersión espacial de las inversiones procedentes de las grandes ciudades debido a los mecanismos de acumulación flexible que han hecho posible la fragmentación de la producción; las inversiones económicas en nuevos productos y en nuevos procesos; la emergencia de nuevas prácticas de trabajo y su establecimiento en localizaciones diferentes; el perfeccionamiento de nuevas tecnologías de producción con menos trabas espaciales así como la disponibilidad de personal altamente cualificado.
A la naturaleza de estos cambios es a lo que se debe aludir si se desea observar el contexto de la contraurbanización; de manera que de lo que se trata es no sólo si los centros metropolitanos mayores han ido perdiendo población desde una época determinada por medio de los desplazamientos definitivos de población hacia el exterior; sino si la estructura jerárquica de esas áreas metropolitanas ha experimentado variaciones en relación con las funciones asumidas por otras ciudades en la organización espacial del mercado de trabajo como consecuencia de las variaciones en la estructura sectorial de la economía. Y a estas variaciones dedicaremos nuestra atención seguidamente.

Las variaciones en la estructura sectorial de la economía
Numerosos autores no han dejado de observar que desde los años de posguerra se ha producido un cambio gradual en el sistema de producción. Lo que se conoce como sistema de producción fordista, plenamente vigente hasta los años setenta, está fundamentado en el sector secundario y en la búsqueda de economías de escala. Está orientado a la producción en masa de bienes de consumo y su volumen viene determinado por las exigencias de mercados en expansión. En ese sistema de producción, la emergencia y consolidación del sector secundario precisó de importantes volúmenes de mano de obra de escasa cualificación, lo cual fue, también, el origen de una clase media numerosa. La estructura laboral resultante en ese sistema de producción es de carácter piramidal, de amplia base y con escasos efectivos en la cúspide.
El nuevo contexto en que se inserta la economía ha dejado obsoletos muchos de los elementos de esta caracterización.
En la actualidad, emerge un terciario avanzado dedicado esencialmente a los servicios a la empresas entre los que se incluyen los servicios financieros, las asesorías externas, los servicios de ingeniería, de formación de personal o de investigación aplicada- distinto del terciario elemental, orientado a los servicios a las personas, como la hostelería y el comercio.
En la nueva organización económica emergente, que muchos no dudan en calificar de post-industrial, el mayor peso en las economías de los países avanzados lo ejercen la segmentación productiva, la diversificación de los centros de decisión y la producción flexible[34].

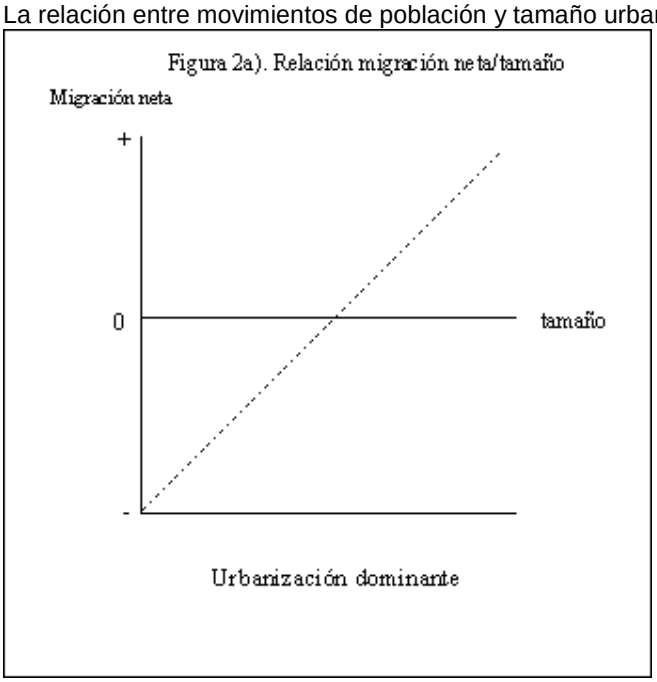
Por consiguiente, el modelo post-industrial se puede caracterizar por "la preeminencia de una clase profesional y técnica numerosa; por la primacía del conocimiento teórico; por la planificación del crecimiento tecnológico y por el ascenso de una nueva tecnología industrial"[35] basada en las capacidades organizativas y el trabajo en equipo. Las distintas funciones de las empresas modernas están más vinculadas a las propias capacidades de cada una de sus divisiones operativas -que cuentan con un mayor grado de autonomía- que a una estructura jerárquica de carácter piramidal. La consolidación de un terciario avanzado exige una estructura laboral altamente cualificada que genera puestos de trabajo muy remunerados; mientras que la pervivencia de un terciario elemental genera la mayor cantidad de trabajo, de bajo nivel de remuneración y se encuentra sujeto a constantes fluctuaciones[36].
En determinados sectores emergentes como el sector de la electrónica, en el de las telecomunicaciones o en el de la química fina, la estructura laboral de carácter piramidal se ha invertido: en la cúspide se encuentra el mayor número de personas con elevado grado de capacitación y de responsabilidad, mientras que la proporción de mano de obra sin cualificación ejerce escaso peso en el total de la estructura laboral.
En este nuevo contexto, en el que las condiciones socioeconómicas han variado de manera importante; en el que se observa la eclosión de las redes de comunicaciones, la expansión de otras dedicadas a la distribución de energía; la generalización del automóvil y más recientemente, los adelantos tecnológicos asociados a la transmisión y circulación de informaciones –que han dotado de mayor movilidad a todos los otros factores[37]-, se han eliminado virtualmente las limitaciones territoriales clásicas ejercidas en la anterior etapa industrial y ha disminuido la importancia de la proximidad espacial para la rapidez de la transmisión de ideas, tipos de técnicas y de prácticas económicas.

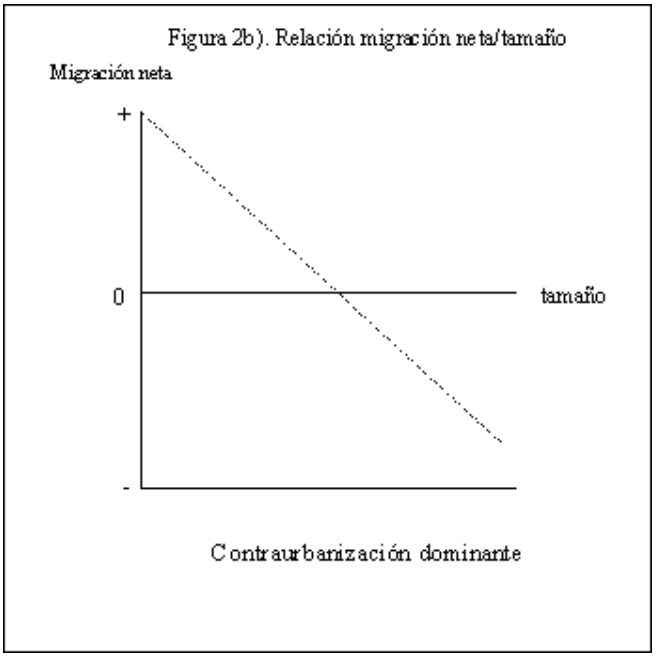
Consecuencias territoriales de las variaciones económicas
De la misma manera que se ha afirmado que "cada época de urbanización posee unas dimensiones demográficas, culturales y estructurales específicas"[38], se puede sostener que se alcanzan nuevos estadios socioeconómicos en coincidencia con las condiciones de producción de bienes y con el grado de desarrollo tecnológico adquirido por una sociedad. Parecidas diferencias en las dimensiones demográficas, culturales y estructurales distinguieron la sociedad pre-industrial de la sociedad industrial que emergería desde mediados del siglo XVIII en Gran Bretaña y que se extendería hacia mediados del XIX a los países del área mediterránea.
Durante todo el siglo XIX, los procesos de concentración de población e industrias en las grandes ciudades se fueron incrementando en una organización centro-periferia, a lo que colaboraría la consolidación de los Estados modernos[39]. La inserción de la nueva organización socioeconómica en contextos nacionales específicos favoreció el crecimiento de los centros urbanos, que centralizarían los recursos, y de los que dependería jerárquicamente una constelación de núcleos menores, vinculados con los de mayor tamaño por medio de vías de transporte, de manera que, gracias al progreso económico, las ciudades con mayores índices de crecimiento se desarrollaron como resultado de un proceso "circular y acumulativo"[40].
Con algunas diferencias temporales, dependientes del grado de industrialización de los distintos países, las grandes ciudades europeas y americanas, primero, y los centros de las áreas metropolitanas resultantes de la progresiva concentración, después, pudieron ejercer su papel centralizador.
A medida que la expansión del sistema socioeconómico industrial fue desarrollándose, antiguos núcleos aislados cercanos a las ciudades fueron perdiendo sus servicios e instituciones especializados en favor del centro que, en su crecimiento, los iría anexionando. Un elevado número de esos núcleos exteriores se transformaron en suburbios residenciales -- cuya nueva función sería la de acoger a la población trabajadora que se desplazaría diariamente de manera pendular, desde su lugar de residencia hacia su lugar de trabajo y viceversa- y otros se transformaron en suburbios industriales, cuando las empresas manufactureras observaron que podían trasladar sus instalaciones productivas desde el congestionado centro, en el que, sin embargo, continuarían manteniendo las oficinas administrativas[41].
Consecuencia de todo ese proceso es que, desde el segundo tercio del siglo XX, las áreas metropolitanas se han ido constituyendo a partir de un centro que organiza y vincula un número variable de núcleos satélites que ha aumentado incesantemente hasta conformar la región metropolitana, una entidad organizada jerárquicamente en la que pueden coincidir áreas

metropolitanas y centros urbanos de menor tamaño, cuyas relaciones con la capital son de dependencia.
La región metropolitana resultante es, ante todo, una entidad territorial compuesta por unidades especializadas, cuyas funciones están integradas y coordinadas por la gran ciudad, el centro metropolitano, o la metrópoli económica, sostenida por una organización económica propia, la economía metropolitana[42]. Es decir, en la región metropolitana "se articulan funciones especializadas y se vinculan lugares ampliamente dispersos que forman una completa unidad funcional con centros subordinados (las ciudades menores, o *towns*) y un nervio central en la capital (*city*)"[43].
Es importante retener el concepto de jerarquización, ya que, de cumplirse algunas previsiones, éste se habrá de ver afectado por un nuevo tipo de relaciones que pueden estar en vías de crearse entre las áreas metropolitanas y otros centros urbanos en crecimiento.
Diversos autores, retomando las ideas de Brian Berry[44], sostienen que el tipo de organización territorial, fundamentada en una región articulada por un solo centro, se puede dar por terminada desde finales de la década de los setenta. En la actualidad, esa dinámica ha sido sustituida por redes de asentamientos que actúan funcionalmente[45] y en las que cada núcleo debe poder ser definido en términos de su propia identidad, superando la organización jerárquica determinada anteriormente por el centro. En este caso, la jerarquía urbana fundamentada en el tamaño ha debido de perder parte de su "equilibrio estable"[46] en favor de un área funcional de mercado de trabajo que se ha extendido de manera más homogénea sobre la totalidad del territorio. A todo esto nos referiremos a continuación.

Las áreas funcionales del mercado de trabajo
Creemos que el concepto clave para identificar nuevas áreas de funcionalidad está, como ha indicado Fielding[47] en el paso de un sistema de producción concentrado en un grupo o grupos de productos o servicios relacionados entre sí a otro sistema de producción en el que actúan las variaciones socioeconómicas experimentadas en función de la "convergencia entre el tiempo y el espacio", convergencia que se ha ido desarrollando desde los años ochenta y que ha dado lugar a la emergencia de una nueva división espacial del trabajo.
En el primero -el sistema de producción que Fielding denomina especialización sectorial regional (*regional sectoral specialization*)- las ciudades, consideradas como áreas funcionales de trabajo, ocupaban un lugar en la jerarquía urbana según el número de funciones y de habitantes que concentraban en su territorio[48]. Previamente, cada región se había especializado en la producción de bienes específicos o servicios y, evidentemente, el centro metropolitano era el que concentraba el mayor número y de más importancia en la prestación de esos bienes. Este sistema de producción es el que predominó hasta los años setenta y define los rasgos característicos de una economía orientada al mercado. El flujo de personas desde el ámbito rural hacia los centros metropolitanos habría sido constante y en los países desarrollados, los empleos habían estado dirigidos hacia los sectores secundario y terciario, mientras que el sector primario fue perdiendo efectivos.
En el segundo --un sistema de producción basado en la emergencia de una nueva división espacial del trabajo ("*new" spatial division of labour*)- las ciudades se diferencian entre sí, más que por su tamaño, por la función que desempeñan en el mismo, y sobre todo, por el papel que desempeña su fuerza de trabajo mayoritaria en el proceso de producción. Dicho de otro modo, la diferenciación principal entre ciudades o entre regiones metropolitanas ya no se encuentra en el lugar que ocupan en la jerarquía urbana según el tamaño, sino en la función especializada que desempeñan éstas en el proceso productivo, orientado ahora hacia los servicios a las empresas.
Los desplazamientos definitivos relacionados con las variaciones en la localización de las actividades económicas -industria, servicios- y con las oportunidades de empleo, son, a nuestro modo de ver de la mayor importancia. Hace falta, pues, analizar con sumo cuidado el proceso de crecimiento del mercado laboral en determinados núcleos urbanos. Si las poblaciones de ciertas ciudades crecen o, mejor, si algunas ciudades tienen la capacidad suficiente para atraer población trabajadora, se debe sin duda a que han variado sus condiciones económicas, se han introducido nuevos sectores al sistema de producción o, por lo menos, ha aumentado su actividad económica. En consecuencia, lo pertinente es conocer las variaciones que han experimentado las condiciones del mercado de trabajo, cuáles son las razones de ello y dónde se han producido éstas.
Si, hasta los años setenta, los flujos de trabajo y de capitales habían sido articulados y organizados desde los centros metropolitanos, el crecimiento de la oferta de empleo en áreas

exteriores a éstos ha permitido la emergencia de una nueva estructura urbana que quizás no sea posible ya definir en términos de núcleos ordenados jerárquicamente a partir de un núcleo central, sino como áreas funcionales de mercado de trabajo, con mayor o menor grado de capacidad de atracción de población, de industrias o de servicios.
En ese sentido, Fielding ha observado lo que, a su modo de ver, constituye sólo una aparente paradoja: en las salidas definitivas desde las áreas metropolitanas influyen en escasa proporción los trabajadores peor remunerados y que cuentan con menor grado de seguridad en sus trabajos, que precisamente deberían ser los que más interesados en salir en busca de mejores perspectivas de empleo. En cambio, los trabajadores mejor pagados y con un mayor nivel de seguridad de poder mantenerse en puestos de alta responsabilidad son los que constituyen la mayor proporción de los desplazamientos definitivos desde las áreas metropolitanas hacia núcleos en crecimiento[49].
Si esta situación se encuentra vinculada a la formación de un mercado de trabajo de carácter novedoso, quizás de mayor componente tecnológico, financiero o relacionado con algunos sectores económicos emergentes, lógicamente los primeros en tener que desplazarse deberán ser los individuos que cuenten con conocimientos especializados y, una vez iniciada una nueva actividad, se promoverá la entrada en el mercado laboral de personal con menor cualificación. Sin embargo, como también ha observado Fielding[50], no es fácil identificar la emergencia de nuevas áreas funcionales de mercado de trabajo que pueden encontrarse en estado embrionario.
En primer lugar, es importante conocer la tendencia de crecimiento que siguen las áreas metropolitanas. Si existe una relación positiva entre las tasas de desplazamientos definitivos y tamaño urbano (figura 2a) o bien si esa relación es negativa entre desplazamientos definitivos y tamaño urbano (figura 2b).
Figura 2
La relación entre movimientos de población y tamaño urbano





Fuente: FIELDING, A. Counterurbanisation in Western Europe. *Progress in Planning*, vol. 17, nº 1, 1982, p. 1-52.

En el primer caso, se trata del modo en que se concentra la población, propio del proceso de urbanización de las áreas metropolitanas, según la definición tradicional; en el segundo, nos hallamos ante el proceso de contraurbanización, que ya hemos definido como el paso desde un estado de mayor concentración a otro de menor concentración.

Frente al proceso de industrialización clásico, que implicaba la progresiva concentración de población de centros de decisión y de industrias en las ciudades, los nuevos procesos de organización post-industrial originan movimientos desconcentradores -contraurbanizadores; recuérdese que se ha definido la contraurbanización como el proceso de desconcentración de población- en los que se produce la pérdida de población y de industrias de los centros metropolitanos y la relocalización de las actividades económicas y de los centros de decisión. Coincidiendo con algunas de estas afirmaciones, Peter Hall, también ha señalado que, en Estados Unidos, el incremento de población en las áreas no metropolitanas se está efectuando a expensas del crecimiento de las áreas metropolitanas y que se está produciendo igualmente una redistribución regional en la que el sur y el oeste están creciendo a costa del norte y del este, ya que en aquellas zonas las condiciones económicas han experimentado un crecimiento importante y han variado, asimismo, las actividades económicas, que tradicionalmente se habían encontrado centradas en la agricultura[51].

Con ligeras variaciones temporales, esta tendencia se ha observado en la mayoría de los países industrializados de la Europa occidental y en países tan dispares entre sí como Finlandia o Francia, Japón o Australia[52]. En algunos de ellos, por ejemplo España, su desfase temporal se debe imputar al retraso en el grado de industrialización alcanzado, lo cual permite entender, también, los progresos de la contraurbanización[53], el proceso de crecimiento de las áreas urbanas menores como consecuencia de la salida de actividades, personas y capitales desde las áreas metropolitanas. Este cambio supone el abandono de los bien conocidos mecanismos de polarización-difusión que actúan "desde arriba hacia abajo" en la jerarquía urbana, por un modelo de crecimiento contrario, menos jerarquizado, en el que se produce un crecimiento local basado en el potencial endógeno de cada área[54] y que actúa favoreciendo el crecimiento de los lugares situados en los lugares inferiores de la jerarquía urbana[55].

Esta relativa “erosión” del papel hegemónico de las comunidades centrales de las áreas metropolitanas y la creciente autonomía, también relativa, de los distintos polos de aglomeración que han ganado, sobre todo, mayor grado de independencia, se observado, por ejemplo, en la aglomeración de Montréal. Como ha señalado recientemente Jean Pierre Collin, las razones de dichos cambios en el peso relativo de los distintos núcleos se deben atribuir a un proceso continuo de difusión espacial de funciones que se creían tradicionalmente "reservadas" al centro metropolitano, por una parte; y, por otra, a la mayor autonomía de

algunos núcleos antiguos y otros de nueva aparición que han modificado la estructura de dicha aglomeración urbana, de manera que el crecimiento de la región metropolitana está supeditado al crecimiento de todas sus partes y no sólo al del centro como en épocas anteriores.
En la nueva organización territorial, la interdependencia del centro metropolitano tradicional y de los polos emergentes de la región de Montréal es uno de los rasgos más acusados y da como resultado que ésta se aleje "definitivamente del modelo monocéntrico a favor de un tipo policéntrico o pluricéntrico, en el que el extrarradio adquiere un mayor grado de autonomía en relación con el corazón histórico de la aglomeración y en particular, con la ciudad central"[56] .
También este progresivo vaciado del centro metropolitano se ha observado en la aglomeración del Gran Londres[57]. Su área metropolitana perdió a partir de los años 1960 un 6,8 por ciento de su población; cerca de un 10 por ciento en los setenta y un discreto 0,8 por ciento entre 1981 y 1986, mientras que su exterior creció un 18,6 por ciento en la década de los sesenta y todavía en la década de los ochenta se encontraba con un 2,4 por ciento de crecimiento, lo cual coincide con el carácter cíclico que se ha observado en la contraurbanización.
Estos ejemplos nos permiten afirmar que en el vaciado de los centros metropolitanos y en el crecimiento de sus áreas periféricas, las condiciones socio-económicas han variado de manera que los antiguos modelos de "centro-periferia" están siendo sustituidos por otro en el que pesan con fuerza la multifuncionalidad, la multidivisionalidad y la diversificación de funciones en el territorio.
Respecto a la formación de nuevas áreas funcionales de mercado de trabajo, ya hemos señalado que algunos autores han observado el carácter cíclico de la contraurbanización, sobre todo, cuando se producen reajustes regionales en los que intervienen las transformaciones tecnológicas. Según esto, la contraurbanización constituye un ajuste locacional, según un proceso ondulatorio[58], debido al paso desde un estadio industrial a otro post-industrial que, en algunos países seguiría ajustes tecno-económicos[59], lo que supone una tendencia a la redistribución de la población, resuelta con la inclusión de nuevas áreas de producción, circulación y consumo[60].
Es decir, si la contraurbanización se observa desde el punto de vista del desarrollo endógeno, o, mejor, del potencial de desarrollo endógeno de distintas áreas -tutelado o no por los poderes públicos- el crecimiento de nuevos núcleos al margen de las áreas metropolitanas y con escasos vínculos con éstas, puede constituir el punto de partida de la creación de nuevas áreas funcionales de mercado de trabajo, de acuerdo con su contexto socio-económico y con su entorno tecnológico. En consecuencia, si se confirma una cierta desvinculación de nuevos centros de polaridad respecto a las áreas centrales, se puede concluir que también pueden estar variando las antiguas relaciones centro-periferia y que las autoridades planificadoras deberán estar muy atentas a las nuevas circunstancias creadas por un contexto económico diferente.
Desde esta perspectiva, no es fácil continuar entendiendo la estructura territorial resultante en los términos de centro-periferia a que hemos aludido en anteriores consideraciones. Ahora retomaremos esta cuestión desde el punto de vista del contexto de la contraurbanización, que pondremos, además, en relación con el papel que ejerce o puede ejercer la planificación urbana.

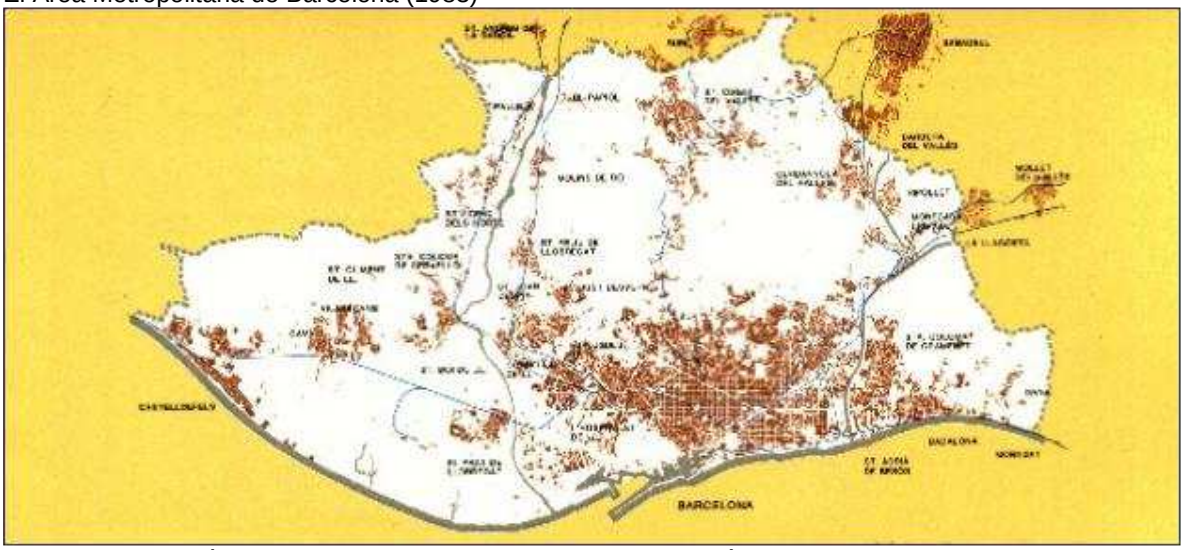
La relación centro-periferia y el papel del planeamiento urbano
Ya hemos explicado que la nueva organización socio-económica está basada en un tipo de centralidades distintas de las ejercidas en la ciudad funcional clásica, más orientadas a la multipolaridad. En esta nueva organización, los procesos de crecimiento por dispersión y los de polarización son de carácter transversal, por encima de las fronteras municipales, vinculados esencialmente a la nueva división del trabajo a todas las escalas, en un modelo postfordista que implica nuevas formas de acumulación flexible, con los consiguientes cambios de relaciones entre los grandes sectores de actividad y en las lógicas de localización y organización de la producción.
En cualquier caso, la organización regional jerárquica y, con ella, el concepto de área metropolitana y sus consecuencias centralizadoras, que habían sido la base de los análisis económicos y geográficos propios de la sociedad industrial, parecen perder fuerza en la actualidad y, por el contrario, las condiciones socioeconómicas adquieren mayor relevancia situándose cada vez más en un contexto de mayor extensión.
Ya se cuenta con algunas reflexiones en las que se observa un cambio de enfoque importante. En lugar de un territorio vertical, jerárquico y único; un espacio dominado por un centro con una periferia dependiente -como en los modelos gravitatorios de Christaller, Lösch e Isard, entre

otros- el área metropolitana empieza a ser percibida como "el territorio de las interdependencias espaciales y de la auto-organización flexible, fragmentada, heterogénea (…) un espacio discontinuo, paradójico, desobediente"[61] , en un modelo polinuclear de ciudades y de territorios fuertemente interdependientes en una estructura espacial dispersa.
Si se supera la organización regional basada en un sólo núcleo organizador y polarizador que había surgido con las primeras industrializaciones, se puede inferir que se está derivando hacia una organización espacial en la que se combinan, como ya hemos señalado, nuevas formas de urbanización dispersa y difusa con nuevas polaridades; lo cual está relacionado a su vez con nuevas funciones socioeconómicas en un contexto de economía global, en el que las decisiones empresariales y las orientaciones de las finanzas internacionales marcan a menudo los ritmos de crecimiento y los factores de localización[62].
En ese sentido, vale la pena señalar que muchos de los planes de expansión de las metrópolis modernas parecen no tener suficientemente en cuenta las reestructuraciones urbanas y se continúa planificando según un modelo centro-periferia que quizás no se ajuste ya a la realidad. De confirmarse esa tendencia al crecimiento económico en diferentes centros urbanos a expensas de las áreas metropolitanas, se puede estar produciendo una situación que Jordi Borja denomina de "ciudad-región", en la que el protagonismo estará compartido "entre el viejo esquema de conurbación o área metropolitana, propia del crecimiento urbano europeo en periferias industriales o de residencia popular" -mal equipadas y a menudo en obsolescencia- con un nuevo tipo de poblamiento basado en un sistema de ciudades. En éste, al lado de la ciudad central, se encuentran otras ciudades dotadas de fuerte personalidad histórica y de elementos de centralidad urbana, lo cual, en opinión de este autor, permitiría una democracia territorial en el sentido de la descentralización, tanto de los capitales como de los poderes políticos[63] y que conlleva, sin duda, una pérdida de peso específico por parte de los centros metropolitanos en el conjunto de la jerarquía urbana.
A pesar de lo dicho anteriormente, otras voces procedentes del planeamiento urbano observan las nuevas circunstancias no como el resultado de la aparición de nuevos mecanismos de acumulación económica y de distribución de la población, sino como la razón para introducir las necesarias correcciones en el territorio para que el crecimiento de las áreas metropolitanas continúen su expansión jerárquica. Es interesante observar los argumentos y prospecciones que se realizan en ciertos ámbitos vinculados al poder local para justificar la pervivencia del modelo jerárquico. Uno de los principales es el que reitera la necesidad de incrementar las infraestructuras de conexión -que, evidentemente deben unir el "centro" con la "periferia"-, en un esquema de poblamiento basado en el modelo de anillos concéntricos[64].
En lugar de observar la descentralización actual como la consecuencia de una creciente liberalización de los factores socioeconómicos, también a escala urbana, se entiende ésta como el producto de "diseconomías de congestión" para contrarrestar las cuales se propone la generación de "externalidades positivas" -por esta razón se denomina la nueva organización territorial como "flexible"- singularmente con la construcción y potenciación de más y mayores vías de comunicación[65] para la expansión indefinida del centro.
Lo que tratamos de señalar es justamente lo contrario. Desde la década de 1970, es probable que el modelo expansionista haya entrado en crisis como consecuencia de los cambios efectuados en el proceso productivo. Si esto es así, se deberá modificar, también, el punto de vista, el enfoque, sobre la dinámica de las ciudades centrales y sobre su supuesta necesidad de "articular" crecimientos que quizás ya no dependan directamente de ellas, pero sobre todo, se deberá tener en cuenta el crecimiento de núcleos menores a los que se debería dotar de la estructura socio-económica que les permita crecer con un mayor grado de autonomía[66].
Evidentemente, en estas consideraciones ejercen, también, una influencia decisiva numerosos intereses, entre los que no creemos equivocarnos si cargamos una parte importante de ellos a los de orden político y de ejercicio del poder sobre un territorio cuya "desobediencia" se debería entender como el indicador más evidente de que los modelos de planeamiento aplicados a las grandes ciudades ya no son operativos.
De todo lo dicho hasta aquí, se debería poder realizar algún tipo de reflexión y, a pesar del relativo desfase de la economía española respecto a otros países desarrollados, vale la pena observar qué ha sucedido en las dos áreas metropolitanas mayores de nuestro país, Barcelona y Madrid, cuyas características de crecimiento, parecen presentar algunos síntomas de descentralización de la población y de las actividades productivas.

El empleo y la residencia en dos áreas metropolitanas: Barcelona y Madrid

Para iniciar esta sección debemos señalar que la definición de área metropolitana supone una tipología cuya base se encuentra en la conocida sigla SMSA (*Standard Metropolitan Statistical Area* o Area Estadística Estándar Metropolitana) que constituye un índice elaborado en los años sesenta por el *Bureau of Census* norteamericano que clasificaba ciertas áreas urbanas en función de su tamaño, población, densidad y ocupación mayoritaria de su fuerza de trabajo, en una organización espacial que generalmente comprende el núcleo central y los de su primera corona exterior, vinculados estrechamente a éste por los desplazamientos pendulares diarios. Otra cuestión diferente es el concepto más reciente de Región Urbana Funcional, o *Functional Urban Region*, (FUR), que amplía considerablemente el número de municipios vinculados al área metropolitana según criterios de funcionalidad.
Ambos conceptos, pero sobre todo el segundo, tienen una clara voluntad de articular la mayor proporción del territorio circundante de las áreas metropolitanas con la finalidad de lograr un crecimiento urbano en cuya base se encuentra el dominio del centro sobre la o las periferias. Evidentemente, según la categoría de análisis que se tome, se obtendrá uno u otro tipo de delimitación territorial que justifique ese dominio. Recuérdese que ya en 1972, se advertía en algunas publicaciones del sesgo metodológico que introduce la definición de área metropolitana, al utilizar, aunque sea implícitamente, la noción de *dominancia* de un centro, en lugar de la noción de *interdependencia* de diversos núcleos[67] .
Por razones cronológicas, iniciaremos nuestro análisis con el área metropolitana de Barcelona para extendernos después en el ejemplo de Madrid.

Barcelona, reestructuraciones de un tejido industrial antiguo
A pesar de que, como han señalado Josep Oliver y Joan Trullén[68], la propia noción de área metropolitana se ajuste más a los requerimientos productivos de la anterior fase de producción, predominantemente fordista, que a los de la nueva etapa de producción, tecnológicamente más compleja y de especialización flexible que hemos tratado de definir más arriba, vamos a considerar la región urbana funcional de Barcelona como aquella parte del territorio que incluye la propia ciudad y los 26 núcleos de su primera corona, que forman el Área Metropolitana estricta y que coincide con el criterio SMSA (Standard Metropolitan Statistical Area) al que hemos aludido anteriormente (figura 3).
Figura 3
El Área Metropolitana de Barcelona (1983)



Fuente: Corporación Metropolitana de Barcelona. *4 años de acción, (1979-1983)*, 1983, p. 23.
Para ajustarnos a los modelos de Berry y de Fielding, los pondremos en relación con otros municipios no incluidos en el área metropolitana de Barcelona, como Sabadell, Terrassa y Granollers, municipios con una historia industrial anterior importante y en los que se observa algunas cuestiones significativas. Estas tres ciudades se consideran "maduras" por estar constituidas por centros "bien consolidados y con periferias propias"[69] , en contraposición a otras calificadas como "recientes", que presentan características de crecimientos rápidos y escasamente articulados. En ellas existen tanto una estructura económica en crecimiento como un mercado de trabajo arraigado.

Si se observan algunas cifras referentes al volumen de las inversiones económicas realizadas a escala comarcal capitalizadas por algunas de esas ciudades que hemos definido como "maduras", se comprende que la descentralización de la industria -o la reorientación del sistema económico- es ya un hecho notable.

Los datos de Joan Eugeni Sánchez referidos al quinquenio 1989-1994 no dejan lugar a dudas: el mayor volumen de inversiones de esos años se movió entre el Vallès Occidental -capital, Sabadell- con un resultado acumulado de un 24,82 por ciento del total de Cataluña, pasando por un 12,64 por ciento del Baix Llobregat, en cuya comarca se encuentran municipios como El Papiol, con un importante tejido industrial basado en la industria química de alto valor añadido o Martorell, centro industrial bien consolidado desde los años sesenta; el 10,72 por ciento del Baix Camp -capital Reus- o el 8,41 por ciento del Tarragonés frente al 6,97 por ciento del Barcelonés, sólo tres décimas por encima del Vallès Oriental -capital Granollers, centro de una comarca fuertemente industrializada y que cuenta con numerosos polígonos industriales bien consolidados- por citar únicamente los casos más llamativos[70].

El mismo autor también ha observado que en dicho período, los centros de los municipios industriales de Sabadell, Terrassa y Granollers han experimentado un declive continuado en sus respectivas poblaciones y el desplazamiento de éstas hacia sus propias periferias, tal como se observa en el área metropolitana de Barcelona, lo cual no es sorprendente si se tiene en cuenta que se trata de ciudades consideradas maduras y con una dilatada historia industrial. Tal como correspondería a una hipótesis de contraurbanización, el declive en el ritmo de crecimiento de estos tres centros indicaría que han iniciado ya un proceso de desconcentración.

Datos más recientes referidos a 1996 muestran también la entrada del Área Metropolitana de Barcelona en un ciclo calificado como de *difusión* de la urbanización y en el que, como en el modelo de Brian Berry, el centro de la conurbanción –Barcelona- está perdiendo población que se desplaza hacia los centros menores, de manera que son éstos los que presentan los aumentos de población más importantes.

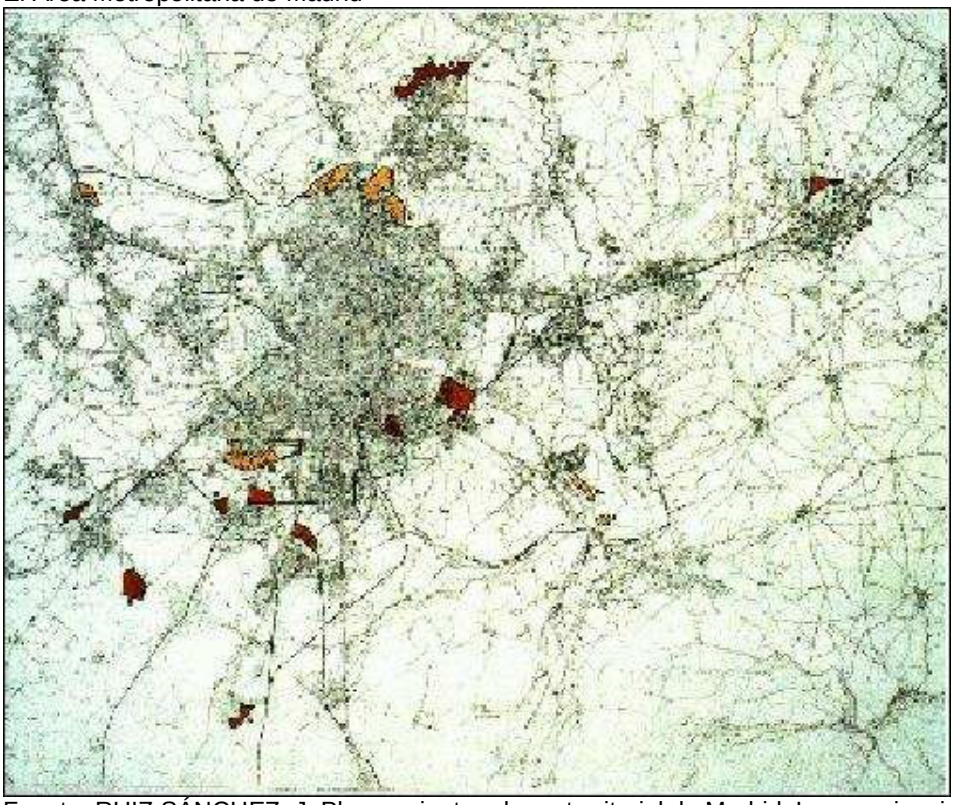
Entre las principales causas de esta dinámica, se ha observado la caída del peso de la ocupación industrial que afecta con especial intensidad a las áreas centrales y en primer lugar a la de Barcelona; la descentralización de la ocupación y la consiguiente ganancia en términos tanto absolutos como relativos de la ocupación radicada en las coronas metropolitanas, lo cual permite entender que el Área Metropolitana de Barcelona ha iniciado también el proceso de desconcentración –de contraurbanización- cuya base se encuentra en el potencial de las polaridades existentes, tanto a escala de área metropolitana como a escala de región metropolitana, potencial que debería ser aprovechado por las autoridades planificadoras con el objetivo de vertebrar una mejor distribución de los recursos y una mayor cohesión social en lo que se configura como "ciudad de ciudades"[71].

Sin embargo, y en contraste con el caso de Madrid, en el Área Metropolitana de Barcelona, el gobierno de la ciudad real se encuentra en contraposición con el gobierno de la región. La inexistencia de un gobierno fuerte que represente la realidad plurimunicipal o metropolitana limita la capacidad de impulso y agudiza las tensiones territoriales y las desigualdades sociales; mientras que en el Area Metropolitana de Madrid, la coincidencia de la región metropolitana con los límites de la propia Comunidad de Madrid, bajo una misma autoridad política, hace seguramente, más fáciles las acciones sobre el territorio.

Madrid, un desarrollo industrial reciente

Ya hemos indicado que en Madrid, la región política -o comunidad autónoma- coincide con la región metropolitana y, en consecuencia, la contraposición entre ambas entidades tiende a superarse en la medida en que la región asume la política de gran ciudad[72]. De hecho, las grandes transformaciones que han afectado al tejido industrial de Madrid no han sido del mismo carácter que las que han incidido sobre el contexto de Barcelona por la razón de que hasta hace escasos años la estructura económica de ambas ciudades era diferente. El crecimiento absolutamente espectacular del tejido industrial en algunos núcleos del área metropolitana de Madrid es relativamente reciente. Se ha partido de una situación de baja densidad de industrias para pasar de manera rápida a otra en la que se han creado grandes estructuras, tanto industriales como de servicios a la propia industria. Sólo es necesario llegar por vía aérea a Madrid para observar el importante crecimiento industrial que se ha producido en los últimos años en la región (figura 4).

Figura 4
El Área Metropolitana de Madrid



Fuente: RUIZ SÁNCHEZ, J. Planeamiento urbano territorial de Madrid. La experiencia reciente.*Urban*, nº 5, 1999, p. 135.

El área metropolitana de Madrid está constituida por la ciudad central y 25 municipios más, y en ésta, tres zonas son las que aglutinan su desarrollo industrial: la zona Sur, con algunos municipios que cuentan con una historia industrial desde los años sesenta y que se constituyeron a partir de la política de desarrollo de esos años -Getafe, Leganés, Móstoles, y Alcorcón-; el Corredor del Henares, entre cuyos núcleos más importantes se encuentran Alcalá de Henares, Torrejón de Ardoz y San Fernando de Henares, y un tramo de la carretera de Burgos, con los municipios de Alcobendas y de San Sebastián de los Reyes. Los tres núcleos, con sus distintas características, no han adquirido un pleno desarrollo hasta después de los años 1970[73] . Eso permitió, sin duda, incorporar a los nuevos procesos productivos muchas de las innovaciones escasamente adoptadas por industrias con una tradición secular, como las del tejido industrial de Barcelona, con inercias considerables debido a su creación más temprana.

Un estudio de 1978 señalaba que ya por entonces se observaba el “dinamismo de algunos municipios fuera del Area Metropolitana", cuyo mayor ritmo de crecimiento correspondía, sin duda, a un importante desarrollo industrial[74] . Algo más tarde, se mostró, también, el proceso de vaciado paulatino del centro de Madrid. Más recientemente, algunos estudios sobre el comportamiento demográfico de los barrios centrales de la ciudad muestran un envejecimiento progresivo y escasamente reversible de la población residente[75] .

Indudablemente, parte de las pérdidas de población se han de atribuir a las salidas desde el centro para instalarse en la periferia o en lugares más alejados y probablemente, muchas de esas salidas han debido tener su origen en el elevado precio de la vivienda en el centro metropolitano; pero seguramente algunas de ellas están en relación con los puestos de trabajo creados más recientemente en las ciudades de la periferia industrial.

Por ejemplo, el crecimiento de un municipio como Alcalá de Henares no se puede atribuir sólo a los movimientos pendulares entre la vivienda y el centro de trabajo. El importante crecimiento demográfico de esta ciudad en los últimos veinte años está también vinculado al crecimiento y al reforzamiento del tejido industrial existente en el Corredor del Henares, el espacio comprendido entre el municipio de Coslada y el de Guadalajara.

Se sabe, además, que en 1987 un 67 por ciento de su población estaba ocupada en el propio municipio, relación que en 1996 había ascendido al 71 por ciento[76]. En la actualidad, el tejido industrial de Alcalá de Henares está constituido por una veintena de polígonos industriales, lo que configura el municipio como un importante núcleo empresarial e industrial en la Comunidad Autónoma de Madrid[77].
Evidentemente, en ese municipio coinciden algunas circunstancias que han favorecido su crecimiento con un cierto grado de autonomía respecto a Madrid capital. La llegada constante de grandes industrias al Corredor, muchas de ellas transnacionales o procedentes de Cataluña, ha creado la necesidad de disponer de servicios de alta cualificación así como de asesorías externas, servicios de ingeniería y financieros y de formación de personal.
Por otra parte, las industrias establecidas en el Corredor se benefician de la presencia de un centro de investigación, la Universidad de Alcalá de Henares[78], cuyas relaciones entre ésta y algunas empresas de carácter novedoso han potenciado un desarrollo mutuo: las investigaciones que se llevan a cabo en dicho centro, muchas de ellas financiadas por la empresa privada, favorecen la implantación de innovaciones científicas vinculadas a la aplicación industrial. Todo ello, además, se ha potenciado por la proximidad a dos aeropuertos, Barajas y Torrejón de Ardoz[79], las economías de aglomeración que todo ello supone y, por último, por la existencia de una importante reserva de suelo urbanizable.
Naturalmente, para ambas áreas metropolitanas, el papel desempeñado por las autoridades políticas es decisivo. En el caso de la Comunidad de Madrid, tres grandes vías de carácter circular (las denominadas *M-30*; *M-40* y *M-50*) permiten no sólo la desconcentración del centro del Área Metropolitana, sino que permiten un crecimiento más armónico y la interconexión entre todos los núcleos que la forman, lo cual permite un mayor grado de equilibrio territorial. En contraste con esta política de desconcentración, en el caso catalán, sólo el *Eix Transversal* cumple tareas descentralizadoras.

Conclusiones
Con el concepto contraurbanización se alude al fenómeno contrario al de urbanización, habitual hasta los años 1970 en los países de larga tradición industrial, que se había caracterizado por el proceso de concentración progresiva de población en los núcleos urbanos. La contraurbanización supone la desconcentración de población de los centros urbanos y muy especialmente, de los centros de las áreas metropolitanas, sin que se deban añadir otras connotaciones de carácter político o económico.
Evidentemente, el modelo de la contraurbanización con todas sus posibles carencias y el debate que todo ello suscitó está referido exclusivamente a los países altamente industrializados. Por esta razón, el fenómeno de la contraurbanización no es aplicable a países en vías de desarrollo, como las grandes megalópolis del mal llamado Tercer Mundo.Los centros de dichas ciudades continúan creciendo a costa de sus respectivas periferias, lo que supone que el proceso de urbanización se encuentra todavía en una primera fase de crecimiento intensivo, o de centralización absoluta, justamente lo contrario de lo que el modelo de Berry suponía.
Hemos señalado que el término contraurbanización puede inducir a error, ya que se le puede atribuir connotaciones no-urbanas, y, en consecuencia, asimilarlo a lo rural. De hecho, se pueden observar tres grandes tipos de estudios sobre el fenómeno de la contraurbanización. Uno, desde el punto de vista del medio rural; otro, que vincula la contraurbanización a un proceso de saturación de las áreas centrales y un tercero que observa la contraurbanización desde el punto de vista del mercado laboral de las áreas urbanas.
Las tres vías de análisis coinciden, únicamente, en un aspecto de la teoría. En el hecho de que, efectivamente, se está produciendo un proceso de dispersión de la población en el territorio y, en consecuencia, un estado de menor concentración de población a escala global.
Por lo demás, las tres aproximaciones mantienen diferencias considerables. Por un lado, se observan las aportaciones procedentes, sobre todo, de la bibliografía francesa y también española, en las que la contraurbanización es sinónimo de desarrollo del medio rural y que muestran dicho fenómeno como una respuesta a los intereses individuales por el medio "natural" contrapuesto al medio urbano. En estos trabajos, el interés principal radica en observar el crecimiento del poblamiento rural y el renacimiento de las áreas rurales.
La segunda vía de debate señala como decisivas las consideraciones de carácter sociológico - la crisis medioambiental experimentada en las grandes áreas urbanas; la percepción del medio rural como antítesis del medio urbano; la diferenciación entre ambos estilos de vida; las concepciones sobre la vida en el campo o las relaciones hombre-naturaleza- y en la misma se

considera el proceso de contraurbanización como el resultado lógico de la expansión del sistema de poblamiento en el que se ha producido un proceso de saturación de las áreas metropolitanas, ya que éstas han aumentado sus necesidades de expansión en el territorio. Esta interpretación, sin embargo, no permite despejar las dudas sobre la existencia de un nuevo modelo de poblamiento y, en consecuencia, la diferenciación entre cambio estructural y variación coyuntural.

El tercer punto de vista, fundamentado esencialmente en los estudios del área anglosajona, sostiene que la contraurbanización es la consecuencia de las variaciones en el mercado de trabajo con la aparición de nuevos centros de polaridad y nuevas funciones vinculadas a unas ventajas diferenciales ofrecidas por las ciudades de menor tamaño, ventajas relacionadas con nuevas actividades productivas; con los cambios experimentados por el sistema socio-económico y con la eclosión de los adelantos tecnológicos en numerosas áreas productivas que, a su vez, se han visto favorecidas por el desarrollo de las comunicaciones.

De manera que si se observan las variaciones en las condiciones del mercado funcional de trabajo, se puede deducir que con la contraurbanización se alude a otro fenómeno que el del renacimiento del medio rural o la saturación de las áreas metropolitanas. En ese caso, la principal razón de la desconcentración de la población se encuentra en los cambios producidos por la emergencia de una nueva división del trabajo -equivalente espacial de la división social del trabajo producida por los requerimientos del mercado- junto a un proceso de desarrollo endógeno de algunas áreas que no tienen por qué estar directamente vinculadas con las áreas metropolitanas, sino con una nueva organización del proceso productivo.

Es importante retener que el desarrollo de un nuevo sistema económico basado en la segmentación productiva, la diversificación y la producción flexible propias de la nueva división espacial del trabajo y de las nuevas funcionalidades adquiridas por determinados núcleos, conlleva que se deban modificar bastantes argumentos vinculados a la idea de crecimiento polarizado, propia de la teoría positivista y de su estrecha relación con el análisis de istemas[80]. En el actual contexto globalizador de los mecanismos de decisión, ya no se puede asegurar que sea en los centros metropolitanos donde se centralicen y gestionen con carácter exclusivo las funciones económicas.

A través del debate que hemos presentado, se observa que la teoría de la contraurbanización quizás no sea concluyente; pero, precisamente a través de ese debate sobre la desconcentración de las áreas urbanas, se muestra la necesidad de insistir en la búsqueda de nuevos modelos que expliquen mejor la realidad de las dinámicas de población.

Quizás en un futuro próximo se deban entender las áreas metropolitanas como sistemas de núcleos urbanos interdependientes en los que los centros metropolitanos van a ceder ciertos equipamientos y servicios y cierta capacidad de decisión a otros núcleos en crecimiento. La realidad urbana y metropolitana es muy compleja, y con diferencias significativas entre los distintos contextos. Los casos someramente explicados de Barcelona y de Madrid apuntan a una cierta reestructuración de las respectivas áreas metropolitanas, reestructuración que se debería poder traducir en una pérdida de peso específico de ambos centros metropolitanos en el conjunto de sus respectivas áreas a favor de otros núcleos en crecimiento.

De la misma manera que las nuevas tecnologías de la información han permitido la descentralización en el seno de muchas empresas transnacionales y han favorecido la reestructuración de los mecanismos de decisión en formas de gestión más flexibles y nuevos sistemas de toma de decisiones basados en organizaciones menos burocratizadas y más horizontales, probablemente se haya generado un nuevo modelo territorial, también menos jerarquizado, en la estructura misma de los sistemas urbanos y que en la actualidad se tienda hacia una estructura multipolar.

De ser así, el concepto mismo de región, considerada como el territorio dependiente de un solo centro densamente poblado, deberá ser sustituido por una concepción diferente, basada en unas relaciones menos jerárquicas entre ciudades y entre centros funcionales de producción económica. Dado el contexto de globalización al que tienden distintos tipos de estructura, sobre todo, económicas y políticas, la observación del desarrollo (económico, tecnológico, urbanístico o social) desde el punto de vista regional por parte de los científicos sociales quizás se deberá insertar en un marco conceptual distinto, basado en las nuevas relaciones establecidas entre los diferentes núcleos urbanos de un área de mercado laboral concreta.

En todo caso, las antiguas áreas metropolitanas deberían poder ser observadas desde un punto de vista funcional en lugar del punto de vista jerárquico actual. Es decir, si las ciudades que se encuentran en una región metropolitana se observan en términos de las funciones ejercidas por su fuerza de trabajo y de su situación en el proceso productivo, ello implica que

parte de la relación derivada de una estructura urbana jerárquica basada en el tamaño se haya diluido o que, como mínimo, se deba poner en crisis al hacer entrar en juego nuevas características; entre ellas, la ya citada estructura multipolar.
Esto puede suponer, también, un tipo de relaciones de carácter horizontal -transversal- entre ciudades, un mayor grado de interdependencia entre distintos polos de funcionalidad y por consiguiente, un menor grado de relaciones jerárquicas entre los centros metropolitanos y otros núcleos urbanos de sus respectivas regiones.
Si se confirma esa dinámica de desconcentración urbana como resultado de cambios más profundos -social y medioambiental, sin duda, pero sobre todo, económico y tecnológico- que los producidos por simples episodios puntuales, puede ser muy provechoso continuar profundizando en el proceso de desconcentración de población, se le llame contraurbanización o de otra manera, singularmente en áreas cuyas economías se encuentran plenamente desarrolladas.

Notas
[1] Berry, 1976.

Las metrópolis latinoamericanas en la red mundial de ciudades:

¿megaciudades o ciudades globales?

http://habitat.aq.upm.es/boletin/n22/ampez.html

Margarita Pérez Negrete[1]
Ciudad de México (México), febrero de 2002.
Cuando se habla de ciudades globales[2], habitualmente se hace referencia a aquellas urbes que participan y tienen una función específica en la economía mundial. Los estudios sobre éstas se han centrado en las funciones de control y de mando que ciudades del Primer Mundo desempeñan en la dinámica internacional. Por otro lado, cuando se habla de megaciudades, por lo general se hace alusión a grandes conglomerados metropolitanos del Tercer Mundo, que exhiben los efectos adversos de un crecimiento desordenado. De esta manera, se ha estudiado tradicionalmente a las metrópolis latinoamericanas desde este segundo enfoque y pocos estudios han cuantificado su creciente participación en la escena internacional.
Por ello, quisiera destacar en este ensayo la manera en que, en los últimos 15 años, metrópolis latinoamericanas, como la Ciudad de México, Buenos Aires o Sao Paulo han ido adquiriendo características de ciudades globales, pero con una especificidad inherente a su carácter periférico. Ellas también, al igual que las ciudades del mundo desarrollado pero en diferente grado, son parte activa de una red o un entramado dentro del sistema internacional en donde se crea y se reproduce la acumulación del sistema capitalista mundial.
De manera general, las ciudades globales han estado ejerciendo determinadas actividades en la conservación del sistema y, dentro de éste, las metrópolis latinoamericanas, aun cuando no son ejes de poder, cumplen funciones importantes para el mantenimiento del mismo. No obstante y tomando en cuenta este nuevo rol que han ido adquiriendo en la escena internacional, se sigue enmarcando a nuestras urbes en los estudios urbanos como megaciudades. Esta connotación, especialmente, ha tratado de resaltar los aspectos negativos de las metrópolis y se ha dirigido a estudiar estos espacios en relación con su peso demográfico, con la pobreza y marginalidad y con los efectos caóticos que el mismo crecimiento acelerado ha generado.
Así, de la misma manera en que prevalecen las manifestaciones de un crecimiento desordenado, nuestras grandes urbes están actualmente teniendo un peso específico en el sistema mundial de ciudades. Esto es una consecuencia de los cambios ocurridos en el sistema internacional y tiene que ver con la manera en que América Latina profundiza su integración a este proceso. Desde luego, ello no quiere decir de manera simplificada que el sistema mundial esté determinando el comportamiento de nuestras ciudades, pero sí es un hecho que las actuales transformaciones urbanas de la región -que tienen que ver con la nueva división internacional del trabajo o con el auge del sector de servicios, por ejemplo- no pueden entenderse si no tomamos en cuenta las tendencias mundiales.
De esta manera, la realidad urbana latinoamericana debe comprenderse a partir del reconocimiento de que existe un proceso dual, que propicia que las metrópolis profundicen su integración a los procesos mundiales adquiriendo el carácter de globales, al mismo tiempo que mantienen y acentúan los efectos negativos de su condición de megaciudades. ¿Cómo se combinan ambos factores? ¿Cómo coexisten dos mundos distintos en un mismo espacio? ¿Es

ésta una de las causas que han profundizado la polarización social en nuestra región? De aquí se desprenden algunos de los principales interrogantes sobre los cuales quisiera reflexionar en estas líneas.
Para ello, en un primer espacio destacaré la importancia que en la actualidad han ido adquiriendo las ciudades en el nuevo orden internacional y el papel que desempeñan en el sistema de acumulación de capital global. Como segundo punto, ubicaré el lugar que ocupan algunas metrópolis latinoamericanas dentro del régimen de acumulación de capital global y además destacaré la relevancia que algunas de ellas adquieren como centros de articulación de economías nacionales y regionales. En un tercer espacio, abordaré algunas características de las metrópolis latinoamericanas desde el punto de vista de su condición de megaciudades, haciendo hincapié en los principales aspectos problemáticos que el mismo crecimiento desordenado ha generado. Como cuarto punto, me referiré a las principales transformaciones que la estructura social urbana ha experimentado como resultado de la tensión entre los procesos de integración y exclusión, es decir, por un lado como espacios integrados al sistema capitalista mundial de ciudades y por ende participantes activos del proceso de acumulación y, por otro, como espacios donde se viven y se registran los índices más abultados de pobreza y marginación social.

Características del nuevo orden internacional y las ciudades como centros de acumulación global

Al concluir la guerra fría y desaparecer el sistema bipolar que aseguraba el balance de poder en el mundo, lejos de vivirse un nuevo orden internacional basado en el equilibrio entre naciones, nos encontramos frente a una especie de sistema multipolar, donde los principales centros de poder están constituidos por ciudades globales establecidas en distintos puntos del Primer Mundo. Algunas investigaciones[3] dan cuenta de este fenómeno y destacan el papel preponderante que determinadas urbes ejercen como centros de articulación de economías nacionales, regionales, e internacionales. Las ciudades globales, en este sentido, conforman espacios de acumulación global donde se concentran y se materializan los beneficios de los distintos procesos productivos de la nación o región a la que pertenecen. Las actividades más relevantes y las variables económicas más abultadas del sistema internacional se contabilizan en estos territorios.
Según Saskia Sassen, en la actualidad existen tres ciudades globales que desempeñan un decisivo papel de control y de mando y que a su vez están a la cabeza articulando todo un entramado de ciudades: Tokyo, Londres y Nueva York. Estos espacios se han dedicado a desarrollar intensamente actividades financieras y de servicios que son inherentes al mismo proceso de acumulación y que les confieren la capacidad de controlar y liderar extensas áreas geográficas en el mundo. No obstante, otras ciudades -aun cuando no están consideradas como globales en el sentido estricto del término- asumen funciones especializadas en determinadas áreas y participan activamente en este proceso de acumulación de capital global. Así, las ciudades organizadas jerárquicamente de acuerdo con el papel que desempeñan en el funcionamiento del sistema internacional se constituyen en espacios donde convergen la liquidez, la tecnología, la información y la comercialización de la producción global.
En la actualidad, en las áreas urbanas existe una creciente y densa gama de interacciones, de tal suerte que no es posible identificar un solo rincón en el mundo que no esté vinculado a estos espacios de acumulación. Incluso, puede decirse que las diversas actividades económicas, políticas o culturales que se desarrollan en las zonas rurales buscan constantemente el referente de los centros urbanos.
En este sentido, puede observarse cómo las ciudades emergen en el escenario internacional como las protagonistas de las principales transformaciones políticas, sociales y económicas, al tiempo que se convierten en los espacios donde la revolución tecnológica y comunicacional va marcando avances sin precedentes. Las diversas actividades propiamente urbanas articulan y tejen vínculos con otros lugares del mundo, de tal suerte que el proceso de globalización cobra su existencia en estos lugares.

Las ciudades de América Latina en el nuevo régimen de acumulación

En medio de este protagonismo urbano, América Latina está ganando un espacio. La integración de nuestras metrópolis al sistema de acumulación y a la red mundial de ciudades cada vez es más notable. Si de alguna manera nuestras grandes urbes siguen siendo dependientes del mundo desarrollado y conservan su carácter periférico, también ellas se afirman en la escena internacional como focos de enlace con el sistema mundial. No son centros de poder, como pueden serlo ciudades del tipo de Nueva York, Tokio o Londres, pero están desarrollando funciones que están confiriéndoles un papel destacado en determinadas áreas de la dinámica mundial.

Si antes de los ochenta nuestra región podía permanecer un tanto ajena a algunos procesos externos -que tuvieron como consecuencia que en América Latina se diera el impulso al modelo de sustitución de importaciones y el desarrollo industrial dependiente-, ahora es posible observar cómo esta posición se ha modificado de manera substancial. Actualmente, la región, particularmente a través de sus metrópolis, se muestra altamente sensible a los cambios que operan en el sistema mundial y, además, sus actos pueden tener un fuerte impacto en la economía internacional, como lo mostró claramente el caso de México en 1994. El peso específico que tienen algunas zonas urbanas de América Latina, dentro del sistema mundial de ciudades, es una clara evidencia de la manera en que se ha profundizado la integración a la dinámica internacional, pero no sólo eso. Además, esta participación ha hecho de las principales metrópolis latinoamericanas los puntos estratégicos donde el proceso de globalización del país y de la región cobra su existencia.

A nivel global, para determinar qué ciudades de la región están insertándose de una manera más activa al proceso de acumulación de capital, he tomado algunos datos provenientes del *GaWC* (Globalization and World Cities Study Group)[4]. Este centro se ha dedicado a la investigación de ciudades globales y ha realizado estudios reveladores en este ámbito. Por ejemplo, ha medido la participación de las ciudades que forman parte de la red mundial en función de determinados servicios estratégicos que ellas proporcionan. Así, entre las metrópolis de América Latina que figuran en la organización jerárquica de la red, de acuerdo con su capacidad global, figuran Buenos Aires, Caracas, la Ciudad de México, Santiago y Sao Paulo. Para medir esta facultad, el GaWC se ha valido de la metodología[5] de Saskia Sassen, en la cual se considera que son específicamente 4 ramas de servicios de avanzada que van determinando la formación de una ciudad global: contabilidad, finanzas, servicios legales y publicidad. Considerando el peso específico de estos sectores en la actividad económica de las ciudades, se les ha clasificado en Alpha, Beta y Gamma [6]. Asimismo, dentro de estas 3 categorías se ha establecido una escala del 1 al 12 para determinar la importancia que tiene cada una de las ciudades como centros mundiales de servicios. La distribución resultante es la siguiente: la Ciudad de México y Sao Paulo ocupan el primer lugar entre las ciudades de América Latina con la categoría Beta y una escala de 8; en la categoría Gamma, figuran Caracas y Santiago con una escala de 5 y Buenos Aires con una escala de 4 [7]. Ello quiere decir que las ciudades mencionadas son ciudades globales, porque los servicios que ellas proporcionan les confieren la capacidad de ser espacios de transmisión de flujos globales.

Además de las facultades que les dan presencia en la escena internacional, nuestras grandes metrópolis, éstas que el GaWC califica como globales, realizan una importante función en la región. Son los puntos centrales donde América Latina se enlaza con el mundo. La capacidad global hace indudablemente a una ciudad ser relevante a nivel regional y, de esta manera, las metrópolis que figuran en el esquema anterior se han convertido en los lugares estratégicos donde se produce la globalización de la región. Por ejemplo, después de haber revisado los destinos de las principales empresas multinacionales de origen británico y estadounidense, [*Beaverstock, Smith and Taylor*, 2000] y [*Beaverstock, Taylor and Walker*, 2002], se comprobó que Sao Paulo y la Ciudad de México se han convertido en los lugares más atractivos para estos inversionistas en América Latina. Por otro lado, si de alguna manera estas ciudades destacan por su capacidad para ser centros de servicios globales, también han diseñado estrategias para establecer oficinas regionales y ser proveedoras de servicios al resto del continente.

Como afirma Parnreiter en una interesante interpretación que hace de las estadísticas recabadas por GaWC, refiriéndose particularmente a la Ciudad de México: *«Tiene un porcentaje de formación de ciudad global ("world city formation") de 12 por ciento; está por encima de otras ciudades como Sao Paulo, Buenos Aires y Caracas (6 por ciento cada uno) y Santiago (5 por ciento)» «La Ciudad de México es un centro global mayor en los cuatro*

subsectores (establecidos por Sassen), mientras que Sao Paulo lo es sólo en tres y Buenos Aires solo en uno» [*Parnreiter*, 2000].
Asimismo y como dato adicional que da cuenta de la importancia regional de nuestras urbes, cabe mencionar que Sao Paulo es el principal centro financiero de la región. La Bolsa de valores de Sao Paulo (Bovespa) es la más importante de América Latina seguida por la Bolsa Mexicana de Valores de México. Aun cuando la participación de ellas representa un porcentaje muy bajo del capital invertido globalmente y son altamente dependientes de las bolsas más fuertes del mundo, su existencia resulta ser esencial para el sistema financiero de la región, como se ha podido demostrar claramente con los recientes desequilibrios financieros de América Latina y consecuentemente con el impacto que han tenido en el sistema económico internacional. De esta manera, es así como las ciudades mencionadas juegan un papel destacado en el proceso de globalización de la región y colocan a nuestras ciudades como puntos ineludibles donde pasan y convergen los flujos que dan vida al sistema económico mundial.
Finalmente, estas ciudades son, naturalmente, espacios fundamentales donde el proceso de globalización del país se lleva a cabo. Una especificidad muy palpable de las principales ciudades de América Latina es que han sido desde el pasado zonas de alta concentración de población, de recursos, de actividades administrativas y de poder político. En el caso de Sao Paulo, aun cuando el poder administrativo y político está ubicado en otro punto del país, históricamente su papel ha sido y sigue siendo de primer orden en la dinámica interna de Brasil. De tal suerte, en estas metrópolis latinoamericanas, encontramos los puntos clave donde el país establece sus vínculos con el exterior. Aun cuando esta situación se ha modificado en los últimos años, sobre todo por el crecimiento que han tenido las ciudades medias, impera todavía una innegable primacía urbana, donde se da la presencia de una ciudad que es varias veces mayor que la ciudad siguiente en jerarquía a nivel nacional. Este fenómeno ha sido una constante en el proceso de urbanización de la región y citando nuevamente a la Ciudad de México, es posible observar cómo ésta, ha llegado a concentrar en el decenio de los noventa hasta el 34 por ciento del PIB nacional, el 40,85 por ciento del empleo urbano nacional y es el lugar donde se ha llegado a localizar hasta el 50 por ciento de las empresas más importantes de país[8]. En el caso argentino, el Area Metropolitana del Gran Buenos Aires (AMBA) concentró en 1991 el 33,5 por ciento de la población nacional, generó más del 50 por ciento del producto bruto industrial del país y concentró, al mismo tiempo, el 40 por ciento del total de empresas.[*Meichtry*, 1994]

Las Ciudades de América Latina como megaciudades

Por todo lo mencionado hasta este momento, resulta evidente la manera en que algunas zonas metropolitanas de América Latina están insertándose en la dinámica mundial y forman parte activa de la red de ciudades donde se produce el proceso de acumulación de capital global. Pero además, el carácter de estas ciudades está conformado por aquella especificidad con la que tradicionalmente se ha caracterizado a las metrópolis del Tercer Mundo: son megaciudades. Como había mencionado anteriormente, el término generalmente se asocia con el número de habitantes de ese territorio, con espacios aglomerados y caóticos, donde la pobreza, el sector informal precario y la violencia se hacen presentes.
El constante deterioro del nivel de vida que se registra en las principales urbes de América Latina muestra que aun cuando algunas de ellas forman parte del entramado mundial de ciudades, un sector considerable de la población que las habita se encuentra en un total abandono. La calidad de vida no es congruente con el papel que ellas desempeñan en la creación y generación de la riqueza mundial. Por ejemplo, según el Instituto Nacional de Estadística y Censos de Argentina (*INDEC*) en Buenos Aires se han registrado, en este año, los peores niveles de pobreza desde 1991. Este instituto asegura que hay 3.960.000 de pobres[9] y se estima que 1 de cada 3 familias vive en estas condiciones. Esta cifra es inferior para otras ciudades de América Latina.
De esta misma forma, resulta difícil entender que, al mismo tiempo que la Ciudad de México y Sao Paulo cuentan con los centros financieros más importantes de la región, figuran entre los centros urbanos más aglomerados del planeta con los niveles más altos de contaminación ambiental [*UNEP/WHO*, 1992]. Tampoco es suficiente conformarse con las cifras que indican que la explosión demográfica de nuestras ciudades ha llegado a su techo y que el índice de

crecimiento poblacional se ha desacelerado, cuando las condiciones de vida, la desigualdad y la polarización social parecen intensificarse.

La nueva estructura social urbana: se profundiza la polarización

Finalmente, quisiera mencionar algunas transformaciones que están marcando a las grandes metrópolis latinoamericanas con un sello distintivo, en donde la exclusión social figura como un componente básico de la dinámica de las ciudades. Nuestras metrópolis viven, ahora y más que nunca, el fenómeno de la dualidad urbana [10]. Éste ha generado algunos cambios en la composición de la estructura social que acentúan, por un lado, nuestra condición de megaciudades, pero simultáneamente nos mantienen involucrados con los procesos globales. Históricamente, nuestra región se ha distinguido por el alto grado de polarización de sus sociedades. Pero ahora esta polarización se ha modificado y se ha profundizado substancialmente. Hasta la fecha, pocos estudios se han llevado a cabo al respecto y existe un gran vacío teórico y conceptual para lidiar con este fenómeno. Sin embargo, es claro que en las mismas ciudades, y con mucha más intensidad en las zonas de nuestra región, las consecuencias de estas transformaciones son evidentes. El nuevo régimen de acumulación y su impacto en la composición social urbana han motivado el interés de diversos teóricos, que como Ingersoll [*Ingersoll*, 1993] tratan de explicar la manera en que están orientándose estos nuevos esquemas en la composición social. Él señala que en la cúspide de los centros urbanos se encuentran los propietarios que controlan la producción y la información electrónica. Debajo de ellos, hay diversos grados de "ciberproletarios", que dependen de la telemática para efectuar su trabajo. Finalmente, en las bases hay una subclase, el lumpen, que literalmente es irrelevante y marginal para este proceso de acumulación. De acuerdo con esta clasificación, se podría desprender que esta clase constituye la mayor parte de la población de las grandes zonas metropolitanas latinoamericanas. En este sentido, se genera un creciente desfase, por un lado, entre las dos primeras clases que reproducen y mantienen el régimen de acumulación y, por otro, entre la última clase que es totalmente marginal al mismo.

Desde otra óptica y como factor explicativo de los cambios en la estructura social urbana, cabe mencionar el auge y relevancia del sector servicios. Como es sabido, nuestras metrópolis han experimentado una importante transformación en los últimos 30 años y han dejado de especializarse en la industria para consolidar sus actividades en este sector de la economía. La Ciudad de México concentró en el decenio de los noventa hasta el 40,95 por ciento del empleo urbano formal nacional y además registró en el mismo lapso el 40 por ciento del PIB urbano [11]. Así, este ramo se ha convertido en la principal actividad productiva de nuestras urbes y ha sido muy claro cómo al mismo tiempo que se desarrolla un sector terciario formal va expandiéndose, por otro lado, un sector informal. Es decir, de un lado del polo existe un pequeño cuadro altamente calificado y especializado que participa en la creación de la riqueza y, por otro, crece paralelamente un gran sector informal que depende profundamente del primero y del grueso de los consumidores urbanos. Este fenómeno es aún más marcado en el caso de América Latina, porque, al mismo tiempo que se desarrollan servicios de avanzada ávidos de personal calificado y con conocimientos especializados, por otro lado se expande un sector informal que generalmente es de autoempleo.

Así, el que metrópolis como éstas se hayan especializado funcionalmente en los servicios es un elemento que ha contribuido a profundizar la polarización. Desde luego, existen fuertes vínculos entre la economía formal e informal y, aun cuando no es posible determinar que exista una relación causal entre ambos, hay algunos factores que pudieran explicar parte de este fenómeno:

En primer lugar, el perfil del mercado laboral requerido por el sector terciario avanzado deja fuera a la mayor parte de la población urbana que no está preparada para ejercer esas funciones.

En segundo lugar, se dice que el deterioro de las condiciones laborales ha propiciado el crecimiento de un sector informal que promete mejores ingresos.

En tercer lugar, los altos ingresos que percibe la población que labora en los servicios formales avanzados demandan servicios personales informales a un bajo costo [12].

El número de trabajadores empleados en el sector informal ha ido en aumento y, en condiciones de crisis, este número se ha incrementado considerablemente. Según la *OIT* (Organización Internacional del Trabajo), el 47 por ciento del trabajo urbano de la región es informal y este mismo organismo ha calculado que desde el inicio de los noventa entre el 60 y

el 70 por ciento de los nuevos puestos de trabajo se generaron en la economía informal. En este sentido, el sector informal juega un papel protagónico en las grandes ciudades de la región, evidentemente por la mayor concentración de consumidores potenciales para sus productos.
De esta forma, el auge del sector servicios característico de las grandes ciudades de América Latina genera varios tipos de ocupaciones que requieren, por un lado, de un alto grado de educación y sueldos elevados, y, por otro lado, demanda servicios sociales y personales que por lo general son cubiertos por el sector informal y marginal de la economía. Se muestra así la presencia de un sector que participa activamente en la creación de la riqueza de la ciudad a la que pertenece y, paralelamente, de otro sector que indirectamente crece de manera mucho más acelerada y permanece completamente ajeno a la acumulación de capital global.

Las desigualdades en la vida cotidiana

A lo largo de estas líneas, he tratado de destacar, de manera paralela, dos aspectos centrales de las metrópolis latinoamericanas: por un lado, su importancia como componentes básicos de un sistema mundial de ciudades; y por otro, como territorios donde se profundizan las desigualdades y la polarización social. Es claro que, mientras una parte de las zonas urbanas participa y está altamente integrada a la dinámica internacional, deja fuera a otra parte que parece ser irrelevante y marginal a esta lógica. Permanecen, entonces, sin resolver los problemas históricos de exclusión social de la misma manera en que la polarización se profundiza.
Así, nuestras metrópolis dan cuenta de un proceso de coexistencia de dos mundos opuestos y desarticulados. Un Primer Mundo resulta ser una especie de enclave que concentra y asume actividades de primer orden en la creación y generación de riqueza del país, de la región y del sistema de acumulación capitalista mundial. Así lo exhibe la zona de Santa Fe en la Ciudad de México, el centro financiero de la Avenida Paulista o Retiro en Buenos Aires. Por otro lado, en un espacio casi inmediato, vemos un Tercer Mundo que vive la parte más desafortunada de la ciudad, atrapado en la pobreza, en las actividades económicas informales, en la marginación y la exclusión. Los contrastes son, como lo fueron en el pasado, la principal característica del componente urbano de nuestra región.
Los que vivimos y habitamos estas ciudades lo vemos todos los días. Hemos integrado las desigualdades a nuestra vida cotidiana. Para llegar a la zona de vanguardia de la Ciudad de México donde se agrupan los centros corporativos, comerciales y universitarios más importantes no sólo del país sino también de América Latina, tenemos que atravesar caminos sin pavimento, rodeados de hogares autoconstruidos de manera irregular, donde el hambre, el hacinamiento, la miseria y la pobreza son una práctica habitual. La mujer indígena se autoemplea vendiendo chicles de cara al edificio de la Bolsa Mexicana de la Valores. La "muchacha" que vive en Neza trabaja en una casa de Polanco. Todos ellos forman parte de una misma ciudad; todos ellos son demasiado distantes y a la vez demasiado próximos. La ciudad los hace ser autónomos y al mismo tiempo muy dependientes; algunos de ellos son demasiado globales, otros, más numerosos, demasiado marginales.
De estas líneas surgen algunos interrogantes que quisiera dejar como espacios abiertos a la reflexión. ¿Cómo estudiar el papel que desempeña la ciudad global latinoamericana en el mundo, relegando a la ciudad local, marginada y excluida? O invirtiendo la pregunta, ¿cómo entender los procesos sociales de exclusión y marginación social dejando de lado la inserción de las metrópolis en la dinámica mundial? Existe, pues, una especificidad de las urbes latinoamericanas, que acentúa las disparidades y exacerba contradicciones; existe una característica peculiar que marca una franja muy ancha entre Primer y Tercer Mundo y ello, hoy más que nunca, se convierte en un gran reto para el estudio macrosocial urbano de nuestra región. Las grandes ciudades latinoamericanas no pueden ser consideradas en su totalidad como ciudades globales, pero tampoco el enfoque de las megaciudades parece ser una herramienta analítica suficiente, porque presentan rasgos y características que las hacen distinguirse como ciudades globales, pero al mismo tiempo exhiben importantes mecanismos de exclusión, polarización y marginación social [*Pérez Negrete*, 2000], es decir, la ciudad tradicional no integrada, marginada de todos los procesos urbanos más dinámicos, vive, coexiste y es testigo de la inserción en su mismo territorio de un Primer Mundo, simbólicamente distante y geográficamente inmediato.

Referencias bibliográficas

Beaverstock, Smith and Taylor (1999) «A Roster of World Cities» (Cities, 16 (6), pp.445-458, también en GaWC Research Bulletin, No. 5, en http://www.lboro.ac.uk/gawc/rb/rb5.html)
Beaverstock, Smith and Taylor (2000) «The Global Capacity of a World City: a Relational Sutdy of London» (GaWC Research Bulletin, No. 7, en http://www.lboro.ac.uk/gawc/rb/rb7.html)
Beaverstock, Taylor and Walker (2002) «Firms and their Global Service Networks» (Research Bulletin, No. 6, GaWC, en http://www.lboro.ac.uk/gawc/rb/rb6.html, también editado en S Sassen, *Global Networks, Linked Cities*, New York, London: Routledge, 93-115.)
Ingersoll, R. (1993) «Computers Rus» (Design Book Review, 275, citado en Knox Paul, *World cities in a world-system*, p.15)
Meichtry, Norma (1994) «Sociedad y Alta Primacía en el Sistema Urbano Argentino» (en Anuario de Estudios Urbanos, No. 1, 1994, UAM, Azcapotzalco, México)
Parnreiter, Christof (1998) «La Ciudad de México: ¿una ciudad global?» (en Anuario de Espacios Urbanos, 1998, pp.19-52)
Parnreiter, Christof (2000) «La ciudad de México en la red de ciudades globales» (Anuario de Estudios Urbanos 2000 UAM; México)
Pérez Negrete, Margarita (2000) «Las ciudades latinoamericanas y el proceso de globalización» (en Memoria, N.134, México, en http://www.memoria.com.mx/134/Perez/; también en Magazine Electrónico Dhial, Instituto Internacional de Gobernabilidad, PNUD, Barcelona, España, septiembre de 2000)
UNEP/WHO (1992) Urban Air Pollution in Megacities of the World (Blackwell, Oxford Basil)
Fecha de referencia: 23-02-2003

1: Artículo aparecido en el número 156 de la revista Memoria
http://www.memoria.com.mx/156/Perez.htm
Margarita Pérez Negrete es licenciada en Relaciones Internacionales. Colaboradora en proyectos de investigación de la UNAM sobre aspectos teóricos de globalización.

2: Haciendo una recopilación de varios autores, García Canclini afirma que una ciudad global es aquella que mantiene vínculos, relaciones y un alto grado de interdependencia con otras ciudades, países o regiones en el sistema capitalista. Para ser global, se necesita: «a) fuerte papel de empresas transnacionales, especialmente organismos de gestión, investigación y consultoría; b) mezcla multicultural de pobladores nacionales y extranjeros; c) prestigio por la producción de élites artísticas y científicas; y d) alto número de turismo internacional» (*La Globalización Imaginada*, p. 167).

3: Borja y Castells, Sassen Knox y Friedman, principalmente, se han dedicado a estudiar los diversos procesos de acumulación que se generan en las ciudades y la manera en que éstos les confieren a las mismas, actividades de control y de mando en el sistema internacional.

4: Para consultar los principales documentos y resultados de las investigaciones realizadas por el GawC, véase la página web http://www.lboro.ac.uk/gawc/

5: Para más detalles sobre este tipo de medición, véase [*Beaverstok, Smith and Taylor*, 1999]

6: ver figura 1 del artículo de Beaverstock, Smith y Taylor en la página del GaWC:
http://www.lboro.ac.uk/gawc/rb/rb5.html#f1

7: ver cuadro 1 del artículo de Beaverstock, Smith y Taylor en la página del GaWC:
http://www.lboro.ac.uk/gawc/rb/rb5.html#t1

8: Para un análisis más completo sobre la participación de la Ciudad de México en el sistema urbano mundial, así como su importancia económica para el país, véase [*Parnreiter*, 1998].

9: El INDEC considera pobre a una familia que en esta región del país gana menos de 470 dólares por mes e indigente a una familia cuyos ingresos están por debajo de los 200 dólares.

10: Castells y García Canclini emplean este término frecuentemente, refiriéndose a los dos espacios de contraste que se manifiestan en nuestras urbes.

11: *INEGI* http://www.inegi.gob.mx/

12: En este rubro, entra el servicio doméstico, de limpieza, de jardinería, de mantenimiento.
INDICE

INTRODUCCION

1. **CONSIDERACIONES CONCEPTUALES**
- Algunas reflexiones sobre el concepto de espacio y la construcción del objeto de estudio en Geografía
- Capitalismo y espacio
- Reestructuración industrial y cambio locacional
- Los procesos de cambio estructural en el marco de las diversas interpretaciones de las rupturas en el desarrollo capitalista

2. **CRISIS DEL REGIMEN DE ACUMULACION FORDISTA Y REDESPLIEGUE TERITORIAL DEL CAPITALISMO**
- Síntomas y factores del cambio estructural global
- Principales características de las transformaciones tecnológicas y productivas
- Implicancias sociales, políticas y jurídicas del nuevo régimen de acumulación
- Reestructuración productiva y reorganización territorial
- Significados de estos cambios para los países latinoamericanos

3. **EL CASO ARGENTINO**

3.1 Industrialización, regímenes de acumulación y configuración territorial en perspectiva histórica.
- Crisis y transición hacia el régimen semicerrado
- La industrialización peronista: fordismo de entrecasa?
- Desarrollismo y maduración del régimen de acumulación fordista en la Argentina

3.2 Los cambios estructurales después de 1975
- Efectos y perspectivas de la reindustrialización sobre la estructura territorial

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

INTRODUCCION

Los llamados procesos de cambio estructural o de reestructuración económica y social que se han producido en las dos últimas décadas, han ocupado un lugar destacado en las investigaciones y discusiones de los científicos sociales, particularmente durante la segunda mitad de los años ochenta.

Entre los múltiples aspectos que adquieren tales sucesos, quizá el más estudiado corresponda a la reestructuración del capital industrial y a su redespliegue territorial. Una extensa bibliografía da cuenta de la importancia dada al tema, especialmente entre economistas y geógrafos británicos y norteamericanos.

En la gran mayoría de los casos el esfuerzo se ha concentrado en la producción de información y en el abordaje empírico de los fenómenos de cambio locacional y de sus implicancias regionales. En cambio, son muy pocos los trabajos que intentan estudiar y discutir la reestructuración industrial y sus significados territoriales, en un marco interpretativo que integre esta problemática con la de la reestructuración económica global y la de cambio social y político.

Buena parte de los intentos por llevar al plano teórico la discusión de estos temas, se han visto encorsetados por las limitaciones impuestas por los propios marcos de reflexión asumidos, como es el caso de quienes han adoptado las teorías "kondratieffianas", "schumpeterianas" y "neoschumpeterianas", a partir de las cuales, difícilmente se pueda ir más allá de explicaciones que tengan como base los aspectos meramente económicos y tecnológicos de los procesos de cambio estructural.

Algunos trabajos muy recientes, en cambio, han intentado adoptar marcos explicativos más abarcativos, generalmente más o menos provenientes de interpretaciones marxistas de la crisis del capitalismo, como es el caso de las posiciones de Mandel y de varios autores de la denominada Escuela de la Regulación.

Así como resulta imposible y metodológicamente dudoso aislar las manifestaciones territoriales (quizá strictu sensu corresponda decir "locacionales") del proceso de reestructuración industrial en sí, del mismo modo entendemos que resulta equívoco aislar dichos cambios de la gravitación y de la capacidad explicativa que poseen los fenómenos económicos globales y los procesos políticos, sociales y culturales. En otras palabras, intentaremos abordar algunas líneas explicativas sobre las transformaciones del territorio desde una posición que no las asume como meros procesos territoriales, sino como el resultado de procesos sociales (y en este sentido el término social incluye lo económico, lo cultural y lo político) que en su evolución alteran su propia territorialidad [1].

Estas afirmaciones justifican la necesidad que hemos sentido respecto de fijar posición sobre lo que se entiende por espacio y por producción del espacio; sobre cual es el marco y la lógica que subyace a los procesos de producción social del espacio [2] ;sobre el estado de la discusión al respecto de las teorías de la localización industrial y, por supuesto, sobre los procesos de crisis/reestructuración del capitalismo.

En efecto, el trabajo que aquí presentamos intenta discutir en su primera parte, sobre algunos tópicos que entendemos como de decisiva importancia para comprender en su complejidad y profundidad los cambios que se están verificando en la estructura, forma de organización y despliegue espacial de la producción industrial. Los mismos son considerados desde una línea de reflexión y análisis que los visualiza como una manifestación específica dentro de un proceso de cambio más amplio que involucra al conjunto del sistema económico mundial y a las mutaciones políticas, económicas, sociales y territoriales que experimenta la sociedad global en su conjunto y cada formación social en particular. Así, entendemos que dicho proceso parte de una profunda crisis estructural y se manifiesta en transformaciones determinadas por las nuevas necesidades del capitalismo internacional.

En la segunda parte del trabajo se presenta un somero análisis de los principales aspectos del cambio estructural a nivel global y de su significación para los países en desarrollo, intentando una interpretación de los mismos según la perspectiva teórica asumida en el primer capítulo.

Finalmente, la tercera parte del trabajo está á dedicada a poner sumariamente de relieve las vinculaciones que pueden establecerse entre proceso de industrialización, regímenes de acumulación y configuración del territorio en la Argentina en perspectiva histórica, exponiendo y discutiendo particularmente algunos rasgos generales del proceso reciente de reestructuración del capital industrial e intentando enmarcar al mismo dentro de los lineamientos conceptuales y de los cambios verificados a nivel global, ya desarrollados en los capítulos precedentes.

1. CONSIDERACIONES CONCEPTUALES

Volver al Indice

Algunas reflexiones sobre el concepto de espacio y la construcción del objeto de estudio en Geografía

Ciertamente, no es este el sitio más adecuado para introducirnos en una discusión profunda de orden ontológico sobre la noción de espacio y sobre el objeto de estudio en Geografía [3]. Sin embargo, intentaremos realizar algunas reflexiones que entendemos vienen al caso por la temática a tratar y por la necesidad que sentimos de tomar posición al respecto.

Habitualmente, los geógrafos han manejado (y continúan haciéndolo en la actualidad) diferentes concepciones del espacio (a veces, incluso, en forma simultánea). Básicamente, la noción de espacio proviene de las matemáticas (espacio regido por la legalidad de la geometría euclideana y no euclideana) y de la física (espacio absoluto o newtoniano y espacio relativo). El arribo de estas nociones de espacio a la Geografía, ha estado inclusive mediado en muchas oportunidades por otras ciencias sociales, como es el caso de la Economía. Así, por ejemplo, buena parte de la teoría locacional, digerida y utilizada abundantemente por los geógrafos tiene ese origen y, por lo tanto, muchos de ellos suelen trabajar conscientemente o no con una concepción de espacio abstracta, rígida, ahistórica y estática [4]. La noción de espacio relativo en cambio, ha nutrido, entre los geógrafos, las distintas versiones de la visión regional, paisajística y ecológica, en contraposición a las posturas locacionalistas y matematizantes.

Desde el punto de vista teórico-metodológico, estas vertientes se encuadran generalmente dentro de fundamentos predominantemente neopositivistas y se han mantenido dentro de prácticas de producción científica casi exclusivamente empiristas. Estas concepciones de la ciencia geográfica y de su objeto de estudio comienzan a ser puestos irreversiblemente en tela de juicio a partir de la introducción de distintas vertientes del pensamiento marxista en las cuestiones espaciales, iniciando una nueva manera de concebir y de estudiar estos fenómenos, básicamente a partir de la valorización de las relaciones entre sociedad y espacio.

Efectivamente, en los últimos veinte años, desde adentro y desde afuera de la Geografía, varios autores han intentado reconstruir el concepto de espacio desde la perspectiva social.

Según José Luis Coraggio, por ejemplo, el espacio no constituye algo substancial o continente, sino que representa "una determinación constitutiva e inseparable de las cosas y los procesos físicos mismos; o cuando decimos que estos son espaciales" [5]. Dicho de una manera más simple, el espacio sería un atributo de los objetos fantásticos y de los procesos que los involucran. Expresaría una característica o una cualidad de los mismos, en términos de posición, magnitud y direccionalidad. Estos serían los principios fundamentales del concepto de "espacialidad". En efecto, el mismo autor señala -acertadamente a nuestro juicio- que "si bien el espacio de lo real es único, la espacialidad de los diversos fenómenos varía con la naturaleza diferencial de los mismos", y que "... en particular, la espacialidad de los fenómenos sociales es indirecta y está basada en la articulación entre naturaleza y sociedad, pero con las leyes sociales sobreconstruyendo a la legalidad natural", para terminar asumiendo a la espacialidad social como históricamente determinada y no como de carácter universal [6].

En la búsqueda por replantear y reconstruir el objeto de estudio de la Geografía, Moraes y Da Costa[7] señalan que, desde el punto de vista del marxismo, la propuesta consistirá en el estudio de la relación entre espacio y sociedad, siendo el trabajo humano la categoría que explica la naturaleza de esa relación. Se trata fundamentalmente de una relación que se expresa en términos concretos, y cuya dimensión es histórica. Esa relación es entonces una relación social y no una relación de carácter ecológico, por ejemplo. El espacio no tiene contenido social porque es la "morada del hombre" como sostenía Max Sorre, sino porque en su dimensión social e histórica, el hombre lo construye y posibilita su reproducción a través del trabajo.

Así, a diferencia de la noción de espacio económico (según la teoría económica espacial clásica) que posee un contenido casi excluyentemente locacional; el concepto de espacio social remite a la idea de que el ámbito físico en el que se desenvuelve una sociedad, ha sido producido por el conjunto de la misma, a través del proceso de trabajo.

Esta manera de entender la relación entre el espacio y la sociedad, es la que origina a su vez el concepto de producción del espacio, llevada a su máxima expresión en las palabras de Milton Santos: "producir, es producir espacio"[8]. Pero el espacio, desde la perspectiva que se está asumiendo, no es solamente un producto social, sino también a su vez, condición y medio del proceso de producción y reproducción social [9].

Según la óptica de Milton Santos, el espacio geográfico representaría la naturaleza modificada por el hombre a través de su trabajo y constituye un campo de fuerzas cuya aceleración es desigual, por eso la evolución espacial no se da de forma idéntica en todos los sitios [10]

Las formas espaciales construidas bajo una particular manera de articulación de las relaciones sociales de producción y del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir de un determinado modo de producción, pueden sobrevivir a este último. En otras palabras, las formas fijas generadas por un modo de producción constituyen a la vez determinaciones y condicionantes para las formas de organización tanto social como espacial que requiere para su desarrollo un nuevo modo de producción.

Pero el espacio, bajo la concepción que estamos intentando desarrollar, no resulta exclusivamente el reflejo mecánico de una sociedad o de un modo de producción en un momento dado, sino que
representa el resultado de la acumulación histórica de trabajo humano y de la superposición diacrónica y sincrónica de varios modos de producción y aún de la evolución o de las diferentes etapas del propio modo de producción dominante en la actualidad.

Finalmente, estas reflexiones nos conducen a considerar al espacio también como medio de producción y como mercadería, como valor de uso y como valor de cambio. En definitiva, el espacio también es capital.

Capitalismo y espacio

Volver al Indice

Para avanzar desde la discusión básica sobre la noción de espacio hacia elementos conceptuales que permitan interpretar la dinámica territorial bajo el marco teórico que estamos asumiendo, corresponde incorporar algunas características elementales del modo de producción capitalista.

En primer lugar, el modo de producción capitalista es esencialmente expansionista, ya que la necesidad estructural primordial del capitalismo está representada por la reproducción ampliada del capital y de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Un segundo rasgo característico del capitalismo es que la necesidad de incrementar permanentemente la tasa de ganancia conduce inevitablemente a la ampliación de la fuerza de trabajo o de la productividad del trabajo (esto último a través del cambio tecnológico y del cambio de las formas de organización del proceso de trabajo), a efectos de maximizar la

apropiación del producto del trabajo social, dependiendo de las particulares condiciones económicas, sociales, políticas y tecnológicas que se opte por una u otra vía.

En tercer lugar, cabe señalar también la tendencia a la concentración de los medios de producción y del capital en todas sus formas, ampliando constantemente sus fronteras por medio de la incorporación de nuevos mercados y de la internacionalización creciente de la producción.

Por último, el capitalismo tiene su base y motor en la actividad industrial [11], lo cual refuerza la necesidad de enmarcar un tema como el que nos ocupa en el contexto de las especificidades del modo de producción capitalista y especialmente en las transformaciones recientemente sufridas por el mismo y esto último inscripto en una teoría de las crisis del capitalismo.

De acuerdo con la expresión de Moraes y Da Costa [12] la valorización capitalista del espacio es fundamentalmente una relación capital-espacio. Como se dijo, entonces, el espacio es capital en su condición de mercancía y de medio de producción. Siguiendo esta línea de razonamiento, dichos autores concluyen que el proceso de valorización capitalista del espacio (que para los mismos sería el objeto de estudio por excelencia de la Geografía) no es otro que el propio proceso de valorización del capital.

Sintetizando, como se ha mencionado más arriba, el enfoque adoptado centra su análisis en el proceso de trabajo como categoría relacional por excelencia entre sociedad y espacio, siendo dicho proceso alienado del conjunto social en favor de los sectores sociales dominantes. Ello lleva a considerar el proceso de apropiación y acumulación del plusproducto social. En el caso del modo de producción capitalista dichos procesos adquieren características particulares, ya que - como también-, se señaló-, muestra un carácter expansionista que deviene de la búsqueda incesante de la reproducción ampliada del capital (esto es, la acumulación de capital) y de las relaciones sociales de producción. Esta característica constituye la base explicativa del sesgo que también caracteriza al capitalismo. Si por último recordamos que la actividad industrial ha constituido históricamente el eje del desarrollo del capitalismo, acordaremos en concluir que al ampliar su territorio y conducir a la concentración de los factores de producción, el capitalismo no puede sino producir un espacio profundamente diferenciado, en evolución y cambio permanentes.

En efecto, el proceso capitalista de valorización del espacio constituye un proceso fundamentalmente contradictorio. Por un lado la utilización, el dominio y la ampliación del espacio, así como el proceso de fijación que caracteriza a la relación capital-espacio, está expresando la afirmación del mismo. Pero es también el capital quien por otro lado destruye y reconstruye, fragmenta y diferencia al espacio bajo la lógica de sus necesidades estructurales [13].

Sin embargo, cabe señalar, que no deben ser asociados mecánicamente los procesos de acumulación de capital y de estructuración del espacio, así como tampoco la historia social es mero reflejo de los procesos de reproducción ampliada del capital a través del tiempo. Cuanto mayor es el desarrollo de las fuerzas productivas y de la división técnica y social del trabajo, tanto más compleja y mediatizada será la relación entre capital y espacio. En los términos de Walker y Storper "... el capitalismo necesita crear un paisaje social o geografía de la acumulación muy próximo a la estructura social de acumulación, pero nunca determinada estrictamente por ella" [14]

En el caso de la problemática que nos ocupará más adelante, constituída por un proceso de cambio estructural cuyo eje está representado por sustanciales transformaciones tecnológicas y productivas de inmediata repercusión en el sector industrial y que se manifiestan espacialmente en cambios notorios en el comportamiento locacional de las firmas, aún teniendo en cuenta las salvedades vertidas en los últimos párrafos, no puede confundirse el objeto de estudio. Este no es "la industria" o "la localización de la industria", ni el mercado, ni la firma, ni el proceso de toma de decisiones por parte de los empresarios o los factores tecnológicos o ambientales. Ninguno de estos elementos de análisis explica por si mismo la lógica locacional, que fundamentalmente dependerá de la dinámica estructural que caracteriza

a los procesos de reproducción ampliada del capital y de las relaciones sociales de producción [15]

Reestructuración industrial y cambio locacional.

Volver al Indice

La teoría clásica de la localización industrial, en sus diferentes versiones (equilibrio parcial y minimización de los costos de transporte, según la vertiente weberiana o de las áreas de mercado, estudiadas por August Losch) posee considerables limitaciones que fueron develadas por una amplia y heterogénea gama de nuevos enfoques. Las limitaciones de las posiciones tradicionales sobre localización industrial, condujo a la búsqueda de nuevos instrumentos analíticos provenientes de la teoría del comportamiento, el keynesianismo, la teoría schumpeteriana y la teoría general de sistemas [16]. Estas líneas interpretativas llevaron a la construcción de modelos basados en el análisis del ciclo productivo, la interdependencia locacional, el equilibrio espacial, los aspectos decisionales y organizacionales y las conexiones interempresariales; o teorías tales como la de la base exportadora, los polos de desarrollo, evolución de las regiones y difusión de innovaciones, etc.

Según Young, el énfasis puesto por las formulaciones clásicas en el factor distancia, es decir en la necesidad de minimizar los costos de transporte de insumos, no puede sostenerse luego de la evolución de los sistemas de transporte, ya que tales costos han tendido a tornarse más o menos uniformes y por lo tanto, sus diferencias adquieren una significación relativamente marginal sobre el costo total de producción, aún entre distancias razonablemente dispares [17].

Corresponde destacar que las formulaciones "behavioristas" trajeron a la discusión sobre las teorías de la localización industrial, la relevancia de la influencia de la optimización en el proceso de toma de decisiones a nivel empresarial, caracterizado por varios aspectos conflictivos, como por ejemplo los limitados niveles de conocimiento y control del medio, la irracionalidad en las percepciones y el comportamiento, etc.

Por su parte, la teoría organizacional aportó al debate señalado la significación que sobre las decisiones locacionales posee la estructura organizativa de las empresas, que implican lógicas locacionales diferentes, según adopten una configuración de planta única o multiplanta, con segmentación o no de los procesos productivos o según el tipo de encadenamientos productivos y prácticas relacionales entre una empresa y las firmas que la proveen de insumos o utilizan los que produce aquella o las que le prestan servicios de diversa índole [18].

Las consideraciones provenientes de las teorías macroeconómicas sobre la evolución regional, señalan los atractivos que han ido adquiriendo con el tiempo las áreas no metropolitanas como opción locacional, fundamentando su observación en la mayor accesibilidad de las mismas y en el hecho de que, frecuentemente, se trata de zonas que son objeto de promoción, a través de incentivos fiscales a fin de "activar" el "desarrollo regional" y que aún, generalmente, en los países centrales da lugar a modalidades de crecimiento regional dependientes, similares a las del tipo de los países en desarrollo, respecto de aquellos [19] y [20].

En las nuevas formulaciones sobre localización industrial, adquiere una relevancia creciente el factor trabajo, que la teoría neoclásica tomó en consideración sólo en los aspectos referentes a su costo, sin valorar otros aspectos tales como el control y la reproducción de la fuerza de trabajo [21].

Respecto del costo de trabajo, cabe resaltar, que es el grado de calificación de la misma lo que constituye el aspecto más esencial de la fuerza de trabajo como factor locacional.

El grado de desarrollo del movimiento obrero organizado, como ya se sugirió, ha comenzado a constituirse en un factor locacional de relevancia. La declinación de los viejos centros industriales, tendrían un principio de explicación en dicho factor, de allí la necesidad de conferir importancia a los aspectos vinculados al control de la fuerza de trabajo.

El poder sindical puede constituirse en un obstáculo para los procesos de reestructuración, en la medida que estos impliquen pérdidas de puestos de trabajo o la descalificación de los mismos. La incorporación de cambios en los procedimientos tecno-productivos y la relocalización de los establecimientos en áreas sin mayor experiencia laboral y militancia obrera constituyen estrategias cada vez más comunes entre los empresarios industriales [22].

Finalmente, las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo determinan que el factor trabajo muestre menor movilidad que otros factores de la producción, ya que no resulta fácil desarraigar a los trabajadores de sus lugares de reproducción. De este modo, el factor trabajo aparece como el menos susceptible de ser creado, como lo demuestra la existencia de notables disparidades salariales y de sindicalización, según las regiones [23].

Desde los años setenta, tanto las formulaciones clásicas como las presentadas como críticas de estas, han sido puestas en tela de juicio. Doreen Massey, por ejemplo, señala las limitaciones de tales abordajes por prescindir de la consideración de la dimensión espacial del desarrollo del capitalismo y por adjudicarles contenidos ideológicos tendientes a legimitar el orden económico vigente. En un marco más general, dicha autora señala la inviabilidad de la construcción de teorías locacionales prescindentes de lo concreto [24].

Storper y Walker, coinciden con Doreen Massey en el sentido de su crítica, toda vez que las teorías clásicas y sus subproductos empiristas recientes excluyen "lo social y lo contradictorio al entorno externo del sistema" [25]

Los mismos autores señalan que las teorías neoclásicas de la localización industrial disocian las decisiones inherentes a la inversión y a la localización, dando por tomadas las primeras. Desde la perspectiva de la teoría marxista del circuito del capital (dinero-medios de producción-mercancías-dinero), las teorías tradicionales de la localización industrial obvian las dos primeras fases de dicho circuito y, por lo tanto, como se sugiere más arriba, no pueden acceder a una explicación que no está condicionada por la fragmentación analítica de los mismos, ya que "desde la perspectiva del circuito primario del capital, la localización industrial representa un movimiento constante" [26].

La propuesta de estos autores va más allá de la unificación de las teorías de la inversión y de la localización, ya que pretende la introducción de las relaciones entre los cambios en los aspectos tecno-productivos de las formas de organización industrial y la problemática locacional. El estudio de tales relaciones remite a la noción de reestructuración industrial y a las relaciones entre este fenómeno y los procesos de redespliegue espacial del capital productivo.

Doreen Massey y Richard Meegan, han demostrado -a partir de varios trabajos sobre el sector electrónico británico-, que los cambios locacionales se deben a una combinación de condicionamientos internos y externos de la acumulación y que la evolución de la economía mundial y de la estructura industrial se complementan con los condicionamientos en el acceso a los factores de la producción, en la explicación de la dinámica locacional [27].

De acuerdo con la interpretación marxista del desarrollo del capitalismo, por su esencia expansionista y concentracionista, su propia dinámica implica sucesivos procesos de reorganización de las estructuras sociales de la acumulación, lo cual se expresa en cambios en la división territorial del trabajo [28].

En concordancia con esta línea de razonamiento, Bradbury conceptualiza los procesos de reestructuración industrial, como el resultado del carácter fluctuante y contradictorio de las condiciones de acumulación y de las propias relaciones de producción capitalistas cuya resolución se expresa en fases de crisis y reactivación [29]. Estos estados críticos entrañan la búsqueda de la salida hacia mejores condiciones de acumulación, a través de cambios estructurales en las relaciones de producción, en las formas de organización de la producción, en los procedimientos tecnológicos y productivos y aún en la construcción de nuevas alianzas al interior de los distintos sectores sociales representativos del capital. Desde esta perspectiva, entonces, la reestructuración industrial representaría una de las consecuencias de la salida de la crisis. Así, para Bradbury, la reestructuración implica fundamentalmente un mecanismo

formal del proceso de concentración y centralización del capital, que conlleva a cambios en la organización territorial del trabajo [30].

Paralelamente, en el plano social y político, estos cambios parecen estar induciendo a un proceso que algunos autores denominan "declinación del empleo", tanto en lo referente al tamaño de la fuerza de trabajo en términos absolutos o relativos, como en lo referente al peso político y capacidad reinvindicativa del movimiento obrero [31].

En este último sentido, efectivamente, la espacialidad asumida por el actual proceso de dispersión geográfica de los establecimientos industriales, y por lo tanto del empleo sectorial, parece implicar una cierta pérdida de dicha capacidad organizativa y reinvindicativa. Esto resulta evidente tanto en las nuevas áreas industriales por ser incipientes las organizaciones obreras, como en las tradicionales por haber entrado en una fase de declinación.

Los cambios apreciables en los mercados de trabajo, la pérdida de puestos en términos absolutos o relativos, a nivel nacional o regional, el incremento relativo de la mano de obra femenina, el crecimiento del desempleo, conducen a Doreen Massey a identificar el proceso de reestructuración industrial como un proceso de reestructuración social y de las condiciones de la lucha de clases [32].

Los procesos de cambio estructural en el marco de las diversas interpretaciones de las rupturas en el desarrollo capitalista.

Volver al Indice

Como ya apuntáramos más arriba, las relaciones de producción y las condiciones de acumulación capitalistas han evidenciado históricamente un carácter contradictorio y fluctuante. Estas irregularidades en el desarrollo del capitalismo se manifiestan en sucesivos períodos de crisis y fases de reactivación, denominadas generalmente "ondas largas" del desarrollo capitalista. Siguiendo la línea argumental desarrollada más arriba, los propios procesos de reestructuración industrial pueden ser entendidos como la forma que adoptan los intentos de salida de la crisis, que implica generalmente la necesidad de cambios y ajustes estructurales que modifican las prácticas productivas, así como la relación entre distintos sectores del capital; y entre capital y trabajo.

Así, también puede decirse, que los períodos de crisis y reestructuración capitalista por la magnitud y profundidad de sus consecuencias, constituyen momentos dramáticos y particulares en los procesos de lucha de clases. Son instancias fecundas en el surgimiento de nuevas hegemonías y realineamientos políticos. Son situaciones inclusive, donde vastos sectores sociales pueden quedar desplazados o directamente excluídos.

Diversas interpretaciones han sido elaboradas en torno a las irregularidades del desarrollo capitalista en su dimensión global. En principio y en un ejercicio de simplificación extrema, pueden diferenciarse dos grandes grupos de teorías al respecto. Por un lado, existen aquellas interpretaciones que visualizan las rupturas y transformaciones en el capitalismo como ciclos o etapas de su desarrollo, aproximándose a la explicación de la lógica del cambio, casi exclusivamente a partir de la identificación de fuerzas endógenas, es decir que en este caso, los recursos explicativos se agotan dentro de los límites del comportamiento económico y tecnológico del sistema capitalista. Por otro lado, otras líneas de interpretación priorizan como elementos causales de las rupturas en el desarrollo capitalista a los factores externos o a la articulación entre estos y los factores internos, es decir, que se aventuran más allá de los propios límites de las explicaciones meramente económicas y tecnológicas e incorporan elementos de análisis de índole social y político.

Dentro del primer grupo de corrientes de interpretación de las rupturas del capitalismo puede mencionarse a la teoría del economista soviético Nikolai Kondratieff [33], sobre los largos ciclos regulares del desarrollo capitalista. Para Kondratieff, el desarrollo capitalista se estructura a partir de largos ciclos u ondas más o menos regulares, de entre cincuenta y setenta años cada una, al interior de las cuales pueden diferenciarse fases de crecimiento sostenido y fases de

declinación, explicando estas irregularidades en base a factores y necesidades internas del desarrollo económico capitalista [34].

Otra de las líneas interpretativas del primer grupo está representada por la teoría de las etapas del desarrollo económico de W.W. Rostow, que asume por su parte, las líneas básicas de la presentación de Kondratieff, basando su análisis en el comportamiento cíclico de las variaciones de los precios de los alimentos y las materias primas en relación con los precios de los productos manufacturados y los desequilibrios entre la oferta y la demanda de alimentos y materias primas [35].

Una tercera forma de abordaje a las irregularidades del desarrollo capitalista fue desarrollada por Schumpeter, tomando como eje de la cuestión los procesos de "creación destructiva" y de innovación tecnológica, interpretando del mismo modo que Kondratieff la existencia de ondas largas y disrupciones que actuarían como mecanismos de regulación interna del desarrollo capitalista. Además de incorporar la noción de innovación tecnológica y los roles que estas cumplen en el capitalismo, Schumpeter acepta la influencia de ciertos factores externos al proceso de desarrollo económico, tales como los procesos demográficos [36]. Esta línea de interpretación fue, posteriormente refutada por Mensch quién analizó el rol del propio proceso recesivo como estimulador de la reconversión y del surgimiento de innovaciones básicas que actúan como mecanismo acelerador del progreso técnico [37] ; y por Freeman, que destacó la importancia de los cambios en el interior de los sistemas tecnológicos que determinan modificaciones en las relaciones y encadenamientos interfirmas, asignando a estos procesos una influencia decisiva en las posibilidades de reemergencia y salida de la crisis y no al mero incremento de la intensidad de innovaciones [38].

Finalmente, una cuarta forma de aproximación a la problemática del desarrollo capitalista desde la perspectiva de los factores internos, fue aportada por Jay Forrester, quien destacó los procesos de sobreacumulación de capital fijo como determinantes de las disrupciones del mismo [39].

Frente a estas líneas de teorización sobre las crisis del capitalismo, visualizadas como largos ciclos de crecimiento/depresión, han sido desarrolladas varias refutaciones, principalmente desde el punto de vista marxista, cuyo aporte y diferenciación fundamental reside en la valoración de los factores externos de las crisis del capitalismo.

Trotsky, por ejemplo, a través de su teoría de la curva del desarrollo capitalista [40], por un lado discute las posiciones de Kondratieff, aduciendo que, en realidad, no existirían transiciones regulares entre un ciclo y otro, mientras que la ruptura del equilibrio en el desarrollo capitalista se produciría fundamentalmente por razones sociales y políticas, buscando la explicación de tales fenómenos en las contradicciones del sistema capitalista, pero fuera de la esfera exclusiva de su dinámica económica y su comportamiento tecnológico.

En cambio, desde la ortodoxia marxista, la posición de Mandel, representa un esfuerzo por valorizar la necesidad de considerar la articulación entre las fuerzas endógenas y las fuerzas exógenas que estarían en la base explicativa de unos ciclos largos que interpreta como asimétricos y no sujetos al comportamiento estricto y regular de los mecanismos económicos internos [41].

Entendemos que el punto de vista de Mandel ofrece ciertas ventajas frente a las otras posturas desarrolladas, tanto desde fuera como desde dentro del pensamiento marxista, ya que toma en consideración una gama de factores y relaciones más compleja y completa que el resto de los abordajes citados.

La posición de Mandel (aún encuadrada dentro de la ortodoxia marxista) no está lejana inclusive de la línea de interpretación que recientemente vienen desarrollando diversos autores enrolados en la denominada Escuela de la Regulación [42], que intentan una superación de las rigideces y el dogmatismo de los discursos marxistas tradicional y ortodoxo. El aporte de esta forma de abordaje a la problemática de la crisis del capitalismo radica fundamentalmente en la introducción de los conceptos de régimen de acumulación y modos de regulación.

Por régimen de acumulación se entiende una determinada forma estable durante cierto tiempo de las relaciones entre las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, así como una modalidad particular de articulación entre el modo de producción dominante y los modos de producción subordinados al interior de una dada formación social y entre los condicionantes interiores y exteriores de la misma. La generación y reproducción de un régimen de acumulación dado requiere de una determinada normativa, de un cierto tipo de mecanismos de regulación, de un cierto tipo de costumbres y prácticas socialmente difundidas y aceptadas. Así, "este conjunto de reglas interiorizadas y de procedimientos sociales que incorpora lo social en los comportamientos individuales...es lo que se denomina modo de regulación" [43].

De esta forma, el reemplazo de un cierto modo de regulación y de un determinado régimen de acumulación por otro sustituye al concepto "kondratieffiano" de "ondas largas", incorporando los cambios en las formas de organización del proceso de trabajo y en los procesos de cambio tecnológico, y en los aspectos superestructurales y globales del proceso transformador.

El modo de regulación y el régimen de acumulación que entró en crisis hacia principios de los años setenta es denominado "fordista" por parte de los regulacionistas.

Con el término fordismo [44] se quiere designar a una serie de prácticas productivas y recursos tecnológicos que alcanzaron su expresión más nítida en la industria automobilística norteamericana, pero también a una peculiar forma de inserción de la fuerza de trabajo en el proceso productivo (esencialmente sujeto a normas tayloristas), así como a una determinada concepción del Estado y de la legalidad social, que comenzó a regir desde los años treinta (y con mayor nitidez a partir de la posguerra) los mecanismos de reproducción y expansión del capitalismo. El régimen fordista constituiría así la fase más reciente del desarrollo capitalista, que comenzó a agotarse en sus posibilidades reproductivas hacia principios de los años setenta.

2. CRISIS DEL REGIMEN DE ACUMULACION FORDISTA Y REDESPLIEGUE TERRITORIAL DEL CAPITALISMO.

Síntomas y factores del cambio estructural global

Volver al Indice

El elemento decisivo o central de la sintomatología de la crisis reciente del capitalismo internacional parece ser la desaceleración de las condiciones de acumulación, es decir, la declinación del ritmo de acumulación, lo que equivale a asumir una perspectiva que vincula y asimila la crisis del capitalismo a la caída de la tasa de ganancia, en coherencia con los conceptos vertidos más arriba.

Los factores causales de dicha tendencia negativa habrán sido de diversa índole. Quizá pueda decirse que los más relevantes o envolventes fueron la saturación de la oferta vía aumento de la competitividad entre naciones -o bloques de naciones- y la consiguiente caída o estancamiento de la demanda, así como la incapacidad del stock tecnológico fordista para responder positivamente a las serias dificultades que el encarecimiento del petróleo y la mano de obra sufrieron respectivamente hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta. Complementariamente puede señalarse como otros factores, el incremento de las demandas sociales y económicas y la precarización de los mecanismos de captación de ingresos fiscales que durante la segunda década mencionada, pusieron
serios límites a la capacidad reguladora y asistencial del Estado, sumiéndolo a su vez en una profunda crisis que se manifestó en la aparición de fuertes desequilibrios fiscales y su consecuencia directa: el recalentamiento de las tendencias inflacionarias [45].

El propio impulso del régimen de acumulación fordista en pleno auge primero y las necesidades de recomposición y salida de la crisis después, llevaron a un intenso -aunque desigual- proceso de extensión o transferencia de los medios de producción hacia la periferia del sistema capitalista, particularmente notable en la posguerra y sobre todo en los años sesenta.

Este "fordismo periférico" o "fordismo incompleto", como lo denomina Lipietz [46], fue asumido por las sociedades y economías en desarrollo como un proceso de "sustitución de importaciones". Excepto en muy pocos casos, como sucedió con algunos países del sudeste asiático (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong) donde el proceso de industrialización adquirió mayor solidez, en la mayoría de los países en los cuales la estrategia sustitutiva alcanzó mayor grado de desarrollo, se configuraron estructuras industriales desequilibradas, con notorios hiatos en los encadenamientos productivos, con ramas considerablemente desarrolladas y otras prácticamente inexistentes, estructurando un modelo que Fajnzylber caracteriza como procesos de industrialización "trunca" para el caso latinoamericano [47].

La experiencia sustitutiva o la transferencia del fordismo hacia la periferia, implicó la generación de mayores demandas de bienes intermedios, tecnología, know how y bienes de capital, más que la posibilidad de disminuir la dependencia por el hecho de producir localmente un grupo generalmente limitado de bienes manufacturados. En algunos caso (como el argentino, por ejemplo), la adopción aunque incompleta del régimen fordista y las transformaciones operadas a nivel de los roles del Estado, (fundamentalmente bajo la experiencia peronista, entre 1946 y 1955), permitieron una expansión considerable del consumo y de los sectores sociales medios. Este proceso fue acompañado por significativos cambios a nivel de la estructura y roles del Estado y por la construcción de una legalidad que apuntaba a reorientar los recursos hacia mejores niveles de distribución de los mismos, así como por un proceso de desarrollo de grandes aparatos sindicales.

La masa de capital necesaria para realizar las inversiones que supuso el proceso sustitutivo- especialmente en su segunda fase, durante los años sesenta-, determinó que el mismo no pudiese ser liderado en la mayoría de los casos por el capital de origen nacional. Las Inversiones Extranjeras Directas (IED), sesgaron entonces el rumbo de la industrialización de la periferia capitalista, mientras que los nuevos requerimientos demandados por el modelo

sustitutivo, comprometieron seriamente la balanza de pagos y generaron un fuerte endeudamiento de las economías en desarrollo hacia fines de la década señalada y principios de los setenta.

De acuerdo con lo descripto, a una antigua división internacional del trabajo entre países proveedores de materias primas y países productores de bienes industriales se le superpone una nueva división del trabajo a escala global al interior de la propia actividad industrial y del propio proceso productivo. En esta última, los países centrales se reservan los segmentos del proceso de trabajo con mayor agregación de valor, elevados niveles de calificación de la mano de obra y con mayor valor estratégico, como por ejemplo, las tareas de investigación y desarrollo y de generación de innovaciones tecnológicas, expulsando las etapas más elementales de los procesos productivos así como ciertas ramas de la producción industrial altamente contaminantes (i.e.: petroquímica, siderúrgica, química, etc.). Paralelamente, una gama no despreciable de países en desarrollo no sólo ha logrado "sustituir importaciones", sino que durante los años setenta y ochenta han recompuesto la estructura de sus exportaciones, en las que los productos manufacturados han ido pasando a ocupar progresivamente un lugar cada vez más destacado [48].

De esta forma, a partir de las nuevas estrategias desarrolladas por el capital, se ha ido estructurando un sistema de relaciones globales, conformado por la articulación entre regiones (ya no países) con cierta especialización productiva, por la interpenetración de las economías y por la sincronización de los ciclos económicos [49].

Osvaldo Sunkel, en un intento de aggiornamiento de la Teoría de las relaciones entre Centro y Periferia, deja entrever estos cambios al señalar que estas se transnacionalizan, en el sentido de estar basadas desde el punto de vista funcional en la gran empresa transnacional y en la estructuración de un mercado internacional cada vez más oligopolizado. En este nuevo esquema, queda configurado un núcleo transnacional que polariza, por un lado a los sectores sociales y productivos privilegiados de los países centrales y también de las naciones en desarrollo; mientras que en el otro extremo se sitúan los sectores sociales y productivos marginales (minoritarios en los países centrales y mayoritarios en los periféricos, pero crecientes en ambos casos) que van quedando progresivamente desenganchados de la experiencia de modernización, cambio tecnológico y consumo creciente [50].

Otro rasgo saliente de la crisis del capitalismo fordista ha estado definido por la expansión de la circulación financiera del capital, como contrapartida de la declinación de la tasa de ganancia y de la tasa de crecimiento de la producción industrial, perfilando una reestructuración del modelo de crecimiento económico en el cual la actividad manufacturera va perdiendo peso en términos relativos como eje del proceso de reproducción económica. Cabe señalar que este proceso de transnacionalización del capital no solo se produjo en el sentido de la intensificación de esa actividad, sino también a través de su extensión sobre nuevos territorios y economías que fueron "capturadas" por el capital financiero.

Un tercer rasgo central está vinculado a los cambios en las prácticas productivas y en el paradigma tecnológico imperantes bajo el régimen fordista, que por su complejidad e importancia, entendemos que merece ser tratado con mayor detalle.

Principales características de las transformaciones tecnológicas y productivas

Volver al Indice

La utilización de energía barata, la organización taylorista del proceso de trabajo [51] y el consumo masivo constituían la base funcional del modelo productivo fordista que en sus aspectos superestructurales se apoyaba en una configuración keynesiana del Estado. El denominado "Welfare State" o Estado Benefactor, actuaba como organizador y co-constructor del paradigma productivo fordista, acumulando numerosas funciones productivas directas, generando infraestructura y manipulando los resortes normativos y de política económica que permitieran el funcionamiento de mecanismos distributivos compatibles con el modelo económico fordista [52].

Bajo el mismo, la producción se orientaba hacia mercados masivos con escasa diferenciación de modelos y productos estandarizados de ciclo de vida prolongado. De este modo, la oferta definía a la demanda y las variaciones positivas de esta dependían de la ampliación de la base de consumidores. El núcleo dinámico de este régimen de acumulación estaba centrado en el complejo metalmecánico [53].

Los mecanismos estructurales del modelo fordista -grandes establecimientos para aprovechar economías de escala, contigüidad espacial de los procesos productivos, economías de aglomeración, etc.- conforman los factores explicativos de las formas espaciales que ha producido. En efecto, la consecuencia directa de la concentración técnica de la producción se reflejará también como concentración espacial. Así, puede decirse que el régimen de acumulación fordista ha sido un protagonista decisivo en los procesos de metropolización.

Sin embargo, en su fase final, como se dijo, se produjo una cierta dispersión concentrada hacia la periferia, como una alternativa para la recomposición circunstancial de la tasa de ganancia, aprovechando la formación de mercados cautivos y las apreciables diferencias salariales en las regiones deprimidas de los países capitalistas centrales y en los países en desarrollo, ámbitos en los cuales el capital se ponía, además, a salvo de las organizaciones sindicales maduras y poderosas de los centros industriales tradicionales.

Las causas señaladas más arriba, marcaron las limitaciones del modelo fordista para seguir reproduciéndose. El conjunto de nuevas tecnologías que comienzan a operar como el factor de salida de la crisis no han implicado la renovación o transformación del fordismo sino que están señalando su agotamiento y superación [54].

Esta transformación tecnológica supone el surgimiento de nuevos factores claves del modelo tecnológico productivo emergente. Algunos autores visualizan al complejo militar-aeroespacial [55] o al electrónico (en especial la rama microelectrónica) como el factor clave del nuevo modelo [56]. Aparentemente el fenómeno sería de mucha mayor complejidad y nos parece prudente adoptar un factor más envolvente. En este sentido acordamos con Gatto en que dicho factor clave estaría
representado por la información lo que implica considerar como a los sectores de la microelectrónica y las telecomunicaciones como los nuevos núcleos dinámicos del paradigma emergente [57].

Este fenómeno implica transformaciones en todos los niveles, desde las modalidades de diseño de los productos hasta las formas de organización del proceso productivo, pasando por el propio contenido tecnológico de los nuevos productos y de sus características. Desde esta nueva realidad, puede visualizarse también una condición clave del nuevo paradigma que incluso según algunos autores podría ser utilizada para denominarlo: la flexibilidad [58]. Pero además, para alcanzar toda su eficacia y eficiencia, las nuevas tecnologías demandan una nueva normativa laboral e incluso cambios profundos en los hábitos y costumbres de vida y particularmente, de consumo[59]. En definitiva requiere, una transformación sustancial de la concepción del Estado y de sus roles.

La condición de flexibilidad se expresa no sólo a nivel de los bienes de capital, de los productos y de las formas de producción y diseño en si, sino que también se extiende a los volúmenes a producir, a las relaciones y encadenamientos interempresariales y, particularmente, a la forma de inserción y control de la fuerza de trabajo en los procesos productivos [60] .

En efecto, si bien puede observarse un número elevado de innovaciones en materia de productos (es decir, tanto nuevos productos como grado de sofisticación de los mismos, así como sus características (tamaño, ciclo de vida, etc.), y las posibilidades de diversificación productiva, puede decirse que los cambios que estamos considerando están mucho más centrados en la forma del proceso de producción que en el producto. En palabras de Castells, "... lo que está cambiando es la forma de hacer las cosas más que lo que se hace" [61]

En cuanto a la forma de producción, puede destacarse la utilización de equipamiento flexible o programable, capaz de cumplir con diversas funciones vinculadas no solamente a distintos momentos del proceso productivo de un determinado bien, sino también a la capacidad de

adaptarse a modificaciones de un producto o servir para participar en la producción de otro bien.

La transformación de las relaciones intra e interfirma constituye otra de las claves de las nuevas formas de producción. Las posibilidades abiertas por el desarrollo de las telecomunicaciones y el procesamiento veloz de la información, así como el costo relativamente bajo de estos servicios han inducido a la reorganización de las relaciones intrafirma, permitiendo una mayor interconexión e integración de los distintos momentos del proceso productivo conduciendo a la integración sistémica de funciones [62], alterando los patrones de configuración de plantas, roles, tamaños y localización de las mismas [63] .

En el caso de las relaciones interfirmas también las nuevas tecnologías permiten el acceso a una mayor integración e interacción, que entre otros fenómenos han inducido a la "desverticalización" de la producción, a la estructuración de grandes plantas de ensamblaje terminal, con una red subalterna de pequeños y medianos proveedores y subcontratistas [64].

El paradigma de producción flexible, posfordista o neofordista según las distintas denominaciones que ha recibido [65] , implica asimismo el reemplazo de las economías de escala por las economías de "diversidad", ya que se estructura a partir de demandas segmentadas, de menor tamaño, con gran diferenciación de productos y modelos, orientada hacia pautas de consumo individualizadas y basada en bienes de relativamente rápida obsolescencia, tanto funcional como tecnológica. Esta es la razón por la cual, el tamaño de planta representativo del nuevo paradigma es sustancialmente menor (si se lo mide en términos de personal ocupado), sin que ello implique necesariamente menores niveles de inversión en capital fijo.

La reorganización del proceso de trabajo, a partir de la incorporación de nuevos recursos tecnológicos ha determinado también la modificación sustancial del perfil del operario industrial, de sus roles y de sus relaciones con el equipamiento y con los demás operarios. Como sostiene Aglietta, las nuevas tecnologías de producción han tendido a motivar el reemplazo de la configuración taylorista de organización del trabajo. Esta estaba basada en la especialización rígida del operario, en una actividad predominantemente individual del mismo y en una estructura disciplinaria jerárquica; mientras que los sistemas de producción emergentes requieren de un tipo de inserción del operario en el proceso productivo que tiende a la plurifuncionalidad y capacidad adaptativa del mismo, así como a la constitución de grupos de trabajo semiautónomos [66]. Estos cambios significan, por un lado, un cierto proceso de descalificación y de pérdida de puestos de trabajo en general, pero por otro lado, también han implicado alguna recuperación de la autonomía, la iniciativa y la capacidad de decisión y control de los operarios sobre el proceso de trabajo [67] .

Implicancias sociales, políticas y jurídicas del nuevo régimen de acumulación.

Volver al Indice

La considerable pérdida de puestos de trabajo, ya sea en términos relativos o absolutos, la dispersión geográfica de la demanda de fuerza de trabajo y las presiones (en algunos casos exitosas) tendientes a la desregulación de los mercados de trabajo, han derivado en una seria limitación y en el reflujo de la capacidad reinvindicativa de las organizaciones gremiales de tradición fordista. La experiencia flexibilizadora puede ser así interpretada como una estrategia del capital, no sólo para emerger de una crisis determinada, en parte, por el agotamiento de un paradigma tecnológico-productivo, sino también para hacer más estrechos los relativamente amplios márgenes de maniobra que el movimiento obrero organizado adquirió durante el modelo fordista, por medio de la precarización, sobre todo de las condiciones de contratación. Como ya se ha mencionado en otro apartado, existen algunas constataciones empíricas de este tipo de procesos, especialmente en los EEUU y Europa Occidental, en los que se discuten las razones y consecuencias de lo que varios autores ya citados denominan "declinación del empleo".

La evolución del marco jurídico-político ha tendido a acompañar estos procesos. En efecto, se han puesto en marcha en los países industrializados primero y actualmente en los países en

desarrollo, diversos intentos de reformulación del Estado, basados fundamentalmente en la "desregulación" de la economía en general, en la privatización de algunas actividades productivas que el Estado había ido asumiendo durante el régimen fordista, en la adaptación del soporte legal -que rige las relaciones sociales de producción- a los nuevos requerimientos del capital (flexibilización laboral y minimización o licuación de conflictos) y en el desmantelamiento de los mecanismos que garantizaban una distribución progresiva del ingreso. Con respecto a este último punto, entendemos que lo que en el discurso político aparece como demanda de desregulación, en realidad, se traduce en un cambio en la orientación y en los destinatarios de los mecanismos regulatorios que tienden a reproducir la complicidad estructural que el Estado posee respecto de la construcción del nuevo modelo económico y social; mientras que sí desaparecen los instrumentos distributivos, asistenciales, de desarrollo y de seguridad social. De esta forma, el modo de regulación corporizado en el Estado Benefactor, clásicamente keynesiano y fordista, viene a ser paulatinamente reemplazado por el Estado Neoliberal, adquiriendo mayor funcionalidad con las nuevas modalidades y necesidades estructurales de la acumulación capitalista.

La expansión del poder de los grupos económicos, de los grandes consorcios exportadores y de los acreedores externos y la malla de relaciones pluriescalares que los mismos han conseguido desplegar, constituyen la contrapartida de la declinación y/o reorientación de la capacidad regulatoria del Estado Nacional. En América Latina, el proceso comenzó en los años sesenta con la
penetración masiva de inversiones extranjeras directas, con diferentes modalidades de promoción sectorial y regional, con ciertas políticas de compras del Estado y culmina con las actuales maniobras de desmantelamiento de los despojos del Estado productor de bienes y servicios.

Finalmente, la transformación de la estructura y los roles del Estado Nacional están produciendo significativos impactos territoriales. Efectivamente al hacerse los Estados Nacionales cada vez más débiles e incapaces de regular las economías domésticas, sus fronteras tienden a desvanecerse o a hacerse simbólicas, ya sea por integración institucionalizada y más o menos voluntaria o por simple satelización de facto.”

Reestructuración productiva y reorganización territorial.

Volver al Indice

El reemplazo del denominado régimen de acumulación fordista por el de acumulación flexible ha supuesto asimismo la superación de la lógica locacional y del modelo territorial imperantes bajo el paradigma tecnológico y productivo fordista, moldeado por las economías de escala, por la necesidad de contigüidad física del proceso productivo y, por lo tanto, por la hiperconcentración geográfica de la producción industrial. Los cambios aludidos están dando lugar al surgimiento de nuevas estrategias y estructuras territoriales.

La crisis del capitalismo fordista y el surgimiento del paradigma flexible ha comenzado a mostrar cambios en las tendencias que rigieron los procesos de producción y organización del espacio durante el desarrollo de la experiencia fordista, alterando el despliegue territorial de la producción industrial y las condiciones de desarrollo a escala regional. Las necesidades estructurales del fordismo terminal, las posibilidades de fragmentación del proceso productivo a través de la introducción de nuevas tecnologías de producción, circulación y procesamiento de la información[68]; así como cierto auge durante el resto de la década mencionada y principios de los años ochenta, de marcos legales ampliamente favorables a la radicación de capital en áreas periféricas (tanto en países centrales como periféricos); serían los elementos causales de cierta tendencia a la dispersión geográfica de los medios de producción, ya sea ello visualizado a escala global o nacional [69].

Paralelamente y cada vez con mayor nitidez, en su fase de cristalización del nuevo modelo en los países más avanzados, ha tendido a generar ciertas tendencias hacia el reagrupamiento de las unidades de producción con predominio de formas concentradas, aunque no necesariamente en la medida que imponían las rigideces del modelo productivo fordista a raíz de su necesidad de maximizar economías de escala y contigüidad espacial de las etapas del

proceso productivo, ni tampoco necesariamente en las áreas tradicionalmente industrializadas bajo ese modelo.

Algunas de las formas de reaglomeración productiva se han desarrollado sobre áreas rurales o semirrurales como es el caso de los denominados complejos productivos o áreas sistema y de los tecnopolos o parques científico-tecnológicos [70]

En el primer caso se trata de áreas especializadas en ciertas ramas de la producción (industrias del calzado, de la indumentaria, del mueble, etc.) con predominio de unidades de producción medianas, con fuerte incidencia de mano de obra familiar y tecnológicamente heterodoxas, características que resultan funcionales con el esquema de producción flexible. Este tipo de reagrupamientos productivos se ha desarrollado sobre áreas rurales o semirrurales escasamente industrializadas durante el régimen fordista, donde los patrones productivos tradicionales se asentaban básicamente sobre formas artesanales o semiartesanales de producción. La expresión más acabada y estudiada de este nuevo tipo de espacio industrial se desarrolla en la denominada Tercera Italia (regiones de Emilia Romagna, Toscana, Marche y Véneto), aunque también existen experiencias similares en Alemania, España y Francia.

Los polos tecnológicos constituyen concentraciones de infraestructura, recursos humanos y equipamiento apropiados para la realización de actividades de Investigación y Desarrollo Científico y Tecnológico, generalmente generados por iniciativa estatal y articulados en torno o en vinculación estrecha con centros de excelencia académica, como resultado de la acción sinérgica entre estos y las demandas del capital productivo industrial. Los roles que cumplen los polos tecnológicos están vinculados fundamentalmente a la generación de innovaciones tecnológicas y a su actuación como centros de "incubación" de nuevas firmas. En la mayoría de los casos, los tecnopolos han sido erigidos en áreas rurales o semirrurales de los EUA, Europa Occidental y Japón, con escasas experiencias en el Tercer Mundo, así como también son poco frecuentes los casos de formación de los mismos en el interior de la trama urbana de las grandes metrópolis. Estas experiencias están corporizando por un lado, tendencias a la deslocalización y divorcio espacial de las diversas etapas del proceso productivo y por otro lado su reaglomeración en centros que reúnen numerosas unidades de investigación y desarrollo. Sin embargo, también existen excepciones en este sentido, ya que algunas aglomeraciones de este tipo incluyen también la elaboración de productos como es el caso del Silicon Valley en el sudoeste de los EUA.

Un tercer tipo de nuevo escenario industrial se ha desarrollado también a partir de la experiencia de cambio tecnológico. Se trata de redes productivas conformadas por una serie de establecimientos pequeños y medianos que cumplen diversas funciones dentro del ciclo de producción de un bien determinado, organizadas en cascada en torno a una gran planta terminal, respecto de la cual actúan como proveedores y/o subensambladores [71]. Estas formas de relación interempresarial se diferencian de las formas de subcontratación fordistas al darse una vinculación productiva, informática y tecnológica mucho más estrecha y exigente en materia de adaptación de los subcontratistas a cambios en los diseños y volúmenes de los productos requeridos por la planta terminal. Estos complejos productivos denominados JIT ("Just in Time"), presentan dos tendencias locacionales: o bien se asientan sobre la trama urbana o semirrural contigua a las áreas industriales tradicionales o bien se desarrollan sobre áreas nuevas, habitualmente no demasiado distantes de las primeras. Mientras la segunda tendencia tiene su lógica en las necesidades de neutralización de la capacidad reinvindicativa del movimiento obrero que exigen las tecnologías flexibles, la primera se fundamenta en las exigentes necesidades de infraestructura (especialmente de transporte), mano de obra y proximidad a los principales mercados.

Tanto a escala nacional como global, el saldo del proceso de reestructuración productiva parece ser la desindustrialización (en términos relativos o absolutos) de las áreas industriales tradicionales y el surgimiento o revitalización de áreas de escaso desarrollo industrial fordista. A nivel nacional, la funcionalidad que las nuevas tecnologías poseen con las posibilidades de eludir mediante la deslocalización y/o la relocalización, la acción de las organizaciones representativas de los trabajadores, ha determinado la declinación de las áreas que se estructuraron a partir del modelo fordista y la adquisición de ventajas comparativas para las regiones donde el fordismo no incidió significativamente. Obviamente, estas tendencias

estarían señalando procesos incipientes pero progresivos de reorganización o alteración del modelo territorial fordista, como resultado de la redefinición de la división regional del trabajo.

Estos procesos de formación de nuevos espacios industriales como los denomina Scott[72], o modificación de las áreas industriales históricas, se deben no sólo a los cambios tecnológicos, productivos y organizacionales. Además se han producido como consecuencia del carácter y significación intersectorial diferencial de aquellos. Grandes regiones industriales fueron erigidas en torno a actividades industriales que hoy están en fuerte declinación (siderurgia, metalurgia, metal-mecánica, textil, etc.); mientras que los sectores emergentes (electrónica, telecomunicaciones, nuevos materiales, química fina, biotecnología, etc.) no poseían mayor significación ni compromiso con dichas áreas.

Significados de estos cambios para los países latinoamericanos

Volver al Indice

La reorientación de la producción industrial hacia el mercado externo y la diversificación o cambio en la forma de inserción en la división internacional del trabajo parecen ser los aspectos más salientes y difundidos del cambio estructural para los países en desarrollo, aunque estos cambios no implican en modo alguno, la adquisición de un rol activo en el proceso de acumulación a escala internacional (excepto en algunos casos ya señalados). Por el contrario, son numerosas las evidencias de la ampliación de la diferencia entre los países desarrollados y los países en desarrollo en cuanto a su capacidad de control sobre dicho proceso, así como sobre las decisiones de inversión y sobre el sesgo del cambio tecnológico-productivo [73] , lo que para el segundo grupo de países implica una seria disminución de su capacidad de determinar autónomamente los modelos domésticos de producción, consumo y distribución del ingreso [74].

La descentralización relativa de los medios de producción o el despliegue del fordismo periférico y tardío constituye un modelo de desarrollo industrial para los países en desarrollo que no muestra síntomas de haber sido reemplazado y superado, aún cuando sí muestra indicios de no poder seguir respondiendo a los requerimientos de la reproducción ampliada de esas economías. Ello pareciera ser conjuntamente con el endeudamiento externo la causa más determinante de la profunda crisis aún o resuelta en nuestros países. Por otra parte, también parecen agotadas las necesidades que coyunturalmente generaron la dispersión de los medios de producción. En efecto, la automatización puede llegar a inducir a la repatriación hacia los países centrales de una cantidad no despreciable de establecimientos al haberse reducido considerablemente la relación entre costos de mano de obra y costos totales de producción, lo que incrementaría notablemente los indicadores de desempleo estructural ya crecientes a causa de la recesión y los desequilibrios del sector externo de las economías en desarrollo[75].

Si se vincula esta amenaza sobre la estructura productiva industrial latinoamericana con la apertura de nuevos mercados de considerable significación y atractivo [76], y con la transformación de las relaciones y flujos comerciales a partir de 1993 con el proyecto de la Europa Comunitaria, resulta fácil concluir que todo ello se traduce en una sensible disminución de la capacidad de América Latina para expandir sus mercados y captar nuevas inversiones extranjeras directas. La única estrategia posible para la región consistiría entonces en la consolidación de sus propios vínculos comerciales y financieros internos, a través de procesos de integración económica [77].

La no resolución de la crisis y la escasa o fragmentaria penetración de las nuevas formas productivas han determinado en buena medida que el proceso de cambio estructural que se observa con tanta fuerza transformadora en los países centrales, no se haya dado con tal intensidad en América Latina, donde las estructuras sociales y territoriales no sufrieron mayores alteraciones, e incluso las que se produjeron no constituyeron experiencias salidas o perdurables [78].

Resulta palpable que el régimen de acumulación capitalista flexible está basado en las nuevas pautas de consumo individualizadas y supersofisticadas de las clases media y alta, particularmente de las economías desarrolladas, y por lo tanto, en el comercio exterior. Las

restricciones externas de las economías dependientes determinan que el crecimiento económico, el mejoramiento de la competitividad internacional y el logro de la estabilidad monetaria pase por los programas de ajuste que, por su parte, tienden a construir cada vez más sus mercados internos.

Durante los últimos diez años la crisis aún no resuelta en nuestros países ha conducido a un incremento de la segregación social y territorial, a una notable expansión de la marginalidad y a un creciente deterioro de las condiciones de trabajo y de reproducción de la fuerza de trabajo que alcanza a sectores mayoritarios de las sociedades latinoamericanas. Estos fenómenos no sólo se deben a la disminución de la capacidad adquisitiva del salario real, o al incremento del desempleo estructural y del empleo informal. También están vinculados de manera creciente a una brusca disminución de la inversión pública en infraestructura urbana, desarrollo regional, salud, educación, control ambiental, vivienda y seguridad social, como resultado de la demolición del Estado keynesiano y de los sucesivos programas de ajuste estructural.

Son escasas las alternativas que a nivel nacional o regional pueden desplegarse para emerger de esta crisis que en América Latina amenaza con tornarse crónica. Algunos autores visualizan al desarrollo interno de alta tecnología destinada al mercado externo [79]. Ello no solucionaría en el corto y mediano plazo los problemas estructurales de las economías y sociedades latinoamericanas, profundizando presumiblemente la heterogeneidad y diferenciación en sus estructuras productivas y ocupacionales, pero podría significar un freno al incremento de la brecha tecnológica respecto de los países centrales. Otra alternativa, mencionada con insistencia sobre todo en el discurso político y que hasta la fecha aparece como la que muestra mayores experiencias concretas, consiste en el desarrollo de programas destinados a favorecer el logro de cierta especialización productiva en los rubros en los cuales existan ventajas comparativas apreciables, y el desarrollo de una estrategia industrial basada en la subcontratación, es decir en el ingreso a una red de relaciones de escala global, donde ciertos segmentos productivos cubren las etapas menos calificadas y de menor valor agregado dentro del proceso de trabajo. Esta última alternativa podría tener un impacto más inmediato que la restante sobre los mercados de trabajo, pero no revertiría sustancialmente la tendencia de los últimos años y en cambio provocaría nuevos efectos adversos a largo plazo debido al incremento de la subordinación y la brecha tecnológica con los países avanzados.

3. EL CASO ARGENTINO

3.1 Industrialización, regímenes de acumulación y configuración territorial en perspectiva histórica

Volver al Indice

La mayoría de los analistas de la historia económica argentina coinciden en identificar a los años treinta como el escenario de construcción de las bases de la industria manufacturera nacional, o por lo menos, como el inicio de un proceso de expansión y transformación decisivas de ese sector.

En un contexto más amplio, los cambios que se producen durante los años treinta, constituyen el resultado de un nuevo proyecto económico y político que irá madurando en las décadas siguientes hasta convertir al sector manufacturero en el nuevo eje dinámico del proceso de acumulación capitalista.

En efecto, el proceso original de industrialización en la Argentina comenzó a darse paralelamente al de expansión agroexportadora desde la última década del siglo pasado.

En rasgos muy genéricos, Katz y Kosacoff definen a esta última etapa (1890-1930) como caracterizada por un modelo de economía abierta, en el cual el Estado ejercía un rol pasivo, sin mayores mecanismos regulatorios, cuyo funcionamiento y dinámica dependían fundamentalmente de los factores climáticos y del comportamiento de la economía británica [80].

El bloque que hegemonizaba el diseño de este modelo estaba fundamentalmente conformado por los propietarios de grandes establecimientos agropecuarios orientados hacia la exportación, por un lado; y por otro lado, por el capital extranjero, fundamentalmente de origen británico, cuyas inversiones estaban dirigidas esencialmente a la infraestructura física vinculada a la producción y exportación de bienes de origen agropecuario (ferrocarriles, puertos, etc.), a préstamos, y en menor medida a actividades manufactureras también ligadas a dicha producción (fundamentalmente figoríficos) [81].

Los recursos y aptitudes naturales de la región pampeana, su proximidad a las vías de salida de la producción y el diseño del modelo económico vigente, determinaron la concentración de las inversiones en dicha región, lo que implicó un crecimiento económico y demográfico sumamente diferencial a favor del área mencionada y en detrimento de las economías y mercados de trabajo del resto del país [82].

Asimismo, el diseño de la red ferroviaria y las precondiciones en materia de complejidad social, infraestructura, ventajas locacionales, etc., que poseía Buenos Aires, llevó a un fuerte proceso de concentración de las inversiones en esa ciudad, que logró así consolidar su posición de centro económico del país [83].

Bajo este modelo económico, se profundizó la tendencia hacia la desigualdad entre las distintas regiones del territorio nacional que se insinuaba con el avance del siglo XIX. El Nordeste, Cuyo y el Noroeste cedían terreno al área Pampeana, que se fue afianzando como receptora privilegiada de inversiones e inmigrantes y como la única porción del territorio argentino que experimentó una expansión y diversificación más que considerable de la economía. De esta etapa data la identificación tan inmediata entre Argentina y Pampa, para el resto del mundo.

Crisis y transición hacia el régimen semicerrado

Volver al Indice

Hacia mediados de los años veinte, comienzan a manifestarse algunos síntomas de debilitamiento y disfuncionalidad del modelo agroexportador. La propia endeblez del esquema productivo basado en la producción extensiva de carne y cereales encontró sus límites al

completarse el proceso de ocupación y puesta en valor de los territorios conquistados a las naciones indígenas. Esta restricción y la creciente demanda interna se tradujeron en el estancamiento de las exportaciones en las que se basaba el régimen de acumulación vigente. Estos condicionantes y el desencadenamiento de la crisis económica global, hacia fines de la década, determinaron el agotamiento del modelo agroexportador [84].

En efecto, en los prolegómenos de la crisis de fines de los años veinte, ya se advierte la desaceleración del ritmo de las inversiones británicas que estaban fundamentalmente asociadas al modelo agroexportador, mientras que se verifica un paulatino incremento de las inversiones estadounidenses que en general tendían a estar orientadas hacia sectores productivos no necesariamente vinculados al modelo vigente [85].

El crecimiento de la economía nacional, impulsado por la experiencia agroexportadora, indujo a su vez a una expansión considerable del mercado interno, lo que hacia fines de los años veinte permitió el surgimiento de una serie de sectores industriales que comenzaron a producir volúmenes significativos de bienes que hasta entonces se importaban, alterando así la estructura de las importaciones [86].

A partir de principios de los años treinta, las precondiciones recientemente señaladas para el incipiente proceso de sustitución de importaciones, comienzan a profundizarse. Ello se evidenciará particularmente a través de algunas medidas de política económica (control de cambio, permiso de importaciones, devaluaciones de la moneda doméstica, modificaciones en los aranceles de importación, etc.), que paralelamente comienzan a prefigurar un giro apreciable en el rol del Estado nacional, que va adquiriendo paulatinamente un carácter cada vez más activo en lo económico, frente a una modalidad históricamente sesgada por la ausencia de mayores mecanismos de regulación en ese plano [87].

Durante la década del treinta y los primeros años de la década siguiente se va cristalizando un modelo de crecimiento económico semicerrado (disminuyen apreciablemente las importaciones y las exportaciones respecto del PBI, siendo más acusada la caída de las primeras) en el cual el sector industrial se va convirtiendo cada vez con mayor nitidez en el nuevo eje de acumulación capitalista, avanzando sensiblemente en la estructura del PBI [88].

El rol del capital extranjero en esta primera etapa de industrialización sustitutiva no adquiere un carácter dominante, como en la etapa anterior, ya que las inversiones de ese origen disminuyen considerablemente, tanto en términos absolutos como relativos, no obstante lo cual, las mismas constituyeron un factor decisivo en el proceso de cambio estructural, ya que los capitales de origen no nacional (ahora con predominio de los de procedencia estadounidense) se orientaron fundamentalmente a las actividades manufactureras.

Los años treinta constituyeron un marco temporal en el que se expresó la colisión de intereses entre los grandes productores agropecuarios pampeanos y los capitales de origen británico que corporizaban el proyecto conservador, por un lado, y por otro lado por los grupos empresariales que comienzan a diversificar sus actividades económicas y a configurar mercados fuertemente oligopolizados, impulsando un proyecto industrialista volcado al mercado interno, conjuntamente con el capital extranjero de origen estadounidense.

El denominado Plan Pinedo de 1940, constituyó un intento de armonizar los intereses de estos dos grupos contrapuestos, impulsando un modelo de industrialización exportadora. La intransigencia de los sectores agroexportadores derivó en la derrota de esta alternativa.

El afianzamiento de un modelo de crecimiento fundamentalmente basado en la producción de manufacturas para el mercado interno, en realidad no cuestionó las bases del poder económico de la oligarquía terrateniente, sector social del cual surgió incluso en parte la nueva burguesía industrial. Estas vinculaciones explican, al menos parcialmente, la no profundización del proceso industrializador [89].

Asimismo, el desarrollo del mercado interno, en esta etapa de transición hacia el modelo sustitutivo, no estuvo vinculado a la incorporación del proletariado urbano al consumo masivo de bienes, sino que simplemente representó un crecimiento sostenido, pero vegetativo, de las

clases medias (profesionales, funcionarios públicos, comerciantes, pequeños y medianos industriales, etc.). En tal sentido, este nuevo modelo no solo no incorporó ni representó los intereses de los sectores obreros, sino que constituyó una etapa en la cual se optimizaron en forma "artificial" y perversa los mecanismos de acumulación de capital, ya que ello fue posible a partir de la reducción de los ingresos de los trabajadores industriales y rurales a una mínima expresión [90]. En cambio desencadenó un notable proceso de movilidad espacial de la población, hacia los centros de producción industrial (fundamentalmente hacia la Capital Federal) y la expansión del proletariado urbano, con un florecimiento significativo de la organización y la actividad sindical hacia principios de los años cuarenta [91].

El deterioro de las condiciones de vida y el incremento de la organización de un movimiento obrero de dimensiones considerables constituyeron los factores basales para el replanteo de la estrategia de desarrollo económico y expansión industrial.

Paralelamente, la nueva lógica de acumulación de capital que se generó a partir de la crisis económica impuso la necesidad de incrementar la base de consumidores. Asimismo, a raíz de la última guerra mundial, el proceso sustitutivo se aceleró y se consolidó el carácter semicerrado de la economía nacional.

La industrialización peronista: fordismo de entrecasa

Volver al Indice

Desde mediados de los años cuarenta se profundizó la presencia del Estado en el área de los servicios públicos, dominada hasta entonces por el capital extranjero. La política de nacionalizaciones, llevada a cabo durante la experiencia peronista determinó, en parte, que la industria manufacturera se constituyera desde entonces en el principal destino de las inversiones extranjeras, aunque adquirió un mayor compromiso con el mercado interno que en las etapas anteriores. Es decir que la mayor parte de los capitales extranjeros ingresados al país a partir de la segunda mitad de los años cuarenta, tuvieron como destino los sectores industriales productores de bienes finales orientados al consumo interno, que retomó e incrementó de manera notable su proceso expansivo, en virtud de la política de ingresos que caracterizó a la gestión política aludida[92].

El rol del capital extranjero en rubros tales como alimentación, textil, química y electrónica fue así adquiriendo una significación protagónica, aunque no necesariamente dominante, excepto en algunos rubros.

En la estructura del mismo, el liderazgo se hace más complejo y difuso. Las inversiones estadounidenses superan ligeramente a las británicas en este período, pero ni aún sumadas significan una fracción mayoritaria del capital extranjero, que tiene como otros orígenes relevantes el proveniente de países de Europa Occidental (Alemania, Francia, Italia, Suiza, Holanda, etc.).

En esta etapa de gran dinamismo expansivo, la presencia del Estado como eje del proceso no solamente se observa en el área de los mecanismos regulatorios o en el campo de los servicios, sino también en la intervención directa del mismo como productor industrial [93] además de las políticas de fomento al sector desplegadas en esos años [94].

La expansión del sector industrial bajo la experiencia sustitutiva que durante la prolongada gestión de Perón se consolida; y el desarrollo de las inversiones en infraestructura, dieron lugar a su vez a una formidable expansión del empleo no sólo explicado por el crecimiento global de la economía, sino también por la profundización del sesgo mano de obra intensiva que adoptó dicho fenómeno. Así, el Estado y el sector industrial representan los factores directos de la expansión de la economía y de la generación de empleo.

De este modo, se va configurando un sector industrial estructurado a partir de tres actores sociales decisivos: el capital extranjero, el capital privado nacional y el Estado en su doble rol de capitalista y asignador de recursos.

Entre 1945 y 1952 se profundiza también el proceso de incremento de la capacidad regulatoria del Estado que se insinuaba desde la etapa anterior, consolidándose de manera apreciable la construcción de un Estado de corte fundamentalmente keynesiano, como respuesta a la consolidación de un régimen de acumulación que va adquiriendo características y necesidades estructurales similares a las mostradas por la experiencia fordista en los países centrales.

En efecto, paralelamente a la expansión industrial, se fue construyendo un soporte legal que dio cauce a la reproducción del nuevo modelo de desarrollo, tanto en lo referente a la legislación laboral y de bienestar social, como en lo referente al sector industrial o al manejo de los resortes macroeconómicos [95].

Desde el punto de vista sociopolítico, en esta etapa se produce un realineamiento de fuerzas políticas y movimientos sociales. La burguesía industrial comienza a tomar distancia e independencia respecto del sector agroexportador. Este fenómeno es reforzado por el surgimiento de un verdadero movimiento de militares industrialistas. Paralelamente el movimiento obrero es incorporado al nuevo proyecto político, constituyéndose en la base social más sólida e incondicional del régimen justicialista. Puede decirse que hasta comienzos de los años cincuenta, estos cambios se tradujeron en un enfrentamiento formal con la oligarquía agropecuaria, aunque sus intereses esenciales no fueron en realidad dañados significativamente en términos reales, lo que sí ocurrió con los pequeños y medianos criadores y productores agrícolas [96] .

Esta primera fase del modelo sustitutivo se estructurará en torno a varios ejes de antagonismo. Competencia creciente entre capital extranjero, capital estatal y capital privado nacional; sectores productores de bienes de consumo versus sectores productores de bienes básicos e intermedios y grupos de empresas semimonopólicas en coexistencia conflictiva con una creciente cantidad de empresas pequeñas y medianas. Este cúmulo de situaciones pueden contarse entre los factores de inestabilidad que llevaron a la crisis que este modelo experimentó hacia principios de los años cincuenta.

Desde el punto de vista territorial, esta experiencia significó un notable reforzamiento de las tendencias a la concentración de las inversiones y de la fuerza de trabajo en Capital Federal y el Gran Buenos Aires y en menor medida Rosario, Córdoba, Tucumán y Mendoza, incrementando las ventajas comparativas de las áreas industrializadas. Así por un lado se agudizan las diferencias interregionales generadas por el modelo agroexportador, no sólo vía migraciones internas sino también través del incremento de los procesos de transferencia territorial de excedentes. Resulta obvio el rol que la transformación de la estructura y atribuciones del Estado posee respecto de los procesos de concentración geográfica de la economía de la población y de los procesos de metropolización.”

Desarrollismo y maduración del régimen de acumulación fordista en la Argentina

Volver al Indice

A partir de principios de la década del cincuenta, comienzan a revelarse serias restricciones en el proceso expansivo. El considerable incremento del gasto público durante los años cuarenta, particularmente a causa del creciente carácter subsidiado que fue adquiriendo la producción manufacturera [97] y la disminución de los ingresos por exportaciones agropecuarias puso en crisis el proceso expansivo verificado en la década anterior y la capacidad regulatoria que había ido adquiriendo el Estado. Los desequilibrios se expresaron en el aumento del ritmo inflacionario, en la disminución del poder adquisitivo del salario real vía congelamiento de los mismos e incremento de los precios y como consecuencia de ello, en el estancamiento de la demanda de bienes de consumo y de fuerza de trabajo.

En la búsqueda de la salida de esta crisis, el Gobierno cambió radicalmente la política oficial respecto del capital extranjero que contrasta con su modelo de desarrollo autónomo. Así, en 1952 se sancionó el primer marco regulatorio específico para las inversiones extranjeras directas (IED). Este cambio en la política gubernamental durante el último tramo de la experiencia justicialista, provocó en realidad más escándalos que realizaciones. Sólo a partir de

otro marco institucional, hacia fines de la década se verificó un ingreso masivo de inversiones extranjeras.

Este proceso depresivo llevó a la descomposición del sistema de poder que tejió el peronismo durante casi una década. Ello se expresó en los enfrentamientos que debió sostener el gobierno con los sectores sindicales más combativos, con un creciente número de oficiales de las Fuerzas Armadas, con la Iglesia Católica y con las clases medias [98] .

También fue quedando virtualmente licuada la posibilidad de sostener acuerdos entre los sectores obreros y una burguesía industrial inmovilizada por la simultaneidad de las políticas de acumulación y distribución que caracterizaron al primer gobierno de Juan D. Perón. La ausencia de arbitraje gubernamental derivó en grandes huelgas y movimientos de protesta.

Paralelamente, la creciente centrifugación del poder peronista y la polarización de fuerzas y sectores sociales y políticos antiperonistas crearon el espacio para el primero de una serie de golpes militares. Comienza así también una larga sucesión de programas de disminución del gasto público y restricciones salariales como factores clave para el logro de la estabilización monetaria. De este modo, entre 1951-52 y 1958 se desarrolló un período relativamente largo, caracterizado por la recesión económica y particularmente por el estancamiento del consumo y la producción industrial.

Hacia fines de la década, en el contexto de un nuevo gobierno constitucional, se sanciona otro marco regulatorio referido a la promoción del sector industrial y a la participación de las inversiones extranjeras en la misma, que determinó el éxito relativo de la experiencia desarrollista.

Por un lado, el ingreso masivo de IED y el aumento de las inversiones realizadas por empresas nacionales, generó efectivamente la reactivación del sector industrial, profundizando la expansión de las industrias básicas gestadas durante los años cuarenta y la conformación de un poderoso complejo metal-mecánico que en el transcurso de la década siguiente se constituirá en el eje del modelo de desarrollo industrial y del proceso de acumulación capitalista en la Argentina [99]. Pero paralelamente se agudizaron las contradicciones ya existentes. En efecto, bajo este período el capital extranjero amenaza con pasar a liderar la estructura industrial frente al capital nacional a la par que también retrocede la capacidad regulatoria del Estado. Las fracciones oligopólicas del capital consolidan su posición frente a los sectores pequeños y medianos que continuaron su proceso de declinación en términos relativos.

Asimismo, el modelo de industrialización adoptado posee un sesgo capital intensivo que derivó en cierto incremento en materia de competitividad, pero no produjo, en cambio, un efecto satisfactorio en el plano de la generación de puestos de trabajo, cediendo al Estado el rol de empleador.

En el plano político, el frondizismo quedó atrapado entre presiones cruzadas. Por un lado las provenientes de las organizaciones obreras en su búsqueda de recomponer la capacidad adquisitiva del salario real y de imponer el levantamiento de la proscripción al peronismo. Por otro lado una serie interminable de planteos militares que se centraron en la profundización de los programas de estabilización monetaria y contención del gasto público, de modernización y tecnificación del aparato industrial, de permanencia de la proscripción del peronismo a la par que resistían también el discurso y algunas actitudes superficialmente progresistas del presidente y algunos funcionarios de su gestión.

Finalmente el proyecto de modernización eficientista a ultranza necesitó para imponerse, la instauración de nuevos regímenes autoritarios dotados de capacidad represiva para contener los desbordes y protestas populares generados por el costo social del cambio estructural.

Así, dos variantes del modelo desarrollista se disputaron el poder político y económico en la Argentina desde 1958 hasta 1975. Por un lado, la vertiente concentracionista y eficientista desarrolladas bajo las gestiones de Frondizi, Guido y Onganía; por otro lado la variante distribucionista encarnada por las gestiones del radicalismo, el lanussismo y los primeros dos años del último gobierno justicialista (1973-1974).

Curiosamente, a pesar de sus matices y su elevado nivel de conflictividad social, de sus interrupciones institucionales (incluso al interior de cada período dictatorial) y del notable incremento inflacionario; entre 1963 y 1975 se verificó un largo período expansivo de la economía y de la industria nacional que desde mediados de los años setenta no volvió a registrarse en la Argentina.

En esta etapa continuó, aunque con altibajos, el incremento del consumo interno y el proceso de consolidación de los oligopolios del capital transnacional y de los grandes grupos económicos nacionales que serán los principales beneficiarios de la política económica que comenzó con el Rodrigazo en 1975 y con la gestión de José, A. Martínez de Hoz.

En el marco de un modelo territorial caracterizado por la concentración de los medios de producción y la fuerza de trabajo en unos pocos puntos privilegiados del territorio nacional que comenzó a construirse decisivamente después de mediados del siglo pasado; las transformaciones económicas, políticas y sociales de esta última etapa analizada indujeron a algunos matices significativos en las tendencias locacionales que gobernaron dicho modelo por más de cien años. Si bien, en líneas generales el proceso de concentración geográfica continúa, puede decirse que al cabo del período considerado existía una utilización industrial del suelo considerablemente mayor y la tendencia que gobernó este proceso parecía reemplazar una estructura locacional inserta en el tejido urbano compacto, por otra de carácter más disperso hacia la periferia de las grandes aglomeraciones metropolitanas, así como una mayor cantidad de centros industriales e incluso la aparición de localizaciones en áreas nuevas más o menos aisladas [100]. De modo que el resultado de la experiencia desarrollista por un lado reforzó el proceso de concentración de inversiones en las áreas más desarrolladas del territorio nacional (quizá con la única excepción de la Patagonia), pero por otro lado, al interior de aquellas la distribución Geográfica de las nuevas radicaciones tendió a hacerse más dispersa, con un número de conjuntos urbano-industriales considerablemente superior al de las etapas previas [101].

Asimismo, durante esta etapa se produce un creciente proceso de deslocalización y diferenciación entre el sitio de producción y el de gestión a nivel de cada firma, como producto del adelanto en las comunicaciones y la homogeneización de las normas de gestión, aunque los mecanismos de trasnferencias interregionales de excedentes atentaron contra la ampliación y multiplicación local de la experiencia. Así, se verificó la construcción de espacios urbano-industriales en sitios no industrializados, ni suficientemente poblados, lo que significó para el sector público una fuerte demanda en materia de infraestructura [102] .

Probablemente nunca antes como en esta etapa, el Estado había desplegado sobre el territorio nacional su capacidad transformadora, especialmente a través de inversiones en infraestructura socioeconómica, promoción industrial y política crediticia, que redundó en el incremento de la desigualdad entre las distintas regiones del país y si bien provocó una cierta disminución de la participación de la Capital Federal en la generación de excedentes, no sucedió lo mismo con la capacidad de captación del mismo, la que, por el contrario, se incrementó [103].

Los cambios estructurales después de 1975

Volver al Indice

El golpe de estado de marzo de 1976 puede ser interpretado como el emergente político de la pugna entre distintos sectores sociales, significando en este caso un vigoroso ataque del capital oligopólico para garantizar la recuperación de su posición (y más tarde avance) en la estructura del poder económico, luego de dos años de gobierno justicialista, que amenazó con configurar un esquema de alianzas que comprometía algunos intereses de dicho sector [104].

La administración militar surgida del golpe mencionado, logró estimular un proceso regresivo de cambio social que culminó en el incremento del poder económico - y por lo tanto de la capacidad de presión política de los sectores más concentrados del capital.

Dicho proceso fue posible a través de la implementación de varios mecanismos que preanunciaron diversos intentos de reformulación del Estado, a fin de hacerlo estrechamente funcional a la dinámica de acumulación de los grupos oligopólicos que operan en la economía nacional y, como se vio, a los requerimientos actuales de la expansión capitalista a nivel mundial. A esto respondió a lo largo del último gobierno militar, la instauración de una política distributiva regresiva conjuntamente con las medidas represivas que la posibilitaron, la contratación de fuertes compromisos con el sistema financiero internacional que multiplicaron varias veces la deuda externa, la apertura de la economía, la transferencia de la mayor parte de la deuda externa privada al Estado, la articulación de políticas de promoción sectorial y territorial, etc. Sin embargo, la heterogeneidad de las medidas e instrumentos de política económica determinó que las posibilidades de maximización de las ganancias fueran diferenciales según el momento y el sector de la economía de que se trate. La frecuente y notable variación de los precios relativos de la economía permitió, por ejemplo, que avanzaran en la estructura del capital y en varios mercados, precisamente aquellos grupos empresariales mejor posicionados para hacer circular el excedente por distintos sectores de la economía, según resultara conveniente en cada momento, siendo la diversificación, por lo tanto casi una condición para la acumulación de capital en este período [105].

En el plano social y político, este proceso se expresa en la construcción de nuevas hegemonías por parte de los sectores más concentrados del capital y en un creciente proceso de desplazamiento, marginalización y exclusión social, determinado en parte por el sesgo capital intensivo que ha adquirido la reconversión productiva y por el retroceso considerable que ha experimentado la capacidad adquisitiva del salario real. El notable crecimiento de la influencia de los acreedores externos y de los holdings exportadores y grupos económicos locales constituyen la otra cara de la moneda de la declinación del poder del Estado Nacional. El caso argentino ilustra magistralmente como la creciente incapacidad regulatoria del Estado se evidencia con todo dramatismo en los sucesivos "golpes de mercado", producidos precisamente por los actores sociales mencionados al comienzo de este párrafo.

Sintéticamente, este proceso está poniendo de relieve sucesivos intentos de cambio de un régimen de acumulación y de un modelo de industrialización basados en la producción de bienes para el mercado interno, dentro del llamado "modelo sustitutivo", por otro que tiende a insertar más activamente a la economía nacional en el mercado mundial, desplazando entonces la estrategia de industrialización hacia un eje más compatible con la denominada "orientación a la exportación".

El balance final de la experiencia "procesista", cuyos efectos no han sido revertidos, sino profundizados desde la restauración democrática [106] , revela en primer lugar que el conjunto de políticas desplegadas, tendieron cuando menos a inhibir la expansión del sector industrial en su conjunto, aunque en el marco de una fuerte rotación industrial [107].

La República Argentina ha atravesado así en los últimos años un período caracterizado por un virtual retroceso de su base económica, fenómeno vivido especialmente por la industria manufacturera, que sufrió un significativo proceso de reestructuración a nivel de ramas de actividad, escalas de producción, cambio tecnológico, estructura del capital y distribución territorial.

A nivel de ramas de actividad y de los procesos de cambio tecnológico, la experiencia de reestructuración fue diferenciada. Por ejemplo, la industria electrónica de bienes de consumo fue escenario de un fuerte proceso de retroceso entre 1975 y 1985, ya que el mismo pasó de estar integrado verticalmente, produciendo la mayoría de sus propios insumos y con desarrollo tecnológico propio, a depender de marcas, tecnología, know-how e insumos importados, que actualmente esa industria ensambla en sus enclaves fueguinos, aprovechando las ventajas institucionales que otorga la radicación en esa región [108]. Una evolución inversa, en cambio, sufrieron otros sectores de la actividad industrial, que experimentaron cierta expansión de la escala de producción y algún mejoramiento de los niveles de integración vertical, significativos progresos tecnológicos y cambios en la estructura del capital, como es el caso de ramas de la producción vinculadas a esquemas de promoción sectorial y oligopolizadas por los grupos económicos, como las industrias celulósicas, petroquímicas y siderúrgicas [109].

En relación con los cambios en las escalas de producción, estos han sido notorios, por cuanto los establecimientos pequeños y medianos parecen haber avanzado en la estructura de la ocupación total, notándose que el proceso de desindustrialización relativa habría castigado con especial fuerza a los microestablecimientos (entre 1 y 5 ocupados) y a los establecimientos grandes (más de 200 ocupados) [110]. En el primer caso, este fenómeno estaría evidenciando la desaparición o captación de tales establecimientos, en el segundo también, pero además una proporción significativa de establecimientos sufrieron una reducción de su tamaño en términos de personal ocupado (ya sea por contracción de la escala de producción o por razones tecnológicas), lo que implicaría su corrimiento en las estadísticas al estrato de los establecimientos medianos [111].

En cuanto a la evolución de la estructura del capital industrial, se ha verificado en los últimos años un notable incremento de la concentración del poder económico en los llamados Grupos Económicos Nacionales y Empresas Transnacionales Diversificadas y/o Integradas, en desmedro de las empresas nacionales y extranjeras independientes [112]. Pero, en la mayoría de los casos la concentración de excedente en tales agentes no ha revestido un rol dinamizador de la economía nacional, ni siquiera un mejoramiento sustancial de las condiciones productivas, ya que el excedente captado ha sido desplazado en buena medida hacia destinos no productivos (tales como la especulación financiera) o hacia la realización de inversiones -productivas o no- en el exterior. Este proceso de descapitalización relativa del sector industrial argentino puede constatarse en el comportamiento negativo que ha tenido durante los años de referencia la tasa de inversión [113]. Por otra parte, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros países latinoamericanos tales como Brasil, México o Venezuela, en la República Argentina, el desmedido crecimiento de la Deuda Externa no habría estado vinculado a un proceso de expansión productiva [114].

Efectos y perspectivas de la reindustrialización sobre la estructura territorial

Volver al Indice

Si bien en los países industrializados se verificó claramente el reemplazo del paradigma tecnológico-productivo fordista por otras formas de organización de la producción, de las relaciones sociales de producción y de regulación estatal, tal como lo señalamos en un apartado precedente, en el caso argentino, pese a la complejidad y profundidad que han asumido los cambios estructurales, el tránsito de un modelo a otro no resulta aún muy claro o por lo menos todavía no ha sido captado o estudiado suficientemente[115].

Mientras algunas firmas (fundamentalmente grandes) han comenzado a introducir algunas de las prácticas de organización empresarial, de los procesos productivos y de relaciones laborales compatibles con las exigencias de informatización y flexibilidad que caracterizan al nuevo paradigma; el grueso de los cambios que han tenido impacto territorial se han dado en el marco de una cierta mezcla entre prácticas características de ambos modelos o bien han mudado su comportamiento tecno-productivo, pero sobre lineamientos predominantemente fordistas[116], excepto quizá en el plano de la redefinición de las relaciones entre capital y trabajo, donde el proceso de cambio ha generado (explícita o implícitamente) algunas modificaciones decisivas y negativas en el campo de la capacidad reivindicativa del sector obrero (por dispersión geográfica o por disminución tanto en términos absolutos como relativos del tamaño del mismo y del de las más fuertes agrupaciones sindicales) y en el de las condiciones de trabajo, remuneración y contratación[117], que parecen constituir algunas de las características y exigencias del nuevo paradigma en los países industrializados.

Estos cambios producidos a nivel de las relaciones entre capital y trabajo no solo se han dado de hecho. Además se han ido multiplicando las presiones desde los sectores patronales en búsqueda de la modificación de los marcos jurídico-institucionales que rigen tales relaciones [118].

Así, las nuevas tendencias concentradoras del conjunto o de ciertas etapas del proceso productivo que se observan en los países industrializados (tales como las experiencias de polos o parques científico-tecnológicos o científico-productivos o los reagrupamientos del tipo

"just in time") han tenido escasa y dificultosa aplicación en el país, pese a los intentos al respecto [119].

En cambio, las tendencias a la dispersión geográfica de la producción industrial, permitidas por las posibilidades de fragmentación de los procesos productivos en varias etapas que pueden estar divorciadas espacialmente y el sesgo adoptado por las políticas públicas sectoriales y de supuesta "promoción regional", han confluido en la redistribución espacial de la industria manufacturera argentina.

En el marco de las posibilidades abiertas por las nuevas opciones tecnológicas y de estímulo fiscal[120], en presencia de la prolongada crisis que registra la economía argentina desde fines de la primera mitad de los años setenta, las empresas han reaccionado desplegando diferentes estrategias. Por un lado, algunas firmas aprovechando marcos promocionales de tipo sectorial, experimentaron un proceso de reestructuración productiva que implicó la racionalización de la mano de obra, pero sin mostrar cambios en la lógica locacional; en tanto que por otro lado, un conjunto numeroso de empresas modificaron su comportamiento tecnológico, produjeron cambios significativos a nivel de la racionalización del personal y se acogieron a los distintos regímenes de promoción regional, lo que implicó la relocalización de las mismas (o de parte de los procesos productivos que las mismas llevaban a cabo en el sitio original) en nuevas áreas promocionadas y de escasa experiencia industrial y sindical [121].

La radicación de capital industrial en las áreas receptoras significó una experiencia de dudosa solidez. Los tipos de actividades relocalizadas no muestran mayores vinculaciones con los recursos naturales ni con los mercados locales. Asimismo, no se observa la formación de encadenamientos productivos, ni relaciones interempresariales horizontales significativas, ni realización de tareas de investigación y desarrollo, ni aparición de sectores de servicios vinculados a los requerimientos de la producción industrial que se lleva a cabo en las áreas promocionadas [122].

Según los diversos estudios realizados en relación con las características asumidas por estos procesos de relocalización, la mayoría de las radicaciones corresponden a actividades y firmas que estaban localizadas en las áreas industriales tradicionales del país, por lo que desde el punto de vista de las áreas receptoras se trata de capitales extrarregionales cuya presencia en las mismas se explica exclusivamente por las ventajas institucionales que benefician a las mismas[123].

En la mayoría de los casos, los regímenes de promoción industrial indujeron a la radicación de empresas dedicadas a actividades muy variadas sin que localmente existieran ramas claramente dominantes. En este sentido, la experiencia de Tierra del Fuego es singular, ya que la rama de producción de bienes electrónicos de consumo concentra por si sola y en poco más de una decena de establecimientos y empresas, más de dos terceras partes del personal ocupado, el valor de la producción y el valor agregado del conjunto de la industria fueguina actual [124]. Por las razones expuestas, resulta dudosa la formación futura de ventajas comparativas que reemplacen en el mediano plazo a las ventajas institucionales.

Estas experiencias que, a nuestro juicio deben ser evaluadas más bien como procesos de valorización del capital en las áreas promocionadas, antes que como experiencias de valorización de las mismas [125] ; muestran de todos modos significativos impactos a escala local y regional, tales como el incremento espectacular del Producto Bruto, el Producto Bruto Industrial y el empleo regionales.

Asimismo cabe destacar la diversificación de la inserción productiva de estas regiones en la economía nacional, aunque el nuevo rol que las mismas han adquirido en la división territorial del trabajo parece continuar siendo subordinado y pasivo [126].

Otro rédito que han obtenido en esta experiencia las áreas promocionadas tiene que ver con la ampliación considerable de la infraestructura económica y social, de los sistemas de transporte y comunicaciones que han redundado en una mayor integración al espacio y a la economía nacional, así como a sus entornos regionales [127] .

La expansión más que considerable de los mercados de trabajo locales han generado a su vez importantes cambios demográficos. En la mayoría de las provincias beneficiadas ha significado por lo menos un apreciable descenso de los procesos de emigración que venían experimentando, cuando no implicaron directamente la conversión de las mismas en áreas receptoras de algunos migrantes, como es el caso de las provincias de San Luis y La Rioja. Asimismo, la nueva dinámica poblacional reforzó los procesos de despoblamiento rural. El caso fueguino ha sido también muy particular en este aspecto: la inmensa mayoría de los trabajadores que ocupa la industria local son migrantes recientes, así como lo son también hoy, la mayoría de los que se ocupan en el área de servicios, e incluso también la mayoría de los actuales habitantes de la isla [128].

Paralelamente pueden observarse una serie de aspectos conflictivos tales como la dualización de las economías regionales, que en términos espaciales se expresa en la profundización de las desigualdades entre el espacio urbano y el espacio rural. En el plano industrial puede significar el estancamiento y/o retroceso en términos absolutos de las actividades tradicionales. Asimismo, en el plano social las problemáticas emergentes son numerosas. La aparición de nuevos sectores sociales hace más complejos los procesos de diferenciación social, mientras que los cambios experimentados a nivel de la estructura social inducen a la redefinición de las alianzas y los sistemas políticos locales. En el caso fueguino se han llegado a observar incluso ciertos antagonismos entre los sectores tradicionales de la sociedad local y los nuevos pobladores, especialmente a nivel del control del espacio urbano [129].

El "desorden" creado por la reorganización y ampliación acelerada en los espacios urbanos ha derivado en la aparición de fuertes desajustes entre oferta y demanda habitacional y de infraestructura urbana. Ello ha conducido a su vez, por un lado al surgimiento o recrudecimiento de procesos de degradación de la calidad ambiental de las áreas urbanas y periurbanas y por otro lado, al deterioro de las condiciones de vida de la población en general [130].

A escala nacional el proceso de reestructuración está determinando o reforzando la declinación o reconversión del rol de los distritos industriales tradicionales del país (Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe [131]) y paralelamente, la producción de nuevo espacio urbano-industrial en áreas periféricas no industrializadas como es el caso de las provincias de San Luis, Catamarca, La Rioja o el Territorio Nacional de Tierra del Fuego. Estos fenómenos están marcando la aceleración y el incremento significativos de las tendencias territoriales inversas a las históricas -intensificadas durante la etapa desarrollista- y una disociación igualmente creciente entre la distribución territorial de los medios de producción y la generación de valor y la concentración del proceso de acumulación y del poder económico en el núcleo de la Región Metropolitana de Buenos Aires, que no sólo sigue vigente sino que ha resultado potenciado en estos últimos años [132].

Así, teniendo en cuenta la dimensión espacial asumida por el proceso de reestructuración industrial a nivel nacional, determinada en gran medida por marcos legales de promoción industrial regional y sectorial, la Región Metropolitana y los demás distritos industriales tradicionales se han constituido entre 1974 y 1985 en áreas de comportamiento centrífugo con respecto a establecimientos y trabajadores industriales, según el caso en términos absolutos (Región Metropolitana) o en términos relativos (Córdoba y Santa Fe). En el caso de la Región Metropolitana, el proceso de cambio estaría indicando que la misma tendería a reconvertir y modificar el significado de sus múltiples roles, afirmándose cada vez más como un "locus" de acumulación, gestión y control del excedente y las inversiones y cada vez menos como un área tradicional de producción industrial[133].

En este sentido, puede decirse para concluir, que en el marco de un proceso de reestructuración industrial de tendencias regresivas, el caso argentino no se diferencia sustancialmente de los cambios en las lógicas locacionales que están predominando en el resto del mundo, como resultado de nuevas prácticas productivas y de notorias transformaciones en la territorialidad del capital que se expresan en la construcción de nuevos paisajes industriales y en la declinación de las áreas industrializadas bajo la experiencia fordista. La diferencia más notable del caso argentino, respecto del de los países desarrollados radica fundamentalmente en la limitada reaglomeración relativamente concentrada de

complejos de producción industrial estrechamente interrelacionados por múltiples y avanzadas formas desarticulación y cooperación desde una base territorial común, rasgo que constituye el resultado más notorio de la reestructuración productiva en dichos países.

BIBLIOGRAFIA

Volver al Indice

ABALOS, J. y LIRA, L. "Desarrollo regional, liberalismo económico y autoritarismo político", en Pensamiento Iberoamericano, Nº 10, Madrid, 1986.

AGLIETTA, M. "Regulación y crisis del capitalismo", Siglo XXI Ed., México, 1986.

ALBUQUERQUE LLORENS, F.; de MATTOS, C. y JORDAN FUCHS, R. "Revolución tecnológica y reestructuración productiva: Impactos y desafíos territoriales". Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1990.

AZPIAZU, D.; BASUALDO, E. y KHAVISSE, M. "El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80". Ed. Legasa, Bs. As., 1986.

AZPIAZU, D. y KHAVISSE, M. "La estructura de los mercados y la desindustrialización en la Argentina, 1976-81". CET-IPAL, 1983.

AZPIAZU, D.; BASUALDO, E. y NOCHTEFF, H. "La revolución tecnológica y las políticas hegemónicas". Ed. Legasa, Bs. As., 1988.

AZPIAZU, D.; BISANG, R. y KOSACOFF, B. "Industrialización y exportación de manufacturas en la Argentina. Evolución estructural y apertura exportadora (1973-1986)" en Boletín Informativo Techint, Nº 253, Bs. As. , 1988.

BECCARIA, L. y YOGUEL, G. "Apuntes sobre la evolución del empleo industrial en el período 1973-1984", en Desarrollo Económico, Nº 108, Bs. As. , 1988.

BECKER, Bertha y otros "Tecnología e gestao do território". Editora UFRJ, Río de Janeiro, 1988.

BITAR, Sergio "Neoliberalismo versus neoestructuralismo en América Latina" en Revista de la CEPAL, Nº 34, Santiago, 1988.

BONEO, Horacio "Desarrollo regional, incentivos fiscales y localización industrial". CEDES-PISPAL, Bs. As. , 1983.

BORON, Atilio "Los actores y el libreto: los sujetos sociales de la reconversión industrial en la Argentina", en EURAL/EBERT Industria, Estado y Sociedad, EURAL, Caracas, 1989.

BOYER, Robert "La teoría de la regulación. Un análisis crítico", Humanitas, Bs. As. , 1989.

BRADBURY, J. "Regional and industrial restructuring processes in the new international division of labour" en Progress in Human Geography, Vol.9-1, 1985.

BUSTOS, Pablo "Reestructuración productiva e inserción internacional de la economía argentina" en Cuadernos del Sur, Nº 7, Bs. As. , 1988.

CAINARCA, G. et. al. "Evolutionary patter of innovation diffusion: the case of flexible automation", Research Policy, Vol. 18, 1989.

CARLOS, Ana "Espaco e Industria", Editora Contexto, Sao Paulo,1988.

CASTELLS, Manuel "Sociología del espacio industrial". Ed. Ayuoso, Madrid, 1979.

CASTELLS, Manuel "Reestructuración económica, revolución tecnológica y nueva organización del territorio", ILPES, Santiago, 1985.

CASTELLS, Manuel "High technology, space and ideology", Sage publications, Beverly Hills, 1987.

CEPAL "La Promoción Industrial en la Argentina 1973-1983. Efectos e implicancias estructurales". Realizado por D. Azpiazu. CEPAL, Bs. As., 1986.

CICCOLELLA, Pablo "Los Sistemas de Promoción Industrial. Su influencia en los cambios recientes en la configuración del espacio argentino (1958-1985)" en Aportes para el estudio del espacio socioeconómico I, Ed. El Coloquio, Bs. As. , 1987.

CICCOLELLA, Pablo "El Estado y el Poder Económico en la reestructuración del espacio fueguino". Mimeo. Instituto de Geografía. Bs. As., 1988.

CICCOLELLA, Pablo "Siderurgia: una industria básica en transformación", en Aportes para el estudio del espacio socioeconómico II, Ed. El Coloquio, Bs. As. , 1988.

CICCOLELLA, Pablo "El Estado y las políticas regionales", en Aportes para el Estudio del Espacio Socio-económico III, Ed. El Coloquio, Bs. As. , en imprenta.

CICCOLELLA, Pablo "Hacia un capitalismo sin fronteras? o La Historia recién comienza", mimeo, Instituto de Geografía, Bs. As., 1990.

CICCOLELLA, Pablo "Cambio estructural y redespliegue territorial del capital industrial. El caso argentino", en III Encuentro de Geógrafos de América Latina, México, 1991.

CICCOLELLA, P. y QUINTAR, Aída "Nuevos escenarios de la crisis. La desindustrialización de la Región Metropolitana", en Primer Seminario de Investigación "Región Metropolitana de Buenos Aires", Bs. As. , 1989.

CICCOLELLA, P.; GATTO, F. y QUINTAR, A. "Políticas regionales recientes: La Promoción Industrial en La Rioja y Tierra del Fuego. Principales efectos económicos y sociales". Mimeo, Bs. As., 1987.

CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES "Las transformaciones socioeconómicas del área metropolitana". CFI, Bs. As., 1987.

CORAGGIO, José Luis. "Consideraciones teórico-metodológicas sobre las formas sociales de organización del espacio y sus tendencias en América Latina". Ciudad. Quito, 1987.

CORAGGIO, José, Luis "Los complejos territoriales dentro del contexto de los subsistemas de producción y circulación". Ciudad, Quito, 1987.

CORAGGIO, José, Luis "Territorios en Transición". Ciudad, Quito, 1988.

DA COSTA, Wanderley "Os novos papeis do estado e a sua importancia para a geografía". Mimeo, San Pablo, 1985.

DA COSTA, Wanderley "O Processo contemporaneo de industrializacao", Mimeo, San Pablo, 1982.

de MATTOS, Carlos "Mito y realidad de la planificación regional en los países capitalistas latinoamericanos", Mimeo, Santiago, 1987.

de MATTOS, Carlos "La descentralización, una nueva panacea para enfrentar el subdesarrollo regional?, Mimeo, CEUR, Bs. As. , 1988.

de MATTOS, Carlos "Reestructuración social, grupos económicos y desterritorialización del capital". El caso de los países del Cono Sur", en Revista EURE, Vol. XVI, Nº 47, Dic. 1989.

DORFMAN, Adolfo "Desarrollo Industrial Argentino". Ed. Solae, Bs. As., 1982.

DORFMAN, Adolfo "Cincuenta años de industrialización en la Argentina 1930-980". Ed. Solare S.A., Bs. As., 1983.

DORFMAN, Adolfo "Cambios en la industria argentina: Favorables o preocupantes?" en Realidad Económica, Nº 80, Bs. As. , 1988.

ESCOLAR, Marcelo "Naturaleza, historia y fetichismo espacial". Tesis de Licenciatura, Instituto de Geografía, Buenos Aires, 1986.

ESTRADA, María "O Processo de Producao de espaco urbano-industrial: um exercicio teorico-metodológico", en Boletín Paulista de Geografía, Nº 60, 2º sem. 1983.

EURAL/EBERT "Industria, Estado y Sociedad. La reestructuración industrial en América Latina y Europa", Ed. Nueva Sociedad, Buenos Aires. 1989.

FAJNZYLBER, F. "La industrialización trunca de América Latina", Centro Editor de A. Latina, Bs. As. , 1984.

FAJNZYLBER, F. "Competitividad internacional: evolución y lecciones" Revista de la CEPAL, Nº 36, Santiago, Dic.1988.

FINQUELIEVICH, S. "La innovación tecnológica en la producción y reproducción del territorio latinoamericano" en Laurelli, E. y Lindemboim, J. (Comp.) Reestructuración económica global. Efectos y políticas territoriales. Fund. F. Ebert-SIAP-CEUR, Bs. As., 1990.

FONTANALS, J. y DIAZ PEREZ, J. "La Política de Reconversión Económica en la Argentina: (Des)Articulación entre el ajuste de corto plazo y las reformas estructurales" en Realidad Económica, Nº 98, 1991.

FORRESTER, J. "Business structure. Economic cycles and national policy", Futures, 8, 1976.

FREEMAN, C. "Technical innovation and long waves in world economic development", Futures, 13, 1981.

GATTO, F. "Cambio tecnológico Neofordista y Reorganización Productiva. Primeras reflexiones sobre sus implicancias territoriales", EURE, Vol.XVI, Nº 47, Santiago, 1989.

GATTO, Francisco "Paradigma tecnológico neofordista y reorganización productiva. Primeras reflexiones sobre sus implicancias territoriales", Mimeo, CEPAL, Bs. As. , 1989.

GATTO, F.; GUTMAN, G. y YOGUEL, G. "Reestructuración industrial en la Argentina y sus efectos regionales (1973-1984)" Documento del Programa PRIDRE, CFI-CEPAL, Bs. As. , 1988.

GERBER, M. y YANES, L. "Regulación estatal y patrón de acumulación en la Argentina". Mimeo. Instituto de Geografía, Bs. As. , 1988.

GLASMEIER, A. y McCLUSKEY, R. "U.S. autoparts production: an analysis of the organization and location of a changing industry", en Economic Geography, Vol. 63, 1987.

GORE, Charles "Regions in question. Space, development theory and regional policy", Methuen, Londres, 1984.

GUTMAN, G. y otros "Promoción Industrial en La Rioja. Estrategias empresariales y desarrollo regional". CFI-CEPAL, PRIDRE, Bs. As., 1988.

HADDAD, Paulo "Políticas de estabilizaçao económica: a dimensao regional", en Pensamiento Iberoamericano, Nº 10, Madrid,1986.

HARVEY, D. "Urbanismo y desigualdad social", Siglo XXI ED., México, 1985.

HARVEY, D. "The limits to capital", Blackwell, London, 1982.

HAYNES, K. y MACHUNDA, S. "Spatial restructuring of manufacturing and development growth in the rural midwest. An analysis of Indiana" en Economic Geography, Vol. 63, 1987.

HELLER, Amado "Industria manufacturera y estructura de la clase obrera" en Realidad Económica, Nº 76, Bs. As. , 1987.

JOZAMI, E.; PAZ, P. y VILLAREAL, J. "Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social", Siglo XXI Ed., Bs. As. , 1985.

KAPLINSKY, R. "Electronics-based automation technologies ant the onset of systemofacture: implications for third world industrialization", World Development, Vol. 13, 1985.

KATZ, Jorge "Estrategia industrial y ventajas comparativas dinámicas". Fund. Eugenio Blanco, Bs. As. , 1983.

KATZ, J. y KOSACOFF, B. "El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva", CEAL-CEPAL, Bs. As. , 1989.

KONDRATIEFF, Nikolai "The long waves in economic life", Lloyds Bank Review, 129, 1978.

KOSACOFF, B. "El proceso de industrialización en la Argentina, en el período 1976-1983". CEPAL, Bs. As., 1984.

KOSACOFF, B. y AZPIAZU, D. "La industria argentina: desarrollo y cambios estructurales", CEAL-CEPAL, Bs. As. , 1989.

KRITZ, Ernesto "Crisis y cambio: estructura productiva y mercados de trabajo en América Latina" en Desarrollo Económico, Nº 109, Abr-Jun. 1988.

LAURELLI, E. y LINDEMBOIM, J. (comp.) "Reestructuración económica global. Efectos y políticas territoriales", Fund. F. Ebert-SIAP-CEUR, Bs. As. , 1990.

LEFEVBRE, H. "La production de l'espace", Antrophos, París, 1981.

LEMOINE, Julián "Deuda Externa y Reconversión Industrial", en Realidad Económica, Nº 76, Bs. As. , 1987.

LINDEMBOIM, J. "Desarrollo Regional y Leyes Promocionales". PISPAL-CEUR, Bs. As., 1987.

LINDEMBOIM, Javier "Distribución espacial de la industria en la Argentina entre 1935 y 1964". CEUR, Bs. As., 1978.

LIPIETZ, Alain "El capital y su espacio". Siglo XXI Ed., México,1979.

LIPIETZ, Alain "Miragens e milagres. Problemas da industrializacao no Terceiro Mundo". Nobel, Sao Paulo, 1988.

LOPEZ, A. y DIAZ PEREZ, J. "Tristeza y melancolía del capitalismo", en Realidad Económica, Nº 92-93, 1990.

LUCITA, Eduardo "1984/1989 Reestructuración del Capital y reorganización de los trabajadores", en Cuadernos del Sur, Nº 10, Bs. As. , 1989.

MANDEL, E. "Long waves of capital development: the Marxist interpretation". Cambridge University Press, London, 1980.

MARSHALL, M. "Long Waves of Regional Development", MacMillian, London, 1987.

MARTIN, R. Job loss and the regional incidence of redundancies in the current recession" en Cambridge Journal of Economics, Nº 6. 1982.

MASSEY, D. y MEEGAN, R. "The Anatomy of job loss", Methuen, Londres, 1982.

MASSEY, D. y MEEGAN, R. "Industrial Restructuring versus the cities" en Urban Studies, Vol. 15, 1978.

MASSEY, D. y MEEGAN, R. "The Geography of Industrial Reorganisation: the spatial effects of the restructuring of the electrical engineering sector under the industrial reorganization corporation", en Progress in Planning, Pergamon Press, 1978.

MASSEY, Doreen "Towards a critique of industrial location theory" Antipode, 5-3, 1973.

MASSEY, Doreen "Spatial Divisions of Labour", Macmillian, London, 1984.

MASSEY, Doreen "Industrial restructuring as class restructuring: production decentralisation and local uniqueness", en Regional Studies, Vol. 17-2.

MENSCH, G. "Stalemate in technology innovations overcome the depression", Bellinger, NY, 1979.

MORAES, Antonio "Geografia. Pequena História Crítica.", HUCITEC, Sao Paulo, 1988.

MORAES, Antonio "Os circuitos espaciais da producao e os círculos de cooperacao no espaco". Mimeo. Sao Paulo, 1984.

MORAES, A. y DA COSTA, W. "A valorizacao do espaco". Hucitec, Sao Paulo, 1987.

MORINA, Osvaldo "Implicancias geográficas de las políticas de Promoción Industrial:el caso de San Luis". Mimeo. Instituto de Geografía. Bs. As., 1988.

MURRAY, F. "Decentralisation of production: the decline of the mass-colective worker? en Capital and Class, Nº 19, 1983.

NOCHTEFF, H. "Revolución industrial y alternativas regionales", en Revista de la CEPAL, Nº 36, Santiago, Dic. 1988.

NOCHTEFF, Hugo "Desindustrialización y retroceso tecnológico en la Argentina (1976-82): La industria electrónica de bienes de consumo" FLACSO-GEL, Bs. As. , 1985.

NOCHTEFF, Hugo "La industria de bienes de consumo electrónicos y el régimen de promoción fueguino", mimeo, Bs. As., 1987.

NUN, José,"Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia" y "Cambios en la estructura social de la Argentina" en Crisis de la dictadura argentina. Siglo XXI Ed., Bs. As, 1985.

OMINAMI, Carlos "La tercera revolución industrial", GEL, Bs. As. ,1986.

OSZLAK, O. y O'DONNEL, G. "Estado y políticas estatales en América Latina". CEDES-CLACSO, Bs. As., 1976.

PAZ, Pedro "Proceso de acumulación y política económica" en Crisis de la dictadura argentina. Siglo XXI Ed., Bs. As.,1985.

PEET, Richard "International capitalism and Industrial restructuring". Allen and Unwin, Boston, 1987.

PEREZ, Carlota "Microelectronics, long waves and world structural change: new perspectives for developing countries" en World Development, Vol. 13, Nº 3, 1985.

PIPITONE, Ugo "El capitalismo que cambia", Ediciones Era, México, 1986.

PIREZ, Pedro "El Estado y lo Regional. Un Intento de integración conceptual" en Revista Interamericana de Planificación, SIAP, Vol XVIII, Nº 70, México, 1984.

QUINTAR, Aída "La incidencia de la descentralización espacial de la industria en el movimiento obrero". Mimeo, Bs. As, 1988.

QUINTAR, Aída "Flexibilidad laboral. Requerimiento de las nuevas tecnologías o fragmentación del movimiento obrero", en Desarrollo Económico, Vol. 30, Nº 118, Jul-Set. 1990.

RODRIGUEZ, E. y ORSATI, A. "Desregulación y flexibilidad no tan flexible que parezca liberal", en revista UNIDOS, Año 5, Vol. 20, abril 1989.

ROFMAN, Alejandro "Desigualdades regionales y concentración económica: el caso argentino" SIAP, Bs. As. , 1985.

ROFMAN, A. y ROMERO, J.L. "Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina". Amorrortu, Bs. As., 1974.

ROITTER, Mario "La industrialización reciente de Tierra del Fuego". CFI-CEPAL, PRIDRE, Bs. As., 1987.

ROOBEECK, A. "The crisis of fordism and the rise of a new Technological paradigm", Futures, abril 1987.

ROSTOW, W.W. "The stages of economic growth: A non communist manifesto", Cambridge University Press, London, 1960.

SACK, R. "Conceptions of space in social thought", MacMillian, London, 1980.

SANCHEZ CASAS, Carlos "La construcción del espacio social", EUSYA Editora, 1987.

SANTOS, Milton "Por uma Geografía Nova". HUCITEC-EDUSP, San Pablo, 1978.

SANTOS, Milton "Capitalismo maduro e expansao periférica". Mimeo, Sao Paulo, 1988.

SANTOS, Milton "Metamorfoses do espaco habitado". HUCITEC, Sao Paulo, 1988.

SAUTU, Ruth "Poder económico y burguesía industrial en la Argentina 1930-1954",en Revista Latinoamericana de Sociología, 68-3 , Bs. As. , 1968.

SCHUMPETER, J. "The theory of economic development", Cambridge University Press, London, 1934.

SHUTT, J. y WITTINGTON, R. "Fragmentation strategies and the rise of small units: cases from the North West", en Regional Studies, Vol. 21, Nº 1, 1987.

SCHVARZER, Jorge "Promoción Industrial en Argentina Características, evolución y resultados". CISEA, Bs. As., 1987.

SCHVARZER, Jorge "Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica" CISEA, Bs. As. , 1983.

SCOTT, A. "New Industrial Spaces", Pion Limited, London, 1988.

SCOTT, A. "Flexible production systems and regional development: the rise of a new industrial spaces in North América and Western Europe", mimeo, Los Angeles, 1988.

SCOTT, A. y STORPER, M. “Production, Work, Territory. The geographical anatomy of industrial capitalism". Allen and Unwin, London, 1986.

SOURROUILLE, J.; KOSACOFF, B. y LUCANGELI, J. "Transnacionalización y política económica en la Argentina". Centro Editor de América Latina. Bs. As. , 1985.

STORPER, M. y WALKER, R. "The capitalist imoerative", Blackwell, NY, 1989.

SUNKEL, Osvaldo "Las relaciones Centro-Periferia y la Transnacionalización", en Pensamiento Iberoamericano, Nº 11, Madrid, 1987.

TEUBAL, Miguel "Crisis y deuda externa: América Latina ante la encrucijada". Ediciones del IDES, Bs. As. , 1985.

THWAITES REY, M. y LOPEZ, A. "Modernización capitalista y reforma del Estado", en Realidad Económica, Nº 96, Bs. As. , 1990.

TOLLIDAY, S. y ZEITLIN. J. "The automobile industry and its workers: between Fordism and Flexibility", Polity Press, Cambridge, 1986.

TROTSKY, L. "Report on the world economic crisis and the new tasks of the communist international", en The first five years of the Communist International, vol.1, New Dark, London, 1973.

WALKER, R. y STORPER, M. "Capital y localización industrial" en Documents d'Analisis Geográfica, 8-9, 1986.

YANES, Luis y otros "Desagregación Territorial de las Inversión Pública 1979-1983". Mimeo. Instituto de Geografía. Bs. As. ,1986.

FORMACIÓN DE LA CIUDAD GLOBAL Y EL RE-ESCALAMIENTO DEL ESPACIO DEL ESTADO EN LA EUROPA OCCIDENTAL POST-FORDISTA [**]

1. Introducción: más allá de la dualidad global/local en los estudios urbanos

En décadas recientes, los investigadores urbanos han identificado varias ciudades globales como nodos espaciales claves de la economía mundial, puntos de base localizados para la acumulación del capital en una era de globalización intensificada. Desde la formulación inicial de la hipótesis de la ciudad mundial a principios de los ‘80 por Friedmann y Wolff (1982), la teoría de la ciudad mundial se ha consolidado como marco principal para la investigación crítica sobre las ciudades contemporáneas, y más generalmente, sobre la cambiante organización espacial de la economía mundial (Knox & Taylor, 1995). Vinculando los estudios urbanos directamente a la economía política internacional y el análisis del sistema mundo, la teoría de la ciudad mundial ha desafiado a los investigadores urbanos a analizar las escalas supra-urbanas en las cuales las ciudades están insertas. Al mismo tiempo, al analizar la actual configuración de la economía mundial en términos de sus nodos urbanos predominantes y de sus redes inter-urbanas, la teoría de la ciudad mundial también ha desafiado a los economistas políticos internacionales a analizar las geografías sub-nacionales y supra-nacionales del capitalismo que están incorporadas en los procesos de urbanización. Al integrar las diferentes escalas espaciales sobre las cuales cada uno de estos campos de investigación ha sido sustentado dentro de una sola estructura analítica, la teoría de la ciudad mundial también ha contribuido al proyecto más amplio de superar los enfoques Estado-céntricos en las ciencias sociales, el cual ha ganado rápidamente espacio en años recientes (Agnew & Cordbridge, 1995).

La sostenida atención sobre la "dialéctica intransitable de lo local-global" (Lipietz, 1993: 16) entre los investigadores sobre ciudades mundiales ha generado un extraordinario brote de investigaciones sobre ciudades en la economía mundial. Una de las principales contribuciones de la investigación sobre ciudades mundiales ha sido la de relacionar las tendencias socioeconómicas dominantes dentro de estas ciudades -por ejemplo, la desindustrialización, la cambiante geografía de los flujos de capital, la expansión

y concentración espacial de las industrias de servicios financieros y servicios al productor, la segmentación de los mercados de trabajo, los conflictos de clase y étnicos, la polarización socio espacial- con la emergente jerarquía urbana mundial y las fuerzas económicas globales que la subyacen. Sin embargo, este privilegio analítico de la dualidad global/local en la investigación sobre ciudades globales también ha desviado la atención respecto del rol crucial de la escala nacional en la actual transformación del capitalismo mundial. A pesar de sus preocupaciones por el análisis de las cambiantes interconexiones entre los procesos a nivel de la escala urbana y mundial, la mayoría de los investigadores sobre ciudades mundiales ha negado el rol de los procesos "escalados" nacionalmente en la actual etapa de la globalización, incluyendo las reconfiguraciones del Estado territorial en sí mismo. La investigación sobre ciudades mundiales generalmente ha supuesto una concepción de suma-cero sobre la escala geográfica, lo que ha conducido a un énfasis en el declive del poder del Estado en una era de intensificación de la globalización: se plantea que mientras que la escala nacional se contrae, la escala global se expande. Las formas en las cuales la interacción global-local es enmarcada, mediada y activamente promovida por reconfiguraciones de la organización territorial del Estado, no han sido sistemáticamente investigadas.

Este artículo intenta superar estas deficiencias dentro de la investigación sobre ciudades mundiales examinando las cambiantes relaciones entre los patrones de urbanización y las formas de organización espacial del Estado en la Europa Occidental contemporánea. Mi punto de partida metodológico es una concepción de la globalización capitalista como una reconfiguración contradictoria de escalas geográficas superpuestas, incluyendo aquellas en las cuales el Estado territorial está organizado (Brenner, 1999). Desde este punto de vista, el poder del Estado no está siendo erosionado, sino re-articulado en relación tanto con las escalas subnacionales y supranacionales. La resultante configuración re-territorializada y re-escalada de la espacialidad estatal puede ser provisoriamente denominada como un Estado "glocal" (Swyngedouw, 1996). Las reconfiguraciones contemporáneas de los patrones de urbanización y de la espacialidad del Estado pueden ser útilmente concebidas como estrategias políticas contradictorias y replicadas, a través de las cuales las precondiciones institucionales para la circulación acelerada del capital global están siendo reforzadas en una variedad de escalas geográficas.

Para elaborar estos planteamientos, debo interpretar la formación de la ciudad global y el re-escalamiento del Estado como procesos entrelazados de re-territorialización, que han reconfigurado radicalmente la organización escalar del capitalismo desde la crisis económica global de inicios de los ‘70. La formación de la ciudad global está vinculada, por tanto, a la globalización del capital y al re-escalamiento en curso de la espacialidad del Estado. Como nodos de la acumulación del capital, las ciudades globales son sitios de re-territorialización para las formas post-fordistas de industrialización global. Como coordenadas de organización territorial del Estado, las ciudades globales son niveles de gobernanza local/regional situadas dentro de matrices más amplias y re-escaladas de poder del Estado. Interpretaré este re-escalamiento glocal del Estado como una estrategia de acumulación crucial a través de las cuales las ciudades están siendo promovidas por sus Estados anfitriones como nodos locacionales privilegiados para las inversiones de capital transnacional.

Comienzo revisando el argumento básico de la teoría de la ciudad mundial, y examinando críticamente su problemático tratamiento del Estado territorial. Luego, exploro la interconexión entre la formación de la ciudad global y la reestructuración territorial del Estado con más amplitud, analizando los cambiantes roles de las ciudades como nodos espaciales de la acumulación de capital y como coordenadas territoriales de regulación nacional del Estado. Siguiendo una discusión sintética de los re-escalamientos contemporáneos de la urbanización y del poder del Estado, examino más de cerca las conexiones entre varias ciudades-regiones globales y Estados territoriales re-escalados dentro de la Unión Europea (UE) contemporánea.

Subrayando varias vías en las que los procesos de formación de ciudades mundiales han sido entrelazadas con el re-escalamiento de la espacialidad del Estado, proveo un mapa general del amplio terreno investigativo abierto por la metodología aquí propuesta, tanto dentro como más allá del contexto europeo occidental. La sección final de este artículo sugiere que nuevas teorías y representaciones sobre la escala geográfica y de la espacialidad del Estado son requeridas, en orden a captar las cambiantes geografías políticas y económicas del capitalismo del siglo XXI.

2. La teoría de la ciudad mundial y las geografías urbanas del capitalismo global

La teoría de la ciudad mundial ha sido desarrollada extensamente en los estudios sobre el rol de las ciudades principales, tales como Nueva York, Londres y Tokio como centros financieros globales y sedes de corporaciones transnacionales. A pesar de que la utilidad de esta teoría en tales investigaciones ha sido convincentemente demostrada, creo que la agenda central de la teoría sobre la ciudad mundial puede ser concebida de manera más amplia, como un intento de analizar la rápidamente cambiante geografía del capitalismo global de fines del siglo XX. Desde este punto de vista, el proyecto de investigación sobre ciudades mundiales no es solamente clasificar ciudades dentro de una jerarquía de lugares centrales a escala mundial, sino -como ha propuesto Friedmann (1986: 69)- analizar la "organización espacial de la nueva división internacional del trabajo". El aspecto clave de esta nueva configuración emergente del capitalismo mundial es que las ciudades -o más precisamente, las regiones urbanizadas a gran escala-, más que las economías territoriales de los Estados, son sus unidades geográficas más fundamentales. Estas regiones urbanas, se dice, son ordenadas jerárquicamente a una

escala global, de acuerdo a sus modos de integración específicos en la economía mundial (Friedmann & Wolff, 1982; Feagin & Smith, 1989).

Braudel (1984: 27) ha sugerido que la "economía mundial siempre tiene un centro de gravedad urbano, una ciudad, como el corazón logístico de su actividad". El análisis de Braudel sobre la temprana Europa moderna rastrea el cambio epocal desde "las economías centradas en la ciudad", basadas en un mercado nacional integrado aglomerado alrededor de Londres durante el siglo XVIII. A partir de este periodo, las ciudades fueron integradas aun más estrechamente en los sistemas económicos nacionales, y subordinadas al poder político de los Estados. Aunque las ciudades continuaron operando como nodos centrales del comercio mundial y de la expansión imperialista a través de los siglos XIX y XX, la geografía de las redes interurbanas fue largamente subsumida dentro de la geografía de los territorios de los Estados (Taylor, 1995). El uso temprano del término "ciudad mundial" por escritores tales como Geddes (1915) y Hall (1966) refleja esta territorialización del proceso de urbanización a escala nacional: el carácter cosmopolita de las ciudades mundiales fue interpretado como una expresión del poder geopolítico de sus Estados anfitriones.

La hipótesis central de la ola más reciente de investigaciones sobre ciudades mundiales plantea que estamos observando, hoy en día, otra transformación epocal en la organización espacial del capitalismo, que ha permitido a las ciudades recuperar su primacía como los motores geo-económicos del sistema mundial. Como argumenta Friedmann (1995: 21-26), las ciudades contemporáneas operan como los "nodos organizadores" del capitalismo mundial, como "articulaciones" del flujo regional, nacional y global de mercancías, y como "puntos de apoyo" en el "espacio de la acumulación global de capital". Por lo tanto, como Friedmann (1995: 26) sostiene, la consolidación de una jerarquía urbana mundial desde inicios de los ‘70 debe ser entendida como un giro fundamental en la geografía del capitalismo mundial, "un fenómeno históricamente sin precedentes" en el cual las ciudades y la redes interurbanas parecen estar reemplazando las economías territoriales nacionalmente escaladas como la base geográfica para el desarrollo industrial capitalista. Las ciudades no deben ser más concebidas como componentes subnacionales de economías espaciales nacionales auto-contenidas y auto-céntricas, sino como "nodos neo-Marshallianos dentro de redes globales" (Amin & Thrift, 1991), como "motores regionales de la economía global" (Scott, 1996) y como aglomeraciones locacionales especializadas flexiblemente dentro de un "mosaico global de regiones" (Storper & Scott, 1995).

Los teóricos de la ciudad mundial han analizado este giro hacia una configuración del capitalismo centrada en la ciudad con referencia a dos transformaciones político-económicas entrelazadas de las últimas tres décadas: la emergencia de una nueva división internacional del trabajo dominada por corporaciones transnacionales y la crisis del sistema tecnológico institucional fordista-keynesiano que prevaleció durante el periodo de post-guerra.

Primero, la emergencia de una nueva división internacional del trabajo (NDIT) desde fines de los años ‘60 fue el resultado, en gran medida, de la enorme expansión del rol de las ETN en la producción e intercambio de mercancías a escala mundial (Froebel, Heinrichs y Kreye, 1980; Dicken, 1991). Mientras que la antigua división internacional del trabajo se basaba en la producción de materias primas en la periferia y en la producción industrial en el centro, la NDIT ha exigido la re-localización de las industrias manufactureras hacia Estados periféricos y semi-periféricos en busca de fuentes baratas de fuerza de trabajo. En adición a la des-industrialización de muchas ciudades industriales del centro, este mercado global de sitios de producción ha exigido también una creciente concentración espacial de servicios de negocios y otras funciones administrativas dentro de centros urbanos predominantes del centro y la semi-periferia. Estas ciudades de "niveles superiores" se han transformado en nodos principales de toma de decisiones, planificación financiera y control dentro de cadenas de mercancías globalmente dispersas, y por lo tanto, en puntos de apoyo centrales para las actividades mundiales de las ETN (Feagin & Smith, 1989). Esta concentración urbana intensificada de flujos globales de capital ha sido adicionalmente fortalecida por medio de las nuevas tecnologías informacionales, estrechamente ligadas a las economías de aglomeración de las ciudades, las que aceleran la comunicación y coordinación a escala global (Castells, 1995). Si la reciente ronda de integración geo-económica ha fortalecido la habilidad del capital para coordinar flujos de valor a través del espacio global, también se ha sustentado sobre lugares urbanos específicos dentro de los que las infraestructuras tecnológicas, institucionales y sociales están aseguradas (Sassen, 1991). Por lo tanto, aun cuando los costos de superar la fricción de la distancia en las transferencias globales de capital, mercancías e información han sido llevados casi a cero, las ciudades han permanecido como nodos locacionales fundamentales a través de los cuales los sistemas globales de producción e intercambio de mercancías están organizados.

Segundo, los procesos contemporáneos de formación de ciudades mundiales también han estado cercanamente relacionados a la creciente obsolescencia de los fundamentos tecnológicos, institucionales y sociales del régimen de acumulación fordista, basado en la producción en masa, el consumo masivo, arreglos keynesianos de gestión de demanda configurados nacionalmente, estructuras nacionales de negociación colectiva y políticas de bienestar redistributivas (Aglietta, 1979; Lipietz, 1987). La crisis del sistema tecnológico-institucional y social keynesiano-fordista en las antiguas ciudades industriales de Norteamérica y de Europa Occidental durante los ‘70 se dio en paralelo con un dinámico crecimiento en varios de los así llamados "nuevos espacios industriales", tales como Silicon Valley, Los Angeles/Orange County, Baden-Württemburg y la Tercera Italia, basados en formas de organización industrial descentralizadas y verticalmente desintegradas, incrustadas dentro de densas redes de transacción de arreglos de subcontratación y otras formas de coordinación inter-firmas-no-de-mercado (Scott, 1988). De

acuerdo a Scott y Storper (1989), los principales sectores asociados a estos sistemas de producción flexible emergentes pueden ser clasificados en tres categorías generales: 1) producción artesanal revitalizada; 2) industrias de alta tecnología y 3) servicios avanzados al productor y financieros. La localización y estructura espacial de estas industrias varían ampliamente, pero la mayoría se aglomera dentro de las principales regiones manufactureras urbanas y -en el caso de los servicios avanzados al productor y financieros- dentro de ciudades globales tales como Londres, Nueva York, Tokio, París, Frankfurt y Los Angeles, en las cuales un gran número de ETN tienen su sede.

Los más recientes contribuyentes al debate sobre la geografía industrial post-fordista han aconsejado una cierta perspectiva analítica más cauta, que reconoce el dinamismo de los sistemas de producción flexible mientras que los sitúan dentro de un contexto global caracterizado por un continuo desorden geo-económico y geo-político, un desarrollo geográfico desigual perverso y un dominio ideológico neoliberal (ver, por ejemplo, Peck y Tickell, 1994). Sin embargo, el surgimiento de las ciudades globales en décadas recientes como sitios geográficos clave para la coordinación de cadenas globales de mercancías es ampliamente consistente con la hipótesis regulacionista de que los sistemas de producción flexible se encuentran en las nuevas áreas de punta del desarrollo industrial capitalista contemporáneo. Las industrias propulsoras del crecimiento de las ciudades globales son, por sobre todo, los sectores de servicios financieros y al productor, los que apoyan los requerimientos de control y comando del capital transnacional -por ejemplo bancos, contabilidad, publicidad, consultorías financieras y de gestión, legislación de negocios, seguros, entre otros (Sassen, 1991; Thrift, 1987). Es en este sentido que los intentos del capital para fortalecer su comando y control sobre el espacio a una escala global dependen de complejos productivos específicos de un lugar, sistemas tecnológico-institucionales, economías de aglomeración y otras externalidades que están necesariamente localizadas dentro de las ciudades globales.

Finalmente, es crucial destacar las formas en que los procesos de formación de ciudades mundiales se han entrelazado con las principales transformaciones en la naturaleza de la forma urbana. A través de su rol para articular la economía local, regional, nacional y global, muchas ciudades globales se han convertido en enormes regiones urbanas policéntricas, las que son mejor descritas en términos de la noción de Gottmann (1961) de megalópolis, más que a través del lente tradicional de los modelos de lugar central de patrones de usos de tierra concéntricos que rodean aglomeraciones metropolitanas centralizadas. El concepto de campo urbano, ya desarrollado por Lefebvre (1996) y Friedmann (1973; Friedmann & Miller, 1965) hace tres décadas, fue un intento temprano para entender este patrón multi-centro de urbanización supra-urbana. Mientras que Sudjic (1993) ha descrito recientemente estos enormes mosaicos desordenados de urbanización como las "ciudades de las 100 millas", Soja (1992) ha acuñado el sugestivo término de "exópolis" para capturar los patrones geométricos transformados de la expansión urbana que ha cristalizado en regiones tales como Orange County/Los Angeles y, quizás inesperadamente, en antiguas ciudades-regiones europeas tales como Amsterdam/Ranstad. La exópolis, de acuerdo a Soja (1992: 95, negrillas añadidas), no es simplemente una ciudad sin un centro, sino una ciudad "vuelta **hacia adentro** y **hacia fuera** al mismo tiempo". Ya sea que se etiquete como campo urbano, megalópolis o exópolis, alguna versión de esta recomposición y reconstitución multi-escalar de la forma urbana parece haber ocurrido en ciudades-regiones mundiales tan diversas como Los Angeles, Amsterdam, Frankfurt, Zurich, Tokio-Yokohama-Nagoya, Hong Kong-Guandon y muchas otras (Castells, 1997). A medida que la escala físico-territorial de la urbanización tiende a abarcar progresivamente grandes arenas geográficas, las ciudades, ciudades-región y redes interurbanas articulan nuevos patrones escalares que indefinen los modelos heredados de centralidad urbana, mientras que simultáneamente reconstituyen los patrones de polarización centro-periferia y de desarrollo espacial desigual, a través de los cuales el capital afirma su poder hegemónico sobre el espacio social.

Tomados en conjunto, estos diversos argumentos han provisto a los investigadores sobre ciudades mundiales de una base metodológica para analizar el rol de las principales regiones urbanas en la actualmente revelada transformación geográfica del capitalismo mundial. En suma, las ciudades mundiales son simultáneamente: 1) puntos de apoyo para las operaciones globales de las ETN; 2) sitios de producción y mercados para servicios financieros y al productor; 3) nodos articuladores dentro de una más amplia jerarquía de ciudades estratificadas de acuerdo a sus modos diferenciales de integración en la economía mundial y 4) centros locacionales dominantes dentro de economías regionales de gran escala o campos urbanos. Pero como indica Friedmann (1995), esta geografía emergente de nodos urbanos, regiones urbanas y redes inter-urbanas es sólo una dimensión dentro de la cambiante organización geográfica del capitalismo. La consolidación de una jerarquía urbana mundial dominada por un archipiélago de ciudades globales de nivel superior también ha producido nuevas geografías de exclusión, extendiéndose desde las "tierras económicas muertas" de los antiguos centros industriales hacia las zonas marginalizadas de la periferia global que contienen casi siete octavos de la población mundial (Agnew & Cordbridge, 1995). A medida que las ciudades-región reemplazan a las economías territoriales de los Estados nacionales como bloques geográficos básicos del capitalismo global, nuevos patrones de desarrollo espacial desigual están proliferando a escalas globales, nacionales, regionales y locales (Smith, 1997).

3. Ciudades mundiales y Estados territoriales: crítica y reformulación

¿Cómo se articula esta emergente jerarquía urbana global con la geografía de los territorios del Estado, sobre la cual se superpone? Claramente, los Estados no se desintegran simplemente de cara a la globalización, y las ciudades mundiales permanecen insertas de forma significativa dentro de sus

territorios estatales anfitriones. Aún si las ciudades y regiones urbanas están reemplazando aparentemente a las economías nacionales como las unidades geográficas óptimas para la acumulación de capital, la geografía del capitalismo post-fordista no puede ser reducida a la jerarquía global de nodos urbanos, las economías regionales, las redes inter-urbanas o a las zonas periféricas marginalizadas o excluidas. Braudel (1984: 39) ha descrito vívidamente a la economía mundial como un "rompecabezas". Compuesta de formas de organización territorial multivariadas -tales como las ciudades, los Estados, los cuasi-Estados, imperios, cuasi-imperios, mercados, centros y periferias, cada uno de los cuales es configurado sobre escalas espaciales diferenciadas-, y tal como las economías ciudad-céntricas de la temprana Europa moderna estaban incorporadas dentro de configuraciones espaciales supra-urbanas más amplias, la geografía del capitalismo contemporáneo puede ser vista como un "rompecabezas" polimórfico y multi-capas, en el cual múltiples formas de organización territorial -incluyendo ciudades, redes interurbanas y Estados territoriales- están siendo super-impuestas y entrelazadas.

En la medida que la teoría de la ciudad mundial está directamente preocupada de las "relaciones contradictorias entre la producción en una era de gestión global y la determinación política de intereses territoriales" (Friedmann, 1986: 69), un análisis de las cambiantes relaciones entre las ciudades mundiales y los Estados territoriales es uno de sus objetivos teóricos y empíricos más centrales. Sin embargo, este reto metodológico de analizar los cambiantes vínculos históricos entre escalas espaciales diferenciales no ha sido aún sistemáticamente enfrentado.

Buena parte de la investigación sobre ciudades mundiales ha estado compuesta por estudios que se centran en gran medida sobre una única escala, generalmente la urbana o la global. Mientras que la investigación sobre la geografía socioeconómica de las ciudades mundiales se ha centrado predominantemente en la escala urbana, los estudios sobre los cambios en las jerarquías urbanas se han centrado principalmente en la escala global.

Las escalas del poder del Estado han sido rechazadas casi enteramente por los investigadores sobre ciudades mundiales, y los esfuerzos para integrar diferentes escalas espaciales dentro de una sola estructura analítica son aún relativamente escasos dentro de los parámetros de la teoría sobre la ciudad mundial. Más aún, en los casos en que el Estado nacional ha sido tematizado en alguna medida en la investigación sobre ciudades globales, usualmente ha sido entendido puramente en términos de sus instituciones locales/municipales, o aun como una estructura relativamente estática, no cambiante. De hecho, como muchos otros frecuentes enfoques sobre el estudio de la globalización, el grueso de la investigación sobre ciudades mundiales durante los últimos 15 años ha estado basado en el supuesto de que una globalización intensificada implica una erosión o contracción de la territorialidad del Estado. En última instancia, yo argumentaría que es esta concepción de la globalización como un proceso de declive del Estado la que ha permitido a los investigadores sobre ciudades mundiales centrarse sobre la escala global, la escala urbana y sus interconexiones cambiantes, y rechazar el rol de las instituciones y procesos nacionalmente configurados en la actual ronda de reestructuración capitalista. El privilegio del dualismo global/local entre los investigadores de las ciudades mundiales también ha estado basado sobre lo que podría denominarse una concepción "suma-cero" de las escalas espaciales, en las cuales las escalas global, nacional y urbana son vistas como mutuamente excluyentes -lo que una gana, la otra lo pierde- más que como capas intrínsecamente relacionadas y co-evolutivas de organización territorial.

En contraste, argumento que la actual ronda de reestructuración geo-económica está reconfigurando la organización territorial de los Estados nacionales más que erosionándola, para crear un capitalismo ciudad-céntrico desprovisto de una territorialidad estatal. Los Estados nacionales están siendo re-escalados y re-territorializados en conjunción con los procesos de formación de ciudades globales, y las resultantes configuraciones "glocalizadas" del espacio del Estado nacional son arenas clave y catalizadoras de integración geoeconómica. Este argumento puede ser desarrollado a través de un examen crítico de dos enfoques paradigmáticos sobre las relaciones entre ciudades globales y Estado territorial: los trabajos de Friedmann y Wolff (1982) y Sassen (1991).

Escrito a los inicios de los ‘80, el clásico artículo de Friedmann y Wolf (1982) sobre la formación de la ciudad mundial contiene una discusión profunda y políticamente apasionada de varias líneas emergentes del conflicto sociopolítico dentro de las ciudades mundiales contemporáneas. En este contexto, Friedmann y Wolf apoyan una versión relativamente fuerte del argumento del declive del Estado. Para Friedmann y Wolf (1982), las relaciones entre las ciudades globales y el Estado territorial se expresan como una batalla geo-económica entre ETN móviles globalmente y territorios del Estado inmóviles. Las ciudades mundiales y los Estados territoriales son así descritos como entidades político-económicas diametralmente opuestas. Dado el hecho de que el Estado territorial opera como un impedimento estructural para el dominio del capital global, se dice que se debilita sobre todo en sus niveles locales. De acuerdo a Friedmann y Wolf (1982: 312, destacado removido) hay una "contradicción inherente entre los intereses del capital transnacional y aquellos de los Estados nacionales particulares que tienen sus propias trayectorias históricas". Esta situación produce constelaciones complejas de luchas sociopolíticas, tanto dentro como más allá de las regiones y ciudades globales -por ejemplo, entre los habitantes de las ciudades y las ETN; entre los tomadores de deciciones en políticas nacionales y las fracciones nacionales y globales de la burguesía y entre el capital y el trabajo (Friedmann & Wolf, 1982). Estos conflictos son severamente exacerbados por una organización administrativa fragmentada de las ciudades globales, las cuales generalmente adolecen de una autoridad metropolitana. Sobre esta base, Friedmann y Wolf (1982) argumentan que la formación de la ciudad mundial gatilla una crisis fiscal del Estado local. Mientras que el capital global requiere la construcción y el mantenimiento de facilidades de infraestructuras, tales como

caminos, puertos, aeropuertos y canales, así como la generación de políticas y vigilancia de las clases subalternas, la afluencia de fuerza de trabajo hacia la ciudad, particularmente de trabajadores migrantes pobres, genera "necesidades enormes de reproducción social", incluyendo habitación, salud, educación, transporte y varios servicios de bienestar social (Friedmann, 1986: 77). Lo que resulta es una situación en la cual los costos sociales de la formación de la ciudad global excede largamente las capacidades regulatorias del Estado local, el cual se convierte subsecuentemente en el "principal perdedor" dentro de un torbellino de restricciones globalmente inducidas (Friedmann & Wolf, 1982: 327). Trabajando sobre la noción de Castells de "espacio de flujos", Friedmann (1995: 25) resume este estado de situaciones como sigue: "Mientras más la economía se vuelve interdependiente de la escala global, menos pueden los gobiernos regionales y locales, como ellos existen hoy en día, actuar sobre los mecanismos básicos que condicionan la vida diaria de sus ciudadanos. Las estructuras tradicionales de control político y social sobre el desarrollo, el empleo y la distribución han sido derribadas por la lógica a-espacial de una economía internacionalizada gobernada por medio de los flujos de información entre actores poderosos más allá de la esfera de la regulación del Estado".

Mientras que es evidente que las crisis económicas mundiales de las décadas recientes han minado ciertas capacidades tradicionales de los Estado nacionales para regular los procesos de acumulación, particularmente sus formas fordistas-keynesianas, la narrativa del declive del Estado y la des-territorialización exagera la reconfiguración en curso del espacio del Estado nacional, dejando de lado el poder del Estado como tal. Las actuales transformaciones pueden, por cierto, anunciar la erosión parcial del control regulatorio del Estado central sobre los flujos globales de capital, mercancías y fuerza de trabajo, pero el Estado nacional permanece como una matriz institucional de poder político central y una infraestructura geográfica crucial para la acumulación de capital (Panitch, 1994). Al conceptualizar la reestructuración del Estado como un proceso unilineal de desaparición de Estado, Friedmann y Wolff limitan las formas en las cuales -aun en los inicios de los '80, cuando su artículo fue escrito- los Estados nacionales están siendo cualitativamente transformados con relación a los patrones globales de urbanización y acumulación del capital. Más aún, en la medida que los Estados neoliberales a través del sistema mundial están hoy en día reestructurándose activamente para **promover** la acumulación de capital dentro de sus principales ciudades y regiones, la hipótesis de una "contradicción inherente" entre las ETN y el Estado nacional no puede ser sustentada empíricamente. Esta "neoliberalización" de las instituciones del Estado nacional ha señalado no un debilitamiento lineal de las capacidades del Estado o una erosión de la escala nacional, sino la cristalización de nuevas formas de regulación estatal que sistemáticamente privilegian los intereses y prioridades del capital global (Brenner & Theodore, 2002).

Mientras que el tratamiento de Friedmann y Wolff sobre la formación de la ciudad global tiene como premisa la noción de la desaparición del Estado, el análisis de Sassen sobre la globalización económica en Nueva York, Londres y Tokio en su famoso libro "La Ciudad Global" (1991) es sorprendentemente Estado-céntrico. Sassen (1991: 14) asimismo identifica a las cambiantes relaciones entre ciudad y Estado como una de sus preguntas centrales: "¿Qué es lo que pasa con la relación entre el Estado y la ciudad -se pregunta- bajo condiciones de fuerte articulación entre la ciudad y la economía mundial?" Para Sassen (1991: 8-9, negrillas añadidas), las relaciones contemporáneas entre la ciudad global y el Estado territorial se capturan a través de la noción de "discontinuidad sistémica": "Postulo la posibilidad de una **discontinuidad sistémica** entre lo que solía ser pensado como crecimiento nacional y las formas de crecimiento evidente en las ciudades globales en los '80. Estas ciudades constituyen un sistema, más que meramente competir entre ellas. Lo que contribuye al crecimiento en las redes de ciudades globales puede no contribuir al crecimiento en las naciones".

La discusión de Sassen se centra, sobre todo, en dos tipos de vínculos entre ciudades: aquellos entre las propias ciudades globales, y aquellos entre las ciudades globales y otras ciudades localizadas dentro de los territorios de sus Estados anfitriones. Sobre esta base, Sassen argumenta que la formación de ciudades globales en Nueva York, Londres y Tokio ha estado intrínsecamente vinculada a los procesos de declive industrial en otras partes dentro de los sistemas urbanos de Estados Unidos, el Reino Unido y Japón: "Con anterioridad a la actual fase, hubo una elevada correspondencia entre los principales sectores dinámicos [en las ciudades globales] y el crecimiento nacional en su conjunto. Hoy en día vemos una creciente asimetría: las condiciones que promueven el crecimiento en las ciudades globales contienen como componentes significativos el declive de otras áreas de Estados Unidos, el Reino Unido y Japón, y la acumulación de deuda gubernamental y deuda corporativa" (Sassen, 1991: 13).

Sassen defiende su tesis sobre la "discontinuidad sistémica" analizando el rol cambiante de cada ciudad global dentro de su sistema urbano **nacional** (Sassen, 1991: 129-167). Indica que las ciudades-regiones globales contienen abrumadoras concentraciones locacionales de industrias de servicios al productor y servicios financieros con relación al promedio nacional en sus respectivos países anfitriones (Sassen, 1991), y rastrea varios giros en el empleo y locacionales dentro de las jerarquías urbanas de Estados Unidos, el Reino Unido y Japón, que han surgido junto con la globalización económica en Nueva York, Londres y Tokio (Sassen, 1991). Sin embargo, en la medida que una nueva división internacional del trabajo ha exigido la formación de nuevas jerarquías urbanas a escala global, es cuestionable si los sistemas nacionales de ciudades aún permanecen como el foco analítico más apropiado. De hecho, como Taylor (1994) indica, cada una de las ciudades globales de Sassen puede ser vista no sólo como el eje superior de una jerarquía urbana rápidamente cambiante y escalada nacionalmente, sino como el principal punto de articulación urbana de cada uno de los tres bloques supra-regionales de la economía mundial contemporánea-Norteamérica, la UE y el Este Asiático.

Si la jerarquía urbana mundial está subdividida en estas u otras configuraciones supra-regionales en sus niveles medios y bajos es una cuestión que puede ser seguida sólo a través del rechazo de la noción -que ha servido largamente como artículo de fe dentro de la corriente dominante de la investigación sobre sistemas urbanos- de que las economías nacionales son la escala fundamental sobre la cual los sistemas de ciudades están organizados.

La noción de Sassen sobre discontinuidad sistémica presupone dos procesos cuyas articulaciones se han convertido en asimétricas durante el curso del tiempo histórico. Sin embargo, sólo uno de estos procesos -la formación de ciudades globales- es entendido históricamente; el otro -el Estado nacional- es tratado como una estructura de sustento relativamente estática, no cambiante; el contenedor de un sistema nacional de ciudades cuya coherencia escalada nacionalmente no es alterada fundamentalmente por el proceso de globalización. En otras palabras, Sassen presupone que el referente espacial con el cual la formación de la ciudad global es discontinua sigue siendo la economía nacional, entendida como un sistema de ciudades territorialmente auto-contenido, organizado jerárquicamente dentro de la escala nacional[3] . En este sentido, la metodología de Sassen replica un modelo de capitalismo global Estado-céntrico como una agregación de economías espaciales nacionales. En este universo delimitado por Estados, las ciudades globales sólo pueden ser entendidas como formas espaciales excepcionales aunque significativas, como "espacios económicos transnacionales" que están sin embargo incorporados dentro de economías nacionales y sistemas de ciudades nacionales (Sassen, 1993: xiii-xiv).

El trabajo más reciente de Sassen (1996) ha revisado significativamente esta concepción sobre las relaciones ciudad-Estado, enfatizando varias transformaciones de la territorialidad del Estado que han ocurrido en una cercana conjunción dentro de la actual ronda de globalización. En este contexto, Sassen argumenta que "el Estado en sí mismo ha sido transformado por su participación en la implementación de la globalización y por las presiones de la globalización" (1996: 23). Sassen (1996: 28) despliega el concepto de "des-nacionalización" para describir esta transformación en curso del poder del Estado. La desregulación financiera y la construcción de nuevos sistemas legales transnacionales son interpretadas como estrategias centrales a través de las cuales muchos de los Estados capitalistas más poderosos están reconfigurando la estructura regulatoria-institucional de prácticas corporativas, y al hacerlo, transforman sus propias relaciones con los flujos globales de capital en formas que han descentrado significativamente la escala nacional de la regulación del Estado.

Considero esta teorización alternativa sobre la globalización como un proceso de des-nacionalización como un punto de partida metodológico útil para superar tanto los argumentos sobre la desaparición del Estado como las concepciones suma-cero sobre la escala geográfica en la investigación sobre ciudades mundiales. Las ciudades globales no deben ser consideradas únicamente como nodos urbanos globalizados dentro de sistemas nacionales de ciudades y de poder del Estado no cambiantes, sino que deben ser vistas como sitios tanto de reestructuración socioeconómica como institucional, en que -y a través de las cuales- una transformación más amplia y multi-escalar en la geografía del capitalismo global se está desplegando.

La noción de des-nacionalización provee una base inicial para "mapear" esta transformación, en la medida que enfatiza simultáneamente el rol clave de los Estados nacionales en el proceso de globalización, y las formas en las cuales este rol ha sido entrelazado con un re-escalamiento polifacético de la organización espacial del Estado. Desde este punto de vista, la globalización de la urbanización y la reconfiguración de los Estados nacionales representan momentos intrínsecamente relacionados dentro de un único proceso de reestructuración global capitalista. En la siguiente sección elaboro esta tesis examinando más de cerca la interfaz entre los procesos de formación de la ciudad mundial y el re-escalamiento actualmente en curso del poder del Estado, haciendo referencia específica al caso de la UE.

4. Ciudades globales, Estados globales

Las ciudades son al mismo tiempo puntos de apoyo para la acumulación de capital (**nodos** en los flujos globales) y niveles administrativos-organizacionales de los Estados territoriales (**coordenadas** de poder territorial del Estado). Como nodos en los flujos globales, las ciudades operan como focos de producción industrial, como centros de comando y control sobre los circuitos globales inter-urbanos e inter-Estados del capital y como sitios de intercambio dentro de mercados locales, regionales, nacionales y globales. Esta es la dimensión de las ciudades que ha sido analizada extensivamente por la vasta literatura sobre la economía política y la geografía histórica de la urbanización capitalista. Segundo, como coordenadas de poder territorial del Estado, las ciudades son niveles regulatorio-institucionales dentro de la jerarquía inter-gubernamental de cada Estado. El término "coordenada" intenta connotar la incorporación de las ciudades dentro de la matriz organizacional del Estado. Estas coordenadas pueden ser vinculadas entre ellas a través de varios medios; desde regulaciones legales y constitucionales, interdependencias financieras, división del trabajo administrativas y jerarquías de comando de acuerdos regulatorios informales. Esta dimensión de las ciudades ha sido analizada con mayor prominencia en los estudios sobre el Estado local.

Durante el periodo fordista-keynesiano (aproximadamente entre 1950 y 1970), estas dos dimensiones de la urbanización coexistieron espacialmente dentro de los límites del Estado territorial nacional. Como nodos de acumulación, las ciudades fueron enmarcadas dentro de la misma malla territorial que sostenía la economía nacional. Las ciudades del antiguo mundo industrializado sirvieron como los motores de la producción en masa fordista, y como la infraestructura urbana de un sistema económico global compartimentalizado dentro de matrices territoriales nacionalizadas. Aunque los vínculos inter-urbanos transnacionales permanecieron como cruciales para las economías espaciales del fordismo del Atlántico

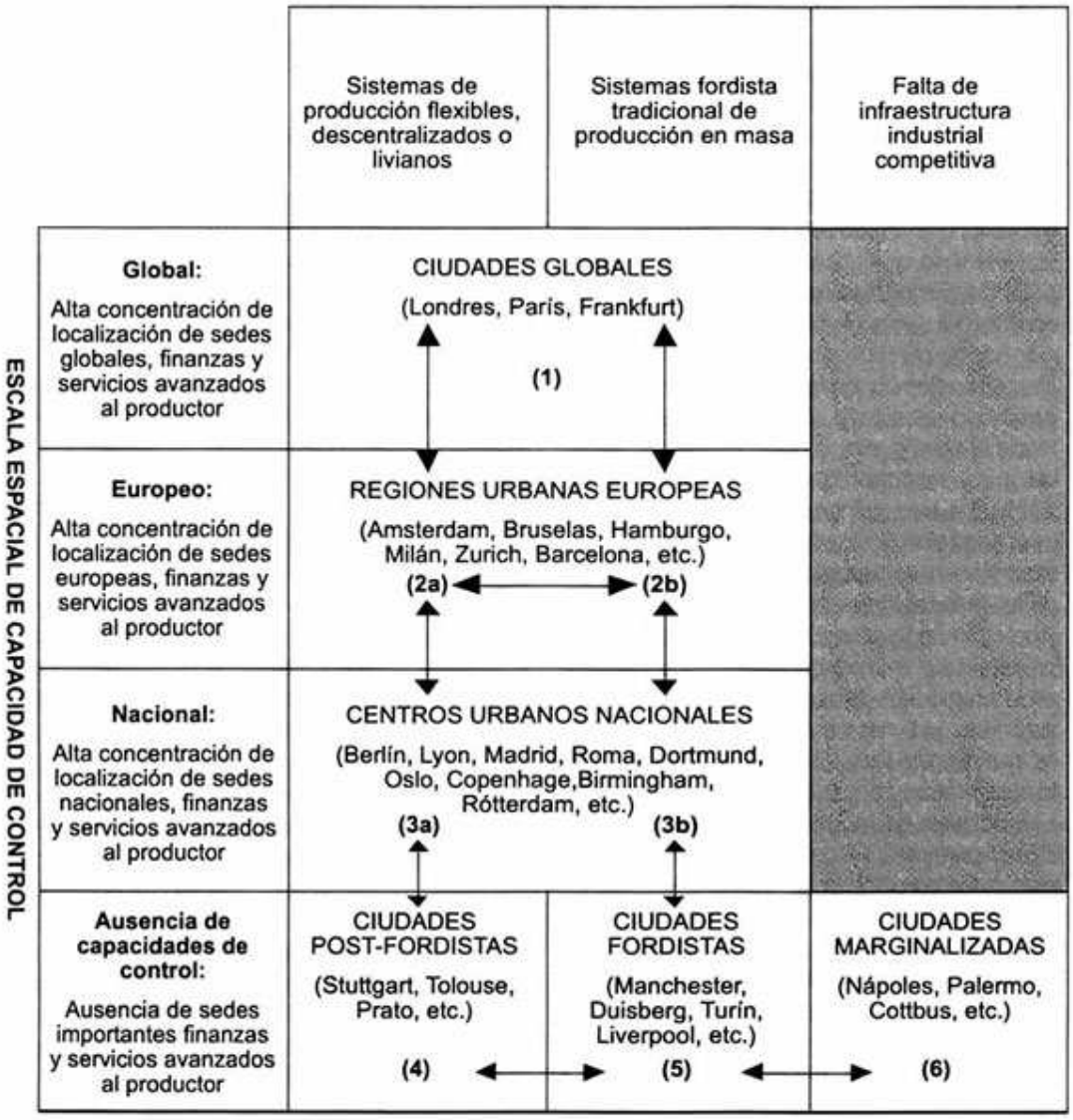
del Norte, las ciudades y regiones fueron vistas como operando sobre todo como los fundamentos del crecimiento económico nacional, esencialmente como sub-unidades dentro de un espacio económico nacional espacialmente integrado. Fue ampliamente asumido que la industrialización de los centros urbanos generaría una dinámica propulsora de crecimiento que a su turno conduciría a la industrialización de las periferias internas del Estado, y por tanto contrapesaría el problema del desarrollo geográfico desigual. Asimismo, como coordenadas de poder territorial del Estado, las instituciones regulatorias fordistas-keynesianas regionales y locales funcionaron sobre todo como correas de transmisión de la política socioeconómica del Estado central (Mayer, 1991). Sus objetivos fueron ante todo promover el crecimiento y redistribuir sus efectos a una escala nacional. Para este fin, políticas regionales redistributivas fueron ampliamente introducidas para promover la industrialización dentro de cada periferia interna de los Estados (Albrechts & Swyngedouw, 1989). Fue esta situación la que condujo a teóricos del desarrollo regional de post-guerra como Myrdal (1959) a concebir al Estado nacional como el contenedor básico de polarización espacial entre los centros de crecimiento urbanos principales y las zonas de periferia interna, lo cual condujo a geógrafos urbanos como Berry (1961) a visualizar al Estado territorial como la escala primaria sobre la cual fueron organizadas las jerarquías de tamaño dentro de los sistemas de ciudades; esto condujo a teóricos del Estado como Offe (1975) a describir a la política municipal como meramente una "zona de exclusión" construida por el Estado central para aislarse a sí mismo del conflicto social y las crisis de legitimación.

Sin embargo, desde los ‘70, estas geografías nacionalizadas de la urbanización y la regulación de Estado han sido profundamente reconfiguradas como resultado directo de la crisis global del modelo de desarrollo fordista-keynesiano. La crisis del fordismo global se expresó en una forma geográfica específica, sobre todo a través de la contradicción entre la escala nacional de regulación estatal y el empuje globalizante de la acumulación de capital (Peck & Tickell, 1994). Consecuentemente, desde la crisis económica global de inicios de los ‘70, las escalas en las cuales el orden político y económico fordista-keynesiano fue organizado -regulación nacional de la relación salarial, regulación internacional del comercio y tipos de cambio- han sido reconfiguradas significativamente. Mientras que la desregulación de los mercados financieros y el sistema de crédito global a partir del colapso del sistema de Breton Woods en 1973 ha socavado la viabilidad de una gestión de la demanda y de políticas monetarias nacionalmente organizadas, la creciente globalización de la producción, de la competencia y de los flujos financieros ha disminuido la habilidad de los Estados nacionales para aislarse de la economía mundial como espacios económicos nacionales cuasi-autárquicos (Agnew & Cordbridge, 1995). La intensificación de la competencia inter-espacial global entre ciudades y regiones también ha comprometido seriamente a las políticas industriales nacionales tradicionales, y ha conducido a los Estados regionales y locales a asumir crecientemente roles directos en la promoción de la acumulación de capital a escalas sub-nacionales. Consecuentemente, como indica Swyngedouw (1992a: 40): "Durante la década pasada el dominio relativo del Estado nacional como escala ha cambiado, dando paso a nuevas configuraciones en las cuales tanto lo local/regional como lo transnacional/global ha surgido como prominente. Las corporaciones globales, los movimientos financieros globales y la política global juegan roles decisivos en la reestructuración de la vida diaria, mientras que simultáneamente se presta más atención a las respuestas locales y regionales y a los procesos de reestructuración. En otras palabras, por una parte hay un doble movimiento de globalización y por otra un proceso de devolución, descentralización o localización (...) El juego local/global de los procesos de reestructuración contemporáneo debe ser pensado como un único proceso combinado, aunque contradictorio, con dos movimientos inherentemente relacionados, los cuales envuelven una recomposición *de facto* de la articulación de las escalas geográficas de la vida económica y social".

La consecuencia geográfica central de estos giros políticos y económicos interrelacionados ha sido una des-nacionalización del bloque territorial más elemental del orden geo-económico y geo-político de post-guerra: la economía nacional auto-centrada. Argumentaría, sin embargo, que tanto las ciudades y los Estados nacionales continúan operando como formas de territorialización fundamentales para el capital, aún cuando este rol ya no esté atado sobre todo a los patrones nacionalmente configurados de urbanización y a las estrategias nacionalmente centradas de gobernanza económica que han definido por largo tiempo las geografías político-económicas del capitalismo. Desde la crisis del fordismo atlántico en los inicios de los ‘70, nuevos patrones sub-nacionales y supra-nacionales de urbanización y regulación estatal han sido configurados a través del antiguo mundo industrializado. Nuestro objetivo en el contexto presente es examinar de cerca la compleja interfaz geográfica-institucional entre el re-escalamiento de la urbanización y la reconstitución de la espacialidad estatal durante las últimas tres décadas.

En primer lugar, como han indicado ampliamente los investigadores sobre ciudades mundiales, el re-escalamiento contemporáneo de la urbanización debe ser visto como una reorganización multidimensional de sistemas urbanos nacionales fuertemente establecidos, estrechamente relacionada con la consolidación de nuevas jerarquías urbanas a escala mundial. Para ilustrar este re-escalamiento en curso del proceso de urbanización, la Figura 1 representa las formas en las que la jerarquía urbana europea ha sido reconfigurada desde la crisis del régimen fordista-keynesiano durante los ‘70.

Figura 1. La cambiante jerarquía urbana Europea (basada en Kräkte, 1995: 141).



Esta representación esquemática del sistema de ciudades de la Europa contemporánea (derivada de Krätke, 1995: 140-141) se centra sobre la primera dimensión de la urbanización, el rol de las ciudades como nodos de acumulación de capital. El modelo de Krätke describe las transformaciones de la jerarquía urbana europea con referencia a dos criterios estructurales: la estructura industrial de la base productiva de la ciudad (fordista v/s post-fordista) y la escala espacial de sus funciones de comando y control (global, europeo, nacional, regional, no-existente). Las flechas en la figura indican varios cambios posibles en las posiciones entre las ciudades dentro de la jerarquía urbana europea, y varias ciudades han sido listadas para ejemplificar cada uno de esos niveles. Como indica esta figura, la formación de ciudades globales ha exigido la emergencia de una nueva jerarquía urbana global, definida a través de la escala creciente de las funciones de comando y control urbano de las relaciones de intercambio inter-urbano y de la competencia inter-urbana. Como nodos de acumulación, por tanto, las ciudades no están ya encerradas dentro de economías nacionales relativamente auto-céntricas, sino que han sido incorporadas aun más directamente dentro de jerarquías urbanas transnacionales y redes inter-urbanas. Aunque las ciudades actualmente posicionadas en el vértice de las jerarquías urbanas globales, europeas, norteamericanas y del Este Asiático presentan la evidencia más dramática de esta transformación, sus nuevas posiciones adquiridas dentro del sistema urbano global son indicativas de un proceso de re-escalamiento de la urbanización más general a través de la economía mundial.

Más crucialmente, la actual ola de reestructuración espacial global ha tenido también importantes implicancias para el rol de las ciudades como coordenadas del poder territorial del Estado. A pesar de su rechazo de procesos nacionalmente escalados, la metodología de la investigación sobre ciudades mundiales provee de un punto de partida útil para investigar estos re-escalamientos de la espacialidad del Estado. Tanto como las infraestructuras territoriales de las ciudades globales basadas en lugares, argumentaría que las recientemente emergentes instituciones glocales del Estado pueden ser vistas como **formas cruciales de reterritorialización** para el capital en el actual periodo. Mientras que los altamente centralizados Estados burocratizados de la era fordista-keynesiana convergieron alrededor de la escala nacional como sus lugares organizacionales-regulatorios predominantes, desde la crisis económica mundial de inicios de los '70 los Estados han sido reestructurados substancialmente para proveer al capital de muchas de sus precondiciones territoriales más esenciales y de bienes colectivos, tanto en escalas espaciales sub-nacionales como supra-nacionales.

El concepto de exópolis de Soja (1992), como se discutió antes, provee una imagen soprendentemente apropiada para describir la forma espacial transformada de los actualmente emergentes Estados glocalizados. Como las exópolis, la expresión espacial de las formas post-fordistas de industrialización capitalista, las instituciones del Estado glocal son polimórficas, multi-niveles y descentradas, y están siendo simultáneamente orientadas hacia adentro y hacia afuera -hacia afuera en la medida en que intentan promover la competitividad estructural global de sus principales ciudades y regiones, y hacia adentro en la medida en que las agencias supra-nacionales y los acuerdos internacionales juegan un rol cada vez más directo en la regulación y reestructuración de sus espacios territoriales internos. Esta reconstitución en curso del espacio del Estado está rearticulando las geografías políticas heredadas en formas que están eliminando significativamente el privilegio de las estrategias regulatorias nacionalmente organizadas, mientras que a la vez está cediendo nuevos roles tanto a formas institucionales supra-nacionales como sub-nacionales. Así entendidas, las instituciones del Estado retienen un rol crítico como formas de territorialización del capital, pero este rol ya no se basa en correspondencias territoriales isomórficas entre las instituciones del Estado, los sistemas urbanos y circuitos de acumulación de capital centrados alrededor de los límites del Estado nacional.

Esta glocalización del poder del Estado no solo ha modificado las rígidas geografías políticas y jerarquías administrativas, sino que también ha sido asociada con una profunda transformación de las relaciones entre Estados, capital y territorio. La organización territorial ha operado por largo tiempo como una fuerza productiva bajo el capitalismo a través de bienes naturales, ofertas de capital fijo y fuerza de trabajo, infraestructuras tecnológico-institucionales y otras externalidades específicas de lugar y bienes colectivos. El Estado ha jugado un rol crucial en la producción, regulación y reproducción de estos ensamblajes socio-territoriales y productivos a través de la larga historia del capitalismo (Lefebvre, 1978). Durante el periodo fordista-keynesiano, la mayoría de los antiguos Estados industriales desplegaron formas indirectas de intervención territorial orientadas hacia la reproducción de fuerza de trabajo (por ejemplo, políticas redistributivas de bienestar social), relocalización industrial (por ejemplo, diversos subsidios y concesiones impositivas a las firmas) y la promoción de consumo colectivo (por ejemplo, inversiones a gran escala en vivienda, educación, transporte y desarrollo urbano). Aunque el colapso del régimen regulatorio fordista-keynesiano ha minado la unidad monolítica del Estado como contenedor territorial auto-centrado de actividades socioeconómicas, este desarrollo también ha **intensificado** la importancia de la territorialidad como una fuente de ventajas locacionales, y por implicancia, como una estrategia de gobernanza socioeconómica circunscrita por la escala. Veltz (1997: 79; negrillas añadidas) resume este giro como sigue: "Mientras que en la producción en masa taylorista-fordista el territorio aparecía principalmente como un *stock* de recursos (materias primas, trabajo), en la actualidad está crecientemente sosteniendo un proceso de **creación de recursos especializados**. La competitividad entre naciones, regiones y ciudades procede menos de una dotación estática como en las teorías clásicas de las ventajas comparativas, que de sus habilidades para **producir nuevos recursos**, no necesariamente materiales, y para **instalar configuraciones eficientes** en términos de costo, calidad de bienes y servicios, velocidad e innovación".

El argumento propuesto aquí es que las instituciones del Estado glocal han venido a jugar roles esenciales en la producción, coordinación y mantenimiento de "recursos especializados" y "configuraciones eficientes" de organización política y económica sobre las cuales las ventajas comparativas dependen crecientemente hoy en día, tanto en ciudades-regiones globales como también en otras ciudades capitalistas principales.

En contraste con las variadas políticas indirectas y basadas en incentivos de la era fordista-keynesiana, los modos neoliberales y de oferta de intervención del Estado han exigido una implicación mucho más directa y menos mediada del Estado en la promoción de la fuerza productiva de la organización territorial capitalista. Enfrentados con la aparentemente creciente movilidad del capital, de las mercancías y de la fuerza de trabajo a través de las fronteras nacionales, los Estados glocales contemporáneos se han orientado a sí mismos sobre todo hacia la provisión de factores de producción **inmóviles**, esto es, hacia aquellas externalidades asociadas con el momento de fijación territorial dentro de las principales ciudades y ciudades-regiones. Desde asociaciones público-privadas, programas de entrenamiento laboral, parques científicos, centros de conferencias, esquemas de recuperación de puertos, proyectos de transferencia tecnológica, redes de información compartida, programas de capital de riesgo, proyectos de investigación de mercados, inversiones a gran escala de tecno-polos, programas de innovación, zonas empresariales y áreas de libre comercio, un inmenso rango de políticas de desarrollo económico estatalmente organizadas

están siendo movilizadas en orden a realzar las capacidades productivas territorialmente específicas de espacios económicos estratégicamente delineados. En cada caso, el objetivo de la acción del Estado es asegurar nuevas ventajas locacionales en la competencia económica internacional a través de la construcción de activos inmóviles territorialmente enraizados[4]. Pues en el actual periodo de reestructuración global, muchos -si es que no todos los aspectos de la socialmente producida competitividad territorial mencionada por Veltz en el párrafo ya citado, tales como los recursos de capital humano, eficiencia de costos, calidad de producto, tiempo de rotación, flexibilidad y capacidades innovativas-, se han convertido en preocupaciones centrales de las instituciones del Estado para la gobernanza del desarrollo económico para un rango de escalas espaciales. Y aun cuando tales activos territoriales no son directamente producidos por el Estado, un rápidamente creciente número de agencias del Estado se han comprometido directa o indirectamente en su financiamiento, monitoreo, coordinación y mantenimiento.

En términos más generales, al adoptar nuevas estrategias de promoción económica y de *marketing*, las instituciones del Estado también han estado jugando roles centrales en el *marketing* de sus propios territorios (o sitios estratégicos dentro de sus territorios) como productos locacionales en los mercados mundiales. Bajo estas condiciones, el rol del Estado en la gobernanza económica ya no es más solamente reproducir complejos de producción localizada, sino restaurar, mejorar, intensificar y reestructurar continuamente sus capacidades como fuerzas productivas territorialmente específicas. Estos desarrollos condujeron a Swyngedouw (1992b: 431) a concluir que "el rol del Estado se está convirtiendo actualmente en más -y no menos- importante en el desarrollo de las fuerzas productivas del territorio y en la producción de nuevas configuraciones espaciales". El objetivo de crear ventajas competitivas específicas de lugar o geográficamente inmóviles puede ser buscado tanto a través de estrategias políticas desreguladas y regulatorias, y el balance entre las últimas es frecuentemente un problema de intenso conflicto sociopolítico (Brenner & Theodore 2002)[5].

Yo diría que es en este contexto, que debe ser entendido el dramático fortalecimiento de las formas institucionales sub-nacionales en los procesos de gobernanza socioeconómica contemporánea. Es sobre todo a través de su rol central en asegurar, promover, mantener y publicitar cualquier número de condiciones específicas de lugar para la inversión de capital que los Estados local y regional, en particular, están ganando importancia estructural dentro de la jerarquía administrativa de cada Estado (Mayer, 1994). De hecho, el proceso de re-escalamiento del Estado puede ser visto en gran medida como una estrategia a través de la cual las elites políticas, tanto a nivel nacional y local de poder estatal, están tratando de propulsar a las principales ciudades y regiones hacia arriba dentro de la jerarquía urbana representada en la Figura 1. Así, a través de toda Europa, los gobiernos locales, regionales y aun nacionales están comprometidos crecientemente en concertar intentos para al mismo tiempo revalorizar sitios industriales en decadencia, promover el crecimiento industrial en sectores globalmente competitivos y para adquirir funciones de comando y control en la economía mundial, proveyendo varias precondiciones territoriales para el capital transnacional, incluyendo vínculos de transporte y comunicaciones, espacio de oficinas, fuerza de trabajo y otras externalidades específicas de lugar (Hall & Hubbard, 1996).

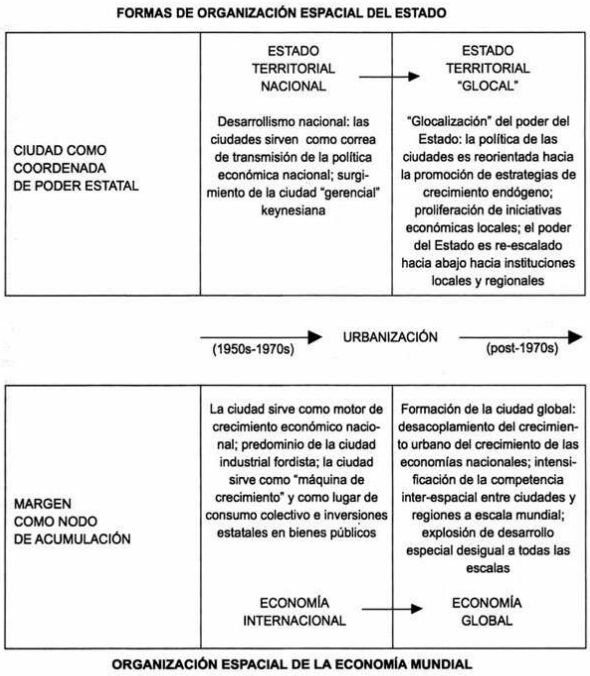
En la UE, esta creciente fragmentación interna, re-diferenciación y polarización de los espacios económicos nacionales ha sido más intensificada desde los ‘80 a través de: 1) el despliegue de nuevas formas de políticas regionales estructurales orientadas hacia el desarrollo endógeno de las principales regiones urbanas y 2) la construcción de nuevas formas y niveles de organización territorial del Estado, especialmente a escala regional o metropolitana. Consecuentemente, como explica Lipietz (1994: 38): "Desde que el Estado central no puede buscar asegurar en todas partes la misma forma de regulación macroeconómica (...) el tema es equipar a los armazones regionales con instrumentos más poderosos de regulación económica y social y reservar para el Estado nacional la administración de las relaciones externas (apoyo a industrias, administración del intercambio exterior). En comparación al fordismo, el cual es sobre todo y por definición ‘nacional’, esta nueva división de capacidades entre lo nacional y lo regional significa una contracción de la legislación nacional y los acuerdos colectivos y una mayor variabilidad para los armazones regionales en sus elecciones del nivel de protección social".

El vínculo entre los procesos de reestructuración urbana y el re-escalamiento del Estado también ha sido incorporado institucionalmente en el creciente rol de varias agencias para-estatales recientemente creadas, "quangos" y asociaciones público-privadas para la planificación y coordinación de inversiones dentro de mega-proyectos locales financiados estatalmente (por ejemplo **London Docklands Development Corporation**, **London Pride Partnership**, **London First**, **Frankfurt’s Economic Development Corporation**, la **Schiphol Airport Development Company** y la **IJ-Banks Waterfront Development Agency**, en Ámsterdam). Estos espacios des-nacionalizados para la regulación y crecimiento urbano están siendo justificados no como componentes de programas socioeconómicos nacionales o como unidades funcionales dentro de sistemas administrativos nacionalmente jerarquizados, sino más bien como prerrequisitos institucionales específicos de lugar para mantener la competitividad estructural global de una región urbana dada.

La Figura 2 resume las formas en las cuales las relaciones entre los patrones de urbanización y las forma de organización territorial del Estado han sido reconfiguradas desde el periodo fordista-keynesiano, iluminando a la vez la globalización de la economía mundial, la glocalización del poder territorial del Estado y las ramificaciones de estos giros para ambas dimensiones de la urbanización. Como nodos de acumulación, las ciudades globales están incorporadas dentro de espacios de flujos que ya no se

superponen co-extensivamente con el espacio económico nacional. Como coordenadas de poder territorial del Estado, las ciudades globales son objetivos estratégicos centrales dentro de las recientemente emergentes instituciones glocalizadas del Estado, orientadas hacia el continuo fortalecimiento de ventajas competitivas y fuerzas productivas territorialmente específicas. En este sentido, las ciudades globales son simultáneamente espacios de acumulación global y coordenadas de regulación del Estado glocal. Por tanto, la gobernanza de los patrones de urbanización contemporáneos exige no sólo la construcción de "nuevos espacios industriales" (Scott, 1988) para formas de industrialización post-fordistas, sino -y de manera crucial- la consolidación de lo que podría ser denominado **nuevos espacios estatales**, para realzar la capacidad de cada Estado de movilizar las fuerzas productivas de los espacios urbanos y regionales y para regular las contradicciones sociopolíticas inducidas por tales proyectos.

Figura 2. Urbanización, formas de Estado y la economía mundial, 1950-2000



Hacia fines del siglo XX, por tanto, la propia organización espacial del Estado se ha convertido en una importante arma locacional en la competencia inter-espacial entre ciudades, regiones y Estados en la economía mundial. De esta forma, una nueva "política de escala" (Smith, 1992) ha emergido, en la cual la organización territorial y escalar del poder del Estado se está convirtiendo en objeto directo de confrontación sociopolítica. Si, como Friedmann y Wolff (1982: 312) han propuesto, "las ciudades mundiales yacen en la conjunción entre la economía global y el Estado nación territorial", entonces parece apropiado ver las instituciones político-regulatorias de las ciudades-regiones mundiales como arenas geográficas en las cuales esta política de escala es peleada con particular intensidad. Algunas de las conflictivas interconexiones institucionales entre las ciudades globales y sus Estados glocalizados anfitriones en la Europa Occidental pueden ser ahora examinadas más concretamente.

5. Geografías urbanas de los Estados glocalizados

La implementación tanto del re-escalamiento urbano como del Estado es un proceso profundamente conflictivo, mediado por luchas sociopolíticas en diversos rangos de escalas geográficas. Por una parte, como se indicó anteriormente, el re-escalamiento urbano y estatal puede ser entendido en dos formas distintivas de re-territorialización del capital que han emergido en conjunción con la reciente ronda de globalización capitalista inducida por la crisis (como se resume en la Figura 2). Por otra parte, los procesos de reestructuración urbano-regional y de la territorialidad del Estado están estrechamente vinculados en la medida que cada forma de re-territorialización influye y transforma las condiciones en las que las otras se despliegan.

Primero, los procesos de reestructuración urbana y regional inducidas por la crisis económica global de inicios de los ‘70 han provisto mucho de los ímpetus para las estrategias de re-escalamiento del Estado. Este re-escalamiento ha operado como una estrategia principal de gestión de la crisis y en la desvalorización y revalorización del capital organizada por el Estado en un amplio rango de contextos urbano-regionales, desde las regiones manufactureras fordistas en declive hasta los nuevos distritos industriales y las ciudades-regiones globales. El re-escalamiento del Estado puede así ser visto como una estrategia de acumulación crucial que está actualmente siendo desplegada por regímenes políticos a

través de toda Europa para coordinar -y en muchos casos acelerar- la "renovación" de los espacios urbanos y regionales.
Segundo, los procesos de re-escalamiento del Estado a su vez han reconfigurado significativamente las relaciones entre el capital, las instituciones del Estado y las fuerzas sociopolíticas territorialmente circunscritas dentro de las principales regiones urbanas europeas. Mientras que el capital se esfuerza constantemente en fortalecer su movilidad espacial disminuyendo su dependencia de los lugares, los Estados glocales contemporáneos intentan aun más directamente **fijar** al capital dentro de sus territorios a través de la provisión de activos inmóviles y externalidades específicas de lugar que no se pueden encontrar en otro lado o bien no pueden ser abandonadas por el capital sin un considerable costo de desvalorización. Con este fin, los Estados no están sólo introduciendo nuevas formas de gobernanza urbano-empresariales, sino también reorganizando sus propias arquitecturas escalares internas de manera de recanalizar flujos de capital hacia localizaciones estratégicas particulares dentro de sus territorios. En resumen, hay una compleja dialéctica socioespacial en operación: el re-escalamiento del Estado opera simultáneamente como el **resultado** de la reestructuración económica a escala urbana y regional, y como el **medio** de diversas formas de reindustrialización inducidas por el Estado, basadas en nuevas formas de selectividad espacial por parte del Estado dentro de las principales regiones urbanas.
En la medida que hoy en día ni la urbanización, la acumulación o la regulación estatal privilegian una escala espacial única, auto-contenida y territorialmente circunscrita, los límites geográficos de las relaciones sociales se han convertido en objetos directos de confrontación sociopolítica. Sin embargo, la mayoría de las discusiones contemporáneas sobre gobernanza urbana han presupuesto una estructura jurisdiccional urbana o regional relativamente fija, dentro de la cual las precondiciones regulatorias para la urbanización capitalista están aseguradas. En este sentido, las escalas de la gobernanza urbana han sido generalmente vistas como plataformas preconstituidas para la política urbana más que como uno de sus momentos, dimensiones u objetos socialmente producidos. En contraste, el análisis precedente indica que nuevas geografías de gobernanza urbana están actualmente cristalizando en la interfaz multi-escalar entre los procesos de reestructuración urbana y la reestructuración espacial del Estado. Los dilemas y contradicciones contemporáneos de la gobernanza urbana deben ser pues analizados en cada una de las múltiples escalas espaciales sobre las cuales estos procesos entrelazados de re-territorialización se intersectan, desde la escala urbana y regional a la escala nacional y europea. En esta sección especificaré algunos de los principales mecanismos socio-institucionales que están vinculando los procesos de reestructuración urbano y regional y la "reconfiguración" de la espacialidad estatal dentro de la Europa contemporánea.

5.1. Ciudades mundiales y la geopolítica de la integración Europea

La localización de las ciudades mundiales ha jugado un rol principal en la competencia entre Estados europeos para adquirir oficinas gubernamentales de la UE dentro de sus territorios. Esta forma de competencia inter-espacial es mediada a través de los Estados anfitriones de las ciudades mundiales en la medida en que ellos negocian los términos y ritmos de la integración europea. Tales decisiones locacionales han resultado en parte de compromisos estratégicos entre los poderes europeos centrales, como lo ilustra la elección de Bruselas como la sede administrativa de la UE.
Sin embargo, la reciente decisión de localizar el Banco Central Europeo en Frankfurt fue un importante punto de inflexión en la lucha geo-política y geo-económica entre el Reino Unido y Alemania para atraer el centro de gravedad locacional europeo hacia sus respectivos territorios (Londres recibió sólo un premio de consuelo, la Oficina de Patentes Europeas). El proceso de la integración monetaria europea tiene también enormes implicancias para la jerarquía de centros financieros dentro de la UE. Londres permanece actualmente como el centro de servicios financieros más importante dentro de la UE. Sin embargo, la introducción del euro puede proveer de nuevas oportunidades para Frankfurt y París, quienes están actualmente desarrollando nuevas infraestructuras regulatorias y tecnológicas para los mercados financieros globales, y cuyos Estados anfitriones ya están participando de la moneda común. Por esta razón, los procesos supra-nacionales de re-escalamiento del Estado incorporados en la UE pueden favorecer la eventual formación de un eje integrado Frankfurt-París, articulando la súper-región europea dentro de la economía mundial (Taylor, 1997). De esta forma, la des-nacionalización del espacio político y económico dentro de la UE ha tenido ramificaciones directas para la geografía escalar del desarrollo urbano europeo.

5.2. Ciudades mundiales y relaciones intergubernamentales

Desde inicios de los '80, las relaciones centro-local han sido significativamente transformadas a través de Europa Occidental. En la medida que los gobiernos centrales generalmente tratan a sus sub-unidades territoriales como niveles administrativos funcionalmente equivalentes más que como nodos de urbanización geográficamente distintivos, los procesos de formación de ciudades mundiales son raramente discutidos en los debates de política nacional sobre las relaciones intergubernamentales[6]. Sin embargo, las reconfiguraciones de las relaciones intergubernamentales pueden tener ramificaciones significativas para la gobernanza de las principales regiones urbanas, en la medida que ellas remodelan las dependencias administrativas, organizacionales y financieras de los Estados locales respecto del Estado central, y por tanto, afectan sus capacidades regulatorias.
En un extremo, la ola thatcherista de re-estructuración central-local en el Reino Unido exigió la abolición del Concejo del Gran Londres (CGL) y la consolidación de una forma neo-autoritaria de gobernanza local centralmente impuesta en la región de Londres. Su objetivo básico fue propulsar a Londres y el Sureste de Inglaterra a un *status* de ciudad global, mientras que suprimía la oposición territorial local y regional,

incluyendo aquellas dentro del mismo Londres. Las resultantes formas de gobernanza urbana centralmente impuestas han exigido "la remoción de funciones sub-nacionales del Estado por estados locales no-electorales, mientras que los gobiernos electorales locales son dejados formalmente en sus posiciones pero con poderes mucho más reducidos" (Duncan & Goodwin, 1988: 249). En el otro extremo, la re-estructuración del Estado en la República Federal Alemana desde inicios de los '80 ha exigido un rol crecientemente descentralizado para los *Länder* y las municipalidades en la formulación e implementación de la política industrial, un giro que a su vez ha permitido al Estado local de Frankfurt introducir un número de nuevas estrategias empresariales durante este mismo periodo (Ronneberger & Keil, 1995). Esta devolución del poder del Estado también ha causado crecientemente que "todos los gobiernos de los *Land* se comporten como los administradores de un negocio, intentando dirigir toda su política a las necesidades y requerimientos del *Land* como una localización industrial en un capitalismo mundial post-fordista" (Esser & Hirsch, 1989: 430). Entre estos dos polos, en los Países Bajos los debates sobre la re-estructuración central-local han proliferado a todos los niveles del Estado Holandés desde mediados de los '80, conduciendo al Estado central, las provincias y las municipalidades a converger en torno al objetivo de formar una ciudad mundial en las megalópolis del Randstad occidental como una prioridad compartida para la política socioeconómica nacional. Bajo estas condiciones, las cuatro provincias del Randstad (North Holland, South Holland, Ultrecht y Flevoland) han adquirido importantes nuevos roles en la coordinación del desarrollo económico regional y local. Mientras tanto, el Estado central ha introducido un amplio rango de nuevas políticas socioeconómicas para recanalizar los recursos financieros e inversión en infraestructura hacia el corazón de las ciudades centrales de Ámsterdam, Rótterdam, Utrecht y La Haya.

Como indican estos ejemplos, el marco de la gobernanza urbana dentro de las ciudades-regiones mundiales está fuertemente condicionada por patrones de relaciones intergubernamentales dentro de sus Estados anfitriones. A medida que los vínculos del Estado local con los niveles regionales y centrales del Estado son reconfigurados, también lo son sus capacidades institucionales y financieras para regular el desarrollo urbano. Mientras que cada uno de los ya mencionados patrones de reestructuración intergubernamentales pueden ser vistos como respuestas estratégico-políticas frente a la crisis económica local, regional y nacional, ellos también representan formas de desnacionalización nacionalmente específicas, que a su turno dependen crucialmente de cada particular jerarquía institucional, administrativa y legal del Estado. En cada caso, sin embargo, el rol de las unidades subnacionales dentro de la jerarquía administrativa nacional ha sido cualitativamente reconfigurada durante las últimas dos décadas, en gran medida como medio de redefinir las formas, funciones y estructura institucional de la gobernanza urbana.

5.3. Ciudades mundiales y política territorial

Las dinámicas del crecimiento de coaliciones locales han sido analizadas en detalle por teóricos del régimen urbano (Logan & Molotch, 1987). Sin embargo, la articulación de estas dinámicas políticas municipales dentro de las ciudades mundiales con constelaciones políticas regionales y nacionales no ha sido extensamente investigada. No obstante, como Friedmann y Wolf (1982: 312) señalan, "siendo esenciales tanto para el capital transnacional como para los intereses políticos nacionales, las ciudades mundiales pueden convertirse en contrapartes negociadas para las luchas por venir"[7]. La cuestión crucial, por tanto, es cómo la contradicción entre la ciudad mundial y la economía territorial de su Estado anfitrión es gestionada políticamente.

El Reino Unido es sin duda la instancia europea más dramática de esta contradicción y una política territorial asociada altamente polarizada. Desde mediados de los '70, el dinamismo del Sureste de Inglaterra como una ciudad-región global ha estado basado predominantemente sobre una economía *offshore*, derivada del rol de la *City* como un centro financiero global, desvinculada casi enteramente de las ciudades y regiones en declive localizadas en otras partes dentro del Reino Unido. Particularmente después de la abolición de los controles cambiarios en 1979 y el *Big Bang* desrregulatorio de octubre de 1986, el rol de la *City* como centro bancario y financiero global fue adicionalmente consolidado. La estrategia de acumulación de dos-naciones de la era de Thatcher exacerbó formas de polarización espacial históricamente consolidadas entre el área metropolitana del Gran Londres y el resto del Reino Unido, señalando el alineamiento de un Estado central neoliberal con el capital financiero global y las industrias de servicios financieros y servicios al productor localizadas en Londres en contra de las ciudades y regiones industriales en declive del norte y de Escocia. En efecto, el auge del thatcherismo en los '80 puede ser plausiblemente interpretado como una "declaración de independencia del Sur de Inglaterra, la comunidad dependiente de Londres como ciudad mundial" (Taylor, 1995: 59). A través de los '90, la formación de la ciudad global en la capital nacional ha permanecido como una de las prioridades político-económicas del gobierno de Major, así como del Nuevo Laborismo. Debido a que el Reino Unido permanece como un Estado Territorial, y no una ciudad-Estado aglomerada alrededor del Sureste, las tensiones entre la formación de la ciudad global en Londres y el intensificado desarrollo desigual de la economía territorial del Reino Unido permanecerán como fuentes recurrentes de conflicto político en la política nacional británica durante las décadas siguientes (Taylor, 1997).

Esta situación de una polarización de la política nacional a través del proceso de formación de la ciudad global no ha sido replicada en la RFA debido a su sistema federal descentralizado, su estructura urbana poli-céntrica y sus múltiples regiones urbanas competitivas (Frankfurt y Main, Hamburgo y Munich) y potenciales ciudades globales en formación (la aglomeración de Ruhr y Berlín). Bajo estas circunstancias, no es políticamente viable para el Estado central alinear sus políticas socioeconómicas hacia un solo lado

con un único nodo de crecimiento urbano-regional. Frankfurt presenta una excepción parcial a esta situación, debido a que es el sitio tanto del Bundesbank y del Banco Central Europeo, pero aun aquí el desarrollo urbano es ampliamente planificado y organizado por un ensamblaje de instituciones locales y regionales que deben competir con otros *Länder* por la asignación de recursos. Más aun, en contraste con el Reino Unido, aun las ciudades más globalizadas de la RFA operan como puntos de articulación principales para industrias nacional y regionalmente dependientes, y por tanto, permanecen estrechamente entrelazadas dentro de la fábrica industrial de la economía territorial alemana. Como resultado, la principal forma de política territorial que ha emergido en Frankfurt es **intra**-regional. La formación de la ciudad global en el corazón de la ciudad de Frankfurt ha generado una espiral de conflictos sobre la organización administrativa, cargas financieras, condiciones de vida, transporte, ecología y crecimiento con las ciudades y pueblos que rodean a la región del Rhin-Main.

Finalmente, el caso de los Países Bajos representa una variante adicional de la política territorial de la formación de ciudades mundiales. Aunque la polarización centro-periferia, la competencia inter-urbana y los conflictos central-local persisten en los Países Bajos, la formación de la ciudad global en el Randstad, no obstante, se convirtió en una meta casi inobjetable para la política económica nacional de fines de los '80. Bajo estas condiciones, la movilización de políticas centrales y locales alrededor de la meta de la formación de una ciudad mundial desde fines de los '80 exigió la construcción de una "coalición para el crecimiento urbano" para convertir a las ciudades centrales de proveedoras de servicios de bienestar estatal a nuevas puntas de lanza del crecimiento económico (Terhorst & Van de Ven, 1995). Por otra parte, un consenso nacional a favor de un crecimiento urbano altamente concentrado en el Randstad fue provisionalmente establecido bajo la "coalición púrpura" compuesta por socialdemócratas (PvdA), liberal conservadores (D66) y neoliberales (VVD). Por otra parte, como el caso de Frankfurt, la política de crecimiento de la ciudad mundial **dentro** del Randstad ha generado intensos conflictos entre un amplio rango de unidades administrativas, entre el centro de las ciudades y los suburbios y entre diversas facciones sociopolíticas y alianzas cruzadas de clase durante los '90. Sin embargo, el caso holandés también se asemeja al patrón británico de políticas territoriales, en la medida que la gobernanza de la formación de la ciudad mundial dentro del Randstad ha sido coordinada e implementada sobre todo por el gobierno **central** holandés.

Como revelan estos ejemplos, las respuestas políticas frente a la actual ronda de re-estructuración económica global han sido extraordinariamente diversas aun entre ciudades globales situadas en la cúspide de la jerarquía urbana europea, y han dependido substancialmente de marcos institucionales y constelaciones políticas nacionalmente específicas. Sin embargo, como la discusión precedente indica, la formación de la ciudad global genera configuraciones contradictorias de luchas político-territoriales que a la vez empujan a las ciudades hacia la adopción de estrategias de acumulación orientadas a lo global, mientras que simultáneamente las empujan hacia el vértice del poder territorial del Estado, a la vez nacional, regional y local. Como anota Taylor (1994: 370): "Aun con todo su poder técnico para flanquear los Estados, las ciudades globales permanecen como sitios dentro de Estados y esto tiene implicaciones cruciales en términos de la política de representación". A lo largo de la UE, por tanto, la geografía político-económica de las ciudades mundiales se extiende más allá del alcance jurisdiccional del Estado local para reconfigurar alianzas político-territoriales sobre múltiples niveles escalares dentro de sus Estados anfitriones. Así como la estructura territorial del Estado condiciona la política de escala dentro de las ciudades mundiales, también el re-escalamiento de la urbanización se entrelaza estrechamente con el re-escalamiento de alianzas territoriales y conflictos políticos dentro del Estado territorial. Este complejo re-escalamiento de las alianzas territoriales en conjunción con los procesos de formación de ciudades mundiales será analizado en los siguientes capítulos de este trabajo.

5.4. Regiones urbanas y sistemas de planificación espacial

Como se indicó antes, nuevas geografías de políticas espaciales estatales están emergiendo a lo largo de la UE, orientadas hacia el potencial endógeno de territorios sub-nacionales delineados tales como las regiones urbanas, las cuales están ahora siendo vistas crecientemente como los fundamentos geográficos del desempeño industrial nacional. Un ejemplo principal de estas tendencias es la reciente reorganización de las políticas de planificación espacial de la RFA. A mediados de los '90, la Ley de Planificación Espacial Alemana (*Raumordnungsgesetz*) fue radicalmente redefinida abandonando el proyecto de post-guerra tradicional de "igualar condiciones de vida" a escala nacional, a favor de la promoción de regiones urbanas como el nivel más esencial de implementación de políticas (Brenner, 2000). Análogamente, en los Países Bajos, el proyecto de post-guerra de desconcentración, el cual intentó difundir la urbanización más allá de la aglomeración occidental del Randstad, ha sido radicalmente revertido desde fines de los '80, bajo una nueva política de ciudades compactas. Los revisados marcos nacionales para la planificación espacial holandesa introducidos en los '90 han promovido activamente asimismo la re-centralización del crecimiento industrial y la inversión en infraestructura dentro de los centros urbanos occidentales (Amsterdam, Rotterdam, Utrecht y La Haya), y especificado sin ambigüedad a la megalópolis de Randstad como el motor regional del crecimiento urbano nacional (Faludi & Van der Valk, 1994). Reorientaciones estrechamente análogas de los sistemas de planificación especial nacionalmente organizados están ocurriendo a lo largo de toda la UE. Mientras tanto, a nivel de la misma UE, el clásico objetivo de mediar la polarización centro-periferia a través de políticas regionales estructurales está asimismo siendo redefinido para promover potenciales endógenos para el desarrollo económico a lo largo del territorio espacial europeo (Tömmel, 1996). Esta tendencia probablemente se

intensificará en tanto que el programa de fondos estructurales se redefina en conjunto con la ampliación de la UE en los años venideros.
Como ilustran estos ejemplos, los espacios estatales nacionalmente organizados a lo largo de la UE están siendo actualmente re-jerarquizados y re-diferenciados hacia un altamente desigual mosaico de espacios económicos urbano-regionales relativamente distintivos, cada uno definido de acuerdo a su propia posición específica dentro de la división del trabajo europea y global. Las políticas de planificación espacial pueden ser entonces vistas como medios institucionales claves a través de los cuales están ocurriendo actualmente tanto la internacionalización del sistema político como la desnacionalización de la "estatalidad".

5.5. Regiones urbanas y gobierno metropolitana

En el medio de estos re-escalamientos supra-urbanos, el problema de construir configuraciones relativamente inmóviles de organización territorial a escalas urbanas y regionales ha permanecido tan urgente como siempre. Las instituciones político-regulatorias de las regiones urbanas están a menudo fragmentadas en múltiples agencias y departamentos con límites jurisdiccionales relativamente estrechos. Sin embargo, los procesos de reestructuración económica están creando densas interdependencias socioeconómicas a escala urbana y regional, que generalmente superan el alcance de los niveles administrativos existentes. Los problemas de gobernanza metropolitana están por tanto regresando al frente del debate y las discusiones políticas en la mayoría de las principales ciudades-regiones europeas.
Por una parte, las instituciones metropolitanas o regionales son frecuentemente justificadas como prerrequisitos cruciales para mantener las ventajas locacionales de las ciudades mundiales en la aparentemente intensificada competencia inter-espacial del actual periodo. Una expansión en la escala de la regulación es así vista como un medio para coordinar la política económica, la planificación del uso de tierra, inversiones en infraestructura, políticas de innovación, relaciones inter-firmas, mercados de trabajo local y actividades de exportación dentro de áreas urbanas. Esta perspectiva es a menudo abrazada no sólo por agitadores políticos nacionales y locales, sino particularmente por aquellas fracciones del capital con inversiones fijas a relativamente gran escala en las regiones urbanas en cuestión.
Por otra parte, sin embargo, esta preocupación externamente inducida para establecer nuevas formas regionales de regulación frecuentemente se coloca en directa contradicción con presiones desde abajo en defensa de autonomías locales, y con la continua fragmentación jurisdiccional del Estado local. Estas presiones han sido expresadas en parte a través de fuerzas sociopolíticas particulares preocupadas de proteger inversiones locales, de asegurar o preservar instalaciones residenciales, de mantener el control sobre ingresos impositivos locales, proteger el valor de las propiedades o derivar los impactos ecológicos negativos del crecimiento de la ciudad mundial (como se manifiesta por ejemplo en la contaminación, congestión de tráfico y el desorden urbano) a otras partes de la región urbana.
Bajo estas condiciones, la organización territorial del Estado se convierte a la vez en una arena y el objeto de luchas sociopolíticas a escala local y regional, enfrentando a diferentes fracciones del capital y el trabajo entre ellas de acuerdo a sus grados diferenciales de dependencia y control sobre cada nivel jurisdiccional del Estado. Las propuestas de gobernanza regional se han convertido también en caminos tormentosos para el debate relacionado con la composición institucional y territorial de democracia urbana (Ronneberger & Schmid 1995). En algunos casos, como en el GLC gobernado por los laboristas y previo a su abolición, las instituciones metropolitanas han sido vistas como bastiones de control localizado contra las restricciones burocráticas, fiscales y económicas externamente inducidas. Más frecuentemente, según parece, las formas de gobernanza metropolitana han sido vistas como imposiciones tecnocráticas que amenazan la vitalidad de la democracia local, como lo ilustra recientemente el debate sobre ciudades-provincias en los Países Bajos durante los '90, en el cual las propuestas del Estado central sobre reformas administrativas metropolitanas fueron ampliamente rechazadas en referendos locales por la población de dos de las ciudades principales en las cuales iban a ser introducidas, Ámsterdam y Rótterdam. En estos casos, escalas expandidas de gobernanza son vistas como el debilitamiento o la disolución de los lazos ciudadanos a nivel local, o como la pérdida de la autonomía decisional local.
En la medida que estas perspectivas opuestas sobre gobernanza regional colisionan dentro de las regiones urbanas contemporáneas, lo que sobreviene es una lucha por el control regulatorio sobre el proceso de urbanización mediada a través de intensos conflictos sociopolíticos sobre la(s) escala(s) de gobernanza. El re-escalamiento de la gobernanza urbana puede presentar tanto amenazas como oportunidades para los habitantes de las regiones urbanas en las que ocurra. Las estrategias de re-escalamiento del Estado orientadas regionalmente cristalizan por tanto muchas de las contradicciones sociales y políticas de la formación de la ciudad mundial, conduciendo a los habitantes locales, movimientos sociales, instituciones del Estado y corporaciones transnacionales hacia una serie de negociaciones, maniobras y luchas sobre la organización territorial de la sociedad urbana. A medida que las ciudades mundiales a lo largo de Europa se comprometan en una competencia intensificada entre ellas por ventajas locacionales en las jerarquías urbanas globales y europeas, la organización escalar de las instituciones estatales municipales y regionales se está convirtiendo en un sitio clave de conflicto sociopolítico.

5.6. La organización territorial de las ciudades mundiales

Es en última instancia en la escala urbana, sin embargo, que las capacidades productivas de la organización territorial son movilizadas. Hoy en día, los gobiernos municipales a lo largo de Europa están directamente abrazando este objetivo a través de un amplio rango de estrategias del lado de la oferta que exigen la demarcación, construcción y promoción de lugares urbanos estratégicos para el desarrollo

industrial; por ejemplo, centros de oficinas, parques industriales, redes telemáticas, terminales de embarque y transporte y varios tipos de facilidades culturales, de entretenimiento y comerciales. Estas formas emergentes de emprendimiento urbano han sido analizadas extensivamente con referencia al rol crucial de sociedades público-privadas para facilitar la inversión de capital en mega-proyectos situados en localizaciones en la ciudad estratégicamente designadas. Los *Docklands* en Londres son probablemente la instancia europea más espectacular de este tipo de inversiones estatales masivas en la infraestructura urbana del capital global, pero ejemplifica una tendencia más general dentro de la política urbana que puede ser observada en ciudades a lo largo de todo el mundo. Como indica Harvey (1989: 7-8), tales mega-proyectos estatalmente financiados están diseñados fundamentalmente para realzar la capacidad productiva de los lugares urbanos dentro de los flujos globales de valor, más que para reorganizar directamente las condiciones de vida y trabajo para la población urbana. Al mismo tiempo, sin embargo, las capacidades locacionales de estos lugares urbanos dependen necesariamente de una infraestructura de organización territorial y de mercados de trabajo local relativamente inmóviles a través de los cuales el valor puede ser extraído y valorizado a tiempos de rotación globalmente competitivos. A lo largo de Europa, este vínculo entre los procesos de re-escalamiento urbano y de re-escalamiento del Estado está siendo incorporado institucionalmente en el rol clave de varias agencias para-estatales y sociedades público-privadas recientemente creadas para la planificación y coordinación de inversiones dentro de estos mega-proyectos locales.

Esta amplia revisión sólo ha empezado a examinar las complejidades de las varias escalas geográficas en las cuales estas luchas sobre la organización territorial de la gobernanza urbana están ocurriendo en la Europa contemporánea, y sus complejas y rápidamente cambiantes interconexiones. Las escalas del poder territorial del Estado son a la vez el medio y el resultado de esta mareante dialéctica multi-escalar de la re-estructuración espacial glocal, que está lejos de haber terminado. Los conflictos que surgen sobre la organización territorial del Estado en cada una de estas escalas están, por cierto, condicionados por la configuración territorial de otras escalas sobre las cuales ellas están sobrepuestas. Al mismo tiempo, estos conflictos sociopolíticos circunscritos pueden volverse "escalas saltantes" (Smith, 1992) altamente volátiles que influencien, re-estructuren o aun transformen la estructura organizacional de las configuraciones escalares más amplias en las que ellas están enredadas. Es en este sentido que la desnacionalización de la urbanización y del poder del Estado actualmente en desarrollo ha abierto un espacio para que las propias escalas se conviertan en objetos directos de luchas sociopolíticas.

Bajo estas circunstancias, las escalas no solamente circunscriben relaciones sociales dentro de límites geográficos determinados, sino que constituyen un momento activo, socialmente producido y políticamente disputado de aquellas relaciones. Como campos de fuerza densamente organizados en los cuales el capital transnacional, los Estados territoriales y las relaciones sociales localizadas se intersectan, las ciudades mundiales son sitios geográficos en los cuales los juegos sociopolíticos de esta política de escala son particularmente substanciales, tanto en términos geo-políticos como geo-económicos. La conclusión analítica y política central que emerge del análisis precedente es que los problemas de la gobernanza urbana no pueden ser ya confrontados solamente a una escala urbana, como dilemas de regulación municipal o local, sino que deben ser analizados también a escalas metropolitana, regional, nacional, supranacional y global del poder territorial del Estado, porque es últimamente sobre estas escalas supra-urbanas que la **geopolítica** de la re-estructuración del Estado glocal está siendo actualmente disputada en la UE y en todos lados.

6. Conclusión: la cuestión urbana como una cuestión de escala

Este artículo ha argumentado por una atención más detallada a los procesos de reestructuración del Estado en el estudio de la formación de la ciudad global, y ha desarrollado varias alternativas metodológicas para este fin. La formación de la ciudad global, he sugerido, no puede ser adecuadamente entendida sin un examen de las cambiantes matrices de la organización territorial del Estado dentro de la cual ocurre. Mientras que las ciudades operan crecientemente hoy en día como nodos urbanos dentro de una jerarquía urbana mundial, los Estados nacionales están ellos mismos re-estructurándose en orden de establecer nuevos marcos institucionales sub-nacionales para promover la competitividad estructural global de sus ciudades y regiones principales. En este contexto, las coordenadas locales y regionales del poder del Estado han adquirido una mayor significancia estructural a través de sus roles en la creación, mantenimiento y realce de fuerzas productivas específicas de lugar dentro de las principales regiones urbanas. La globalización de la urbanización y el re-escalamiento de la espacialidad del Estado son, por tanto, dos momentos profundamente entrelazados de un único proceso de reestructuración socioespacial global, a través de la cual la organización escalar del capitalismo ha sido radicalmente reconfigurada desde inicios de los ‘70.

En medio de las confusas y contradictorias geografías de la globalización contemporánea, las ciudades mundiales representan una particularmente compleja "superposición e interpenetración" (Lefebvre, 1991: 88) de espacios sociales, políticos y económicos. Debido a que las regiones urbanas ocupan la altamente contradictoria interfaz entre la economía mundial y el Estado territorial, ellas están incorporadas dentro de una multiplicidad de procesos político-económicos organizados sobre un rango de escalas geográficas superpuestas. La resultante política de escala dentro de las instituciones políticas de las principales regiones urbanas puede ser interpretada como una secuencia de estrategias de ensayo y error para administrar estas intensamente conflictivas fuerzas a través de la continua construcción, deconstrucción y reconstrucción de configuraciones de organización territorial relativamente estabilizadas. El re-escalamiento de la urbanización conduce a un re-escalamiento concomitante del Estado, a través del cual

simultáneamente los espacios urbanos y regionales son movilizados como fuerzas productivas y las relaciones sociales se circunscriben dentro de nuevos límites políticos y jerarquías escalares. Estas configuraciones re-escaladas del poder del Estado a su vez transforman las condiciones sociales cotidianas bajo las cuales se despliega el proceso de urbanización. Si estas estrategias desunidas de re-territorialización dentro de las ciudades europeas pueden eventualmente establecer nuevas escalas espaciales estables para un crecimiento capitalista sostenido a cualquier escala geográfica, es un asunto que sólo puede ser resuelto a través de la propia política de escala, a través de las luchas en curso por el control hegemónico sobre la forma, trayectoria y organización territorial del proceso de urbanización.

[3] Las propias conclusiones de Sassen, respecto de los vínculos funcionales y espaciales entre la manufactura y las industrias de servicios indican las limitaciones de tal foco: "Sí, la manufactura importa, pero desde la perspectiva de los servicios al productor y financieros ella no tiene que ser nacional" (Sassen, 1991: 328).

[4] Una de las preocupaciones principales de la geografía industrial contemporánea es analizar el rol de tales condiciones de producción específicas de lugar y de interdependencias no mercantiles en la actual fase del capitalismo mundial. El rol de las instituciones del Estado en la producción y reconfiguración de tales condiciones permanece como un tópico poco estudiado, aunque -sin embargo- importante.

[5] Casi sin excepción, la literatura sobre la geografía industrial de los nuevos distritos industriales se ha centrado en el rol de la "asociatividad", prácticas de elevada confianza y redes cooperativas para producir estas "interdependencias-no-de-mercado". Sin embargo, las altamente agresivas formas en las cuales políticas neoliberales desregulatorias están siendo movilizadas en muchas de las principales regiones urbanas como medio de promover ventajas competitivas específicas de lugar, no han sido adecuadamente investigadas en esta literatura, la cual -generalmente- interpreta al neoliberalismo en términos de su propia autodeclarada ideología de "menos Estado, más mercado". En mi opinión, tal lectura del neoliberalismo es doblemente problemática. Primero, acota las formas en las que aun economías regionales asociativas pueden estar sujetas periódicamente a las presiones de reducción de costos promovidas por regímenes de política neoliberal. En este sentido, la oposición entre asociacionalismo y neoliberalismo se exagera e ignora la posibilidad de que ellas pueden condicionarse la una a la otra en formas conflictivas dentro de divisiones escalares del trabajo más amplias (Eisenschitz & Gough, 1996). Segundo, tal lectura omite el rol del neoliberalismo como una emergente aunque contradictoria **estrategia estatal**, orientada hacia la creación de ventajas competitivas específicas de lugar a través de la desregulación y fortalecimiento de la competencia más que a través de la re-regulación y fortalecimiento de la cooperación (Brenner & Theodore, 2002). En otras palabras, contrario a su propia ideología, el neoliberalismo puede ser reinterpretado como una **práctica** contradictoria de intervención estatal, que intenta conducir a las instituciones del Estado para desmantelar restricciones regulatorias, promover formas de gobernanza mediadas por el mercado y proteger los intereses de las corporaciones transnacionales. En mi opinión, la re-regulación asociacionalista y la desregulación neoliberal representan estrategias básicas para fortalecer ventajas locacionales de Estados territoriales particulares en un rango de escalas geográficas.

[6] El intento de crear siete "ciudades provincias" en los Países Bajos a fines de los '90 es una importante excepción.

[7] Taylor (1995: 59) asimismo se pregunta: "¿Qué es lo que haría una fuerte política proteccionista, resultante de una revuelta popular de la América industrial por el rol de Nueva York como ciudad mundial? ¿El capital se movería al aún 'libre' mercado de Tokio?"

7. Referencias bibliográficas

Aglietta, M. (1979). *Regulación y Crisis del Capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.

Agnew, J. & S. Corbridge (1995). *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. New York: Routledge.

Albrechts, L. & E. Swyngedouw (1989). "The challenges for regional policy under a flexible regime of accumulation". Albrechts, L. *et al*. (eds.), *Regional Policy at the Crossroads: European Perspectives*. London: Jessica Kingsley, 67-89.

Amin, A. & N. Thrift (1991). "Neo-Marshallian nodes in global networks". *International Journal of Urban and Regional Research*, 16, 4: 571-587.

Berry, B. J. (1961). "City Size Distributions and Economic Development". *Economic Development and Cultural Change*, 9: 573-587.

Braudel, F. (1984). *The Perspective of the World*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.

Brenner, N. (1999). "Globalization as reterritorialization: the re-scaling of urban governance in the European Union". *Urban Studies*, 36, 3: 431-451.

_____(2000). "Building 'Euro-regions': locational politics and the political geography of neoliberalism in post-unification Germany". *European Urban and Regional Studies*, 7, 4: 317-343.

Brenner, N. & N. Theodore (eds.) (2002). *Spaces of neoliberalism: urban restructuring in western Europe and North America*. Boston/Oxford: Blackwell.

Castells, M. (1995). *La Ciudad Informacional*. Madrid: Alianza.

_____(1997). *La Sociedad Red. La Era de la Información* Madrid: Alianza.

Dicken, P. (1991). *Global Shift. The Internationalization of Economic Activity*. Guilford: New York.

Duncan, S. & M. Goodwin (1988). *The Local State and Uneven Development*. London: Polity Press.

Eisenschitz, A. & J. Gough (1996). "The contradictions of neo-Keynesian local economic strategy". *Review of International Political Economy*, 3, 3: 434-458.

Esser, J. & J. Hirsch (1989). "The crisis of fordism and the dimensions of a 'postfordist' regional and urban structure". *International Journal of Urban and Regional Research*, 13, 3: 417-437.

Faludi, A. & A. van der Valk (1994). *Rule and order: Dutch planning doctrine in the 20th century*. Dordrecht: Kluwer.
Feagin, J. & M. P. Smith (1989). "Cities and the New International Division of Labor: An Overview". Smith, M. P. & J. Feagin (eds.), *The Capitalist City*. Cambridge, Mass.: Blackwell.
Friedmann, J. (1973). "The urban field as human habitat". Snow, S. P. (ed.), *The Place of Planning*. Auburn: Auburn University Press.
_____(1986). "The world city hypothesis". *Development and Change*, 17: 69-83.
_____(1995). "Where we stand: a decade of world city research". Knox, P. & P. Taylor (eds.), *World Cities in a World-System*. New York: Cambridge University Press, 21-47.
Friedmann, J. & J. Miller (1965). "The urban field". *Journal of the American Institute of Planners*, 31, 3: 312-319.
Friedmann, J. & G. Wolff (1982). "World city formation: an agenda for research and action". *International Journal of Urban and Regional Research*, 6: 309-344.
Froebel, F., J. Heinrichs y O. Kreye (1980). *The new international division of labor*. New York: Cambridge University Press.
Geddes, P. (1915). *Cities in Evolution*. London: Williams & Norgate.
Gottmann, J. (1961). *Megalopolis. The urbanized northeastern seaboard of the United States*. New York: The Twentieth Century Fund.
Hall, P. (1966). *The World Cities*. London: Weidenfeld and Nicolson.
Hall, T. & P. Hubbard (1996). "The entrepreneurial city: new politics, new urban geographies". *Progress in Human Geography*, 20, 2: 153-174.
Harvey, D. (1989). "From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism". *Geografiska Annaler*, B, 71, 1: 3-18.
Knox, P. & P. Taylor (eds.) (1995). *World cities in a world-system*. New York: Cambridge University Press.
_____(1995). *Stadt, Raum, Ökonomie*. Basel: Birkhäuser Verlag.
Lefebvre, H. (1978). *De l'État: Les contradictions de l'État moderne* (vol. 4). Paris: Union Générale d'Éditions.
_____ (1991). *The Production of Space*. Cambridge, Mass.: Blackwell.
_____ (1996). "The Right to the City". Kofman, E. & E. Lebas (eds.), *Henri Lefebvre: Writings on Cities*. Cambridge, Mass.: Blackwell, 63-184.
Lipietz, A. (1987). *Mirages and miracles*. New York: Verso.
_____ (1993). "The local and the global: regional individuality or interregionalism?" *Transactions of the Institute of British Geographers*, 18: 8-18.
_____ (1994). "The national and the regional: their autonomy vis-à-vis the capitalist world crisis". Palan, R. & B. Gills (eds.), *Transcending the State-Global Divide*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 23-44.
Logan, J. & H. Molotch (1987). *Urban fortunes. The political economy of place*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
_____ (1991). "Politics in the post-fordist city". *Socialist Review*, 1: 105-124.
_____ (1994). "Post-Fordist city politics". Amin, A. (ed.), *Post-Fordism: A Reader*. Cambridge, Mass.: Blackwell, 316-337.
Myrdal, G. (1959). *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas*. México: Fondo de Cultura Económica.
Offe, C. (1975). "Zur Frage der 'Identität der kommunalen Ebene'". Grauhan, R. (ed.), *Lokale Politikforschung* (vol. 2). New York: Campus Verlag, 303-309.
Panitch, L. (1994). "Globalization and the state". Miliband, R. & L. Panitch (eds.), *Socialist Register 1994*. London: Merlin Press, 60-93.
Peck, J. & A. Tickell (1994). "Searching for a New Institutional Fix". Amin, A. (ed.), *Post-Fordism: A Reader*. Cambridge, Mass.: Blackwell, 280-315.
Ronneberger, K. & R. Keil (1995). "Ausser Atem-Frankfurt nach der Postmoderne". Hitz, H. *et al*. (eds.), *Capitales Fatales: Urbanisierung und Politik in den Finanzmetropolen Frankfurt und Zürich*. Zürich: Rotpunktverlag, 208-284.
Ronneberger, K. & C. Schmid (1995). "Globalisierung und Metropolenpolitik: Überlegungen zum Urbanisierungsprozess der neunziger Jahre". Hitz, H. *et al*. (eds.), *Capitales Fatales: Urbanisierung und Politik in den Finanzmetropolen Frankfurt und Zürich*. Zürich: Rotpunktverlag, 379-398.
Sassen, S. (1991). *La Ciudad Global: Nueva York, Londres, Tokio*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
_____ (1993). *Cities in the World Economy*. London: Sage.
_____ (1996). *Losing control? Sovereignty in an age of globalization*. New York: Columbia University Press.
Scott, A. J. (1988). *New Industrial Spaces*. London: Pion.
_____ (1996). "Regional motors of the global economy". *Futures*, 28, 5: 391-411.
Smith, N. (1992). "Geography, difference and the politics of scale". Doherty, J. E. Graham y M. Malek (eds.), *Postmodernism and the Social Sciences*. New York: St. Martin's Press, 57-79.
_____ (1997). "The satanic geographies of globalization: uneven development in the 1990s". *Public Culture*, 10, 1: 169-192.

Soja, E. (1992). "Inside Exopolis: Scenes from Orange County". Sorkin, M. (ed.), *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York: The Noonday Press, 94-122.
Storper, M. (1996). *The Regional World*. New York: Guilford.
Storper, M. & A. J. Scott (1989). "The geographical foundations and social regulation of flexible production complexes". Wolch, J. & M. Dear (eds.), *The Power of Geography*. Unwin Hyman: Boston, 19-40.
_____ (1995). "The wealth of regions: market forces and policy imperatives in local and global context". *Futures*, 27, 5: 505-526.
Sudjic, D. (1993). *The 100-Mile City*. London: Flamingo.
Swyngedouw, E. (1992a). "The Mammon quest: 'Glocalisation', interspatial competition and the monetary order: the construction of new scales". Dunford, M. & G. Kafkalas (eds.), *Cities and regions in the new Europe*. London: Belhaven Press, 39-68.
_____ (1992b). "Territorial organization and the space/technology nexus". *Transactions, Institute of British Geographers*, 17: 417-433.
_____ (1996). "Reconstructing citizenship, the re-scaling of the state and the new authoritarianism: closing the Belgian Mines". *Urban Studies*, 33, 8: 1499-1521.
Taylor, P. J. (1994). "Understanding the 1980s" (part 1a). *Review of International Political Economy*, 1, 2: 365-373.
_____ (1995). "World cities and territorial states: the rise and fall of their mutuality". Knox, P. & P. J. Taylor (eds.), *World Cities in a World-System*. New York: Cambridge University Press, 48-62.
_____ (1997). "Is the UK big enough for both London and England?" (editorial comment). *Environment and Planning A*.
Terhorst, P. & J. van der Ven (1995). "The national urban growth coalition in The Netherlands". *Political Geography*, 14, 4: 343-361.
Thrift, N. (1987). "The fixers: the urban geography of international commercial capital". Henderson, J. & M. Castells (eds.), *Global Restructuring and Territorial Development*. London: Sage, 203-233.
Tömmel, I. (1996). "Internationale Regulation und lokale Modernisierung". *Zeitschrift für Wirtschaftsgeographie*, 40, 1-2: 44-58.
Veltz, P. (1997). "The dynamics of production systems, territories and cities". Moulaert, F. & A. J. Scott (eds.), *Cities, Enterprises and Society on the Eve of the 21st Century*. London: Pinter, 78-96.

* **Neil Brenner** es *Assistant Professor* de Sociología y Estudios Metropolitanos de la Universidad de Nueva York; Ph.D. en Ciencia Política de la Universidad de Chicago (1999); M.A. en Geografía de la Universidad de California, Los Angeles (1996). E-mail: neil.brenner@nyu.edu
** Traducido por Luis Riffo Pérez.

APUNTES DE CATEDRA.

INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO GEOGRAFICO.
1ER AÑO SECCION HISTORIA
LAURA ROSALÍA VARELA

Cuadro 18. *Escuelas geográficas en la investigación científica*

Escuela	*Regional*	*Teorética*	*Percepción y Comportamiento*	*Radical*	*Ecosistémica*	*Humanista*
Inicio período	*Antes de 1960*	*1960*	*1965*	*1970*	*1970*	*1975*
Presupuestos filosóficos	Enciclopedismo, historicismo,	Neopositivismo pragmatismo.	Psicología social.	Marxismo, sociologismo.	Ecología sistemas.	Fenomenología.
Demandas sociales	Culturales, erudición.	Planeamiento, aplicación.	Entender el comportamiento espacial colectivo.	Crítica social.	Interconexión elementos ecológicos.	Comprender nuestras imágenes mentales.
Dominio de técnicas	Cartografía temática.	Estadística	Encuestas, mapas mentales.	«Expediciones urbanas», geografía activa.	Trabajo de campo, laboratorio.	Entrevistas en profundidad.
Figuras relevantes	Hettner, Hartshorne, Vidal de Blanche.	Harvey, Haggett, Chorley.	Gould (partes), Gold, Golledge.	Harvey, Bunge.	Tricart, R. J. Chorley.	Yi-Fu Tuan, A. Buttimer.
Tipo de explicación	Idiográfica inductiva.	Nomotética, modelos.	Análisis de hipótesis. Comportamiento espacial.	Modelo social comprensiva.	Buscar variable independiente.	Hermenéutica, comprensiva.
Objeto de investigación	Regiones, zonas de la tierra.	Flujos, movimientos, sectores urbanos, jerarquías urbanas.	Estereotipos espaciales en el comportamiento espacial.	El espacio como producto social.	Medios ecogeográficos dinámicos.	Comprender las imágenes y proyectos subjetivos espaciales.